



POSTMODERNIDAD y ADOLESCENCIA.
Construcción de la identidad
en el sujeto adolescente postmoderno

Tesis Doctoral presentada por:
ANA JUSTO HERRERO

Dirigida por:
M^a Luz Pintos Peñaranda

Facultad de Filosofía
Santiago de Compostela
Julio 2016

Tese de doutoramento realizada pola licenciada ANA JUSTO HERRERO para a obtención do grao de doutora pola Universidade de Santiago de Compostela, e dirixida pola doutora M^a Luz Pintos Peñaranda, profesora titular de Universidade na Facultade de Filosofía da USC (Departamento de Filosofía e Antropoloxía social, área Filosofía).

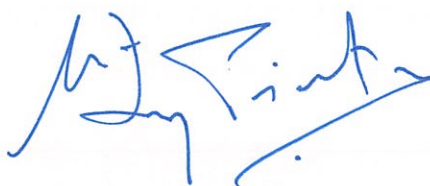
Santiago de Compostela, 10 de maio de 2016



Ana Justo Herrero
a doutoranda

M^a Luz Pintos Peñaranda, profesora titular de Universidade e directora da Tese de doutoramento da licenciada Ana Justo Herrero, *POSTMODERNIDAD Y ADOLESCENCIA. CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EN EL SUJETO ADOLESCENTE POSTMODERNO*, informa que esta Tese, elaborada co rigor académico requerido, cumpre todas as condicións suficientes para ser presentada e defendida.

Santiago de Compostela, 10 de maio de 2016



M^a Luz Pintos Peñaranda
a directora da Tese

AGRADECIMIENTOS:

A M^a Luz Pintos Peñaranda.

A María Mercedes Herrero Padín, Pablo Seoane Rodríguez, Ricardo Fandiño Pascual, Luís Espada Recarey, Víctor Manuel Martínez Cacharrón, María Jesús Yebra Folgueiral, David Creus Andrade, Carlos Fernández Concheiro, Juana Fernández Reiriz, Laura Fernández Iglesias y a todos los alumnos y alumnas de los Institutos de Educación Secundaria que participaron en este proyecto.

Me gustaría hacer una mención especial a Jerónimo Bellido Pérez, pues me he nutrido de su saber para la elaboración de algunos apartados y no he podido apenas citarlo por no figurar su vasto conocimiento sobre el ser humano en ninguna bibliografía específica.

Gracias por vuestra inestimable ayuda.

Ana Justo Herrero.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
PARTE PRIMERA	6
POSTMODERNIDAD. CLAVES DE NUESTRO MOMENTO ACTUAL	7
PARTE SEGUNDA	26
LA ADOLESCENCIA. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD ADOLESCENTE	27
CAPÍTULO 1. El sujeto en coexistencia generacional	29
CAPÍTULO 2. Las etapas de la vida. Una tipología de las edades a lo largo de la historia Occidental	35
§1. Edad Antigua	35
§2. Edad Media	38
§3. Edad Moderna	41
§4. Edad Contemporánea	42
CAPÍTULO 3. Consideraciones acerca del concepto de adolescencia	45
§1. Adolescencia: parámetros temporales	46
§2. Nuevas características anatómico-fisiológicas	48
§3. Nuevas características cognitivo-psíquicas	52
§4. Emergencia y centralidad de la sexualidad genital	65
CAPÍTULO 4. Importancia de las emociones en la adolescencia	70
§1. La aparición del cerebro emocional en la evolución de las especies	70
§2. Consideración de las emociones a lo largo de la historia	73
§3. Qué son las emociones. Función y significado de la emoción	80
§4. La empatía emocional	88
§5. Las emociones en la adolescencia	91

CAPÍTULO 5. La identidad	98
§1. Consideraciones acerca del concepto de identidad	98
1. Identidad. Diferencia. Personalidad	98
1. Concepción “esencialista” de la identidad	101
2. Concepción de identidad como “identidad social”	103
2. Relación entre el individuo y la sociedad en la configuración de la identidad. La identidad como construcción social	112
§2. La construcción de la identidad: proceso multifactorial	123
1. Igualación-diferenciación. Identificación-desidentificación	123
2. La memoria	126
3. La invención creadora	135
4. El cuerpo	138
5. El lenguaje	151
6. La autoestima	161
CAPÍTULO 6. La identidad de género	170
§1. Génesis histórica de la teoría del género	173
§2. Atribución social de género	177
§3. Control social por medio de la atribución e identidad de género	181
§4. La transmisión de la identidad de género	185
CAPÍTULO 7. Ritos de paso o de iniciación en la vida adulta	194
CAPÍTULO 8. Crisis de identidad en la adolescencia	210
PARTE TERCERA	216
DE LA CONSTRUCCIÓN POSTMODERNA DEL SUJETO A LA CONSTRUCCIÓN ACTUAL DEL SUJETO ADOLESCENTE	217
CAPÍTULO 1. Modelos culturales de construcción de individuos en la nueva era mediática	220
CAPÍTULO 2. Identidad y construcción social de la infancia y la adolescencia	225
§1. La niñez en la actualidad. Una infancia cada vez más breve	225

1. Intimidad y gestión de los espacios: lo público y lo privado en la infancia	227
2. Disolución del límite entre lo interno y lo externo, lo privado y lo público	228
3. Acceso y uso de las nuevas tecnologías a edades cada vez más tempranas	228
4. El hijo-Narciso	230
5. El fenómeno de los <i>tweens</i>	234
6. Acortamiento de la infancia y semiemancipación acelerada	235
§2. La pubertad precoz	237
CAPÍTULO 3. Nuevas consideraciones acerca de la adolescencia en la actualidad	244
§1. La perspectiva del adulto	246
1. El contexto social	246
1. Consumo, moda y publicidad	250
2. Nuevas tecnologías y sociedad virtual	253
3. El mundo de la imagen	267
4. El lenguaje	269
5. Nuevas formas de narcisismo	273
6. El nuevo cuerpo	283
7. La autoestima	289
8. El género	290
9. La hiperestimulación y el aburrimiento	298
2. El entorno doméstico	302
3. El ámbito escolar	308
§2. La perspectiva del adolescente	318
§3. El confuso tránsito a la adultez	328
CAPÍTULO 4. La adolescencia eterna	339
CAPÍTULO 5. De la construcción postmoderna del sujeto a la construcción actual del sujeto adolescente	345
CONCLUSIONES	356
ANEXOS	362
Anexo 1. Planteamiento empírico	363
Anexo 2. Ficha técnica. Cuestionario aplicado. Informe de resultados.....	378
BIBLIOGRAFÍA	398

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Nuestro trabajo parte del interés en investigar cómo construye su identidad el sujeto adolescente en la actualidad. El punto de partida es el hecho de que, en relación a otras épocas del pasado, en nuestra sociedad occidental actual se constata un cambio en cuanto al valor que se le da a la etapa de la adolescencia. Antes estaba considerada como una etapa de tránsito y así era vivida tanto por los propios sujetos adolescentes como por los adultos, que veían a los primeros como sujetos todavía en formación. Pero en las últimas décadas se han ido dando transformaciones que parecen indicar que estamos asistiendo a un cambio de paradigma en la consideración de las edades de la vida adulta, y que la adolescencia ha llegado a adquirir tal valor, que ha pasado de mera etapa de tránsito a ser considerada un estadio ideal en el que permanecer indefinidamente. Como consecuencia, la actual *construcción de la identidad del sujeto* adolescente pensamos que fomenta que éste pueda perpetuarse como tal en una sempiterna inmadurez.

Por tanto, nuestra hipótesis de partida será que *estamos asistiendo a un cambio de paradigma en la consideración de las edades de la vida adulta*. Asimismo, como la actual construcción de la realidad adolescente forma parte del nuevo modo de vivir y de entender la vida que caracteriza los tiempos postmodernos en los que nos hallamos, partiremos también de la hipótesis de que *la construcción postmoderna del sujeto queda reflejada, como si de un espejo se tratara, en la construcción del sujeto adolescente postmoderno*. Esa será la dirección de todo nuestro esfuerzo de investigación.

Para ello se trabajará de manera exhaustiva toda aquella bibliografía que pueda ofrecernos la información necesaria para analizar dichos asuntos. Esto supone una orientación interdisciplinar que sin duda enriquecerá el tratamiento de estas cuestiones, que, de por sí, tienen múltiples facetas. Además, dado que mi interés en este tema está vinculado al hecho de que soy profesora de Educación Secundaria, aportaremos un trabajo empírico, basado en un cuestionario dirigido a adolescentes, sobre algunos de los aspectos que nos interesa investigar y cuyos resultados servirán para enriquecer el *corpus* de la investigación.

El trabajo conceptual se hará, por tanto, mediante el estudio de una bibliografía en

torno a los conceptos clave de este proyecto y se seguirá el orden de sumario que presentamos a continuación:

Parte Primera: *Postmodernidad. Claves de nuestro momento actual.* Pensamos que hay razones de peso para empezar la investigación de la siguiente manera: si lo que nos mueve a hablar de los adolescentes de hoy en día es el hecho de que nos parece detectar en ellos cambios muy notables en relación a otras épocas, parece necesario definir con claridad qué es lo que caracteriza este preciso momento de la cultura occidental. La hipótesis de trabajo que nos sirve de guía para iniciar esta investigación es que, quizás, las diferencias que caracterizan a nuestros y nuestras adolescentes están vinculadas a esta cultura postmoderna, que sin duda, define un nuevo tipo de sociedades, de actitudes, comportamientos e identidades de los individuos. Si esto fuera así, podríamos establecer que la adolescencia hoy y la postmodernidad forman una unidad en la que el primer elemento no se entiende sin el segundo. De ahí la necesidad de comenzar esta investigación definiendo la cultura postmoderna.

Parte Segunda: *La adolescencia. La construcción de la identidad adolescente.* Para comprender cómo el adolescente construye su identidad será necesario, en un primer momento, clarificar qué entendemos por adolescencia y por identidad. Para ello haremos un rastreo del término *adolescencia* desde la antigüedad hasta la actualidad, observando cuáles han sido las diferentes construcciones culturales de las acepciones de las etapas de la vida humana. Podremos ver así como se ha concebido el tiempo humano y qué valoración cualitativa se ha ido haciendo de las edades a lo largo de la historia. El objetivo será ver si pueden detectarse cambios en la consideración de las etapas de la vida, cuáles son y qué repercusiones estarán teniendo en la construcción de la identidad adolescente actual. En este sentido, haremos especial hincapié en como ha afectado a la configuración de la identidad adolescente la aparición en el siglo XX de una cultura orientada a los jóvenes, como dicha cultura ha colocado al adolescente en el lugar de uno de los clientes más sustanciosos del sistema capitalista, y de qué manera estará influyendo todo ello en la valoración de la adolescencia como un modo de vida y un estado ideal. También se analizará la adolescencia desde diferentes parámetros y perspectivas: anatómico-fisiológicas; cognitivo-psíquicas; y atendiendo a conceptos como la sexualidad y las emociones, dada su importancia en este periodo vital.

Por otro lado, se hará un repaso del concepto de identidad, revisando diferentes

definiciones y concepciones que de dicho término se han hecho desde diversas disciplinas y pensadores; asimismo se analizarán distintos aspectos involucrados en la configuración de la identidad, como la relación entre el individuo y la sociedad en lo que a construcción de la identidad se refiere; la identidad como una construcción social; o la relevancia de procesos como el de igualación-diferenciación, el de identificación-desidentificación, entre otros, así como de la crisis de la identidad en la adolescencia, en cuanto a la constitución de la misma. También analizaremos, dada su importancia, conceptos como el de memoria, la invención creadora, el cuerpo, el lenguaje, la autoestima, el género y los ritos de paso, para poder entender como influyen en la construcción de la identidad en una etapa tan particular.

Parte Tercera: *De la construcción postmoderna del sujeto a la construcción actual del sujeto adolescente*. Será en esta parte donde abordaremos la cuestión central de nuestra investigación: si la construcción postmoderna del sujeto está reflejada en la construcción actual del sujeto adolescente. Para ello se ofrecerá información que permita aclarar de qué manera y en qué medida la construcción del sujeto en la postmodernidad influye en la propia configuración del sujeto adolescente de hoy en día, permitiéndonos así definir al sujeto adolescente actual.

En primer lugar partiremos de la siguiente hipótesis: *en las últimas décadas la adolescencia ha llegado a adquirir tal valor que de ser una mera etapa “de tránsito” ha pasado a ser considerada como un estadio ideal en el que permanecer indefinidamente*. En segundo lugar, y como consecuencia de ello, que *la construcción actual de la identidad adulta en el sujeto adolescente se ve dificultada por este hecho, propiciando una inmadurez sin límites en el tiempo*. Otros aspectos sobre los que incidiremos, con la intención de corroborar o refutar dichas hipótesis, serán: la manera en como las nuevas consideraciones, tanto de la infancia como de la adolescencia, por parte del mundo adulto y del propio contexto social, están influyendo en la visión que tanto los niños como los adolescentes, así como los propios adultos, tienen de sí mismos. Conceptos como el de “pubertad exprés” o “adulto adolescentizado” nos permitirán reflexionar sobre los cambios tan notorios que se están dando tanto a nivel biológico como social. Y nos permitirán pensar también acerca de qué significa ser adolescente hoy en día, asimismo sobre el lugar que ocupa la adolescencia como valor inherente a la postmodernidad y cómo está afectando todo ello a la constitución de nuevas identidades en las diferentes

edades de la vida.

Además veremos como diferentes aspectos que definen a nuestras sociedades: las nuevas tecnologías, el advenimiento de la era virtual, la importancia de la imagen, el consumismo, la publicidad, la moda, el individualismo, el hedonismo, el narcisismo, entre otros, parecen estar determinando el modo en que los y las adolescentes constituyen su identidad, y que dificultades implícitas a dicho proceso, así como qué consecuencias, se pueden estar dando fruto de todos estos factores.

Otro aspecto de gran interés para nuestra investigación que abordaremos en esta tercera parte tiene que ver con los ritos de paso a la adultez. Observaremos en qué situación se encuentran los y las adolescentes con respecto a dicha cuestión y qué tipos de ritos, institucionalizados o no, ofrece la sociedad en la que vivimos, así como sus repercusiones en lo que a constituir una identidad adulta se refiere.

PARTE PRIMERA

PARTE PRIMERA

POSTMODERNIDAD. CLAVES DE NUESTRO MOMENTO ACTUAL

Definir el término “postmodernidad” no es algo sencillo. Para algunos suele designar, de un modo general, un amplio número de movimientos artísticos, culturales, literarios y filosóficos del siglo XX por oposición o superación de las tendencias de la edad moderna. Para otros¹, la postmodernidad constituiría el tránsito lento y complejo a un nuevo tipo de sociedad, cultura e individuo que poco a poco se ha producido en el curso del siglo pasado en beneficio de una preeminencia cada vez más marcada de los sistemas flexibles y abiertos, y que ya empezaría a gestarse con la aparición del consumo de masas en los años veinte en USA. El término “postmoderno” parece referirse al proceso cultural dado en numerosos países desde los años sesenta. Podemos incluso advertir una diversidad de matices en la definición del término según la perspectiva o área de influencia, ya entendamos la postmodernidad como periodo histórico, como actitud filosófica, como movimiento artístico o como explicación sociológica.

Atendiendo al origen del término, parece que, aunque la acepción más frecuente de postmodernidad se popularizó a raíz de la publicación de *La condición postmoderna* de Jean-François Lyotard en 1979, el término ya había sido usado con anterioridad. Así, el uso registrado más antiguo del término “posmoderno” se atribuye a Federico de Onís, quien lo utiliza en el año 1934 en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, para diferenciar dos líneas evolutivas paralelas, posmoderna y ultramoderna, en el arte poético español. En la década de los 70, la revista de arte *Boundary 2* presentó los primeros estudios de estética posmoderna y, en 1971, el crítico Ihab Hassan, en su obra *POSTmodernISM* presentó una clasificación de artistas de distintas disciplinas dignos de tal consideración. En 1972 el arquitecto Robert Venturi, en

¹ Cfr. Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986, pp. 79-85 y *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 53.

su obra *Learning from Las Vegas*, estableció un programa de estética postmodernista siguiendo las tendencias prefijadas por Onís: “feliz imitación y mezcla de estilos anteriores, rechazo de lo moderno en cuanto tiene de racional y progresivo, despolitización radical (ruptura epistémica) y primacía del signo (arbitrario) sobre el significado”². Es en 1979 cuando Jean-François Lyotard toma de Ihab Hassan el término y lo utiliza en su obra *La condición posmoderna*. De este modo, lo introduce en la teoría social “partiendo del concepto de ‘sociedad posindustrial’ para crear el paradigma cultural que debería corresponder a esta nueva forma de orden social”, según dice él mismo³. Es con Lyotard como llega el apogeo de lo postmoderno. A su vez, será el marxista Frederic Jameson quien conceptualice la postmodernidad en cinco movimientos:

“1). como punto de vista histórico-social: la posmodernidad es la lógica cultural de la actual forma de capitalismo; 2). ‘muerte del sujeto’: pérdida del sentido activo del hombre en la historia y predominio de lo espacial sobre lo temporal; 3). ‘pastiche’: la lógica posmoderna coloniza todos los campos del arte y la cultura y subordina lo verbal a lo visual; 4). cambios en la estructura de clases: de la conciencia de clase a las de etnia, religión, sexo, opción sexual, etc., en espera de un ‘nuevo obrero colectivo’ (con seguridad el punto más débil de su propuesta) y 5). antimoralismo: la complicidad de lo posmoderno con el mercado es tan evidente que resulta estéril su aclamación o condena en términos morales”⁴.

Sin embargo no está tan claro que ciertos aspectos, como los citados por Jameson como elementos definitorios de la Postmodernidad, no estuvieran ya bien presentes en la Modernidad. En este sentido Luís García Tójar cita estas palabras de Baudelaire escritas en fecha tan temprana como 1863: “Modernidad es lo transitorio, lo flotante, lo contingente. Es una mitad del arte; la otra es lo eterno e inmutable”⁵.

También es necesario destacar que no deben confundirse los términos modernidad y postmodernidad con modernismo y postmodernismo respectivamente. Con “Modernidad” se indica un periodo histórico amplio que supone referirse a sus

² Cit. en Luis García Tójar, “La modernidad es dos”, *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* 51 (2002), p. 122.

³ *Idem*.

⁴ *Ibidem*, p. 123.

⁵ Cit. en *idem*.

características políticas, sociales, económicas, ideológicas; y siguiendo el mismo ejemplo es como puede hablarse de la cultura “postmoderna”. Por otra parte, el “modernismo” y “postmodernismo” son términos que se usan para referirse a una corriente estética que surgió primero en la literatura, en las artes plásticas y luego en la arquitectura durante el siglo XIX. Lo que sí parece poder afirmarse es que las diferentes corrientes del movimiento postmoderno aparecieron durante la segunda mitad del siglo XX y que todas concuerdan en que el proyecto modernista fracasó en su intento de renovación radical de las formas tradicionales del arte, la cultura, el pensamiento y la vida social.

Si fijar con claridad y exactitud el término “postmodernidad” no es tarea fácil, esto se debe a inconvenientes tales como la propia actualidad que se pretende definir, que no facilita el adquirir un sentido de perspectiva y que deriva de la escasez –pero sobre todo de la imprecisión– de los datos a analizar, a falta de un marco teórico válido para poder hacerlo extensivo a todos los hechos que se van dando a lo largo de este complejo fenómeno. La palabra “postmoderno” es una manera de denominar –o de aludir a– esa realidad que está emergiendo y que resulta imposible de conceptualizar verdaderamente pues está en plena formación⁶. Otro inconveniente tiene que ver con el propio proceso a definir, caracterizado por una falta de sistema, de unidad y coherencia, pues, como veremos, todos los órdenes de la sociedad postmoderna están atravesados por la indefinición, la heterogeneidad, la hibridación, la ambigüedad, la coexistencia de la paradoja, la ambivalencia, la discontinuidad, el “pastiche” y, en definitiva, por el eclecticismo más absoluto, como Jean-François Lyotard –quien popularizó el término postmodernidad– o el marxista Frederic Jameson ya pusieron de relieve.

Estas notas preliminares dan cuenta de lo ambiguo del tema a tratar. Desde nuestro punto de vista sobre esta cuestión, proponemos como lugar de partida y de una manera esquemática –pues debemos acotarla para poder trabajar sobre ella– que la “postmodernidad” es el neologismo que ha dado nombre a la gran transformación cultural que se ha venido produciendo desde mediados del siglo pasado en nuestras sociedades democráticas, caracterizadas por la opulencia. Este término pondría de relieve un cambio de rumbo, una reorganización profunda del modo de funcionamiento social y cultural en Occidente, con innegables repercusiones en la propia identidad de los individuos, como

⁶ Miguel Rodrigo Alsina / Pilar Medina Bravo, “Postmodernidad y crisis de identidad”, *Revista Científica de Información y Comunicación* 3 (2006), p. 140.

mostraremos a lo largo de la investigación que aquí presentamos⁷.

A grandes rasgos podemos decir que la postmodernidad es el resultado de una crisis de los órdenes cerrados, de la norma, de la tradición y del principio de autoridad, que ha dado lugar a un sujeto de exacerbada individualidad, hedonista e inmerso en un presente absoluto; es también el resultado de una crisis de las grandes teorías explicativas de nuestro mundo: la Religión, la Razón, la Ciencia, la Historia, el optimismo revolucionario, lo que ha propiciado el descrédito de la política. Es una quiebra, en suma, de la fe en el futuro. Este orden de cosas, unido al enorme crecimiento de los medios de comunicación de masas, a fenómenos como el neoliberalismo, la globalización, la sobreproducción –característica de una sociedad de la opulencia⁸– y a un sistema económico derrochador y consumista, ha generado la aparición de un modo de socialización y de individuación inédito, que rompe con el instituido desde los siglos XVII y XVIII; ha generado, en definitiva, el nacimiento del sujeto humano postmoderno⁹.

Como ha ocurrido a lo largo de la historia de la humanidad, el tránsito de un periodo a otro no sucede abruptamente, sino que una nueva era comienza a emerger mientras la anterior aún subsiste. Así también acontece con la postmodernidad, que, como su propio nombre indica hunde sus raíces en la modernidad, siendo, al mismo tiempo, prolongación pero también rechazo de las creencias, valores, modos de vida y hábitos de la misma. Veremos como algunos rasgos que ya se encontraban en el periodo anterior perviven, se exageran o se transforman en la postmodernidad, mientras que otros desaparecen, a la vez que nacen rasgos que podríamos considerar específicos de este nuevo periodo.

Es necesario hacer hincapié en que la modernidad lleva ya, dentro de sí, el germen de su propia disolución, pues, si en un principio traspasa del pasado al futuro el lugar de la felicidad venidera y el fin del sufrimiento, es ella misma la que deja de creer, en un momento dado, en los beneficios del progreso científico y espiritual, en la historia como

⁷ Debemos hacer mención al hecho de que los aspectos clave que hemos elegido para la elaboración de este punto consideramos que son pertinentes para ilustrar el ambiente social en el que nuestros jóvenes han crecido y por ello nos resultarán útiles para entender algunas cuestiones que influyen en como los adolescentes construyen su identidad.

⁸ Cfr. David P. Montesinos, *La juventud domesticada. Cómo la cultura juvenil se convirtió en simulacro*, Madrid, Editorial Popular, 2007, p. 47.

⁹ Cfr. Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, p. 5.

relato de salvación. La dos guerras mundiales serán, según los estudiosos, los acontecimientos históricos que aniquilarán definitivamente las pretensiones de un optimismo tan poco apegado a la realidad con el subsiguiente desencanto. La postmodernidad, por su parte, vive “*aquí y ahora*”, ni mirará al pasado ni verá el futuro de otro modo que con desencanto¹⁰.

Otro rasgo esencial de la postmodernidad, el *individualismo*, ya constituía uno de los elementos nucleares del Romanticismo y las revoluciones francesa y americana. De hecho, la modernidad supone una revolución individualista en la que, por primera vez en la historia, el ser individual es percibido y se percibe como fin último; el sujeto se concibe aisladamente, adquiere el derecho a disponer libremente de sí, sin la obligación de venerar a antepasados que limitan su derecho absoluto de ser él mismo. Pero será en este nuevo periodo en donde va a adquirir tintes característicos, inéditos, constituyendo lo que algunos autores, como Lipovetsky, califican como una segunda revolución en la historia del individualismo occidental¹¹. Esta libertad individual, en otros tiempos todo un riesgo y un problema para el orden social, se ha convertido en uno de los valores primordiales en la actualidad¹².

Unido a esto avanza otro proceso, que irá remodelando en profundidad el conjunto de los sectores de la vida social: el denominado *proceso de personalización*. Se trataría de un nuevo modo de gestionar los comportamientos por medio del mínimo de coacciones y del máximo de elecciones privadas posibles, con el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión posible¹³. Este proceso evidencia la fractura de un tipo de socialización disciplinaria, vigente hasta los años cincuenta, en favor de una sociedad flexible, basada en la información, en la estimulación de las necesidades –aún cuando éstas sean creadas, a través sobre todo de la publicidad– y en la seducción. Así, la postmodernidad se articula como un momento en el que las sociedades occidentales tienden a rechazar las estructuras uniformes y en el que las grandes figuras de autoridad –como la familia, la iglesia, el ejército, la política, la escuela– empiezan a

¹⁰ Gilles Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, pp. 54 y 62

¹¹ Cfr. Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, pp. 5,12.

¹² Cfr. Zygmunt Bauman, *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, 2001, p. 9.

¹³ Cfr. Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, p. 7.

difuminarse, mientras los sistemas personalizados, caracterizados por la información, la comunicación, la descentralización y la multiplicidad de opciones, se van generalizando. Éste es un proceso que no cesa de conquistar cada vez más esferas sociales: la educación, el tiempo libre, la moda, la información, las relaciones humanas y sexuales e, incluso, el trabajo¹⁴.

De todo esto resulta uno de los hechos sociales y culturales más significativos de nuestro tiempo: la pretensión y el derecho legítimo de vivir libremente, sin represiones, escogiendo cada individuo íntegramente el modo de su existencia. Se trata de la aspiración a la “identidad propia”, a la búsqueda de la misma, y no ya a una universalidad que motive las acciones sociales e individuales. Así, el *individualismo* propio de la postmodernidad será *hedonista*, en tanto que busca el placer, un placer cada vez mayor¹⁵ a conseguir de modo inmediato, en el presente, sin preocuparse por el pasado ni por el futuro, y personalizado, “hecho a medida”¹⁶. Surgirá, por tanto, una auténtica pasión por la personalidad, por la realización personal inmediata, por el culto al “yo”. Y, de este modo, también surgirá una necesidad de reconocimiento social, de participación, de libre expresión y de legitimación de todos los modos de vida en lo que, como decía Lipovetsky, es “el apetito de la personalidad hasta su término narcisista”¹⁷.

Por otro lado, y ligado a esto, nos encontramos con un fenómeno, característico de la postmodernidad, que alimenta el deseo de ser uno mismo, a la vez que parece invitar a gozar de la vida sin límites en una especie de presente eterno. Nos estamos refiriendo al *consumo de masas*. La gran revolución cultural de las sociedades modernas lo constituye la aparición del consumo de masas. Este fenómeno, aunque hay disparidad de opiniones al respecto, podría fecharse en los años veinte en USA y se irá extendiendo progresivamente por todo Occidente para influir decisivamente en el comportamiento general de la vida cotidiana de toda la sociedad. Con el consumo de masas se empezará a moldear un tipo de cultura hedonista. Con la difusión a gran escala de los objetos hasta entonces considerados de lujo, con la publicidad, la moda, los *mass media* y el crédito

¹⁴ *Ibidem*, p. 113.

¹⁵ Zygmunt Bauman, *La posmodernidad y sus descontentos*, p. 9.

¹⁶ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, pp. 8s.

¹⁷ *Ibidem*, p. 109.

monetario, cuya institución minará directamente el principio del ahorro, la moral de la época irá dando paso a valores más hedonistas que animan a gastar, a ceder a los impulsos y a disfrutar de la vida. Los orígenes de este fenómeno podemos buscarlos ya a finales del siglo XIX, pues desde 1880 hasta 1950 se van instalando poco a poco los primeros elementos que ayudarán a entender el paso al periodo denominado como postmodernidad¹⁸. El aumento de la producción industrial, la difusión de los productos gracias a los progresos de transportes y comunicaciones, la aparición de los grandes métodos comerciales que caracterizan el capitalismo moderno (tales como el *marketing*, los grandes almacenes, la aparición de las marcas registradas, la publicidad, la imposición de la lógica de la moda) favorecerán dicho tránsito. Desde aproximadamente los años cincuenta la sociedad americana y también la europea se moverán alrededor del culto al consumo, al ocio y al placer, más volcadas en el presente y en la novedad y cada vez más regidas por el principio de la seducción. Los años sesenta marcan, para algunos autores, el fin de la modernidad y el principio de una cultura postmoderna que democratiza la cultura hedonista. Otros autores, como Daniel Bell, ponen el acento en que el hedonismo y el consumo —que sería su vector— son el epicentro de la modernidad y de la postmodernidad¹⁹.

Si bien la producción en masa y el consumo en los años veinte empezaron a transformar la vida de la clase media, la auténtica revolución llegará tras la segunda guerra mundial, al absorber al individuo en una carrera por aumentar el nivel de vida, al legitimar la búsqueda de la realización personal, al acosarlo con imágenes, informaciones, cultura, y al introducirlo en la llamada “sociedad del bienestar”²⁰. Éste es un fenómeno de dos caras: por un lado el advenimiento del consumo en masa, que en cierto modo iguala y unifica a los individuos y fomenta un cierto gregarismo; por otro, la acentuación de las singularidades, con una personalización sin precedentes de los individuos, pues la oferta masiva del consumo transforma a cada individuo en un seleccionador y conjugador de objetos de consumo en el intento de ser uno mismo y gozar de la vida en el momento

¹⁸ Cfr. Gilles Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, p. 24.

¹⁹ Cit. en *ibidem*, pp. 16-20.

²⁰ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, pp. 106s.

presente²¹.

Asimismo debemos decir que la *moda* ha desempeñado un papel fundamental en la orientación de la modernidad hacia un sentido postmoderno de la sociedad²². La lógica de la seducción, de la que hablaremos detalladamente más adelante, la necesidad de renovación permanente que el consumo de masas promueve y la voluntad de expresar una identidad singular –la celebración cultural de la identidad personal– han sido el motor también de la transformación y avance de la moda al conjunto del cuerpo social. La postmodernidad es en cierto modo el reinado de la moda, de lo efímero y lo frívolo. También es causa y efecto del desarrollo imparable de la publicidad y el fenómeno de las marcas²³, hecho éste, que, como veremos, tiene una importancia destacada en el mundo del adolescente que nos proponemos explorar en esta investigación.

Fenómeno paralelo al citado anteriormente es el relacionado con el auge, difusión e influencia de los *medios de comunicación de masas*. Se denominan así aquellos medios de comunicación –tales como la prensa escrita, la radio, la televisión, el cine, Internet– que pueden ser recibidos simultáneamente por una gran audiencia. Su finalidad –aunque esto es cuestionable o, en todo caso, susceptible de matices– sería formar²⁴, informar y entretener al público que tiene acceso a ellos. La historia de los medios de comunicación de masas o *mass media* está muy ligada al desarrollo de la tecnología y, por tanto, al desarrollo económico de los últimos cien años, ya que este doble desarrollo ha posibilitado el poder ofrecer al gran público, a precios cada vez más bajos, una serie de productos relacionados con la comunicación.

A mediados del siglo XX irrumpen en la sociedad productos eléctricos y electrónicos, inventos tales como la radio, el cine, la televisión, que, si bien en un principio habían servido a otros fines, desde ese momento adquieren la categoría de productos de entretenimiento y consumo. Todos estos artefactos y medios, canales óptimos también para la publicidad y, por tanto, para el consumismo, han condicionado y

²¹ Cfr. *ibidem*, p. 108.

²² Cfr. Gilles Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, pp. 16-20.

²³ Cfr. Naomi Klein, *No Logo. El poder de las marcas*, Madrid, Booket, 2011, pp. 31-54.

²⁴ Félix de Azúa, *El aprendizaje de la decepción*, Pamplona-Iruñea, Editorial Pamiela Argitaletxa, 1990², p. 12.

condicionan nuestra existencia de un modo que poco tiempo atrás se hacía difícil imaginar. Un ejemplo lo constituiría el *cine*, que ha sido la expresión artística por excelencia en el siglo XX y su influencia perdura hasta nuestros días. Si cada época tiene su medio de comunicación a través del cual transmite valores, modelos e ideales, durante todo el siglo pasado ha sido el cine una de las artes, si no la que más, la que ha encarnado esta función. Constituye además un claro ejemplo de como mediante la tecnocracia se produce una democratización de la expresión artística al ser un medio que ya no sólo llega a unos pocos privilegiados, si no a las masas. Es esta cualidad la que lo convierte en un gran vertebrador, además de revelador de un estado de cosas, pero también actúa como formador, como educador y modelador en un sistema de retroalimentación constante que lo convierte en el espacio por excelencia donde el ser humano se retrata y se forma. El cine es, en cierto modo, el inventor del mito de la juventud, o al menos, ha tenido gran responsabilidad en ello, y también en el establecimiento de unos modelos de género, de una clara división de los roles sexuales, y si en un principio venía a reflejar el estado de cosas conservador, vendrá a mostrar también la disolución del *status quo* anterior. Podemos así considerar el cine como un espacio simbólico revelador de los cambios psicológicos y sociales que se han dado en nuestra cultura desde su aparición hasta la actualidad.

Por otro lado, desde la década de los ochenta el ordenador personal ha ido haciéndose cada vez más presente en nuestras vidas hasta convertirse, en la actualidad, en un artículo imprescindible junto con Internet, es decir, en una máquina de un poder inconmensurable, al subsumir la mayor parte de nuestras tecnologías intelectuales. Además, la red difiere de la mayoría de los medios de comunicación de masas, a los que sustituye por su capacidad de ser bidireccional, lo que la ha convertido en un medio para los negocios, el comercio, la difusión y comunicación personal. La interactividad del medio la ha convertido también en centro de reuniones del mundo, donde la gente, y sobre todo los jóvenes, se relacionan. Las redes sociales también han pasado a ser nuevos espacios para el exhibicionismo y el *vouyerismo*. Constituyen asimismo una forma inédita de control social, pues en ellas voluntariamente nos entregamos y “*contribuimos al panóptico digital, en la medida en que nos desnudamos y exponemos*”²⁵, convirtiéndonos

²⁵ Han Byung-Chul, *La sociedad de la transparencia*, Barcelona, Herder, 2013, pp. 94s.

en “víctima y actor a la vez”²⁶. Así, Google y las redes sociales, aunque se presenten como espacios de libertad, constituyen al mismo tiempo espacios de control.

De esta forma, aunque muchas son las ventajas que todos estos avances tecnológicos nos ofrecen²⁷, ya empiezan a perfilarse, cada vez con más claridad, sus inconvenientes. Nuestras tecnologías intelectuales ejercen además un poder duradero y nada desdeñable sobre qué y cómo pensamos, modelan el proceso de pensamiento y son las herramientas que utilizamos también para la autoexpresión, para dar forma a la identidad personal y pública, para cultivar nuestras relaciones con los demás²⁸. Es un hecho evidente que la inmersión en las tecnologías digitales está cambiando nuestra cultura de un modo que aún es difícil de precisar.

La relación que los medios de comunicación y el consumo de masas tienen con el desarrollo de las nuevas tecnologías nos llevan a mencionar otra cuestión íntimamente ligada a la postmodernidad. Como ya comentamos, el vertiginoso avance tecnológico al que estamos asistiendo desde el pasado siglo va acompañado de un *crédito en la tecnología* que, a nuestro modo de ver, es desorbitado e injustificado. Se trata de un crédito que, más que producirse por un acercamiento crítico, gracias a la publicidad es casi una cuestión de fe.

La tecnología se ha democratizado hasta tal punto que nuestra vida cotidiana está invadida por la misma. La gran oferta y precios asequibles de aparatos de televisión, teléfonos móviles, ordenadores o acceso a Internet, sumado al bombardeo publicitario de este tipo de productos ha provocado que se hayan convertido en artículos de primera necesidad. La capacidad de esta tecnología para la satisfacción inmediata de los placeres, para reducir el espacio y el tiempo hasta el punto de poder comunicarnos automáticamente con alguien que está al otro lado del planeta, su capacidad también para proporcionar satisfacciones ilusorias, vicarias, de experiencias emocionales que no conllevan contacto, interacción real ni ningún grado de frustración intrínseco a la misma –

²⁶ *Ibidem*, p. 95.

²⁷ Quizás es sintomático que se nos informe acerca de alguna de estas ventajas por la prensa, dando así a entender que es un tema muy de nuestra sociedad actual. Al respecto, cfr. “Genios adolescentes. Cómo los nuevos métodos educativos y la tecnología potencian la excelencia”, *XL Semanal* 1370 (2014) 20-27.

²⁸ Nicholas Carr, *¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes? Superficiales*, Madrid, Taurus, 2011, p. 62.

ya que son experiencias en las que no se apuesta ni arriesga nada, pues constituyen un sucedáneo de la experiencia con muy poco gasto emocional—, todo ello ha hecho del mundo virtual *un simulacro de vida*.

La tecnología promete un ser humano cada vez con menos limitaciones y un mundo lleno de posibilidades, donde, por poco dinero y con poco esfuerzo, podemos cumplir parte de nuestros deseos. El progreso tecnológico va, pues, aparejado al hedonismo y también al narcisismo que parece caracterizar al sujeto en la postmodernidad. La contrapartida de la civilización tecnológica es la pérdida de contacto con el mundo real, con la naturaleza y con su *tempo*: se trata ahora de dejar de vivir una vida para vivir una vida “simulacro” que evite el contacto con las cosas reales; se trata de utilizar la tecnología como profilaxis ante la existencia.

Las tendencias más importantes que este influjo de los medios de comunicación de masas y las nuevas tecnologías tienen en la sociedad actual podríamos resumirlas en los siguientes enunciados: 1. el mito de la objetividad y la manipulación inadvertida, en el sentido de que, aunque en apariencia nunca hemos sido más libres para pensar acerca de la realidad, nunca hemos estado tan amenazados por la capacidad de un sistema para imponer “verdades” uniformadoras; 2. la génesis y difusión de los estereotipos como herramientas de conocimiento de una realidad cambiante y compleja que no puede conocerse tomando como punto de partida la reducción simplista y empobrecedora que supone el estereotipo; 3. la hiperestimulación audiovisual y el conocimiento fragmentado en una sociedad digital que dificulta la reflexión crítica por saturación y fragmentación de la información; 4. la pasividad y el aislamiento a que aboca la realidad virtual, transformando al sujeto político activo en un sujeto mass-mediático pasivo; 5. la alienación, como consecuencia de las tendencias anteriores; 6. y la primacía de la imagen sobre la palabra escrita, como uno de los efectos de esta cultura de la imagen que los medios de comunicación y las nuevas tecnologías alimentan, en favor de nuevas y excitantes sensaciones y en detrimento del discurso escrito, que alude a un mundo abstracto de conceptos y reflexión que requieren de cierto grado de esfuerzo intelectual²⁹. 7. Por último, podríamos añadir la tendencia a la coincidencia de la comunicación y el comercio, dándose una explotación de lo social al servicio de las relaciones de

²⁹ Cfr. Ramón I. Correa / M^a Dolores Guzmán / J. Ignacio Aguaded, *La mujer invisible. Una lectura disidente de los mensajes publicitarios*, Huelva, Grupo Comunicar Ediciones, 2000, pp. 26-29.

producción; y la tendencia a la coincidencia de la libertad y el control, como ya hemos apuntado anteriormente³⁰.

Otro aspecto muy relacionado con el imparable avance tecnológico en la postmodernidad y característico también de este periodo es el *dominio científico-técnico de la naturaleza* con vistas a su rendimiento y producción. Una explotación de la naturaleza, incluyendo a todo ser vivo y al humano también, que resulta de un cambio en los conceptos de sujeto y objeto, de tal manera que se acaba dando una identificación entre sujeto y objeto, con el riesgo de que la humanidad acabe por concebir el mundo y a sí misma como un objeto de manipulación, de rentabilidad, susceptible de construir, de transformar, al gusto del consumidor. Veremos como esta cuestión tiene repercusiones importantes en ciertos ámbitos, provocando la aparición de nuevas ideologías y disciplinas –como, por ejemplo, la ecología o nuevos modos de concebir el propio cuerpo humano– y llegando a constituir su influencia un aspecto determinante en la posmodernidad³¹.

Otro proceso muy ligado a la sociedad postmoderna que no podemos pasar por alto es el de la *seducción*. Ésta atraviesa todos los ámbitos de la cultura: la política, la educación, el trabajo, la economía, las nuevas tecnologías, la medicina, las terapias, las costumbres, el consumo, las organizaciones, la información, las relaciones, etc. Esta sibilina estrategia constituye una nueva forma de control de los comportamientos y actúa, ya no por imposición coercitiva sino por relación, cohesión y acercamiento³². De esta manera, la socialización del individuo y de las masas ya no se realiza por imposición disciplinaria ni tampoco por sublimación sino que se efectúa por seducción. Esto significa que la norma autoritaria ha sido sustituida por la norma indicativa, sugerente, flexible, por los consejos prácticos, las terapias hechas a medida, las campañas de información y de sensibilización, la publicidad, la sonrisa, la campechanía y el buen humor impostado. Todo lo cual es un claro indicio de la tendencia actual a reducir las relaciones autoritarias

³⁰ Cfr. Han Byung-Chul, *op. cit.*, p. 94.

³¹ Françoise Collin, “Do moderno ao posmoderno”, en *Aula Castelao de Filosofía* (ed.), *Filosofía e xénero*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1996, pp. 3s.

³² Al decir “relación” nos estamos refiriendo a una manera de relacionarse con el prójimo que implica el conseguir lo que se quiere del otro seduciéndolo, haciéndole sentir y creer que es él el que está decidiendo actuar de un modo que en realidad ha sido decidido por quien seduce; de esta manera, no hay sensación de coerción ni sensación de sometimiento, con las ventajas que esto conlleva.

y dirigistas y, simultáneamente, a acrecentar las opciones privadas. Esto es también muestra de una sociedad abierta, plural, que tiene en cuenta los deseos de los individuos y que, en última instancia, privilegia la comunicación en detrimento de la coerción; pero es a la vez indicio de una sociedad que ejerce el control de formas más sutiles, menos evidentes –aunque no por ello menos efectivas–, que alimenta la progresiva difusión de unos límites claros que tomar como puntos de referencia éticos y de la existencia de una autoridad simbólica que pueda asumir con eficiencia la función educativa cuando es necesario³³.

Otro rasgo asociado a la postmodernidad es el de la *indiferencia*. Por un lado, las instituciones que antaño suponían grandes figuras de autoridad y que tenían poder para movilizar las emociones, como el Saber, la Familia, la Iglesia, el Ejército, los partidos políticos o la Escuela, han dejado de funcionar como principios absolutos e intangibles, dejando con ello un vacío emocional. Por otro lado, el individualismo hedonista y personalizado que caracteriza esta época, la aparición de los fenómenos de masas, la atomización que suponen los sistemas personalizados, la abundancia que conlleva la opulenta sociedad del bienestar y consumo, todo ello ha dado lugar a una apatía, a una indiferencia por exceso, por saturación, inducida por la enorme cantidad de información y posibilidades de las que se dispone. Ha provocado –en palabras de Lipovetsky– la aparición de un individuo “dedicado al *self-service* narcisista y a combinaciones caleidoscópicas indiferentes”³⁴; y de un individuo con escasez de motivación, de voluntad, con “anemia emocional”³⁵. En definitiva, podríamos decir que se trata de una alienación del sujeto postmoderno en la hiperestimulación: cuanto más de todo, menos interés por todo.

Por otra parte, si antes hablábamos de la revolución tecnológica e informática sufrida en la postmodernidad, hemos de decir también que, en la actualidad, estas sociedades están viviendo una revolución que podríamos denominar “interior”, es decir, una revolución caracterizada por un interés y entusiasmo por la autoconciencia, el

³³ Cfr. Massimo Recalcati, *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*, Barcelona, Anagrama, 2014, p. 11.

³⁴ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, pp. 17-31.

³⁵ Gilles Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, p. 25.

conocimiento y la realización interior. El análisis personal, el *yo* y su bienestar, se han convertido en la preocupación central. Diríamos que se ha ido gestando en las últimas décadas una sensibilidad terapéutica sin precedentes hasta la fecha. La idea de un orden terapéutico es algo que surge ya en el siglo XIX con el *higienismo*, pero si bien aquella ideología estaba defendida por un modelo de tutela patriarcal, en la actualidad es el paradigma científico el que asume la responsabilidad de medicalizar y terapeutizar todo, hasta el punto de que en este sentido podemos hablar de una sociedad terapéutica. Por tanto, un rasgo destacable y propio de la sociedad terapéutica del periodo que nos ocupa sería la *incursión de lo psicológico* en la vida cotidiana. Así lo atestigua la proliferación de organismos, técnicas, terapias, prácticas, costumbres e, incluso, usos del lenguaje relacionados con dicha cuestión³⁶. Los factores que han propiciado este acontecimiento serían, entre otros, el abandono de los grandes sistemas de sentido³⁷, la búsqueda de calidad de vida, la pasión por la personalidad, la carga emocional invertida en la esfera privada o el narcisismo propio del sujeto postmoderno, así como la serie de vacíos – existenciales, emocionales y de sentido– y las soledades y vulnerabilidades que, como veremos, lo singularizan.

Otro rasgo que parece caracterizar la postmodernidad es el hecho de que la sociedad se ha “*adolescentizado*”. Quizás este cambio tenga algo que ver con una necesidad por parte del adulto de recuperar parte de la esencia de la adolescencia que resulta tan atractiva y necesaria para una vida plena. El interés por buscar la novedad, la intensidad emocional, la implicación social, la exploración creativa³⁸, la pasión por la vida, la capacidad para disfrutar, la frescura o la vitalidad son, entre otros, rasgos propios de la adolescencia que con el paso de los años y con las dificultades y preocupaciones propias del mundo adulto se van perdiendo. Pudiera ser que, en un intento por recuperar algo de eso perdido, el adulto se haya adolescentizado, pero sin haber podido integrar mejor este proceso con otros rasgos necesarios para hacer frente a las exigencias de la

³⁶ El uso de tecnicismos propios de disciplinas de las llamadas ciencias de la salud mental en el lenguaje coloquial son muy frecuentes hoy en día; tal es el caso de expresiones como “me estás traumatizando”, “estar conflictuado consigo mismo”, “es un neurótico”, “¡vaya paranoia!”, “lo que le pasa es que no ha superado el complejo de Edipo”. Todas estas fórmulas serían buenos ejemplos de ello.

³⁷ Los llamados “metarrelatos” por Lyotard.

³⁸ Cfr. Daniel J. Siegel, *Tormenta cerebral. El poder y el propósito del cerebro adolescente*, Barcelona, Alba, 2014, p. 26.

vida adulta. Aunque más adelante veremos que la cuestión de la *adolescentización* de la sociedad es más compleja que todo esto, por lo pronto podemos decir que el resultado es un modelo adulto inconsistente, sin la suficiente coherencia y rotundidad para servir de guía a las nuevas generaciones. Entre otros, factores como el hecho de que el sujeto adolescente constituya un enorme filón de ventas para el mercado, o el hecho de que el sistema de valores haya cambiado con respecto a épocas pasadas –por ejemplo, la experiencia ya no se considera un valor en muchos contextos–, dan cuenta de los múltiples factores implicados en este cambio.

En todo caso, sean cuales sean los motivos, lo que sí está claro es que el modelo de adultez implícito en la modernidad ha ido mutando; y, si antes la adolescencia era considerada como una etapa de tránsito, en estas últimas décadas puede observarse que ha llegado a adquirir un valor desmesurado, puesto que ahora se contempla como *un estado en el que permanecer indefinidamente*. De hecho, muchos de los rasgos y conflictos descritos como típicos de la adolescencia parecen estar presentes en la cultura postmoderna: la crisis de valores, el hedonismo, el narcisismo, el desvanecimiento de las viejas dualidades, la ambigüedad sexual, las identidades híbridas, la ambivalencia, la incertidumbre, el eclecticismo, la indefinición o la dificultad para encarar responsabilidades.

Al tiempo que la sociedad se ha *adolescentizado* se observa un nuevo malestar en la juventud en cuanto a la relación entre padres e hijos, en una época como la nuestra en la que la autoridad simbólica del padre ha perdido peso, con la consiguiente dificultad de los progenitores para cumplir con su función educativa y el consabido conflicto intergeneracional que se deriva de este hecho. La función paterna está en crisis al tiempo que la juventud demanda modelos que le muestren, a través del testimonio de su propia vida, cómo estar en este nuevo mundo hedonista, con deseo y al mismo tiempo con responsabilidad³⁹.

En consonancia con los caracteres adolescentes erigidos como modelo y en consonancia también con ese rasgo de la posmodernidad que ya hemos comentado –el dominio científico-técnico de la naturaleza, que incluye el propio cuerpo con vistas a su rendimiento y producción– se da también este otro rasgo de la sociedad postmoderna: la

³⁹ Cfr. Massimo Recalcati, *op. cit.*, pp. 12-14.

actual *inversión narcisista en el cuerpo*. El cuerpo propio se ha convertido en nuestra identidad más profunda y, por ello, hay no sólo que disfrutarlo como lugar de culto al placer, sino también que cuidarlo, reciclarlo permanentemente mediante el deporte, la dietética, la cosmética o las intervenciones quirúrgicas. Como apunta Christophe Lasch,

“el miedo moderno a envejecer y morir es constitutivo del *neonarcisismo*, el desinterés por el futuro intensifica la angustia de muerte, el interés por el presente provoca un deseo de presente perpetuo, donde los signos del tiempo no hagan mella: la necesidad de ser admirado en permanencia y valorado por la belleza, el encanto y la celebridad, hacen la perspectiva de la vejez intolerable”⁴⁰

En este sentido decía Nietzsche sobre la edad y la muerte que es su sinsentido contemporáneo lo que exacerba su horror.

Asimismo, la personalización del cuerpo reclama el imperativo de la juventud: ¡permanecer joven, no envejecer! Estamos ante una lucha por una identidad que hay que construir y conservar sin interrupción ni averías. Ser verdaderamente uno mismo implica –a modo de consigna postmoderna–, ser joven, dinámico, esbelto y saludable. Baudrillard se refiere a esto como un narcisismo dirigido; un narcisismo que funciona como un tipo inédito de control sobre almas y cuerpos⁴¹.

Por otra parte, hay que decir que el viejo modelo cartesiano de identidad fija del ser humano se ha desvanecido. La postmodernidad parece proponer un mundo dentro del cual la diversidad y la diferencia conviven aparentemente sin mayor fricción. Aparece en ella un discurso que cuestiona *la identidad de los géneros* e introduce una nueva dimensión: la multiplicidad de identidades y el rechazo de la feminidad y de la masculinidad como categorías unívocas e inamovibles. Este orden de cosas unido al proceso de personalización del que ya hemos hablado, promueve el abandono de los roles e identidades instituidos y hace de nuestro tiempo un paisaje aleatorio, rico en singularidades complejas. Este cambio en la concepción del género humano pone en evidencia una especie de disolución de los referentes en la postmodernidad: lo que parecía una clasificación genérica y sexual clara ha devenido en una emergencia de tipologías que no encajan en la clasificación tradicional. Lo que se presentaba como una división natural

⁴⁰ Cit. en Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, p. 61.

⁴¹ Cit. en *ibidem*, p. 63.

entre los sexos queda en entredicho, acercándose más a lo que serían construcciones culturales o simbólicas, con las consecuencias sociales y políticas que eso conlleva. Los cambios que se han dado en el género a nivel de igualdad, y el modo en que todo ello puede estar repercutiendo en cómo se construyen los roles de género en la actualidad, son cuestiones a tener en cuenta. Las clases relativamente homogéneas del sexo quedan sustituidas por individuos cada vez más aleatorios y por combinaciones hasta entonces improbables. Por tanto, teniendo en cuenta todas estas cuestiones la construcción de la identidad personal no parece cosa sencilla.

Este marco de la posmodernidad que hemos esbozado nos permite resaltar algunos valores y tendencias que, de manera sutil, ambigua y anónima, influyen en los procesos de socialización de las nuevas generaciones: un ecleticismo acrítico y amoral; la individualización y el debilitamiento de la autoridad; la importancia dada a la información como fuente de riqueza, poder y control; la mitificación de la ciencia al tiempo que la desconfianza en las aplicaciones tecnológicas; la paradójica convivencia simultánea de un individualismo extremo con el conformismo social; la obsesión por la eficiencia; la concepción ahistórica de la realidad; la primacía de una cultura de la imagen; la importancia de lo efímero en un mundo en el que impera el cambio; la mitificación del placer; el culto al cuerpo y a la eterna juventud; y la emergencia y consolidación de los movimientos sociales alternativos⁴².

Esta panorámica general nos permite esbozar a grandes rasgos un perfil novedoso del individuo en la postmodernidad, en sus relaciones con él mismo y con su cuerpo, con los demás, con el mundo y con el espacio y el tiempo. Se trata de un individuo que vive *aquí y ahora*, que está en constante movimiento⁴³, hedonista, narcisista, consumista, exhibicionista y *vouyerista*, tecnológico, ávido de novedad, de identidad y de diferencia, necesitado también de encontrar reconocimiento social; vulnerable, de una sensibilidad epidérmica hacia el mundo a la vez que una profunda indiferencia –paradoja que se explicaría por la excesiva información que nos bombardea, impidiendo una emoción duradera, también por la sobresaturación de objetos y de posibilidades de elección–, apático y de voluntad débil, al mismo tiempo que necesitado de expresión y de

⁴² Cfr. Ramón I. Correa / M^a Dolores Guzmán / J. Ignacio Aguaded, *op. cit.*, pp. 30-34.

⁴³ Cfr. Zygmunt Bauman, *op. cit.*, p. 92.

participación social. Se trata de un individuo preocupado por el cuerpo, por la moda, por la juventud, por la belleza y por la realización personal; de un individuo ansioso de nuevas sensaciones, con la carga emocional invertida en la esfera privada; liberado sexualmente⁴⁴; tolerante, indulgente; en principio más libre pero también más frágil; solitario y falto de compromiso con el prójimo⁴⁵ como consecuencia de la “flexibilidad” – en el sentido de fluidez, fragilidad y transitoriedad– implícita que caracteriza todos los vínculos sociales de hoy en día⁴⁶. Es también un individuo lleno de ansiedades e incertidumbre; un sujeto que necesita desarrollar estrategias narcisistas de supervivencia y que se repliega sobre un presente que no cesa de reciclar en una especie de juventud infinita, pues el futuro se presenta para él como amenazador o incierto.

Muchos autores proponen, para definir el perfil del ser humano postmoderno, la *reactualización del mito de Narciso*. El neonarcisismo remitiría a la emergencia de un individuo que obedece a lógicas múltiples, a veces yuxtapuestas⁴⁷, a veces paradójicas, pues todo es posible que conviva en la personalidad narcisista, sin que parezca que nada cuaje, dándole sólo una aparente consistencia y coherencia a la personalidad.

A modo de retrato expondremos a continuación algunas de las *paradojas* que conviven en el *neonarcisismo* del actual individuo:

⁴⁴ Debemos matizar esta idea, pues aunque es cierto que en el siglo pasado hemos asistido a grandes avances en cuanto a la consideración de la sexualidad como algo natural y legítimo en el ser humano y a la liberación de la mujer –en cuanto a los roles que ocupa y a su sexualidad–, también es cierto que en muchos aspectos esta liberación sexual es tan solo aparente, como revelan, por ejemplo, el gran número de casos de violencia de género dados en la actualidad. Por otro lado, podemos observar una “sexualización” de la esfera pública, una “objetualización” de la sexualidad, en el sentido de que tanto hombres como mujeres se han convertido en un producto sexual, en un objeto susceptible de compra-venta, como atestigua la publicidad en los medios de comunicación. También cabe mencionar que, si bien es cierto que los adolescentes hoy en día ya no consideran el sexo como algo tabú como en épocas pasadas y poseen amplios conocimientos acerca de la fisionomía y fisiología de la sexualidad, también es cierto que los aspectos profundos, más emocionales ligados a la sexualidad, siguen siendo desconocidos para ellos. Así, podríamos hablar más bien de una “aparente” liberación sexual, pues esta época ha generado sus propias neurosis sexuales; al tiempo que nos hemos librado de algunas de ellas, otras nuevas han aparecido y coexisten con ideologías “tradicionales” propias de sociedades patriarcales y predemocráticas (homofobia, machismo...). Por tanto, sigue habiendo angustia e inseguridades con respecto a la sexualidad y a los roles sexuales.

⁴⁵ Cfr. Marie-France Hirigoyen, *Las nuevas soledades. El reto de las relaciones personales en el mundo de hoy*, Barcelona, Paidós, 2013², pp. 161 y 163.

⁴⁶ Cfr. Zygmunt Bauman, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid, F.C.E., 2005, p. 121.

⁴⁷ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, p. 112.

Por un lado el individuo es cuidadoso en la salud, a la vez que temerario en actividades diarias. Está formado e informado científicamente y, sin embargo, es permeable al esoterismo y la parapsicología. Se muestra relajado respecto al saber, pero perfeccionista en el deporte u otras actividades. Rechaza el esfuerzo y las normas estrictas, pero se las impone a sí mismo en determinadas prácticas deportivas, regímenes adelgazantes o retiradas espirituales. Es discreto ante la muerte y las emociones y, sin embargo, se le puede ver gritando, llorando y vomitando en las nuevas terapias psicológicas. Es cosmopolita y está influido por la moda aunque, al mismo tiempo, reivindicativo de la tierra y de ciertas tradiciones populares o religiosas. Tiene corazón de ecologista pero, a la vez, es incapaz de vivir sin la tecnología⁴⁸.

Otro de los mitos que aparece en la escena actual como modelo explicativo –esta vez del sujeto adolescente en la posmodernidad– es el de Telémaco, al que haremos especial mención en la parte tercera de nuestra investigación. El *complejo de Telémaco* (el hijo de Ulises, que en el relato homérico espera el regreso del padre para que vuelva a imponer el orden y la ley en la polis) hace referencia a la situación de la adolescencia en la actualidad en lo que respecta a la caída de la autoridad paterna como fenómeno esencial de nuestra cultura. Esta caída de la autoridad paterna se da tanto en su sentido simbólico – como encarnación de la ley– como en la configuración de las relaciones familiares. En las relaciones familiares el padre ha pasado de ser esa figura autoritaria que lo caracterizaba en épocas pasadas a ocupar un rol amistoso y cómplice, convirtiéndose de esta manera en una figura débil que ha dejado vacío el lugar de quien antes encarnaba el principio de autoridad que regía en la cultura. La indolencia, la indiferencia, la abulia, la depresión, la búsqueda incolmable de satisfacción, el narcisismo exacerbado, el desprestigio del trabajo, del esfuerzo y de la ética como formas de conducirse por la vida, son algunas de las consecuencias de este hecho, así como efecto del nacimiento de un nuevo malestar en la cultura⁴⁹.

⁴⁸ Cfr. *ibidem*, pp. 111s.

⁴⁹ Massimo Recalcati, *opus cit.*

PARTE SEGUNDA

PARTE SEGUNDA

LA ADOLESCENCIA. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD ADOLESCENTE

Para comprender cómo el adolescente construye su identidad es necesario que previamente clarifiquemos el uso dado a las nociones de “adolescencia” e “identidad”, es decir, qué queremos expresar cuando hablamos en estos términos y justificar así por qué consideramos que tiene importancia y sentido el hacerlo. Por tanto, en este apartado nos preguntaremos sobre cuestiones tales como: ¿a qué llamamos identidad?, ¿cómo y cuándo surge?, ¿cuándo se empieza a discutir la identidad humana?, ¿es ésta una invención y una convención cultural? Rastreamos también el concepto de *identidad adolescente* buscando su origen como objeto de estudio y, para ello, revisaremos la conceptualización del término *adolescencia* desde la antigüedad hasta la actualidad, para ver cuáles han sido las diferentes construcciones culturales de esas acepciones de las etapas de la vida humana. Veremos así de qué modo se concebía el tiempo humano y cuál era la valoración cualitativa de las edades, observando las etapas de la infancia y la adolescencia como momentos de interés en el sentido de “germen” de la adultez. Pero no será hasta el siglo XX –cuando con su avance empiece a perfilarse una cultura orientada a los jóvenes– que estos estadios cobren valor por sí mismos hasta llegar a la invención de la adolescencia como valor intrínseco en sí mismo, como un modo de vida y un estado ideal.

El desarrollo de disciplinas como la Psicología o la Pedagogía a lo largo del siglo pasado dan cuenta de este hecho. No podemos obviar además que la fiebre mercantil que comienza también en el siglo XX ha puesto al adolescente en el punto de mira como uno de los clientes más sustanciosos. Si nuestra sociedad está determinada por el comercio, por la codicia, si lo más importante para la sociedad actual es el dinero, el hacer del sujeto un cliente –y uno de los más vulnerables y provechosos es el adolescente– parece lógico pensar que esa sociedad que vive para constituir clientes, también y como principales a

los adolescentes, se *adolescentice*, para poder hacerle atractivo el producto a los mismos. Así, una idea interesante a plantearnos podría ser la de si el adolescente aparece considerado como tal desde el siglo XX debido a un interés científico, filosófico o antropológico, o por el mero hecho de saber, de poder estudiarlo, o si es que el adolescente ha surgido como sujeto como consecuencia de su conversión en cliente. Es decir, ¿es una creación comercial o un objeto de estudio de los saberes? Es importante tener esto en cuenta dado que el adolescente no construye activamente su identidad, sino que ésta se va constituyendo en el entorno en el que vive, con los elementos que se le ofrecen alrededor. Esto nos llevará hasta la teoría de las generaciones de Ortega y Gasset, que comentaremos más adelante.

Por lo tanto, nuestro rastreo de los conceptos de *adolescencia e identidad* se nutrirán de los estudios de disciplinas tales como las englobadas en las denominadas Ciencias Humanas y Sociales: Filosofía, Antropología, Sociología, Pedagogía, Psicología; de otras como la Psiquiatría y hasta de la Literatura y la Mitología. Así, no sólo veremos cómo ha evolucionado la acepción del concepto *adolescencia* a lo largo del desarrollo de tales disciplinas sino que, además, con este trabajo de estudio previo de “los alrededores” del concepto *identidad adolescente*, esperamos ir al surgimiento del *adolescente* como sujeto y ver así, también, qué factores han sido los que nos han llevado a tal efecto.

CAPÍTULO 1

El sujeto en coexistencia generacional

“La edad es el modo que tiene el tiempo de quedar en nosotros”

Julián Marías

La presencia de un largo pasado histórico en la mente del hombre y la asistencia a una aceleración progresiva del *tempo* de la historia –con el impacto que esto supone⁵⁰– son cuestiones que influyen en la consideración que el ser humano tiene de su “propio tiempo”⁵¹. No sólo la biología condiciona –con el proceso de crecimiento, pleno desarrollo y envejecimiento del organismo hasta la muerte– la edad de las personas. Las edades humanas son también históricas, es decir, implican una vinculación del hombre a un tiempo que es sólo una parte de la totalidad de su vida y, además, se ven afectadas por variaciones que las diferencian de unas épocas a otras⁵². Podemos considerarlas también como esas etapas diferentes en que se fragmenta nuestro quehacer vital, pues la vida tenemos que hacérnosla⁵³, y cada edad implica sus particulares labores. Así, deberemos interpretar el concepto de generación desde un punto de vista que contemple la edad a nivel biológico, aunque no solamente desde esa perspectiva. Son estas cuestiones las que nos llevan a plantearnos cuál es el lugar que ocupan las generaciones⁵⁴, tanto en la

⁵⁰ Julián Marías, *El método histórico de las generaciones*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, p. 17.

⁵¹ Pues nuestras vidas parece que están hechas de un tiempo determinado, así, es frecuente escuchar a personas ya ancianas frases como “en mis tiempos...”, como si, en palabras de Julián Marías, “al llamar el anciano ‘mi tiempo’ a otro que no es éste, parece dar a entender que vive en él como desterrado o enajenado”. *Ibidem*, p. 20.

⁵² Una persona que hoy tenga sesenta años no se considera un anciano, y una mujer de treinta y pocos aún puede denominarse como una “muchacha”, algo impensable, por ejemplo, en el siglo XIX.

⁵³ Julián Marías, *op. cit.*, p. 103.

⁵⁴ Siguiendo el discurso de Julián Marías, hay que decir que la palabra generación hace referencia al acto de engendrar, y si se ha cifrado en treinta años la duración de una generación es porque es hasta esta edad que el ser humano solía engendrar a sus hijos, aunque esto haya ido cambiando en las últimas décadas al ampliarse cada vez más la edad de concebir. En este sentido tendría que ver con la

sociedad como en la historia, todo ello nos hace preguntarnos por la estructura biográfica y social de las edades⁵⁵.

Como ha señalado Ortega y Gasset, una de las dimensiones de toda vida humana es su carácter biográfico-social. Esto significa varias cosas.

En primer lugar, cada nuevo individuo, al nacer se inserta de modo natural en una *generación*, en la que será la suya, y de la que participan todos los que con él han nacido en torno a ese año concreto y que, por eso, son sus “coetáneos”. Un individuo pertenece necesariamente a una generación, pues ésta es como el círculo de actual convivencia dentro del que vive. Y es cierto que el individuo no sabe la edad exacta que tienen todos los que conviven con él, pero, como hace ver Ortega y Gasset, sí “podrá fijar cifras extremas hacia arriba y hacia abajo y dirá, por ejemplo, esta persona ya no es de mi tiempo, es un muchacho todavía o es ya un hombre maduro”⁵⁶.

“La edad, pues, no es una fecha, sino una zona de fechas, y tienen la misma edad, vital e históricamente, no sólo los que nacen en un mismo año, sino los que nacen dentro de una zona de fechas”.⁵⁷

En segundo lugar, la edad que se tiene en cada momento no es simplemente una cifra matemática (tantos meses, tantos años...), sino que tiene un significado “biográfico-social”. Esto es, en función de esa edad concreta que el individuo tiene en cada momento de su existencia estará situado dentro de una franja de edad determinada: en la infancia, en la adolescencia, en la adultez o en la vejez. Y, con él, lo estarán también todos sus coetáneos, con los cuales comparte generación.

En tercer lugar, haber nacido en tal año o en tal otro, tener en cada momento una edad determinada, y, por ello, pertenecer a una generación u otra con la que se comparte la misma “circunstancia vital”, supone que el modo en que se interprete y enfoque la vida y, en definitiva, el proyecto de vida que el individuo trace, van a depender de esta pertenencia a su generación. Por ejemplo, su proyecto de vida será muy distinto si se halla

genealogía, con la familia, pero sabemos que, por ejemplo, en el caso del adolescente, el mundo con el que se encuentra no es sólo el de los padres, sino que otros adultos (profesores, escritores, etc.) de generaciones diferentes a las de sus padres, ejercen una influencia decisiva.

⁵⁵ Julián Marías, *op. cit.*, pp. 21s.

⁵⁶ José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 49.

⁵⁷ *Idem.*

en la generación de la juventud o de la vejez.

En cuarto lugar, todos los integrantes de una misma generación comparten también una misma “circunstancia vital”, o sea, un “aquí” y un “ahora”, que se le imponen desde fuera desde que nace y de los que no puede sustraerse. La “circunstancia vital” compartida origina una determinada “sensibilidad vital”, de la que va a depender el “sistema de vigencias”, que es común y, de modo general, compartido, por todos los integrantes de una misma generación. Esto es lo que motiva que la gran mayoría de los que forman una misma generación tengan unos ciertos hábitos, y no otros, en cuanto a cómo pensar o en qué creer, en cuanto a cómo valorar todo y en cuanto a cómo actuar. Cada generación, dice Ortega, ve sus problemas desde la sensibilidad vital que le es propia⁵⁸.

Según esta teoría de las generaciones orteguiana, “cada generación representa una cierta actitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada”, como dice su discípulo Julián Marías⁵⁹. Por todo esto se entiende que la edad *cualifique* la vida del individuo y que no pueda interpretarse como un simple dato matemático de una cantidad de tiempo (días, meses, años) que simplemente se va sumando acumulativamente⁶⁰.

“La edad es, dentro de la trayectoria vital humana, un cierto modo de vivir —por decirlo así, es dentro de nuestra vida total una vida con su comienzo y su término: se empieza a ser joven y se deja de ser joven, como se empieza a vivir y se acaba de vivir. Y ese modo de vida que es cada edad —medido externamente, según la cronología del tiempo cósmico que no es vital, del tiempo que se mide con relojes— se extiende durante una serie de años. No se es joven sólo un año, ni es joven sólo el de veinte pero no el de veintidós. Se está siendo joven una serie determinada de años y, lo mismo, se está en la madurez durante cierto tiempo cósmico. La edad, pues, no es una fecha, sino una zona de fechas, y tienen la misma edad, vital e históricamente, no sólo los que nacen en

⁵⁸ “Como si dos hombres mirasen un mismo paisaje situado el uno algunos metros más arriba que el otro. Se trata pues, de una diferencia de altitud en la colocación. Pues esa diferencia de nivel vital es lo que yo llamo una generación. *Ibidem*, p. 27.

⁵⁹ Julián Marías, *op. cit.*, p. 99. Esta teoría de las generaciones la esboza Ortega en *El tema de nuestro tiempo*, publicado en 1923, pero es en *En torno a Galileo*, en 1933, cuando la desarrolla.

⁶⁰ “Convendría haber caído en la cuenta de que el concepto de edad no es de substancia matemática, sino vital. La edad, originariamente, no es una fecha”. José Ortega y Gasset, *op. cit.*, p. 49.

un mismo año, sino los que nacen dentro de una zona de fechas”⁶¹.

En esta misma línea de pensamiento –la fenomenológica–, con respecto a la coetaneidad y contemporaneidad, Alfred Schutz y Thomas Luckmann proponen que “mientras las relaciones sociales entre semejantes se fundan en la orientación Tú, las relaciones sociales entre contemporáneos se basan en la orientación Ellos”⁶². También hablan de la existencia de una diferencia biográfico-histórica dentro del mundo de los contemporáneos, es decir, de la diferencia que comporta la experiencia de lo que unos han vivido por tener una determinada edad y que otros, más jóvenes, aún están por vivirlo. Así, la experiencia de lo vivido marcaría una diferencia en las cosmovisiones de las generaciones que, aun siendo diferentes, son contemporáneas. Además, lo que han vivido personas de una generación anterior, aunque se refiera a una misma experiencia, ha sido vivido en un contexto diferente, por lo que “‘la misma’ experiencia en otro contexto de sentido no puede haber sido ‘la misma’”⁶³ para dos generaciones distintas. “Mientras que la situación histórica de la existencia particular del individuo es, como tal, inalterable –dicen–, hay una situación histórica diferente para mí, otra para mi bisabuelo y otra para mis hijos⁶⁴. De este modo, “la historicidad del mundo condiciona la historicidad de la situación” y “la historicidad de la situación se impone al individuo”⁶⁵.

Retomando el concepto de generación y, como apunta el filósofo Lester Embree⁶⁶, debemos tener presente que cada una trae su propio conjunto de valores, creencias, prejuicios, experiencias de vida y actitudes⁶⁷, y que, aunque las distintas generaciones

⁶¹ *Idem*.

⁶² Alfred Schutz / Thomas Luckmann, *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrutu, 1977, p. 96.

⁶³ *Ibidem*, p.103.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 66.

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 104s.

⁶⁶ Lester Embree, *Fenomenología continuada. Contribuciones al análisis reflexivo de la cultura*, Morelia, Jitanjáfora, 2007, p. 28.

⁶⁷ Con respecto a las actitudes generacionales, Lester Embree considera que, al igual que otras actitudes como las de género, de clase y étnicas, están dirigidas a los miembros del propio grupo en términos de auto-aprobación o desaprobación, de autocomplacencia y auto-categorización y también de este modo se dirigirían hacia los miembros de otros grupos. Además, estarían reforzadas desde la infancia, se habrían convertido en hábitos para el individuo y en tradiciones dentro de los grupos, resultando así, en suma,

puedan compartir actitudes, también las brechas generacionales son hoy más amplias que nunca⁶⁸. Este fenomenólogo nos habla de unos estereotipos generacionales –que son propios de la cultura americana pero que podemos tomar prestados para la europea también– y abarcarían todo el siglo XX⁶⁹: por un lado están los *Tradicionalistas*, que serían aquellos nacidos desde 1900-1945; por otro lado, los *Boomers* –pertenecientes al *baby boom*– nacidos desde 1946-1964; además está la *Generación X* o *Xers*, formada por los nacidos entre los años 1965-1980 y, finalmente, los *Milenarios*, que comprende a los que nacieron en la franja de años 1981-1999. Embree añade también una categoría, el *cúspider*, para designar con este término a quien pertenece a la vez a dos generaciones sucesivas⁷⁰.

Podemos ver por tanto, que la edad de una persona no es sólo biológica, sino que ésta es más bien una cuestión biográfico-social. Tener una edad u otra en un aquí y ahora determinados supone toda una experiencia vivida por parte del sujeto y esto comporta todo un sentido y significado: el experimentar la vida desde la propia sensibilidad vital de su generación. El sujeto necesariamente se relaciona con los demás situado desde su sensibilidad vital generacional. Es por esto que, en la escuela fenomenológica, la descripción de lo que es el sujeto tiene su punto de partida en lo que ya Husserl, el fundador de esta escuela, había considerado un hecho evidente: la subjetividad es intersubjetividad; y lo es de principio a fin. Es cierto que la vida humana “es sólo la vida de cada cual, es sólo *mi vida*”⁷¹. Sin embargo, preguntar qué o quién es el sujeto necesariamente fuerza a mirar a la generación a la que pertenece. Y viceversa: “preguntar

culturales.

⁶⁸ Las brechas generacionales se harían notar también en relación a cuestiones de interés para nuestro trabajo, la identidad adolescente, como son las preferencias musicales, cinematográficas, programas de televisión, ídolos, o puntos de referencia históricos.

⁶⁹ Estos estereotipos generacionales que Lester Embree propone están recogidos del estudio que Lynn C. Lancaster y David Stillman realizan acerca de las generaciones americanas actuales en *Cuando las generaciones chocan: quiénes son, por qué chocan, cómo resolver el dilema generacional en el trabajo* (*When Generations Collide: Who They Are, Why They Clash, How to Solve the Generational Puzzle at Work*, Harper Bussiness, New York: 2002).

⁷⁰ Para una definición detallada de cada categoría o estereotipo generacional consultar *Lester Embree, op. cit.*, pp. 36-46.

⁷¹ José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, Madrid, Alianza editorial, 1981², p. 46.

a qué generación pertenecemos es, en buena medida, preguntar quienes somos”⁷². Más adelante veremos como esto afecta al concepto de identidad adolescente.

⁷² Julián Marías, *op. cit.*, 1967, p. 110.

CAPÍTULO 2

Las etapas de la vida.

Una tipología de las edades a lo largo de la historia occidental

La manera en que se ha concebido el tiempo humano a lo largo de la historia no ha sido siempre igual. La consideración de las distintas edades, de las “edades de la vida”, ha ido cambiando, dando lugar a diferentes construcciones culturales de esas concepciones de las etapas de la vida del ser humano. Como indica Ortega y Gasset

“hay para todos los gustos: se ha segmentado la vida humana en tres y en cuatro edades —pero también en cinco, en siete y aún en diez [...] Pero es innegable que sólo las divisiones en tres y en cuatro han tenido permanencia en la interpretación de los hombres”.⁷³

A modo de ilustración hemos elegido algunos ejemplos y a algunos pensadores como portavoces de lo que se pensaba sobre estas edades de la vida en cada uno de los grandes periodos de la historia de Occidente.

§1. Edad Antigua

La primera evidencia histórica de la existencia de la adolescencia podemos encontrarla en la civilización sumeria. La adolescencia en esta civilización está íntimamente vinculada a la creación del sistema educativo, y éste, a su vez, aparece a raíz de la invención de la escritura. El contexto histórico que dio lugar a una etapa de transición a la adultez y que podemos denominar adolescencia en sentido estricto comenzó en torno al año 3.700 a.c. en la baja Mesopotamia. Sobre el fondo de culturas anteriores se va creando una auténtica civilización con sus elementos propios: una organización social compleja y política; el establecimiento de ciudades y Estados; la creación de instituciones, obligaciones y derechos; la producción organizada de

⁷³ José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, p. 50.

alimentos, herramientas y vestimentas; la organización del comercio; la aparición de construcciones monumentales y formas de arte y la creación de un sistema de escritura que permitía fijar y propagar el conocimiento. Para formar a los escribas, los sumerios idearon las primeras escuelas históricas de las que hay constancia, vinculadas también en sus orígenes a los templos. Con el paso de los siglos fueron ampliando su cometido y adquiriendo un carácter más seglar.

La educación no era obligatoria. A la escuela acudían casi exclusivamente los niños y adolescentes varones que procedían de familias de buena posición social. De este modo se iban perfilando dos modos de aprender a ser adulto, uno propio de los hijos de artesanos, campesinos y otras profesiones manuales, que aprendían los oficios adultos ejercitándose en ellos desde edades tempranas probablemente bajo la tutela de sus padres, y otro modo propio de los hijos de profesionales que cultivaban el uso de la palabra, como los escribas, o que tenían puestos de poder y relevancia en el escalafón social, que consistía en un periodo de formación en el aprendizaje de la escritura, de las ciencias y de la literatura en el seno de una formación reglada antes de incorporarse a puestos en consonancia con su procedencia familiar.

El vivir esta larga transición hacia la adultez es lo que permite denominar a este periodo como “adolescencia” propiamente dicha. Si bien esta denominación no existía en aquella época, sí se daban ya muchas de las características que podemos observar hoy en día. Una de estas características, por ejemplo, era el hecho de vivir la escolarización prolongada como una carga más que como un privilegio –privilegio en cuanto que les eximía de incorporarse al mundo laboral desde temprana edad, como dan testimonio textos de la época–, o rasgos como el hecho de que los adolescentes, al menos los de buena familia, dispusieran de modelos familiares adultos que velaran por su desarrollo en el tránsito a la adultez. Con respecto a las mujeres, al parecer no se han encontrado textos que puedan facilitarnos información de cómo realizaban dicha transición⁷⁴. Sin embargo, lo que sí se puede afirmar es que la adolescencia aparece como una creación cultural ligada a la creación de la escuela, la cual a su vez es creada para especializar a un sector de la población en el uso culto de la palabra y, en concreto, en el de la escritura.

Ya en el seno de la civilización de la Antigua Grecia Esopo, en una de sus fábulas,

⁷⁴ Ramón Mendoza Berjano, *La adolescencia como fenómeno cultural*, Huelva, Servicio de publicaciones de la Universidad de Huelva, 2008, pp. 28-33.

habla de que en la vida hay cuatro tramos de edad: la de la juventud, la de la madurez, la de la vejez y la de la decrepitud⁷⁵.

Aristóteles consideraba que las edades de los humanos tenían esta división: la edad de la juventud, la edad de la madurez, plenitud o *akmé* y la edad de la vejez⁷⁶.

Marco Tulio Cicerón habla, en su obra *Los deberes (De Officiis)*, que data del siglo I a.c., de un carácter en el hombre impuesto por el tiempo y los acontecimientos. Según él, por el sólo hecho de crecer en edad varía la manera de ser, porque el individuo, a medida que va madurando, va cambiando también sus conceptos y en consecuencia sus actuaciones. Al referirse a los deberes inherentes según la edad hace dos amplias divisiones. Por un lado, habla de los adolescentes, que deben admirar a los mayores y buscar sus consejos; reprimir las pasiones y estar en forma, física y mentalmente, para poder desempeñar funciones en la guerra o en la ciudad; y ser moderados y decentes en las diversiones. Por otro lado, habla de los ancianos, los cuales deberán disminuir las fatigas del cuerpo; aumentar el ejercicio del intelecto; aconsejar a los jóvenes y sobre todo a la República; y no abandonarse al abatimiento ni a las pasiones para dar buen ejemplo a los jóvenes con su conducta⁷⁷.

El historiador Plutarco en la vida de Licurgo menciona las que él considera las tres edades en las que se divide la vida: la de los niños, la de los jóvenes y la de los viejos⁷⁸.

En el imperio romano era a los doce años cuando el niño de buena familia abandonaba la enseñanza elemental y a los catorce cuando dejaba de vestirse como un infante para adquirir el derecho a hacer lo que deseara; a los dieciséis o diecisiete años era cuando podía decidir hacer carrera pública o entrar a formar parte del ejército. No existía el concepto de “mayoría de edad” como una cuestión legal, ni se hablaba de menores, sino de impúberes, que dejan de serlo cuando el padre o tutor advertían que ya estaban en edad de usar las ropas del adulto y afeitarse el incipiente bozo. Para las chicas, la pubertad comenzaba con sus primeras reglas y para los muchachos cuando mantenían sus primeras relaciones sexuales, “lo que equivale a decir –según Paul Veyne– que pubertad e

⁷⁵ José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, p. 51.

⁷⁶ *Idem*.

⁷⁷ M. T. Cicerón, *Los deberes*, Barcelona, Vosgos, 1975², pp. 41-43.

⁷⁸ Cfr. José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, p. 51.

iniciación sexual son sinónimas para los muchachos, ya que la virginidad femenina sigue siendo sacrosanta”. Entre la pubertad y el matrimonio había un periodo de cinco o diez años de libertinaje, incluso institucionalizado como hecho folclórico semioficial, en el que los jóvenes daban rienda suelta a la energía venérea propia de esta edad⁷⁹.

§2. Edad Media

San Isidoro de Sevilla, en su obra *Las etimologías*, en la que realiza una recopilación de los saberes clásicos y medievales, distingue, siguiendo a Hipócrates, seis etapas en la vida del hombre que expone de este modo:

“Seis son las etapas de la vida: infancia, niñez, adolescencia, juventud, madurez y senectud. La primera edad es la *infancia*, desde el momento en que el niño nace, hasta que cumple los siete años. La segunda es la *niñez* (*pueritia*), o etapa “pura” y aún no apta para la procreación; abarca hasta los catorce años; y la tercera es la *adolescencia*⁸⁰, “adulta” ya para engendrar; dura hasta los veintiocho años⁸¹; la cuarta es la *juventud*, que es la más firme de todas y llega hasta los cincuenta años; la quinta es la *madurez* o gravedad, que es el paso la juventud a la ancianidad: no es todavía ancianidad pero tampoco es ya juventud, porque se trata de una edad más avanzada, a la que los griegos llaman *presbyte*. Y es que, entre los griegos, al anciano no se le llama *presbyter*, sino *géron*. Esta etapa comienza a los cincuenta años y culmina a los setenta. La sexta edad es

⁷⁹ Paul Veyne, “El imperio romano”, en Phillipe Ariès / George Duby (eds.), *Historia de la vida privada*, vol. 1. Madrid, Taurus, 1991, pp. 36-41.

⁸⁰ Acerca de la adolescencia San Isidoro escribe: “Denominamos a los púberes así derivando el vocablo de pubes, es decir, de las partes pudendas del cuerpo, que entonces comienzan a cubrirse de vello. Hay quienes opinan que la pubertad comienza a partir de unos años determinados; es decir: consideran que es púber el que ha cumplido los catorce años, aunque la pubertad puede desarrollarse mucho más tarde. (...) Llámese adolescente al que es adulto para engendrar; o quizás porque está creciendo o desarrollándose”. San Isidoro de Sevilla. *Etimologías*, Madrid, Ed. Biblioteca de autores cristianos, 1994, pp. 41-43. Queremos hacer hincapié en la caracterización que de la adolescencia hace San Isidoro, como un proceso, en contraposición a un estado, como serían la juventud o la adultez. Esta idea es importante pues, mientras para este autor la adolescencia era algo móvil, fluido, en contraposición, en la actualidad la adolescencia ha de ser un estado, con unas características más estables, pues el adolescente ha pasado a ser uno de los principales clientes de esta sociedad mercantil, como veremos más adelante.

⁸¹ Tenemos otro documento que sirve, a la vez, de magnífico ejemplo de dos cuestiones: en primer lugar, de que la palabra “adolescencia” era usada en la Edad Media; en segundo lugar, de que la adolescencia comprendía un número elevado de años. El ejemplo es un texto de Juan de Salisbury (1110/20-1180). En un capítulo autobiográfico del *Metalogicon*, en el que relata todos los estudios que realizó durante doce años con los grandes maestros del siglo XII, dice: “Siendo todavía un adolescente [*Cum primum adulescens admocum*] emigré a las Galias para estudiar [...] De este modo estuve ocupado en mis estudios durante doce años” (*Metalogicon*, II, 10 PL, 199, 867B-869B). Agradezco a César Raña Dafonte, especialista en la Universidad de Santiago de Compostela en filosofía medieval, el haberme facilitado la traducción de parte de este texto.

la *senectud*, que ya no tiene límite: después de transcurridas las cinco etapas precedentes, todo cuanto resta de vida se considera senectud”⁸².

Así pues, para San Isidoro la vida de las personas era dividida en seis etapas. Ninguna se investía de rasgos psicológicos⁸³ particulares. Tampoco existían rituales de tránsito e iniciación para las diferentes etapas. Esto permitía que el paso de niño a adulto se llevara a cabo sin ningún acto particular dictado por la sociedad.

Contamos con una serie de escritos narrativos redactados en el siglo XII en Francia en los que se puede apreciar cuál era entonces el concepto de “juventud” en la sociedad aristocrática de ese momento. Señala Georges Duby que “a ciertos hombres de origen noble se los designa como ‘jóvenes’, ya individualmente por el adjetivo *juvenis*, ya colectivamente por el sustantivo *juventus*”, y aunque es cierto que estos términos a veces fueron utilizados para otras designaciones,

“lo más corriente es que se aplicaran a los guerreros y sirvieran para situarlos en una etapa bien determinada de su existencia. De esta etapa lo que importa en primer lugar es reconocer los límites. Se observa con claridad que aquel al que se denomina ‘joven’ no es ya un niño, es alguien que ha dejado atrás la época de la educación y de los ejercicios preparatorios de la actividad militar. Para calificar a los hijos de la nobleza que aprenden aún los usos y las técnicas propias de su estado, los autores de estos relatos emplean, en efecto, con exclusividad otras palabras: *puer*, *adulescentulus*, *adolescens imberbis*. Estos vocablos son empleados a propósito de los jóvenes que han abandonado lo que denominamos la infancia y que, habiendo pasado de los quince, los diecisiete y aun los diecinueve años, no han finalizado su aprendizaje. El ‘joven’, en consecuencia, es un hombre hecho, un adulto. Ha sido introducido en el grupo de los guerreros; ha recibido las armas; ha sido armado: Es un caballero. Se debe señalar, por otro lado, que normalmente se designaba como ‘jóvenes’ a los caballeros hasta el momento de su casamiento y aún después de él: en la *Histoire ecclésiastique* de Orderico Vital, los caballeros casados que no han tenido aún hijos son presentados como ‘jóvenes’, mientras que a otro, de menos edad pero ya padre, no se le llama *juvenis* sino *vir*. En el mundo caballeresco guerrero deja de ser considerado ‘joven’ cuando se establece, se arraiga, cuando se transforma en jefe de una casa y en tronco de un linaje. En consecuencia –dice Duby–, la ‘juventud’ puede ser definida como la parte de la existencia comprendida entre el momento de ser armado caballero y la paternidad”⁸⁴.

⁸² San Isidoro de Sevilla, *op. cit.*, pp. 39-41.

⁸³ Por aquel entonces ni siquiera existía el concepto de lo psicológico.

⁸⁴ Georges Duby, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 132s.

Por tanto, parece claro que, entre la aristocracia, (a) el concepto de “niño” se emplea para los individuos varones que todavía están en la etapa de aprendizaje y en casa del adulto que sea el encargado de darle esta educación, bien se trate de su padre o bien del señor que lo educa. (b) Los vocablos *puer*, *adulescentulus*, *adolescent imberbis* son los usados para designar a los que ya no son “niños” pero que, hallándose en una edad aproximada de entre quince y diecinueve años, todavía no han terminado la etapa de este aprendizaje. (c) El llamado “joven” es el que ha finalizado este período de aprendizaje, todavía no está casado o, ya casado y como marido, todavía no se ha convertido en padre y en cabeza de familia.

Como vemos, los calificativos de “niño”, “púber” o “adolescente” y “joven” no están ligados simplemente a unas edades biológicas determinadas⁸⁵ sino a una serie de actividades. Estas actividades –o ausencia de las mismas– son las que propiamente cualifican al individuo en uno u otro grupo.

Los individuos que todavía no han formado una familia con esposa e hijos pertenecen al grupo de la “juventud”. Y “la ‘juventud’ aparece [...] como el tiempo de la impaciencia, de la turbulencia y de la inestabilidad”⁸⁶; el tiempo del deambular de un lado a otro; el tiempo del rechazo de la permanencia, del ya asentarse en algún lugar. Duby señala que en todas las descripciones que se conservan sobre el “joven” éste aparece siempre como el amante de vagar por todas las tierras, de “moverse por muchas tierras para obtener premios [en torneos] y aventuras”, si bien por lo general nunca va solo, “por o menos en los primeros tiempos de su vagabundeo, va acompañado por un mentor que ha elegido su padre, un caballero, un ‘joven’ también pero de mayor experiencia, encargado de aconsejarle, de contenerle, de finalizar su educación y conducir asimismo su

⁸⁵ Sin embargo, esto no obsta para que se puedan dar unas edades biológicas como referencia. Dice que Duby que, por lo menos en el noroeste de Francia –la región en la que este historiador se basa para realizar este estudio– “hacia fines del siglo XII, el primogénito llegaba normalmente a la edad adulta y recibía las armas entre los dieciséis y los veintidós años, es decir, en el momento en que su padre, a los cincuenta años, tenía aún fuertemente en sus manos el patrimonio y se sentía capaz de administrarlo solo”. *Op. cit.*, p. 139.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 134.

itinerario hacia los torneos más beneficiosos”⁸⁷.

Por otro lado, los jóvenes caballeros juntos en grupos en vida errante, en su búsqueda de aventura, honor, premios y riqueza, a la vez que estaban permanentemente expuestos al peligro también causaban agresiones y tumultos. La “juventud”, excluida “del cuerpo de los hombres establecidos, de los padres de familia, de los jefes de las casas” y, por eso mismo, en situación de inestabilidad, con frecuencia se convertía –dice Duby– en “grupo de turbulencia prolongada”⁸⁸.

§3. Edad Moderna

Por su parte, en el siglo XVIII, Kant, en su *Antropología práctica*, plantea que en el ser humano se presenta un conflicto al final de la etapa que llama “adolescencia”. Es un conflicto, dice él, entre la naturaleza animal y la espiritual. El conflicto radica en que, aunque al llegar a la edad de los dieciséis años –lo que para Kant es el final de la adolescencia– la naturaleza biológica (*animal*) del individuo ya está preparada para procrear, sin embargo todavía este individuo adolescente no se dedica a procrear porque, su naturaleza *espiritual* le predispone a considerar que, antes de tener hijos, debe discurrir como ganarse la vida, ya que sólo ganándose la vida podrá conseguir mantenerlos:

“Las etapas naturales [de la vida] no vienen a coincidir con las propias del estado civil, lo cual origina la antinomia entre el bien y el mal. En el estado de naturaleza la aptitud del hombre a propagarse y alimentar a su prole aflora mucho antes. Conforme al estado de naturaleza el hombre ya es capaz de procrear a los dieciséis años, viéndose igual de facultado para mantener a su descendencia. Según los cánones de la clase media, el hombre se ve ciertamente capacitado para procrear, más no para mantener su prole. Esto no suele ser posible antes de cumplir los treinta, mientras que en el estado de naturaleza ya se es hombre en las postimetrias de la adolescencia, al cumplir dieciséis años. Esta contradicción planteada por el desfase existente entre las etapas naturales y las civiles en materia de procreación da lugar a más de un vicio (algo que no ocurriría si el hombre sólo cobrara su capacidad de procrear en torno a los treinta)”⁸⁹.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 135.

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 138 y 144.

⁸⁹ Inmanuel Kant, *Antropología práctica*, Madrid, Tecnos, 1990, pp. 76s.

“Los provechos que se derivan gracias a la cultura de este antagonismo entre la naturaleza espiritual y la naturaleza animal del hombre, el cual no deja de trabajar en pro del destino final del ser humano. Valga como ejemplo el del muchacho que alcanza la edad de procrear, pero todavía se ve insolvente para mantener su prole; ello le hace alejarse de su animalidad y aplicar sus fuerzas a la tarea de posibilitar ese sustento. Todo lo cual coadyuva al nacimiento de las ciencias y las artes”.⁹⁰

§4. Edad Contemporánea

En el siglo XIX, Arthur Schopenhauer abre el capítulo sexto de *Parerga y paralipomena*, titulado “De la diferencia de las edades de la vida”, con una sugerente cita de Voltaire: “quien no tiene el espíritu de su edad, tiene todas las desdichas de ésta”.⁹¹ A continuación afirma que el paso del tiempo nos cambia. Según él, aunque en todo el transcurso de la vida no poseamos más que el presente, nuestro temperamento, que no el carácter, pasa por una serie de modificaciones que “dan cada una un tinte diferente al presente”.⁹²

Schopenhauer considera que la vida está dividida en dos mitades. La primera mitad conllevaría una aspiración no satisfecha a la felicidad y la segunda una sensación de desdicha. Los primeros años son los de la comprensión y del conocimiento intuitivo. En la *infancia* la mayor parte de nuestro ser estaría dedicada a conocer; la *pubertad* –también llamada *juventud* o *adolescencia*– consistiría en un periodo lleno de ilusión, esperanzas, sueños, quimeras, así como también de prejuicios transmitidos, de extrañas fantasías que velarían y deformarían el mundo verdadero⁹³; se trata de una época de agitación aunque también de serenidad y valor, de creer en la vida sin término. Así, la juventud, el primer cuarto de nuestra vida, es para el filósofo el periodo más feliz y que es sentido como el más largo. La *madurez* o *edad viril* es la época de la acción, la producción, la reflexión y la comprensión, aunque también la edad del reposo en contraposición a la agitación de la juventud; en esta etapa se cuenta, además, con mayor juicio, penetración y fondo. Por su

⁹⁰ *Ibidem*, p. 128.

⁹¹ “*Qui n’a pas l’esprit de son âge, de son âge a tout le malheur*”.

⁹² Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipomena*, Málaga, Ágora, 1997, vol. III, p. 219.

⁹³ *Ibidem*, p. 224.

parte, la *vejez* representa la edad del declive, en la que las fuerzas se van debilitando progresivamente y la muerte ya se tiene en perspectiva. Esta última etapa se caracteriza, fundamental y característicamente, por el desencanto, por la convicción de la nada y de la vanidad de todas las cosas, lo que le da al individuo viejo una calma de espíritu particular y a la vejez un cierto tinte lúgubre. La comodidad y la seguridad se convierten en las principales necesidades del individuo y “lo que el hombre *tiene por sí mismo*, jamás le aprovecha mejor”⁹⁴. “Es hacia su término –afirma Schopenhauer– que la vida recuerda el fin de un baile de máscaras, cuando éstas se quitan”⁹⁵.

En el siglo XX, para el filósofo José Ortega y Gasset⁹⁶ la vida está dividida en cinco periodos de quince años, sumando un total de setenta y cinco. La *niñez* comprendería los quince primeros. En estos años, para el filósofo no habría actuación histórica. De los quince a los treinta se extendería la *juventud*, en la que el individuo se deja empapar por el mundo ya existente. De los treinta a los cuarenta y cinco sería la edad de la *iniciación*, en la que se empezaría a actuar, a intentar modificar el mundo, época también de la *gestación*, de enfrentamiento con la generación anterior en un intento de desplazarla y ocupar un lugar de poder. De los cuarenta y cinco a los sesenta sería la época de *predominio y gestión*, y también de lucha por mantenerse en el poder frente a la innovación que una generación más joven intenta imponer. De los sesenta a los setenta y cinco o más allá sería la *vejez*, época de supervivencia histórica. Los ancianos, según Ortega, están ya fuera de la vida, aportando su experiencia y siendo testigos de un mundo anterior⁹⁷.

También en el siglo XX, Karl Jaspers, filósofo y médico psiquiatra, nos ofrece una

⁹⁴ *Ibidem*, p. 239.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 235.

⁹⁶ Julián Marías, *op. cit.*, pp. 100s.

⁹⁷ Cfr. Julián Marías, *op. cit.*, pp. 100s. Como discípulo directo de Ortega y Gasset recoge y refiere de esta manera la división orteguiana de las edades, haciendo notar que con el paso del tiempo el ritmo de las edades se ha ido alterando y que esta división estaba hecha por Ortega en aquellos momentos sin que pueda corresponderse del todo con lo que en la actualidad pensamos. Una persona que por el número de años que tiene encima es considerada “vieja” en el primer tercio del siglo XX –que es cuando Ortega escribe sobre este tema–, con las características y funciones que éste le atribuye, hoy ya no tiene por qué ser así considerada. Por ejemplo, hoy una persona con sesenta y tres años desde luego que para nuestra mentalidad actual no significa que ya haya entrado en la etapa de la “vejez”, sino que más bien se halla en plena madurez y disponiendo todavía de todas sus capacidades.

perspectiva biológica sobre este asunto de las edades de la vida. Según él, la edad se considera como la causante de esa constante transformación del organismo que se manifiesta en diferentes fases o procesos. En el ser humano, lo que ocurre en el plano biológico tiene una repercusión a nivel psíquico y espiritual e, incluso, se expresa psíquica y espiritualmente⁹⁸. La vida se caracteriza por una alteración endógena del organismo tendente a crecer en la fase de crecimiento, a evolucionar lentamente en la de madurez y a decrecer en la involución. Cada especie viviente tendría su duración típica correspondiente, que en el caso del hombre raramente excedería los cien años. En todo organismo hay “un reloj interno del acontecer biológico natural”⁹⁹ que motiva ciertos procesos, hasta ahora irreversibles, los cuales llevarían al organismo indefectiblemente a su maduración, envejecimiento y muerte. En cada crisis, en especial en la pubertad, se daría un traslado de las cualidades del humano. Jaspers apunta que la totalidad de la vida humana se ha dividido en capítulos de siete años de duración si nos remitimos a Hipócrates, o a diez o a dieciocho si seguimos por ejemplo a J. E. Erdmann, pero piensa que todas las divisiones en realidad siempre están proponiendo tres como principales: *crecimiento, madurez e involución*. Así, *infancia, pubertad y vejez* darían cuenta de estos tres procesos –crecer, madurar e involucionar– que hemos expuesto anteriormente¹⁰⁰. Lo esencial de la *infancia* sería la rápida alteración que el organismo experimenta al desarrollarse, siendo el todo el que se organiza y cohesiona de un modo no regular tanto en lo biológico como en lo psíquico-espiritual. La *pubertad* conllevaría distintas fases (la negativa, la de adolescencia, la edad de la obstinación, los años de madurez y finalmente los años del joven y la doncella), siendo la maduración sexual el proceso central a lo largo de estos años. La *vejez* por su parte se expresaría en una reducción de las capacidades vitales y los rastros de la vida vivida se harían más numerosos.

⁹⁸ Karl Jaspers, *Psicopatología general*, México, F.C.E., 2006, p. 753.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 754.

¹⁰⁰ En la mujer, estas etapas vienen señaladas por la aparición de la menstruación entre los 10 y 21 años (término medio los 14) y por la de la menopausia entre los 36 y 56 años (término medio los 46).

CAPÍTULO 3

Consideraciones acerca del concepto de adolescencia

"La adolescencia es una especie de mareo emocional".

Arthur Koestler¹⁰¹

La etapa de la vida humana que transcurre desde el momento en que se deja atrás la infancia y hasta la entrada en la adultez, y que es una etapa que supone una gran transformación para el individuo que se halla en este proceso, no resulta sencilla de delimitar ni de explicar. Esto se hace evidente incluso en el hecho de que, como hemos estado viendo, a lo largo de nuestra historia se han usado diferentes términos para referirse a esta etapa de cambios. “Adolescencia”, “pubertad” e, incluso, “juventud” son palabras que a lo largo de nuestra historia han sido utilizadas en algunos casos como sinónimos pero en otros casos como un intento de acotar, con más precisión, una especie de *tramos* dentro de lo que en sí es todo un proceso de transformación. También estas palabras han sido utilizadas para diferenciar el proceso que atañe específicamente a lo biológico –la *pubertad*– de la *adolescencia* propiamente dicha. De este modo, la adolescencia es concebida como etapa de transición social entre la infancia y la adultez social. Debemos tener presente algo que es sumamente importante para establecer esta diferencia: si bien la pubertad es una etapa biológica universal en la especie humana y tiene su equivalente en todas las demás especies de mamíferos, la adolescencia, por el contrario, no es un hecho universal que se dé o se haya dado en todas las sociedades humanas. Hay culturas en la que los niños y niñas pasan a ser considerados socialmente “adultos” sin pasar por esa transición social relativamente dilatada que denominamos “adolescencia”¹⁰².

En este Capítulo, nuestra intención es situarnos en el momento actual y recoger la

¹⁰¹ Arthur Koestler, *Autobiografía*, Madrid, Alianza, 1973, p.112.

¹⁰² Cfr. Ramón Mendoza Berjano, *op. cit.*, p. 11.

descripción y definición de este fenómeno que se está llevando a cabo desde distintas áreas del saber, tales como la medicina morfo-anatómica, la endocrinología, la psiquiatría, la psicología, evolutiva, la caracterología, la sociometría o la antropología cultural entre otras. Tanto “pubertad” como “adolescencia” son conceptos que, tanto en su uso científico como en su uso popular, expresan este proceso de paso de la niñez a la adultez. En nuestro trabajo emplearemos “adolescencia” como expresión terminológica general de este proceso, aunque recojamos la literalidad de expresión de los autores y autoras en que nos apoyaremos.

El esquema que aquí vamos a desarrollar es el siguiente: En primer lugar, es necesario establecer los límites temporales de este desarrollo. En segundo lugar, se trata de indicar los cambios involucrados en este proceso de transformación del individuo. Unos son cambios que podríamos denominar *interiores*, otros son *exteriores* y otros son cambios *conductuales*. Dichos cambios implican la adquisición de nuevas características de muy diversos tipos que debemos entender como componentes de lo que es un mismo fenómeno transformacional: (1) nuevas características morfo-anatómico-fisiológicas y (2) nuevas características cognitivo-psíquicas. Ambos tipos de nuevas características traen consigo (3) nuevas habilidades y nuevos intereses, es decir, nuevos recursos de personalidad. Entre estos nuevos intereses destaca el de encontrar una nueva *identidad* individual, la cual pivota sobre una nueva, también, *identidad sexual* que está vinculada a una serie de ritos de iniciación de carácter muy variado, como veremos. En conjunto, todos estos cambios y estas adquisiciones (4) posibilitan –y, a la vez, promueven– una conducta inédita en el individuo: tanto en relación consigo mismo, como en relación a la familia, a la autoridad y a los adultos en general, como al grupo de amistad. Recíprocamente, (5) las personas que rodean al individuo que se halla en este proceso de transformación variarán su consideración y su comportamiento hacia él de múltiples modos.

§1. Adolescencia: parámetros temporales

No podemos establecer como hecho universal una edad o momento inicial del proceso transformacional que convierte al niño y a la niña en un individuo sexualmente maduro. El motivo de que no podamos hacerlo es doble: por un lado, los cambios fisiológicos de este proceso no aparecen exactamente a la misma edad en todas las etnias

humanas; por otro lado, dentro de cada etnia, estos cambios no se inician exactamente a la misma edad en sus niños y niñas sino que hay variación en la edad en la que estos cambios aparecen¹⁰³.

Hay que tener en cuenta, además, en tercer lugar, algo que, como se verá, es de sumo interés para nuestra investigación. Algunos autores se preguntan acerca de cuáles pueden ser los factores que intervienen en esas diferencias entre individuos en la aparición de la pubertad. Por ejemplo, D. Origlia y H. Ouillon se cuestionan si, a la vez que factores como la pertenencia a una etnia determinada u a otra y el factor de la herencia se consideran factores determinantes, otros factores como el clima, la luz, las condiciones de vida, el nivel social, la alimentación, la excitación de la vida moderna, entre otros, pudieran también desempeñar algún papel en estas diferencias.¹⁰⁴ Esto podría ayudarnos a comprender el hecho evidente de que la pubertad sea un proceso que se esté desencadenando cada vez a edades más tempranas en nuestras sociedades occidentales en el momento actual¹⁰⁵. La aparición precoz de la pubertad a la que se está asistiendo en Occidente quizás no sólo es un hecho “individual” sino también un hecho “de civilización”.

Por todo ello, hoy en día ya suena como una especie de anacronismo, o de afirmación sin fundamento real, la precisión “exacta” de una edad de inicio para todos los cambios de todo tipo que conducen al niño o a la niña al estado de adultez¹⁰⁶. Este principio y, por tanto, la consiguiente terminación de este período transformacional, dependerán de múltiples factores, por lo que no sería procedente precisar de un modo concreto el “de cuándo a cuándo” de esta etapa de la adolescencia y hacerlo en referencia

¹⁰³ Cfr. Arnold Van Gennepe, *Los ritos de paso*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 99s.

¹⁰⁴ Cfr. Joseph Leif y Paul Juif, *Textos de psicología del niño y del adolescente*, Madrid, Narcea, 1975, en donde cita el ensayo de D. Origlia / H. Ouillon, “L’adolescent”.

¹⁰⁵ Un artículo de Gonzalo Morandé publicado el 20/05/2012 en la revista *XL Semanal* de *El País*, titulado “La inquietante pubertad exprés”, da cuenta de este fenómeno, que, como parece al salir en este medio de prensa, ha alcanzado la categoría de noticia. Hay niñas que los cambios comienzan a edades tan tempranas como los diez años.

¹⁰⁶ Por ejemplo, Joseph Leif y Paul Juif que afirmaban hace tan sólo unas cuatro décadas que “los cambios específicos que transforman al ser humano entre los once y los trece años y entre los dieciocho y los veinte son, sin embargo, y en todos los aspectos (biológico, mental, social y moral), tan profundos e importantes que el adolescente ha acabado por ser objeto de particulares preocupaciones e investigaciones”. Joseph Leif / Paul Juif, p. 52.

al conjunto universal de los humanos. Es por estas razones que las edades que indiquen los distintos especialistas las tomaremos únicamente como aproximativas, en ningún caso como exactas ni generalizables y, acogiéndonos a la perspectiva que resulte más práctica en el proceso de definición de esta etapa adolescente. Inhelder y Piaget, en una investigación realizada en colaboración, señalan lo siguiente:

“Consideramos como carácter fundamental de la adolescencia la inserción del individuo en la sociedad de los adultos. La pubertad no tendría pues que ser el criterio para distinguir a la adolescencia. La pubertad aparece, como promedio, alrededor de las mismas edades¹⁰⁷ en todas las razas y todas las sociedades, contrariamente a una opinión errónea difundida comúnmente (es cierto que se observó un leve retraso en Canada y Escandinavia, pero no las diferencias considerables entre el Norte y el Sur, etc., que la leyenda acreditaba). Por el contrario, la inserción en la sociedad adulta varía considerablemente según las diversas sociedades e incluso los diversos medios sociales”.¹⁰⁸

Resulta reveladora la diferencia establecida por estos dos autores:

La “pubertad” es el concepto referido a toda una serie de cambios que están ligados a la biología corporal del individuo que son desencadenados por la hormona denominada gonadotrofina, proceso que aparece alrededor de las mismas edades, con todas las variaciones étnicas e individuales que sea. Por tanto, este concepto va ligado a la biología humana.

La “adolescencia” es el concepto con el que se hace referencia a la inserción del individuo (ya en medio de los cambios corporales propios de la pubertad) en la sociedad de los adultos. Por tanto, este concepto va ligado al hecho de vivir en una determinada sociedad humana.

§2. Nuevas características anatómico-fisiológicas

En su *Tratado de Endocrinología Pediátrica*, Manuel Pombo Arias describe del siguiente modo los grandes cambios y modificaciones morfoanatómicos y fisiológicos de

¹⁰⁷ Nótese que se habla aquí de “edades”, es decir, de una franja de edades, y no se hace referencia a una edad determinada de inicio o de final. Por tanto, en esta franja de edades cabrían todas las variaciones que se dan en función de pertenecer a una u otra etnia y a la particularidad de cada individuo dentro de cada etnia.

¹⁰⁸ Bärbel Inhelder / Jean Piaget, *De la lógica del niño a la lógica del adolescente. Ensayo sobre la construcción de las estructuras operatorias formales*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 282.

esta etapa entre la niñez y la adultez:

“Maduración de la función de las gónadas y de las glándulas suprarrenales, aparición de los caracteres sexuales secundarios, aceleración del crecimiento, que termina al fusionarse las epífisis óseas y cambios en la composición corporal y en la maduración esquelética. El proceso culmina con el logro de la capacidad de fertilidad y eventualmente con la reproducción. Todos estos cambios se expresan con un marcado dimorfismo sexual, y existe una gran variación individual en cuanto a la edad de inicio y el ritmo de la pubertad, incluso entre los niños del mismo sexo y de similar origen étnico. [...]

En las niñas, la pubertad suele iniciarse con el aumento mamario (telarquia) que es seguido por la aparición del vello púbico (pubarquia), aunque en una de cada seis niñas el orden es inverso. En último lugar aparece la menarquia (primera menstruación) y después de un periodo de aproximadamente dos años se completan los ciclos con la ovulación (gametogénesis).

En los niños, el cambio puberal se inicia generalmente con la pubarquia, originada por la secreción de andrógenos suprarrenales (adrenarquia). Posteriormente se produce el desarrollo del volumen testicular, aumento del vello corporal y el característico cambio del tono de voz, aumenta el número de erecciones espontáneas y, finalmente, aparece la espermiogénesis.

Todos estos cambios se acompañan, en ambos sexos, de un aumento de la velocidad de crecimiento lineal (“estirón puberal”) debido al aumento de secreción de esteroides gonadales, que originan el estímulo del eje somatotropo, con mayor síntesis y secreción de la hormona de crecimiento (GH) y aumento en la amplitud de sus pulsos fisiológicos”.¹⁰⁹

Desde la perspectiva de la Psicología Evolutiva, Diane E. Papalia y Sally W. Olds definen la adolescencia como el periodo de transición entre la infancia y la vida adulta que empieza con la *pubescencia*. Ésta tiene, según ellas, unos de dos años de duración en los que el crecimiento físico se produce rápidamente y se madura sexualmente. Al terminar la pubescencia comienza la *pubertad*, caracterizada porque la persona, sexualmente madura, es ya capaz de reproducirse¹¹⁰. Los principales cambios que

¹⁰⁹ Manuel Pombo, *Tratado de Endocrinología Pediátrica*, Madrid, Mc Graw Hill, Interamericana, 2009⁴, p. 514. Esta exhaustiva definición de la pubertad nos será muy útil cuando, en el capítulo siguiente, hablemos de la pubertad precoz, pues nos ayudará a percibir con claridad las diferencias, a nivel fisiológico, entre ambos procesos del desarrollo, el normal y el precoz.

¹¹⁰ Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *Desarrollo humano*, Colombia, McGraw-Hill Interamericana, 1922, p. 372.

conducen a la pubertad, y que son debidos a procesos hormonales propios, son los siguientes:

- el crecimiento repentino del individuo,
- el comienzo de la menstruación en las niñas,
- la presencia de espermatozoides en la orina de los varones,
- la maduración de los órganos implicados en la reproducción,
- el desarrollo de las características sexuales secundarias, tales como el crecimiento de los senos en las mujeres y el aumento de la caja torácica en los varones, el crecimiento de vello en el área púbica, cara, axilas y cuerpo, cambios en la piel y en la voz, que cobran su textura y timbre respectivamente de adulto¹¹¹.

Por su parte E. Adamson Hoebel, desde los aportes de la antropología, refiere que la segunda crisis que aparece en el transcurso de la vida es la adolescencia o pubertad. Al igual que el nacimiento supone una modificación fundamental del estado biológico del individuo, caracterizado por la aparición de los caracteres sexuales secundarios y la finalización del desarrollo de la capacidad funcional de los órganos sexuales. Tanto en los muchachos como en las muchachas consiste en un desarrollo acelerado y progresivo que se extendería de los once a los dieciséis años. En lo que concierne a los varones, el crecimiento del vello, el alargamiento de las cuerdas vocales con el consecuente cambio de voz, el ensanchamiento de los hombros, la activación de los testículos y la producción de líquido seminal son procesos del desarrollo puberal. En el caso de las mujeres, la mayoría de los cambios inherentes a la pubertad se realizarían en unos meses, incluyendo la aparición del vello, el ensanchamiento de las caderas, el aumento del tejido adiposo subcutáneo (especialmente en pechos y caderas) y el desarrollo de los órganos sexuales. Pero será la aparición de la menstruación por primera vez lo que señalará de modo muy claro la entrada de la mujer en la pubertad¹¹². La transición de la adolescencia a la adultez es esencialmente un fenómeno biológico, pero como apunta el autor, “para los seres humanos representa también un tránsito en el aspecto sociológico”¹¹³.

Asimismo, son muy interesantes las aportaciones de la doctora Iroise Dumontheil.

¹¹¹ *Ibidem*, pp. 346-349.

¹¹² E. Adamson Hoebel, *Antropología: el estudio del hombre*, Barcelona, Ediciones Omega, 1973, pp. 324s.

¹¹³ *Ibidem*, p. 325.

Sus investigaciones se centran en el estudio del cerebro adolescente; concretamente en las bases neurológicas y bioquímicas del cerebro humano en este peculiar momento de la existencia. El resultado de sus observaciones es que en la adolescencia se aceleran y maduran nuevas funciones cognitivas complejas y es un hecho que ciertas zonas del cerebro cambian. En concreto, sufren modificaciones la materia gris y la blanca. El córtex prefrontal madura más lentamente que la materia blanca del cerebro y ésta última –la sustancia que recubre las conexiones largas del cerebro– incrementa su volumen, de modo que los impulsos eléctricos cerebrales viajan a más velocidad. La maduración de la materia blanca finalizaría sobre los 18 años y la de la materia gris sobre los 25. Por tanto, según Dumontheil, hasta esa edad duraría la adolescencia¹¹⁴.

Desde el ámbito de la neurología, con investigadoras como Linda Spears, Sarah-Jaynes Blakemore o la misma Dumontheil, se sostiene esta idea de que el encéfalo adolescente experimenta un profundo rediseño que convierte esta edad, junto con la primera infancia, en un periodo esencial para el aprendizaje. Esto se debe a que el cerebro se vuelve más rápido y eficaz, los lóbulos frontales –encargados de la planificación y la toma de decisiones– se desarrollan y las sinapsis se reconfiguran. Así, muchos de los comportamientos atribuidos anteriormente a la alteración hormonal propia de esta etapa, se está comprobando que tienen que ver, en realidad, con esta importante remodelación del cerebro. Y, aunque los humanos aprendamos durante toda la vida, las últimas investigaciones parecen confirmar que la adolescencia supone una época de especial sensibilidad cerebral para el aprendizaje¹¹⁵.

¹¹⁴ Cfr. Iroise Dumontheil, “Development of abstract thinking during childhood and adolescence: The role of rostrolateral prefrontal cortex”, *Developmental Cognitive Neuroscience* 10 (2014) 57-76. Ver también la entrevista realizada a esta científica por Victor M. Amela, “Sin la insensatez adolescente nos habríamos extinguido”, aparecida el 19 de febrero de 2014 en el periódico *La Vanguardia*.

¹¹⁵ Es interesante, a este respecto, el artículo del filósofo José Antonio Marina, “En defensa de los adolescentes”, en el que reflexiona sobre la adolescencia y defiende dicha etapa como el momento en que los jóvenes desarrollan sus grandes capacidades sentimentales e intelectuales, cuestionando la actitud y comportamiento que los adultos estamos teniendo, tanto desde el ámbito de la educación como desde el familiar o el social en general, al convertir a los adolescentes en aquello de lo que nos quejamos respecto a ellos, en vez de considerar la adolescencia en positivo, valorando las grandes capacidades que los púberes tienen en esta etapa vital y que los adultos, en general, no sabemos, ni dárselas a conocer, ni hacérselas aprovechar.
<http://www.elmundo.es/opinion/2014/10/21/5446adaa22601deb7d8b4591.html>

§3. Nuevas características cognitivo-psíquicas

Las connotaciones psíquicas de la pubertad son de origen biológico, pero están matizadas por lo social. Es decir, la reacción social que el púber o la púber perciban en su entorno respecto a esta etapa vital en la que se hallan va a determinar como la vivan. El peso de las influencias sociales en dicha vivencia conlleva que, en la medida en que esas influencias sean diferentes en unas sociedades y otras –e incluso dentro de la misma sociedad–, haya también heterogeneidad cultural acerca de cómo los individuos de esas sociedades tiendan a vivir su propia pubertad y de las repercusiones psíquicas de la misma¹¹⁶.

El psiquiatra Sigmund Freud pensaba que el impacto psicológico de todos los cambios físicos hacen que la adolescencia sea probablemente el periodo más embarazoso de toda la trayectoria vital¹¹⁷. Y lo cierto es que cuando observamos todos los cambios que se producen en la etapa adolescente no podemos sino afirmar esto mismo, tal y como se ha ido confirmando por unos y otros especialistas desde distintas áreas del saber.

G. Stanley Hall fue el primer psicólogo que presentó una teoría sobre la adolescencia¹¹⁸, de hecho, hoy se le recuerda por haber inventado el concepto de adolescencia¹¹⁹. Consideraba esta etapa evolutiva efervescente y plástica, así, los adolescentes eran para él el futuro de la especie, capaces de hacer progresar la civilización impulsándola hacia un nuevo estado. La adolescencia, un nuevo nacimiento, se caracterizaba para Hall por la tormenta y la tensión, pero sobre todo por una crisis de fe, crisis solventada en parte por la integración del fervor religioso y la pasión sexual. El trabajo de crecer, sostenía el autor, es el trabajo de encontrar algo en lo que creer¹²⁰.

En su teoría Hall afirmaba que los cambios fisiológicos propios de esta edad

¹¹⁶ Cfr. Ramón Mendoza Berjano, *La adolescencia como fenómeno cultural*, p. 13.

¹¹⁷ Cfr. Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *op. cit.*, pp. 346-349.

¹¹⁸ *Adolescence*, 1904.

¹¹⁹ Cfr. Jill Lepore, *American chronicles, Twilight, Growing old and even older*, The New Yorker, March 14, 2011, p. 30.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 34. Aunque según la autora, para algunos, puede que lo que Hall realmente estuviera describiendo fuera la crisis intelectual del siglo XIX, cuyo compromiso religioso estaba siendo minado por la ciencia moderna. De hecho, Lepore recapitula diciendo que si en el siglo XIX la crisis de las convicciones religiosas se va al traste y los hallazgos e investigaciones de Darwin dicen que somos animales y si Dios ha muerto, sólo queda la ciencia y la juventud.

producían, de modo natural, cambios psicológicos, debido al esfuerzo emocional que suponía adaptarse a un cuerpo en constante transformación. A nuestro juicio, lo importante en la formulación de esta teoría es que claramente se establecía en ella una relación directa entre factores del desarrollo que antes no se veían tan claramente asociados entre sí: Hall calificó a este periodo como vinculado *de forma natural* a emociones intensas y cambiantes, es decir, haciéndolo necesariamente un periodo de “tormenta y estrés”, de contradicciones y de rebelión. El comportamiento adolescente obedece, según él, a un patrón tipo que es invariable universalmente y que, al proceder de la propia naturaleza evolutiva humana, no depende del factor externo de la cultura.

Sin embargo, la teoría de Stanley Hall ha sido susceptible de controversia. No todos los especialistas están de acuerdo en considerar la adolescencia como una etapa necesariamente tormentosa y estresante¹²¹; ni tampoco en que las causas de los conflictos y de las angustias de nuestros adolescentes sean consustanciales a esta etapa vital y, por tanto, inevitables.

La antropóloga Margaret Mead fue la primera en poner en entredicho que esto tenga que ser necesariamente así y de modo biológico y universal. Tal como queda reflejado en su libro *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Mead partió de esta hipótesis de Hall con la intención expresa de verificarla o de rechazarla por insostenible¹²². Más en concreto: Mead deseaba, como dice ella misma, “verificar el efecto de la civilización sobre un cambiante ser humano en la edad de la pubertad”¹²³. Finalmente, como resultado de su investigación sobre adolescentes en sociedades no occidentales, como las de las islas de Samoa, concluyó que la hipótesis de Hall no se sostenía. Al contrario del psicólogo, que formuló sus hipótesis y obtuvo sus conclusiones en base a observar la conducta de los adolescentes de su propia cultura –la occidental, en concreto la estadounidense–, Mead propuso otra manera de estudiar el desarrollo humano: el de la antropología, que estudia al humano en diferentes marcos sociales, es decir, desplazándose a sociedades muy diversas para recoger datos y compararlos entre sí. Y al

¹²¹ Stanley Hall, *La psicología y la paidología*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936. Ver, por ejemplo, en relación a esta controversia, Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *op. cit.*, pp. 377s.

¹²² De hecho, Mead se refiere explícitamente al libro *Adolescencia* de Stanley Hall. Cfr. Margaret Mead, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Laia, 1972, p. 38.

¹²³ *Ibidem*, p. 41.

examinar el conjunto de materiales sobre las costumbres de los primitivos, comenta Mead que

“llegó a reparar en el enorme papel desempeñado en la vida de cada individuo por el ambiente social en que nace y se desarrolla. Aspectos que estábamos habituados a considerar como complementos invariables de la naturaleza humana, aparecieron uno a uno como meros resultados de la civilización, presentes en los habitantes de un país, ausentes en los de otro, y esto sin un cambio de raza. Se determinó así que ni la raza ni la común naturaleza humana pueden ser responsables de muchas de las formas que asumen, en diferentes circunstancias sociales, emociones humanas aun fundamentales como el amor, el miedo y la ira [...] Con tal actitud hacia la naturaleza humana, el antropólogo prestó atención a las opiniones corrientes sobre la adolescencia. Observó cómo actitudes que le parecieron dependientes del ambiente social —la rebelión contra la autoridad, los interrogantes filosóficos, el florecimiento del idealismo, el conflicto y la lucha— eran atribuidos a un período de desarrollo físico. Y sobre la base de su conocimiento del determinismo de la cultura, de la plasticidad de los seres humanos, vaciló. ¿Se debían estas dificultades al hecho de ser adolescente o al de ser adolescente en los Estados Unidos?”¹²⁴

“[...] He tratado de responder al interrogante que me llevó a Samoa: las perturbaciones que afligen a nuestros adolescentes, ¿se deben a la naturaleza de la adolescencia misma o a los efectos de la civilización? Bajo diferentes condiciones, ¿la adolescencia presenta un cuadro distinto?”¹²⁵

“En el curso del desarrollo durante el proceso de crecimiento por el cual la niña se convierte en adulta, ¿los cambios corporales repentinos y evidentes que tienen lugar en la pubertad se ven acompañados por formas espasmódicas de desarrollo, con contenido emotivo y por un sentido religioso naciente, un florecimiento, un idealismo, un deseo inmenso de afirmar el yo contra la autoridad o bien carecen de tal concomitancia psicológica? ¿Constituye la adolescencia un período de angustia mental y emotiva para la joven de edad de crecimiento de modo tan inevitable como la dentición es causa de un período de infelicidad para el niño? ¿Podemos pensar en la adolescencia como en una época de la vida de cada niña que implica síntomas de conflicto y zozobra, al tiempo que se produce un cambio en su cuerpo?”¹²⁶

“Si se aprueba que la adolescencia no constituye necesariamente un período especialmente difícil en la vida de una joven —para lo cual basta hallar cualquier sociedad en la cual ocurra así— entonces, ¿cómo se

¹²⁴ *Ibidem*, p. 40.

¹²⁵ *Ibidem*, pp. 45s.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 208.

explica la presencia de la conmoción y la tensión en las adolescentes norteamericanas?”¹²⁷.

La presencia de emociones tormentosas y de estrés no es un hecho natural y universal, inevitable, consustancial a todo individuo adolescente y de cualquier sociedad. Los hallazgos de Mead “atestiguan [...] el dominio de las formas culturales sobre las ‘características innatas’” y, de este modo, contribuyen al esclarecimiento de la importancia del condicionamiento cultural¹²⁸.

Según las observaciones realizadas por Mead, si hay “tormenta y estrés” esto es debido principalmente al factor externo, esto es, al ambiente social. Su conclusión es que el tránsito de la infancia a la adultez podía estar relativamente libre de estrés si se realizaba de un modo progresivo y sereno, tratando con naturalidad aspectos propios de la vida como son la sexualidad, el nacimiento y la muerte, y mostrando un comportamiento hacia los adolescentes muy firme, de tal modo que ellos siempre puedan tener muy claro lo que se espera de ellos como adultos y dejándoles también asumir tareas importantes. Lo que marca la diferencia entre Samoa y Occidente es que

“el niño en edad de desarrollo afronta un dilema menos grave que el enfrentado [por ejemplo] por el niño norteamericano de ascendencia europea. La brecha entre los padres y los hijos es reducida e indolora y muestra pocos de los aspectos aciagos habitualmente presentes en un período de transición[...] La actual facilidad con que transcurre la adolescencia entre las jóvenes samoanas [...] no puede ser atribuida con seguridad a un período de transición. El hecho de que la adolescencia constituya un período de desarrollo en nada violento, es igualmente significativo”¹²⁹.

Por tanto, aunque la interpretación antropológica de Mead ha sido defendida y también criticada, es un hecho que, a partir de sus investigaciones, se ha dejado de considerar la adolescencia como una etapa esencial y necesariamente “tormentosa”, tal y como la había calificado en su momento Stanley Hall desde la psicología.

Otro argumento que pondría en entredicho el que la adolescencia tenga que ser necesariamente un periodo de tensión y estrés lo encontramos en la observación del

¹²⁷ *Ibidem*, p. 209.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 21.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 284.

mundo animal. Biológicamente ninguna especie de mamíferos puede mantener una crisis sostenida en los individuos que están próximos a la adultez, pues esto les restaría muchas energías necesarias para la exploración del entorno y la ejercitación de sus habilidades –habilidades necesarias para el desarrollo de su propia autonomía y para la supervivencia. Al contrario, dichos ejercicios deben suponer un cierto placer; de otro modo, difícilmente hubiéramos sobrevivido como especie si, por propia naturaleza, el proceso biológico de hacerse adulto fuera necesariamente una constante fuente de tensión y frustración. El desarrollo físico inherente a la pubertad, que conlleva una creciente capacidad de trabajo, de exploración del entorno físico y, en cierta forma, un aumento de la capacidad de dominarlo –en definitiva, una mayor sensación de autonomía personal– parecen más susceptibles de provocar sensaciones placenteras que de lo contrario¹³⁰.

La pubertad necesariamente conlleva también importantes cambios en la autopercepción corporal, así como un reajuste de la coordinación psicomotriz. La velocidad a la que crece el cuerpo en la denominada fase del “estirón” sólo es comparable al crecimiento que se da en la primera infancia. Como consecuencia el púber y la púber tienden a prestar atención a sus cambios físicos. Su cuerpo les ofrece nuevas posibilidades, mayor fuerza, potencia, etc. aunque también impone nuevas dificultades derivadas del propio crecimiento, que sólo se superarán cuando el individuo en crecimiento se adapte a sus nuevas dimensiones y cuando el cuerpo, ya proporcionado, cobre su armonía final. El modo como se asuma este hecho dependerá en gran medida de las influencias sociales o de las particulares experiencias personales.

Si el entorno es estimulante y si el cerebro puede desarrollarse en buenas condiciones físicas, el desarrollo físico puberal supone también un incremento de la capacidad neuronal de manejar información¹³¹. Así, el inicio de la etapa adolescente está determinado, además de por los profundos cambios físicos, por la capacidad para pensar de un modo abstracto. Esto configurará el cambio intelectual más importante¹³². El incremento de volumen de la materia blanca y el aumento de velocidad de los impulsos eléctricos del cerebro constituyen la base fisiológica de esta nueva habilidad para la

¹³⁰ Cfr. Ramón Mendoza Berjano, *op. cit.*, pp. 14s.

¹³¹ Cfr. *ibidem*, p. 15.

¹³² Cfr. Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *op. cit.*, p. 8; y cfr. pp. 281-294.

abstracción. Y ésta hace que los adolescentes puedan parecer, en muchas ocasiones, adultos en su manera de actuar pero, en realidad, en otros aspectos aún son inmaduros¹³³. Sobre todo lo son en lo que concierne al manejo de las emociones que, en efecto, pueden sobrevenir como una especie de tormenta, difícil de dominar y significando mucho estrés para el individuo. De ahí que uno de los aspectos más característicos de la adolescencia sea el de una mayor sensibilidad para lo emocional y lo relacional. La adolescencia, entonces, suele conllevar un reajuste en las relaciones sociales. A este hecho contribuye lo anteriormente comentado y también el aumento de la autonomía física, la mayor capacidad de exploración y la atracción sexual. En esta etapa es probable que se amplíe, por tanto, el círculo de relaciones personales y que se den cambios en los roles tanto familiares como sociales en general.

Con respecto a la aparición de la atracción sexual, hay que decir que se encuentra íntimamente relacionada con la aparición de la fertilidad en ambos sexos. El cómo se materialice esta atracción sexual dependerá en buena medida del contexto cultural en que se desarrolle el púber y la púber¹³⁴. Hablaremos de la cuestión de la sexualidad de un modo más extenso y detallado en el siguiente apartado.

Es también notoria en el individuo adolescente la incapacidad para planificar, medir y sopesar las consecuencias de los propios actos a largo plazo. Por el contrario, al tener amplificados los recursos bioquímicos de la recompensa rápida sólo es capaz de manejar el corto plazo. El resultado de esta sensibilidad a la recompensa inmediata es un comportamiento no pocas veces insensato. La impulsividad y el arrojo tan propios de esta edad son también efectos de esta misma causa¹³⁵. Podríamos pensar que la causa biológica de esta cuestión quizás tenga que ver con la necesidad del ser humano de haber podido superar el miedo a determinadas situaciones relacionadas con la supervivencia. Pensemos, por ejemplo, en un hombre de la prehistoria: si este hombre no hubiera podido superar el miedo a enfrentarse a una fiera que quería devorarlo o a un mamut para conseguir alimento quizás no hubiésemos conseguido sobrevivir como especie.

¹³³ Cfr. *ibidem*, p. 8

¹³⁴ Cfr. Ramón Mendoza Berjano, *op. cit.*, pp. 17s.

¹³⁵ Impulsividad y arrojo que tan importantes han sido para la supervivencia de la especie. Cfr. Iroise Dumontheil, *op. cit.*

La enorme curiosidad del y de la adolescente, así como su creciente capacidad para explorar el entorno, unido al hecho de sentir un mayor control sobre este entorno debido a los cambios producidos por el crecimiento corporal –crecimiento que, además, proporciona una cierta sensación de invulnerabilidad–, todo ello les lleva a no calcular las consecuencias reales de sus actos y, por lo tanto, a una mayor vulnerabilidad objetiva ante ciertos tipos de riesgos¹³⁶.

Otro de los rasgos que más destacan entre las transformaciones experimentadas en la adolescencia, fruto de la transformación del encéfalo, tiene que ver con el desarrollo cognitivo y moral. Para Bärbel y Piaget, en el adolescente tiene lugar la concreción de nuevos instrumentos lógicos¹³⁷. Para dichos autores “estas transformaciones de las estructuras lógicas no sólo van parejas a las modificaciones generales del pensamiento en que por lo general se concuerda –a veces de un modo explícito y a menudo de modo implícito– en considerar como características adolescentes” sino que, además, esta transformación de las estructuras lógicas “constituye como un centro desde el cual irradian las diversas modificaciones más visibles del pensamiento de los adolescentes”¹³⁸. Para estos autores, los principales caracteres intelectuales de la adolescencia se originarían, ya sea de un modo directo o indirecto, en la elaboración de las estructuras formales. Dicha elaboración constituiría el acontecimiento central del pensamiento propio de esta etapa¹³⁹.

La nueva habilidad para la lógica formal permitirá al individuo adolescente manejar el razonamiento hipotético deductivo y la prueba experimental¹⁴⁰. Esta nueva manera de reflexión, este acceso al pensamiento formal, es lo que le va a permitir

¹³⁶ Cfr. Ramón Mendoza Berjano, *op. cit.*, p. 16.

¹³⁷ Para Piaget, las operaciones formales aparecen y se desarrollan desde los once años hasta la adolescencia. La inteligencia evoluciona por sí misma mediante una actividad de acomodación y asimilación. Entre los libros de su autoría, para la génesis del pensamiento lógico, ver sobre todo el citado libro en colaboración con Inhelder, *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*, pero también *Introducción a la epistemología genética*, Buenos Aires, Paidós, 1975 y *Psicología de la inteligencia*, Buenos Aires, Psique, 1971.

¹³⁸ Bärbel Inhelder / Jean Piaget, *op. cit.*, p. 282.

¹³⁹ *Ibidem*, p. 291.

¹⁴⁰ *Ibidem*, pp. 281-294.

“subordinar lo real a lo posible”¹⁴¹. De este modo, una de las diferencias más notables entre el niño y el adolescente es la presencia de un pensamiento que va más allá del presente, así como la capacidad para construir sistemas o teorías, la disposición de reflexión sobre su propio pensamiento y la posibilidad de asimilar las ideologías y las escalas de valores que caracterizan a la sociedad de su tiempo. En este sentido, la adolescencia es la edad metafísica por excelencia y también el momento en el que el individuo busca incorporarse moral e intelectualmente al mundo de los adultos.

Papalia y Olds, al referirse a las etapas de las operaciones formales de Piaget y a los niveles de moralidad de Kohlberg –etapas y niveles que, como veremos, son a tener muy en cuenta en el proceso de construcción de la identidad– indican que ambos desarrollos –de pensamiento y de moral– corren paralelos, siendo necesario haber alcanzado un determinado grado de desarrollo cognoscitivo para lograr también un determinado grado de razonamiento moral. De este modo, “la habilidad para pensar en abstracto habilita a los jóvenes para entender los principios morales universales”¹⁴². Es por eso que, según estas autoras,

“cuando los procesos de pensamiento maduran, los adolescentes son más capaces de pensar acerca de su propia identidad, de entablar relaciones adultas con otra gente y de determinar cómo y cuándo encuadran dentro de su sociedad”.¹⁴³

Otras características que aparecen en el perfil del individuo adolescente son el ser errático e impredecible –rasgos que tendrían que ver con el ensayo de su recién adquirida independencia– el ser extremadamente crítico –sobre todo con los padres y las figuras de autoridad–, la controversia –como manera de practicar su nueva habilidad de ver nuevos matices de un problema–, una autoconciencia extrema –lo que también le hace extremadamente sensible al ridículo y a las críticas–, el egocentrismo –en la medida en que no sólo busca adaptar su yo al medio social, sino también adaptar el medio a su yo¹⁴⁴,

¹⁴¹ Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *op. cit.*, p. 412.

¹⁴² *Ibidem*, p. 362.

¹⁴³ *Ibidem*, p. 364. Las autoras refieren que la madurez cognoscitiva está relacionada también con factores como la motivación por el ambiente cultural y educativo, así, los niños que son guiados hacia el pensamiento racional maduran antes que aquellos que no lo son.

¹⁴⁴ Los autores atribuyen el enunciado de esta idea a Charlotte Bühler. Cfr. Bärbel Inhelder / Jean Piaget, *op. cit.*, p. 288.

y muy manifiesto también en la convicción de sentirse alguien especial, único, lo que le lleva a pensar que de algún modo no está sujeto a las leyes naturales que gobiernan al resto del mundo y a asumir conductas de riesgo y autodestructivas sin ser del todo consciente de las consecuencias–, la indecisión –al hacerse consciente de las múltiples elecciones que pueden hacerse en cada aspecto de la vida–, y una hipocresía aparente –puesto que con frecuencia no reconoce la diferencia entre expresar un ideal y esforzarse y trabajar por él, es decir, el hecho de que no es lo mismo decir que hacer¹⁴⁵.

Papalia y Olds mencionan algunos “recursos de personalidad” del adolescente que, según ellas, difieren cualitativamente de la de los adultos. Tales herramientas, bien enriquecen o bien sirven como recapitulación de aspectos ya mencionados. Estos “recursos de personalidad” son los siguientes:

- “1. Los adolescentes tienen energía considerable, empuje y vitalidad.
2. Son idealistas y tienen una preocupación real por el futuro de su país y del mundo.
3. Frecuentemente ejercitan su habilidad para cuestionar valores, filosofías, teologías e instituciones contemporáneos.
4. Tienen un alto grado de percepción y sensibilidad sensorial.
5. Son valientes, capaces de tomar riesgos por sí mismos y arriesgarse por otros.
6. Tienen un considerable sentimiento de independencia.
7. Poseen un fuerte sentido de justicia y les desagrada la intolerancia.
8. La mayoría de las veces son responsables y se puede confiar en ellos.
9. Son flexibles y se adaptan al cambio prontamente.
10. Normalmente son muy abiertos, francos y honestos.
11. Tienen un sentido de lealtad para las organizaciones y las causas por encima del promedio.
12. Tienen sentido del humor, el cual siempre expresan.
13. Miran el futuro con optimismo y de forma positiva.
14. Con frecuencia piensan seria y profundamente.
15. Tienen una gran sensibilidad y perspicacia hacia los sentimientos de otras

¹⁴⁵ *Idem.*

personas.

16. Están comprometidos en una sincera e interminable búsqueda de identidad”.¹⁴⁶

El mencionado sentimiento de independencia es un aspecto del desarrollo de la personalidad en la adolescencia que tiene mucho que ver con el cariz que pasa a tener la relación con los padres y con los adultos en general y, a la vez, con el grupo de iguales.

El adolescente comienza a desvincularse de la familia y a adquirir la autonomía necesaria para formar una nueva –en todo caso, un nuevo grupo del que sentirse parte. De hecho, la adolescencia es el periodo de transición hacia la autonomía propia del adulto. Incluso se podría describir esta etapa como un “renacer”, puesto que el individuo se convierte en un nuevo ser social, ya que comienza el camino que le conducirá a finalmente desvincularse de la familia y a adquirir la autonomía necesaria para vivir de forma independiente¹⁴⁷. En este sentido podríamos decir que la adolescencia constituye esa primera etapa de la juventud en la que el individuo se posiciona de una manera novedosa en la correlación de fuerzas de cada una de las relaciones sociales de las que forma parte, de tal modo que su papel en la sociedad se ve redefinido, viviendo por tanto procesos de resignificación social y de reconstrucción identitaria profundos¹⁴⁸.

Es ésta una etapa llena de contradicciones y oposiciones en la que el pasado y el futuro del individuo adolescente están en conflicto. La necesidad de encontrar una nueva y propia identidad y un nuevo lugar en el mundo al margen del contexto familiar, referencia central hasta el momento, es motivo de algunos de los rasgos más característicos del y la adolescente, como por ejemplo, la necesidad de ser libre, una crisis de carácter que evidencia un repliegue sobre sí mismo, la oposición a los padres, además de un cambio de relación con los mismos mostrando pudor y secretismo acerca de su vida

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 402.

¹⁴⁷ Juliette Favez-Boutonier, *L'adolescence et ses problèmes*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, pp. 385-389. Hay que señalar aquí que aunque las relaciones de los adolescentes con los padres puedan ser conflictivas, padres e hijos suelen compartir valores parecidos (cfr., *ibidem*, p. 403). Los últimos resultados de estas investigaciones son de la década de los ochenta, por lo que habrá que ver si algunas de estas cuestiones siguen vigentes o han quedado obsoletas.

¹⁴⁸ Alejandro Reyes Juárez, “La escuela secundaria como espacio de construcción de identidades juveniles”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 14, 40 (2009), p. 148.

privada, la gran importancia e intensidad que adquieren la amistad y el amor, el compromiso con ideales o con un líder, y una cierta repugnancia y hostilidad hacia la vida de los mayores. Otros rasgos característicos de este periodo son la adquisición de madurez intelectual y la aparición de la idea de muerte —que el individuo adolescente observa con cierta indiferencia y desafío.

El individuo adolescente vive en la dicotomía dependencia-independencia, como muestra Jean-Pierrér Deconchy¹⁴⁹. Si el niño es un ser dependiente y el adulto independiente, el adolescente, en conflicto —y él mismo como conflicto—, se expresaría a través de una actitud ambivalente en el intento de unir dos estatus contradictorios, el del niño y el del adulto. El adolescente necesita de un tipo diferente de dependencia, que le ayude a desprenderse de la dependencia infantil y a conquistar la independencia adulta. Para ello buscará relaciones sustitutivas¹⁵⁰.

Ser independiente consiste, para el individuo adolescente, en hacer lo que uno quiere, en no aceptar la autoridad familiar, puesto que aceptarla supondría ser considerado como un niño o niña. Siente que nadie le comprende. Lleva la contraria para llamar la atención y para evidenciar que no quiere dejarse influenciar pues ya es capaz de tener ideas propias; o también lo hace con el afán de escandalizar. Mostrará originalidad, ya sea en el vestir, en el peinado, en sus ideales, así como una agresividad —e incluso verdadera crueldad— contra la autoridad, contra el medio y contra la sociedad en general, no siendo esta actitud más que una manera de defenderse, de proteger una personalidad aún frágil, vacilante, “a medio hacer”, sin contundencia real¹⁵¹. El individuo en su etapa adolescente es un ser en conflicto¹⁵² y puede mostrar atributos característicos como, por ejemplo,

¹⁴⁹ Jean Pierre Deconchy, *Le développement psychologique de l'enfant et de l'adolescent*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, pp. 390-395.

¹⁵⁰ Como, por ejemplo, dentro de su grupo de iguales o con otros adultos que no formen parte de su núcleo familiar más cercano.

¹⁵¹ Resulta interesante para nuestro trabajo de investigación observar que, mientras que lo “natural” sería la *adultización* del adolescente, en nuestra sociedad actual parece que estamos asistiendo a una *adolescentización* del adulto, lo que sugiere que, si el proceso de hacerse adulto conlleva sus propias dificultades, el hecho de que la sociedad de consumo proponga también como modelos “adultos *adolescentizados*”, debe suponer para el joven una dificultad añadida —y no pequeña— en el tránsito hacia la adultez.

¹⁵² Conflicto necesario para poder construir una autonomía efectiva. Debido a esta especie de conflicto o contradicción, indica Juliette Favez-Boutonier, que “La formación del adolescente debe realizarse, precisamente, por medio de la convergencia de estas dos direcciones —lo ideal y lo real—, que se le

arrogancia, insolencia, susceptibilidad a la sugestión, al igual que ansiedad y una baja autoestima¹⁵³.

El grupo de iguales desempeña un papel crucial en el desarrollo del individuo adolescente. Esto es algo en lo que nos detendremos más adelante, por lo que sólo haremos una somera mención a dicha cuestión. El hecho de que los individuos adolescentes sean más sensitivos a las emociones y a las relaciones sociales y el que su bioquímica les pida ser independientes y diferenciarse de sus padres explica por qué el grupo de iguales es tan importante para ellos¹⁵⁴. Como indica Ortega y Gasset, hasta alcanzar la juventud, el individuo adolescente “vive en grupo y del grupo. La adolescencia es cohesiva. El hombre, durante ella, ni puede ni sabe estar solo”¹⁵⁵. Le domina lo que el filósofo llama el “instinto de coetaneidad”.

Será el deseo de independencia lo que les lleve a alejarse cada vez más del entorno familiar para introducirse en el de su grupo de iguales. Este deseo de independizarse en un intento de encontrar su identidad individual producirá una de las paradojas más grandes de la adolescencia, el esfuerzo por afirmar un yo único al tiempo que experimentan el deseo de ser exactamente iguales a sus amigos¹⁵⁶. La presión del grupo de iguales puede inclinarle hacia un comportamiento antisocial, sobre todo si los padres no ejercen suficiente supervisión¹⁵⁷.

Blos pone de relieve la importancia que la moda tiene para el adolescente. Ésta suele ser decisiva para él en cuanto que supone una manifestación de la búsqueda de una identidad de grupo¹⁵⁸. Y ya no sólo en lo que a vestimenta y accesorios se refiere, sino que

aparecerán como contradictorias. Es preciso que el niño tome conciencia de la unidad fundamental de su ser, pero ahí precisamente estriba la dificultad y la resistencia”. Juliette Favez-Boutonier, “L’adolescence et ses problèmes”, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, p. 388. La cita textual resulta de especial interés en la consideración de cómo el adolescente construye su identidad.

¹⁵³ Cfr. Iroise Dumontheil, *op. cit.*

¹⁵⁴ *Ibidem.*

¹⁵⁵ José Ortega y Gasset, “Prólogo para alemanes”, en *Obras Completas*, vol. IX, Madrid, Revista de Occidente / Taurus, 2009, p. 150.

¹⁵⁶ Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *op. cit.*, p. 349.

¹⁵⁷ Joseph Leif / Paul Juif, *Textos de psicología del niño y del adolescente*, Madrid, Narcea, 1975, p. 52.

¹⁵⁸ Y en este sentido también de su propia identidad. Cfr. Peter Blos, *Les adolescents: essai de*

el argot, los bailes, la música, las conductas rituales, los códigos referentes a “la etiqueta”, la conducta sexual, etc., serían toda una constelación de usos y costumbres que vienen a definir el fenómeno de la adolescencia, siempre, por imitación o negación, afectado por la suma de condiciones –sociales, políticas, económicas, religiosas, educativas e históricas– de la cultura en la que los jóvenes están inmersos.

El juego es otro de los factores que cobra un lugar central en el psiquismo del sujeto. Lucien Dintzer considera que “el niño juega *en* su infancia, y el adolescente, *con* su adolescencia”¹⁵⁹. El tránsito de la infancia a la adolescencia es progresivo, por lo que aspectos del juego infantil siguen manifestándose en la etapa posterior. Jugar implicaría: admirarse, llamar la atención, inventarse a uno mismo, improvisar, soñar aventuras y dejar volar la imaginación, pretender vencer la fatalidad, creer que todo es posible y que con amor y empeño no hay obstáculo insorteable ni misterio insondable. Así, la energía vital, la ingenuidad, la necesidad de originalidad o el juego de identificación serían rasgos que caracterizarían también al adolescente.

En efecto, esa necesidad de ser original o, si se quiere expresar así, esa necesidad de hallar una identidad propia, es uno de los aspectos más destacados en esta etapa. Sin embargo, este nuevo interés que se manifiesta en el individuo adolescente no surge aislado sino en paralelo con la sexualidad, también novedosa en su manifestación.

Hemos podido ver hasta el momento como las nuevas características anatómico-fisiológicas propias de esta etapa vital que estamos investigando, así como las novedosas también características cognitivo-psíquicas y morales, traen consigo nuevas habilidades, nuevos intereses, nuevas conductas por tanto, y nuevos “recursos de personalidad”. Uno de estos recursos consiste en la búsqueda de una nueva identidad, aspecto central durante la adolescencia y totalmente vinculado al de la sexualidad. Así, sexualidad e identidad son las cuestiones que abordaremos en lo que sigue.

Pero antes de pasar a dichas cuestiones nos gustaría, para terminar con esta descripción de las implicaciones psíquicas que se dan en esta etapa de la vida, hacer hincapié en como éstas repercuten en el *autoconcepto* y en la *identidad* del y de la adolescente:

psychanalyse, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, pp. 400-402.

¹⁵⁹ Lucien Dinzer, *Le jeu d'adolescence*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, pp. 400-402.

El autoconcepto respondería a la cuestión de “¿cómo soy yo?”, esto es, a la propia percepción de las principales características personales.

La identidad respondería a la pregunta de “¿quién soy yo?” y constituiría aquellos rasgos que tienden a permanecer y que, en cierto modo, sintetizan la historia personal.

Al poseer una faceta colectiva, la identidad también engloba la pregunta de “¿quiénes somos nosotros?”. El que en la propia definición de la identidad pesen más los aspectos colectivos o los individuales dependerá fundamentalmente del tipo de cultura en que la persona se haya desarrollado, aunque ambos aspectos están en íntima relación. Ambos procesos, el de la construcción del autoconcepto y el de la identidad, son complejos y se extienden en el tiempo, realizándose siempre en interacción con lo social, por lo que la asimilación de comentarios, reacciones afectivas de las personas del entorno así como la asimilación de las creencias, valores sociales y de las propias observaciones y vivencias del sujeto, determinarán cómo se vayan construyendo dichos procesos¹⁶⁰.

Pasemos a la cuestión de la sexualidad.

§4. Emergencia y centralidad de la sexualidad genital

Mencionaremos, en primer término, al psiquiatra y fundador del psicoanálisis Sigmund Freud. De algún modo es obligado comenzar mencionándolo ya que con sus investigaciones fue el primero en hacer del psiquismo y de la biología una unidad y, para lo que aquí más nos interesa, también el primero en relacionar lo biológico con las etapas de la vida psíquica en el ser humano y la infancia con la sexualidad.

En “Tres ensayos sobre la teoría sexual” (1905) expone Freud la idea de que la sexualidad no es exclusiva de los adultos sino que aparece en la más primera infancia y va pasando por diferentes etapas, las cuales son todas ellas necesarias para el buen desarrollo de la personalidad y para que el individuo llegue a su plena madurez en todos los sentidos. Él mismo aclara tres aspectos muy importantes para la correcta comprensión de este concepto de “sexualidad”:

- “a) La vida sexual no comienza sólo en la pubertad, sino que se inicia con evidentes manifestaciones poco después del nacimiento.
- b) Es necesario establecer una neta distinción entre los conceptos de lo “sexual” y lo “genital”. El primero es un concepto más amplio y comprende muchas

¹⁶⁰ Ramón Mendoza Berjano, *op. cit.*, p. 18.

actividades que no guardan relación alguna con los órganos genitales.

c) La vida sexual abarca la función de obtener placer en zonas del cuerpo, una función que ulteriormente es puesta al servicio de la procreación, pero a menudo las dos funciones no llegan a coincidir plenamente”.¹⁶¹

De acuerdo con esto, Freud distingue cinco etapas en el desarrollo de la vida sexual. La dos primeras etapas corresponden a una sexualidad pregenital. En ellas, dice, “la oposición entre *masculino* y *femenino* no desempeña todavía papel alguno”¹⁶². Las tres siguientes etapas corresponden a una sexualidad genital:

1. Etapa *oral*: de 0 a 1 años. Por la zona buco-labial, que es por donde chupa y se alimenta, la criatura consigue un gran placer.

2. Etapa *anal*: de 1 a 3 años. El placer se localiza principalmente en la zona de los esfínteres, por donde defeca u orina.

3. Etapa *fálica*: de 3 a 5 años. La curiosidad sexual infantil pone como centro de atención la zona de los órganos genitales: el pene en el niño y el clítoris en la niña pasan a ser la sede de la excitabilidad¹⁶³; con el descubrimiento del pene el niño siente orgullo y frente a éste, el descubrimiento de la niña es, según Freud, que no lo tiene, lo que trae como consecuencia el “complejo de Edipo” en el niño –uno de cuyos elementos principales es el miedo a la castración– y el correspondiente “complejo de Electra” en la niña –con su envidia del pene¹⁶⁴. “La tercera fase denominada “fálica”, es –dice– como un prolegómeno de la conformación definitiva que adoptará la vida sexual, a la cual se asemeja sobremanera”¹⁶⁵.

“Con la fase fálica y el curso de ella, la sexualidad infantil precoz llega a su máximo y se aproxima a la declinación. En adelante, el varón y la mujer seguirán distintas evoluciones. Ambos han comenzado a poner su actividad intelectual al servicio de la investigación sexual; ambos se

¹⁶¹ “Compendio del psicoanálisis”, en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973³, tomo III, p. 3384.

¹⁶² Sigmund Freud, *Introducción al psicoanálisis*, Madrid, Alianza Editorial, 1987¹⁵, p. 343. Freud califica de “sexualidad” aquellas actividades de la primera infancia, encaminadas a la consecución del placer local que determinados órganos pueden procurar”. *Ibidem*, p. 340.

¹⁶³ Cfr. *ibidem*, p. 333.

¹⁶⁴ Para la descripción de los complejos de Edipo y Electra, cfr. Freud, *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973³, tomo I, p. 503 y tomo III, pp. 2748-2751.

¹⁶⁵ *Ibidem*, tomo III, p. 3385.

basan en la presunción de la existencia universal del pene; pero ahora han de separarse los destinos de los sexos. El varón ingresa en la fase edípica; comienza a manipular su pene con fantasías simultáneas que tienen por tema cualquier forma de actividad sexual del mismo con la madre, hasta que los efectos combinados de alguna fantasía de castración y del descubrimiento de falta de pene en la mujer le hace experimentar el mayor trauma de su vida, que inaugura el periodo de latencia, con todas sus repercusiones. La niña, después de su fracasado intento de emular al varón, llega a reconocer su falta de pene, o más bien la inferioridad de su clitoris, sufriendo consecuencias definitivas para la evolución de su carácter; a causa de esta primera defraudación en la rivalidad, a menudo comienza por apartarse de la vida sexual en general”.¹⁶⁶

4. Etapa de *latencia*: de 6 a 12 años¹⁶⁷.

“Entre los seis y los siete años —dice Freud— sufre el desarrollo sexual una detención o regresión, que en los casos socialmente más favorables merece el nombre de periodo de latencia. Esta latencia puede también faltar, y no trae consigo ineluctablemente una interrupción completa de la actividad y de los intereses sexuales. La mayor parte de los sucesos y tendencias psíquicas anteriores al periodo de latencia sucumben entonces a la amnesia infantil y caen en [...] olvido [...], olvido que no podemos sospechar motivado por los comienzos de la vida sexual contenidos en tal periodo, y que es, por tanto, un efecto de la represión”.¹⁶⁸

5. Etapa *genital*: desde los 13 años en adelante. El inicio de esta etapa viene con el florecimiento de la vida sexual genital. Toman primacía los órganos genitales. El individuo ya está físicamente capacitado para manifestar su sexualidad a través de ellos y está capacitado también para procrear. Mientras que en la fase fálica habían aparecido los primeros indicios de una organización de la sexualidad “destinada a subordinar las restantes tendencias bajo la primacía de los genitales” y ya representaba “un comienzo de coordinación de la tendencia hedonística general con la función sexual [...], la

¹⁶⁶ *Idem.*

¹⁶⁷ Al igual que antes hicimos ver por medio de Julián Marías que la división orteguiana por edades va exclusivamente referida al tipo de vida que la gente llevaba en ese momento, también nosotros ahora hemos de decir que esta división de Freud, poniendo estas determinadas franjas de edad, podía ser la adecuada a como era la infancia y su evolución en la sociedad de su época, pero en ningún caso, como más adelante veremos, es apropiada para nuestro momento actual, ya que nuestros niños y niñas no sólo tienen una maduración corporal bien diferente, sino que también su tipo de vida y actividades han cambiado radicalmente desde entonces.

¹⁶⁸ Sigmund Freud, *Introducción al psicoanálisis*, p. 342. Ver también, *Obras Completas*, tomo II, p. 2326.

organización completa sólo se alcanzará a través de la pubertad”, en la fase genital¹⁶⁹. Por tanto, para Freud, esta última etapa es la de la pubertad:

“De acuerdo con la concepción corriente, la vida sexual humana consiste esencialmente en el impulso de poner los órganos genitales propios en contacto con los de una persona del sexo opuesto. Es acompañado por el beso, la contemplación, la caricia manual de ese cuerpo ajeno, como manifestaciones accesorias y como actos preparatorios. Dicho impulso aparecería con la pubertad, es decir, en la edad de la maduración sexual, y serviría a la procreación [...].¹⁷⁰

Una vez que el psicoanálisis descarta la idea de antaño de que en el niño o la niña, antes de llegar a la vida adulta, la sexualidad no juega ningún papel importante, con el tiempo se ha ido verificando más y más la idea de que en la etapa que hace de tránsito entre la vida infantil y la vida adulta –la que nosotros aquí llamamos “adolescencia”– la sexualidad es central por el papel que juega en ella.

En esta línea, Origlia y Ouillon definen la pubertad como una larga etapa de progresiva madurez sexual, que está dividida en tres periodos –*pre-púber*, *púber* y *postpuberal*– y que culmina en el momento en que el individuo ya es capaz de reproducirse. Se trata de un proceso natural, “cuya aparición exige la integridad de los mecanismos neuro-hormonales necesarios para su realización”¹⁷¹. Es muy significativo, incluso, que la raíz etimológica de la palabra “pubertad” haga referencia a la palabra latina que designa el vello del pubis. Según estas autoras, en las chicas la pubertad se extiende aproximadamente desde los once años hasta los dieciséis años. En los chicos de los doce a los dieciocho, aunque, de forma natural –como ya hemos anticipado *in supra*– se dan notables variaciones de un individuo a otro¹⁷².

¹⁶⁹ Sigmund Freud, *Obras Completas*, tomo III, p. 3386.

¹⁷⁰ *Ibidem*, pp. 3383s.

¹⁷¹ D. Origlia / H. Ouillon, *L'adolescent*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, p. 383.

¹⁷² El texto de D. Origlia y H. Ouillon introduce una idea acerca de la adolescencia que resulta de sumo interés para nuestra investigación, ya que los autores se preguntan acerca de cuáles pueden ser los factores que intervienen en esas diferencias entre individuos en la aparición de la pubertad. Así, se cuestiona si algunos factores como el clima, la luz, las condiciones de vida, el nivel social, la alimentación, la excitación de la vida moderna, entre otros, pudieran jugar algún papel; y otros, como la raza y la herencia, se consideran factores determinantes. Habremos de tener en cuenta la aparición precoz de la pubertad como hecho individual pero también como hecho de civilización, lo que ayudaría a comprender el que la pubertad sea un proceso que se esté desencadenando cada vez a edades más

Parece, pues, un hecho que la sexualidad en la adolescencia tiene mucha influencia en el desarrollo de la identidad del individuo adolescente. Hablar de sexualidad es hablar, en principio, de masturbación, pero también son habituales las experiencias tempranas heterosexuales e incluso las homosexuales. La presión del grupo acelera las primeras prácticas sexuales de los adolescentes y, aunque los padres se muestran más abiertos y receptivos hacia la sexualidad de sus hijos que en el pasado, debido a que la actitud y comportamiento hacia el sexo es hoy más liberal que en el pasado, muchos adolescentes tienen problemas para tratar estos asuntos con su familia¹⁷³.

tempranas en nuestra cultura en el momento actual. Ya hemos hecho referencia *in supra* al artículo de Gonzalo Morandé, “*La inquietante pubertad exprés*”, en el que se da cuenta de este fenómeno.

¹⁷³ Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *op. cit.*, p. 403. Los últimos resultados de estas investigaciones son de la década de los ochenta, por lo que habrá que ver si algunas de estas cuestiones siguen vigentes o han quedado obsoletas.

CAPÍTULO 4

Importancia de las emociones en la adolescencia

Empezaremos, aunque sea de un modo sucinto, estableciendo el marco de aspectos a tener en cuenta para entender la función y significado de las emociones. Nuestro propósito es partir de este marco general sobre las emociones para continuar con las emociones en los humanos y, así, sentar la base conceptual que nos permitirá comprender la importancia de las emociones durante la adolescencia.

§1. La aparición del cerebro emocional en la evolución de las especies

Vivir supone estar en continua interacción con todo lo que nos rodea. Esto que nos rodea es tanto “lo otro” (es decir, lo que hoy se denomina como “abiótico”: el clima, el agua, el aire, los minerales, la luz solar, etc.) como “los otros” (todos los seres vivos, humanos o no). La vida se caracteriza por el *autodinamismo*; esta vida autodinámica siempre discurre en un contexto formado por diversos elementos, tales como la noche, el día, ruidos, movimientos del terreno, variaciones en la temperatura ambiental, una geografía determinada, un clima benigno o extremado, inundaciones, etc.). Igualmente, el hecho de estar vivo supone un continuo contacto con otros seres vivos, sean estos de otras especies o sean congéneres. No hay animal que no tenga que lidiar con todos esos factores abióticos y, a la vez, que no tenga que alimentarse de otros seres vivos, sean estos vegetales o animales. Por eso decimos que la interacción continuada con todo lo que nos rodea es uno de los rasgos que acompañan toda vida.

Los animales nacemos, al igual que ocurre con todos los seres vivos, con una serie de estrategias biológicas que nos permiten adaptarnos al entorno —o adaptar el entorno a nosotros mediante el uso de técnicas y herramientas— y lograr sobrevivir. Las estrategias son muy variadas. Cada especie tiene las suyas propias. Para desplazarse, unas especies vuelan, otras reptan, otras se mueven usando varias patas, otras nadan, la nuestra camina bípedamente. Para conseguir comida, introducirla en el cuerpo y digerirla, unas especies tienen estrategias propias de herbívoros, otras de carnívoros, otras de omnívoros: hay

especies que viven a costa de ser depredadoras carnívoras, poseyendo garras, dentadura para desgarrar, etc.; otras especies se mantienen alimentándose de vegetales y, para ello, tienen un aparato digestivo apropiado para digerirlos; nuestra especie utiliza técnicas muy diversas para complementar sus carencias y, pese a ellas, poder satisfacer su necesidad de alimento y de digestión (usa herramientas para recolectar los vegetales, para cortar la carne de otros animales, para moler semillas y hacer harina, etc.; cocina los alimentos con fuego para conseguir hacerlos blandos y digeribles; confecciona ropa para protegerse del frío, etc.). Las estrategias son muy diversas y cada especie tiene las suyas.

El humano, como animal que es, trae en su biología unas estrategias propias de la especie o, en todo caso, la capacidad para hacerse con ciertas tácticas que le serán muy útiles para su supervivencia. Con la capacidad también de cubrir de sentido cultural aquellas estrategias con las ya cuenta a nivel biológico, como es el caso de las *emociones*.

El entorno en el que vivimos, con independencia de la especie a la pertenezcamos, ofrece siempre un lado positivo, beneficioso, en cuanto a que facilita los medios que el ser vivo precisa para su supervivencia, y un lado negativo, perjudicial, amenazador y peligroso, el cual debe afrontar para, pese a él, conseguir sobrevivir. Así, todo ser vivo debe tener estrategias que le permitan aprovechar lo bueno y otras que le posibiliten rehuir con éxito las adversidades. Las *emociones* suponen una estrategia adaptativa al servicio de la detección de la parte beneficiosa y también de la perjudicial.

En el proceso de evolución de la vida animal surgió el órgano del cerebro. La primera capa cerebral que aparece es el llamado cerebro básico o reptiliano. Éste se originó en los vertebrados hace unos quinientos millones de años, posibilitando en ellos una conducta instintiva para relacionarse con el ambiente. En el proceso de la evolución, este cerebro se va protegiendo por membranas intermedias y, hace unos trescientos millones de años, sucedió que, en los mamíferos más primitivos, adquiere la forma de sistema límbico. Éste es el cerebro emocional. Así, el cerebro emocional supone una estrategia animal no exclusiva de los seres humanos. Por otro lado, el hecho de que las emociones surjan al formarse esta capa intermedia del cerebro, la límbica, es un dato que revela que las emociones están situadas en la categoría de cognición, no “consciente” pues para tener consciencia se necesita un neocórtex; pero sí suponen una “cognición emotiva”, previa a la racional y reflexiva¹⁷⁴. Las emociones permiten una mayor

¹⁷⁴ “Si definimos la cognición en términos restringidos como los niveles superiores del pensamiento y del

flexibilidad a la hora de interpretar y de reaccionar ante lo que se encuentra el individuo animal. Será con el paso del tiempo –hace unos sesenta millones de años– que aparezca en los mamíferos primates el *neocórtex* o corteza cerebral, posibilitándose así una más amplia diferenciación en la interpretación y respuestas que se derivan de la interacción del individuo animal con “lo otro” y con “los otros”. Posteriormente –hace dos o tres millones de años– se producirá la lateralización de los hemisferios cerebrales en los homínidos: el cerebro se especializará como mente racional y, debido a una serie de cambios en red en su fisiología, traerá consigo la aparición del lenguaje articulado. Finalmente –hace unos ciento cincuenta mil años– las especies *homo* desarrollarán los lóbulos frontales y el resultado será una mente planificadora¹⁷⁵. Lo relevante de este proceso para nosotros es entender que la capacidad de abstracción y de reflexión que trae consigo la evolución del *neocórtex* en los animales mamíferos primates humanos no elimina, en ningún caso, el sistema límbico del cerebro intermedio, sino que lo engloba.

De modo que hasta aquí podemos decir lo siguiente: (a) el ser humano es un ser que posee la capacidad de la emoción como un legado que recibe de los animales mamíferos que le precedieron; (b) que el ser humano tenga una mente reflexiva y con capacidad para usar un lenguaje abstracto sólo implica que, además de una mente “emocional” tiene, también, una mente “racional”, “reflexiva”, sin que ésta segunda elimine la más arcaica. Para llevar esto a nuestro tema: más adelante veremos que (c) esta capacidad reflexiva “puede” influir en la mente emocional, pero no en el sentido de poner nuevas emociones o de eliminarlas, sino de “reconstruir” cultural y personalmente las que ya vienen ligadas a nuestra biología de animales mamíferos. Por último, debemos tener muy presente que, como dice el neurólogo Rodolfo R. Llinás, “la arquitectura funcional

intelecto, entonces la cognición no es necesaria para la elicitación de una emoción. Pero si definimos la cognición de una manera amplia como todo procesamiento de información, entonces la emoción debe ser dependiente de la cognición”. Javier Moltó Brotons, *Psicología de las emociones. Entre la biología y la cultura*, Valencia, Albatros, 1995, pp. 109s. Estoy de acuerdo con este autor. El procesar la información y darle respuesta puede ser un proceso cognitivo emotivo o un proceso cognitivo reflexivo, racional. Ambos procesos forman, por igual, y de distinto modo, lo que llamamos *cognición*. El investigador de las emociones, Joseph Ledoux hace esta afirmación siendo entrevistado por Eduardo Punset: “Los procesos inconscientes son fundamentales en nuestra vida. Algunos son tan triviales como respirar o andar [...] Con las emociones es más complicado creer que las regulamos inconscientemente, pero en realidad forman parte del inconsciente, como respirar o andar”. Eduardo Punset, *Cara a cara con la vida, la mente y el Universo*, Barcelona, Destino, 2004, p. 157.

¹⁷⁵ Cfr. Llorenç Guilera i Agüera, *Más allá de la inteligencia emocional: las cinco dimensiones de la mente*, Madrid, Thomson, 2006, p. 11.

del cerebro es producto del lento devenir de la evolución, la cual selecciona las funciones cerebrales más útiles para la supervivencia de las especies”¹⁷⁶. Consecuentemente, si esto es así, se deduce que si los animales mamíferos primitivos tenían emociones, y si nosotros mantenemos esta estrategia en nuestra especie, después de tantos miles de años de evolución, es porque nos resultan muy útiles en nuestra supervivencia, y esto, como veremos, está relacionado con la importancia que las emociones cobran en la etapa de la adolescencia.

§2. Consideración de las emociones a lo largo de la historia

No creemos necesario exponer en este apartado pormenorizadamente la evolución histórica del concepto de emoción. Únicamente intentaremos ofrecer una panorámica general de las distintas actitudes con respecto a las emociones en la historia del pensamiento occidental, ya que estas actitudes están en la base de muy distintas definiciones y, por tanto, valoraciones, de qué es la emoción. Éstas han variado según la época, según el área de la ciencia desde la que son abordadas y, también, según la escuela de que se trate.

Por ejemplo, la emoción no ha sido tema de estudio en las ciencias de la conducta. Se ha dado una falta de atención al concepto de emoción en psicología. “Hasta los años sesenta la investigación sobre la emoción no inició su andadura sistemática y sostenida en diversos frentes”, señala Carles Riba¹⁷⁷. Según él, autores como William James (1890) y Darwin (1872) habían abierto una brecha hacia una teoría de la emoción, aplicable tanto a los humanos como a otros animales. Pero hay una serie de factores que truncaron este camino. El primer factor es de índole histórica e hizo que la psicología se mostrara indiferente hacia la emoción: el hecho de que el pensamiento dominante en la ciencia partiera del modelo antropológico de ser humano establecido por Descartes. Antes de aparecer la Psicología moderna, en la segunda mitad del siglo XIX, según Ledoux, “la mente y la consciencia no eran conceptos intercambiables antes de que Descartes introdujera el concepto de una mente que todo lo conocía (consciencia), desprovista de aspectos no cognoscibles (inconscientes). Si algo no era cognoscible para la consciencia,

¹⁷⁶ Rodolfo R. Linás, *El cerebro y el mito del yo. El papel de las neuronas en el pensamiento y el comportamiento humanos*, Barcelona, Belacqua, 2003, p. 237.

¹⁷⁷ Carles Riba, “Prólogo” a R. Dantzer, *Las emociones*, Barcelona, Paidós, 1989, pp. 9s.

no era mental. De este modo, Descartes calificó de simples estados físicos algunas cosas que actualmente consideramos mentales, como las sensaciones y algunos aspectos de las emociones”¹⁷⁸. Como comenta Pintos, según este modelo, “decir ‘mente’ humana es equivalente a decir ‘mente racional’, como si a ésta quedara reducido todo el poderío mental [cognitivo] de los sujetos humanos. Por decirlo en términos cartesianos, se trata de la identificación de mente con conciencia consciente, lo cual implica que sólo pertenece a la esencia humana lo que es cognoscitivo, producto de la razón. Esto explica la creencia de que las emociones, en principio no pertenecientes al conocimiento racional y, por tanto, al margen de toda lógica racional, no formen parte de la esencia humana, es decir, de la subjetividad humana, sino tan sólo de su cuerpo biológico. Una emoción es un simple estado físico, ajeno a la subjetividad humana”¹⁷⁹.

En el racionalismo –afirma Riba en este mismo sentido– se tiende “a excluir como tema antropológico o psicológico todo concepto o hipótesis de comportamiento que comprometa su discurso sobre el hombre como sujeto ideal de pensamiento y de razón. De ahí el áspero contraste entre razón y sentimiento [...] o entre razón e instinto”¹⁸⁰.

Esta reiterada tendencia a postular que el ser humano tiene como esencia el “ser racional” olvida, a nuestro juicio, que, en realidad, el ser humano siempre accede al mundo e interacciona con él de dos modos, y que estos no son excluyentes ni uno es más esencial que el otro para entender lo que a él llega y reaccionar en consecuencia: este acceso e interacción con el entorno se da en el ser humano a través de las emociones y a través de su capacidad de procesamiento reflexivo de la información que recibe. Ambos modos forman parte por igual de la cognición humana: hay una cognición de índole pre-reflexiva, la cual es simplemente emocional, y hay también una cognición reflexiva, en la que caben razonamientos abstractos con uso de lenguaje simbólico.

La cuestión es que durante mucho tiempo se ha optado por una escasa valoración

¹⁷⁸ Joseph Ledoux, *El cerebro emocional*, Barcelona, Ariel/Planeta, 1999, p. 344.

¹⁷⁹ “La consideración de que la naturaleza humana es la racional se lleva al extremo –sigue diciendo Pintos– de creer que toda otra característica en los humanos es ‘no esencial’ sino accidental, secundaria, pasajera, cambiante; es decir, en ningún caso algo que defina su ser propio”. M^a Luz Pintos Peñaranda, “Emociones y empatía, dimensiones primordiales de toda vida humana. Análisis fenomenológico”, en Javier San Martín / Tomás Domingo Moratalla (eds.), *Perspectivas sobre la vida humana*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, p. 133.

¹⁸⁰ Carles Riba, *op. cit.*, pp. 9s.

de los afectos y las emociones en contraste con una enorme estimación de la razón, del pensamiento consciente y reflexivo. Y esto –indica Riba– ha sido una maniobra más, “especialmente efectiva, para llevar adelante el magno proyecto de las sociedades urbanas y, en concreto, de la civilización occidental: establecer de una vez por todas un desierto, una tierra de nadie, entre el hombre y el animal, entre la sociedad y la naturaleza. La pérdida de este istmo nos haría perder, sin dudarlo, parte de nuestra seguridad, sobre todo porque no sólo nos amenaza el enemigo desde el exterior, sino que también lo llevamos dentro”¹⁸¹.

Durante muchos siglos, y entre las disciplinas que investigan el comportamiento humano, las emociones han estado proscritas “en virtud del modelo de hombre diseñado por la cultura y al que la ciencia, a su vez, tampoco es ajena [...] Parece lógico, pues, que las emociones sean en principio desterradas al reino animal [no humano], como una marca más de una diferencia irreductible [...] Las emociones humanas no gozaban del favor de los científicos del comportamiento porque desvelaban el rostro menos humano del hombre, en conflicto con la inteligencia y la razón”¹⁸². En el lado contrario, muchos especialistas en etología no han querido usar el término “emoción” en referencia a los primates no humanos aduciendo que esto sería caer en una interpretación antropomórfica. Podemos así ver las diversas consideraciones que se han hecho sobre el asunto en cuestión. En primer lugar, se ha querido pensar que las emociones pertenecen al ámbito de la biología, a la parte animal o biológica y, por tanto –muy cartesianamente–, que no son un integrante esencial de la subjetividad humana. Más tarde, en contraste con este planteamiento, se ha pasado a considerar, como ya hemos indicado, que los animales no pueden tener emociones porque éstas, argumentaban, son un patrimonio de los humanos, los únicos poseedores de una capacidad cerebral suficiente para ellas y que está ausente por lo tanto en los demás organismos que no disponen de dicha capacidad.

En el siglo XIX se empezaron a utilizar laboratorios de psicología¹⁸³ bajo la presión del positivismo de la época, que reclamaba hacer “ciencia” y limitarse a estudiar

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 11.

¹⁸² *Ibidem.*, pp. 12s.

¹⁸³ Recordemos a algunos famosos pioneros, todos ellos moviéndose entre la medicina (anatomía y fisiología), la filosofía y la psicología: G.T. Fechner (1801-1887), T. Ribot (1836-1916) y W. Wundt (1832-1920).

hechos observables para averiguar a qué se debe nuestra conducta. El propósito era dar con las leyes que rigen el comportamiento y la prioridad, averiguar cómo funciona el cerebro. Así, el comportamiento se convirtió en un campo de observación que se compartimentó, pensando que de este modo se favorecería su estudio empírico: una de las áreas seccionadas fue la referida a las *emociones*. Pero el enfoque que se hacía de ellas era puramente fisiológico, con medición matemática de la intensidad de los estímulos a los que se sometía a los individuos objeto de la observación experimental y, paralelamente, de sus respuestas. Buena parte de los psicólogos decidieron adoptar el modelo de las ciencias empíricas y abandonar, así, la especulación filosófica¹⁸⁴.

Es imprescindible aludir también a la postura del Conductismo. Desde la primera mitad del siglo XX, la psicología estuvo dominada por esta corriente de pensamiento. Se consideraba que la percepción, los recuerdos y las emociones eran estados interiores, subjetivos, de la mente y, por tanto, un tema no apropiado para la investigación psicológica. La razón para esta descalificación fue que, siguiendo la tendencia postulada por Descartes, la psicología debía limitarse al estudio de hechos observables, es decir, de conductas objetivamente medibles. Lo subjetivo no se podía observar empíricamente: eran los “fantasmas de la máquina”. Los procesos entre los estímulos y las respuestas ocurrían en el interior de la mente como en una “caja negra”¹⁸⁵.

Por el contrario, la psicología cognitiva se interesó por estos procesos, queriendo comprender tanto los mecanismos de la conciencia como los inconscientes. Cuando aparecieron los ordenadores a mediados del siglo XX, el reducto conductivista en psicología empezó a debilitarse. Se comparaba la mente con estos aparatos y, de la noche a la mañana –dice Ledoux–, a cualquiera que aceptara la idea de que la mente era equivalente a una herramienta para procesar información se lo llamaba científico cognitivista”¹⁸⁶. Se recuperó así el tema de la mente. Los científicos cognitivistas

¹⁸⁴ “En realidad, la psicología no existió como ciencia hasta finales del siglo XIX, cuando surgió en Alemania como estudio experimental de la consciencia [...] Anteriormente, los fenómenos mentales eran objeto de estudio de los filósofos. Y tras el enunciado de Descartes “Pienso, luego existo”, la mente y la consciencia se equipararon en las discusiones filosóficas occidentales, una corriente que fue heredada por la psicología científica cuando nació”. Joseph Ledoux, *op. cit.*, p. 344.

¹⁸⁵ Cfr. *ibidem*, p. 29.

¹⁸⁶ *Ibidem*, pp. 29s.

“consideran la mente en función de procesos inconscientes¹⁸⁷ más que de contenidos conscientes”¹⁸⁸. Todo lo contrario que para Descartes, para quien, si algo no es consciencia, no es mental, pues mente y consciencia son sinónimos.

Los cognitivistas insistirían en que ellos no trataban las emociones, hasta el punto de que mantener al margen los factores emocionales o afectivos era uno de los rasgos que caracterizaban el cognitivismo. Las emociones, aunque importantes, no formaban parte del planteamiento cognitivista de la mente, pues las consideraban ilógicas y, si bien la metáfora de los ordenadores era aplicable a los procesos de pensamiento o razonamiento lógico, no así a las ilógicas emociones. De lo que se trataba era de analizar la lógica del pensamiento y nada más que eso¹⁸⁹. Sin embargo, según Ledoux, pronto se encontraron con un problema: y es que muchas veces las personas tomamos decisiones que no son racionales, que no siguen ningún principio formal lógico. Entonces, “si la cognición no es tan lógica, y a veces es ilógica, puede que las emociones no sean tan ajenas a la cognición como se pensaba en principio”, como argumenta Ledoux¹⁹⁰.

El primer motivo entonces por el que la revolución cognitiva no revitalizó la cuestión de las emociones fue el considerarlas ilógicas, irracionales, y por ello no tendría sentido tratar de averiguar sus leyes de funcionamiento ya que éstas supuestamente no existirían. El segundo motivo es el hecho de que las emociones siempre se han considerado estados *subjetivos* de la conciencia. Por ejemplo, tener miedo, estar contento, etc., supone ser consciente a nivel subjetivo de esta experiencia. Y, de nuevo, los ordenadores no sirven como metáfora explicativa, pues no tienen experiencia subjetiva. Los ordenadores, al menos por el momento, procesan información, no sienten experiencias y el cognitivismo se centra en el procesamiento de la información y no en el sentir emociones¹⁹¹.

¹⁸⁷ Aquellos procesos que organizan funcionalmente la mente.

¹⁸⁸ Joseph Ledoux, *op. cit.*, p. 32.

¹⁸⁹ Este es el modo de pensar, por ejemplo, de Fodor en *The Language of the Thought*. Cfr. *ibidem*, pp. 32-39.

¹⁹⁰ *Ibidem*, p. 40.

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 41. Según Ledoux, esta argumentación de la subjetividad nunca debería haber tenido importancia, porque, “en realidad, la subjetividad [es decir, la experiencia vivida, lo que siente el sujeto de sí; el cómo se siente] que pueda tener la experiencia de una emoción no es mayor o menor que la que pueda tener la del color rojo de una manzana o la del recuerdo de haber comido una”. Es decir, ¡que siempre hay una experiencia subjetiva! *Idem* y cfr. también p. 42.

Sin embargo, algunos cognitivistas creyeron, desde principios de los años 70, que era necesario que sus modelos dieran cuenta de las emociones para aproximarse a la mente humana real. Por ejemplo, Robert Abelson indicó que el campo de la psicología cognitivista precisaba tratar las cogniciones “calientes” en contraposición a los procesos lógicos “fríos” en los que estaba centrada¹⁹². Alan Newell reconoció en 1989: “Todavía no existe una integración satisfactoria de estos fenómenos en el cognitivismo. Pero el sistema de los mamíferos está claramente estructurado como sistema emocional”¹⁹³. Y, ahora, como dice Ledoux, cada vez más psicólogos cognitivistas se interesan por las emociones, aunque con limitaciones, ya que, según él, “los modelos cognitivos intentan explicar las emociones a través de los pensamientos, despojándolas de la pasión”¹⁹⁴. Con todo, el interés mostrado por las emociones es una realidad, lo que lleva a la necesidad de sustituir la denominación “cognitivismo” por el de la “ciencia de la mente”, ya que esta ciencia abarca tanto la cognición [cognición racional o reflexiva] como las emociones [cognición emocional, prerreflexiva]¹⁹⁵.

Todos estos avatares que hemos comentado, así como los prejuicios culturales y los intereses que se ocultan detrás de los mismos, han dificultado una decidida atención a las emociones humanas y, como consecuencia, un estudio sistemático, riguroso y de carácter interdisciplinar¹⁹⁶ de las mismas. Es un hecho, como señala Marina, que “durante los dos primeros tercios [del siglo XX] la psicología se desentendió de la vida afectiva”¹⁹⁷. Por fortuna, la situación ha cambiado y en la actualidad parece que ha dejado de ser un tema marginal para pasar a ocupar un lugar central en diversos campos de la ciencia. Y es que en las tres últimas décadas se ha puesto de manifiesto que “las nuevas tecnologías que permiten el acceso al funcionamiento del cerebro, dejan en evidencia toda teoría que no

¹⁹² *Ibidem*, pp. 42s.

¹⁹³ Cit. en *ibidem*, p. 43.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 43.

¹⁹⁵ *Idem*.

¹⁹⁶ Goleman habla parecido sentido: “*Emoción*, un vocablo cuyo significado concreto han estado eludiendo durante más de un siglo los psicólogos y filósofos”. Daniel Goleman, *Inteligencia emocional*, Barcelona, Salvat, 2005⁶⁰, p. 327.

¹⁹⁷ Jose Antonio Marina, *El laberinto sentimental*, Barcelona, Anagrama, 1997⁷, p. 23.

admita que la actividad emocional juega un papel determinante en nosotros”¹⁹⁸. La asunción de la importancia de las emociones en la vida de todo ser humano es hoy un hecho aceptado hasta el punto de llegar a acuñarse el concepto de “inteligencia emocional”, y a declararse con rotundidad que el éxito en la vida depende del cociente emocional (CE) tanto o más que del cociente de inteligencia (CI). En esta misma línea, Ledoux afirma que “es cierto que las emociones desbocadas pueden tener consecuencias irracionales o incluso patológicas, pero las emociones en sí mismas no son necesariamente irracionales”¹⁹⁹.

Las emociones sin embargo siempre han estado presentes en la filosofía, mucho tiempo antes de que la psicología se independizara de ella. Desde la antigüedad, los filósofos han hablado de las “pasiones”, si bien generalmente entendiéndolas como algo marginal y, muy en especial, como una perturbación de nuestro juicio, o sea, como un obstáculo para ejercer puramente nuestra pura capacidad de razonar –definitoria de lo humano. Platón, por ejemplo, decía que las pasiones, los deseos y los temores nos impiden pensar. Las emociones eran como caballos descarriados cuyas riendas debía de controlar el intelecto, personificado en el auriga. Con la llegada del cristianismo, las emociones no solamente fueron entendidas como un impedimento para pensar adecuadamente, sino que se hicieron equivalentes a los pecados; eran tentaciones que la razón y la voluntad debían dominar²⁰⁰.

Sin duda, a pesar de que la psicología moderna nace con una clara intención de “poner distancia” entre su materia de estudio y su metodología y la materia de estudio y metodología de la filosofía, ha permanecido apegada a esa interpretación de la filosofía tradicional, según la cual las emociones son un trastorno fisiológico. Incluso vemos que el hecho de considerar que el individuo debe dominar sus emociones perpetúa el mismo mensaje lanzado desde la religión. Parece, pues, que en nuestra tradición occidental ha sido norma pensar que, cuando sobreviene una emoción, el sujeto desorganiza, desadapta su conducta; se produce un caos en su comportamiento. Esto indica que, tanto para unos

¹⁹⁸ M^a Luz Pintos Peñaranda, “Emociones y empatía, dimensiones primordiales de toda vida humana. Análisis fenomenológico”, p. 133.

¹⁹⁹ Joseph Ledoux, *op. cit.*, pp. 40s.

²⁰⁰ Cfr. *ibidem*, p. 27.

como para otros, la emoción es un fenómeno “negativo”. Este enfoque más tradicional podríamos pensar que no ha desaparecido por completo. En la necesidad de control de las emociones que buena parte de los psicólogos consideran preciso para una buena adaptación social perviven dicha idea, pues únicamente asumiendo que son un factor de desequilibrio en el sujeto se puede recomendar su control²⁰¹. Aunque cada vez es más frecuente la perspectiva de la “gestión” de las emociones, en detrimento de la de “control”, que introduce una visión de las mismas como algo necesario y susceptible de canalizar en el propio beneficio, de educar, al menos hasta cierto punto.

A continuación nos esforzaremos por fijar el significado y función de la emoción. Para ello nos serviremos de las ideas de la tradición fenomenológica, que se inicia a finales del siglo XIX, con Edmund Husserl como su fundador y que continuará durante todo el siglo XX hasta nuestros días.

§3. Qué son las emociones. Función y significado de la emoción

En lo que se refiere a entender qué es la emoción y cuál es la función que desempeña en el organismo humano fueron los fenomenólogos los que, desde la filosofía, reivindicaron la importancia de estas cuestiones, posicionándose contra la falta de interés y de acierto tanto de la filosofía clásica y tradicional, como de los psicólogos decimonónicos de laboratorio y de los conductistas de principios del siglo XX. Fue Jean-Paul Sartre el que, siguiendo la estela de Husserl, estableció la nueva postura fenomenológica acerca de las emociones en un ensayo que tituló *Bosquejo de una teoría de las emociones* (1938). En él se hace manifiesta la gran diferencia entre esta nueva orientación y los enfoques precedentes, tanto del ámbito filosófico como del psicológico.

La fenomenología nace con una actitud de desconfianza hacia la psicología de ese tiempo. Como hemos podido ver, “la precaución inicial del psicólogo consiste [...] en considerar el estado psíquico de tal forma que le despoje de toda *significación* [...]. Por el contrario, para el fenomenólogo todo hecho humano es por esencia significativo. Si le

²⁰¹ Actualmente, la literatura psicológica sobre control emocional no para de crecer. Incluso se expande por todo tipo de revistas de divulgación y la mayoría de la gente tiene hoy acceso a información sobre los beneficios de este control. Cfr., para contrastar la calificación “negativa” de las emociones y la insostenibilidad de vincularlas, *a priori*, a la necesidad de control, M^a Luz Pintos Peñaranda, “Fenomenología, género y paz”, en Irene Comins Mingol / Sonia París Albert (ed^{as}.), *Investigando para la paz. Estudios filosóficos*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 51-71.

despojáis de su significación, le despojáis también de su naturaleza de hecho humano. La tarea del fenomenólogo consiste en estudiar la significación de lo que está viviendo”, es decir, su significación vivida²⁰². Ésta es precisamente la aportación de la fenomenología.

Los psicólogos de los que habla Sartre pensaban que cuando la labor a la que se enfrenta un individuo es demasiado difícil y no consigue mantener una conducta “racional” bien adaptada –idónea para esa situación en la que el sujeto se halla–, entonces, automáticamente, reacciona de un modo emotivo. Así, para el psicólogo francés Janet, por ejemplo, la emoción es una conducta de desorden causada por una desadaptación, por tanto, es una conducta fracasada. Para él, ya no se trata simplemente de que la emoción sea un trastorno fisiológico, sino que es –dice Sartre describiendo a Janet– “la conciencia de un fracaso y la conducta de un fracaso”²⁰³. Esta tesis, además de mecanicista, sigue moviéndose exclusivamente en el orden fisiológico: con la emoción, el individuo efectuaría un cambio de vía para liberar la energía nerviosa.

Para la fenomenología, por el contrario, la emoción no significa un desorden. Es ante todo una conducta, con sentido y organizada: “un sistema organizado de medios que tienden hacia una meta”²⁰⁴. No se trata de que la emoción ocurra de un modo racional y consciente para el propio individuo, sino que más bien surge de repente, de un modo irreflexivo, pre-reflexivo podríamos decir y no de un modo racional y consciente²⁰⁵. Así, la conciencia emocional es ante todo irreflexiva. “Se hace a sí misma conciencia emocionada con vistas a las necesidades de una significación interna”²⁰⁶, y esto no se produce de un modo premeditado, racional, consciente, ni tampoco ocurre bajo la forma de una simple reacción fisiológica automática.

La emoción es una determinada manera de vivir la relación con el mundo, de experimentarla. Y, ¿por qué los humanos experimentamos “emocionalmente” esta

²⁰² Jean-Paul Sartre, *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, p. 27.

²⁰³ *Ibidem*, p. 44.

²⁰⁴ *Ibidem*, p. 50.

²⁰⁵ Una conducta irreflexiva no es una conducta totalmente inconsciente para el sujeto. De algún modo el sujeto se sabe, se está viviendo, en esa emoción. Podemos decir que se sabe, se vive, en esa tal emoción, pero no que se “conozca” téticamente. Se trata de una conciencia de sí no tética, no temática. Cfr. *ibidem*, p. 83.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 73.

relación si podemos hacerlo con nuestro “pensamiento racional”? Recordemos lo que hemos dicho anteriormente: el sujeto humano es un ser vivo, animal, mamífero y primate. Como animal mamífero trae consigo en su código genético, como un legado recibido de sus ancestros mamíferos más primitivos, estrategias adaptativas que aparecieron gracias a haberse desarrollado en esos ancestros la capa cerebral límbica. El sistema límbico o emocional permite a los animales que lo poseen hacer una valoración inmediata de todo aquello con lo que entran en contacto. Pero esta valoración no se hace mediante el raciocinio, pues para ello parece ser necesario poseer un *neocórtex* y hasta la aparición del mismo en los primates no cabe hablar de este tipo de razonamiento ²⁰⁷. Por tanto, la valoración del entorno a través de las emociones es más primitiva que la valoración racional y son capaces de esta valoración emotiva todos los animales con sistema límbico. Este tipo de valoración apareció en la evolución de las especies como una estrategia extraordinariamente útil, pues permite interpretar y responder a la realidad de una manera casi instantánea.

Para comprender este modo de entender las emociones, esto es, como una estrategia en principio ligada a nuestra biología de animales mamíferos antes que derivada de nuestra cognición racional humana, es preciso tener en cuenta lo siguiente: como todo ser vivo, el sujeto humano está en permanente relación con el mundo. Es más: si la conciencia es algo, es ante todo conciencia del mundo. Es lo que, técnicamente, en fenomenología llaman “intencionalidad”: la conciencia es intencional en el sentido de que siempre es “conciencia de”, conciencia de algo. En este continuo contacto con el exterior todo animal debe, para sobrevivir, poder distinguir de alguna manera lo que supone para él un beneficio o un perjuicio. Si el animal no hiciese esta diferenciación no conseguiría

²⁰⁷ Con respecto a las afirmaciones que estamos realizando, las tomaremos como válidas para el desarrollo de los conceptos que nos ocupan, pero debemos decir que, aunque numerosas investigaciones corroboren que la capacidad de razonamiento y la existencia de neocórtex están relacionadas, caben destacar otras investigaciones que abrirían nuevas perspectivas acerca del enorme potencial de la inteligencia compleja no humana, no primate y no mamífera que hay en la naturaleza. Por ejemplo los estudios en cognición animal de la psicóloga y etóloga estadounidense Irene Pepperberg, destacada por sus investigaciones con loros grises africanos. En concreto, la investigación que llevó a cabo con Alex, loro gris al que estudió durante veinticinco años, —las iniciales de su nombre se corresponden con *Animal Learning Experiment*— han dado pie a debates y teorías en el ámbito de la psicología cognitiva, la neurología y la etología, pues la inteligencia “racional” que este loro demostró tener a pesar de carecer de neocórtex, hace plantearse muy seriamente la inteligencia de estos animales no mamíferos, romper con el antropocentrismo tradicional y reflexionar acerca de todo lo que nos queda por descubrir y aprender acerca de la inteligencia animal.

actuar adecuadamente con vistas a la supervivencia. ¿Cómo consigue distinguir entre lo beneficioso para su vida y lo que le causaría daño, pudiendo, así, reaccionar en consecuencia? Primeramente, ha de “interpretar” lo que percibe, descifrándolo en cuanto al significado vital que para él tiene. Y esta “interpretación” es, ante todo, “diferenciadora”²⁰⁸. Lo cierto es que, para la fenomenología, estar vivo supone estar percibiendo lo que llega a los sentidos en permanencia. Y esta percepción es *diferenciadora*, es decir, el sujeto animal diferencia entre lo que le va a ayudar a sobrevivir (o, por lo menos, lo que no le va a dañar), y aquello que le resultaría perjudicial. En esto consiste la *valoración emocional*, en un proceso cognitivo pre-reflexivo. Por decirlo de otro modo: la función o significado de la emoción es la valoración inmediata y pre-reflexiva de todo aquello con lo que se entra en contacto perceptivo. El animal que solamente puede entenderse con el entorno reaccionando conductualmente mediante reflejos impulsivos e instintos es obvio que tiene un comportamiento rígido; en cambio, aquel que, gracias a su sistema límbico, tiene la posibilidad de hacer distinciones más complejas de todo lo que percibe, en el momento preciso en que lo percibe, presenta una conducta más flexible, lo cual supone una ventaja adaptativa. En el momento de establecerse el contacto perceptivo, surgirá una valoración pre-reflexiva, por la que califica (de un modo vivido, no razonado, no consciente) lo que está percibiendo como agradable o desagradable, beneficioso o perjudicial para su vida. Y, del mismo modo que lo valora positiva o negativamente, reacciona con la misma inmediatez. De hecho, entre la valoración emotiva del sistema límbico y la reacción conductual no hay distancia: valoración y reacción se producen simultáneamente²⁰⁹. Y ésta reacción, cuya finalidad es preservar la vida, podrá significar *ir hacia* lo que está valorando como beneficioso o *huir de* lo que está valorando como perjudicial. Esta es la razón de todas las reacciones fisiológicas de transformación corporal que se desencadenan, en primer lugar gracias al sistema nervioso simpático (que prepara al organismo para la alerta y la acción: se dilatan las pupilas, aumenta la respiración

²⁰⁸ Cfr. M^a Luz Pintos Peñaranda, “Emociones. Empatía. Tolerancia. Análisis fenomenológico de la integración cuerpo-mente, naturaleza-cultura”, *Alfa. Revista de la Asociación Andaluza de Filosofía* 22/23 (2008), pp. 118-120.

²⁰⁹ “Nuestro contacto básico con la realidad es sentimental y práctico. Ante todo, las cosas son ‘lo que son para mí’”, dice José Antonio Marina en una línea descriptiva de corte fenomenológico. José Antonio Marina, *op. cit.*, p. 16.

captándose más oxígeno, se inhiben las secreciones del sistema digestivo para concentrar toda la actividad en los músculos que han de efectuar los movimientos de huida o de ataque, etc.) y más tarde, debido al sistema nervioso parasimpático (el cual devuelve al organismo al estado previo a esa alerta o actividad: el cuerpo se relaja, las pupilas se contraen, etc.)²¹⁰.

Es importante considerar que en la especie humana la capacidad racional no está operativa en la primera etapa de la vida y más tarde, en ciertas ocasiones de peligro parece quedar bloqueada, por tanto, no se puede valer de ella para analizar y decidir, mucho menos con la rapidez que se necesita en ciertos momentos. Así, ante la necesidad de identificar con immediatez si una situación es beneficiosa o perjudicial interviene la biología, valorando dicha situación a través de las *emociones*.

Reiteramos pues que la función de las emociones es la de valorar, interpretar (pre-reflexivamente) lo que se percibe, descifrándolo en cuanto a su significado vital²¹¹, para reaccionar de un modo inmediato y así poder preservar la vida, la propia del individuo o la de los de su grupo²¹² (esta segunda cuestión veremos que tendrá su importancia en lo que concierne a la adolescencia). António R. Damásio, en *El error de Descartes. Emoción, razón y cerebro humano*, dice que “la emoción es la combinación de un proceso evaluador mental, simple o complejo, con respuestas disposicionales a ese proceso”²¹³.

“Dado que todo sujeto está en permanente contacto perceptivo con su mundo, es también, de un modo permanente, afectado pasivamente por él, es decir, por todo lo que forma parte de este mundo: los congéneres, las cosas, otros animales, acontecimientos que surgen...; e, irremediabilmente —señala Husserl en *Ideas II*—, todo sujeto, sin que él lo busque (esto es lo que significa que actúa “pasivamente”), se siente determinado por las cosas que le afectan ‘a una valoración positiva o negativa, a un deseo o a una aversión’, y así siente *atracción* por ese algo que le está afectando o, por el contrario, siente *rechazo*, derivándose de su valoración algún tipo de acción

²¹⁰ Cfr., para más detalles sobre la intervención de los sistemas simpático y parasimpático, Álvaro Díaz Ortiz, “Teorías de las emociones”, *Innovación y experiencias educativas* 29 (2010).

²¹¹ “La emoción nace de la interpretación [pre-reflexiva] de la situación, no de la situación en sí”. Esto implica, pues, una relación entre las emociones y la cognición. Carles Riba, *op. cit.*, pp. 31s.

²¹² Cfr. para toda esta temática así orientada, M^a Luz Pintos Peñaranda, “Fenomenología de la corporeidad emotiva como condición de la alteridad”, *Investigaciones Fenomenológicas*, volumen extra (2010), *passim*.

²¹³ Cit. en *ibidem*, p. 149, en nota.

consecuente con ella. De esta manera, las emociones le permiten al sujeto humano dar sentido a la realidad que le rodea antes de que ésta sea objeto de racionalización por parte suya. ¿Cómo da sentido emotivo a la realidad? *Viviendo* como “buena” o como “mala”, “beneficiosa” o “perjudicial” (o, por lo menos, “no perjudicial” —éste es el caso de lo que es indiferente—), la realidad que le está afectando en cada momento. Y, al identificarla así (sin que para ello intervenga la inteligencia racional), lo que está haciendo el sujeto es calificarla valorativamente sabiendo de forma inmediata —natural o biológica, diríamos— cómo actuar ante ella. Dicho en otras palabras, esto es dar sentido *pre-racionalmente* [pre-reflexivamente] a la realidad y organizarla organizando al mismo tiempo el propio comportamiento”.²¹⁴

Las emociones sirven, por tanto, de guía para la acción. Algunos autores, como Nina Bull, Jaak Panksepp o Antonio Damásio, han demostrado que cada estado emocional en particular activa automáticamente determinadas tendencias a la acción, configurando una secuencia programada de acciones. Cuando procesamos las percepciones que entran por nuestros sentidos interpretamos la información nueva comparándola con la experiencia previa. Y es sobre la base de esta comparación que el organismo predice los resultados de diferentes posibles acciones y organiza una respuesta física al estímulo entrante. En palabras de Damásio, “las acciones físicas crean el contexto para las acciones mentales [...] en ello consiste la vivencia emocional respecto de lo que está sucediendo”²¹⁵.

Ahora bien, las emociones tienen otra función: una *función expresiva*²¹⁶. Y es que el estado emotivo nunca es un estado “interior” exclusivamente, sino que es, al mismo tiempo, interior y exterior. Esto es: cuando un animal mamífero está experimentando una emoción (miedo, tristeza, enfado, etc.), todo su cuerpo expresa de diferentes formas esa emoción. Y esto no se decide racionalmente, el cuerpo expresará de modo espontáneo cómo se siente. Toda una constelación de cambios fisiológicos darán cuenta exteriormente de su estado anímico: levantar la cola, enseñar los dientes, bufar, temblar, llorar,

²¹⁴ *Ibidem*, pp. 149s. Cfr. Edmund Husserl, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía trascendental*, Libro II, México, UNAM, 1997, p. 378.

²¹⁵ Cit. en Pat Odgen / Kekuni Minton / Clare Pain, *El trauma y el cuerpo. Un modelo sensoriomotriz de psicoterapia*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2009, p. 24.

²¹⁶ Para este desarrollo me baso, especialmente en M^a Luz Pintos Peñaranda, “Fenomenología del cuerpo como expresión e interpretación”, en Jorge V. Arregui / Juan A. García González (eds.), *Significados corporales*, volumen monográfico en *Contrastes. Revista Interdisciplinar de Filosofía: Significados corporales*, 2006, 127-145.

horripilarse, que el sudor cambie de olor, que las pupilas se dilaten...La cuestión es que ese animal emocionado, con independencia de la especie a la que pertenezca y de sus propias características corporales, va a mostrar su emoción al mismo tiempo que realice la valoración de la situación. Y, si esto es así, es lógico pensar que esta exteriorización emocional, que ni es premeditada ni puede ser evitada por el propio individuo emocionado, solamente puede responder a un motivo: que los otros individuos, congéneres y no congéneres, que están percibiendo dicha reacción, puedan, a su vez, interpretar en ese momento cómo se está sintiendo el animal (encolerizado, con miedo, decaído...) para, así, poder anticiparse a lo que previsiblemente va a ocurrir y, de este modo, reaccionar en consonancia. Las llamadas “neuronas espejo”, recientemente descubiertas, están preparadas para captar el estado anímico del otro tal como lo manifiesta su cuerpo y, así, el sujeto que observa vivir de algún modo en sí mismo lo que el otro está sintiendo y poder reaccionar adecuadamente a la situación sin tener que vivirla en carne propia. La emoción es una forma de comunicación, no sólo con nosotros mismos, en el sentido de que gracias a ellas podemos saber como nos afecta el entorno que nos rodea, sino que también es un modo de comunicarnos con los demás. Según Moltó Brotons,

“Los animales sociales necesitan ser capaces de comunicarse los estados de miedo, ira o interés sexual para poder llevar a cabo sus objetivos. Y si el sistema social funciona adecuadamente, los individuos a los que van dirigidas estas comunicaciones deben ser capaces de interpretarlas correctamente la mayor parte de las veces. Por esta razón se ha sugerido que el complejo de músculos faciales ha evolucionado para incrementar la efectividad de la comunicación emocional [...] El proceso descrito es innato o preestablecido [...] Desde un punto de vista evolutivo, la expresión manifestada sería de poca utilidad para las especies si los miembros del grupo fracasaran en decodificarla y en responder adecuadamente. Por tanto, de ahí se deriva que el receptor debe tener una predisposición para decodificar y responder de forma congruente”²¹⁷.

Todavía hay otro aspecto sobre el que conviene preguntarse. ¿Son necesarias las emociones en los sujetos humanos? Y, si lo son, ¿por qué motivo? O, ¿en qué medida? Ya hemos visto que las emociones son necesarias para sobrevivir. Como indica Pintos, son necesarias e imprescindibles “para sobrevivir en dos sentidos: como animales y como

²¹⁷ Javier Moltó Brotons, *op. cit.*, p. 84.

humanos”. No insistiremos más en el primer sentido. Pero con respecto al segundo sentido podemos decir, siguiendo a Pintos, que

“Las emociones son imprescindibles para nosotros los humanos ya no como animales que somos, sino en cuanto animales “humanos”, esto es, como humanos que vivimos en un mundo intersubjetivo compartido con otros congéneres [...]. Pero no se trata de que las emociones nos son imprescindibles porque no nos sentiríamos completos si careciésemos de ellas, sino que de lo que se trata es de que las emociones son una experiencia en la que ya se halla todo sujeto *desde que nace*, sin que necesite provocar su aparición y sin que las pueda evitar. Todo sujeto vive de un modo afectivo o emotivo antes que de un modo cognoscitivo porque la experiencia perceptiva siempre está envuelta en una atmósfera de emociones. Por tanto, como sujeto viviente, el ser humano, al igual que no puede no estar en la experiencia de contacto perceptivo-práxico con el mundo, tampoco puede nunca dejar de estar en la experiencia intersubjetiva, es decir, en contacto con otros congéneres. Y, estando permanentemente en esta experiencia intersubjetiva, no puede nunca dejar de estar en la experiencia emocional. Y es que las relaciones interpersonales siempre generan emociones. Es decir, no hay posibilidad de que falten en cada uno de nosotros. El vivir de un humano, o es un vivir afectivo o emotivo desde el inicio de sus días, o se malogra como tal vivir “humano”. El comportamiento emotivo es un comportamiento en el cual vivimos todos los sujetos a modo de permanente experiencia. Todo sujeto humano que convive con otros experimenta emociones. Pero no porque “algunas” de las relaciones que un sujeto mantiene con otros “puedan” llegar a generar en él algún tipo de emoción. Aquí no se trata de que las emociones puedan sobrevenir o no sobrevenir, sino que *no hay relación interpersonal que al sujeto no le afecte de un modo u otro* (sobra llamar la atención de que “afectar” lo es siempre “afectivamente” aunque sea una redundancia decirlo) *y no le haga experimentar alguna emoción*, quiera o no quiera. Por tanto, cada sujeto vive en cada momento en la experiencia emotiva valoradora y, por tanto, ésta forma parte de su vivir como sujeto personal en su mundo cultural concreto junto con otros”²¹⁸

Concluyendo lo hasta aquí desarrollado, podemos decir que forma parte de la vida humana y de todo sujeto, desde que nace hasta que muere, mantener una vida de relación con los congéneres. Y, esta vida de relaciones continuas trae consigo, inevitablemente, emociones valoradoras. No nos sentimos igual ante todas las personas y ante sus actos. Las valoramos emocionalmente, tenemos distintas reacciones emotivas y, paralelamente, distintos comportamientos. Todavía hemos de entrar en un nuevo aspecto para entender plenamente este fenómeno. Pero valga de momento esta conclusión: las emociones constituyen un elemento esencial de nuestra existencia social. Y esto rige, también, para nuestros individuos adolescentes.

²¹⁸ M^a Luz Pintos Peñaranda, “Fenomenología de la corporeidad emotiva como condición de la alteridad”, pp. 154s.

§4. La empatía emocional

Este nuevo aspecto que introducimos a continuación en nuestro desarrollo está íntimamente relacionado con las emociones en cuanto a su función expresiva. Un sujeto “expresa” corpóreamente la emoción en la que está y otro sujeto, que lo está percibiendo, “interpreta” y “comprende” cómo se siente. El cuerpo vivo “es el lugar *natural* de la expresión y de la interpretación y comprensión, el lugar *originario* de éstas. Por tanto, *la expresión e interpretación del cuerpo vivo ya están dadas para nosotros de forma natural e inmediata sin que tengamos que buscarlas, aprenderlas o producirlas adrede e intelectualmente*”²¹⁹. Nuestra indefensión al nacer hace que durante las primeras etapas de la vida los humanos tengamos la necesidad de ser ayudados por otros congéneres. De ahí que sea para nosotros imprescindible, al igual que para el resto de los mamíferos, entendernos con los otros y hacer que ellos nos entiendan en lo que necesitamos, para así poder interaccionar con éxito con ellos desde mucho antes de que nuestro sistema neuronal esté tan desarrollado, que nos permita comprender de modo racional esta relación. Por ejemplo, para entender las palabras de sus congéneres, el neonato tendrá que ir desarrollando un cierto nivel neuronal del que al principio carece. Al mismo tiempo, deberá desarrollar un sistema *neuromotriz* que le posibilite articular palabras y formular lingüísticamente sus necesidades y deseos a los otros. Es decir, al nacer, ni puede hablar ni puede entender racionalmente lo que se le dice²²⁰.

Desde otro punto de vista complementario, también ocurre que, desde que nacemos estamos en contacto, en coexistencia permanente, con otros congéneres. Por tanto

“cada uno y cada una de nosotros, humanos, ya estamos permanentemente en la experiencia intersubjetiva desde nuestro nacimiento. Y esto supone que unos y otros continuamente nos estamos encontrando entre nosotros corpóreamente, es decir, perceptivamente y, en un encuentro en el que los unos estamos actuando, teniendo algún tipo de comportamiento, ante los otros y con los otros. Desde que somos nacidos a este mundo intersubjetivo ninguno de nosotros puede ya sustraerse a esta continua experiencia del encuentro ‘cara a cara’ con el otro. Un encuentro psicosomático en el que los otros y yo, yo y los otros, nos valemos de unas vías o medios de comunicación que ya vienen insertos en nuestra propia biología, a modo de

²¹⁹ M^a Luz Pintos Peñaranda, “Fenomenología del cuerpo como expresión e interpretación”, p. 128.

²²⁰ *Idem.*

posibilidades o capacidades congénitas: el tacto, la voz, la vista, y los gestos y movimientos todos del cuerpo. Son también medios de comunicación entre nosotros el gusto y el olfato”.²²¹

Pero hay más medios que estos. Y también vienen preparados en nuestra biología: uno de ellos es la emoción, la capacidad de expresar y de interpretar y comprender la emoción experimentada por el otro. Esta capacidad innata de comprensión es lo que llamamos *empatía emocional*²²². El resultado es que, desde el inicio de nuestras vidas hasta el final de ellas, estamos inmersos en un mundo socio-emocional, en medio de personas por las que –o ante las que– sentimos agrado o desagrado, enfado, tristeza, miedo, vergüenza, odio, amor, etc., y con las que, en el cara a cara, y “de corporalidad a corporalidad”, como dice Pintos, hay entre nosotros, surgiendo de modo natural, una empatía emotiva. Y para que se ponga en marcha no es necesario el uso del intelecto.

La empatía es un ancestral medio de intercomunicación que funciona entre animales mamíferos. Se trata de una estrategia evolutiva de comunicación que los humanos heredamos de nuestros ancestros mamíferos. La empatía logra una intercomunicación pre-reflexiva corporal-emotiva. Gracias a ella, el individuo –en este caso el humano– consigue ponerse en la piel del que tiene perceptivamente ante sí, de un modo directo o indirecto (viéndolo a través de la pantalla, o escuchándolo por teléfono, etc.), captar todos los signos por los que expresa su emoción y comprenderlos. Por tanto, la empatía no es una emoción, sino una estrategia que permite nos captar emociones. Quien percibe una emoción en el otro que tiene ante sí, las hace suyas de un modo natural e inmediato, no premeditado, y sin que pueda impedirlo, las reproduce en su propia corporalidad. “En la relación empática siento la existencia de otro ser humano, como yo. Es una aprehensión de semejanza y no de identidad: yo percibo que somos dos, que el otro no es idéntico, pero sí semejante a mí. En esa relación reconozco que el otro es ‘otro como yo’ y busco entender lo que hay *dentro de ese otro*”²²³.

Así, la función de la empatía es la reproducción comprensiva de las emociones

²²¹ *Ibidem*, pp. 132s.

²²² *Ibidem*, pp. 133ss.

²²³ Clélia Peretti, “Pedagogia da empatia e o diálogo com as ciências humanas em Edith Stein”, *Revista da Abordagem Gestáltica*, vol. XVI, 2 (2010), p. 202.

ajenas²²⁴. Y se trata de una experiencia en la que *se está*, es una *experiencia vivida* por el sujeto, subjetiva a la vez que compartida por todos nosotros por igual. Actúa como cohesionador del grupo social, logrando que nos comprendamos en la medida en que exteriorizamos lo que sentimos emocionalmente y que el otro capta empáticamente.

Antes de pasar al siguiente punto, en el que abordemos la importancia de las emociones en la etapa de la adolescencia, nos gustaría incidir en que, si bien las emociones constituyen un mecanismo adaptativo que traemos en nuestra biología, tienen, como individuos sociales que somos, inmersos en una determinada cultura, un componente de construcción cultural importante. Desde que nacemos se nos enseña a interpretar la realidad de un modo determinado, a valorar emotivamente de una manera fijada y a comportarnos según unas pautas. Por eso, en el humano están tan integrados el nivel natural y el cultural que es imposible delimitarlos analíticamente. Según Husserl²²⁵ nuestra biología trae consigo la disposición natural a asimilar y a reproducir lo que conforma nuestro mundo cultural. Todo sujeto desde que nace está asumiendo de manera no crítica los hábitos de pensamiento, valoración emotiva y comportamiento vigentes en su sociedad. Gracias a ello consigue adaptarse a su mundo, evitar el peligro y la tensión de no saber qué hacer en cada momento y ser aceptado por su grupo social. En este proceso de aprendizaje e integración son fundamentales la inteligencia racional, la imitación de los otros y la memoria asociativa, pero además se precisa de lenguaje para transmitir la información cultural.

Se nos enseña y por tanto aprendemos a valorar con una u otra emoción el mundo que nos rodea. También aprendemos a reprimir o a exteriorizar nuestras emociones según el contexto²²⁶ y a atender o no las tendencias que otros nos provocan con sus emociones.

²²⁴ *Ibidem, passim*. Ver también de M^a Luz Pintos Peñaranda, los siguientes ensayos ya citados, por cuanto todos ellos tratan este tema de la empatía emocional: "Emociones y empatía, dimensiones primordiales de toda vida humana. Análisis fenomenológico", "Fenomenología, género y paz", "Fenomenología de la corporeidad emotiva como condición de la alteridad", "Emociones. Empatía. Tolerancia. Análisis fenomenológico de la integración cuerpo-mente, naturaleza-cultura". Y ver también "Sujeto corpóreo, trabazón intersubjetiva y experiencia emocional. Propuesta fenomenológica", en P. F. Martínez-Freire *et al.* (eds.), *Emociones*, Sevilla, Kronos, 2000, pp. 321-326.

²²⁵ Citado en M^a Luz Pintos Peñaranda, "Fenomenología del cuerpo como expresión e interpretación", p. 125.

²²⁶ Pensemos por ejemplo en los entierros de la Grecia Antigua o de la Galicia profunda, donde es necesario exteriorizar la emoción hasta un punto que raya la teatralización: "o pranto", mientras que en otros ambientes resultaría fuera de lugar.

Asimismo se nos enseña a tolerar lo que nos repele y a rechazar lo que nos agrada. Por tanto, resulta muy complicado diferenciar lo que en el ser humano es individual y natural y lo que es consecuencia de una interacción social entre los individuos de una determinada cultura. Pues el ser humano no es una suma de lo cultural y lo biológico sino una nueva forma en la que ambos están perfectamente integrados²²⁷.

§5. Las emociones en la adolescencia

En consonancia con lo anteriormente expuesto, diremos que el sistema cultural imperante es el que determina en el infante los modos básicos de sentir el mundo y sus realidades y de sentirse a sí mismo dentro de él. El niño está “preso” de su sistema cultural, y será con la llegada de la adolescencia que comenzará a tener la posibilidad de sustraerse de dicho sistema –sistema que supone el sometimiento a un modelo heterónomo de existencia y comportamiento recibido²²⁸– y tener así la posibilidad de procurarse su propia autonomía desde la que podrá realizar libremente su propia existencia personal.

Así, la adolescencia constituye una etapa histórica –biográfica– de la existencia humana, ese momento en el que corresponde pasar de una vida configurada desde el afuera a la vida personal, realizada libremente a través de una existencia y personalidad propias. Por eso es la etapa de inicio de la personalización, de la apropiación de la existencia: del mundo y del sí mismo. La adolescencia por tanto será de una importancia decisiva en lo que a maduración humana se refiere²²⁹.

Uno de los aspectos de dicha maduración es el cambio evolutivo que supone el paso de la emotividad al sentimiento. Al principio de la vida la afectividad se manifiesta como emociones biológicas, que son indicadores del sentido del entorno para la conservación de la vida biológica. Después aparecen las emociones sociales, su finalidad es proteger la vida del grupo y, dentro de éste, la vida del individuo que pertenece a dicho grupo. Estas emociones están codificadas, esto es, tienen un “sentido cultural”²³⁰. El

²²⁷ Cfr. M^a Luz Pintos Peñaranda, “Emociones. Empatía. Tolerancia”, pp. 115-132.

²²⁸ Héctor Pelegrina Cetrán, *Fundamentos Antropológicos de la Psicopatología*, Madrid, Polifemo, 2006, p. 202.

²²⁹ *Ibidem*, pp. 202s.

²³⁰ *Ibidem*, pp. 378.

primer colectivo y también el más determinante de las emociones sociales es la familia.

Durante la infancia se vive el entorno doméstico como un modelo de la totalidad de la realidad y se cree todo sin la posibilidad de cuestionarlo críticamente. Esta vivencia es emocional y no permite distanciarse del estímulo para objetivarlo en su forma real. Esta estructura pervivirá en la vida adulta en toda emoción. Es cuando el sujeto puede hacer precisamente esto, tomar distancia y objetivar, y por tanto tener una actitud activa ante la realidad, cuando la emoción se convierte en sentimiento²³¹. Este proceso de transformación de lo emocional a lo sentimental, esta elaboración de la emoción, supone un proceso madurativo en el que “el individuo deviene persona autónoma, independiente y libre”²³². Vemos así como el proceso madurativo que supone el paso de la infancia a la adolescencia permitirá que el mundo emocional evolucione y se profile como uno de los mecanismos importantes en la adquisición de la autonomía necesaria para la adultez.

En otro orden de cosas, es sabido que la etapa de la adolescencia está caracterizada por la intensidad e inestabilidad emocional. ¿Por qué? ¿con qué finalidad? Para contestar a estas cuestiones y en consonancia con lo que acabamos de comentar acerca del paso de lo emocional a lo sentimental, podríamos aludir al hecho de que toda etapa significativa de aprendizaje y maduración evolutiva implica un periodo de crisis, de inestabilidad y de adaptación, en el que la antigua manera de funcionar va dando paso a otra nueva, produciéndose la coexistencia de viejos modos de funcionar con los más novedosos hasta que las nuevas adquisiciones de aprendizaje se hacen plenamente efectivas. Pero quizás esta inestabilidad e intensidad propias del sujeto adolescente puedan explicarse teniendo en cuenta más elementos.

Para ello tomaremos en consideración los siguientes aspectos: (a) la importancia de los modelos de apego en la infancia y de cómo preparan o no para afrontar la susodicha inestabilidad emocional propia de la adolescencia. (b) Seguidamente veremos que las características esenciales de la adolescencia proceden de los cambios producidos en el cerebro durante este periodo, cambios que llevarán al sujeto adolescente a la búsqueda de novedades, a implicarse socialmente, a la experimentación creativa y a un aumento de la intensidad emocional.

²³¹ *Ibidem*, pp. 378s.

²³² *Ibidem*, p. 379.

Nuestras experiencias hasta la adolescencia tienen una gran influencia en la persona que acabamos siendo. Las relaciones con los otros se dan de muchas formas diferentes, esas relaciones con los progenitores y otros cuidadores se llaman “relaciones de apego” y las llevamos en nuestro interior en los llamados “modelos de apego”. Podemos definirlos como la manera que tiene el cerebro de recordar las relaciones de apego que hemos tenido o tenemos y como nos hemos adaptado a esas experiencias formativas de afecto. Los modelos que llevamos con nosotros pueden determinar como nos comportamos y reaccionamos en diferentes situaciones y como aprendemos a gestionar nuestras emociones. Nuestros modelos de apego se activan automáticamente en situaciones específicas que pueden parecerse a un tipo de relación afectiva que tuvimos en el pasado y condicionar la manera e interactuar en el momento presente.

El apego humano se basa en los siguientes fundamentos: necesitamos ser vistos, es decir, que nuestros cuidadores sepan ver nuestras necesidades y las atiendan. Necesitamos sentirnos seguros, esto es, no temer a las personas que nos cuidan y sentir que nos protegen. Necesitamos que nos tranquilicen, es decir, cuando nos sentimos mal queremos que la respuesta de nuestros cuidadores nos haga sentir mejor. Todo lo dicho nos aporta una sensación de seguridad en la relación.

Podemos hablar de diferentes modelos de apego, a saber:

-El modelo de apego seguro. Es el dado por padres y cuidadores que proporcionan las sensaciones de ser visto, sentirse tranquilo y seguro. Este modelo permite equilibrar las emociones, entenderse bien con uno mismo y conectar con los demás de forma gratificante por ambas partes.

-El modelo de apego evitativo. Se da cuando el sujeto no fue visto ni tranquilizado por sus padres o cuidadores, por tanto, se ha mantenido una relación insegura.

-El modelo de apego ambivalente. Se da en el tipo de relación en la que el sujeto aprecia inconsistencia o intrusismo por parte del cuidador. Ser visto, a salvo y tranquilizado no se da de manera inequívoca, por eso el niño o la niña no están relajados y nunca saben qué esperar.

-El modelo de apego desorganizado. En este modelo la figura de apego es a la vez fuente de terror y se produce el problema de que el sujeto no puede acercarse y huir de la

misma persona al mismo tiempo.

-El modelo de apego reactivo. En este caso no existe una figura consistente a la que el sujeto pueda unirse, por tanto, se da una ausencia total de apego²³³.

En resumen, de los modelos de apego descritos uno es seguro y los otros inseguros. El modelo seguro da apoyo a nuestra vida mediante la flexibilidad, la mejor comprensión de uno mismo y la facilidad para contactar con otros. Los modelos inseguros producen los efectos contrarios a los que acabamos de mencionar. Como podemos tener varios modelos y su activación depende de la situación en que nos encontremos podemos parecer personas distintas en función del entorno y las personas con que nos relacionemos. El desarrollo de un modelo de apego seguro es una manera de facilitar el crecimiento y evolución del sujeto adolescente, pues si tiene seguridad podrá gestionar mejor sus emociones y éstas, sean positivas o negativas, podrán enriquecer su vida. Un apego seguro proporciona, tanto un lugar de referencia al que regresar cuando se necesita apoyo y del que recibir estímulo para salir a explorar el mundo, como una sensación de consistencia interna que permite una mayor autonomía en el momento en que las figuras de referencia de la infancia falten.

Con respecto a las características esenciales de la adolescencia diremos que surgen de los cambios que se producen en el cerebro. Durante este periodo de la vida, la mente cambie en la forma de recordar, pensar, razonar, atender, tomar decisiones y relacionarse con los otros. Es decir, estos cambios llevan al sujeto adolescente a (1) la búsqueda de novedades, (2) a la implicación social, (3) a la experimentación creativa y (4) a un aumento de la intensidad emocional. Veamos el alcance de estos cambios, sus ventajas e inconvenientes²³⁴.

(1) El adolescente busca y crea nuevas experiencias que estimulen los sentidos, las emociones, los pensamientos, las percepciones, los comportamientos, las intenciones, las creencias y el cuerpo, de formas nuevas y desafiantes. Para tener experiencias novedosas es fundamental alejarse de lo establecido. En este distanciamiento también está incluido el separarse de los adultos, de nuestras relaciones de apego, para reemplazarlas por otras

²³³ Cfr. Daniel J. Siegel, *op. cit.*, pp. 167-183.

²³⁴ Cfr. *ibidem*, pp. 21-29.

con nuestros iguales. Si uno es parte de un grupo siente que está acompañado en este trayecto de transición, lo cual da seguridad. En la adolescencia se ponen a prueba los límites constantemente (sobre todo los varones), esto puede ser peligroso y acabar en catástrofe pero esta tendencia al desafío también puede ser positiva y esencial para la supervivencia²³⁵. El reto consiste en buscar la manera de poner a prueba los límites de la vida sin necesidad de llegar a situaciones extremas (abuso de drogas, carreras de coches, etc.).

De lo dicho se desprende que experimentar y probar lo nuevo es ventajoso porque permite al sujeto estar abierto al cambio y vivir intensamente, con pasión y aventura. Las desventajas son que en la búsqueda de sensaciones y en la aceptación del riesgo dan más importancia a las emociones que al riesgo. Esto produce como resultado comportamientos peligrosos y los daños consiguientes.

(2) La implicación social permite mejorar la conexión entre iguales y hacer nuevas amistades. La necesidad de apego no termina al desembocar la infancia en la adolescencia, se transfiere dicha necesidad a las amistades y la pareja. Las características de un modelo de apego seguro son las que necesita encontrar en las nuevas relaciones, por eso el grupo de iguales cobra tanta importancia. Como desventajas mencionaremos que los adolescentes aislados de adultos y rodeados sólo de iguales tienen comportamientos de riesgo cada vez mayores.

(3) La exploración creativa facilita enfocar los problemas con nuevas estrategias, la creación de nuevas ideas y su aplicación y como desventajas diremos que la búsqueda del significado de la vida durante los años de adolescencia puede conducir a una crisis de identidad.

(4) En la adolescencia se produce un aumento de la intensidad emocional como consecuencia de los cambios físicos y psicológicos tan profundos que también se sufren en esta etapa. Dada la importancia de las emociones para el mantenimiento de la vida en nuestro organismo y también en lo que respecta a la interpretación e interrelación con el entorno, ambas tareas fundamentales para la adaptación y supervivencia del individuo, cabe preguntarse si el “marasmo emocional” propio de esta etapa, no tendrá algo que ver

²³⁵ De hecho, si nuestros ancestros no hubieran desafiado el peligro —por ejemplo, de enfrentarse a un animal para cazarlo o para defenderse— no hubiésemos sobrevivido como especie, es decir, este modo de proceder estaba a servicio de la supervivencia.

con el hecho de que el cuerpo se convierte en una especie de laboratorio que lo prepara para una adecuada orientación a la acción en la madurez, tanto a nivel físico como mental. En todo caso, ésta es una época de grandes dudas, contradicciones, tanteos y excesos de todo tipo que son necesarios para formar la futura identidad adulta. También descubren la sexualidad, el enamoramiento y piensan en la posibilidad de tener pareja. Por todo esto, es normal que el adolescente cambie de humor con facilidad. Puede pasar por múltiples estados de ánimo sucesivamente: aburrido, cansado, deprimido, desesperado, enojado, eufórico, feliz, enamorado...Igualmente puede estar tan absorto en sí mismo y sentir que es tan singular que nadie lo puede comprender, en especial su familia. Esta creencia puede contribuir a los sentimientos de soledad, de aislamiento y provocar una nueva manera de relacionarse.

El adolescente debe convencerse de que no necesita a sus padres, por lo cual tiende a criticarlos y a rebelarse contra ellos y su autoridad. En este ataque al mundo adulto cuestiona todo el sistema social y se refugia en su grupo de iguales. Todo ello le genera culpa y angustia que se entremezcla con su afán de independencia²³⁶. Pero esto no significa que no necesite de los adultos, su rebeldía también es una forma de investigar donde están los límites y un modo de aprender como gestionar los conflictos a través del ejemplo que le brindan sus mayores, para acabar entendiendo que ser adulto significa aceptar que no todo es posible y que la autoridad no significa necesariamente autoritarismo.

Además de los cambios emocionales que experimentan, los y las adolescentes exploran varias formas de expresar sus emociones (por ejemplo antes se mostraba muy efusivos y ahora poco). Cambian las formas pero no sus sentimientos por familiares y amigos, al contrario de lo que parece, quieren estar acompañados por adultos referentes.

Todo lo anterior nos permite decir que el aumento de la intensidad emocional confiere a la vida mayor vitalidad y como desventajas mencionaremos que las emociones intensas pueden provocar impulsividad, cambios de humor y una reactividad y sufrimiento excesivos.

Para terminar diremos que si conseguimos mantener las características de la adolescencia sobre las que hemos hecho hincapié, es decir, el interés por buscar la

²³⁶ Cfr. Daniel J. Siegel, *op. cit.*, pp. 21-29.

novedad, la implicación social, la intensidad emocional y la exploración creativa, podremos mantener nuestro cerebro en mejores condiciones, de lo contrario puede suceder que nuestra vida se convierta en algo aburrido, rutinario, plano y solitario.

Todos estos factores a los que hemos hecho alusión a lo largo de este capítulo darían cuenta, por tanto, de la intensidad e inestabilidad emocional propias de esta etapa que es la adolescencia, así como de la importancia que las emociones y su evolución tienen no sólo a largo de este periodo en concreto, sino también en lo que concierne a la constitución de una identidad de adulto.

CAPÍTULO 5

La identidad

§1. Consideraciones acerca del concepto de identidad

“El sujeto en su situación inmediata: su opacidad para sí mismo.
Su andar errante. La inexorable necesidad de ir”.

María Zambrano²³⁷

Al comienzo de esta segunda parte de nuestro trabajo decíamos que para comprender cómo construye su identidad el sujeto adolescente es necesario que previamente se aclare el uso que se le da a las nociones de adolescencia e identidad. Hecha la revisión del concepto *adolescencia* continuaremos ahora con una revisión del de *identidad*. Organizaremos los contenidos del siguiente modo, empezaremos haciendo una inspección sobre diferentes definiciones y concepciones que de dicho término se han hecho desde distintas disciplinas y pensadores, cuyas ideas consideramos interesantes al respecto de la cuestión; también veremos cual es la relación entre el individuo y la sociedad en la configuración de la identidad, tendremos asimismo en cuenta la identidad como una construcción social, para a continuación profundizar en diferentes procesos y conceptos que creemos relevantes, aunque no los únicos, en la construcción de la identidad, como son los procesos de igualación-diferenciación, de identificación-desidentificación entre otros, y conceptos como los de la memoria, la invención creadora, el cuerpo, el lenguaje o la autoestima.

1. Identidad. Diferencia. Personalidad

Preguntarse por el significado de lo que es la identidad inevitablemente lleva a

²³⁷ María Zambrano, *Notas de un método*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 97. Inevitablemente esta cita me remite a todas esas historias de la literatura universal —desde *La Odisea* de Homero hasta, por ejemplo, *On the road*, de Jack Kerouack— y también películas en las que es en el viaje, en el camino, donde los personajes acaban encontrándose consigo mismos. Quizás es que haya que “perderse” para “encontrarse”.

cuestionarse desde cuándo los seres humanos nos preguntamos por tal cosa, es decir, preguntarnos por quiénes somos²³⁸. Haciendo un ejercicio de imaginación pienso en si los humanos prehistóricos se hacían preguntas al respecto. Resulta razonable suponer que aquellos seres primitivos sabían de sí fundamentalmente a través de sus congéneres. Las sensaciones propioceptivas, internas, y los cuidados de la madre y de la tribu, sobre todo a través del contacto físico –tan importante puesto que somos animales mamíferos– debieron ser las principales maneras en que podían saber de sí. Qué asombroso debió de resultarles la primera vez que descubrieron su imagen en unas aguas en calma y se dieron cuenta de que esa imagen era la de ellos mismos. No en vano tal cuestión ha dado lugar a uno de los mitos más famosos, el de Narciso, aquel joven que se enamoró de sí al verse reflejado en las aguas. Una nueva sorpresa debieron experimentar con la invención del espejo, instrumento que refleja la imagen con gran precisión y que parece que tiene, por lo menos, unos veinticinco siglos de antigüedad. Sabemos que fue muy usado en antiguas civilizaciones como la egipcia, la griega²³⁹, la etrusca o la romana. Pero también es cierto que la cuestión de la identidad tal y como la entendemos probablemente no tuviera mucho que ver con otras épocas pasadas de la Historia. Parece que la idea de un *sujeto* con un interior es algo relativamente reciente, una idea que surge con la Modernidad, con el paso del pensamiento científico a un primer plano, e incluso la definición del término ha sido susceptible de matices y controversias²⁴⁰ a medida que ha ido desarrollándose hasta la actualidad. Veamos entonces de qué se trata eso que denominamos “identidad”.

²³⁸ Me gustaría hacer aquí un paréntesis para recordar que vivimos en una época privilegiada en cuanto a conocimientos se refiere. Las preguntas ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos? y ¿quiénes somos? son un poco menos enigmáticas hoy que en tiempos pasados. La ciencia con sus avances, entre ellos los relativos al conocimiento del cosmos y de algunas de las leyes que parecen regirlo, el descubrimiento del ADN, la arqueología, la teoría de la evolución de las especies, entre otros progresos, nos ofrecen una perspectiva de nuestro lugar en la cadena evolutiva y nos dan unas coordenadas espacio-temporales en la historia del universo en las que situarnos inéditas hasta la fecha, lo que inevitablemente estimula nuestro afán por conocer y por conocernos y nos ayuda a pensar desde nuevos ángulos acerca de nuestra existencia y acerca también de nuestra propia identidad.

²³⁹ Civilización a la que se atribuye el famoso aforismo relacionado con la búsqueda de la identidad: “Conócete a ti mismo”.

²⁴⁰ Descartes, con su famosa frase de “Pienso, luego existo” establecerá la existencia de un “yo”, pero antes no existía tal cosa así como la entendemos hoy en día. Un siglo después vendrá Hume a decir que no ve un “yo”, sino un cúmulo de percepciones. Aunque considera que, posiblemente, tal y como está pensado el entramado social en Occidente sea útil pensar en un “yo”. Será con Freud y con la formulación del Psicoanálisis que la cuestión de un mundo psicológico interno, la idea de un sujeto con un interior, además sumamente complejo, se ponga de relieve.

Etimológicamente, la palabra “identidad” proviene del latín *idem*, que significa lo igual. Si buscamos la definición de dicho término en un diccionario actual de la lengua nos encontramos con definiciones de este tipo:

“Cualidad de idéntico. Igualdad que se verifica siempre, cualquiera que sea el valor de las variables que contiene. Circunstancia de ser efectivamente una persona la que dice ser: ‘Tendrás que demostrar tu identidad’. Conjunto de rasgos psicológicos, sociales, ideológicos, etc. que caracterizan a una persona o colectividad y con los que éstas se reconocen a sí mismas”.²⁴¹

Si buscamos en un diccionario específico de filosofía, podemos encontrar una alusión al término de identidad desde dos puntos de vista, el metafísico y el lógico, aunque su separación mutua no resulta fácil y, a lo largo de la historia de la filosofía, ambos sentidos se han mezclado e incluso confundido con frecuencia, pues, ambos son aspectos de una misma concepción: “aquella según la cual siempre que se habla de lo real se habla de lo idéntico”²⁴². Según el principio metafísico de identidad, toda cosa es igual a ella misma o *ens est ens*. El principio lógico de identidad supondría, según la consideración de muchos lógicos de tendencia tradicional, “como el reflejo lógico del principio ontológico de identidad, y por otros lógicos como el principio ‘a pertenece a todo a’ (lógica de los términos) o bien como el principio ‘si p (donde ‘p’ simboliza un enunciado declarativo), entonces p’ (lógica de las proposiciones)”²⁴³. El principio psicológico de identidad implica “la imposibilidad de pensar la no identidad de un ente consigo mismo”²⁴⁴.

Pero para entender el constructo de identidad parece inevitable hacer referencia también al concepto de diferencia, pues la identidad nacería en la búsqueda de la diferencia²⁴⁵, por tanto supondría también el producto de un proceso de diferenciación. Encontramos una alusión a ambos conceptos, identidad y diferencia, al analizar la

²⁴¹ María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 2012.

²⁴² José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo*, Madrid, Alianza, 1992, p. 399; cfr. p. 398.

²⁴³ *Ibidem*, p. 398.

²⁴⁴ *Ibidem*.

²⁴⁵ Clara Copeta / Rubén Lois, *Geografía, paisaje e identidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, p. 17.

mismidad contenida en los términos latinos *idem* e *ipse*²⁴⁶. El primero se refiere a lo idéntico, a la unicidad, a la singularidad, a aquello que permanece en el tiempo y por tanto se opone a lo cambiante. Supondría la asunción de unos límites *yoicos*. Mientras que el segundo, *ipse* –el sí mismo, el *self*– contiene un “se” reflexivo, supondría una identidad a través del cambio, de la apertura, de la flexibilidad, de la relación, un modo de ser que implica un proceso de adaptación y de diálogo en el transcurso vital que hace que el sujeto sea el mismo pero sin ser lo mismo a lo largo del tiempo.

De este modo podríamos hablar de diferentes mismidades, según las consideremos desde el *idem* o el *ipse*, y lo mismo podremos hacer con la otredad, es decir, considerar distintas alteridades en función de la perspectiva que adoptemos. La alteridad como un otro cuantitativa y cualitativamente distinto a uno si partimos del concepto *idem*, y la concepción del otro como aquel del que dependo para concebirme como persona y por tanto en comunión conmigo, si parto del término *ipse*²⁴⁷. Tanto aspectos los objetivos como subjetivos de la identidad y también de la otredad se ponen de manifiesto en esta concepción de las mismas.

En una vista retrospectiva al concepto de identidad a lo largo de la historia del pensamiento occidental podremos ver que tal concepto ha sufrido muchas transformaciones, pero todas, en definitiva, responden a dos interpretaciones antitéticas acerca de la identidad: la *esencialista* y la de la *identidad social*.

1. Concepción “esencialista” de la identidad

Al principio, y durante muchos siglos, se hablaba de la identidad refiriéndola al sujeto como individuo: cada individuo tendría, de modo natural, una identidad o definición de sí mismo, y ésta estaría vinculada a su esencia, es decir, a su alma o a su espíritu racional.

Para Parménides la idea de identidad parece ser el resultado de una cierta tendencia de la razón. Para Platón la identidad suponía que la entidad considerada es igual

²⁴⁶ Marta Rizo García, “Me comunico, luego existo. El papel de la comunicación en la construcción de identidades”, *Culturales*, vol.1, 1 (2005), p.130. La autora menciona que es Paul Ricoeur el que haría este análisis de la mismidad contenida en los términos *ipse* e *idem*.

²⁴⁷ *Idem*.

a sí misma, es decir, que es lo mismo con respecto a sí misma. Aristóteles por su parte observó que la identidad se da en varias formas, “una unidad de ser, unidad de una multiplicidad de seres o unidad de un solo ser tratado como múltiple”, e identidad también desde el punto de vista de la igualdad (matemática)²⁴⁸. Los escolásticos consideraron diferentes tipos de identidad, la real, la racional o formal, la numérica, la específica, la genérica, la extrínseca, la causal, la primaria o la secundaria entre otras, y la distinción entre la identidad lógica y la ontológica como la más generalmente aceptada. Los racionalistas por su parte han tendido a considerar las dos de modo conjunto, aunque no las consideran iguales²⁴⁹. Hume criticó a los que pretendían demostrar la existencia de un yo (*self*) substancial e idéntico a sí mismo o idéntico a través de todas sus manifestaciones, pues para dicho pensador, la idea de esta supuesta identidad no se deriva de ninguna “impresión” sensible. Para él, profundizar en el territorio del supuesto “yo” equivaldría a encontrarse siempre con alguna percepción particular, los pretendidos “yos” serían solamente haces o colecciones (*bundles*) de diferentes impresiones. Para Kant sólo la noción trascendental de la identidad hace posible una conceptualización de la misma. No habría un sustrato metafísico de la identidad personal que pueda ser demostrado por la razón, pero podríamos pensarla como un postulado: “La identidad personal aparece en la razón práctica como una forma de postulado –si la inmortalidad es un postulado de la razón práctica, debe implicar la identidad personal del ser inmortal”²⁵⁰. Si presuponemos la inmortalidad del individuo es preciso entonces postular su identidad.

Parece, por tanto, que en la conceptualización de lo que la identidad es está la idea de la “unidad consigo misma” de la cosa, idea ya presente en los pensadores griegos y desarrollada por Leibniz y Kant en la Edad Moderna.

Al entrar en el siglo XIX, en el período contemporáneo del Romanticismo, los idealistas alemanes Fichte, Schelling y Hegel, no representan la identidad como mera unicidad²⁵¹. Algo parece estar comenzando a cambiar con ellos con respecto a la identidad, que para ellos era un concepto metafísico central. Por ejemplo, para Hegel la

²⁴⁸ *Ibidem*, p. 400.

²⁴⁹ *Idem*.

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 401.

²⁵¹ *Ibidem*, p. 402.

forma del principio de identidad indica que hay más que una identidad simple y abstracta, hay el puro movimiento de la reflexión, en lo que “lo otro” surge como “apariencia”²⁵².

2. Concepción de identidad como “identidad social”

Lo que se desprende de este breve recorrido histórico es que el concepto de identidad siempre se ha analizado muy abstractamente y con una clara connotación *esencialista*: la identidad se ha entendido tradicionalmente como algo natural que forma parte de la esencia del individuo como si viniera inscrita –diríamos hoy– en su código genético.

Sin embargo, en el siglo diecinueve, y en pugna con el idealismo kantiano y postkantiano, surge un pensamiento nuevo que hace saltar en pedazos el tradicional concepto de identidad. Hablamos de Karl Marx, de Friedrich Nietzsche y –de nuevo– de Sigmund Freud. Cada uno a su modo y desde su propio enfoque introducen perspectivas muy novedosas y transformadoras de la concepción tradicional de identidad, al margen de que usen o no esta expresión.

Dado que estos tres pensadores (los “maestros de la sospecha”, como los denominaba Paul Ricoeur) ejercieron una grandísima influencia en el modo de entender el concepto de identidad en el siglo veinte, vamos a detenernos en ellos, sin ánimo de exhaustividad y siempre con el propósito de destacar algunas de sus ideas, las que más repercusión tienen sobre nuestro tema. Para ello, más que ir a los detalles, buscaremos sobre todo mostrar en ellos esa posición rompedora que, en su día, abrió paso al actual modo de abordar la identidad como siendo ésta, en primer lugar, un *proceso*, por tanto cambiante, en movimiento, y también plural. En segundo lugar, un proceso que además está mediado por la intervención de otros individuos.

La tradicional consideración “esencialista” de la identidad como una especie de “alma” o esencia innata y permanente con la que el individuo entra en el mundo y en la que no se requiere ningún proceso de génesis ni ninguna intervención de los otros, al llegar estos pensadores, ha quedado como un anacronismo sin base alguna. Además, según ellos, la identidad no sería algo de origen exclusivamente *individual*, como si fuera

²⁵² *Idem.*

tan sólo el resultado del proceso de formación en el útero materno. Asimismo, la identidad no sería algo *inamovible y estático* a lo largo de la vida, permaneciendo el individuo esencialmente idéntico a sí durante toda su existencia. Digamos, pues, que tanto para Marx, como para Nietzsche, como para Freud, el sujeto ni siquiera es concebido como uno y el mismo, con una identidad esencial permanente desde que nace hasta que muere y sin que en ningún momento pudiera ser más de lo que ya “es” identitariamente. Todo lo contrario, para estos pensadores, el individuo tiene una identidad cambiante y plural; nunca fija ni monolítica. El sujeto, con todo lo que forma su identidad, es un sujeto intersubjetivo, es decir, un sujeto que tiene dentro de sí la otredad en muchos sentidos: los otros están dentro de él desde el inicio de su vida y han intervenido desde el primer momento en el proceso de llegar a ser quién es, como veremos.

a) Proceso de identidad desde Marx:

En sus escritos, Marx suele utilizar el concepto “modo de producción” en vez de “sociedad” porque, según él, el “modo de producción” es el que en verdad nos indica cómo son las relaciones de los individuos con la naturaleza (es decir, cuáles son las “fuerzas productivas”) y las relaciones de unos y otros individuos entre sí (es decir, cuáles son las “relaciones de producción”). La esencia del individuo, en cuanto cuerpo vivo y permanentemente activo, depende de su existencia real y material. La esencia del individuo está inexorablemente vinculada a su actividad transformadora y productiva, dentro de la red de relaciones de producción y del resto de relaciones sociales en las que está inmerso. Para Marx, no hay más esencia o forma de ser –digamos: no hay más “identidad”– que la que el individuo consigue en función de cómo se relaciona activamente con la naturaleza (transformándola: “relaciones de producción”). Marx entiende que, en el “modo de producción” capitalista, lo que *es* un individuo, lo es por el trabajo que en ella desempeña. Esto ocurre así porque este trabajo, papel o *rol*, le confiere una categoría social o *status* desde la que se relaciona con los demás individuos de su sociedad y en base al cual esos otros individuos se relacionan con él. De tal manera que la existencia de un individuo y, por tanto, su identidad, lo que él *es*, su esencia identificativa de sí mismo, está en función –y no puede no estarlo– del tipo de actividad ejercida por él y, en consecuencia, de las relaciones sociales de producción en las que participa. Un individuo no nace albañil, pongamos por caso. Pero cuando pasa a tener como profesión

la de albañil o peón de obra, ese trabajo que desempeña le va a conferir un determinado estatus social –en este caso, bajo–, desde el que se interrelaciona con los otros individuos y el que los otros individuos tendrán en cuenta para considerarlo y para tratarlo. El albañil, precisamente porque desempeña dicho rol, se relacionará con el resto de sus compañeros albañiles de forma muy distinta a cómo se relaciona con el capataz, con el arquitecto o con el propietario de la obra. Es como si su puesto de trabajo fuera también un espejo en el que se mira y en el que los demás lo ven, confiriéndole así una identidad y una posibilidad y cualidad de relaciones. El individuo se autodefine por su actividad productiva y, a la vez, es definido por los otros también en consideración a esa actividad productiva que le caracteriza. En su libro *La ideología alemana*, Marx habla de en qué consiste la “ideología”, cualquier “ideología”, como las ideas de la clase dominante de cada “modo de producción” o sociedad:

“Son las ideas dominantes en cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones [“de producción”] materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas”²⁵³.

Los individuos que forman la “clase” dominante son los productores de ideas, también dominantes, por las que consiguen mantener una determinada conciencia social, es decir, la vigencia de unos valores determinados y no de otros, y así consolidar, y seguir consolidando, sus privilegios de clase. Estas ideas, estos valores que son los válidos en una sociedad, sirven para justificar la existencia de la clase privilegiada y para justificar su dominio. La conciencia social –o ideas dominantes– genera unas condiciones específicas materiales de vida y de trabajo, y éstas dan lugar a un modo de comprenderse el individuo a sí mismo y a la realidad en la que vive (autoidentidad). A la vez, esta autoconciencia del individuo, el cual se interpreta a sí mismo según la interpretación que impera en su sociedad, puede servir para mantenerla y defenderla.

²⁵³ K. Marx / F. Engels, *La ideología alemana*, Montevideo / Barcelona, Ediciones Pueblos Unidos / Grijalbo, 1974, pp. 50s.

Por tanto, la teoría materialista de Marx muestra que los individuos son producto de las circunstancias y de la educación y que, como consecuencia, en circunstancias diferentes los individuos se identifican a sí mismos y los demás de forma también diferente. Son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias. Si ningún “modo de producción” es natural sino un producto histórico²⁵⁴, se entiende que la conciencia que el individuo tiene de sí mismo también es un producto histórico y por tanto, modificable y cambiante. Al transformar el “modo de producción” se transforman, al mismo tiempo, las circunstancias que habían llevado al individuo a su autodefinición y a la consecuente definición que los demás tenían de él; de este modo, se generará en dicho individuo una nueva autoidentidad e identidad social. En definitiva, para Marx, la identidad del individuo está inevitablemente unida a las circunstancias exteriores sociales, políticas, económicas y educativas en medio de las que desenvuelve su vida. Desde esta perspectiva, la idea de una identidad con la que se nace, fija y al margen de las relaciones con la sociedad y con los individuos que la conforman queda totalmente obsoleta.

b) Proceso de identidad desde Nietzsche:

Para Nietzsche la cultura es una interpretación, al igual que también lo es para Marx²⁵⁵. Una interpretación impuesta e interesada de unos individuos sobre otros. Todas las esferas de la cultura, y la cultura en sí, son una interpretación, que se impone a los individuos desde el poder aunque muy sutilmente, es decir, los valores vigentes son una interpretación. Lo que es lo bueno y lo que es lo malo, lo que está bien y lo que no lo está, aquello que se debe desear y aquello que no, lo que uno hace y lo que no debe hacer, lo que es justo y lo que es injusto, aceptable o repudiable, etc., y, en definitiva, lo que es la verdad, todo es pura interpretación. Para Nietzsche únicamente hay *interpretaciones*, impuestas por unos individuos a otros. De acuerdo con esto, la idea que el individuo tiene acerca de sí mismo, su identidad, en qué consiste su ser o esencia, es tan sólo pura interpretación: “la idea de sustancia –dice– es el resultado de la idea de sujeto, pero no al contrario”²⁵⁶. El yo es una construcción, y ésta tiene como fondo la interpretación que está

²⁵⁴ *Ibidem*, p. 4.

²⁵⁵ Al respecto, cfr. M^a Luz Pintos Peñaranda, “De lo visible a lo invisible. Hacia una nueva forma de interpretar la realidad”, *Agora. Papeles de filosofía*, 5 (1985) 101-112.

²⁵⁶ Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poder*, Madrid, Edaf, 2000, ' 480, p. 338.

vigente en la cultura.

“El deber de toda filosofía, ¿no es clarificar las suposiciones en que se funda el movimiento de la razón: nuestra fe en el ‘yo’ como una sustancia, como en la única realidad respecto a la cual nosotros atribuimos entidad a las cosas? De nuevo, aparece el viejo realismo, al mismo tiempo que toda la historia religiosa de la humanidad se reconoce como historia de la superstición del alma”.²⁵⁷

La idea de “sujeto” y de “yo” son ficciones, basadas en creencias que arrastramos en nuestra tradición: la creencia en una *unidad* que estaría por detrás de lo que parece una multiplicidad de estados interiores; la creencia en la *igualdad* esencial del sujeto que supuestamente le serviría de sustrato. La creencia en el *yo*, en que realmente somos un yo, un yo sustancial, una *sustancia*²⁵⁸.

Esta subjetividad ficticia nietzscheana no puede ser desligada, como señala Kock, “de las condiciones contextuales de su construcción. Hay una conexión entre la fabricación de la subjetividad y el contexto social, tecnológico e institucional de aquello en lo que se cree”²⁵⁹. Y en ello el lenguaje interviene de un modo muy especial. Es como si el lenguaje creara modos de pensar, en vez de ser solamente expresión de pensamientos –idea ésta que nos será muy útil más adelante, cuando abordemos el tema del género. El lenguaje es una de las estrategias usadas en la cultura para crear realidades, es decir, para crear interpretaciones de la realidad que se instituyen como la realidad misma, pero que no dejan de ser ficciones. Entre ellas la de la autoimagen, la de la autoconciencia que, en realidad, no es más que una imagen que nos devuelven los otros²⁶⁰.

La definición de la identidad del sujeto en Nietzsche nada tiene que ver con la

²⁵⁷ *Ibidem*, ' 482, p. 339.

²⁵⁸ José Manuel Romero Cuevas, “Nietzsche, el problema de la identidad y el espacio de la ética”, *Thémata. Revista de Filosofía* 22 (1999), p. 249.

²⁵⁹ Andrew Kock, *Knowledge and Social Construction*, Lanham-Maryland, Lexington Books, 2005, p. 116.

²⁶⁰ Cfr. Irene Breuer, “La constitución del sujeto de la experiencia afectiva. Descartes, Nietzsche, Heidegger”, *Investigaciones fenomenológicas*, vol. 9 (2012), p. 140. Cfr. también Mónica Cragnolini, “La constitución de la ‘identidad’ en el pensamiento nietzscheano: sí mismo y máscara. El ‘caso Nietzsche’ en los inicios del psicoanálisis”, *Revista de La Universidad de Morón*, vol. 5 (1999) 13-21.

identidad concebida tradicionalmente. Para él es falsa la imagen de un “yo” porque el sujeto es una “multiplicidad”. Ya no sólo se trata de que no haya una sustancia a modo de unidad permanente, sino de que lo que en realidad hay en el interior del sujeto es una pluralidad de sujetos, de identidades:

“Mi hipótesis: el sujeto como pluralidad”.²⁶¹

“Sujeto: [...] nuestra creencia en una unidad; [...] creemos en nuestra creencia hasta el punto de que, a causa de ella, imaginamos la ‘verdad’, la ‘realidad, la ‘sustancialidad’. ‘Sujeto’ es la ficción que pretende hacernos creer que muchos estados similares son en nosotros el efecto de un mismo ‘substratum’; pero somos nosotros los que hemos creado la identidad entre estos diferentes estados; el hecho no es su identidad, sino el que los traduzcamos en una relación de identidad, el que los aparejemos (mejor sería negar su identidad)”.²⁶²

“Todo lo que se instala en la conciencia como unidad es algo enormemente complejo y lo único que logramos es una apariencia de unidad”.²⁶³

“El yo no consiste en la actitud de un único ser respecto a una multiplicidad de entidades (instintos, pensamiento, etc.); al contrario, el yo es una pluralidad de fuerzas casi personificadas, de las cuales ya una ya otra pasa a primer plano y toma el aspecto del yo; desde este punto, contempla las demás fuerzas, del mismo modo que un sujeto contempla un objeto que le es exterior, un mundo exterior que lo influencia y lo determina. El punto de subjetividad es móvil [...] Lo que nos está más próximo lo llamamos ‘yo’ (tenemos la tendencia de no considerar como tal lo que nos está lejano). Habitados a esa imprecisión que consiste en distinguir el ‘yo’ y ‘lo demás’ (tú), instintivamente hacemos de lo que predomina momentáneamente el ‘yo’ total: en cambio, situamos en último plano del paisaje todos los impulsos más débiles y los convertimos en un ‘tú’ o en un ‘él’ total”.²⁶⁴

Parece, pues, evidente que la idea nietzscheana de la identidad del sujeto como *pluralidad de identidades y siempre en movimiento*, junto con la idea de que no hay autoimagen que no proceda de la mirada y de la *construcción procedente de los otros*, está muy alejada de la tradicional versión “esencialista”.

²⁶¹ Friedrich Nietzsche, *op. cit.*, ' 485, p. 341.

²⁶² *Ibidem*, ' 480, p. 339.

²⁶³ *Ibidem*, ' 484, p. 341.

²⁶⁴ Friedrich Nietzsche, *Fragmentos póstumos*, Madrid, Tecnos, 2006, ' 486.

c) proceso de identidad desde Freud:

Tanto la primera versión que hace Freud de la psique (1ª tópica), como la segunda versión (2ª tópica), tienen notables puntos de convergencia con el concepto de sujeto marxiano y nietzscheano.

Hay una idea básica en Freud que impregna todo su pensamiento: el individuo, desde que nace, se ve inmerso en un mundo de relaciones con otros congéneres. Es obvio que no es posible la vida humana sin convivencia con otros congéneres. Gracias a ellos, el nuevo individuo consigue ser ayudado y sobrevivir. Pero en este proceso de cuidados por parte de los otros no sólo consigue que su cuerpo se desarrolle y se mantenga vivo y con salud sino que, al mismo tiempo, consigue también su identidad propia. Llegar a ser uno mismo sólo puede tener lugar en medio de un mundo humano de convivencia continua con otros, de convivencia social. Lo peculiar de la interpretación freudiana es que esta identidad psíquica a la que llega el individuo es una identidad dinámica originada por una lucha entre la búsqueda de placer y las imposiciones de los otros con los que convive. La cultura de su sociedad contiene normas, normas de todo tipo que desde el principio le son impuestas al nuevo individuo para que piense, valore, actúe siempre conforme a ellas. La sociedad consiste en convivencia de unos con otros y no hay convivencia que no esté regulada. Por tanto, el hecho de convivir socialmente va unido a la asunción de estas normas, sean las que sean. El individuo, desde el inicio de su vida, no puede satisfacer enteramente sus deseos y necesidades, sino que debe acoplarse a lo que está culturalmente permitido desear y a lo que no, a lo que está permitido expresar de sus necesidades y deseos y a lo que no lo está, a cómo puede —e, incluso, debe— actuar y a cómo nunca debe actuar, a qué debe aspirar y a lo que no, etc.

Este hecho elemental de la incorporación a un mundo de convivencia y el consiguiente proceso de adaptación trae como consecuencia que en el psiquismo del individuo se hallen tres órdenes más o menos independientes entre sí y, a la vez, íntimamente interconectados: nuestra parte “inconsciente” (que en la segunda tópica pasa a ser el *id*), nuestra parte “consciente” (que denominará *ego*), y nuestra parte “preconsciente” (la que llamará *superego*). “El yo [*ego*] es una parte del ello [*id*] modificada por la influencia del mundo exterior”²⁶⁵. La entrada del nuevo individuo en el

²⁶⁵ Sigmund Freud, *El yo y el ello*, Madrid, Alianza, 1985, p. 18.

mundo humano supone para él, en el grado que sea, la renuncia a sus propios deseos pulsionales. Esta renuncia del propio individuo a sí mismo es introyectada y es así como se origina el *superego*. El *superego*, conciencia moral o ideal del *ego*, es la interiorización de las normas que rigen en la cultura de la sociedad en la que nace y se forma cada nuevo individuo. Una vez constituido el *superego*, el individuo se vuelve contra sí mismo, interiormente. El *superego*, dice Freud, “asumiendo la función de ‘conciencia’ [moral], despliega frente al *yo* la misma dura agresividad que el *yo*, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños”²⁶⁶. Por tanto, tanto la génesis del *ego* como la del *superego* están ambas vinculadas directamente a los otros, a la agresión que la cultura ejerce sobre el individuo coartando la satisfacción de sus deseos pulsionales y de sus necesidades y obligándolo, por medio de la estrategia de hacer que sea el propio individuo el que se agreda a sí mismo, a reprimirse desde su interior, sometiendo él mismo al “principio de realidad”. El *ego* ejercerá el papel de mediador entre el reclamo interior de obtención de agrado y satisfacción, de felicidad (“principio de placer”) y el reclamo, también interior, de ser realista a fin de que por sus actos de búsqueda de este agrado y satisfacción el individuo no obtenga más displacer que placer, más infelicidad que felicidad (“principio de realidad”)²⁶⁷. Los textos de Freud, *El porvenir de una ilusión* y *El malestar en la cultura* se centran en el desarrollo de su creencia en que toda civilización está basada en la coerción y en la renuncia del individuo a sí mismo, situación que, por lo menos, genera “malestar” psíquico, si es que no genera verdaderos problemas de neurosis. La insatisfacción que acompaña al sometimiento a unas normas que son impuestas por igual a todos los individuos de una misma cultura, con independencia de sus características peculiares personales y de su carga de deseos y de necesidades, constituye la esencia de toda civilización, es decir, de toda unión y convivencia social de individuos humanos:

“Se da, en efecto, el hecho singular de que los hombres, no obstante, al serles imposible existir en el aislamiento, sienten como un peso intolerable los sacrificios que la civilización les impone para hacer

²⁶⁶ Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza, 1984, p. 114.

²⁶⁷ Cfr. *ibidem*, *passim*.

posible la vida en común. Así, pues, la cultura ha de ser defendida contra el individuo, y a esta defensa responden todos sus mandamientos, organizaciones e instituciones”²⁶⁸.

Así podemos ver que, en términos freudianos, la dinámica del desarrollo del individuo se sostiene esencialmente sobre permanentes e insalvables conflictos consigo mismo. Unos conflictos son de tipo interno: las pulsiones del *eros* y del *tánatos*, en permanente pugna entre sí; el “principio de placer” y el “principio de realidad”, que son antitéticos, por lo que el *ego* unas veces cederá más al mandato del segundo y otras se dejará llevar por el primero; el control social, interiorizado en forma de conciencia moral o *superego*, que a su vez está en lucha con el estrato más originario del individuo, su *id*. Y, además de todas estas contradicciones internas que forman parte del psiquismo del individuo, aún hay otro conflicto permanente e inevitable: el que se da entre su interioridad, por un lado, y el medio socio-cultural externo, por otro.

De esta breve exposición sobre Freud lo que nos interesa destacar, por su relación con nuestra investigación, es que la esencia de la conciencia y, por tanto, la identidad del individuo, es en realidad una estructura compleja, conformada con diversos elementos y fuerzas internas en interconexión e, incluso, en conflicto permanente. Además es también un sistema dinámico, una interrelación de fuerzas en movimiento constante. Nos parece, por tanto, que la interpretación freudiana de la identidad alude a una pluralidad de identidades. Todas estas identidades el sujeto las vive como suyas: tan suya es, por ejemplo, la carga libidinal con la que el sujeto nace (su *id*) como la conciencia moral (su *superego*) que ha terminado por generarse en su interior; tan suyo es el impulso natural que le lleva a buscar la armonía con los demás (*eros*) como el impulso también natural que lo orienta hacia la desarmonía e, incluso, la agresión de los otros (*tánatos*); tan suyos son los instintos de conservación del *ego*, como ese impulso tanático que conlleva la autoagresión, etc. Más que una identidad única nos hallamos ante una pluralidad o complejo de identidades, en movimiento constante, alcanzando más preponderancia una u otra según qué momento y situación, y siempre derivándose del hecho de que el individuo es un individuo con otros, hacia los que está orientada toda su vida, interna y externa, desde que nace hasta que muere.

²⁶⁸ Sigmund Freud, “El porvenir de una ilusión”, en *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza, 2000, p. 147.

2. Relación entre el individuo y la sociedad en la configuración de la identidad. La identidad como construcción social

Las personas parecemos desear y también necesitar saber quiénes somos, y que los demás lo sepan también; para diferenciarnos, para reconocernos, para sentirnos parte de un grupo. Necesitamos la identidad como carta de presentación, como territorio propio, como referencia, interna –y en este sentido cobra importancia capital el cuerpo biológico– y externa –aquí lo central sería el reflejo que los demás nos devuelven de nosotros mismos, por lo que necesitamos también a los demás para saber quienes somos–, e incluso podríamos decir que necesitamos la identidad como estrategia adaptativa. Precisamos la identidad además como anclaje en un espacio, en un tiempo y en una cultura determinada. También la necesitamos como cohesionador de todas nuestras multiplicidades y que el resultado sea un todo coherente, un *uno mismo*²⁶⁹ –éste sería el empeño y el esfuerzo, a nuestro modo de entender, que el adolescente acomete en el periodo de tránsito a la adultez, como veremos en la tercera parte de nuestro trabajo.

La identidad nos proporciona una sensación de arraigo y también de sentido en el mundo, nos protege de alguna manera del miedo a la soledad y al vacío existencial²⁷⁰. Podríamos decir que la identidad nos da un continente, y si hay un continente, necesariamente ha de haber un contenido. Además, permite dar respuesta a la pregunta de quienes somos y permite también establecer una conexión espacio-temporal, un “tejido vital” propio en el que pasado, presente y futuro se organizan dando sentido a nuestra existencia²⁷¹. Sentir que nuestra identidad es reconocida por otros también nos organiza a

²⁶⁹ Esta reflexión sobre la importancia que tiene el cuerpo en la adolescencia, en lo que concierne a la construcción de la identidad, me recuerda el comentario del psicólogo, sociólogo y psicoterapeuta Jerónimo Bellido Pérez, que en un curso de formación nos habló de su experiencia con niños adolescentes en un centro de menores. Comentaba la peculiar relación que establecen con su propio cuerpo muchos de ellos, la manera de andar, los gestos, etc., son extraños y además suelen tener manierismos y tics. Por eso, el referente del terapeuta siempre consistía en buscar la armonía y la simetría corporal, así como el trabajo frente al espejo como manera de saber de sí. Este último ejercicio debía ser llevado con sumo cuidado, pues no pocas veces el espejo podía resultar amenazante o inquietante, al ser vivida la imagen reflejada como un “otro”, como la parte de uno que se juzga a sí mismo.

²⁷⁰ Miquel Rodrigo Alsina / Pilar Medina Bravo, *op. cit.*, *Revista Científica de Información y Comunicación* 3 (2006) p. 129.

²⁷¹ Es en este sentido que la memoria cobra un papel capital en nuestro sentido de identidad. Tanto en la literatura como en la filmografía de ciencia ficción en las que plantean la creación artificial de andróides lo más semejantes posibles a los humanos, como por ejemplo en el famoso libro de Philip K. Dick

nivel interno y a nivel social. Y es que la sociedad misma “necesita” de integrantes “ordenados” en su identidad para así también reivindicarse como una determinada sociedad o comunidad “ordenada”, expulsando a todo aquel que no forme parte de dicha identidad comunitaria²⁷². Es así como forma parte de nuestra identidad personal la denominada *identidad social*, colectiva, entendida como un *nosotros*, esto es, la suma de todas las identificaciones sociales que realizamos, es decir, aquellas categorías o grupos sociales con los que nos identificamos y de los que nos sentimos parte²⁷³.

Por tanto, la identidad también constituye la manera en que nos identificamos con la comunidad a la que deseamos pertenecer como integrantes reconocidos por la misma como tal. Así, en el proceso de construcción de la identidad constatamos que se va dando un ejercicio de interrelación continuada entre lo social y lo individual, hasta el punto de que podríamos decir que estamos contruidos por lo social en todas las facetas de nuestra vida.

Y es que tenemos una identidad personal en tanto en cuanto somos reconocidos como personas sociales. De hecho, podemos llegar a vacilar de la primera, de lo que creemos que somos, si previamente ha sido atacada nuestra persona social. Pues tan sólo aquello que atañe al ámbito de los hechos y los gestos, así como al de los papeles y documentos ligados a la identidad social, tan sólo aquello reconocible socialmente tiene curso oficial, todo lo demás, lo que pertenece al mundo de nuestros pensamientos e imaginación, forma parte de una identidad personal que nadie llegará a conocer y por eso mismo tampoco reconocerá oficialmente²⁷⁴.

Por supuesto, esta idea no es nueva. Al parecer, ya los sofistas griegos habían

¿Sueñan los andróides con ovejas eléctricas?, cuya historia fue llevada al cine con *Bladerunner*, o en la película del año 2005 titulada *La isla*, en la que clonan seres humanos con tétricos fines, resulta significativo observar como para que estas réplicas humanas se sientan realmente humanas, deben poseer una identidad y ésta viene determinada por sus recuerdos. Su memoria autobiográfica —por supuesto implantada artificialmente— es lo que les dota de identidad y, por tanto, de humanidad.

²⁷² Miguel Rodrigo Alsina / Pilar Medina Bravo, *op. cit.*, p. 129. Los autores hacen referencia a que la palabra *identidad* en la lengua castellana aparece en el año 1440 y en otras lenguas, como el francés o el catalán, en el siglo XIV. Esto indica que en estas fechas apareció la necesidad social de su uso. Así, aunque la identidad aluda a algo íntimo, a nuestra individualidad, también puede tener una función de interrelación social, y para que la identidad produzca efectos sociales debe provocar una identificación entre los miembros de una determinada sociedad.

²⁷³ La identidad nacional constituiría un tipo de identidad social concreto.

²⁷⁴ Clément Rosset, *Lejos de mí. Estudio sobre la identidad*. Barcelona, Marbot Ediciones, 2007, pp. 23s.

comprendido que solamente la institución social –y no una presunta naturaleza–, como afirma Rosset, podían

“dar cuerpo y existencia a los que Platón y Aristóteles concebirán como “sustancias”: el individuo será social o no será; es la sociedad, y sus convenciones, las que harán posible el fenómeno de la individualidad. Lo que garantiza la identidad es y ha sido siempre un acta pública: una partida de nacimiento, un documento de identidad”²⁷⁵.

La identidad, entonces, sólo cobra entidad desde el momento en que se reconoce su estado civil. Es el hecho de ser una entidad institucional lo que confiere a ojos de la sociedad una identidad al individuo. Desde este punto de vista sólo existimos sobre el papel, y sin papeles que certifiquen que somos quienes decimos que somos, no nos será dada dicha identidad²⁷⁶. Además, con el nacimiento de las naciones y sus fronteras, el individuo se ve en la necesidad de definirse e incluso sentirse, como integrante de un territorio particular, asumiendo tradiciones, costumbres, hechos históricos, valores, ideología, una determinada lengua...es decir, incorporar e incorporarse a una cultura concreta que establece una identidad nacional que influirá necesariamente en la configuración de su identidad personal. Así, algo tan etéreo como el concepto de nación acaba uniendo a sujetos que comparten mismo territorio y, bajo el sello de una determinada nacionalidad, toda una serie de preceptos asociados a dicha identidad nacional. El documento nacional de identidad o el pasaporte constituyen símbolos de adhesión a dicha comunidad, por tanto, nacer en un determinado lugar geográfico pasa por identificarse con toda su simbología²⁷⁷.

Vemos así que la geografía condiciona la identidad. Las características ambientales, paisajísticas y culturales con las que el grupo social se identifica influirán indefectiblemente en la identidad individual²⁷⁸. En este sentido la identidad tendría que ver con un sentimiento de pertenencia y también con el de diferencia –concepto este

²⁷⁵ Clément Rosset, *Lo real y su doble. Ensayo sobre la ilusión*, Barcelona, Tusquets Editores, 1993, pp. 104s.

²⁷⁶ *Ibidem*, p. 105.

²⁷⁷ Miguel Rodrigo Alsina / Pilar Medina Bravo, *op. cit.*, p. 135.

²⁷⁸ Clara Copeta / Rubén Lois, *op. cit.*, p. 18.

último al que ya hemos hecho alusión anteriormente. Sentimos que pertenecemos a una tierra, con una determinada cultura, en la que nuestro grupo social de referencia se inscribe, al tiempo que nos sentimos diferentes de otros grupos sociales, bien de nuestro propio territorio o que se inscriben en otros lugares con características ambientales e incluso, aunque no necesariamente, culturales. Es decir, el enclave geográfico al que uno pertenece conforma identidad, por sentido de pertenencia a la vez que de diferencia con respecto a otros lugares, que, por implicar lo que no somos nos definen a través de la diferenciación. Tanto el sentido de pertenencia a una sociedad situada en un determinado enclave geográfico como el de diferencia sirven a un mismo fin, el permitir un anclaje identitario, un punto de referencia para la construcción de la identidad²⁷⁹.

Los nacionalismos constituirían un extremo de este modo de configurar identidad por oposición²⁸⁰, mediante el sentido de pertenencia y diferencia, mientras que en el otro extremo podríamos situar a las grandes metrópolis modernas. Los casos más exagerados los constituyen esas ciudades que han crecido desmesuradamente en el último siglo o esas otras reconstruidas sobre sus ruinas, después de ser derruidas en las guerras, en las que la historia²⁸¹ ha sido eliminada. En ellas, la cultura de la globalización se hace más manifiesta y el pasado tiene menos peso que esta cultura global caracterizada por la velocidad y la uniformidad. “Allí está el verdadero rostro de la contemporaneidad, sin maquillaje, sin recuerdos”²⁸². Así, el paisaje de la ciudad contemporánea inevitablemente influye en la configuración de nuevas identidades. Ambos ejemplos ponen de manifiesto como los extremos pueden ser caras de la misma moneda. El hecho de que estemos en una época de tránsito en la que las antiguas formas de construir el sentimiento de pertenencia y arraigo se estén perdiendo en favor de, como veremos, identidades más inestables, ambiguas, móviles y fluidas²⁸³, daría cuenta de la aparición de nuevas inquietudes e incluso de crisis identitarias. Las personas parecemos necesitar una

²⁷⁹ Miguel Rodrigo Alsina / Pilar Medina Bravo, *op. cit.*, p. 127.

²⁸⁰ *Idem.*

²⁸¹ De ahí que resulte tan importante la existencia, o en caso de que no lo haya, la construcción, de un relato histórico que de coherencia a ese sentimiento de pertenencia a una nación y que en los nacionalismos podemos ver con tanta contundencia.

²⁸² Félix de Azúa, *op. cit.*, p. 28.

²⁸³ Miguel Rodrigo Alsina / Pilar Medina Bravo, *op. cit.*, p. 130.

identidad consistente que pueda contrarrestar la sensación interna que la situación anteriormente descrita provoca.

Por otra parte, sabemos que la identidad es un proceso que se va formando con el paso del tiempo y que, aunque haya etapas vitales especialmente relevantes en la configuración de la misma, la identidad está en permanente desarrollo, pues vamos siendo en función también de lo que vamos haciendo y esta evolución no finaliza hasta que no termina nuestra vida. Así, todo aquello que nos define en la acción –y por tanto también en la interrelación social– afecta a la configuración de nuestro yo.

Teniendo en cuenta estos dos aspectos: lo que nos define en la acción y aquello que atañe a la interrelación con lo social, podemos hablar de dos tipos de vivencia psíquica de la identidad²⁸⁴: el que corresponde a la *identidad personal* y aquel que corresponde a la *identidad social*.

La *identidad personal* haría alusión a la identidad de sentido que surge de nosotros mismos. No se trataría de una identidad que se tiene sino de la “identidad que somos”²⁸⁵. Y la somos

“dando identidad, no recibéndola. Somos alguien que da identidad expresamente y/o impresamente, a lo propio, a nuestra Persona, a nuestra vida y a nuestro Mundo. [...]

Desde nuestro modo personal de ser damos identidad, específicamente de sentido y por tanto de valor, a las cosas de nuestro mundo, personalizando al mundo y a sus cosas; a nuestras actividades, personalizándolas con nuestro modo peculiar de hacer; personalizando nuestras relaciones con el prójimo, esto es, comunicándonos de intimidad a intimidad, intimando.[...]

Nuestra intimidad es ese núcleo, profundamente inherido a nuestra mismidad, de valores, de creencias y afectos desde los cuales preferimos una cosa antes que otra, un modo de hacer antes que otro, en fin, preferimos un modo de ser, nuestro modo personal de ser.”²⁸⁶

Esto es, la identidad personal la somos pero no la tenemos, y la somos otorgando identidad, dando sentido, con el ejercicio de nuestra peculiar y propia personalidad.

²⁸⁴ Hector Pelegrina Cetrán, *op. cit.*, p. 425.

²⁸⁵ *Ibidem*, p. 426.

²⁸⁶ *Idem*.

Desde esta perspectiva la identidad es libre y no de pertenencia, o en todo caso, de pertenencia pero a uno mismo²⁸⁷. Así, la *identidad personal* es la que correspondería al *ser*.

Aspectos tales como: el nombre que nos ponen, nuestro físico, nuestra edad, la generación de la que formamos parte, la familia a la que pertenecemos, el estrato social en el que nacemos, crecemos y nos desenvolvemos, nuestra nacionalidad, la lengua que hablamos, nuestro estado civil, la profesión que desempeñamos, la ideología política con la que nos sentimos identificados, la religión que profesamos o si no lo hacemos, el género que asumimos, así como toda nuestra filosofía de vida en general, son aspectos que se mueven entre lo individual y lo social, que nos moldean y definen, ante los demás y ante nosotros mismos. Así, nuestra *identidad personal* –que se construye biográficamente y que abarcaría desde aquellos ámbitos más personales y privados de la vida del individuo hasta los más públicos– sólo es posible en la interacción con el contexto social. En este sentido podríamos definir la identidad personal como una constante construcción de uno mismo en interrelación con el contexto relacional, que “es interiorizada como algo invariante lo cual garantiza la estabilidad en las percepciones e interacciones entre los sujetos”²⁸⁸, proporcionando un cierto grado de comodidad psicológica. También podemos entender la *identidad personal* desde una perspectiva más filosófica como “una persona fantasmal que persigue a mi persona real (y social), me ronda –a menudo de cerca pero nunca de forma tangible ni alcanzable– y constituye (...) mi fantasma más familiar, qué duda cabe, pero mi fantasma al fin”²⁸⁹.

Otro aspecto sobre el que volver a incidir es el hecho de que, en función del contexto en el que nos movamos puntualmente, mostraremos una faceta de nosotros mismos, aunque nuestra “identidad absoluta”, por llamarla de algún modo, no se agotaría en dicha faz, como los anteriormente mencionados Nietzsche o Freud han puesto de relieve. Hay una parte de nosotros que queda oculta, tanto a los demás como a nuestra

²⁸⁷ *Ibidem*, p. 427.

²⁸⁸ Anastasio Ovejero Bernal / María de la Villa Moral Jiménez / Juan Pastor Martín, “La construcción de la conexión entre percepción de la autoimagen física en adolescentes y la identidad psicosocial”, *Aula Abierta* 71 (1998), p. 154.

²⁸⁹ Clément Rosset, *Lejos de mí. Estudio sobre la identidad*, pp. 27s.

consciencia²⁹⁰. Así, la identidad tendría las cualidades de la relatividad y de la funcionalidad, resultando un constructo complejo difícilmente observable en toda su magnitud, tanto por los otros como por nosotros mismos.

Vamos viendo como la identidad de un individuo y su razón de ser sólo son posibles en el contexto sociocultural en el que se desarrollan. Por eso, la identidad personal implicaría necesariamente la intersubjetividad, pues sólo puede ser entendida la primera como un proceso que tiene lugar en la interacción social, a través de la cual las personas se reconocen a sí mismas y unas a otras. Esta interacción se da, además, dentro de una sociedad y cultura determinadas, en un espacio socio-cultural con unas normas y pautas sociales concretas.

Desde esta perspectiva es desde la que cobra sentido la *identidad social*, que correspondería a una identidad como individuo que pertenece a un colectivo social, por lo que siempre se apropia de un carácter de institución social. De este modo,

“ésta es una identidad que la institución social otorga, da, confiere a sus miembros. [...] La identidad social es una ‘identidad de rol’ (diputado, secretaria, carpintero, hijo, tío, cofrade, etc.). Es una identidad de rol que uno tiene porque la obtiene cumpliendo las normas y expectativas del colectivo de pertenencia, el cual tiene la potestad de reconocer nuestros méritos para incluirnos o para excluirnos de su seno. Esta es, realmente, una identificación simbólica de carácter informacional, cuya existencia depende de que la información esté registrada (como la identidad ciudadana: en el Registro Civil se inscribe el certificado de nacimiento, no al “niño”) [...]”

El acto de reconocimiento, como registro identificatorio, que nos otorga identidad de pertenencia (social), se realiza desde los cánones del colectivo (social) y se realiza sobre nuestros méritos, esto es, sobre nuestro aparecer a los ojos del colectivo, según dicho canon, según las normas con que el colectivo mide. El colectivo lo que mide son los productos de sus miembros, los productos que ellos producen “para el colectivo”. Las *de-mostraciones*, no la estructura real”.²⁹¹

Las identidades sociales son identidades por tanto que no pertenecen al *ser-real*, sino al *tener-simbólico*. Entonces, la *identidad social* sólo puede ser reconocida y depende totalmente de dicho reconocimiento mientras que la *identidad personal* sólo puede ser conocida y su existencia no depende ni de ser conocida ni reconocida²⁹².

²⁹⁰ Igual que las caras de la luna, que aunque sólo podemos ver una sabemos que hay dos.

²⁹¹ Hector Pelegrina Cetran, *op. cit.*, p. 425.

²⁹² *Ibidem*, p. 428.

A pesar de que podamos vivenciar psíquicamente nuestra identidad desde estas dos perspectivas, ambas están en constante interacción y retroalimentación, puesto que somos seres sociales. No con poca frecuencia los individuos de una sociedad pueden vivenciar que su “identidad total” es su identidad social²⁹³ —como ocurre en momentos de la vida que implican cambio de roles que suponen un esfuerzo adaptativo importante²⁹⁴. Esta confusión entre identidad social y personal conlleva frecuentemente sensación de conflicto interno y sufrimiento y puede desembocar en una crisis de identidad, como veremos ocurre en la adolescencia.

Entenderemos mejor qué significa la identidad social atendiendo al concepto planteado por Henry Tajfel de “categorización social”²⁹⁵. Si los seres humanos necesitamos clasificar el mundo en categorías distintas para adquirir una sensación de que así podemos comprenderlo mejor, al proceso mediante el cual el individuo se sirve de categorizaciones sociales para definirse a sí mismo y a los otros podemos llamarlo “identificación social”. Es decir, nos incluimos en algunas categorías sociales al tiempo que nos excluimos de otras y esto nos aporta sentido de identidad²⁹⁶. Si completamos esta idea mencionando la importancia de la interrelación social, con sus interacciones, diálogos y negociaciones correspondientes²⁹⁷, nos haremos una composición de lugar de lo que supone la mencionada identidad social.

Debemos tener presente que el hecho de que podamos percibirnos como un “yo” (lo que sería la sensación de una identidad singular, por muy mediada que esté por lo social) o como un “nosotros” (lo que tendría que ver con una identificación con lo social) depende de nuestra capacidad para concebir un “otros”, los demás, es decir, todos aquellos que no son ni uno mismo ni nuestro grupo de pertenencia. Es en este sentido en el que debemos tener en cuenta los aportes que el interaccionismo simbólico realiza para

²⁹³ *Ibidem*, p. 429.

²⁹⁴ Al llegar por ejemplo a la edad de la jubilación, o al entrar en la etapa de la adolescencia.

²⁹⁵ Henri Tajfel, “Social Psychology of Intergroup Relations”, *Annual Review of Psychology*, pp. 1-39, California, Palo Alto, 1982, cit. en Marta Rizo García, *op. cit.*, p. 129.

²⁹⁶ Debemos tener presente que el proceso de identificación social como modo de proporcionar sentido de identidad será especialmente relevante durante la etapa de la adolescencia, donde el grupo de iguales tendrá una función y un valor muy determinantes.

²⁹⁷ Marta Rizo García, *op. cit.*, pp.129s.

comprender el concepto de identidad.

Destaca el valor que desde esta perspectiva se le da a la *comunicación* –o interacción simbólica–, mediante la cual se realiza la socialización y el humano aprende la cultura en la que está inmerso. Y en este aprendizaje de lo que su cultura es también se va configurando su identidad, es decir, el sujeto se va construyendo como tal a través de lo social. Debido al carácter simbólico de la vida social, resulta de gran importancia la capacidad para interpretar la realidad social del sujeto que participa en la misma, que, al concebir la existencia de un otro, adquiere el propio sentido del ser, el carácter y la identidad²⁹⁸. Como pone de relieve G. H. Mead, el sentido del yo se va adquiriendo al tiempo que el sentido de la existencia del otro²⁹⁹, además, es la capacidad de ponernos en el lugar del otro mediante la reflexión lo que nos permite “regresar” a nosotros mismos, lo que pone de relieve de nuevo la interdependencia que existe entre la identidad y la alteridad³⁰⁰.

Otros autores, como Berger y Luckmann, también consideran que la identidad es “un fenómeno que surge de la dialéctica entre el individuo y la sociedad”³⁰¹. Goffman y Garfinkel han teorizado sobre esa “tensión” que es la identidad, remarcando el carácter construido de la realidad social y la importancia también del lenguaje en la constitución de dicha identidad³⁰², subrayando lo decisivo que en esta cuestión resulta este último aspecto, el lenguaje, ya que, a través de él accedemos al mundo, es la herramienta mediante la cual construimos la realidad y, asimismo, la interacción con otras personas y con nosotros mismos está ligada inevitablemente al mismo³⁰³ –sobre este aspecto incidiremos extensamente en el apartado dedicado al lenguaje, en el que veremos su importancia en lo que concierne a la configuración de la identidad.

²⁹⁸ *Ibidem*, p. 134.

²⁹⁹ *Idem*.

³⁰⁰ *Ibidem*, p.135. De esta manera, mediante la reflexión, se desarrollaría para Mead lo que denomina el *self*, esa capacidad de poder considerarse a uno mismo como objeto y como sujeto, y ello presupone el proceso social de la comunicación.

³⁰¹ Beatriz Muros, “El concepto de identidad en el mundo virtual: el yo online”, *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, vol. 14, 2 (2011), p. 51.

³⁰² Juan Carlos Revilla Castro, *op. cit.*, p. 10.

³⁰³ *Ibidem*, pp. 14s.

Erving Goffman pone de relieve asimismo la importancia del *ritual*. Éste constituye un acto expresivo y comunicativo, conformador de la vida cotidiana, que supone aspectos de la cultura incorporados e interiorizados por los sujetos sociales. Es en este sentido que actúa como generador de identidades sociales. También sobre esta cuestión volveremos más adelante, cuando abordemos la importancia de los ritos de paso en la etapa de la adolescencia.

Veamos ahora como este constructo que es la identidad cumple también la función de estrategia adaptativa, como una idea en la que el ser humano busca fuerza y sentido en una sociedad, ésta, la que nosotros hemos asumido como postmoderna³⁰⁴, que le resulta inhóspita, en la que la idea de comunidad se ha perdido y con ella, el sentido que daba al sujeto, pues el humano, por razones antropológicas necesita pertenecer a alguna “comunidad de sentido” que le proporcione raigambre y la sensación de tener un lugar en el mundo³⁰⁵. La identidad, para algunos estudiosos, se inventa en el momento en que la comunidad desaparece, pues como apunta el sociólogo Zygmunt Bauman, aquella vendría a sustituir a la comunidad, por ello la cuestión de la identidad despierta en la actualidad un enorme interés y constituye un hecho cultural de gran importancia³⁰⁶.

Si la cuestión de la identidad se considera un tema central en el mundo moderno, esto se debe a las últimas transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales de nuestra sociedad postmoderna, y los grandes cambios estructurales que se han producido desde que los pilares en los que la identidad descansaba, a saber, la familia, el trabajo, la religión y la nación, se han debilitado. Como consecuencia, la identidad se ha vuelto más

³⁰⁴ Denominada por otros autores como la segunda modernidad, o la modernidad líquida. La socióloga Irene Martínez Sahuquillo adopta esta terminología, “segunda modernidad”, en su artículo “La identidad como problema social y sociológico”, *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. CLXXXII (2006), p.811. Mientras que el concepto de “modernidad líquida” se lo debemos al sociólogo Zygmunt Bauman, en contraposición a “modernidad sólida”, aspectos que considera como caras de la misma moneda. Al aludir a la modernidad líquida se refiere al proceso por el que tiene que pasar el individuo para poder integrarse en una sociedad cada vez más globalizada, en la que la identidad constituiría algo maleable y voluble en pos de la supervivencia, como ya hemos comentado.

³⁰⁵ Irene Martínez Sahuquillo, *op. cit.*, p. 812. La autora hace aquí mención de la siguiente bibliografía: Peter L. Berger / Thomas Lukmann, *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*, 1997, Barcelona, Paidós.

³⁰⁶ Zygmunt Bauman, *La sociedad individualizada*, Madrid, Cátedra, 2001, pp.173s y *La cultura como praxis*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 51, citados en Irene Martínez Sahuquillo, *op. cit.*, p. 811. Esta idea de “la identidad como sustituto de la comunidad” ya aparece en la obra del año 1979 de P. L. Berger / B. Berger / H. Kellner, *Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia*, aunque la autora indica que incomprensiblemente Bauman no refiere a ella de modo expreso.

frágil e inestable. Dar respuesta a cuestiones como quién soy, a qué grupo pertenezco o con que valores y formas de vida me identifico se ha convertido en algo complicado, por lo que la construcción de una identidad consistente ya no es algo que pueda darse por sentado y las crisis de identidad están a la orden del día. La adhesión a una identidad grupal, por ejemplo, también sería un fenómeno resultante de esta situación identitaria precaria³⁰⁷.

Vemos pues como la postmodernidad pone de manifiesto un cambio en las características de los aspectos más personales como más sociales de la identidad. Podríamos decir que un rasgo estructural de la misma sería la libertad de opciones, o el sometimiento a la tiranía de las mismas –depende de la perspectiva desde la que lo miremos. Así pues, la identidad moderna se diferenciaría de la tradicional en que se ha vuelto progresivamente más individualizada, fragmentada, frágil, provisional y fluida. Esto es debido, entre otros factores, al hecho de tener que constituirse en una cultura basada en el dinero y el consumo, en la que también se oferta “el construirse a uno mismo como se desee”. La movilidad y la velocidad inherentes a los tiempos que corren generan fragmentación, discontinuidad, difuminación y confusión de las etapas de la vida, así como una constante toma de decisiones que lleva al individuo a tener que estar redefiniendo su identidad en función unas circunstancias vitales inestables, dando lugar a una identidad “plural”, “modular”³⁰⁸, en contraposición a lo que sería un *yo* más íntegro, por decirlo de algún modo, que subyazca al individuo, que esté más allá de roles, definiciones sociales y más allá también de lo situacional. Una identidad, podríamos decir, más consistente, más ligada a lo interno, a la propia experiencia que el sujeto va teniendo de sí y no tan a merced de los condicionante externos.

Podemos, a partir de estas reflexiones, ver hacia donde nos dirigimos con respecto al modo en como entender también la adolescencia: como *una construcción determinada por lo social, lo histórico y lo cultural, en la que la identidad se va forjando en retroalimentación constante entre lo individual y lo social*. Así, desde la autoimagen física hasta la identidad psicosocial veremos que estarán sometidas tanto a las opiniones y actitudes de, sobre todo, el grupo de iguales, como a los estándares que instancias

³⁰⁷ Cfr. Irene Martínez Sahuquillo, *op. cit.*, p. 811.

³⁰⁸ *Ibidem*, pp. 813-815.

macrosociales, como los medios de comunicación y la publicidad, propugnan y el sujeto adolescente absorbe³⁰⁹. Retomaremos estas interesantes cuestiones en la siguiente parte de nuestro trabajo.

§2. La construcción de la identidad: proceso multifactorial

Ya hemos señalado que la formación de la identidad constituye una tarea que se extiende durante toda la vida y que, como indica Victoria Camps, “nadie puede construirse una identidad en solitario, sin el apoyo de por lo menos una parte de la sociedad en la que se encuentra. Ya lo dijo Rousseau: ‘El hombre social, siempre fuera de sí, solo cabe vivir en la opinión de los otros y, por decirlo así, solo del juicio de ellos extrae el sentimiento de su propia existencia’”³¹⁰.

Detengámonos ahora en esos procesos concretos que intervienen en el modo en que se da forma y se construye la identidad.

1. Igualación-diferenciación. Identificación-desidentificación

Para forjarse una determinada identidad se debe tomar como modelo a alguien, cuyo comportamiento se imita y sirve de “guía” para que las múltiples tendencias y potencialidades lleguen a cristalizar en la unidad de una persona y a conformar la estructura de un yo, aunque al principio este yo sea la copia de otro. Por tanto, no puede haber yo si no es del otro y por el otro. El yo extrae su sustancia del tú que se la proporciona³¹¹. Sólo la imitación de otro permite que la personalidad de cada cual se constituya.

Los siguientes fragmentos escritos por María Zambrano significan expresamente esta necesidad del otro en la forja de la identidad propia. Todo humano necesita de un otro:

“Parece una necesidad del sujeto encubrirse. ¿De dónde le viene al sujeto esta necesidad, la necesidad de representarse o revestirse, de fabricarse una máscara? ¿De dónde procede esta especie de desdoblamiento, sino de algo

³⁰⁹ Cit. en Anastasio Ovejero Bernal / María de la Villa Moral Jiménez / Juan Pastor Martín, *op. cit.*, p. 147.

³¹⁰ Victoria Camps, *El gobierno de las emociones*, Barcelona, Herder, 2011, pp. 224s.

³¹¹ Clément Rosset, *Lejos de mí. Estudio sobre la identidad*, pp. 42, 48 y 50.

inserto en el sujeto mismo y a lo que podemos llamar el Yo? Cuando el sujeto se embebe en ese Yo, cuando se deja embeber por él, se hace personaje, deja de ser persona y entra a representar todo aquello que su Yo le impone. El sujeto se inventa a sí mismo, inventa una máscara, un tipo, un personaje”.³¹²

“El otro es la compañía que todo ser necesita. Nadie va solo (...), va acompañado del otro, sin el cual no podría hablar”, ¿por qué se le dio, según la palabra bíblica, una compañera a Adán? ¿Por qué no era bueno que estuviese solo? Porque solo no se sentía ni tan siquiera a sí mismo, a su propio cuerpo. Mas luego resultó que la compañera recibida en sueños era “la otra”, la “otredad”. Si no puede estar solo es porque está escindido”.³¹³

Por tanto, la identidad tiene algo de apropiación ajena, de imitación, de *igualación*.

Pero por otro lado, para poder ser uno mismo, se necesita que los otros nos devuelvan una imagen de nosotros mismos³¹⁴ —en este sentido también necesitamos a un otro— en un proceso que nos permita lograr la *diferenciación*. La identidad también implica esa necesidad, ese anhelo, de ser el individuo algo propio, diferente. De manera que en la construcción de identidad, tanto la identificación como la diferenciación son procesos imbricados entre sí y ambos igualmente necesarios. Como dice Camps, “las identidades colectivas tal vez sean condiciones necesarias para construir una identidad individual, pero son insuficientes”, porque la identidad individual debe forjársela uno mismo “y no dejar que se confunda y quede englobada en una identidad colectiva”³¹⁵.

En estrecha relación con el anterior está el proceso de *identificación-desidentificación*³¹⁶. Este proceso está condicionado por los lazos afectivos que se crean entre las personas. Consiste en tomar al otro como modelo a imitar (en el caso de los adolescentes veremos que es sobre todo el grupo de iguales el espejo en el que se miran) y, a la vez, en negar la identificación, intentando así diferenciarse de otras personas

³¹² María Zambrano, *Notas de un método*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 106.

³¹³ *Ibidem*, pp. 106-108.

³¹⁴ Esto recuerda a la idea popular de que todos tenemos una “media naranja”, esa persona que necesitamos encontrar para sentirnos completos.

³¹⁵ Victoria Camps, *op. cit.*, pp. 225s y 228.

³¹⁶ Juan Carlos Revilla Castro, *La identidad personal de los jóvenes. Pluralidad y autenticidad*, Madrid, Entinema, 1998, p. 31.

(como, por ejemplo, de los padres).

El proceso de *autoafirmación*³¹⁷ también interviene en la consecución de la identidad. Se trata del esfuerzo por mostrar la especificidad personal (algo extremadamente importante en el proceso de emancipación que supone la adolescencia).

Así, vemos como todos estos procesos en conjunto van dando forma la identidad personal de cada individuo y produciendo cambios en ella³¹⁸. Se trata de una identidad que “se construye en la tensión entre la auto y la heteropercepción, entre la auto y la heterodefinición”³¹⁹. Por ello la identidad es –volvemos a incidir sobre ello– un proceso y no una esencia ya dada; y en cuanto proceso es de carácter *relacional*: implica un proceso de identificación y otro de diferenciación y se va constituyendo como resultado de las relaciones sociales –mantenidas con los otros, tanto con los iguales como con los diferentes– en las que el sujeto participa. Es, por tanto, un proceso de producción y reproducción social, que se va configurando a lo largo de toda la vida; de carácter, pues, permanente, múltiple³²⁰ y abierto, complejo, elaborado, heterogéneo e incierto que depende de las pertenencias, fidelidades, compromisos, estrategias, roles y el lugar que el individuo ocupe en el espacio de la vida cotidiana en una sociedad concreta, con unas condiciones socio-históricas particulares³²¹.

Otros conceptos relacionados con la construcción de la identidad que también resultan interesantes a fin de comprender como se constituye este complejo proceso, a los que ya hemos aludido de un modo más o menos explícito, son los siguientes: El de *identidad negativa*³²², es decir, aquello que la persona no es ni desea ser. El de *proyecto de identidad*³²³, que podríamos definir como el deseo de ser de una determinada manera que

³¹⁷ *Ibidem*, pp. 31s.

³¹⁸ *Ibidem*, p. 19.

³¹⁹ Alejandro Reyes Juárez, *op. cit.*, p. 158.

³²⁰ Esto en el sentido de que al responder a la pregunta de ¿quién soy?, en la respuesta se expresarán atributos de la propia identidad así como diversas adscripciones identitarias en las que la persona en cuestión se ubica. Es decir, la identidad estaría, por así decirlo, compuesta por identidades múltiples.

³²¹ Alejandro Reyes Juárez, *op. cit.*, p. 149.

³²² Juan Carlos Revilla Castro, *op. cit.*, p. 28.

³²³ *Idem*.

un sujeto proyecta hacia el futuro y los esfuerzos que ha de realizar para ello. El *sentido de identidad*, en cuanto a que “la identidad es algo más que una serie de relatos en los que se reconoce la persona”. La identidad es “el saberse un sujeto concreto, único, intercambiable respecto de las demás personas de su entorno”³²⁴. Y para ello hace falta autenticidad y autonomía, cierta coherencia interna y estabilidad en el tiempo. La identidad, entendida como esa sensación de reconocerse como uno mismo, debe entenderse además como una *identidad viable*³²⁵, es decir, como una garantía, un compromiso de ser, que se mantenga en el tiempo, de tal modo que pueda establecerse una necesaria confianza en las relaciones interpersonales. Y es al incorporar el concepto de temporalidad a la conciencia del sí mismo, es decir, cuando dicha conciencia de uno mismo tiene memoria de su propia historia, cuando adquirimos nuestro sentido de la personalidad y de la identidad³²⁶. Vemos por tanto que la memoria también cumple un papel primordial en la configuración de un sentido de identidad personal.

2. La memoria

Otro factor de suma importancia en la constitución de la identidad es la memoria, que, como veremos más adelante, al igual que el lenguaje tiene un valor simbólico, pues el proceso de reconstruir las experiencias vividas implica un acto de creación a partir de símbolos. Es decir, la memoria constituye un proceso de reconstrucción simbólica de la realidad.

Para ver la relación que existe entre la memoria y la identidad resultan inspiradoras las siguientes palabras de Ortega y Gasset:

“Todo vivir es vivirse, sentirse vivir, saberse existiendo; donde saber no implica conocimiento intelectual ni sabiduría especial ninguna, sino que es esa sorprendente *presencia* que su vida tiene para cada cual [...] Esta presencia de mi vida ante mí que me da posesión de ella, que la hace 'mía' [...] La vida es saberse”.³²⁷

³²⁴ *Idem.*

³²⁵ *Idem.*

³²⁶ *Ibidem*, p. 308.

³²⁷ José Ortega y Gasset, *Unas lecciones de metafísica*, Madrid, Alianza, 1970, pp. 36s.

Esta presencia de mi vida ante mí implica tanto la identidad como la memoria, cuestiones ambas que se consideran inseparables, siendo inconcebible la primera sin la segunda³²⁸.

Resulta evidente el hecho de que necesitamos la memoria para poder recordar quienes somos, más si tenemos en cuenta que la identidad es un proceso en constante transformación que se da a lo largo del tiempo, que dura toda la vida y que no podría ocurrir ni tener sentido si no podemos recordar tanto hechos, como personas y circunstancias, que nos van moldeando a lo largo de la misma, así como recordar la idea que tenemos de quienes vamos siendo en cada momento determinado de nuestra existencia. Pero esta cuestión no es tan simple como parece.

Por un lado debemos tener en cuenta que la identidad se conforma en cuanto a una determinada biografía personal. Y toda autobiografía es un relato, una reconstrucción de la realidad que cada cual se hace de sí mismo y de sus circunstancias en función de sus propias percepciones y del reflejo que le devuelven los demás, en base también a sus propias percepciones, es decir, conforme a los relatos que los demás se hacen de la realidad tal y como la perciben. En este sentido son las palabras de Marc Augé acerca de la vida como relato:

“La vida real que vivimos y de la cual somos testigos cada día, etnólogos o no, psicólogos o no, hermeneutas o no, ¿no se presenta acaso como un intrincado tejido de historias, intrigas, acontecimientos que afectan a la esfera privada o a la esfera pública, que nos narramos unos a otros con mayor o menor talento y convicción?”.³²⁹

Podemos decir además que vivimos varios relatos simultáneamente y que en cada uno de ellos desempeñamos un rol distinto. Algunos de estos papeles se desarrollan en una esfera más pública y otros en una más privada, pero estos relatos siempre son el resultado de la memoria y del olvido, de un esfuerzo de composición y recomposición que es reflejo de la tensión por un futuro por llegar y una interpretación del pasado. Dicho esfuerzo tiene como resultado una versión, la propia, de los hechos. Así, aunque pretendamos mediante la memoria constituir el pasado y serle fiel, no deja de ser, como lo

³²⁸ David Rieff, *Contra la memoria*, Barcelona, Debate, 2012, p. 53.

³²⁹ Marc Augé, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1998, p. 39.

es la imaginación, una representación, una interpretación de la realidad³³⁰. Y esta interpretación está modelada, influenciada indefectiblemente, por los discursos oficiales y por el peso de los medios de comunicación, ya sea por asunción o por rechazo, pero en todo caso por asimilación de los mismos³³¹. Y en esta última reflexión hemos aludido a otro elemento esencial que acompaña a la memoria hasta el punto de que no podemos entender la una sin el otro. Nos referimos al olvido.

Memoria y olvido guardan una relación similar a la que tienen la vida y la muerte³³². Sólo las primeras, tanto memoria como vida, pueden adquirir sentido si se toma a la segundas, olvido y muerte, como un componente de la mismas. Pero antes de continuar definamos los conceptos “recuerdo” y “olvido”. El recuerdo podemos considerarlo como una impresión, un efecto que los objetos del exterior provocan en los órganos de los sentidos y que permanece en la memoria. Del mismo modo podemos entender el olvido como “la pérdida del recuerdo”. Así, lo que se olvida es un acontecimiento ya interpretado, tratado, pasado por el tamiz de nuestra percepción e interpretación³³³. Pues bien, la memoria consiste en una selección en la que se olvidan recuerdos para recordar otros, y es que no podemos recordarlo todo porque tampoco podemos contarlo todo. Desde el momento en que construimos una narración interna con los diferentes acontecimientos del pasado, estamos ya seleccionando en función de lo que consideramos significativo, relevante o susceptible de hacer que nuestra historia tenga una cierta coherencia³³⁴.

La identidad en cuanto que memoria, tanto voluntaria como involuntaria³³⁵, es, por tanto, una construcción hecha de “fragmentos”, pues no lo recordamos todo³³⁶,

³³⁰ Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999, p. 14.

³³¹ Marc Augé, *op. cit.*, pp. 47 y 49.

³³² *Ibidem*, p. 19.

³³³ *Ibidem*, pp. 22s.

³³⁴ Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 106.

³³⁵ Como dice Marc Augé, es “la experiencia de la memoria involuntaria la prueba de la identidad mantenida por el ser humano, pero esta prueba sólo puede ser administrada una vez olvidada”. Marc Augé, *op. cit.*, p. 80.

³³⁶ Decía Edmund Husserl, el fundador de la tradición fenomenológica, que aunque el yo está entretejido con todas “sus” vivencias, el yo que las vive no es nada que pueda hacerse un *objeto* propio de

seleccionamos y ahí está lo interesante, averiguar en base a qué realizamos esta poda de recuerdos. Un factor, además de lo ya comentado, parece tener que ver con la carga afectiva que poseen dichos recuerdos y que por ese motivo imprimen una huella en la memoria que hace prevalecer a unos recuerdos sobre otros, y es que parece ser que lo que hace que un acontecimiento permanezca en la memoria en forma de recuerdo es “la emoción provocada por la relación que se produce en un contexto humano, y el significado que adquiere este episodio en la historia personal”³³⁷. Resulta interesante señalar al respecto que la huella mnémica constituiría la “impresión biológica” mientras que el relato hecho de lo que recordamos supondría una “conciencia compartida”. La primera dependería de las informaciones recibidas del medio y el segundo dependería de las relaciones que se establecen con el entorno³³⁸. Esta apreciación pone de relieve la relación tan estrecha que el cuerpo, lo biológico, y lo social, tienen en la construcción de la memoria, y por extensión, en la identidad. Así, lo que establece nuestra identidad narrativa se vuelve posible debido a las relaciones, y si

“las figuras de vínculo afectivo hacen destacar los objetos que resultan sobresalientes para nosotros, los discursos sociales ponen de relieve los argumentos de los acontecimientos que constituyen el rompecabezas de nuestra identidad. Y sin esto no habría autobiografía”.³³⁹

investigación. El yo no tiene un contenido desplegable ahí delante y por eso es en parte indescriptible. Cfr. Edmund Husserl, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México/Buenos Aires, F.C.E., 1962², p. 190. Esta idea aparece recogida en muchos de sus discípulos. Por ejemplo, en Merleau-Ponty, quien dice: “Lo vivido no es jamás absolutamente comprensible [...] y, en fin, nunca formo una sola cosa conmigo mismo”. Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península, 1975, p. 358. Por su parte, Sartre, en esta misma línea, afirma “que no se puede 'tener' un pasado como se 'tiene' un automóvil o una caballeriza. Es decir, que el pasado no podría ser poseído por un ser presente que permaneciera estrictamente exterior a él, como yo permanezco, por ejemplo, exterior a mi estilográfica. En una palabra, en el sentido en que la posesión expresa ordinariamente una relación *externa* del poseedor con lo poseído, la expresión de posesión es insuficiente: las relaciones externas disimularían un abismo infranqueable entre pasado y presente, que serían dos datos de hecho sin comunicación real [...]. El pasado bien puede infestar al presente, pero no puede *serlo*; es el presente el que *es* su pasado”. Sartre, *El ser y la nada*, Madrid, Losada/Alianza Editorial, 1989², p. 145 y cfr. todo el capítulo II, dedicado a “La temporalidad”, pp. 139-200.

³³⁷ Boris Cyrulnik, *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2010, p. 204.

³³⁸ *Ibidem*, p. 203.

³³⁹ *Ibidem*, p. 204.

En cuanto al olvido, hay que decir, además, que sin la erosión provocada por éste nuestra memoria quedaría pronto “abarrotaada”. Vemos así que, en todo caso, la transformación que implica el desarrollo de la identidad a lo largo de la vida implica el olvido de algunos recuerdos y la memoria de otros. El olvido posibilitaría el cambio, al devolvernos al presente permitiéndonos seguir avanzando³⁴⁰. El recuerdo –moldeado por el olvido³⁴¹– proporcionaría ese asidero que nos permite reconocernos como nosotros mismos a lo largo de toda nuestra existencia aunque ya no seamos exactamente los mismos. Así, es lo que recordamos, pero también lo que olvidamos lo que nos hace ser quienes somos, –en este sentido son las palabras del autor anteriormente citado Marc Augé: “Dime qué olvidas y te diré quien eres”³⁴². Por tanto, nuestra biografía es un relato hecho de recuerdos y de olvidos. “En el olvido y el recuerdo encontramos inmediatamente la potencia de acción del tiempo, no solamente su orden. En este contexto, el olvido tiene preferencia: sin olvido no hay recuerdo, señala B. Waldenfels³⁴³.

Resulta también de interés observar como memoria y olvido son necesarios para poder aceptar adecuadamente el devenir del tiempo vital. Esto es, cada cosa tiene su momento y debemos asumir el paso del tiempo con la naturalidad que merece, admitir que somos criaturas temporales y que como dice Augé:

“no es ciertamente ni sensato ni útil no querer “acomodarse a la edad”; pero es aún más vano representarla, identificarse, alienarse, apearse al borde del camino, en algún punto entre la nostalgia de un pasado truncado y el horror de un futuro sin porvenir”.³⁴⁴

Palabras las del autor que nos llevan a reflexionar sobre la aceptación, o más bien la falta de aceptación, de este hecho en nuestra cultura en la actualidad, con el culto a la eterna juventud, no sólo física, si no también en cuanto a actitud vital se refiere³⁴⁵.

³⁴⁰ Marc Augé, *op. cit.*, p. 104.

³⁴¹ *Ibidem*, p. 27.

³⁴² *Ibidem*, p. 24.

³⁴³ Bernhard Waldenfels, *Exploraciones fenomenológicas acerca de lo extraño*, Barcelona, Siglo XXI/Anthropos, 2015, p. 85.

³⁴⁴ *Ibidem*, p. 103.

³⁴⁵ Cuestión que retomaremos en el capítulo siguiente cuando hablemos de los adultos “adolescentizados”.

En otro orden de cosas, si atendemos al aspecto exclusivamente individual de la memoria, podremos decir que parece singular y que constituye un criterio de la identidad personal³⁴⁶, en el sentido de que los recuerdos de cada cual son personales. La memoria entonces supondría “un modelo del carácter propio de las experiencias vividas del sujeto”³⁴⁷ que además le asegura a éste una continuidad temporal. Porque, si bien los recuerdos podemos considerarlos como fragmentos plurales y aislados, sería la memoria singular la que les dotaría de continuidad al integrarlos en un relato, proporcionándoles una cohesión narrativa³⁴⁸. Y esta orientación a lo largo del tiempo abarcaría el pasado y se extendería al futuro.

Pero no sólo podemos tener en cuenta la dimensión individual de la memoria. Ésta se encuentra íntimamente relacionada con lo social, pues, si bien es cierto que sin la memoria la unidad del yo se dispersaría y disgregaría en sensaciones aisladas e independientes unas de otras, la continuidad de la persona concierne al yo social, en cuanto a que lo que se hace o se dice es lo que queda reconocido oficialmente³⁴⁹, pero también en el sentido de que uno no recuerda en solitario, sino con la ayuda de los recuerdos del otro. Además, nuestros recuerdos se hallan inscritos en los relatos compartidos, en la memoria colectiva de nuestra comunidad, aunque para algunos autores, como por ejemplo el escritor y reportero David Rieff “recordamos en cuanto individuos, no como colectividades”³⁵⁰, matiz que a nuestro modo de ver, nos parece oportuno, aunque sea innegable el influjo que lo social tiene en nuestro recuerdo particular.

En todo caso, aceptando con sus limitaciones esta distinción entre memoria individual y colectiva, las características que anteriormente hemos enunciado como específicas de la memoria individual: un carácter propio, una continuidad y orientación a lo largo de la polaridad pasado-futuro, podrían ser atribuidas también a dicha supuesta

³⁴⁶ Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 16.

³⁴⁷ *Idem.*

³⁴⁸ *Ibidem*, pp. 16 y 20.

³⁴⁹ Clément Rosset, *Lejos de mí. Estudio sobre la identidad*, p. 26.

³⁵⁰ David Rieff, *op. cit.*, p. 60.

memoria colectiva, estableciendo una analogía entre ambas³⁵¹, es más, sugiriendo que las dos se constituyen simultáneamente y, concluyendo, que la identidad particular de cada cual se nutre inevitablemente de ambos aspectos de la memoria, a saber, el individual y el social, poniendo de nuevo en evidencia la interrelación que hay entre el sujeto y el contexto en la configuración de dicha identidad.

Es importante poner de manifiesto que la memoria, como “cohesión narrativa”³⁵², está mediada lingüísticamente, lo que relaciona a la memoria con otro de los aspectos fundamentales en la configuración de la identidad sobre el que incidiremos extensamente más adelante, el lenguaje, y que dicha mediación lingüística y narrativa –así también la lengua en la que se expresa– es de naturaleza social y pública³⁵³, poniendo de nuevo de relieve la interrelación que se da entre lo individual y lo social en lo que concierne a la configuración de la identidad.

La memoria se encuentra además relacionada con la imaginación, aspecto del que ya hemos hablado y que interviene en la conformación de la identidad, pues sabemos que ésta supone también un ejercicio de creatividad y, aunque los recuerdos son reales en cuanto que se derivan de una experiencia vivida (al menos la mayoría de las veces), siempre conllevan un cierto grado de distorsión³⁵⁴, de invención. Hemos hecho alusión a esta relación entre memoria e imaginación al decir que todo recuerdo es una interpretación de la realidad y en este sentido, por tanto, una creación en la que el olvido cumple la función de moldear dicho recuerdo, de ayudar a recrearlo. Y es, además de las propias limitaciones perceptivas del ser humano, la propia naturaleza de las cosas ausentes que recordamos cuando nos faltan, así como la específica naturaleza del tiempo –la distancia temporal en concreto, la temporalidad propia del recuerdo– las que influyen en como el olvido conforma el recuerdo. Así, aunque la memoria desee y asuma el esfuerzo de un recuerdo fiel y exacto, dicho trabajo no resulta posible³⁵⁵.

³⁵¹ Paul Ricoeur, *op. cit.*, pp. 17-19.

³⁵² *Ibidem*, p. 20.

³⁵³ *Idem*.

³⁵⁴ David Rieff, *op. cit.*, p. 77.

³⁵⁵ Paul Ricoeur, *op. cit.*, pp. 29s. Esto es así, en parte, porque como hace ver Waldenfels, “al recuerdo se le despierta pero no se le hace [...] El recordar [...] no puede ser forzado ni ordenado, igual que el olvido no se presenta como acto intencional o comportamiento guiado por reglas”. Bernhard Waldenfels, *op. cit.*, p. 85.

Otra idea que viene a corroborar esto último tiene que ver con el uso de la memoria y el hecho de que a veces parezca haber un exceso de la misma y otras un defecto³⁵⁶. El carácter selectivo de la memoria tiene que ver, no sólo como resultado del hecho de envejecer³⁵⁷, sino con que el olvido es una necesidad y también una estrategia³⁵⁸ adaptativa. Si no olvidáramos correríamos el riesgo de quedar atrapados en el pasado sin la posibilidad, ni de vivir el presente ni de proyectarnos hacia el futuro³⁵⁹. Podríamos decir que lo que asegura la salud de los individuos y de las sociedades no es tanto su capacidad de recordar como la de, para al fin, olvidar³⁶⁰, o en todo caso, parece razonable concluir que se hace necesario un cierto equilibrio entre ambas capacidades.

Otro aspecto a considerar con respecto a la identidad en cuanto que construcción narrativa que un individuo hace sobre su propia biografía, es la capacidad de reflexión implícita en dicho proceso. Es decir, la capacidad que el individuo tiene de dar sentido a sus experiencias, de reflexionar sobre las mismas, en base a sus propios valores y creencias. En este sentido podemos hablar de *identidad reflexiva del yo*³⁶¹, pues implica que el individuo reflexione sobre sí mismo y su realidad y que construya ésta de forma narrativa, dando sentido y significado a las experiencias pasadas, al presente y a la proyección del futuro³⁶². Parece que dicha capacidad reflexiva se va desarrollando a lo largo del tiempo, de modo que, si bien el sujeto adolescente todavía se basaría en modelos externos para guiar su vida y emitir sus juicios, dependiendo de un otro, bien por

³⁵⁶ El olvido “irrumpe en la experiencia como un accidente, un lapsus”. “El olvido [...] nos inquieta. Solamente puede describirse como una pérdida —la pérdida de un saber, un poder o un sentido—, como oscurecimiento, como privación. En cuanto nos inquieta, lo olvidado está y no está presente”. Bernhard Waldenfels, *op. cit.*, pp. 83s.

³⁵⁷ David Rieff, *op. cit.*, p. 49.

³⁵⁸ Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 39. Idea que el autor atribuye a Nietzsche.

³⁵⁹ *Ibidem*, p. 41. “El *olvido normal* de lo que alguna vez estuvo disponible; se trata de una especie de desaprendizaje en el cual el aprendizaje es anulado. Lo que se nos grabó, pierde su grabación”. Bernhard Waldenfels, *op. cit.*, pp. 83s.

³⁶⁰ David Rieff, *op. cit.*, p. 68.

³⁶¹ Luitza Botempo e Silva / Rosa del Carmen Flores Macías / Leticia Nayeli Ramírez Ramírez, “La construcción de la identidad personal y el desarrollo de la auto-autoría”, *El Ágora USB*, vol. 12, 2, (2012), p. 422.

³⁶² *Idem*.

identificación o por diferenciación, el adulto propiamente dicho asumiría un papel activo en la decisión acerca de lo que cree. Así, sus juicios estarían basados en evidencias relevantes y contextuales, mostrando por tanto una independencia de la aprobación externa y un sentido de identidad más integrado que le proporcionaría la confianza necesaria para actuar. También le permitiría gestionar mejor la incertidumbre y le permitiría además relacionarse con el otro de un modo más auténtico³⁶³.

El proceso de construir una identidad de un modo reflexivo³⁶⁴ está necesariamente vinculado al contexto en que se desarrolla. Dicho contexto es el que proporciona un sistema simbólico, de valores y significados, en constante transformación pero con la estabilidad suficiente para sustentar y organizar la narrativa del sujeto de manera que pueda ser, y además deba ser, comprendida por otros sujetos que compartan la misma estructura simbólica. Desde esta perspectiva el lenguaje cobraría una importancia capital en el desarrollo de la identidad –como veremos más adelante– y la configuración de la misma se daría en la interacción del individuo con un determinado contexto, no siendo éste un sujeto pasivo, sino que su capacidad de reflexionar sería la que daría sentido y coherencia a los cambios e incertidumbres que fueran surgiendo³⁶⁵.

Los elementos que configurarían una identidad suficientemente consistente pero también flexible para adaptarse a las exigencias de la vida serían: la coherencia, la confianza, la integración o unificación, la seguridad y la reflexividad³⁶⁶. La coherencia establecería un vínculo adecuado entre el pasado, el presente y el futuro. La confianza permitiría pasar a la acción a pesar de la incertidumbre. La integración o unificación de los diferentes aspectos de uno mismo proporcionaría estabilidad y flexibilidad ante las diferentes experiencias vitales. Estos tres aspectos: coherencia, confianza e integración serían fundamentales para la constitución de la seguridad, entendida como un sentimiento de continuidad y de orden de los sucesos³⁶⁷, que surge de la capacidad de reflexionar.

³⁶³ *Ibidem*, p. 427. Las autoras remiten aquí a las investigaciones de Baxter Magolda.

³⁶⁴ *Ibidem*, p. 422. Las autoras remiten aquí a Giddens y a Ricoeur.

³⁶⁵ *Ibidem*, p. 423.

³⁶⁶ *Ibidem*, p. 424.

³⁶⁷ *Ibidem*. Para definir el significado de seguridad las autoras citan a Giddens, del que nosotros tomamos el significado, y transcriben textualmente lo que dicho autor entiende por seguridad ontológica: “sentimiento de continuidad y orden en los sucesos, incluidos aquellos que no caen directamente dentro del entorno perceptivo del individuo”.

Dicha capacidad, para la cual se necesita un determinado desarrollo cognoscitivo, implica aceptar y poder gestionar la incertidumbre. A mayor capacidad reflexiva mayor integración de los diferentes aspectos de la identidad en un todo coherente, al tiempo que flexible y dinámico³⁶⁸.

3. La invención creadora

Si la memoria está intrínsecamente vinculada a la identidad esto no es ningún impedimento para que también forme parte de ella la creación, además, ya hemos visto que la propia memoria es en cierto modo un acto creativo. La identidad del individuo lleva consigo también la invención creadora. Debemos tener presente además que en la configuración de la misma participan, a lo largo de toda la vida, tanto procesos conscientes como inconscientes.

La creatividad es una de las maneras más importantes que tiene el ser humano de aprender y de adaptarse a la vida y es en la adolescencia más que en ninguna otra etapa cuando el deseo de experimentar e inventar con la identidad se hace más notable. Hemos ido viendo como son muchos los factores que inciden en la constitución de la misma, pero en última instancia, es el acto creativo propio de cada persona el que le da a la identidad de cada cual su carácter singular e irrepetible. Como en todo acto creativo, la imitación desempeña un papel esencial y es el punto de partida desde el que el sujeto va construyendo, al introducir las variantes o combinaciones de elementos propias, su identidad inédita a lo largo de toda su existencia en el constante proceso adaptativo y relacional que es, al fin y al cabo, la vida.

Debemos tener presente además que la identidad no es una estructura rígida y monolítica³⁶⁹, se trataría más bien de una confluencia de identidades subjetivas organizadas, por decirlo así, jerárquicamente, que entrarían en juego en función del contexto, del momento histórico y de la interrelación social en cuestión³⁷⁰ y que estarían en constante construcción y modificación –perdiéndose elementos de identidad que en un

³⁶⁸ *Ibidem*, p. 430.

³⁶⁹ *Ibidem*, p. 126.

³⁷⁰ *Ibidem*.

determinado momento fueron importantes, para sustituirlos por otros con significado³⁷¹— en función de la etapa vital de la persona y de los acontecimientos en que se vea implicada. En este sentido la identidad constituiría un acto creativo y no una realidad objetiva a asumir. Más aún en ésta nuestra sociedad de hoy en día, en la que el individuo crea su identidad, como decíamos, a partir de los modelos y de las posibilidades culturales que tiene a su alcance. Aunque no debemos olvidar que esta “libertad” a la hora de construir la identidad propia está condicionada por aquellas instituciones sociales que ejercen un control social sobre la construcción de la misma —como ocurre por ejemplo en lo que atañe a la identidad nacional— y que esta supuesta libertad es un privilegio que no comparten todas las personas, sino que gozan sólo aquellos que pertenecen a la clase dominante, quedando una gran mayoría excluidos de tal posibilidad, en una situación de marginalidad y condenados a “identidades de exclusión”, identidades estigmatizantes, humillantes y deshumanizadas, que otros les imponen y les obligan a asumir³⁷² sin que tengan la posibilidad de liberarse de tal carga.

En relación con esto último está el hecho de que en la construcción de la identidad es determinante el marco de relaciones de poder en las que se encuentra inmerso el individuo, en cuanto que posibilitaría unas determinadas maneras de ser pero no otras, y en este sentido también es determinante la *posición social*. Entonces, a mayor igualdad social, a mayor acceso a recursos, tanto simbólicos como materiales, en definitiva, a mayor igualdad de oportunidades, más *posibilidades de ser* tendrá el individuo³⁷³. Por tanto, el acto creativo que supone confeccionar una determinada identidad se ve delimitado por las posibilidades que el contexto en el que el individuo está inmerso le ofrezca, además de por la capacidad que dicho individuo tenga de aprovecharlas o de sobreponerse —dentro de los límites de lo posible— a las adversidades de un medio

³⁷¹ *Ibidem*, p. 128.

³⁷² *Ibidem*, pp. 126, 127, 129 y 131.

³⁷³ La importancia de la educación en esta cuestión es evidente. Esto nos obliga a reflexionar sobre la situación de crisis actual y las terribles implicaciones que la misma traerá a las futuras generaciones. Así, los sucesivos recortes sociales a los que estamos asistiendo, en concreto, los que atañen a la Educación pública, suponen que las personas con menos recursos económicos vean limitadas dramáticamente sus *posibilidades de ser* en relación con los que sí pueden costearse los estudios superiores. O que tantos prometedores estudiantes y jóvenes en busca de trabajo, cuya inestimable contribución a hacer una sociedad, un país, el nuestro, más civilizado en el mejor sentido de la palabra, vean truncadas sus posibilidades y deban emigrar.

desfavorable.

El sociólogo Zygmunt Bauman también aludiría a la invención como el recurso que el individuo de la sociedad globalizada actual utiliza para poder adaptarse a las exigencias de lo que él denomina la “sociedad líquida” –propia de la postmodernidad– caracterizada por el aumento de las posibilidades de movilidad física y social y por un carácter de fluidez que genera incertidumbre y convierte los vínculos, los roles y los proyectos de futuro en algo trivial. La diversidad de opciones y el aumento de las posibilidades de decisión provocan desorientación y angustia³⁷⁴, haciéndose más apremiante una adecuada y estable identidad. Pero las identidades, en esta sociedad, sólo parecen estables desde la apariencia y son vividas por el propio sujeto desde la fragilidad y el desgarrar constantes. Una identidad flexible, versátil, maleable, voluble y en constante creación y recreación es a la que se ve abocado el individuo por una cuestión de supervivencia.

Francesco Remotti es uno de los autores que, desde el ámbito de la antropología, introduce la cualidad de invención en el concepto de identidad, al considerar que ésta se basa en decisiones y se organiza de distintos modos, por lo que, de alguna forma siempre se construye, se inventa. Además, la define como: recurso, exigencia irremediable, susceptible de negociación constante, ceñida a particularidades. Considera también que existe una tensión entre la identidad y la alteridad, pues la construcción de la primera es a precio de fricción con la segunda³⁷⁵. Y es que la creación de la identidad requiere de la experiencia y relación con el *otro*, con aquel distinto a mí pero del que dependo para entenderme y reconocirme como sujeto³⁷⁶.

Otra manera de entender la identidad como acto creativo es tener en cuenta su dimensión de construcción simbólica en la interrelación social, esto es, además de constituir algo objetivo, también es algo subjetivo al mismo tiempo, pues depende de la percepción interna que tienen las personas de sí mismas, en función de sus círculos de pertenencia, sus atributos personales y de su biografía particular y única³⁷⁷.

³⁷⁴ Luitza Botempo e Silva / Rosa del Carmen Flores Macías / Leticia Nayeli Ramírez Ramírez, *op. cit.*, p. 423.

³⁷⁵ Cit. en Clara Copeta / Rubén Lois, *op. cit.*, p. 20.

³⁷⁶ Marta Rizo García, *op. cit.*, p. 137.

³⁷⁷ *Ibidem*, pp. 131s.

El símbolo es un modo de darle forma a nuestra realidad. En este sentido, la memoria también tiene una importancia simbólica, ya que nuestra historia personal, tal y como nos la contamos y la contamos a los demás, es un acto creativo a partir de símbolos y juicios propios, es decir, una reconstrucción de dicha realidad, como ya hemos visto. Por ello podemos decir que nuestra identidad se nutre de la inventiva, de la creatividad implícita en nuestra manera de interpretar nuestra historia personal y, no sólo eso, sino toda la realidad. Volveremos a incidir en esta cuestión cuando hablemos de la importancia del lenguaje y de la capacidad de los individuos para construir juicios propios³⁷⁸ a la hora de construir su identidad.

4. El cuerpo

No podemos entender el proceso de construcción de la identidad sin hacer alusión al cuerpo. El organismo se muestra en una doble dimensión, como parte de la naturaleza y como factor de cultura.

Entonces, ¿cómo podemos definir el cuerpo hoy en día y cómo dicha definición condiciona el significado de la identidad? Empecemos explorando la dimensión biológica del organismo para conectarla después con su dimensión cultural y desde ahí podremos proponer una visión de la identidad atravesada por el constructo que denominamos cuerpo.

Los espectaculares avances en el ámbito de la neurociencia a lo largo de esta última década dan cuenta de nuevos descubrimientos con respecto al modo en que el cerebro humano y la mente —esa extraordinaria capacidad humana de observar, conocer y predecir— procesan las experiencias³⁷⁹. Estos hallazgos atestiguan la enorme importancia que lo corporal tiene en dicho proceso y de la necesidad de una coherencia entre cuerpo y cognición para tener una vivencia integrada, es decir, un sentido, de la propia identidad. Así, se hace imprescindible la coherencia entre los aspectos cognitivos y los aspectos corporales, donde tanto las creencias, como las emociones, como la organización física de la persona —el nivel de activación fisiológica, las sensaciones, la postura, los movimientos

³⁷⁸ Luitza Botempo e Silva / Rosa del Carmen Flores Macías / Leticia Nayeli Ramírez Ramírez, *op. cit.*, p. 426.

³⁷⁹ Pat Odgen / Kekuni Minton / Clare Pain, *El trauma y el cuerpo. Un modelo sensoriomotriz de psicoterapia*, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer, 2009, p. 21.

del cuerpo...— se constituyan en un todo congruente³⁸⁰. Y es que las sensaciones corporales, a modo de fondo constante de nuestra experiencia de la existencia, de nuestra manera de vivenciarla, son muy importantes para nuestro sentido de la propia identidad.

La conciencia de un “yo” propio probablemente dependa en gran medida del conocimiento más o menos preciso del cuerpo en sí, incluidos sus órganos y también sus funciones vitales³⁸¹. A su vez, nuestra vivencia de las sensaciones corporales está intensamente determinada por el sentido y la interpretación que le atribuimos, dándose una constante retroalimentación entre los denominados en neurociencia “procesos ascendentes” o *bottom-up* —las acciones físicas— y los procesos de nivel superior —las acciones mentales. En ello consistiría la vivencia emocional³⁸². Y es que, al parecer, nuestra identidad corporal, es decir, lo que somos a nivel físico, estaría constituida por un núcleo y una periferia, partes que deben estar integradas para tener un sentido de la propia identidad integrado a su vez a nivel psicológico. El núcleo constituye el centro simbólico

³⁸⁰ *Ibidem*, pp. 48s.

³⁸¹ Resultan muy interesantes algunas investigaciones en el ámbito de la neurociencia que se centran en la reacción de la mente en situaciones límite del cuerpo y como afecta a la conciencia de uno mismo, es decir, al sentido de identidad. Dichas investigaciones tienen en cuenta las especulaciones del psicólogo Julian Jaynes, que le llevaron a formular su teoría de la mente bicameral sobre el origen y evolución de la conciencia humana. No vamos a exponer aquí su teoría porque resultaría demasiado extenso, sólo mencionar que según dicha teoría nuestros ancestros de hace 6000 años vivían en un estado de conciencia distinto al del ser humano moderno y que la concepción de la conciencia como algo unitario, la idea de un “yo”, ha sido el resultado de un proceso evolutivo. Retomando la cuestión con la que comenzábamos, en las investigaciones a las que aludíamos, se ha estudiado que cuando el cuerpo se ve sometido a un enorme estrés debido a condiciones extremas que lo ponen “en modo de supervivencia” parece que el hemisferio cerebral derecho, más relacionado con lo instintivo, también con la creatividad y donde se ubican la percepción y orientación espacial, toma un papel preponderante. Entonces la conciencia se altera y algunas capacidades cerebrales se ven alteradas también —como la de la localización en el espacio, por ejemplo— puestas ahora al servicio de la supervivencia. Esta alteración de la conciencia es la que algunos investigadores asocian a experiencias que supervivientes de catástrofes o estados corporales límite comparten y que relatan como sentir una presencia salvadora que les protegió ayudándoles a sobrevivir (el famoso “ángel de la guarda” en nuestra cultura). Ese “alguien” que en situaciones límite apareció para socorrerlos, tranquilizándolos y ayudándolos a pensar con claridad, o haciéndoles sentir que no estaban solos o “mostrándoles la salida”, podría ser el resultado de una activación, por efecto del estrés, de determinadas áreas del cerebro —la mismas implicadas en proporcionar un sentido de la identidad— que al alterar la percepción del propio cuerpo y de su localización en el espacio, repercutiría también en la sensación de sentirse como uno, como un “yo”. Sería algo así como que se duplicara la sensación de uno mismo al percibirse localizado en dos puntos del espacio distintos, pero sólo se reconociese como el sí mismo a una de las dos sensaciones, sintiéndose la otra como alguien diferente, como una presencia. Trastornos mentales en los que la sensación de identidad se ve afectada o en los que se aprecia una disociación de la conciencia, como por ejemplo la esquizofrenia, han sido estudiados teniendo en cuenta esta perspectiva somatocognitiva.

³⁸² Pat Odgen / Kekuni Minton / Clare Pain, *op. cit.*, pp. 24 y 72.

y físico del cuerpo y representa el sentido nuclear de la propia identidad. Veámoslo más detenidamente:

“El núcleo incluye los músculos intrínsecos del tórax, la pelvis y los pequeños músculos que unen los segmentos de la columna y son los responsables de mantener el cuerpo derecho. Un núcleo fuerte y equilibrado facilita un eje estable en torno al cual se realizan los movimientos periféricos [...] el soporte nuclear permite hacer los movimientos periféricos extrínsecos de los brazos, las piernas y la cabeza con menor esfuerzo y energía. Un núcleo fuerte brinda una sensación interna, física y psicológica, de estabilidad, ayudando a la persona a sentirse más “centrada” y fortaleciendo el *locus* interno de control. A veces se alude a los músculos intrínsecos del núcleo como los músculos del “ser”, mientras que los músculos extrínsecos de la periferia serían los músculos del “hacer”. [...] Los movimientos periféricos integrados junto con un núcleo estable, se traducen en acciones bien coordinadas y generan una sensación de integridad, armonía y satisfacción”.³⁸³

Nuestra imagen corporal está íntimamente relacionada con nuestra identidad física. Estar en contacto con las exigencias y requerimientos de nuestro yo corporal es básico a la hora de configurar nuestra imagen y fundamental también en lo que concierne al cuidado de nosotros mismos. Vemos así como lo somático y lo cognitivo –cuerpo y mente– constituyen un *continuum* en constante retroalimentación, un referente y también una guía, cuya finalidad última es la vida, ese esfuerzo constante por encontrar nuestra particular forma de orientarnos en el mundo y de adaptarnos a sus exigencias.

La aparición de la conciencia del sí mismo a nivel corporal y cognitivo, esto es, de un cierto sentido de identidad, parece tener por tanto una función adaptativa, pues el motivo por el que las mentes conscientes predominaron en la evolución fue porque dicha conciencia mejoró la regulación y la conservación de la vida. Para António Damásio, por ejemplo, el *sí mismo*, en su función de representante del valor biológico, “motiva y orquesta la inmensa complejidad cognitiva que es la característica distintiva de las mentes conscientes actuales de los seres humanos”³⁸⁴.

El proceso evolutivo que conllevó la aparición de la mente, después la mente consciente y más tarde la mente consciente capaz de producir cultura, como proceso

³⁸³ *Ibidem*, pp. 454-456.

³⁸⁴ António Damásio, *Y el cerebro creó al hombre*, Barcelona, Destino, 2012, p. 281.

adaptativo que es, aún no ha terminado. La actual revolución tecnológica, la globalización de la información y en fin, todos los cambios que se están dando en nuestras sociedades a un ritmo además vertiginoso, son presiones e influencias que quizás producirán modificaciones en los procesos cerebrales que dan forma a la mente y a la identidad personal, cambios por tanto en la totalidad del ser humano³⁸⁵.

Los últimos avances neurocientíficos acerca de la relación entre mente y cuerpo a los que hemos hecho alusión y de su importancia en la configuración y sentido de la identidad, se han hecho posibles gracias al antiguo interés suscitado por lo que se denomina *cenestesia*, esto es, a la percepción interna del propio cuerpo. Por ello haremos un breve recorrido histórico acerca de dicho concepto.

La importancia dada a las sensaciones internas vitales se remonta a los discípulos de Aristipo de Cirene en la antigüedad, que hablaban del *tactus intimus* –según traduce Cicerón–, pasando por Michel de Montaigne, que recuerda las palabras del sabio romano acerca de los cireneos, o René Descartes, con su análisis de las actividades sensoriales en los dominios del cuerpo, el mundo y la conciencia. Ya en el siglo XVII Baruch de Spinoza propone a los filósofos un nuevo modelo, el cuerpo y, en una de sus tesis más célebres conocida por el nombre de *paralelismo*, niega cualquier relación de causalidad real entre el cuerpo y el espíritu y de cualquier supremacía de uno de ellos sobre el otro. De este modo trata de mostrar que el conocimiento que tenemos, tanto del cuerpo como del pensamiento, supera nuestro nivel de conciencia³⁸⁶.

En el año 1794 en Halle, en una tesis doctoral dirigida por Johann Christian Reil, aparece por primera vez el término *coenaesthesia*. Entendida como una inicial sensación vital, la cenestesia fue considerada el origen de toda vida psíquica, en la medida en que ésta se origina en las aferencias sensoriales. Siguiendo razonamientos como el de Théodule-Armand Ribot en 1884 en *Les maladies de la personnalité*, si la actividad sensorial determina la vida mental y si todas las actividades sensoriales se derivan de la cenestesia, se puede llegar a afirmar que nuestra personalidad se basa en las señales,

³⁸⁵ *Ibidem*, p. 280.

³⁸⁶ Gilles Deleuze, *Spinoza. Filosofía práctica*, Barcelona, Tusquets Editores, 2009, pp. 27s. Con estas ideas se abona el terreno para la consideración de la existencia del mundo del inconsciente. Podríamos pensar además que, en este sentido, la identidad propia supera la conciencia que se tiene de ella; es decir, una parte del sentido de identidad pertenecería al ámbito de lo inconsciente.

parcialmente inconscientes, que proceden de la vida corporal³⁸⁷. Así, el *yo*, sería un estado fluctuante, debido a la incansable variabilidad de los estados corporales. Vemos como en el siglo XIX se desarrolló una corriente de pensamiento que consideraba que había una estrecha y directa relación entre la sensorialidad del cuerpo y la conciencia y el *yo*, es decir, “el *yo*, la persona moral, es un producto cuyos primeros factores son las sensaciones”³⁸⁸. En el siglo XX, Sigmund Freud o Charles Blondel prestarán atención a esta relación. Blondel hará hincapié en la importancia del lenguaje —de los instrumentos lingüísticos recibidos y aprendidos de la sociedad— a la hora de elaborar, en forma de pensamientos, las percepciones corporales. El autor hará referencia a Emile Durkheim y a su reflexión acerca de como no todo en nosotros depende directamente del factor orgánico. Lo social se superpone al sustrato biológico, por lo tanto, las ideas, las creencias y sentimientos que la religión, la ciencia y, en general la cultura, imprimen en nosotros, todas esas formas de actividad psíquica que la sociedad nos despierta y desarrolla, se superponen a nuestro cuerpo. Así, sería la sociedad la que, mediante el lenguaje, impondría su ley al cuerpo y regiría la conciencia. De este modo, se produciría un desplazamiento del cuerpo como productor al cuerpo como portador. Portador y también ejecutor de significados, según los códigos y reglas de la sociedad en la que se haya inmerso. Las manifestaciones motrices de cada persona estarían estrechamente definidas al respecto de un modelo colectivo, por tanto, lo biológico y lo social estarían profundamente imbricados, siendo el cuerpo también una manifestación de la estrecha relación que hay entre la identidad personal y la identificación social³⁸⁹.

Por su parte, Freud, ya antes de que Durkheim y Blondel dieran cuenta de la importancia del lenguaje elaborado por la colectividad y su influencia sobre la cenestesia,

³⁸⁷ Jean Starobinski, “Breve historia de la conciencia del cuerpo”, en Michel Fehrer / Ramona Naddaff / Nadia Tazi (eds.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Vol. II, Madrid, Taurus, 1991, p. 357.

³⁸⁸ *Ibidem*, p. 358.

³⁸⁹ Este hecho resulta especialmente notorio en la adolescencia. Lo podemos observar por ejemplo en la conformación por parte de los adolescentes de “tribus urbanas” o grupos que comparten una determinada estética —física, musical, incluso ideológica—, el interés que ponen en todo lo relativo a la apariencia física en relación al grupo de iguales, en la importancia que la moda tiene para ellos y en el valor que cobra el propio cuerpo, en plena transformación además. En este sentido, tener presente también que en dicho momento vital la sexualidad pasa a ocupar un primer plano, lo biológico irrumpe violentamente y la influencia de la cenestesia en el comportamiento individual y social se hace más que evidente.

opuso a ésta última la relevancia del lenguaje, pero de un lenguaje en el que las normas sociales están sólo parcialmente representadas por la censura y las prohibiciones³⁹⁰, a diferencia de los autores anteriormente citados. Freud, además, le da al cuerpo, a través del estudio de la psicosomática, el papel de *lugar* y también de *medio* a través del cual se manifiesta todo aquello que no puede elaborarse psicológicamente. De esta manera, el cuerpo puede representar el primer significante utilizado por el lenguaje. Cuando la persona “no puede poner en palabras” es el cuerpo el que “habla”. Vemos entonces como el cuerpo biológico es también cuerpo simbólico por efecto de la socialización, de la inmersión en una determinada cultura y como ambos aspectos están íntimamente imbricados.

Enmarcada en una perspectiva bio-psicosocial está la figura de Wilhelm Reich. Apartado del psicoanálisis oficial desde 1934 por sus avanzadas ideas, su trabajo supuso un avance notorio con respecto a las primeras teorizaciones de Freud. Para Reich el carácter de la persona supone una estructura rígida, que denominó “*coraza caracteriológica*”³⁹¹, producto de las represiones de la educación, resultado del miedo al castigo, cuya función es proteger al individuo de los peligros, tanto externos como internos. Esta coraza se manifiesta en el cuerpo y también en la psique del sujeto, es decir, desde la postura corporal, a cómo la persona se mueve, pasando por todo aquello concerniente a la psicosomática, hasta la manera en cómo se elabora el pensamiento y el comportamiento resultante, es la manera en la que dicha coraza se pone de manifiesto. El individuo constituiría pues su carácter o personalidad en una constante retroalimentación entre el mundo externo –lo social y su mundo interno– lo biológico y lo psicológico. Algunas de las grandes aportaciones de este peculiar autor tienen que ver con el hecho de que, según él concebía la técnica psicoanalítica, no sólo era importante hacer consciente lo inconsciente mediante el recuerdo, sino que se necesitaba también introducir la experimentación sensorial, corporal y afectiva, para que, a través de la experiencia emocional, el paciente venciera la resistencia erigida ante los contenidos inconscientes, contenidos a los cuales están ligados unos determinados afectos, que de este modo quedarían liberados de un modo integral.

³⁹⁰ Pensemos en el lenguaje de los sueños, en los chistes y en los actos fallidos que estudió Freud.

³⁹¹ Wilhelm Reich, *Análisis del carácter*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 64.

La consideración de la personalidad, del carácter, como una interrelación en la que se integran el cuerpo, la psique y el ambiente social en el que el individuo se desarrolla es una de las grandes aportaciones de Reich. El hecho de que, para un buen funcionamiento del organismo –entendido éste como ente bio-psicosocial– haya considerado necesario el mantenimiento de la homeostasis³⁹² en el mismo, da cuenta de la importancia que para el autor tenía el cuerpo en la consecución de la salud del organismo, entendido éste último como cuerpo biopsicológico y como cuerpo social³⁹³. Éstas mismas consideraciones fundamentan algunos de los modelos de psicoterapia más avanzados, donde la psicología somática y la neurociencia se ponen al servicio del tratamiento de los traumas psicológicos en particular y de la comprensión del ser humano en general.

Hemos visto entonces como desde la antigüedad hasta las últimas investigaciones en el ámbito de la psicología y de la neurociencia ponen de relieve que la constitución de la identidad es un proceso “biopsicosocial”, es decir, tanto el cuerpo como entidad biológica donde lo físico y lo cognitivo actúan en íntima interrelación, como el cuerpo como lugar simbólico donde lo cultural modela y deja su huella, este cuerpo que alberga al mismo tiempo esta doble dimensión, constituye un aspecto imprescindible a la hora de concebir el significado de lo que la identidad supone para el individuo.

Exploremos ahora la vertiente social del cuerpo de un modo más exhaustivo. Nuestra corporalidad supone un instrumento de expresión de nuestra propia personalidad, además de ser el modo en que tomamos contacto con el exterior, es decir, el nuestro es un

³⁹² La homeostasis consistiría en devolver al cuerpo su estado “natural” o saludable, es decir, devolverle la capacidad de que, lo que debe ser inconsciente –y debido a las amenazas y represiones externas e internas se volvió consciente– vuelva a ser inconsciente y lo que debe ser consciente –y por el mismo motivo dejó de serlo– vuelva a serlo también. Podemos entenderlo un poco mejor tomando esta reflexión como punto de partida, que lo consciente e inconsciente, al igual que lo voluntario y lo involuntario, no constituirían, por así decirlo, una dicotomía, sino, los polos de un *continuum*, al igual que si tomamos como analogía el proceso de sueño-vigilia, o si pensamos en como los organismos han ido evolucionando a medida que se han hecho más complejos y de cómo lo que en un principio fue involuntario paso a ser voluntario y otras funciones se automatizaron en un intento del organismo de economizar energía. En su libro *La función del orgasmo*, Reich alude a como lo social, asumido por el individuo a través de una educación represiva, acaba afectando a lo biológico, y como un acto reflejo como es el orgasmo, puede acabar viéndose gravemente perturbado por la represión que la cultura impone a todo lo relacionado con lo sexual. La homeostasis, según Reich, consistiría, en última instancia, en devolverle al individuo su capacidad, mermada por lo cultural, para tener orgasmos, restableciendo así el natural flujo energético del organismo.

³⁹³ “Cuerpo social” en tanto que forma parte del entramado social y en cuanto que lo social es también determinante en el modo en que se configura la coraza caracteriológica del individuo.

cuerpo relacional, y en este sentido vinculado a lo social. Desde esta perspectiva podemos entender el cuerpo de múltiples maneras: como “máquina de rendimiento” en esta sociedad, como objeto de control social y de dominación –lo veremos muy claramente al considerar la cuestión del género–, el cuerpo como portador de posición social, también como entidad simbólica, como signo, como fetiche, el cuerpo como lenguaje –a través de la psicosomática en su aspecto más corpóreo, y de la denominada *kinesia*³⁹⁴ en su faceta más comunicacional–, también como objeto de consumo y mercancía –medio principal de producción y distribución de la sociedad de consumo–, e incluso podemos hablar del cuerpo como cosa, lo que a nivel jurídico ha supuesto implicaciones que afectan a ámbitos tan decisivos como la ingeniería genética, la reproducción, el envejecimiento, la eutanasia, los límites de la vida y hasta los límites de lo estrictamente humano –pensemos en los cyborgs³⁹⁵–, que han planteado cuestiones aún por resolver que afectan directamente al campo de la Bioética.

Vivimos en una sociedad caracterizada por la globalización, en la que la producción, la comunicación y el rendimiento se han llevado hasta el límite y más allá. El ser humano, con el cuerpo como productor y también como receptor, se ha tomado como una máquina al servicio del máximo rendimiento, y para ello es necesario que funcione sin alteraciones. Este exceso agotador de autoexigencia, unido a la pérdida de narrativas generales del mundo característica de la postmodernidad, que refuerza la sensación de fugacidad de la vida una vez Dios ha muerto, elevan la salud a la categoría de diosa, como ya dijera Nietzsche³⁹⁶. Así, hemos podido asistir al surgimiento paulatino de toda una lucrativa industria puesta al servicio de la salubridad y del perfeccionamiento del cuerpo.

Por otro lado, como lugar por excelencia de cultura y de socialización, los cuerpos han sido siempre objeto de control social. Estos se disciplinan desde las instituciones sociales –militares, médicas, escolares e industriales–, ejerciendo así control sobre los mismos y de este modo sobre las personas³⁹⁷. Y es que es la cultura la que da forma al cuerpo, que constituye el medio a través del cual se representan y manejan los conceptos

³⁹⁴ Será Birdwhistell quien denomine así al estudio cultural comunicacional de los movimientos corporales.

³⁹⁵ El término “cyborg” hace referencia a la unión entre la cibernética y un organismo.

³⁹⁶ Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012, p. 46.

³⁹⁷ Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 2000.

de orden y desorden. Desde la posición familiar, al rango social, afiliación tribal y religiosa, edad o sexo, todos ellos son rasgos exhibidos públicamente desde y sobre el cuerpo –bien a través del lenguaje corporal, bien mostrando marcas en el mismo o incluso utilizando el cuerpo como fetiche– a efectos de organización y control social. Un ejemplo claro de manipulación corporal por las instancias de poder lo constituye la cuestión del género, a través de la dominación patriarcal del cuerpo de la mujer. Desde las teorías feministas, teniendo en cuenta una consideración política del cuerpo, se ha hecho hincapié en como la sociedad actual utiliza el cuerpo de las mujeres como objeto, signo y mercancía³⁹⁸. Y es que, aunque ya no sea éste el único modelo femenino imperante, aún el cuerpo de las mujeres debe ser delgado, bello, fértil y sobre todo un cuerpo para los demás. Son muchas las técnicas disciplinarias que producen cuerpos típicamente femeninos. Las hay que a). pretenden conseguir cuerpos de un cierto tamaño y configuración: como la cirugía estética o las dietas, en algunos casos llevadas hasta el extremo de convertirse en enfermedades, como en el caso de la anorexia y la bulimia³⁹⁹; b). otras técnicas están destinadas a conseguir un determinado modo de expresarse y

³⁹⁸ Ya Simone de Beauvoir puso de relieve en su libro *El segundo sexo* la manipulación del físico de la mujer a tales efectos.

³⁹⁹ Debemos hacer aquí una puntualización en lo que a estos trastornos de la alimentación se refiere, pues resultan procesos mucho más complejos que el ser una mera técnica disciplinaria al servicio de conseguir un cuerpo modelado según los actuales cánones de belleza femeninos que la moda impone, a saber: “la delgadez y estilización femenina pero musculada”. Como ponen de relieve Amparo Almarcha y Luz Campello en su artículo “Lo que el feminismo no logró evitar: la anorexia como expresión de la deficiencia del cuerpo”, *Revista galego-portuguesa de Psicoloxía e Educación*, vol. 4, 3 (1999) 69-82, la anorexia es una enfermedad en la que el control extremo del cuerpo no sólo tiene que ver con la tendencia cada vez mayor de nuestra sociedad de consumo de canalizar todo impulso agresivo que se desarrolla hacia el cuerpo en una honda preocupación por lo físico. La anorexia es una enfermedad simbólica en la que la enferma –y es que en la mayoría de los casos es una mujer, joven además– se esfuerza por dar respuesta a un problema de índole existencial a través del control del apetito y de su cuerpo. Así, la enfermedad expresaría –sería síntoma de– un conflicto de índole cultural al tiempo que constituiría una protesta social. El conflicto vendría dado por la imposibilidad de adaptarse a un contexto sociocultural que no facilita a las mujeres realizarse trascendiendo el modelo patriarcal, preservando al tiempo los valores tradicionales en un contexto urbano y moderno. La protesta consistiría en un control absoluto del propio cuerpo, pues éste simboliza la explotación y el dominio por parte de los otros. Controlarlo una misma constituye un intento de decidir la propia imagen rebelándose contra modelos femeninos –fundamentalmente el de la madre como mujer– y trazar su propio camino.

En todo caso, tanto la anorexia como la bulimia cobran su significado actual en el contexto postmoderno en el que nos hallamos, pues suponen, como refieren dichas autoras, “la interiorización de una normativa sociocultural que lleva a la mujer –y especialmente a la mujer que empieza a serlo, la adolescente– a constituirse como esclava de su propio cuerpo/objeto para los demás, utilizándolo como material de su conducta, creyéndose propietaria del mismo, cuando en realidad llega a ser poseído por él”. Cfr. en “Lo que el feminismo no logró evitar: la anorexia como expresión de la deficiencia del cuerpo”, pp. 72-79.

moverse típicamente femenino; y c). están también aquellas dirigidas a mostrar el cuerpo de la mujer como una extensión decorativa⁴⁰⁰, el maquillaje, los adornos, la moda y la depilación son claros ejemplos. La eficacia de estas técnicas radica en que funcionan como micropoderes sutiles que actúan desde los propios agentes socializadores –familia, escuela, medios de comunicación, etc.– y que acaban asumiéndose, consciente o inconscientemente, e incorporándose al modo de actuación⁴⁰¹. Retomaremos este interesante asunto cuando abordemos, más adelante, la cuestión de la identidad de género.

Decíamos que el cuerpo también es lenguaje. No sólo comunica lo que no se puede elaborar mediante el raciocinio –esto se ve muy claramente en los traumas y en el ámbito de la psicósomática– sino que también comunica a nivel social. La fisonomía, la gestualidad, las posturas, los ademanes, los movimientos corporales, el uso del espacio y la distancia corporal, además de la vestimenta y los adornos, constituyen toda una constelación de factores que contribuyen a comunicar de un modo no verbal, pero muy claro y efectivo, sobre diferentes aspectos en lo que concierne a la interacción social. Disciplinas como la *kinesia* –que estudia la comunicación corporal desde el estudio cultural de los movimientos corporales– o la *proxémica* –ciencia que estudia el uso del espacio y la distancia corporal como una señal que regula las interacciones sociales– dan testimonio del interés por comprender más profundamente el alcance que la comunicación del cuerpo tiene en el ámbito social.

Por otro lado, en nuestra sociedad de consumo, el cuerpo ha pasado a convertirse en mercancía y también en signo, en mensaje, por lo que su aspecto y mantenimiento resultan temas de suma importancia. Es hoy exhibido como valiosa posesión y también como un fetiche. Es también materia de las más variadas inversiones narcisistas, físicas y eróticas en busca de “el más bello de los objetos”. Un cuerpo para mostrarlo, para disfrutarlo, para cuidarlo, para salvarlo..., pero también un cuerpo poseído, manipulado, consumido, banalizado, convertido en objeto de intercambio y receptor de interminables frustraciones y de crueles exigencias. El cuerpo se ha convertido en parte de un proyecto vinculado a la identidad, al “yo” de las personas, un proyecto en el que se ha de trabajar

⁴⁰⁰ Extensión como superficie pero también como prolongación, como ornamento del mundo masculino. Pensemos por ejemplo en las denominadas “mujeres florero”.

⁴⁰¹ Cfr. Ana Martínez Barreiro, Ana, “La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas”, *Papers. Revista de sociología* 73 (2004) 129-134.

incansablemente para alcanzar las expectativas que los medios de comunicación y la publicidad, así como las industrias de la moda, la salud, el deporte –por nombrar algunas de las que más se benefician– proponen, en nombre de la belleza, la perfección y la juventud eternas, máscaras del verdadero motor que las impulsa, ganar dinero, cuanto más mejor.

Detengámonos ahora en otro asunto de relevancia en la actualidad acerca de la corporalidad, que es el hecho de que ésta ya no puede considerarse únicamente como un aspecto de la naturaleza, como una identidad fisiológica. El cuerpo, antaño lugar del alma, más tarde objeto de pecado, adquiere un nuevo significado en la modernidad por influencia del progreso científico y médico. A lo largo de la historia ha sido cuerpo prohibido, cuerpo instrumental, cuerpo racional..., pero hoy en día la ciencia y la tecnología han hecho espectaculares avances y han generado unas soluciones técnicas que han cambiado el significado del mismo.

El aborto, la eutanasia, la clonación o el diseño genético de la descendencia son sólo algunos de los temas que hoy suscitan controversia, producto de la enorme transformación tecnológico-científica y médica a la que estamos asistiendo. Y es que cuestiones como la creación y los límites de la vida o el envejecimiento no tienen ya el mismo significado que hasta hace muy poco tenían. La ingeniería genética, las tecnologías de reproducción asistida, los transplantes de órganos, la aplicación de la cibernética y la robótica al servicio de la salud y mejora del organismo, suponen avances con una potencia transformadora de cambio social que sitúan a la sociedad ante nuevas incógnitas y dilemas éticos que obligan a repensar y a redefinir, no sólo la relación entre el cuerpo humano y la identidad individual, sino el impacto que esta revolución tendrá sobre nuestra existencia, como individuos, como organización social, pero también como especie.

En relación a todas estas cuestiones, hay que decir que el sistema jurídico actual reconoce el cuerpo como cosa, pues las partes separadas del mismo son cosas. Las implicaciones que esta consideración tiene a efectos legales no son insignificantes, pues de este modo la persona puede disponer del organismo como un elemento instrumental. Esta idea del cuerpo como propiedad dificulta la definición de lo que es una persona, con la consiguiente complicación a la hora de disponer el individuo de su propio cuerpo y de quien determinará la disposición de los productos y partes del mismo. Como podemos

observar, se trata de una cuestión en la que aparecen implicados problemas de definición filosófica, de ética y de derechos humanos, aún por resolver⁴⁰².

El cuerpo constituye nuestro sustrato biológico, como hemos visto, pero también es, al tiempo, un espacio de representación simbólica⁴⁰³. La interrelación de esta doble dimensión nos señala la dirección que el cuerpo asume en nuestra civilización, tanto a nivel epistemológico como ético y estético.

El interés que despierta en nuestra época, en especial en lo que respecta a su apariencia y funcionamiento –caracterizado éste por la ausencia de alteraciones y por la maximización de su rendimiento⁴⁰⁴– parece caracterizar al individuo de hoy en día, con implicaciones importantes tanto en lo que concierne a sus proyectos de vida, como en las relaciones que establece en la sociedad y con la naturaleza⁴⁰⁵. Pues, si bien la conciencia del cuerpo ha despertado el interés del saber humano a lo largo de toda la historia, en la actualidad es tal la inversión narcisista que se realiza en el mismo, que ha llegado a constituir un rasgo de nuestra sociedad. El cuerpo como “carta de presentación”, como seña de identidad, como objeto de adoración, como “máquina de rendimiento”⁴⁰⁶, como lugar donde se somatizan también las angustias vitales y el miedo al paso del tiempo y a la muerte. Frases como: “la imagen del cuerpo”, “la liberación del cuerpo”, “el lenguaje del cuerpo” o “la conciencia del cuerpo” ponen de relieve el lugar de importancia que éste ocupa en nuestra cultura. También hemos podido ver como en las últimas décadas se han puesto de moda los tatuajes o las perforaciones de diferentes partes corporales, procedimientos propios de rituales ancestrales o de grupos antaño marginales, hoy en día despojados de su valor simbólico original. Y es que el cuerpo es tenido por objeto de culto. En otro orden de cosas, también hemos podido ver como han proliferado en el mundo del deporte y en determinados trabajos los casos de dopaje para alcanzar los niveles de actividad y rendimiento que esta sociedad impone en forma de autoexigencia a

⁴⁰² *Ibidem*, pp. 142-148.

⁴⁰³ “El cuerpo es el portador de un número indefinido de sistemas simbólicos”. Maurice Merleau-Ponty, *Filosofía y lenguaje*, Buenos Aires, Prometeo, 1969, p. 16.

⁴⁰⁴ Han Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, p. 72.

⁴⁰⁵ Ana Márcia Silva, *Corpo, ciência e mercado, reflexões acerca da gestão de um novo arquétipo da felicidade*, Campinas, Editora da UFSC, 2001, pp. 3s.

⁴⁰⁶ Han Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, p. 72.

sus individuos.

Podemos ver además la enorme preocupación e insatisfacción que el sujeto postmoderno manifiesta con su dimensión corporal al no corresponderse con las expectativas, con el ideal, que los medios de comunicación de masas tienden a universalizar. Esto puede observarse en prácticas cada vez más generalizadas como la cirugía plástica, el interés por la alimentación, por el ejercicio físico, o la ingesta de productos químicos, que pretenden modelarlo milimétricamente. La asunción del cuerpo como una máquina perfecta está asimismo en la base de iniciativas médicas –como la alteración del sistema endocrino, la criogenia, la ingeniería genética o las tecnologías de reproducción asistida y de transplantes de órganos– que buscan la salud perfecta y la eterna juventud. De hecho, la eugenesia ya no es algo propio de las ideologías racistas, sino que se integra en el proyecto científico de las democracias a través de algunas de las prácticas médicas que hemos señalado, y el envejecimiento, para algunos, ya ha adquirido la categoría de enfermedad, no de devenir natural del ser humano. Hay quien postula incluso que en el futuro, si sobrevivimos como especie, podremos detener el envejecimiento y ser inmortales. Parece ciencia ficción, pero quien sabe hasta donde podremos llegar.

Lo que sí es cierto es que los humanos ya somos capaces de manipular el curso de nuestra propia evolución. Los límites de la vida, tanto el nacimiento, que suponía el comienzo de la identidad social, como la muerte, que certificaba el fin, han dejado de ser condiciones inamovibles debido a los avances de la medicina para ser hoy categorías susceptibles de debate. Podemos ver así como el progreso científico y médico producen soluciones técnicas que no sólo cambian el significado del cuerpo, la cuestión va más allá. El dominio científico-técnico de la naturaleza –incluyendo al ser humano– con vistas a su rendimiento y producción, del que ya hemos hablado en la primera parte de nuestro trabajo al aludir a los rasgos que caracterizan a la postmodernidad, no es ajeno a este hecho. Vemos así como las nuevas tecnologías son un ejemplo de la capacidad que la ciencia y la medicina poseen para construir imágenes sociales y culturales, que para su aplicación necesitan redefinir el cuerpo humano, la identidad y la existencia⁴⁰⁷. Nuestra responsabilidad ante esta situación tiene que ver con que saberse humano no es aceptar un

⁴⁰⁷ Ana Martínez Barreiro, *op. cit.*, p. 143.

hecho –biológico o cultural– sino tomar una decisión y emprender un camino que contemple que la técnica es una herramienta, no un ideal, y por lo tanto, debe estar al servicio de nuestros valores, no dictarlos, para que el denominado progreso, sea un progreso ilustrado⁴⁰⁸.

5. El lenguaje

Como animales mamíferos que somos, venimos al mundo con un medio natural para comunicarnos expresando hacia fuera el cómo nos sentimos. Esta forma de expresión es la emotiva y se realiza a través de la corporalidad, es decir, a través de diferentes signos corporales, dependiendo del caso: el tono e intensidad de la voz, la postura corporal, los gestos, los movimientos en la musculatura facial, el vello erizado, las pupilas dilatadas, la exhibición de la dentadura, etc., etc. Sin que tenga que decidirlo e, incluso, sin que pueda evitarlo, el individuo expresa de forma natural e inmediata cómo se siente emotivamente en cada momento. En correspondencia, los otros individuos con capacidad de expresión emotiva, interpretan y comprenden también de forma inmediata lo que está expresando. Esto es posible porque todos venimos al mundo con esta doble capacidad: la de expresar nuestro estado emotivo y, también, la de interpretar y comprender el estado emotivo de los otros que es expresado al exterior en su corporalidad⁴⁰⁹. Ya nos hemos referido a las emociones en un Capítulo anterior a éste. Sin embargo, es importante señalar aquí que los humanos nos expresamos a través de dos vías:

(a) Una es la ya mencionada vía emotiva, capacidad que está en nuestra propia biología y que se produce instantánea y automáticamente, esto es, el individuo expresa cómo se siente de un modo pre-reflexivo e inconsciente, sin que pueda evitarlo y sin que tenga que aprenderlo.

(b) La otra vía de expresión es la racional-simbólica y cultural, es decir, la expresión lingüística (oral, escrita o usando determinados signos gestuales⁴¹⁰). Ésta ha de ser aprendida. El individuo hablante necesita ser introducido en los códigos lingüísticos

⁴⁰⁸ Fernando Savater, *El valor de elegir*, Barcelona, Planeta, 2015, pp. 159s.

⁴⁰⁹ Al respecto, cfr. M^a Luz Pintos Peñaranda, “Fenomenología del cuerpo como expresión e interpretación”.

⁴¹⁰ Éste es el caso, por ejemplo, del lenguaje de signos en base al alfabeto dactilológico usado por individuos con problema de sordera.

de su cultura, interiorizarlos y reproducirlos. Esto se consigue tras un proceso de aprendizaje cultural en que intervienen la cognición reflexiva y la consciencia, que determinan el grado y maneras de la expresión. Somos entonces animales parlantes y el lenguaje es esencial para nosotros hasta el punto de que el pensamiento sólo se puede dar en forma de dicho código, en un proceso de marcha de la mente dentro de la gramática de una lengua⁴¹¹.

Así, podríamos decir que el humano constituye un cuerpo enraizado en un grupo, al que pertenece, en primera instancia, por inmersión simbiótica y con el que comunica sus emociones a través de la corporalidad –por ejemplo, cuando el mundo circundante no satisface sus necesidades grita o rompe en llanto agresivo. A medida que va descubriendo que puede contar con los demás emerge el tranquilizador sentimiento de pertenencia a una persona o grupo, siendo éste el germen de la futura autonomía. Pero es “con la adquisición de la palabra que el ser empieza a tener una ligera noción estructurada de quién es o por lo menos de lo qué es, da forma a su deseo y a partir de él aprende a organizar una acción voluntaria, reflexiva y real”⁴¹². Y es que la vida que intentamos conservar y perpetuar no sólo es un proceso biológico, también constituye

“un devenir de símbolos que se entrecruzan en forma de memoria, de comunidad, de códigos, de visiones de futuro, de afán por encontrar el sentido de cada gesto y de cada tropiezo. Vivir entre y mediante símbolos es intentar permanentemente establecer una *singularidad compartida*. Los juegos simbólicos que nos constituyen –el lenguaje es el primero y más básico de todos ellos– acreditan lo irrepetible y único de la persona que protagoniza cada vida y juntamente el que sólo pueda ser persona con sentido propio para semejantes y entre semejantes”⁴¹³.

A continuación profundizaremos en este medio de expresión, el racional-simbólico-cultural, es decir, el lenguaje humano, porque, como afirma Reichholft, es innegable que

⁴¹¹ José María Valverde Pacheco, *Vida y muerte de las ideas. Pequeña historia del pensamiento occidental*, Barcelona, Ariel, 2008, p. 8.

⁴¹² Rosa Abenoza Guardiola, *Sexualidad y juventud. Historias para una guía*, Madrid, Editorial Popular, 1994, pp. 76s y 81.

⁴¹³ Fernando Savater, *op. cit.*, p. 60.

“el hecho de ser humano se basa en numerosas características. Algunas se ponen de manifiesto con gran claridad, otras no tanto. Ninguna característica determina por sí sola que el primate más desarrollado se convierta en el ser humano. Entre las cualidades más características se cuenta, sin duda alguna, el lenguaje, es decir, la comprensión a través de las palabras que tienen un contenido muy concreto. La importancia es tal que apenas podemos exagerarla”.⁴¹⁴

Parece que los seres humanos somos los únicos seres que hablamos simbólicamente, es decir, que –como indican Arsuaga y Martínez– “transmitimos a nuestros semejantes, y recibimos de ellos, cualquier tipo de información nueva, codificando deliberadamente nuestros mensajes en combinaciones (palabras) de sonidos preestablecidos (sílabas)”⁴¹⁵. Por eso mismo, “nada es más humano que el lenguaje de un individuo o de un pueblo”, como dice Clyde Kluckhohn. El lenguaje humano, a diferencia de los sonidos de los demás animales, “puede comunicar ideas abstractas y conversar sobre condiciones que son contrarias a los hechos”⁴¹⁶.

Partiendo de la importancia del lenguaje simbólico-cultural como fenómeno humano, podemos comprender toda una serie de rasgos que lo definen y que de algún modo tienen que ver con la identidad del sujeto.

En primer lugar, el lenguaje supone una interacción comunicativa en la que los sujetos que interactúan se afectan de forma recíproca. Al aprender una lengua no sólo crecemos en contacto personal y en comunicación social con el entorno humano, sino que las relaciones que llevamos a cabo como humanos las realizamos principalmente, si bien no de forma exclusiva, a través del diálogo⁴¹⁷:

“Las palabras –decía Ortega y Gasset– no son palabras sino cuando son dichas *por alguien a alguien*. Sólo así, funcionando como concreta acción. Como acción viviente de un ser humano sobre otro ser humano, tienen realidad verbal. Y como los hombres entre quienes las palabras se cruzan son vidas humanas y toda vida se halla en todo instante en una

⁴¹⁴ Josef H. Reichholf, *La aparición del hombre*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 148; y cfr. todo el capítulo 16 dedicado a “El lenguaje”.

⁴¹⁵ Juan Luis Arsuaga / Ignacio Martínez, *La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana*, Barcelona, Temas de hoy, 2000, p. 309.

⁴¹⁶ Clyde Kluckhohn, *Antropología*, México, F.C.E., 1992¹², pp. 159s.

⁴¹⁷ Cfr. Emerich Coreth, *¿Qué es el hombre?*, Barcelona, Herder, 1974, p. 93.

determinada circunstancia o situación, es evidente que *la realidad 'palabra' es inseparable de quien la dice, de a quien va dicha y de la situación en que esto acontece*".⁴¹⁸

En segundo lugar, de este rasgo de la reciprocidad del lenguaje en el discurso lingüístico se deriva que el lenguaje es un producto de la interacción social entre los individuos de una determinada sociedad, por lo que podemos afirmar que constituye un fenómeno social:

“La lengua, el *habla*, es lo que la gente dice, es el ingente sistema de usos verbales establecido en una colectividad. El individuo, la persona, desde que nace está sometido a la coacción lingüística que esos usos representan. Por eso es la lengua materna, tal vez, el fenómeno social más típico y claro. Con ella penetra *la gente* dentro de nosotros y se instala allí haciendo de cada cual un caso de la gente. La lengua materna socializa lo más íntimo de nuestro ser y merced a ello todo individuo pertenece, en el sentido más fuerte del término, a una sociedad. Podrá huir de la sociedad en que nació y fue educado, pero en su fuga la sociedad le acompaña inexorablemente, porque la lleva dentro [...] La lengua materna está ahí; fuera de cada uno de nosotros, en nuestro contorno social, y desde la primerísima infancia va penetrando mecánicamente en nosotros al oír lo que en nuestro derredor dice la gente [...] Hablar no es sino la consecuencia de haber nosotros recibido mecánicamente desde fuera esa lengua. *Hablar*, pues, es una operación que comienza en dirección de fuera a dentro”.⁴¹⁹

El lenguaje no es una propiedad del individuo, sino de la colectividad en la que está inserto. Únicamente después de haberse hecho el nuevo individuo con el lenguaje de esta colectividad que es la suya, podrá emitir su habla de dentro a fuera. Pero incluso en este proceso del interior al exterior no podremos decir que el individuo se comunica, sino más bien que el grupo es el que se comunica, porque el lenguaje parte de un emisario a un receptor, consistiendo por tanto en una intercomunicación social⁴²⁰.

En tercer lugar, dado que el interactuar humano implica colaborar en redes de acción comunicativa, el resultado es que estas redes son las que posibilitan la comprensión y la incorporación del entorno así como el dotar de sentido y significado a

⁴¹⁸ José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, p. 231. Cursivas nuestras.

⁴¹⁹ *Ibidem*, pp. 252 y 259.

⁴²⁰ Cfr. Juan Luis Arsuaga / Ignacio Martínez, *op. cit.*, p. 323.

nuestra experiencia en el mundo⁴²¹. Por tanto,

“nuestro mundo es un mundo transmitido y expuesto *por el lenguaje*. El lenguaje no consiste sólo –afirma Emerich Coreth– en la designación posterior de unos contenidos que se conocen con anterioridad; más primordial aún es el hecho de que nos proporciona y transmite unos contenidos, abriéndonos así un acceso al conocimiento y a la comprensión de la realidad. No existe por consiguiente un mundo de comprensión humana sin lenguaje”⁴²².

De este modo, vemos que el individuo –el *animal rational et symbolicum*⁴²³– es producido dentro de una cultura lingüística dada, y el conocimiento de dicha lingüística, propia de una determinada cultura, no sólo le permitirá al sujeto hablante expresarse lingüísticamente y comprender también lingüísticamente a quienes le hablan, sino que además le va a permitir entender mejor a los individuos que se hayan insertos en su sociedad cultural. De hecho, podemos concebir la cultura como todo aquello que aprendemos acerca de un medio social a través del lenguaje, es decir, del lenguaje como medio simbólico y como transmisor de significados simbólicos⁴²⁴.

Los humanos no nacemos con nuestro comportamiento predeterminado instintivamente, sino que necesitamos que se nos indique cómo estructurar y organizar la realidad con la que tomamos contacto nada más nacer, para poder darle un determinado sentido y significado⁴²⁵. Para ello contamos con una capacidad cognitiva compleja capaz de hacer uso de un sistema simbólico-cultural y lingüístico y contamos también con la predisposición y la forzosa necesidad de hacernos con este sistema; no importando qué sistema cultural concreto sea el que nos toca asumir y reproducir individualmente, el hecho es que no podemos prescindir de la interiorización del sistema cultural vigente en nuestro entorno. Así, los seres humanos no somos el simple resultado de la evolución biológica. Ha sido nuestra capacidad práctica la que nos ha permitido, tanto el despliegue

⁴²¹ Marta Rizo García, *op. cit.*, p. 129.

⁴²² Emerich Coreth, *op. cit.*, p. 93.

⁴²³ Alejandro McNeill F. / Rodrigo Malaver R., “Lenguaje. Argumentación y construcción de identidad”, *Folios* 31 (2010), p. 126.

⁴²⁴ *Ibidem*, p. 125.

⁴²⁵ Cfr. *ibidem*, pp. 126s.

de la humanidad, como una libertad que nos define y nos configura como especie. Y el instrumento esencial para todo este proceso lo constituye el *lenguaje*, “institución humana por excelencia y de importancia incomparable con ninguna otra, de la que depende la dimensión simbólica que se superpone y en gran medida condiciona nuestra existencia biológica”⁴²⁶. La mayoría de las acciones humanas son comunicativas. Hablamos con los demás y hablamos también con nosotros mismo –en eso consiste el propio pensamiento–, en una lengua recibida, por lo que, hasta lo más íntimo de nuestra subjetividad es irremediabilmente simbólico y social⁴²⁷.

El filósofo Ernst Cassirer describe al animal humano como “animal simbólico”. Según él, el sujeto humano “no vive en un puro universo físico sino en un universo simbólico”: su mundo cultural-simbólico⁴²⁸. Lo que diferencia al animal humano como especie es que cuenta con la posibilidad de “edificar un mundo suyo propio, un mundo ideal”, es decir, un mundo simbólico⁴²⁹. Lo específico del mundo humano es que en él no sólo hay “señales” naturales, es decir, signos naturales indicativos⁴³⁰; Lo propio del mundo humano es que en él hay también, y sobre todo, “símbolos”. Y podemos decir con Cassirer que, en realidad, el animal humano no responde a supuestas señales “naturales” sino a señales culturales, o sea, a “símbolos”.

Los símbolos son representaciones con un significado concreto creadas artificial y convencionalmente por los humanos de una determinada cultura. El significado de un símbolo, aquello que representa, no viene dado de forma natural, esto es, no estamos programados genéticamente para captar de forma inmediata y unívoca dicho significado. Sino que dicho significado es el que una determinada cultura le imprime a alguna cosa que, en principio no trae consigo tal significado. Un tatuaje, por ejemplo, o un estilo de vestir son símbolos y, por tanto, funcionan como un código de comunicación, un código “convencional”, inventado y pactado, por tanto, cultural. Frente a lo que es señal o signo

⁴²⁶ Fernando Savater, *op. cit.*, p. 84.

⁴²⁷ *Idem.*

⁴²⁸ Ernst Cassirer, *Antropología filosófica*, México, F.C.E., 1990³, p. 47.

⁴²⁹ *Ibidem*, p. 334 y cfr. p. 108.

⁴³⁰ Por ejemplo, para una madre, el llanto de su hijo actúa como “señal” de que algo le pasa o de que algo necesita y, por tanto, es una señal para acercarse a él; o, por ejemplo, ver bostezar repetidas veces a la persona que tengo delante es una “señal” de que o tiene sueño o se aburre.

natural (el llanto de la criatura, la nubes negras indicando lluvia...), el símbolo es una convención cultural y además cambiante. La bandera de nuestra patria, con esas franjas colocadas en tal dirección y con esos colores, no es un “signo” natural de mi patria sino un “símbolo” que alguien creó hace tiempo, que tuvo éxito como tal creación y que, como consecuencia, quedó establecido como “representación” (simbólica) de mi patria. Nacemos en una cultura, por tanto, en un mundo simbólico, asumimos sus símbolos de forma totalmente natural y llegamos al punto de que todo lo que hacemos, pensamos o decimos es “simbólico”, desde lo más elemental de nuestra cultura a lo más elevado o sagrado. Por tanto, parece que la cultura –racional-simbólica– nos permite estructurar la realidad en la que vivimos. Es en este sentido que somos animales racionales y simbólicos⁴³¹. Mediante los símbolos construimos todas las actividades propiamente humanas, como la religión, el arte, la ciencia y también el lenguaje. De hecho, la cultura, entendida como todo lo que aprendemos en un medio social a través del lenguaje, es el resultado de estas acciones. “Con el lenguaje –como dice Coreth– nos metemos en una determinada exposición del mundo”⁴³².

Un aspecto del lenguaje ligado al ser humano es su *recursividad*, es decir, la capacidad de hacer girar al lenguaje sobre sí mismo, lo que constituye la base de la reflexión, que a su vez es la base de la razón, así, ésta es una competencia que tenemos los seres humanos por ser seres lingüísticos⁴³³. Y esta capacidad de razonamiento, que permite al humano ir más allá del medio en que se haya inmerso, el cual determina la configuración de su identidad y le hace también ser parte de una determinada cultura, esta aptitud para tomar distancia de dicho medio, poder observarse a sí mismo y, por tanto, adquirir el potencial de cambiar y de provocar también el cambio social, es posible gracias a la *recursividad* del lenguaje⁴³⁴. Es también el lenguaje el que nos convierte en seres éticos, al posibilitarnos el darle sentido y significado a nuestra existencia⁴³⁵.

Vemos por tanto como lenguaje, pensamiento y cultura están íntimamente

⁴³¹ Cfr. Alejandro McNeill F. / Rodrigo Malaver R., *op. cit.*, pp. 123-132.

⁴³² Emerich Coreth, *op. cit.*, p. 93.

⁴³³ Cfr. *ibidem*, pp. 127s.

⁴³⁴ *Idem*.

⁴³⁵ *Ibidem*, p. 128.

relacionados⁴³⁶. Todos ellos son distintos componentes de una y la misma realidad humana: la *simbólica*. En este sentido, el cuerpo sería, en una analogía con el símbolo, el intermediario entre la realidad y aquello que se conoce, el lugar donde se vivencia toda actividad propia de la cultura. Además, el sistema simbólico junto con el sistema receptivo y el reactivo, constituyen el modo en que el ser humano conoce la realidad de sí mismo⁴³⁷.

Hemos apuntado antes que la lengua está ya presente cuando nacemos a un mundo cultural concreto, pasando a asumirla y a reproducirla, con toda esa interpretación cultural que con ella nos viene dada, impuesta. Sin embargo, no se trata de una asunción y reproducción meramente pasiva. Con lo que podemos ahora decir al respecto, en cuarto lugar, es que el lenguaje también se transforma continuamente. Los grupos, el individuo particular, continuamente introducen cambios en el modo de hablar. Y es que, dice Ortega y Gasset,

“la lengua no es nunca sólo un *datum*, formas lingüísticas listas, hechas, sino que está, al mismo tiempo, originándose constantemente [...] El individuo que quiere decir algo muy suyo, y por lo mismo, no encuentra en el decir de la gente, en la lengua, un uso verbal adecuado para enunciarlo [...] inventa una nueva expresión. Si ésta tiene la fortuna de ser repetida por suficiente número de otras personas, es posible que acabe por consolidarse como uso verbal. Todas las palabras y giros fueron inicialmente inventos individuales que luego se degradaron en usos mecanizados, y entonces, sólo entonces, entraron a formar parte de la lengua [...] Esta lucha entre el decir personal y el decir de la gente es la forma normal de existir el lenguaje”⁴³⁸.

En quinto lugar, otro aspecto relevante del lenguaje es, que como acción que es, está ligado al poder, pues mediante la acción es como los seres humanos lo ejercemos⁴³⁹. En este sentido, el poder ya no supone una acción desempeñada en sentido vertical, del poderoso –que está “arriba”– al oprimido –que está “abajo”–, el poder se deslizaría en los

⁴³⁶ Cfr. Conrad Phillip Kottak, *Antropología cultural. Espejo para la humanidad*, Madrid, McGraw Hill, 1997, p. 72.

⁴³⁷ Alejandro McNeill F. / Rodrigo Malaver R., pp. 125s.

⁴³⁸ José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, pp. 249 y 252s.

⁴³⁹ *Ibidem*, p. 128.

pliegues del lenguaje convirtiéndose en un “organismo trans-social”⁴⁴⁰. La capacidad argumentativa⁴⁴¹, en cuanto modo de organización del discurso, es entonces un modo de ejercer poder a través del lenguaje, pues mediante el desarrollo de dicha capacidad es como los seres humanos pretendemos cualificar lo que percibimos en nuestro entorno y en el mundo, y esta cualificación tiene la pretensión de “someter” al otro a la ideología del que argumenta. Este modo de someter al otro a través del lenguaje también influye en la constitución de la identidad, como líder, como amo, como esclavo, como oprimido o como víctima, por poner algunos ejemplos. La ideología, a su vez, fomenta lazos afectivos y redes sociales de apoyo que influyen en la configuración de la identidad⁴⁴². Así, en el lenguaje residiría un poder que se haría manifiesto tanto en la argumentación como en la construcción de identidad.

El lenguaje es pues una acción que, a través de la relación lingüística, construye y constituye la realidad del sujeto⁴⁴³. Podríamos decir que el individuo sólo es posible en el lenguaje, de hecho, es por medio del mismo que podemos pensar instancias como el *individuo*. Podemos concebir el lenguaje como una capacidad propia de la persona, de modo que sería ésta quien crearía el lenguaje, o pensar que el lenguaje precede al individuo, por lo que dicho individuo se constituiría como persona en el lenguaje, cobrando por tanto éste último un carácter de autonomía, existiendo antes que el sujeto⁴⁴⁴.

“El lenguaje —dice Ortega y Gasset— es ya de por sí ciencia, la ciencia primigenia que encuentro ya hecha en mi contorno social, es al saber elemental que recibo de la comunidad en que vivo y que me impone desde luego una interpretación de las cosas, un repertorio de opiniones sobre su ser”.⁴⁴⁵

⁴⁴⁰ *Idem*.

⁴⁴¹ Cfr. *idem*. Los autores a pie de página lo que supone la argumentación, a saber: una “operación por la cual un enunciadore busca transformar por medios lingüísticos el sistema de creencias y de representaciones de su interlocutor”.

⁴⁴² *Ibidem*, p. 129.

⁴⁴³ *Ibidem*, p. 123. Como señala Ortega y Gasset, “es la lengua el hecho en que más clara y puramente se dan los caracteres de la realidad social y, por eso, en él se manifiesta con incalculable precisión el ser de una sociedad”. *El hombre y la gente*, p. 231.

⁴⁴⁴ *Ibidem*, p. 124.

⁴⁴⁵ José Ortega y Gasset, *Unas lecciones de metafísica*, p. 101.

Si consideramos que es el lenguaje el que constituye a los individuos como personas que forman parte de una sociedad en la que conviven, la lengua –como sistema de códigos que permite compartir símbolos en un determinado momento histórico⁴⁴⁶– será la vía principal por la que se transmiten los modelos de vida mediante los que aprendemos a ser miembros de una sociedad y a adoptar su cultura, por tanto, sus maneras de pensar, de actuar, sus creencias y también sus valores⁴⁴⁷. Es en este sentido que la diversidad de sistemas de lenguajes –los idiomas– muestran visiones del mundo diferentes, entendidas como elementos que ponen en común a los individuos de una determinada comunidad en una determinada cultura⁴⁴⁸. Como dice Marc Augé: “Las diferentes lenguas distribuyen las palabras sobre el mundo (el mundo exterior y el mundo interior del psiquismo); y las palabras dibujan fronteras, pero dichas fronteras no coinciden de una lengua a otra”⁴⁴⁹.

Podemos entonces afirmar, de un modo muy nietzscheano, que el lenguaje no sólo es la expresión de pensamientos, sino que principalmente crea modos de pensar –idea ésta que retomaremos más adelante, cuando abordemos el tema del género. El lenguaje constituye, por tanto, una de las estrategias usadas en la cultura para crear realidades, es decir, falsas realidades, ficciones –en el sentido de interpretaciones de la realidad. Entre ellas la de la autoimagen, la de la autoconciencia que, en realidad, no es más que la imagen que nos devuelven los otros reinterpretada por nosotros mismos⁴⁵⁰.

Así, todo sujeto es siempre un sujeto cultural, pues está inmerso y condicionado por una determinada cultura y esto condiciona necesariamente su identidad como parte de un grupo con el que se identifica y con el que comparte sobre entendidos contextuales gracias y a través del lenguaje, lo que le permite a su vez construir su identidad a varios niveles, individual, social y cultural.

Y si es cierto que el lenguaje crea identidad, también debe serlo el hecho de que

⁴⁴⁶ Miguel Rodrigo Alsina / Pilar Medina Bravo, *op. cit.*, p. 133.

⁴⁴⁷ Cfr. Alejandro McNeill F. / Rodrigo Malaver R., p. 125.

⁴⁴⁸ *Ibidem*, p. 127.

⁴⁴⁹ Marc Augé, *op. cit.*, p. 14.

⁴⁵⁰ Cfr. Irene Breuer, *op. cit.*, p. 140. Cfr. también Mónica Cragolini, “La constitución de la ‘identidad’ en el pensamiento nietzscheano: sí mismo y máscara. El ‘caso Nietzsche’ en los inicios del psicoanálisis”, *Revista de La Universidad de Morón*, vol. 5 (1999) 13-21.

las condiciones propias de nuestros tiempos en lo que a nuevas formas de lenguaje se refiere, tiene que estar afectando al modo en que se constituye la identidad e incluso propiciando la configuración de nuevas identidades –pensemos por ejemplo en la identidad virtual. Además, formas novedosas de lenguaje permiten nuevas formas de argumentar y de establecer relaciones entre sujetos, con las consiguientes inéditas formas de ejercer poder y de construir y reconstruir a su vez nuevas ideologías e identidades⁴⁵¹.

Todos estos elementos que hemos mencionado, que forman parte de lo que podríamos considerar una estructura de la identidad del yo, son puestos a prueba en algunos momentos decisivos de la vida de las personas. El modo en como se resuelvan estas situaciones y las decisiones trascendentes que se tomen, acabarán influyendo y reestructurando la identidad en el proceso de construcción de la misma, que como ya hemos mencionado, dura toda la vida, si bien hay etapas en las que dicho proceso es más intenso, como en la adolescencia.

6. La autoestima

En su Ensayo *De la experiencia*, Montaigne afirma que “nada hay tan hermoso y legítimo como actuar bien y debidamente como hombre, ni ciencia tan ardua como saber vivir esta vida bien y naturalmente; y de nuestras enfermedades, la más salvaje es despreciar nuestro ser”⁴⁵². Y es que el aprecio por uno mismo, aceptar lo que somos y quienes somos, tener una buena autoestima, es una condición básica para la vida. La autoestima constituye, por tanto, un importante aspecto en lo que a construcción de la identidad se refiere.

Podríamos definirla a grandes rasgos como una sensación y convicción internas de confianza en nuestra eficacia y valía personal⁴⁵³. Del mismo modo que hay emociones “que brotan como reacción del sujeto a algo exterior a él que le produce vergüenza, compasión, miedo o confianza, la autoestima proviene de la reacción ante la propia imagen y de la consideración que a uno le merece su propia persona. Tiene autoestima –

⁴⁵¹ Alejandro McNeill F. / Rodrigo Malaver R., *op. cit.*, pp. 129s.

⁴⁵² Michel de Montaigne, *Ensayos*, Madrid, Cátedra, 1987, p. 395.

⁴⁵³ Nathaniel Branden, *La psicología del amor romántico*, Barcelona, Paidós, 2009, p. 98.

dice Victoria Camps— quien se sienta a gusto consigo mismo y por ser como es”⁴⁵⁴.

La autoestima comporta un sentido de la propia valoración que implica un nivel de confianza, control, eficacia, estima y de respeto por nosotros mismos más o menos satisfactorio. Comporta también la creencia de que somos competentes para captar y juzgar los hechos de la realidad⁴⁵⁵, y de que estamos dispuestos a asumir con honestidad e integridad la responsabilidad de cada una de nuestras acciones⁴⁵⁶. La autoestima está, pues, relacionada con el gobierno de la propia vida⁴⁵⁷. Además, la autoestima se afianza internamente, no depende de los éxitos o fracasos externos⁴⁵⁸ ni de las opiniones ajenas.

Una persona con una buena autoestima⁴⁵⁹ se siente capacitada y con competencia para acometer los retos que la vida plantea, pues tiene una confianza fundamental en sí misma, en su capacidad mental. Además, se respeta, se siente digna y con derecho a reivindicar sus necesidades y deseos como legítimos⁴⁶⁰. En este sentido, el estudioso de la autoestima Nathaniel Branden refiere:

“La autoestima como fenómeno psicológico presenta dos aspectos relacionados: los sentimientos de eficacia y valía personal. Es la suma de la confianza en uno mismo y del respeto por uno mismo. Es la convicción —o, más exactamente, la experiencia— de que somos competentes para vivir y merecemos vivir. La autoestima es la experiencia de que encajamos en esta vida, que podemos superar sus exigencias y retos”⁴⁶¹.

Así, un individuo con una saludable autoestima

⁴⁵⁴ Victoria Camps, *op. cit.*, p. 213.

⁴⁵⁵ Nathaniel Branden, *El respeto hacia uno mismo*, Madrid, Paidós, 1990, p. 100.

⁴⁵⁶ *Ibidem*, p. 97.

⁴⁵⁷ Cfr. Victoria Camps, *op. cit.*, p. 233.

⁴⁵⁸ Nathaniel Branden, *El respeto hacia uno mismo*, p. 78.

⁴⁵⁹ Nos gustaría matizar que, quizás no se trata tanto de tener una autoestima cuasi perfecta, ideal, como parece sugerir la definición que ofrecemos, como de tener una autoestima suficientemente buena, que nos permita movernos por la vida con una sensación de valía y eficacia personales, que faciliten el asumir los retos, las responsabilidades y los embistes de la vida con la suficiente confianza en nosotros mismos para seguir haciendo camino.

⁴⁶⁰ Nathaniel Branden, *La psicología del amor romántico*, p. 137.

⁴⁶¹ *Idem*.

“obtiene intenso placer y orgullo del trabajo de su mente y de los logros que ese trabajo hace posibles. Sintiendo seguro de su capacidad para afrontar los desafíos de la vida, el individuo deseará una existencia estimulante, creativa, plena de esfuerzo. Seguro de su propio valor, el individuo se sentirá atraído por la buena autoestima de los demás; lo que más deseará en las relaciones humanas será la oportunidad de sentir admiración. Tanto en el trabajo como en las relaciones humanas, el individuo actúa a partir de una firme base de seguridad, eficacia, y como consecuencia, de amor por estar vivo. Lo que esta persona busca son medios para expresar y captar una buena autoestima. La persona con escasa autoestima actúa a partir del miedo, no de la seguridad. El objetivo fundamental ya no es vivir, sino escapar de la ansiedad de vivir. El deseo principal no es la creatividad, sino la seguridad. Este tipo de persona, en las relaciones humanas, no busca admiración sino, más comúnmente, escapar de los valores morales, de las normas, busca una promesa de perdón, o de aceptación sin respeto, o de admiración sin comprensión: que la consuelen y protejan o, de lo contrario, que la teman ciegamente”.⁴⁶²

Tener un aceptable nivel de autoestima es fundamental, pues la manera en como nos sentimos con respecto a nosotros mismos afectará de manera decisiva a la actitud y al comportamiento que adoptaremos en todos los aspectos de nuestra vida. La autoestima también nos permite comprendernos mejor, tanto a nosotros como a los demás y es un requisito fundamental para una vida satisfactoria⁴⁶³.

Para poder tener una sensación de identidad personal coherente y consistente es preciso desarrollar una buena autoestima, y para ello es necesario vivir de un modo consciente y auténtico, aceptarse a uno mismo y tener una actitud activa y responsable ante la vida. Veamos más detenidamente que significan estas últimas afirmaciones.

Vivir conscientemente consistiría en hacer un esfuerzo por generar un estado mental adecuado, que nos permita, en la medida de lo posible, conocer, comprender y respetar los hechos de la realidad, de manera que podamos vivir de un modo responsable⁴⁶⁴, esto es, no negar o no querer ver aspectos de la realidad porque resulta más cómodo y requiere menor compromiso por nuestra parte.

⁴⁶² Nathaniel Branden, *El respeto hacia uno mismo*, p. 106. El autor sugiere la idea de que una buena autoestima favorece entonces el paso de la adolescencia a la adultez, al mostrar la confianza necesaria para asumir los retos y responsabilidades que supone el nuevo estadio vital.

⁴⁶³ Nathaniel Branden, *Cómo mejorar su autoestima*, Barcelona, Paidós, 2010, p. 15.

⁴⁶⁴ *Ibidem*, pp. 36s.

Aprender a aceptarse consiste en permitirse sentir lo que se sienta y ser lo que uno sea. Supone tener la voluntad y el valor de ver y admitir lo que uno es, pues esto constituye, además, el punto de partida para promover cualquier cambio y poder así evolucionar⁴⁶⁵.

Además, es importante para el crecimiento de la autoestima el tener una orientación activa y responsable hacia la vida, afrontando el compromiso de la propia existencia, asumiendo que uno es el principal agente causal de su propia vida y conducta, y que, tanto el hacerse responsable de aquellas cosas sobre las que no se tiene control, como irresponsabilizarse de aquellos asuntos en los que sí se tiene, afectarán negativamente a la autoestima⁴⁶⁶.

Vivir de un modo auténtico, con coherencia y honestidad, es otra de las cosas necesarias para el desarrollo de una buena autoestima, y para ello son necesarios el coraje y la independencia, tanto para sobreponerse al miedo de no gustar a todo el mundo, como para soportar las envidias y la hostilidad de aquellos que estén más atados a las convenciones sociales. Es decir, entender que es más importante *ser* que *pertenecer al grupo*⁴⁶⁷. Esto permitirá además tener relaciones más enriquecedoras, pues:

“Las relaciones con personas de alta autoestima se caracterizan por un grado de benevolencia, respeto y dignidad mutua superior al nivel medio. Los hombres y las mujeres orientados hacia el desarrollo tienden a apoyar las aspiraciones de desarrollo de los demás. Las personas que disfrutan con su propio entusiasmo también disfrutan con el de los demás. Las personas que practican la franqueza al hablar aprecian la franqueza en la conversación con los otros. Las personas que se sienten cómodas diciendo sí cuando quieren decir sí, y no cuando quieren decir no, respetan el derecho de los otros a hacer lo mismo. Las personas auténticas tienen amigos mejores y más dignos de confianza, porque saben que pueden apoyarse en ellos, y porque los instan a igualar su autenticidad. Al ser auténticos, no sólo nos honramos a nosotros mismos: a menudo es un regalo para cualquier persona con la que tratemos”⁴⁶⁸.

Según lo que hemos expuesto hasta el momento resulta evidente que los

⁴⁶⁵ *Ibidem*, pp. 51-53.

⁴⁶⁶ *Ibidem*, pp. 109-111.

⁴⁶⁷ *Ibidem*, pp. 119-123.

⁴⁶⁸ *Ibidem*, p. 123.

parámetros mediante los que juzgamos nuestra conducta y el contexto dentro del cual la vemos, resultan de suma importancia en la elaboración de una buena autoestima. En este punto es donde resulta pertinente hablar de la culpa, aspecto con cierto peso todavía en nuestra cultura, debido a la huella que, sobre todo, la tradición judeocristiana ha dejado tras tantos siglos de raigambre.

La culpa implica una estigmatización moral y nos hace responsables de un delito o falta ante la justicia, ante los demás o ante la propia conciencia. El sentimiento de culpabilidad conlleva remordimiento de la conciencia moral⁴⁶⁹ pues “siempre contiene la implicación de elección y responsabilidad”⁴⁷⁰, seamos o no conscientes de ello. Pero para proteger la autoestima se han de comprender con claridad cuales son los límites de la responsabilidad, pues en no pocas ocasiones se siente culpa sin que sea razonable un sentimiento de tal naturaleza. En este sentido Nathaniel Branden dice:

“Cuando no existe evasión, ni irresponsabilidad, ni violación consciente de la integridad, no hay fundamentos racionales para el sentimiento de culpa. Naturalmente, puede haber fundamentos para el dolor o el arrepentimiento por errores de juicio. Desde el punto de la autoestima, esta distinción es de crucial importancia.

El concepto de pecado original —de culpa en la que no existe la posibilidad de inocencia, ni libertad de elección, ni otras alternativas— se contrapone a la autoestima por su propia naturaleza. Por lo tanto es antihumano”.⁴⁷¹

La culpa o autocondena es además acomodaticia y provoca pasividad. Esto dificulta la acción necesaria para el cambio y, por tanto, para el desarrollo. Entorpece también el poner la energía, disciplina, integridad, dedicación, responsabilidad y exigencia necesarias para una vida satisfactoria⁴⁷². Como contrapartida, podríamos hablar de una “culpa racional”, distinta de la autocondena paralizante, que supondría la

⁴⁶⁹ Paul Ricoeur, en su obra *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, pone de manifiesto cómo la identidad estaría relacionada con la imputación moral. Encontramos cierta conexión entre esta idea y la de Nathaniel Branden acerca de la conciencia moral implicada en el sentimiento de culpa (sentimiento que influye en la autoestima y ésta, en última instancia, en la configuración de la identidad).

⁴⁷⁰ Nathaniel Branden, *El respeto hacia uno mismo*, p. 83.

⁴⁷¹ *Ibidem*, p. 85.

⁴⁷² Nathaniel Branden, *Cómo mejorar su autoestima*, p. 90.

evaluación objetiva de alguna acción equivocada y un sentimiento genuino de mala conciencia que provoque la determinación de efectuar una más responsable acción en el futuro y promueva hacia el cambio y la evolución⁴⁷³. Esta asunción de la responsabilidad de la acción, así como el afán de hacer mejor las cosas en adelante y el esfuerzo por aprender de los errores, son cualidades necesarias para el desarrollo de una buena autoestima.

Por otro lado, la culpa tendría cierta influencia –o al menos hasta ahora la ha tenido– en la configuración de la identidad sexual, aunque es cierto que las cosas han cambiado bastante con respecto a la sexualidad en las últimas décadas. Pero el lastre, decíamos, que la religión ha dejado en nuestra civilización con el paso de los siglos es un hecho, por lo que sus normas de conducta y mandatos siguen teniendo cierta influencia en nuestra cultura, seamos o no religiosos. En este sentido resultan reveladoras las reflexiones del gran pensador Bertrand Russell sobre dicha cuestión. Considera que sólo una actitud vital expansiva y generosa –necesariamente libre de culpa– proporciona felicidad a los demás y también a quién la practica. Esta forma de comportamiento es el resultado de un determinado equilibrio y confianza en uno mismo y comporta un cierto grado de integración mental, a saber, una buena autoestima. En la mayor parte de los casos esta armonía sólo puede lograrse a través de una educación adecuada, y lo contrario dificultaría mucho este proceso. Dicha actitud es prácticamente imposible en alguien que esté atormentado por el sentimiento de pecado, pues éste, en palabras del pensador

“hace desdichado al hombre y le hace sentirse inferior. Al ser desdichado, es probable que tienda a quejarse en exceso de otras personas, lo cual le impide disfrutar de la felicidad en las relaciones personales. Al sentirse inferior, tendrá resentimientos contra los que le parecen superiores. Le resultará difícil sentir admiración y fácil sentir envidia. Se irá convirtiendo en una persona desagradable en términos generales y cada vez se sentirá más sola”⁴⁷⁴.

El sentimiento de pecado y el de culpa resultante son entonces trabas para el desarrollo de una sana identidad, sobre todo en lo que concierne a la sexualidad. Volveremos sobre esta cuestión cuando entremos a valorar la construcción del sujeto

⁴⁷³ *Ibidem*, p. 89.

⁴⁷⁴ Bertrand Russell, *La conquista de la felicidad*, Barcelona, Debolsillo, 2009, p. 95.

adolescente postmoderno desde la identidad de género, puesto que la construcción de ésta, de la identidad, se completa cuando el género se incorpora a dicha acepción, y un saludable desarrollo de la sexualidad es determinante a efectos de una buena configuración de la misma.

Sin embargo, según algunos autores como Boris Cyrulnik, en la actualidad hemos pasado de la cultura de la culpa a la cultura del prejuicio. Si la cultura de la culpa proporcionaba la posibilidad de poder reparar la falta mediante una expiación dolorosa, la cultura actual, tecnológica, exige que sea otro el que realice tal reparación⁴⁷⁵. Así por ejemplo, si antes quejarse de dolor en el dentista se consideraba como ser un quejica, hoy en día puede atribuirse a la torpeza del especialista, que no hace su trabajo con la pericia suficiente. Este hecho pone de relieve como al atribuir un nuevo sentido a un acontecimiento, queda modificado tanto su significado como lo que se experimenta – culpa o prejuicio– ante tal acontecimiento. Y dicha reflexión resulta de interés si consideramos nuevamente el asunto de la sexualidad y la construcción de la identidad de género⁴⁷⁶. No es lo mismo, por poner un ejemplo, vivir la homosexualidad desde la culpa que desde la convicción de que es el otro el que alberga prejuicios contra algo que no se puede decidir, como es la orientación del deseo.

A continuación vamos a exponer algunas reflexiones que, si bien pueden parecer en un principio alejadas de la cuestión de la autoestima, concepto central del apartado, veremos como aluden a ella de un modo más o menos directo. Empezaremos hablando de la idea de Eric Fromm de que el anhelo de conocernos a nosotros mismos y a nuestros semejantes, de saber quienes somos⁴⁷⁷, es la base de toda psicología, y dicho deseo no es

⁴⁷⁵ Boris Cyrulnik, *op. cit.*, pp. 46s.

⁴⁷⁶ En este sentido podemos hablar de como con la progresiva secularización de la sociedad moderna el cuerpo también ha pasado a considerarse de nuevas formas, y, si bien el cuerpo moderno ha ido perdiendo la connotación de cuerpo-pecado, la culpa sigue siendo un sentimiento muy arraigado al modo en como se vive la corporalidad. La apariencia física en torno a unos determinados cánones de belleza ha cobrado tanta importancia, que se castiga el cuerpo en un esfuerzo por cumplir con tales cánones, y la culpabilidad aparece si no se alcanzan determinados patrones de belleza o no se cumplen a raja tabla las “tiránías” autoimpuestas en pos de ese modelo corporal que la sociedad de consumo, con la moda y la publicidad a la cabeza, propugnan como cuerpo ideal. Por tanto, no sólo la sexualidad, sino la corporalidad cobra una enorme importancia en cuanto a la configuración de la identidad de género. Más en el caso de las mujeres, pues el cuerpo ha sido tradicionalmente un valor más importante que en el caso de los hombres, siendo las mujeres, especialmente las obesas, las más presionadas socialmente para hacer dieta y también las más discriminadas. Cfr. Amparo Almarcha y Luz Campello, “Lo que el feminismo no logró evitar: la anorexia como expresión de la deficiencia del cuerpo”, *op. cit.*, pp. 74-74.

⁴⁷⁷ Saber quién uno es es saber acerca de su identidad.

posible de satisfacer desde el pensamiento. Mediante el conocimiento corriente nunca llegaríamos a conocer el profundo secreto de cada persona, seguiríamos siendo un enigma para nosotros mismos y lo mismo ocurriría con nuestros semejantes. El único modo de alcanzar un conocimiento total consistiría en el acto de amar, acto que trasciende el pensamiento y las palabras. Así, el conocimiento psicológico sería una condición necesaria para conocernos y conocer al prójimo, pero la experiencia de la unión sería lo que proporcionaría un conocimiento “total”:

“Tengo que conocer a la otra persona y a mí mismo objetivamente, para poder ver su realidad, o más bien, para dejar de lado las ilusiones, mi imagen irracionalmente deformada de ella. Sólo conociendo objetivamente a un ser humano, puedo conocerlo en su esencia última, en el acto de amar”⁴⁷⁸.

El autor propone que dicha afirmación tiene importantes consecuencias para el papel que desempeña la psicología en la cultura occidental contemporánea, pues la popularidad de la misma tendría que ver no sólo con el interés en el conocimiento de los seres humanos, sino que también pondría en evidencia la fundamental falta de amor – hacia los demás pero también hacia uno mismo, y en este sentido falta de autoestima– en las actuales relaciones humanas, de modo que el conocimiento psicológico vendría a sustituir el conocimiento pleno del acto de amar⁴⁷⁹.

En una línea de pensamiento similar, Bertrand Russell afirma que sólo desprendiéndonos de un ego excesivo podremos disfrutar plenamente del mundo y aceptar, tanto el cariño de los demás, como liberar el cariño que hay que dar. Esta cárcel del ego tendría que ver con un defecto de carácter relacionado con una ambición excesiva, que no incluye el afecto en sus planes como consecuencia probablemente de “algún tipo de resentimiento u odio a la raza humana, provocado por una infancia desgraciada, por injusticias posteriores”⁴⁸⁰, en todo caso por un pasado marcado por la falta de cariño, y por una autoestima, entendemos, mermada por estos hechos.

⁴⁷⁸ Erich Fromm, *El arte de amar*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 49.

⁴⁷⁹ *Idem.*

⁴⁸⁰ Bertrand Russell, *op. cit.*, p. 157.

Todos estos procesos y distintos aspectos a los que hemos aludido hasta aquí dan cuenta de la interrelación que hay entre individuo y sociedad en cuanto a construcción de la identidad se refiere, pudiendo afirmar que los individuos estamos contruidos por los social en todas las facetas de nuestra vida.

Queda por indicar que la configuración de la identidad –proceso que, como hemos dicho se desarrolla, ya sea en mayor o menor medida, a lo largo de toda la vida– supone siempre una cierta tensión, la cual pone de relieve la fragilidad de la identidad y que puede llevarla a la crisis.

Será más adelante cuando nos detengamos en las particularidades propias que *la crisis de identidad* adquiere durante la etapa de la adolescencia. En esta ocasión nos limitaremos a señalar tres aspectos siempre presentes en la crisis de identidad, que retomaremos en el último capítulo de esta parte de nuestra investigación:

Por una parte está la permanencia de uno mismo a lo largo del tiempo. Por otra, la existencia de amenazas reales o imaginarias –simbólicas– de la identidad desde el momento en que el individuo se confronta con el otro, con la diferencia. Y, por último, la violencia implícita en la fundación de las identidades, principalmente colectivas⁴⁸¹. Pueden entenderse también, desde esta perspectiva, los mencionados procesos de construcción de la identidad, como el de igualación-diferenciación, el de identificación-desidentificación, el de autoafirmación, y asimismo puede comprenderse la función estratégica y necesaria del olvido selectivo⁴⁸² en la configuración de la identidad, necesariamente mediatizada por una función profiláctica de la memoria en pos de la adaptación a un determinado contexto.

⁴⁸¹ Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999, p. 31.

⁴⁸² *Ibidem*, p. 59.

CAPÍTULO 6

La identidad de género

Hasta aquí hemos podido ver de qué se trata eso a lo que llamamos identidad (la identidad desde un punto de vista general). También hemos podido hacernos una idea de cuales son los elementos, recursos y procesos que el sujeto necesita y utiliza para construirla. Pero como ya hemos dicho anteriormente, el constructo de identidad no quedaría completo sin hacer alusión al género. Ésta será nuestra labor en el Capítulo que nos ocupa: la identidad de género.

Empecemos clarificando términos. Cuando hablamos de género debemos tener presente que estamos haciendo alusión a un concepto en el que lo biológico –el sexo con el que uno nace: de “macho” o de “hembra”, en la mayoría de los casos– es significado a través de lo cultural-simbólico y social. Es decir, si se nace con un determinado sexo, el género –“masculino” o “femenino”– es algo que se construye en interrelación con una determinada realidad social, es decir, constituye una construcción cultural.

De este modo, los factores biológicos son dependientes tanto de la evolución como de la influencia constante de un medio social en el que se ven involucrados otros múltiples factores. Así, las manifestaciones de la identidad sexual –tales como la asignación de género o las expectativas en lo que respecta a un comportamiento diferente entre individuos de distinto género, etc.– pertenecen a una determinada realidad sociocultural⁴⁸³. Por tanto, podremos ver como tanto la parte física –la corporalidad física y fisiológica– como la simbólica –lo cultural– están muy relacionados con la identidad de género.

Desde Darwin y su teoría de la evolución hasta las más recientes investigaciones procedentes de ámbitos como la genética, la ciencia biológica-neuronal, la sociobiología o el construccionismo social, entre otros, han enriquecido el debate acerca de como se configura la identidad sexual. Es cierto que el dimorfismo sexual –es decir, la existencia

⁴⁸³ Cfr. Lola Salinas, “La construcción social del cuerpo”, *Reis. Revista española de investigaciones sociológicas* 68 (1994), pp. 85 y 88.

de dos sexos, el de “macho” y el de “hembra”, como norma general— es el resultado de un esfuerzo adaptativo realizado por los organismos sexuales multicelulares cuando dejaron el medio acuático para ocupar uno terrestre, adaptando su sistema de reproducción al nuevo entorno. Dicho dimorfismo sexual es desde el que se ha desarrollado la división de los roles en la reproducción y en el sistema de identificación de los individuos: siendo los individuos del sexo hembra los que asumen casi el total de los cometidos del proceso reproductivo antes del nacimiento del nuevo ser (menos el de proporcionar uno de los gametos necesarios, labor que es desempeñada por el otro sexo, el de macho). Esta desproporción o “inferioridad” en responsabilidades o control ejercido con respecto al proceso de reproducción, motiva probablemente cierto tipo de conductas “compensatorias” que definen el comportamiento del macho —como por ejemplo la promiscuidad, cuyo fin sería el aumentar las posibilidades de tener descendencia⁴⁸⁴.

Nuestra intención es vincular la construcción de la identidad a la del género. Por tanto, parece razonable asumir que la reproducción sexual, último paso de la evolución reproductiva, desarrolló una fisiología intrincada en organismos especializados⁴⁸⁵, con conductas asociadas a la labor a desempeñar dentro del proceso reproductivo, así como una “emergente organización de la vida” en torno a la habilidad para la actividad de la reproducción. Esta interacción con fines reproductivos puede considerarse como la causa de las transformaciones más importantes en el desarrollo de la especie humana y responsable, por tanto, de la *prehistoria de la sociedad* ⁴⁸⁶.

La sexualidad humana es una construcción compleja en la que intervienen múltiples elementos sociales que dan cuenta de que su significado va más allá de lo biológico. Lo que representan la edad, la posición social, los atributos del género, la religión, la ideología, etc., son determinantes en su evolución. Por lo tanto, la conducta sexual tiene un significado simbólico, que no necesariamente pretende la reproducción⁴⁸⁷.

Es una idea aceptada el hecho de que lo biológico y lo social (o, lo que es lo mismo, la naturaleza y la cultura; o lo natural y lo racional-simbólico-cultural) están tan

⁴⁸⁴ *Ibidem*, pp. 90s.

⁴⁸⁵ *Ibidem*, p. 91.

⁴⁸⁶ *Idem*.

⁴⁸⁷ *Ibidem*, p. 92.

profundamente imbricados, que las estructuras y sus correspondientes funciones biológicas deben ser observadas como el resultado de miles de años de elaborada interacción adaptativa entre los organismos y su propio medio socio-cultural. Y, como hemos visto anteriormente, en las interacciones humanas tiene una importancia decisiva el lenguaje, elemento clave que nos ha permitido y sigue permitiendo una organización social y simbólico-cultural.

“Una red social de interacción flexible y en evolución, al tiempo que imperativa y determinante, desarrollada a lo largo de millones de años, ha sido el entorno constante que podría ser aceptado como el factor fundamental que modela las características cognitivas y la fisiología e los seres humanos. Esta red de interacción es la base de la aparición de los procesos *cognitivos simbólicos y de lenguaje*”.⁴⁸⁸

“Se mantiene, desde distintas perspectivas teóricas en el contexto del construccionismo social [...] que las interacciones sociales organizan y determinan la vida sexual del sujeto de acuerdo a diferentes factores simbólicos, tales como el conocimiento, el lenguaje, la cultura, etc.”.⁴⁸⁹

Así, podríamos considerar que la identidad personal tiene algo de biológico, pero sus operaciones específicas están condicionadas por el modo de funcionar e interactuar de una determinada estructura socio-cultural en un momento histórico concreto⁴⁹⁰. La biología del individuo quedaría establecida en la etapa prenatal y culturalmente determinada en las etapas postnatales⁴⁹¹, en una constante interrelación y modelación de lo biológico por el entorno –y viceversa– hasta la muerte del sujeto. En este sentido, el cuerpo por sí solo no podría dar cuenta de la diferenciación de los géneros.

“Estos necesitan ser entendidos en el contexto simbólico e interactivo en el que han sido contruidos, observando el fenómeno social como la etapa final de la determinación biológica y como el inicio y la causa de la humanización”.⁴⁹²

⁴⁸⁸ *Ibidem*, p. 93.

⁴⁸⁹ *Idem*.

⁴⁹⁰ *Idem*.

⁴⁹¹ *Ibidem*, p. 94.

⁴⁹² *Ibidem*, p. 95.

De este modo podemos concluir que el género es un concepto relativo, elaborado culturalmente, en el que influyen tanto factores biológicos como socio-culturales que, por tanto, ocurren en un contexto interactivo y simbólico en el que lo educacional y lo económico tienen un peso determinante, en el que tanto el sexo con el que se nace como las expectativas, los deseos, los modelos, las identificaciones, las proyecciones, las asignaciones, etc., serán elementos y procesos que intervendrán en la compleja configuración de la identidad de género.

§1. Génesis histórica de la teoría del género

La noción de género aparece a partir de la idea de que lo femenino y lo masculino no son hechos biológicos, sino construcciones culturales de las características masculinas y femeninas. La génesis de esta noción se produce en el siglo XVII con Poulain de la Barre que publica tres textos (1673, 1674 y 1675) en los que polemiza con los partidarios de la inferioridad de las mujeres. Poulain opina que la desigualdad entre hombres y mujeres no es consecuencia de la desigualdad natural sino que la desigualdad social y política es la que produce las teorías que postulan la inferioridad de la naturaleza femenina.

En el siglo XVIII, con la ilustración, se insiste en la idea de que el género es una construcción social. Por ejemplo D'Alambert, Condorcet, Madame de Lambert y otros defendieron la igualdad entre los sexos y refutaron las opiniones de los que sostenían la inferioridad natural de la mujer. Rousseau, por el contrario, es un teórico de la feminidad al asignar a las mujeres la tarea natural de esposa y madre en un espacio adecuado, que es el doméstico. Cree que si la especie humana está dividida en dos sexos la sociedad debe estar dividida en dos espacios: el público para los varones y el doméstico para las mujeres⁴⁹³.

⁴⁹³ Resulta importante señalar, al hilo de las palabras del pensador, que los espacios, además de ser un área físicamente delimitable por las actividades que se desarrollan allí por la gente que lo ocupa, por los elementos que lo contienen, lo es también por los contenidos simbólicos que se le atribuyen. El espacio se limita, se jerarquiza, se valora, se cambia y todo ello repercute en las relaciones humanas. Con frecuencia va unido a la forma en que la sociedad elabora y expresa sus relaciones de poder y es interesante observar como los espacios están configurados por la construcción sexuada de una cultura. En general los nombres de las calles, plazas y los monumentos erigidos en ellas están dedicados a hombres ilustres, los ejemplos de personas humildes o de mujeres son escasos (la estatua de Rosalía de Castro en la Coruña, la lechera en Ourense, el vendedor de periódicos o los emigrantes en Vigo, por poner algunos ejemplos). El hecho de que la mujer no ocupe de manera simbólica el espacio público no es más que otra muestra de su ausencia en todos los ámbitos culturales en general.

En 1792 la inglesa Mary Wollstonecraft redacta la vindicación de los derechos de la mujer. El siglo XIX es ambivalente para las mujeres. Por un lado, se silencian las reivindicaciones de las feministas de la revolución francesa y las ideas de Rousseau producen la misoginia romántica; por otro, se produce la lucha de las mujeres en favor del sufragio.

En el siglo XX Simone de Beauvoir publica su obra *El segundo sexo*, en ella se aproxima al concepto de género cuando dice: “no se nace mujer, se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto”⁴⁹⁴.

Se hacen estudios de género en los Estados Unidos a partir de los años setenta. En España son más tardíos, la introducción de la teoría feminista en la Academia Española se produce en los ochenta y en Filosofía, uno de los primeros textos feministas es *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, de la filósofa Celia Amorós. El estudio del género se ha incorporado a todas las ciencias sociales, pues si el género es una construcción cultural, por fuerza ha de ser objeto de estudio de estas ciencias.

El género (“masculino”, “femenino”) como una construcción cultural frente al de sexo (“macho”, “hembra”), que es puramente biológico y por ello es un atributo invariable, mientras que el género, al ser cultural, es maleable y variable.

El *género* se refiere al conjunto estereotipado, de ideas, representaciones, valores, creencias, normas y comportamientos que se atribuyen a hombres y mujeres en cada cultura. Al ser, pues, el género una construcción sociocultural, su definición varía en el tiempo y en el espacio; por tanto, puede ser transformado⁴⁹⁵. También es relacional, las identidades de género se definen al oponer el yo al otro. El género alude también a una relación de poder que ha mantenido a las mujeres subyugadas al hombre y es un proceso que siempre está haciéndose, conteniendo muchos supuestos específicos de cada tiempo. Pese a las críticas que ha suscitado la conceptualización del género como una

⁴⁹⁴ Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, Madrid, Aguilar, 1981, p. 247.

⁴⁹⁵ Es esta posibilidad de transformación la que quiere dejar muy clara M^a Luz Pintos Peñaranda en su escrito “Corpo de muller. Ruptura e nova identidade”, en M^a Xosé Agra (ed.), *Corpo de muller. Discurso, poder, cultura*, Santiago de Compostela, Laiovento, 1997, pp. 13-57. Toda la segunda parte de este escrito está dirigida a sentar el fundamento de la posibilidad de una ruptura con los estereotipos de género tradicionales en nuestra cultura para así dar paso a una nueva identidad.

construcción cultural, todas las feministas están de acuerdo en su rentabilidad política para las mujeres. De hecho, las identidades de género, en tanto que procesos socio-históricos, en la actualidad están siendo cuestionadas y se piensa en la necesidad de redefinirlas y reubicarlas.

Para Marina Subirats “el primer impulso del feminismo moderno va en el sentido de conseguir el derecho a la individuación para las mujeres (...) el derecho a escapar al destino y a la limitación genéricos y a vivir vidas personalizadas que puedan desarrollarse en la esfera de lo público”⁴⁹⁶.

El intento de redefinición de la relación entre *sexo* y *género* por parte de la teoría feminista va por caminos diferentes, a veces opuestos. Todas las posiciones critican la jerarquización de los géneros pero a partir de ahí se abre un debate: el feminismo de tradición ilustrada defiende la superación de los géneros y el posmoderno reclama el derecho a la diferencia. Según Subirat, “se plantea la transformación del conjunto de normas sociales y la transformación de ambos géneros hasta su desaparición, pero una desaparición no basada en la eliminación de uno de ellos, sino en la fusión de ambos para convertirse simplemente en posibilidades humanas”⁴⁹⁷. En la postmodernidad, los miembros de la familia tienen que asumir nuevos roles que respondan a las demandas sociales y económicas imperantes. Con los nuevos modos de producción y la incorporación de la mujer al ámbito de lo público el hombre ha entrado en el de lo privado: la crianza de los hijos, las tareas domésticas, etc. En general los roles familiares se han globalizado, todos pueden verse obligados a llevar a cabo funciones tradicionalmente masculinas o femeninas. La nueva configuración familiar es producto de una transformación en la identidad de cada miembro, en particular del hombre y de los hijos, pues la presencia en casa del padre ofrece una figura diferente para ellos. Por todos estos motivos el hombre se encuentra en la disyuntiva de construir una nueva identidad de género que le permita responder a las demandas sociales, económicas y familiares o quedarse en la rigidez de una identidad que no favorece su propio desarrollo.

Parece necesario seguir trabajando en la búsqueda de la igualdad de derechos y deberes entre hombres y mujeres y para ello los varones deben hacer una profunda

⁴⁹⁶ Marina Subirats, *Con diferencia. Las mujeres frente al reto de la autonomía*, Barcelona, Icaria Antrazit, 1998, p. 32.

⁴⁹⁷ *Ibidem*, p. 43.

autorreflexión y liberarse de los lazos que los atan al patriarcado. Teniendo en cuenta que los estudios de género se han realizado por, sobre y para mujeres, es imprescindible que los hombres se incorporen a estos trabajos para producir desde su óptica propuestas complementarias a las feministas.

Con respecto a la construcción del género en las diferentes culturas, las investigaciones que se han hecho dan cuenta de que los roles de género (tareas y actividades que una cultura asigna a los sexo) varían con el entorno, la economía, la estrategia adaptativa y el nivel de complejidad social⁴⁹⁸, como puede verse en los estudios etnográficos realizados por Margaret Mead⁴⁹⁹. Parece que lo que promueve la estratificación de género es un fuerte contraste entre los roles masculino y femenino dentro de una comunidad, aunque esta estratificación puede verse reducida cuando las mujeres tienen roles locales importantes mientras que los hombres realizan sus actividades en un sistema regional más amplio. Al respecto, Tanner⁵⁰⁰ ha encontrado evidencias de que, por ejemplo, la combinación de viajes masculinos y un rol laboral y económico importante de las mujeres reduce la estratificación de género y da un estatus femenino elevado, como puede observarse en ciertas sociedades de Indonesia, África occidental y Caribe con una organización matrifocal, o en nuestra propia tierra, Galicia, en donde la posición de las mujeres y la gestión de su identidad están íntimamente relacionadas con el énfasis puesto en el trabajo como un valor en sí mismo – especialmente en las zonas rurales. Es a través del trabajo que se busca tanto la estima como el reconocimiento y respeto de los demás, y condiciona tanto el estatus social como la identidad propia de a mujer en cuestión⁵⁰¹. Lo vemos muy bien en ejemplos como las épocas de la Galicia de la emigración o en zonas costeras con un marido que trabaja en el mar, ambos constituyen ejemplos de este tipo organizativo de sociedades⁵⁰².

⁴⁹⁸ Cfr. Conrad Phillip Kottak, *op. cit.* pp. 160-183.

⁴⁹⁹ Sobre la variación de los roles de género en tres sociedades de Papúa-Nueva Guinea: los *arapesh*, los *mundugumor* y los *tchambuli*, por ejemplo.

⁵⁰⁰ Cit. por Conrad Phillip Kottak, *op. cit.*, p. 173.

⁵⁰¹ Cecilie Høj Anvic, “Traballo para comer, como para traballar. Xénero, traballo e identidade”, en Enrique Alonso Población / Sharon R. Roseman (eds.), *Antropoloxía das mulleres galegas. As outras olladas*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco Edicións, 2012, pp. 117-135.

⁵⁰² Acordémonos de las “viudas de vivos” de Rosalía de Castro, mujeres con el marido ausente prácticamente en permanencia, que tenían que enfrentarse solas a la vida.

En contraposición, el declive de la matrilinealidad y el auge de la patrilinealidad-virilocal parecen estar vinculados a la presión sobre los recursos y las guerras entabladas entre poblaciones a causa de la escasez de dichos recursos. Estas sociedades tienden a tener una acusada división entre lo doméstico y público y los hombres suelen ocupar la jerarquía de prestigio y utilizan su mayor poder para devaluar u oprimir a las mujeres. Estas sociedades son características, por ejemplo, de las tierras altas densamente pobladas de Papúa-Nueva Guinea⁵⁰³. Así, los roles de género y el modo en como se estratifican constituye un importante aspecto del modo en como se organizan las sociedades en función del tipo de estrategia adaptativa, variables medio-ambientales y atributos culturales específicos.

En nuestra cultura en concreto debemos mencionar que los roles de género han cambiado rápidamente en función de los distintos momentos económicos que se han vivido a partir del industrialismo en Occidente. Los cambios económicos han producido cambios también en las actitudes hacia las mujeres. En los periodos de crisis con altas tasas de desempleo se enfatiza el rol de la mujer en el hogar, mientras que en los momentos que interesa el trabajo femenino, bien porque cobra menos, bien porque hay escasez de hombres, se fomenta la idea de que la mujer debe trabajar fuera de casa, e incluso en periodos bélicos, se llega a considerar un deber patriótico.

A través de este breve pero ilustrativo recorrido acerca del origen y evolución del concepto de género y de la construcción de dicho concepto en diferentes culturas, hemos podido observar como este constructo constituye algo flexible, que cambia en función de factores tanto culturales, como sociales, políticos y económicos. Esta variabilidad del género, dependiendo del momento y del lugar, sugiere que seguirá cambiando pues la biología de los sexos no parece limitar a los humanos y es una base sobre la que pueden construirse gran variedad de estructuras⁵⁰⁴.

§2. Atribución social de género

La relación asimétrica e injusta que existe entre los géneros “femenino” y “masculino”, así como sus respectivos roles en la sociedad, se ven posibilitados por y en

⁵⁰³ Cfr. Conrad Phillip Kottak, *op. cit.*, p. 174.

⁵⁰⁴ Cfr. *ibidem*, p. 183.

el cuerpo. Éste interviene decisivamente en el modo en que constituimos nuestra identidad, y su configuración anatómico-fisiológica será determinante en la manera en que el humano se manifieste dentro de la cultura en la que nazca y se desarrolle. Así, la existencia social de cada individuo vendrá determinada inevitablemente por el cuerpo que tenga, hasta el punto de que dicho individuo configurará el mundo de manera diferente en función de que, al traer rasgos sexuales de macho o de hembra⁵⁰⁵, la sociedad le impondrá los estereotipos de lo “masculino” o de lo “femenino”. Esto es lo que significa que, nada más ver nuestra fisiología, de macho o de hembra, nos pongan un nombre que, por lo general, actuará como una especie de “etiqueta” simbólica. Si a la criatura recién nacida le ponemos un nombre considerado femenino, éste actuará simbólicamente, como una etiqueta impuesta en un triple sentido.

En primer lugar, el nombre va a servir para que esta criatura se vaya identificando desde el primer momento con los estereotipos de “lo femenino” vigentes en su cultura. Si por el contrario le ponemos un nombre considerado masculino, esta etiqueta le servirá para irse identificando (es decir, asumiendo para sí y, a la vez, reproduciendo hacia fuera) los estereotipos de “lo masculino”. El nombre, por tanto, no es un simple conjunto de sílabas sino que tiene una función y un significado simbólicos: marcar al nuevo individuo imponiéndole una determinada identidad de género, pues la identidad del nombre es, al mismo tiempo, la identidad de género.

En segundo lugar, el nombre dado (femenino o masculino) a la nueva criatura humana, a su vez va a actuar para los otros individuos también como una especie de etiqueta indicadora de que ese bebé pertenece a uno o a otro género. Por tanto, los otros individuos sabrán como comportarse con él y, asimismo, sabrán también qué esperar de él (en cuanto perteneciente al género femenino o masculino).

En tercer lugar, a modo de identificación social “oficial”, la etiqueta del nombre supone, para quien la lleva desde que le es impuesta, la asunción de su identidad en cuanto a lo que él o ella *no* es. Es esto lo que expresa F. Anthias: “cada vez que afirmo quien soy, afirmo también quien no soy”⁵⁰⁶. Llamarle por ejemplo “Fiona”, es decir, ser

⁵⁰⁵ Cfr. M^a Luz Pintos Peñaranda, “Cuerpo de mujer y violencia simbólica: una realidad universal”, en Jacinto Rivera de Rosales / M^a del Carmen López Sáenz (eds.), *El cuerpo. Perspectivas filosóficas*, Madrid, 2002, pp. 291s.

⁵⁰⁶ Cfr. Trinidad Escoriza Mateu, “Desigualdad, diferencia e identidad. Reflexionando sobre algunos conceptos desde la arqueología prehistórica”, en Pilar Rodríguez (ed.), *Feminismos periféricos*,

“Fiona” y, por eso, *existir* como perteneciente al género femenino, supone, al mismo tiempo, *no* tener la identidad propia del “otro” género y, por tanto, *no* contar con la posibilidad de estar me permitido, socialmente, pensar, sentir, actuar de ese determinado modo que es más propio del “otro” género que del mío.

Es así como el sexo biológico deja de ser natural al *recubrirse* simbólicamente y pasa a ser un producto de la actividad humana social, tal como ya hemos analizado anteriormente al hablar de los ritos de paso a la adultez.

De manera que parece evidente que el cuerpo no queda reducido a lo puramente físico. El cuerpo no sólo *es*, sino que también se construye simbólicamente. Así, tanto el modo en que percibimos el mundo, como en el que nos comportamos, en función de un determinado género, masculino o femenino, están mediados por un proceso de aprendizaje por el que aprendemos a ver el mundo que nos rodea y a comportarnos en él en función de como es interpretado y percibido por la cultura particular en la que nos hallamos inmersos⁵⁰⁷. Entonces, todo sujeto es siempre, de alguna manera, un reflejo de lo social. Y es que, como indica M^a Luz Pintos,

“la cultura actúa sobre él originando su percepción de aquello que compone su mundo humano (personas, cosas, ideas, valores, comportamientos...) y, a su vez, proporcionándole una concreta percepción de sí mismo o autoimagen. En definitiva, el anclaje cultural le da a cada sujeto un determinado modo de interpretar el mundo y de interpretarse a sí mismo; le da su identidad. [...] Es la sociedad la que enseña al individuo qué pensar y qué idea formarse de todo lo que le rodea, por quién debe tenerse a sí mismo, qué es lo que está bien o mal hacer, cuáles han de ser sus aspiraciones, deseos e ideales y cuáles no, etc., en una palabra, la sociedad le indica como percibirse *cognitivamente* a sí mismo y a todos los elementos que componen su entorno más inmediato”⁵⁰⁸.

Esta asunción y reproducción del género no la lleva a cabo el individuo tan sólo a nivel de la cognición racional, sino que también lo hace emocionalmente, es decir, a nivel de la cognición emotiva. Porque, aunque los sentimientos se experimenten involuntaria e inevitablemente, lo que sentimos tiene su origen en un aprendizaje, el de las creencias que

Salobreña, Alhulia, 2006, p. 252.

⁵⁰⁷ M^a Luz Pintos Peñaranda, “Cuerpo de mujer y violencia simbólica: una realidad universal”, p. 293.

⁵⁰⁸ *Ibidem*, pp. 294s.

conforman el trasfondo cultural. Éstas se aprenden y quedan incorporadas de manera inconsciente –pues no se piensan, se creen, “son”– e intervienen en todas nuestras conductas, tanto intelectuales, como motoras y afectivas⁵⁰⁹. Vemos, pues, que nuestra manera de percibir y de sentir y, por tanto, nuestra manera de expresarnos, son en gran medida un reflejo de lo social⁵¹⁰.

Desde los gestos, la postura, el modo de andar, de moverse, de sentarse, la manera de mirar y de lo que no mirar, cuándo y cómo hablar, el uso dado al espacio, las manifestaciones de sentimientos, el modo de vestirse y adornarse..., hasta el modo de relacionarse con los objetos⁵¹¹, es decir, todo aquello que atañe tanto a lo emocional como a lo comportamental, está condicionado por lo cultural y mediatizado por el género. Y es que cada conducta implica un aprendizaje previo, y todo aprendizaje está mediatizado por lo que se espera de nosotros socialmente. Así, lo comportamental y también lo corporal, en tanto que medio a través del que nos manifestamos, siempre expresan algo socio-cultural.

De esta manera, nuestra identidad, construida y expresada a través de nuestro cuerpo, de nuestro sentir emocional y de nuestros pensamientos y actos, está necesariamente atravesada y controlada por lo social⁵¹², esto es, “aprendemos a vernos como eso que –según los otros– somos”⁵¹³: como mujer (“femenina”) o como hombre (“masculino”). Y, al igual que en todo proceso de construcción de la identidad, éste de atribución de la identidad de género dura toda la vida, implicando tanto lo que los demás dicen que somos, como lo que nosotros pensamos que somos –bien por identificación o bien por desidentificación– con respecto a lo que la mirada ajena nos atribuye. En todo caso, lo social-cultural –lo ajeno que viene desde fuera del individuo– siempre participa en lo que el propio individuo va siendo y haciendo con su vida.

El cuerpo con el que se nace determina la adjudicación de determinados roles a cada individuo. Estos roles a su vez condicionan el cuerpo. Si el género adjudicado es el

⁵⁰⁹ José Antonio Marina, *El laberinto sentimental*, pp. 132, 140 y 266.

⁵¹⁰ M^a Luz Pintos Peñaranda, *Cuerpo de mujer y violencia simbólica: una realidad universal*, p. 295.

⁵¹¹ *Ibidem*, p. 311.

⁵¹² *Ibidem*, p. 298.

⁵¹³ *Ibidem*, p. 296.

masculino, el individuo habrá de mostrar virilidad en su actitud y apariencia. Dará cuenta de ello con una disposición activa, un determinado modo de mirar, de ocupar el espacio, de moverse, de enseñar o de ocultar sentimientos, de decir o no decir, de vestir y adornarse de una manera determinada, así como presentar un físico preferentemente asociado a la masculinidad (musculoso, contundente...). Si el género atribuido es el femenino, otra será la constelación de actitudes y maneras, consideradas como femeninas, de presentarse ante los demás. Mostrando, por ejemplo, una actitud maternal, u otras como la discreción, la empatía, la intuición, la pasividad, la entrega... además de una vestimenta⁵¹⁴ y adornos, así como un físico –peso, forma y atributos corporales– que dejen claro que su aspecto es el de una mujer, y no una cualquiera, sino la que socialmente se espera que sea: femenina y deseable a ojos del hombre.

§3. Control social por medio de la atribución e identidad de género

Toda sociedad humana tiende a regular las relaciones entre sus individuos en un intento de ejercer control sobre ellos, para asegurar la existencia del grupo como tal –tarea principal de toda cultura. Veremos como la imposición social de género a cada individuo tiene como finalidad última precisamente esto, la regulación social.

Controlar el comportamiento es un método eficaz de ejercer control social; y como todo comportamiento parte del cuerpo, el condicionamiento del mismo, especialmente cuando se realiza de un modo inconsciente, resulta una estrategia de dominación muy efectiva, en tanto que el resultado es que el propio individuo va a ser quien se comporte automáticamente del modo socialmente esperado.

La cuestión es por qué las sociedades humanas necesitan construir y reproducir los géneros, qué función social cumplen. La respuesta tiene que ver con el mantenimiento del poder y del control de un sexo, el masculino, sobre otro, el femenino. No vamos a profundizar en cuales son las razones ancestrales de esta dominación, sólo señalar que los cuerpos de las mujeres han sido siempre el bien por excelencia a intercambiar por aquellos, los hombres, que disponen de mayor fuerza bruta. Su valía ha radicado en suponer, no sólo un “objeto” de placer sexual, o un modo de establecer alianzas sociales y políticas, sino también una fuente de fecundidad. Teniendo en cuenta que a través de la

⁵¹⁴ Recordemos que la vestimenta condiciona el cuerpo asociándolo a actitudes morales y se pone al servicio también del control o la limitación, fundamentalmente en las mujeres.

progenie se perpetúa, no sólo la especie, sino la estirpe familiar y además los hijos han supuesto durante siglos preciada mano de obra o, en el caso de las hijas, también valiosa moneda de cambio, se entiende el interés que ha habido a lo largo de la historia por controlar el cuerpo sexual y reproductivo de la mujer⁵¹⁵. Veamos de qué manera, mediante qué estrategias, consigue la sociedad hacerlo.

El presupuesto ideológico que justifica todas las estrategias de dominación, y que no deja de ser una estrategia más, es el del *determinismo biológico*. Primero se impone un sexo a cada individuo que nace, en función de sus características anatómicas, de sus rasgos sexuales biológicos. A continuación se asocia cada sexo a unos determinados estereotipos de género, lo que implica para cada individuo interiorizar y reproducir de un modo simbólico-corporal un *modus vivendi* que se asume como natural. Y finalmente se regulan las relaciones entre los individuos de la sociedad en función del género atribuido. Decíamos que el determinismo biológico constituye una estrategia de dominación porque la conformación anatómica no implica necesariamente un determinado destino “natural” e inevitable. Y es que, si bien es cierto que las diferencias fisiológicas entre los sexos nos hacen diferenciar entre lo masculino y lo femenino, la justificación aparentemente natural que se extrae de esta circunstancia para diferenciar socialmente los sexos, especialmente en lo que concierne a la división sexual, es una construcción social, cargada de atribución simbólica. Así, mediante esta justificación se “legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción social naturalizada”⁵¹⁶.

El principio de perpetuación de la dominación masculina reside en instancias sociales como la Escuela o el Estado, aunque uno de los lugares más visibles de su ejercicio sea el ámbito doméstico, y constituye un acto de “violencia simbólica”, pues es ejercida a través del desconocimiento, del reconocimiento y del sentimiento, lo que nos permite comprender la lógica de la dominación, impuesta desde el orden social, “que funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya”⁵¹⁷, de forma que dicha lógica es asumida tanto por el

⁵¹⁵ Cfr. M^a Luz Pintos Peñaranda, *Cuerpo de mujer y violencia simbólica: una realidad universal*, pp. 301-303.

⁵¹⁶ Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 37.

⁵¹⁷ *Ibidem*, p. 22.

dominador como por el dominado y transmitida a través de un idioma (que modula tal principio simbólico) y a través de un estilo de vida (que conlleva una manera de pensar, de hablar y de comportarse)⁵¹⁸.

Las estrategias de dominación ejercidas desde todas estas instancias anteriormente citadas –escuela, Estado y familia– son, desde estrategias educacionales hasta estrategias de coacción, de desprestigio o de recompensa y castigo, entre otras. Todas ellas implican “una serie de técnicas concretas por las que se materializa la manipulación del pensamiento y de las acciones de las mujeres, con el fin de mantener asegurado el monopolio del poder por parte de los hombres”⁵¹⁹, y también la propia manipulación del pensamiento y acciones de los hombres, que al construir su identidad de varones, para demostrar su virilidad, se ven culturalmente abocados a desvalorizar de algún modo a las mujeres⁵²⁰.

La lógica de la “vocación”, que establece que se está más habilitado para desempeñar unas determinadas tareas en función del sexo que se tenga, la presentación social de la mujer desposeída de valor por sí misma –presentándola como “mujer de” o “hija de”–, la coacción más o menos sutil a desempeñar el papel tradicional de madres y esposas, o a dificultárselo o impedirsele si acceden al mundo laboral, la desigual remuneración económica desempeñando el mismo trabajo que los hombres, la alabanza de la maternidad o de las excelencias de ser una buena hija o esposa, la consideración de “patología” médica a cualquier desviación del papel femenino que se tiene asignado a las mujeres⁵²¹, etc., son algunas de las estrategias de dominación ejercidas socialmente que ponen en evidencia el intento de dejar a la mujer en una posición de inferioridad por el

⁵¹⁸ *Ibidem*, pp. 11, 12 y 15.

⁵¹⁹ M^a Luz Pintos Peñaranda, *Cuerpo de mujer y violencia simbólica: una realidad universal*, p. 313.

⁵²⁰ Carmen Magallón Portoles, “Sostener la vida, producir la muerte: estereotipos de género y violencia”, en Vicenç Fisas (ed.), *El sexo y la violencia*, Barcelona, Icaria/Antrazyt, 1998, p. 97.

⁵²¹ Como ocurría en el siglo XIX con la histeria o remontándonos más atrás, a la Edad Media y las denominadas brujas, esas mujeres que poseían un saber que no les estaba reservado, y por ello se las consideraba, no enfermas, pero sí vinculadas al demonio, que era otra forma de manifestar que suponían un peligro al quedar fuera del orden social establecido y permitido. O como las describe Chantal Thomas en *Cómo soportar la libertad*, Barcelona, Tusquets, 1999, p. 50: “esa lúcida-iluminada, satánica, sibila, peligrosa y curandera, maléfica y víctima... la Bruja”.

hecho de haber quedado adscrita al género dominado⁵²². Todas estas estrategias

“tienen como objetivo inmediato el control del cuerpo y de la mente de las mujeres, para de este modo “neutralizar” la posibilidad de que tomen decisiones por iniciativa propia y conforme a sus propios deseos o necesidades. Consiguiendo este objetivo es más que probable que se logre mantener y reproducir la dominación masculina en la estructuración de la sociedad y que el cuerpo de las mujeres y la violencia simbólica ejercida sobre él de tan múltiples modos siga siendo una realidad universal”⁵²³.

Además, no debemos perder de vista el hecho de que, aunque actualmente la mujer ocupe espacios antes reservados sólo a los hombres y se haya ganado terreno en cuanto a la igualdad entre hombres y mujeres, al menos en lo que concierne a lo legislativo, bajo lo novedoso subsiste lo antiguo, a saber, que la vida familiar, lo íntimo, lo relacional sigue siendo terreno asignado a lo femenino, mientras que lo que concierne al poder, el éxito profesional y el alcanzar un determinado estatus siguen prevaleciendo en el ámbito masculino⁵²⁴. A esto podemos añadir el hecho de que las cosas estén cambiando con respecto a la asunción de los roles masculino y femenino, y que la inversión de los mismos esté a la orden del día. Esto está provocando desconcierto y confusión, sobre todo en los hombres, que ante la ansiedad de lo novedoso y de lo “aún por hacer” en lo que respecta a asumir nuevas identidades masculinas y aceptar nuevas identidades femeninas, que no impliquen las adscripciones de género hasta ahora al uso, están provocando la vuelta a los roles más tradicionales, aunque también podemos ver intentos creativos de investir nuevas identidades, más acordes con los nuevos tiempos que nos ocupan.

Vemos entonces como el concepto de identidad, es decir, la construcción de la misma, se enriquece cuando el género se incorpora a dicha acepción. Pero no podemos pasar por alto que esta separación impuesta desde lo social en dos géneros, el masculino y el femenino, en función de la división en dos sexos también, no deja de ser un modo de categorizar una realidad que excede a dicha separación. Pues el ser humano es mucho más complejo que todo esto. Así, podemos encontrarnos con individuos con atributos sexuales

⁵²² Cfr. M^a Luz Pintos Peñaranda, “Corpo de muller. Ruptura e nova identidade”, *passim*.

⁵²³ M^a Luz Pintos Peñaranda, *Cuerpo de mujer y violencia simbólica: una realidad universal*, p. 315.

⁵²⁴ Gilles Lipovetsky, *La tercera mujer*, Barcelona, Anagrama, 1999, p. 271.

femeninos que se sienten íntimamente hombres y viceversa, o individuos que tienen órganos sexuales masculinos y femeninos a la vez, los hermafroditas, o mujeres que se sienten mujeres pero que desean a otras mujeres, u hombres que desean a otros hombres pero se sienten hombres también; es decir, el sexo con el que se nace, el género que se asume y los caminos que toma el deseo sexual, se combinan de maneras tan diferentes como la propia diversidad que conforma el mundo de los humanos. Vemos así como las identidades sexuales en la actualidad trascienden el concepto de género. Androginia, bisexualidad, transexualidad, homosexualidad masculina, lesbianismo, pansexualidad, travestismo..., son términos que aluden a realidades que dan testimonio de ello⁵²⁵.

Lo cultural por una parte –y dentro de lo cultural estaría aquello que la cultura considera como lo normal y lo que considera como perverso, en el sentido de alejado de la norma–, lo aprendido dentro de una determinada cultura por efecto de las circunstancias particulares de cada individuo por otra parte, y también lo biológico, la retroalimentación de todos estos elementos, daría cuenta de las diferentes manifestaciones en cuanto a identidad de género se refiere en una determinada sociedad en un momento histórico particular.

§4. La transmisión de la identidad de género

Hemos podido ver que la estratificación económico-política y el reparto de sus roles en una sociedad dividida en dos géneros –el “femenino” y el “masculino”– responde a esta división genérica y que, al mismo tiempo, produce estrategias o mecanismos ideológicos que justifican esa desigualdad asimétrica hasta el punto de que los individuos la hacen suya, tal como si fuera *lo más natural y lo normal* e, incluso, *lo mejor*, llegando incluso hasta a defenderla si es preciso. El uso de estereotipos es uno de los mecanismos

⁵²⁵ Al respecto resultan muy interesantes las reflexiones que realiza en su libro Judith Butler, *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós, 2006, pp. 113-148. Esta autora expone la cuestión de si desdiagnosticar el género, a raíz de las discusiones y debates de los últimos años sobre el estatus del diagnóstico del trastorno de identidad de género que figura en DSM-IV (manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales). Por una parte, los miembros del colectivo GLBQTI (Gay Lesbian Bisexual Queer Transsexual Intersex) argumentan, en favor de la conservación de la diagnosis, el fácil acceso de este modo a diferentes medios médicos y técnicos para la transición de sexo. Pero por otra parte, recibir el diagnóstico de *Gender Identity Disorder* (GID), es decir, el trastorno de identidad de género, supone desde otros puntos de vista, un estigma, el del trastorno patológico, por lo que algunos psiquiatras y activistas *trans* argumentan que la diagnosis debería ser totalmente eliminada, puesto que el hecho de determinar el propio género es una cuestión de autonomía personal y no una enfermedad mental. Vemos que la cuestión del género en la actualidad es mucho más compleja que la tradicional consideración de dos géneros exclusivamente.

utilizados, por su poder para transmitir y mantener ideología dominante. Un estereotipo es una imagen convencional o una idea preconcebida, un modo de concebir popularmente a un grupo de personas y una forma de categorizarlas de acuerdo con sus apariencias, comportamientos y costumbres.

“Los estereotipos refuerzan los prejuicios y convicciones que tenemos sobre los objetos, las clases sociales, instituciones e incluso sobre nosotros mismos (nuestro grado de aceptación o autoestima están afectados por convicciones estereotipadas).

Las imágenes estereotipadas se situarían entre la realidad y la percepción provocando una orientación selectiva y distorsionada de la propia realidad. A pesar del carácter aprendido de los estereotipos, una de sus funciones sociales más relevantes es servir a los intereses y necesidades de los grupos dominantes”[...]

El estereotipo es siempre un mensaje de estructura autoritaria porque pretende imponer su particular cosmovisión en los sectores sociales que hacen uso de él y lo comparten y el resto de la ciudadanía.

Y es que en los mensajes de estructura autoritaria no se presenta la realidad tal y como es, con todas sus contradicciones humanas, sino una realidad ideal, empobrecida por la generalización para facilitar su rápida comprensión”.⁵²⁶

El estereotipo, al ser un conjunto de ideas simples, no razonadas, arraigadas en las conciencias constituye un mecanismo ideológico que refuerza la idea de la desigualdad por género. Independientemente de la realidad de las diferencias sexuales, suelen existir creencias de que los sexos tienen una serie de caracteres determinados. Estas creencias constituyen los estereotipos sexuales cuando son compartidos por colectividades. Pero los estereotipos de lo masculino y lo femenino son una invención relativamente reciente, ya que datan de la Revolución industrial del siglo XVIII. A la masculinidad se le atribuyó la fuerza, la valentía, la tendencia a la acción, mientras que la feminidad se asoció con rasgos como la dulzura, la paciencia, el instinto maternal⁵²⁷ y la pasividad o receptividad, entre otros. Los estereotipos forman parte de las definiciones sociales del sexo, que implican creencias, valores y normas ampliamente compartidas por los miembros de una sociedad y formados a lo largo del tiempo. Las definiciones sociales patriarcales variarán en función de la situación del patriarcado. Las crisis políticas o económicas y las

⁵²⁶ Ramón I. Correa / M^a Dolores Guzmán / J. Ignacio Aguaded, *La mujer invisible. Una lectura disidente de los mensajes publicitarios*, Huelva, Grupo Comunicar Ediciones, 2000, pp. 103 y 105.

⁵²⁷ Marie-France Hirigoyen, *Mujeres maltratadas, Los mecanismos de la violencia en la pareja*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006, p. 59.

reivindicaciones feministas pueden endurecer o ablandar las susodichas definiciones sociales, pero la reproducción de las mismas y su continuo reajuste son posibles por la importancia que tiene la élite masculina, que es, en última instancia, la que define el mundo y puede imponer esas definiciones a los grupos dominados.

A lo largo del siglo pasado y de éste en el que estamos, hemos podido presenciar grandes cambios en el modo en que hombres y mujeres se relacionan, pero es innegable que los estereotipos perduran. Es cierto que la paridad va estableciéndose paulatinamente en la sociedad, pero el lugar que las mujeres ocupan en la misma sigue siendo el de una posición de inferioridad⁵²⁸. Los hombres siguen distinguiéndose en general, o al menos “de cara a la galería” por ser activos y dominantes mientras que las mujeres por ser pasivas y sumisas, aunque afortunadamente, el abanico de tipologías de hombres y mujeres sea hoy más variado que nunca. Tanto en el seno de la familia como en el plano profesional se sigue promoviendo una educación, una inclinación y una distribución de y hacia tareas sexista, y a pesar de la anticoncepción y el derecho al aborto –que en España peligra actualmente con las fuerzas de poder político a la cabeza– la función de la mujer sigue considerándose la de reproducir la especie y cuidar del hogar. Tantos siglos de confinamiento del sexo femenino a la esfera privada no son fáciles de cambiar, al menos en las mentes, tanto de hombres como de las propias mujeres⁵²⁹.

El discurso feminista sobre las relaciones de género a nivel social podría parecer superado, pero lo cierto es que, aunque la mujer haya logrado más poder en la sociedad y más presencia en la esfera pública, los roles sexuados siguen, en sus fundamentos, siendo los mismos, como decíamos, tanto en el ámbito familiar como laboral. El éxito en la pareja, el estar liberadas sexualmente, el ser atractivas y seductoras, la satisfacción sexual del compañero, etc., son cuestiones que continúan haciéndose recaer en las mujeres⁵³⁰.

La sociología ha analizado los roles sexuales desde la perspectiva de la jerarquización. La jerarquía y desigualdad entre los roles sexuales es la que existe en los géneros, puesto que el concepto de género se ha construido sobre el rol sexual. A pesar de

⁵²⁸ La violencia de género no sería posible en un sistema social que, a todos los efectos, tratase a mujeres y hombres de un modo igualitario.

⁵²⁹ Marie-France Hirigoyen, *op. cit.*, pp. 58s.

⁵³⁰ *Ibidem*, p. 60.

las diferencias entre los roles masculino y femenino, en las diferentes culturas no existe ninguna sociedad donde la mujer tenga más poder que el hombre. Ya hemos dicho que en general las mujeres se dedican al hogar y los varones, a las actividades políticas, económicas y militares. En las sociedades industriales, aunque muchas mujeres trabajan fuera del espacio doméstico, compaginan su trabajo con el de ama de casa, y aunque con más frecuencia empiecen a desempeñar trabajos antes reservados al otro sexo, suelen tener que poner un plus de valía para competir con los hombres en el terreno laboral. Además, los sueldos siguen siendo menores para las mujeres en la empresa privada a igualdad de trabajo. Es decir, la estratificación por género nos muestra una desigualdad entre hombres y mujeres en el salario y en el reparto de poder político y social. Podríamos enumerar una distribución desequilibrada en cuanto a recursos, que incluyen, entre otros: dinero –que necesariamente repercute en otros recursos–, bienes materiales, cuidado de la salud y nutrición, oportunidades de educación y formación, de promoción laboral, en el ocio, en la seguridad física, en la autonomía personal y en ofrecer facilidades a la hora de poder desempeñar el rol de madre, lo que provoca paradojas tales como la de tener que elegir entre dedicarse al estudio y formación para destacar en el ámbito profesional, demorando la maternidad hasta edades en que resulta difícil quedarse embarazada, o ser madre a la edad en que biológicamente se está preparada para ello a condición de tener que renunciar al tipo de trabajo para el que lleva formándose años⁵³¹.

La sociología feminista, además de señalar la discriminación, se pregunta cuáles son los mecanismos que permiten la transmisión y reproducción del sistema patriarcal y por qué este sistema es universal, es decir, por qué es común a todas las culturas desde el origen de los tiempos hasta nuestros días. Los resortes que facilitan la persistencia del sistema patriarcal tratan de explicarse mediante varias teorías. Una enfatiza el carácter represivo de los sistemas de sexos y otra explica la dominación masculina por el consenso⁵³².

Según la teoría de la represión la desigualdad entre los sexos se mantiene sobre

⁵³¹ Cfr. Ana Martí Gual, “Entre la tradición, la gestión del tiempo y la innovación: discursos sobre la maternidad de las mujeres usuarias de reproducción asistida”, en Eulalia Pérez Sedeño / Esther Ortega Arjonilla (eds.), *Cartografías del cuerpo. Biopolíticas de la ciencia y la tecnología*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 266-269.

⁵³² Cfr. *ibidem*, pp. 71-73.

todo porque los hombres cuentan con los medios políticos, económicos, ideológicos y físicos para que subsista, independientemente de lo que las mujeres deseen. Ejemplos que lo ponen de manifiesto pueden ser los malos tratos, el acoso sexual y las violaciones⁵³³. También la expulsión de las mujeres del mercado laboral (en épocas de crisis o de expansión económica) y de cualquier instancia de poder. Por tanto puede decirse que la violencia forma parte del núcleo estructural del patriarcado.

Otra cara de la cuestión la estudian las teorías de la voluntariedad o del consenso, que tratan de explicar las razones que inducen, tanto a hombres como a mujeres a desear aquello que de ellos y ellas exige el patriarcado⁵³⁴. Entre los efectos psicosociales que la dominación masculina produce se encuentra la transmisión del género.

La teoría feminista neofreudiana, por ejemplo, sostiene que el aprendizaje para sentirse varón o mujer se hace a una temprana edad y está determinado por el apego que el niño o la niña sienten por sus progenitores. Según dicha teoría, los niños y las niñas tienden a sentirse vinculados emocionalmente a la madre. Este lazo tiene que romperse para que consigan un sentido de sí mismos. El proceso de ruptura es diferente para los niños que para las niñas. Éstas suelen permanecer más tiempo unidas a la madre y este hecho influirá en que niños y niñas construyan de modo diferente su identidad de género⁵³⁵.

También se inscriben en el consenso las teorías de la socialización, porque centran su atención en la forma en que los niños y niñas adoptan normas socialmente definidas para su sexo. Por otro lado, los enfoques que centran su análisis en la vida cotidiana se ocupan de los procesos por medio de los cuales los adultos buscan la confirmación actual de su propia identidad sexuada y recrean las definiciones sociales del sexo⁵³⁶.

Las bases de las teorías del consenso o de la voluntariedad las constituyen procesos como el de la sexualización, las ideologías sexuales, o la propia socialización.

La sexualización es el proceso primordial de reproducción del sistema patriarcal.

⁵³³ Cfr. Marie-France Hirigoyen, *op. cit.*, pp. 11-17.

⁵³⁴ Rosa Cobo Bedia, "Género", en AA.VV., *10 palabras claves sobre mujer*, Estella, Verbo Divino, 1995, p. 16.

⁵³⁵ *Idem.*

⁵³⁶ *Ibidem*, p. 74.

A través de la familia, del grupo de iguales, de los medios de comunicación de masas, del sistema educativo, mediante la transmisión también de conocimientos y de actitudes, a través del lenguaje, de las pautas establecidas que prescriben un tratamiento diferente de lo femenino y lo masculino, de los comportamientos no conscientes, de los modelos ofrecidos, de las expectativas, de la permisividad que se ofrece para la expresión corporal y de las emociones⁵³⁷, de los juegos, de los juguetes, de las imágenes, de los libros, a través también del modo en que se ocupan los espacios, de la vestimenta, los colores y la moda, entre otros, todos ellos constituyen los pilares fundamentales de la reproducción de la desigualdad de los sexos. Son aspectos a modificar si se quiere eliminar el sistema patriarcal, porque estos elementos conforman de forma jerárquica las identidades de género.

Las ideologías sexuales legitiman las diferencias que la sociedad asigna a mujeres y hombres. Son difíciles de cambiar porque suelen estar integradas en sistemas de creencias más amplios, sobre todo religiosos y culturales. Las ideologías sexuales consideran al varón con una identidad autosuficiente y a la mujer como una identidad defectiva. También postulan que el hombre es el titular de todo posible poder y la mujer del no poder. Representan a los varones como los protectores de las mujeres (padre de familia proveedor) y a éstas les asignan el papel de la sumisión a la autoridad masculina. Por último prescriben la heterosexualidad como la sexualidad normal frente a otras posibilidades sexuales⁵³⁸.

Si tenemos en cuenta además lo que todos los estudios sobre procesos de socialización muestran, a saber, la importancia de los primeros años de vida en la adquisición de las pautas de género⁵³⁹, a través de mecanismos explícitos pero también ocultos, como ya hemos puesto de manifiesto, no resulta difícil comprender como se adquieren y mantienen los estereotipos de género transmitidos a través de la cultura.

No podemos obviar el papel fundamental que tanto en la construcción como en la

⁵³⁷ Cfr. Anna Carreras Port / Marina Subirats / Amparo Tomé, “La construcción de las identidades de género en la etapa 0-3. Primeras exploraciones” en Jorge García Marín / M^a Begoña Gómez Vázquez (eds.), *Diálogos en la cultura de la paridad. Reflexiones sobre feminismo, socialización y poder*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións, 2012, pp. 36-43.

⁵³⁸ Cfr. Rosa Cobo Bedia, *op. cit.*, pp. 16-18.

⁵³⁹ Cfr. Anna Carreras Port / Marina Subirats / Amparo Tomé, *op. cit.*, p. 35.

transmisión de la identidad de género tiene el lenguaje. La lengua constituye un reflejo de la sociedad que la utiliza, indica la relación de la comunidad con lo nombrado, por tanto resulta de suma importancia tanto a la hora de construir conceptos, de construir ideología, como de transmitirla⁵⁴⁰. La lengua, al igual que un organismo vivo, es el resultado de una determinada historia, en donde los fenómenos sociales, ideológicos y lingüísticos se entremezclan dando como resultado un determinado modo de nombrar la realidad. Y es que “la cultura se transmite a través de los discursos de la lengua y las representaciones de las culturas subsisten mientras la sociedad se transforma”⁵⁴¹, y aunque los tiempos cambien y las mentalidades evolucionen, las representaciones y las imágenes permanecen en los discursos y en la memoria.

La función fundamental de la lengua es la comunicación, pero no sólo supone un reflejo de la cultura, también supone una particular visión de la realidad de la persona que la utiliza, muestra el modo en como percibe e interpreta esa realidad. Por tanto, la lengua no es algo neutro y es en este sentido que es importante reflexionar sobre los usos sexistas de la lengua, como crean modos de percibir e interpretar la realidad y de la importancia de utilizarla de un modo más responsable y constructivo, en definitiva, más justo, en lo que a las mujeres se refiere, un modo que favorezca la eliminación de los estereotipos de género.

Pero también otros tipos de lenguajes, como el de la imagen, con tanta fuerza y presencia en los medios de información de masas, con su enorme poder persuasivo para ejercer un sutil condicionamiento de las mentes, y también en la publicidad, construyen ideología, la transmiten y refuerzan, de un modo muy peligroso además, pues las imágenes, que no son neutras ni inocentes, puestas al servicio de la propaganda, apuntan fundamentalmente a las emociones y en mucha menor medida al intelecto. Así, las imágenes con las que la publicidad nos bombardea incesantemente son un poderoso mecanismo puesto al servicio de la creación y la transmisión de estereotipos de género.

Con respecto al consenso que la mujer otorga a este sistema patriarcal nos

⁵⁴⁰ Cfr. Adelina Sánchez espinosa, “Escribir los cuerpos de las mujeres”, en Ana M. Muñoz Muñoz / Carmen Gregorio Gil / Adelina Sánchez Espinosa, *Cuerpos de mujeres: miradas, representaciones e identidades*, Granada, Universidad de Granada, 2007, p. 19. Ver también en el mismo libro el capítulo de M^a Eugenia Fernández Fraile “Algunas reflexiones sobre los usos sociales de ciertas expresiones lingüísticas”, pp. 23-38.

⁵⁴¹ M^a Eugenia Fernández Fraile, *op. cit.*, p. 24.

hacemos la siguiente pregunta: ¿cuál es el ideal femenino para el hombre de hoy que la propia mujer reproduce? Ya hemos dicho que los modelos culturales no son inamovibles pues están sujetos a tiempos, costumbres o más ampliamente, culturas, pero sí parece inmutable que la mujer se ajuste a un patrón hecho por y para el hombre⁵⁴², desde los roles a desempeñar hasta el propio cuerpo de la mujer. La dominación patriarcal lo abarcaría todo. Centrándonos en el presente, el modelo de “mujer” es único: joven, activa, saludable, con un cuerpo delgado⁵⁴³, bello y al mismo tiempo fértil, un cuerpo que es sobre todo para los demás. Junto a este modelo, sobre todo en generaciones más jóvenes, rigen también normas de comportamiento caracterizadas por el individualismo y la búsqueda de bienestar personal⁵⁴⁴.

Pasada por el tamiz del modelo cultural del momento y sometida a los rigores de la moda, también ha de ser una mujer independiente, con capacidad de actuación económica, profesional y erótica. El hombre sigue esperando de la mujer que fragmente su identidad en distintos roles sociales: el de novia, esposa, madre, abuela; roles que en muchas ocasiones son excluyentes, por ejemplo se acepta mal que sea novia y abuela a la vez.

Con ayuda de la cosmética, la ropa, la medicina, la nutrición y la cirugía estética el cuerpo femenino se puede construir conforme a un canon invariable. Este modelo, ya sea de forma consciente o inconsciente, acaba haciendo mella en la construcción identitaria de la mujer, pues si no se ajusta a él tiene que poner un esfuerzo extra de seguridad en sí misma. La belleza es una construcción social⁵⁴⁵ en la que la industria de la moda, la de la cosmética y la de la cirugía se constituyen en explotadores de la mujer⁵⁴⁶. Podemos preguntarnos el por qué de esta disposición femenina a semejante esclavitud, que a veces

⁵⁴² Hacemos notar lo genérico y limitado que resulta el hablar de “la mujer” para referirse al conjunto tan diverso y rico de mujeres que conforman el constructo de lo femenino.

⁵⁴³ La delgadez femenina alude desde la época victoriana a un signo de calidad moral, de feminidad virtuosa. Cfr. María González Aguado, “Las caras ocultas de la anorexia: diferencias relacionales de lo bello, lo bueno y lo blanco”, en Eulalia Pérez Sedeño / Esther Ortega Arjonilla (eds.), *op. cit.*, p. 165.

⁵⁴⁴ Ana Martínez Barreiro, *op. cit.*, p. 134.

⁵⁴⁵ Aunque tenga raíces biológicas, como el hecho de que los rasgos más simétricos sean indicadores genéticos de mayor salud en una escala evolutiva.

⁵⁴⁶ Recomendada, a efectos de una ampliación del tema, la lectura de Eulalia Pérez Sedeño, “Feminismo, ética y cirugía estética”, en Eulalia Pérez Sedeño / Esther Ortega Arjonilla (eds.), *op. cit.*, pp. 91-121.

llega a someterse a costosas y dolorosas operaciones de cirugía estética desde muy tempranas edades, como el hecho cada vez más común de pedir como regalo a los padres un aumento de pecho o una liposucción, hasta intervenciones tan atroces como la vaginoplastia o la himenoplastia.

Finalmente, podemos plantearnos, a la vista de posibles cambios en lo que concierne al poder social, económico y político, de qué manera están ya cambiando en nuestra sociedad la transmisión y las construcciones de género, y de que modo el sujeto adolescente construye su identidad de género en función de todos los cambios vertiginosos que se producen a su alrededor y en función también de los modelos culturales que se ofrecen, que ya no contemplan una separación tan rígida de los roles que tradicionalmente se consideraban masculino y femenino, sino que se abren a la posibilidad de una construcción de la identidad más personalizada.

Como decíamos en el capítulo introductorio de nuestra investigación, en la postmodernidad se puede percibir un discurso que cuestiona la identidad de los géneros introduciendo una nueva perspectiva, la de la multiplicidad de identidades y la negación de la feminidad y de la masculinidad como categorías unívocas e inamovibles. Si a esto sumamos el proceso de personalización comentado anteriormente, el resultado es el abandono de los roles e identidades instituidos y hace de nuestro tiempo un paisaje diverso, en el que abundan las singularidades complejas. Este cambio en la concepción de la identidad de género evidencia que lo que parecía una clasificación genérica y sexual clara ha devenido en la emergencia de tipologías que no encajan en una clasificación tradicional. Así pues, lo que parecía una división natural entre los sexos queda en entredicho, acercándose más a lo que serían construcciones culturales o simbólicas, con las consecuencias sociales y políticas que ello conlleva. Tampoco desde el género la construcción de la identidad personal parece cosa sencilla.

Pasemos ahora a tratar otro asunto de gran importancia en lo que concierne a nuestro trabajo de investigación. Nos referimos a como se inician actualmente nuestros adolescentes en la vida adulta, es decir, como realizan el tránsito de la infancia a la adultez.

CAPÍTULO 7

Ritos de paso o de iniciación en la vida adulta

Resulta de sumo interés para nuestra investigación –dada la escasez de material al respecto– la búsqueda de un esquema común, si es que lo hubiere, subyacente a todos los ritos iniciáticos o ritos “de paso”, tanto si éstos están “institucionalizados” como si no lo están. En caso de existir este esquema, el objetivo que aquí perseguimos es hacer nuestra aportación sobre los ritos de iniciación a la vida adulta en los individuos occidentales de hoy en día. Para ello tomaremos como referencia a sujetos adolescentes gallegos. A continuación empezaremos realizando una aproximación a este concepto, el ritual de paso, pero será más adelante cuando volvamos sobre este asunto para abordarlo y definirnos en cuanto a este objetivo.

Todos los rituales y ceremonias simbolizan a la sociedad. Unos y otras se encargan de trasladar lo intangible a lo real y perceptible, asentando la solidaridad del grupo de toda sociedad, que está segmentada en agrupaciones entre las cuales podemos nombrar, entre otras, las siguientes: el parentesco, el estado civil, el acceso al poder religioso, el trabajo, el sexo y la edad⁵⁴⁷. El considerar la edad como base de la identificación de un estatus es un fenómeno cultural universal⁵⁴⁸, y es por ello que muchas culturas conceden gran importancia a este aspecto, por lo que para ser reconocido como adulto, todo muchacho o muchacha deben someterse a determinadas ceremonias⁵⁴⁹.

Por otro lado, convertirse en un hombre o una mujer significa encontrar un lugar propio dentro del sistema social, así como aceptar y asumir los status y roles adscritos –ajustados a divisiones preexistentes, que consagran el orden establecido y lo reconocen como oficial⁵⁵⁰– y también tener la posibilidad de alcanzar de un modo adecuado aquellos

⁵⁴⁷ E. Adamson Hoebel, *op. cit.*, p. 482.

⁵⁴⁸ *Ibidem*, p. 402.

⁵⁴⁹ *Ibidem*, p. 327.

⁵⁵⁰ Cfr. Pierre Bourdieu, *op. cit.*, pp. 20s.

que definen el hecho de ser un adulto de un sexo u otro. A nivel psicológico significa internalizar una identidad propia coherente con el sistema social en el que uno deba vivir, sistema que contempla tanto grupos de parentesco como unidades sociales exteriores a dicho grupo de parentesco. En aquellas sociedades en las que se da mucha importancia a la interdependencia social más allá de los clanes familiares, las ceremonias de iniciación forman parte del proceso de socialización⁵⁵¹.

En los ritos de iniciación o paso a la vida adulta, que son los que exploraremos a continuación, pues son los que pueden ayudarnos en el propósito de nuestro trabajo, veremos como, aunque la transición es funcionalmente biológica, está muy elaborada culturalmente⁵⁵².

Empecemos definiendo algunos conceptos necesarios para la comprensión del asunto que nos ocupa:

“Los ritos —afirma Cassirer— son [...] manifestaciones motrices de la vida psíquica. Lo que se manifiesta en ellos son tendencias, apetitos, afanes y deseos; no simples “representaciones” o “ideas”. Y estas tendencias se traducen en movimientos —en movimientos rítmicos y solemnes, o en danzas desenfrenadas; en actos rituales regulares y ordenados, o en violentos estallidos orgiásticos. El mito es el elemento *épico* de la primitiva vida religiosa; el rito es su elemento *dramático*”.⁵⁵³

“El ritual es la realización repetida de series estandarizadas de actos con la creencia de que estos actos son necesarios para el mantenimiento del *status quo* o para la consecución de fines específicos. La *ceremonia* es un complejo de rituales y ceremonias, porque la subjetividad de la creencia se hace más compulsiva cuando es objetivada”.⁵⁵⁴

Las características que definen al ritual, según el antropólogo Conrad Phillip Kottak son:

“Los rituales son formales —estilizados, repetitivos y estereotipados. Las personas los realizan en lugares especiales (sagrados) y en momentos señalados. Los rituales incluyen órdenes litúrgicas: secuencias de

⁵⁵¹ E. Adamson Hoebel, *op. cit.*, p. 328.

⁵⁵² *Ibidem*, p. 329.

⁵⁵³ Ernsnt Cassirer, *El mito del Estado*, México, F.C.E., 1993^o, p. 37.

⁵⁵⁴ E. Adamson Hoebel, *op. cit.*, p. 481.

palabras y acciones inventadas antes de la representación actual del ritual en el que se dan.

Estos rasgos vinculan los rituales con las actuaciones teatrales, pero existen diferencias importantes. Éstas últimas tienen audiencias en lugar de participantes. Los actores se limitan a *representar* algo, mientras que los participantes en el ritual, que constituyen congregaciones, van *en serio*. Los rituales transmiten información sobre los participantes y sus tradiciones. Repetidos año tras año, generación tras generación, los rituales transmiten mensajes duraderos, valores y sentimientos en acción.

Los rituales son actos *sociales*. De modo inevitable, algunos participantes están más entregados que otros a las creencias que subyacen a los ritos. Sin embargo, por el mero hecho de tomar parte en un acto público conjunto, los participantes señalan que aceptan un orden social y moral común, uno que trasciende su status como individuos. [...]

Por tanto, los rituales pueden tener la función social de crear una solidaridad temporal o permanente entre personas, formando una comunidad social”.⁵⁵⁵

El rito supone una organización del paso de un antes a un después, del que es intermediario y a la vez una referencia⁵⁵⁶. En términos generales, un rito de transición puede señalar cualquier cambio de lugar, condición, posición social o edad⁵⁵⁷, pero el ritual emblemático de comienzo o recomienzo es el *rito de iniciación*. Su pretensión es investir el futuro olvidando en cierto modo el pasado, creando las condiciones de un nuevo nacimiento que “abre las puertas a todos los futuros posibles sin dar prioridad a ninguno”⁵⁵⁸. El ritual de paso de la infancia a la adultez supone entonces, de alguna manera, un olvido de la vida anterior para dar lugar a algo nuevo, a un nuevo “yo” que se inicia en un presente que también insinúa un futuro⁵⁵⁹. Aunque las prácticas simbólicas no sean las mismas en los distintos ritos iniciáticos, en todos los casos la cuestión principal es la transición de la fase limitada e incompleta de la niñez, en cuanto a desarrollo de refiere, a la del adulto, al que se le asignan tanto la sabiduría como los privilegios de la persona madura. Morir y resucitar simbólicamente son acciones propias de estos ritos,

⁵⁵⁵ Conrad Phillip Kottak, *op. cit.*, p. 87.

⁵⁵⁶ Marc Augé, *op. cit.*, p. 65.

⁵⁵⁷ Conrad Phillip Kottak, *op. cit.* p. 85.

⁵⁵⁸ Marc Augé, *op. cit.*, p. 67.

⁵⁵⁹ *Ibidem*, p. 68.

pues la muerte significa la destrucción de la personalidad infantil y la resurrección significa la reincorporación a la comunidad desde un nuevo lugar y con nuevos roles a desempeñar⁵⁶⁰.

Debemos tener también presente que en los ritos ancestrales de nacimiento –o de renacimiento– el acto de nacer no se considera sólo una cuestión física, sino también mítica, así, el nacimiento constituye una especie de reencarnación, un modo en que la vida resurge una y otra vez. Para que esta vida se conserve debe ser continuamente renovada, y esta renovación no se comprende en términos biológicos. La permanencia de la especie humana depende también de actos sociales. De ahí la importancia de los ritos de iniciación, tan importantes e indispensables en toda sociedad primitiva y clara manifestación de la convicción de que el acto social es esencial para la persistencia del ser humano a través del tiempo⁵⁶¹.

Vemos por tanto que los ritos iniciáticos constituyen acontecimientos sociales a la vez que pruebas individuales, poniendo de relieve lo imbricados que están los aspectos individual y social en la configuración de la nueva identidad, y demostrando que la identidad individual se constituye al mismo tiempo que la relación con los demás y a través de dicha relación. En este sentido, el ritual de iniciación proporciona un estatus social a los iniciados, además de fomentar la fraternidad entre los mismos, pues al reducirse la tensión, ansiedad o sensación de peligro muchas veces asociadas al rito, mediante la culminación del mismo se reforzaría la solidaridad entre los participantes⁵⁶². La iniciación supone un momento inaugural tan inédito como irreversible. Cuando está institucionalizado suele desarrollarse en un entorno afectivo con un valor testimonial, de celebración y de apertura hacia el futuro⁵⁶³.

A lo largo de todo el mundo y en las diferentes culturas existen ritos de iniciación institucionalizados para introducir a los jóvenes miembros de la comunidad en el mundo adulto, ya sean niños o niñas. En palabras de Mircea Eliade,

⁵⁶⁰ E. Adamson Hoebel, *op. cit.*, p. 328.

⁵⁶¹ Ernsnt Cassirer, *El mito del Estado*, pp. 50s.

⁵⁶² Conrad Phillip Kottak, *op. cit.*, p. 85.

⁵⁶³ Marc Augé, *op. cit.*, p. 70.

“El hombre de las sociedades tradicionales llega a conocer y a asumir esta imagen a través del rito iniciático o de paso. Obviamente, existen numerosos tipos e incontables variantes iniciáticas, que corresponden a las diferentes estructuras sociales y horizontes culturales. Pero el hecho importante es que todas las sociedades premodernas (es decir, aquellas que perduraron en Europa occidental hasta el fin de la Edad Media, y en el resto del mundo hasta la Primera Guerra Mundial) otorgan una importancia fundamental a la ideología y a las técnicas de la iniciación.

El término iniciación, en el sentido más amplio, denota un cuerpo de ritos y enseñanzas orales cuyo propósito es producir una alteración decisiva en la situación religiosa y social de la persona iniciada. En términos filosóficos, la iniciación es el equivalente a un cambio básico en la condición existencial: el novicio emerge de su dura experiencia dotado con un ser totalmente diferente del que poseía antes de su iniciación; se ha convertido en *otro*. Entre las diversas categorías de iniciación, la de la pubertad es particularmente importante para poder comprender al hombre premoderno. Esos 'ritos de paso' son obligatorios para todos los jóvenes de la tribu. Para ganarse el derecho a ser admitido entre los adultos, el adolescente deberá pasar a través de una serie de ordalías iniciáticas. Gracias a estos ritos, y a las revelaciones que comportan, será reconocido como un miembro responsable de la sociedad. La iniciación introduce al candidato en la comunidad humana y en un mundo de valores espirituales y culturales. No sólo aprende las pautas de conducta, las técnicas y las instituciones de los adultos, sino que también tiene acceso a los mitos y tradiciones sagradas de la tribu, a los nombres y la historia de sus obras”.⁵⁶⁴

Los ritos de iniciación o de paso convierten al niño en hombre y a la niña en mujer; o, por lo menos, conceden socialmente la aptitud para ser hombre o mujer. Dichos ritos pueden y suelen coincidir con cambios biológicos, como la aparición de la primera menstruación, por ejemplo, que denotan un tránsito hacia el cuerpo biológicamente maduro, adulto. Una descripción referida a los indios yanomamö, de la cuenca amazónica, ilustra muy bien esta coincidencia de los ritos con algún importante cambio biológico en el cuerpo de la niña, en este caso:

“La transición de niña a mujer resulta obvia por sus manifestaciones fisiológicas. Cuando llega la primera menstruación (*yöbömou*), las niñas yanomamö son confinadas en sus casas y escondidas tras una cortina de hojas. Se desprenden entonces de sus viejos taparrabos de algodón para sustituirlos por otros nuevos, confeccionados por las madres u otras mujeres amigas. A lo largo de la semana de reclusión la muchacha es parcamente alimentada por su familia y debe comer con palillos, pues no

⁵⁶⁴ Mircea Eliade, *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana*, Barcelona, Kairós, 2001, p. 10.

se le permite tocar la comida. Habla con susurros y sólo a parientes cercanos. Además debe rascarse con un segundo juego de palillos. Tras el confinamiento de la pubertad, la muchacha se marcha a vivir con el marido y comienza su vida como mujer casada”.⁵⁶⁵

“Tradicionalmente las sociedades han impuesto a sus jóvenes ciertos ritos de pubertad para marcar la transición de la adolescencia a la madurez. Estos ritos [...] son prácticas ceremoniales estructuradas de tal modo –afirma Joseba Zulaika– que obtienen la transición del individuo de un estado social a otro”⁵⁶⁶. La finalidad de todo el conjunto de ritos de iniciación es conseguir la transformación radical de la condición social y personal del iniciado. Y siguen un patrón clásico: “El patrón clásico de estos ritos de iniciación consiste en los tres pasos sucesivos de separación, transición e incorporación del sujeto iniciado”⁵⁶⁷.

Según Arnold Van Gennep, antropólogo cultural que dedicó buena parte de su investigación a la búsqueda de los rasgos que definen cualquier rito de paso a la adultez⁵⁶⁸, ya se trate de los ritos de separación, de los de transición o de los de incorporación, lo que la mayoría de todos estos ritos comparten es su carácter sexual⁵⁶⁹:

a) Los primeros ritos son ritos de *separación del mundo asexual*.

b) A estos les siguen los ritos de *agregación al mundo sexual*.

⁵⁶⁵ Napoleon A. Chagnon, *Yanomamö. La última gran tribu*, Barcelona, Alba, 2006, p. 235.

⁵⁶⁶ Joseba Zulaika, *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación. Ensayo antropológico*, Donostia, La primitiva casa Baroja, 1889, p. 17.

⁵⁶⁷ Cfr. *ibidem*, p. 9.

⁵⁶⁸ Cfr. Arnold Van Gennep, *op. cit.*

⁵⁶⁹ Según Van Gennep, al igual que hay ritos de iniciación que dan acceso a las clases de edad hay también ritos que fechan el paso de la infancia a la adolescencia. Dicho esto, pasa a advertir este autor que es preciso tener en cuenta que la “pubertad fisiológica” y la “pubertad social” son dos cosas esencialmente distintas y que sólo en raras ocasiones coinciden. Por ello establece una diferenciación entre los ritos de la “pubertad fisiológica” y los “ritos de la pubertad” social, que, según él, únicamente coincidirían en casos muy excepcionales. Como hemos mencionado *in supra*, los cambios fisiológicos propios de esta etapa de tránsito a la adultez no sólo no aparecen a la misma edad en todas las etnias humanas sino que ni siquiera aparecen a la misma edad en los distintos individuos dentro de una misma etnia. Esto significa algo muy importante para la comprensión de los ritos de iniciación: el goce sexual no depende de la edad, puesto que unos individuos entran en ella antes y otros después y, por tanto, el goce sexual unos individuos lo experimentan antes y otros después. La consecuencia de ello es que resulta inconcebible que pueda fundarse una institución como la de los ritos de iniciación a la vida adulta sobre un proceso tan poco determinable como es la pubertad. Cfr. Van Gennep, *op. cit.*

c) Finalmente, están los ritos de *introducción en una sociedad restringida* constituida por individuos de uno u otro sexo⁵⁷⁰, sacando al individuo de la humanidad común y agregándolo, simbólicamente, a un grupo determinado de individuos.

La *separación del mundo infantil* –representado sobre todo por la figura materna–, el *aislamiento y muerte metafórica del niño o de la niña* –con la consiguiente pérdida de personalidad, lo que tendría que ver, desde nuestro punto de vista, con esa necesidad y esfuerzo por forjarse una identidad en la adolescencia– y la *resurrección a una nueva identidad adulta e integración por parte de los adultos del nuevo individuo en la comunidad*, parecen, por tanto, los tres pasos esenciales que comparten todos los ritos de iniciación institucionalizada. Siempre se trata de ritualizar, en primer lugar, una *separación*, una ruptura, un corte con la vida pasada y con el medio anterior; en segundo lugar, una *transición*; y, en tercer lugar, la *incorporación del individuo a un nuevo tipo de vida*⁵⁷¹.

De estas tres fases: separación, marginalidad y agregación, la de marginalidad es la que más interés ha suscitado a algunos autores. Se trata del periodo entre uno y otro estado, el limbo durante el cual las personas han abandonado un lugar o estado, pero todavía no han entrado o se han unido al siguiente. Esta fase es denominada como *liminar*⁵⁷². La *liminaridad* cumple ciertas características, esto es, las personas liminares ocupan siempre posiciones sociales ambiguas. Existen aparte de las distinciones y expectativas ordinarias, viviendo en un tiempo fuera del tiempo y separados de los contactos sociales normales. La liminaridad puede estar marcada por una serie de contrastes con respecto a la vida social regular, como por ejemplo la inversión de posiciones pasadas y futuras en la sociedad. La fase liminar forma parte de todo rito de transición, hasta el punto de que en algunas sociedades llega a convertirse en una

⁵⁷⁰ *Ibidem*, p. 102.

⁵⁷¹ A modo de paréntesis decir que la consiguiente pérdida de identidad infantil al llegar a la adolescencia y el hecho de que en nuestra cultura la adolescencia sea un valor, podría estar influyendo en el hecho de que los adolescentes, al no tener modelos claros de adultez y al necesitar abandonar la identidad infantil, acaban ocupando, lo que en un principio era un lugar de transición, como un destino definitivo o al menos indefinido temporalmente, aferrándose a esa “identidad adolescente” que nuestra cultura refuerza.

⁵⁷² Cfr. Conrad Phillip Kottak, *op. cit.*, p. 85.

característica permanente de grupos particulares⁵⁷³. Resulta evidente el interés que suscita esta fase para nuestro trabajo, pues la “eternización” de la adolescencia a la que hemos aludido como característica de nuestra sociedad hasta el punto de que en la actualidad podamos hablar de la aparición de la figura del adulto instalado a perpetuidad en ese limbo transicional –el denominado “adulto adolescentizado”– así como la confusión de roles infantil-adulto que también podemos observar en nuestra cultura, tendrían algo que ver con las características de la liminaridad que hemos señalado.

Otras características de la misma que podemos citar, aunque no tendrían especial relevancia en nuestra comparativa de dicha fase con la situación de la cuestión de la adolescencia en la actualidad son: la transición, homogeneidad, *communitas*, igualdad, anonimato, ausencia de propiedad, ausencia de status, desnudez o vestido uniforme, continencia o exceso sexual, minimización de las distinciones de sexo, ausencia de rango, humildad, desatención al aspecto personal, desinterés, obediencia total, sacralidad, instrucción sagrada, silencio, simplicidad y aceptación del dolor y el sufrimiento⁵⁷⁴.

Antes nos hemos referido a que la etapa adolescente supone un “renacer”. Es muy indicativo que un gran número de ritos iniciáticos supongan un regreso al útero materno, en ocasiones representado por la reclusión en la cabaña iniciática por un tiempo, como un regreso al útero, para volver luego al mundo siendo otra persona. Es como una nueva gestación y un nuevo nacimiento o “renacimiento”. El muchacho o muchacha se somete a un ritual iniciático que implica regresar al útero para volver a nacer ya siendo hombre o mujer⁵⁷⁵. Así, los ritos de paso hacen hincapié no sólo en el hecho de pasar a ser adulto, si no de ser un adulto de un sexo o de otro, con todas las implicaciones que a nivel social tiene este hecho. Vemos como la edad y el género –en tanto que construcción social, como veremos en breve al abordar la cuestión de la identidad de género- cobran su máxima expresión en los ritos de paso. De este modo, los ritos de iniciación ponen en evidencia la importancia de la diferenciación sexual como distinción necesaria en la adultez, en la constitución de la identidad adulta. La confusión de los sexos, la

⁵⁷³ *Idem*.

⁵⁷⁴ *Ibidem*, p. 86.

⁵⁷⁵ Cfr. Mircea Eliade, *op. cit.*, pp. 83-94.

indiferenciación sexual, pesa como una amenaza sobre el sentimiento de identidad⁵⁷⁶. Al respecto Carmen Magallón refiere:

“Algunos etnólogos y psicoanalistas coinciden en afirmar que esta fuente de angustia pesa más en el niño que en la niña, que los varones han de luchar más duramente que las mujeres para diferenciarse del Otro y adquirir psicológicamente su sentimiento de identidad sexual. Este conflicto se hace visible, en algunas sociedades, en los ritos de iniciación o de paso a la condición de adulto, cuyo objetivo fundamental es separar al niño de su madre y del mundo de las mujeres e introducirlo en el de los varones, un mundo en el que a través del dolor y el sufrimiento comprobará su virilidad. Esta separación ritual tiene los contornos de una muerte simbólica que reafirma la ascendencia de los varones sobre las mujeres, la preeminencia de los adultos sobre los jóvenes y el corte entre el mundo de los hombres y el de las mujeres.

El punto clave es que en una sociedad patriarcal, el proceso de diferenciación de los sexos se da dentro de un esquema jerárquico que sitúa a los varones en una situación de poder. La asimetría y jerarquización de los sexos parece apoyarse [...] además de sobre la fuerza física, sobre el miedo que genera la potencialidad que posee el cuerpo de una mujer de albergar vida en su interior.[...]

En una sociedad patriarcal, en un mundo que devalúa a las mujeres, el miedo a todo lo que significa ser mujer, dentro de sí, forma parte del sustrato de la construcción del varón”.⁵⁷⁷

Los ritos pueden implicar también actos como el desvirgamiento, la extirpación, extracción, amputación, perforación, incisión, cicatrización, escarificación⁵⁷⁸, sección de alguna parte del cuerpo –con mucha frecuencia los genitales de ambos sexos– el corte de pelo de una determinada manera, la práctica de tatuajes o los sacrificios, que, como tales actuaciones apartan metafóricamente al individuo mediante la idea de corte, la de atravesar, etc. Todas estas funciones auxiliares relacionadas con las ceremonias de la pubertad también sirven como elementos decorativos y signos de posición, además de suponer pruebas en las que el iniciado, o la iniciada, debe soportar dolor físico y una severa disciplina, mostrando su valor y la sumisión a la autoridad de los mayores. A cambio recibirá la condición de adulto, lo que significará la plena participación en las

⁵⁷⁶ Carmen Magallón Portoles, “Sostener la vida, producir la muerte: estereotipos de género y violencia”, en Vicenç Fisas (ed.), *op. cit.*, p. 98.

⁵⁷⁷ *Ibidem*, pp. 98s.

⁵⁷⁸ Cfr. Nancy C. Lutkehaus / Paul B. Roscoe, *Gender rituals, female initiation in Melanesia*, New York, Routledge, 1995, p. 36.

responsabilidades de la sociedad pero también el disfrute de los privilegios que tal condición reporta, como el matrimonio, la maternidad y la paternidad, la vida política, religiosa y también la asociativa⁵⁷⁹. Aunque –como señala Joseba Zulaika– “la iniciación puede darse sin mutilaciones y ritos dramáticos”⁵⁸⁰. Lo que determina el paso de una clase de edad a otra en la mayoría de los pueblos son las proezas en la guerra, los dones de todo tipo y el ofrecimiento de festines⁵⁸¹, así como la manifestación pública del nuevo estado de cosas⁵⁸². En todo caso, lo que resulta común en todos los ritos de iniciación es el acentuar una diferenciación, basada en todos aquellos signos exteriores del niño o niña que son los que evidenciarían su condición social como pertenecientes al género masculino o al femenino (la menstruación, el vello púbico, los pechos, la barba, la voz, la musculatura...), o estimular unas determinadas prácticas que se adecuen al sexo del individuo en cuestión, y por tanto a su papel masculino o femenino correspondiente⁵⁸³.

La dramatización en el rito sirve para educar, transmitiendo significados a través de un lenguaje simbólico y concienciando al iniciado de la seriedad de lo que supone crecer. El uso de atuendos especiales, de travestismo⁵⁸⁴, de máscaras y pinturas corporales o el uso de drogas, desempeñan un papel considerable en estos rituales de tránsito⁵⁸⁵. Forman parte también del esquema general de los ritos de paso los tabúes de tipo alimenticio, los cuales están destinados a provocar por medio del debilitamiento corporal y mental del novicio una pérdida de la memoria del mundo infantil, la metafórica muerte y la resurrección. Se trata de enseñar al individuo a vivir de un modo distinto a como lo ha hecho durante la infancia, iniciándolo en el mundo adulto⁵⁸⁶.

Por lo general, la agregación simbólica o ritualizada a una sociedad restringida

⁵⁷⁹ E. Adamson Hoebel, *op. cit.*, p. 329.

⁵⁸⁰ Joseba Zulaika, *op. cit.*, p. 9.

⁵⁸¹ Cfr. *ibidem*, p.129.

⁵⁸² Cfr., Nancy C. Lutkehaus / Paul B. Roscoe, *op. cit.*, p. 36.

⁵⁸³ Pierre Bourdieu, *op. cit.*, p. 40.

⁵⁸⁴ Cfr. Nancy C. Lutkehaus / Paul B. Roscoe, *op. cit.*, p. 36.

⁵⁸⁵ Cfr. Joseba Zulaika, *op. cit.*, pp. 104-111.

⁵⁸⁶ Cfr. *ibidem*, p. 114.

(como, por ejemplo, a una sociedad secreta, a la sociedad chamánica, a una sociedad religiosa o militar, a una determinada profesión en el varón o al grupo de las mujeres casadas mediante el compromiso matrimonial, etc.) resulta definitiva y deja una huella imborrable.

Podemos ver que el prototipo de la iniciación del individuo púber o adolescente a la nueva vida suele tener un importante valor dinámico. En esta iniciación destaca la importancia de la genitalidad como habiendo en ella un rasgo que denota este cambio de estatus. Por ejemplo, la circuncisión tendría que ver, según la antropóloga Maryse Choisy, con la sustitución simbólica de la castración que el padre primitivo y omnipotente le había infligido a su hijo desde hacía mucho tiempo⁵⁸⁷, por eso es el órgano sexual masculino y no otra parte del cuerpo la que padece este sacrificio. Pero no sólo eso, la circuncisión, que constituye el rito de institución de la masculinidad por excelencia, veremos que tiene implicaciones importantes a nivel de la configuración de la identidad desde lo social y también en la construcción de lo social, en el sentido de que perpetúa un determinado estado de cosas al transmitir desde la identificación de género un *modus vivendi* muy determinado. Y es que los ritos institucionalizados de paso ocupan una posición excepcional en cuanto mecanismos de organización social por su carácter solemne y extraordinario, pues buscan instaurar, en nombre y presencia de toda la colectividad, que se moviliza a tal efecto, una separación con carácter sagrado, no sólo entre los que han recibido la marca distintiva que el rito otorga y los que aún no la han recibido por ser demasiado jóvenes, sino porque también separa a los que socialmente se consideran dignos de recibirla y los que quedan excluidos para siempre. En el caso de la circuncisión, al ser un rito de institución de la masculinidad, sin su análogo femenino, las que quedan excluidas del “honor” de ejercer su sexualidad son las mujeres⁵⁸⁸. Y de esta exclusión da cuenta uno de los ritos de institución de la feminidad más crueles, el de la ablación del clítoris. Mientras que la circuncisión favorece el tener relaciones sexuales satisfactorias⁵⁸⁹ la ablación del clítoris lo impide, quedando así socialmente instaurado también el

⁵⁸⁷ Cfr. M. Choisy, *Problèmes sexuels de l'adolescence*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, pp. 408-411.

⁵⁸⁸ Pierre Bourdieu, *op. cit.*, p. 39.

⁵⁸⁹ Satisfactorias en el sentido de que la circuncisión, al dejar el glande permanentemente al descubierto, previene problemas como la fimosis, que no permite, ni un adecuado aseo del glande, con el riesgo de infecciones que eso comporta, ni el tener relaciones placenteras.

significado que la sexualidad ha de tener para el hombre por ser hombre y para la mujer por el hecho de ser mujer.

Para otros autores, como Whiting y sus colaboradores⁵⁹⁰, la circuncisión como parte de los ritos de transición estaría fuertemente asociada a tres fenómenos culturales: 1) el hábito de que la madre y el niño duerman juntos mientras que el padre lo hace por separado; 2) el tabú de un año o más de duración de las relaciones sexuales entre los padres después del nacimiento del bebé; 3) la residencia virilocal. Las dos primeras costumbres producirían una intensa identificación entre la madre y el hijo y la tercera reivindicaría intensamente por parte de los parientes del padre la fidelidad o identificación social del muchacho. Así, la circuncisión vendría a simbolizar la ruptura de los lazos maternofiliales y transferir al muchacho al mundo de los hombres⁵⁹¹.

De este modo, el simbolismo sexual, la sumisión (la cual evoca un sentimiento de participación e inmersión en una sociedad dedicada al mantenimiento de la tradición), el aceptar la separación de las figuras parentales y, también, la aceptación del dolor y la muerte –pues sólo el que sabe morir sabe vivir–, forman parte de este simulacro de muerte y resurrección que supone todo rito de tránsito de la adolescencia a la nueva identidad adulta.

El ritual, además, marca unos límites y permite una manifestación simbólica a través del drama. Así, el individuo adolescente, al contrario que en nuestras sociedades, no se encuentra aislado con sus problemas⁵⁹². El desligamiento de la figura materna, la rebelión contra el padre, la familia y la sociedad, que suponen el origen clásico de múltiples tensiones que existen en el ser humano, quedan de este modo sublimadas. En este sentido, de la superación exitosa de la adolescencia dependerá el equilibrio del adulto⁵⁹³.

⁵⁹⁰ Cfr. E. Adamson Hoebel, *op. cit.*, p. 329.

⁵⁹¹ *Ibidem*. Como curiosidad interesante a señalar es el hecho etnográfico de que la circuncisión se limite exclusivamente a las culturas de África y de las Islas del Pacífico.

⁵⁹² Es interesante tener esto en cuenta y ver si el hecho de que en nuestra sociedad y cultura no exista –por lo menos como “oficialmente” establecido– un rito de paso de la adolescencia a la madurez gestionado por adultos influye, y de ser así, de qué manera, en la configuración de la identidad adolescente.

⁵⁹³ Cfr. M. Choisy, *ibidem*, p. 411. Por su parte, J. Leif y P. Juif apuntan, al hilo de este artículo, que algún autor, como por ejemplo el psico-sociólogo Chalasinski, llega a afirmar que “la adolescencia no es una fase física y hormonal, sino un elemento de la cultura, una institución social”. Sin entrar a calibrar el grado de certeza de tal postura, lo que sí parece ser cierto es que la adolescencia es un constructo en el

La antropóloga anteriormente citada Maryse Choisy, recogiendo datos de diversas culturas y épocas, concluye que el adolescente, a pesar de sentirse inseguro, aspira a nuevas formas de insertarse en la sociedad, a responsabilidades, pero también a libertades nuevas. Es este nacimiento como “ser social” el que se manifiesta en todas las sociedades tradicionales por medio de rituales iniciáticos. “Todas las civilizaciones –dice Choisy– festejan este segundo nacimiento que es la pubertad”⁵⁹⁴. Y el festejo lo constituyen los ritos de iniciación.

Por su parte, Peter Blos⁵⁹⁵, en el estudio del yo adolescente que realiza desde el psicoanálisis, pone de relieve la importancia que el medio tiene a la hora de definir el papel –el papel social, el *rol*– de los sujetos que se encuentran en esta etapa. Según afirma Blos, el adolescente, al integrarse en una determinada cultura transforma “los impulsos infantiles en convencionalismos y costumbres sociales”⁵⁹⁶. En la sociedad en que vivimos y a la que nos estamos refiriendo en nuestra investigación (la sociedad occidental de cultura democrática y capitalista) no hay ritos de iniciación y de tránsito a la adultez que, en cambio, sí hay en otras culturas⁵⁹⁷. No hay rituales de este tipo que estén institucionalizados, instaurados en la cultura y dirigidos por adultos. Y este vacío en el que, en palabras de Blos:

que lo biológico, lo cultural y dentro de la cultura actual, el aspecto de lo comercial, como ya hemos apuntado anteriormente, se entrelazan.

⁵⁹⁴ Maryse Choisy, *op. cit.*, pp. 408-411.

⁵⁹⁵ Peter Blos, *Les adolescents: essai de psychanalyse*, cit. en Joseph Leif y Paul Juif, *op. cit.*, pp. 400-402.

⁵⁹⁶ Blos señala que la sociedad en la que vivimos apenas proporciona procedimientos y técnicas para definir el papel del adolescente pues no reconoce su cambio de estatus mediante un rito. Esto plantea cuestiones de máximo interés para nuestro trabajo, pues cabe preguntarse si este hecho afecta en alguna medida a que la adolescencia se alargue hoy en día, y casi “se eternice”, hasta constituirse como el estadio ideal del individuo, con el desconcierto que debe suponer para el adolescente y lo grotesco que resulta a ojos del adulto. La cuestión es si el hecho de no reconocer ritualmente el cambio de estatus que supone dejar de ser un adolescente para ser un adulto difumina aún más un cambio de etapa, una evolución, que nuestra sociedad capitalista y consumista se empeña en dificultar por lucrativos motivos.

⁵⁹⁷ Aunque el rito no esté institucionalizado, el tránsito a la adultez pasa por la asunción y capacidad, al menos en el joven varón, de ser capaz de rivalizar con otros hombres. El modo en como esto se lleva a cabo es lo que no está institucionalizado. Falta por ver que es lo que deben de hacer en la actualidad las jóvenes para ser consideradas mujeres. Parece que la maternidad, que cada vez se retrasa a edades más tardías, ya no es definitiva de tal estado de cosas. Retomaremos más adelante esta cuestión en un intento de dilucidar de que ritos iniciáticos no institucionalizados –si es que los hay– se sirven nuestros adolescentes para realizar el tránsito a la edad adulta.

“Se ha dejado a la adolescencia no institucionalizada es, por tanto, muy favorable para la individualización y la diferenciación de la personalidad, ya que no existen modelos obligatorios”.⁵⁹⁸

Blos señala que la sociedad en la que vivimos apenas proporciona procedimientos y técnicas para definir el papel del adolescente pues no reconoce su cambio de estatus mediante un rito⁵⁹⁹. En un sentido semejante, Papalia y Olds sugieren que en la cultura occidental, en las sociedades industriales modernas, el fin de la adolescencia no está bien delimitado, pues no hay un único signo que señale que se ha alcanzado la edad adulta⁶⁰⁰. La falta de ritos institucionalizados difumina dicho tránsito, según ellas. Goffman por su parte considera el ritual como algo cotidiano en el devenir diario de las personas, sería una puesta en escena de la cultura interiorizada, incorporada y encarnada por los sujetos sociales⁶⁰¹. La ausencia de ritos institucionalizados –de dicha puesta en escena de la cultura interiorizada– en lo que concierne a hacerse adulto en nuestra cultura resulta, cuando menos, llamativo del actual estado de cosas, de que algo ha cambiado en nuestras sociedades.

Por tanto, parece que, por lo menos a simple vista, en nuestra cultura (la cultura occidental democrático-capitalista del siglo veintiuno) no hay tales ritos o que, en todo caso, por un lado estos rituales de paso estarían regulados por el mercado –que oferta a los adolescentes determinados productos cuyo uso supondría todo un ritual de iniciación a la vida adulta–, y por otro el adolescente buscaría sus propios ritos de iniciación prescindiendo de la figura del adulto.

Esta idea que planteaba Blos suscita cuestiones de máximo interés para nuestra investigación, pues cabe preguntarse si este hecho afecta en alguna medida al fenómeno actual de alargamiento o prolongación de la etapa adolescente haciendo que el individuo

⁵⁹⁸ Peter Blos, *Les adolescents: essai de psychanalyse*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, p. 404.

⁵⁹⁹ De este modo, el adolescente, que necesita resolver la crisis de identidad que se le plantea, pues el sentido de identidad y la consolidación del yo le hacen posible “el dominio de lo circundante”, buscará sus propios rituales de iniciación –prescindiendo de la figura del adulto–, con el peligro que tal estado de cosas entraña para la construcción de su propia identidad e incluso para su vida, pues la adolescencia, edad temeraria e ingenua, también se caracteriza por una predisposición a la rebelión, gran pasión, y energía, lo que acentúa el riesgo que ya de por sí conlleva esta situación. *Idem*.

⁶⁰⁰ Cfr. Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *op. cit.*, p. 372. Más adelante volveremos sobre esta cuestión para tratarla de modo más extenso.

⁶⁰¹ Cfr. Marta Rizo García, *op. cit.*, p. 136.

adolescente casi “se eternice” en dicha etapa, hasta incluso llegar a constituirse como el estadio “ideal” del individuo, con el desconcierto que esto debe suponer para el y la adolescente y lo grotesco que resulta la situación a ojos del adulto. La cuestión que aquí estamos planteando es si el hecho de “no reconocer ritualmente” el cambio de estatus que supone dejar de ser un adolescente para ser un adulto difumina aún más un cambio de etapa, una evolución, que nuestra sociedad capitalista y consumista se empeña en dificultar por lucrativos motivos.

A nuestro juicio, aunque el rito no esté “institucionalizado” en nuestra cultura actual, es un hecho que el tránsito a la adultez pasa por la asunción y capacidad, al menos en el joven varón, de ser capaz de rivalizar con otros hombres. El modo en como esto se lleva a cabo es lo que no está “institucionalizado”. Será necesario también analizar qué es lo que deben hacer hoy en día nuestras jóvenes para ser consideradas mujeres. Parece que la maternidad, que cada vez se retrasa a edades más tardías, ya no es definitoria de tal estado de cosas. Retomaremos más adelante esta cuestión en un intento de dilucidar de qué ritos iniciáticos no institucionalizados –si es que los hay– se sirven nuestros adolescentes para realizar el tránsito a la edad adulta. Nuestra intención aquí, al mencionar esta problemática, es tan sólo el dejarla planteada para proseguirla más adelante y ver qué comparten –si así lo hicieran– los rituales de iniciación “institucionalizados” a los que hemos hecho mención y los ritos iniciáticos “no institucionalizados” que siguen nuestros adolescentes hoy en día. En ese momento analizaremos qué rasgos adolescentes tienen un significado relacionado con el dejar atrás la infancia. Pensemos, por ejemplo, en el uso de productos como los tanga. El cambio de la braga al tanga supone toda una declaración de intenciones, aunque las propias adolescentes no sean muy conscientes de ello. Es una prenda de ropa interior asociada a la mujer y al aspecto sexual de la misma. Así, vemos como es el propio mercado el que publicita y pone a disposición de los y las adolescentes un determinado tipo de productos que suponen su entrada en el mundo de los adultos. El uso del tanga parece indicar la iniciación en la vida adulta del sexo. Puedo aportar desde mi propia experiencia el recuerdo de que, hace aproximadamente dos décadas, cuando el tanga se puso de moda, algunos profesores de los institutos se quejaban de que llevar esta prenda a la vista, por fuera del pantalón, que es como se llevaba, suponía un problema. Según ellos, los muchachos, en plena efervescencia sexual, se desconcentraban “más de lo que tocaba”

mirando a las compañeras. En la actualidad podemos ver que esta moda de enseñar la ropa interior se ha extendido también a los chicos y que supone ir a la última el llevar los pantalones caídos mientras se deja ver el calzoncillo y, a ser posible, la marca del mismo si es la de un diseñador famoso.

Es decir, no hay ritos de iniciación institucionalizados, pero sí hay una atomización de rasgos o actos propio de tales ritos, aunque “hechos a medida” –rasgo éste muy posmoderno– y despojados de su valor ritual y convertidos en modas. Este es el caso de los tatuajes, de los *piercings* –no pocas veces en los genitales o en el pecho–, del abuso de drogas y de alcohol, del uso de la música y de la danza como forma de evasión y catarsis, de experimentos sexuales, de ayunos anoréxicos, de vómitos bulímicos, de conductas de riesgo para poner a prueba la valentía, de uso de maquillajes identitarios –por ejemplo el que llevan los “góticos”– y de prendas que denotan de modo muy evidente el abandono de la infancia.

Otra cuestión de interés que nos suscita esta exploración sobre la adolescencia y los ritos de paso a la adultez es el hecho de que no en todas las culturas y sociedades la adolescencia supone una etapa crítica, de rebeldía y desazón. Parece que cuando está muy estructurado el camino que han de seguir los jóvenes, cuando se les deja claro lo que se espera de ellos socialmente el tránsito a la adultez es menos convulso y las emociones no están “desatadas”. Parece razonable suponer que la falta de normas y límites claros favorece el desasosiego y la rebelión, y nuestra sociedad se caracteriza precisamente por esa difusión y confusión de los antiguos estamentos de socialización tradicionales, que de seguro contribuye a que el tránsito de la infancia a la vida adulta pueda suponer un proceso marcado por la desorientación, y reflejado, hecho síntoma, en el conflicto adolescente⁶⁰². Pero, ¿cómo compaginamos estas ideas con esa otra también extendida de que los adolescentes están muy acomodados a la sociedad en la que viven? Porque entonces, ¿cómo conviven las formas de rebelión adolescente con el hedonismo alienante que la sociedad de consumo fomenta? O, ¿acaso es ésta otra paradoja característica de la postmodernidad?

Retomaremos estas interesantes cuestiones en la tercera parte de nuestro trabajo.

⁶⁰² Cfr. Ricardo Fandiño Pascual, *op. cit.*, p. 14.

CAPÍTULO 8

Crisis de identidad en la adolescencia

En la adolescencia la búsqueda de una identidad propia se convierte en un objetivo primordial. Todos los cambios experimentados durante esta etapa, físicos, cognitivos, sociales y emocionales, son considerables y dichas transformaciones irremediabilmente van a influir en la configuración de la identidad en este momento vital de un modo especialmente intenso. La autoestima será uno de los factores que se verán particularmente afectados como resultado de este proceso y a la vez, ésta influirá decisivamente en la manera en que se siga construyendo la identidad de aquí en adelante.

La conformación de la misma, que se desarrolla como ya hemos visto, en mayor o menor medida, a lo largo de toda la vida, supone siempre una cierta tensión que pone de relieve la fragilidad de la identidad y que pueden llevarla a la crisis. Parece razonable suponer que en la adolescencia, tanto la tensión como la vulnerabilidad serán mayores que en otros momentos de la vida, por las características propias de este periodo ya comentadas. Y es por esto que podemos hablar de una crisis de identidad en la adolescencia.

Como ya avanzábamos anteriormente, tres serían los aspectos siempre presentes en la crisis de identidad: por una parte aquel que atañe a la permanencia de uno mismo a lo largo del tiempo; por otra, considerar las amenazas reales o imaginarias –simbólicas– de la identidad desde el momento en que se confronta con el otro, con la diferencia; y por último, la violencia implícita en la fundación de las identidades, principalmente colectivas⁶⁰³.

El primer aspecto comentado cobraría una especial relevancia en el sujeto adolescente por la intensidad y cantidad de cambios en los diferentes niveles que hemos expuesto, físicos, cognitivos, emocionales y sociales, que se dan en esta etapa. Quizás sea en este momento de la vida que las tres cuestiones ¿de dónde vengo? ¿quién soy? y

⁶⁰³ Cfr. Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, p. 31.

¿adónde voy? se vuelvan más significativas, pues la adolescencia supone en cierto modo posicionarse de un manera novedoso en el mundo con respecto a la infancia, reconocerse como uno mismo en medio de todo el marasmo de cambios que se suceden a un ritmo vertiginoso y preguntarse acerca de la trayectoria vital que uno desea tomar.

Con respecto al segundo aspecto comentado, la consideración de las amenazas reales o imaginarias de la identidad en la confrontación con el otro, es en la adolescencia donde se hacen más palpables. La necesidad de identificarse con nuevos modelos y diferenciarse de las figuras parentales supone un esfuerzo considerable y muchas veces conlleva sufrimiento, bien porque la familia no facilita dicho proceso o por el simple hecho de que toda separación de las personas a las que uno está ligado afectivamente resulta más o menos doloroso. Por ello es tan importante el apoyo emocional al adolescente en esta época de la vida, para evitar que la confusión, la culpa, la incomprensión, la soledad en el sentido de abandono, la rabia, la ansiedad, la frustración, la impotencia, el miedo al desamor y a ser uno mismo, dificulten aún más un proceso de por sí complejo.

En relación con este último aspecto se encuentra ese otro tercer aspecto que mencionábamos antes y que hace referencia a la violencia implícita en la fundación de las identidades colectivas. Tanto la identidad familiar como la del grupo de iguales, en el sentido de identidades colectivas, pueden violentar el proceso de construcción de la identidad propia del y la adolescente. Ambos grupos tienen mucha influencia en el sujeto en esta etapa de la vida, y la presión que puedan ejercer en el sentido de no respetar ni promover la individualidad de la persona es algo que puede afectar profundamente al proceso de configuración de la identidad. Lo ideal sería que el grupo de iguales o el familiar actuaran como grupos de referencia donde poder encontrar el propio lugar, como parte del grupo pero sin renunciar a la propia individualidad. Y este equilibrio no siempre es fácil, menos en este periodo de especial vulnerabilidad e influenciabilidad que supone la adolescencia.

Desde esta perspectiva pueden entenderse también los procesos de construcción de la identidad que hemos comentado anteriormente, como el de igualación-diferenciación, el de identificación-desidentificación o el de autoafirmación, y puede comprenderse además la función estratégica y necesaria del olvido selectivo⁶⁰⁴ en la configuración de la

⁶⁰⁴ Cfr. *ibidem*, p. 59. Recordemos la función profiláctica tanto de la memoria como del olvido en pos de la

identidad, en el sentido de olvidar el lugar que uno ocupaba en la infancia y dentro de las constelaciones familiares, para poder ocupar ahora un nuevo lugar entre el grupo de iguales y también en la propia familia. Asimismo permite contemplar la crisis de la adolescencia como un “conflicto entre las identidades todavía entremezcladas, las sociales y la personal incipiente, dubitativa e insegura”⁶⁰⁵.

Reflexionar acerca de la crisis de la identidad en la adolescencia implica pensar en el conflicto adolescente *como parte de* nuestra cultura. Las características principales de este conflicto son tres: la búsqueda de la identidad; el conflicto con la autoridad; y la búsqueda y el tanteo de límites. Es precisamente la respuesta de la autoridad a dicho conflicto la que posibilitará o no la resolución del mismo.

Supone siempre, en realidad, un conflicto con la figura del adulto, que es quien encarna la ley. El conflicto se debe a que las reglas del juego de la infancia cambian al llegar a la adolescencia y el adolescente se pregunta por qué, se rebela contra este hecho y tantea donde están los límites de esta nueva situación. El cerebro adolescente está preparado para la adultez, para un mundo que augura libertad pero que también da miedo. Los adultos que suponen una referencia conllevan una “carga afectiva” para el adolescente y de ahí el conflicto, porque se les ama y a la vez se les odia, por introducirlo en un mundo que probablemente se desea pero que también se teme. El *conflicto edípico*⁶⁰⁶ constituye un modelo explicativo de la construcción de la identidad con mucha presencia en nuestra cultura, construcción que consistirá en convertirse en una adulto autónomo. Aunque en nuestros días este modelo resulta insuficiente para dar cuenta de los nuevos modelos relacionales entre hijos, hijas y sus progenitores e insuficiente también en lo que respecta a las nuevas construcciones identitarias, por lo que en la tercera parte de

adaptación a un determinado contexto.

⁶⁰⁵ Hector Pelegrina Cetran, *op. cit.*, p. 432.

⁶⁰⁶ El conflicto edípico es aquel que tiene que superar el niño —en el caso de la niña sería el complejo de Electra, con los matices correspondientes— en la triangulación con sus progenitores, esto es, renunciar, cuando llegue el momento, a la fusión con la madre, reprimir el deseo de que ésta sea sólo para él y aceptar que no puede ocupar un lugar que está reservado al padre. La figura paterna es vivida así como un obstáculo para el cumplimiento de su satisfacción. Es decir, la Ley del padre aparece como una barrera contra el deseo del hijo. El conflicto se resuelve cuando el hijo asume la Ley del padre, que introduce la idea de límite, el hecho de que no todo es posible. Esto alimentará el deseo de hacer un camino propio, pero con las figuras paterna y materna como modelo y también como guía, impulsándolo hacia la autonomía.

nuestro trabajo hablaremos del mito de Telémaco, al que ya hemos aludido en la primera parte, y que nos ayudará a explicar en que situación se encuentran los y las adolescentes en la actualidad en lo que se refiere a la caída de la autoridad paterna como fenómeno característico de nuestra cultura, cuales son las consecuencias provocadas por este hecho –a saber, que el padre ha pasado de ser esa figura autoritaria que lo caracterizaba en épocas pasadas a ocupar un rol de amigo y cómplice, debilitando así su figura y función, y dejando vacío el lugar de quien encarnaba el principio de autoridad– y como esta situación da cuenta de un nuevo malestar en nuestra cultura⁶⁰⁷.

Superar la crisis de identidad y el conflicto propios de la adolescencia no parece cosa fácil hoy en día. Muchas son las variables en nuestra sociedad actual que dificultan dicho proceso: el debilitamiento y la difuminación de las figuras de autoridad; la paradójica convivencia simultánea de un individualismo extremo con la indiferencia y el conformismo social; la primacía de una cultura de las apariencias que mitifica el placer, el culto al cuerpo y a la eterna juventud; cultura que además promueve un consumo sin límites donde todo parece posible, que crea la ilusión de un mundo en el que no hay necesidad de frustrarse ni de asumir que la carencia forma parte de la vida, ni de que todo deseo debe estar regulado por un límite, un mundo que no permite, al fin y al cabo, armonizar, integrar el deseo con la responsabilidad; mundo también que se nutre de la moda y de la tecnología y que fomenta el que los y las adolescentes queden atrapados en su propio narcisismo. Todo ello, sumado a la presencia cada vez mayor del mundo adolescente en una sociedad que se “adolescentizado”, problematiza mucho el paso al mundo adulto, al tener como modelo los y las jóvenes a otros jóvenes y al faltarles modelos adultos a los que poder imitar. La sociedad y el adulto infantilizado confinan y condenan así al adolescente a una adolescencia sin fin, con el vacío identitario que eso supone al quedarse anclado a una identidad inmadura que la sociedad fomenta y perpetúa. Todos estos son aspectos que dificultan enormemente la resolución del conflicto adolescente y la configuración de una identidad adulta. El que dicho conflicto pueda resolverse no sólo es cosa que atañe al sujeto adolescente. Son los adultos los que deben facilitarle las herramientas necesarias para que pueda madurar.

⁶⁰⁷ Cfr. Ricardo Fandiño Pascual, conferencia “Relación terapéutica con adolescentes: cartografía e navegación”, impartida en calidad de psicólogo especialista en clínica y psicoterapeuta experto en adolescentes, además de Presidente de ASEIA, en las *II Xornadas de Saúde Emocional na Infancia e a Adolescencia. Adolescentes en conflito: un reto para os/as profesionais*, 27 de xuño do 2015, Ourense. ASEIA (Asociación para a Saúde Emocional na Infancia e Adolescencia).

A modo de recapitulación diremos que, después de todo este recorrido, hemos podido ver como el término *identidad* no resulta algo sencillo de describir. Tiene que ver con lo que somos, con lo que nos define, con lo que permanece y, sin embargo, es a la vez también algo dinámico, un proceso complejo y multidimensional, algo que se configura consciente e inconscientemente, de un modo racional pero también irracionalmente –de modo pre-reflexivo–, en constante construcción e interacción, un juego de espejos de igualaciones y diferenciaciones y también de identificaciones y desidentificaciones. Su desarrollo exige un ejercicio de memoria, de autoestima, de autoafirmación y de confianza, un compromiso con uno mismo y con los demás, un deseo, un esfuerzo y un proyecto de futuro. La identidad es, además, saberse un sujeto único e inintercambiable respecto a los otros; y para ello se requiere autenticidad, autonomía, coherencia interna y estabilidad en el tiempo. Es también un proceso delicado, muy personal pero imposible sin lo social, puesto que es en la interacción individuo-sociedad donde cobra forma. Hablamos de una sociedad que produce y es producida por los individuos que la componen, y de una sociedad también como lugar de interacción lingüística, por lo que el lenguaje intervendría en la configuración de la identidad. Igualmente, el cuerpo tiene gran importancia en la configuración de la misma; cuerpo que es sustrato y soporte biológico de la persona y, asimismo, espacio de representación simbólica. Por último, hemos podido ver como el género asumido constituye un elemento decisivo en lo que a la configuración de la identidad se refiere.

La identidad abarcaría, pues, aspectos anatómicos, fisiológicos, psicológicos, generacionales, sociales y de género. Responder a la pregunta “¿Quién soy yo?” implicaría todos estos elementos.

Si bien ya desde la infancia empezamos a cuestionarnos acerca de quienes somos –probablemente sea la constatación de la separación de la madre la primera noticia que tenemos de ser seres individuales, después, todas las fronteras que la realidad nos va imponiendo al propio yo– es en la adolescencia cuando el desarrollo físico, cognitivo, social y emocional son mayúsculos, y la búsqueda de una personalidad propia se convierte en una tarea central. La inminencia de las responsabilidades del mundo adulto acerca de como vivir la propia vida y todas las difíciles decisiones que se deben tomar, vienen frecuentemente acompañadas de perturbaciones emocionales e incluso de crisis, como la ya comentada crisis de identidad de la adolescencia. Detrás de los altibajos

emocionales del adolescente se encuentra la preocupación por la identidad y por la intimidad⁶⁰⁸. Cuestiones acerca de las creencias y valores a adoptar, sobre las relaciones sexuales o sobre el futuro mundo laboral entre otras, son asuntos de gran importancia a los que tiene que hacer frente e ir dando respuesta el adolescente. Necesita al grupo de iguales –“como compañeros en la lucha por la independencia”⁶⁰⁹– y necesita que los padres le guíen y apoyen emocionalmente, al tiempo que le dejen separarse del núcleo familiar y ensayar su autonomía a medida que va conquistando nuevas parcelas de libertad dentro de un contexto social en el que haya lugar para desarrollarse como adulto.

Llegados a este punto, consideramos que hemos hecho una revisión suficientemente fecunda del término adolescencia y del de identidad como para tener una idea de cuales son las características generales que perfilan al adolescente como sujeto. Perfil éste, el de la identidad adolescente, que tomaremos como un referente clave que nos permitirá analizar la interacción de los y las adolescentes con el mundo social y ver también si dicho mundo se perfila con rasgos propios de la susodicha identidad. Es decir, esta cuestión nos facilitará el comprobar en la siguiente parte de nuestro trabajo si esas cualidades y rasgos que definen a los individuos durante este periodo concreto de la existencia, han cobrado tal valor en nuestra cultura y sociedad actual, que se ha llegado a considerar la adolescencia como un valor intrínseco en sí mismo, como un modo de vida y un estado ideal, con las implicaciones y repercusiones que esto tiene en la constitución de la identidad adulta por parte de los jóvenes y de los no tan jóvenes.

⁶⁰⁸ Cfr. Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *Desarrollo humano*, Colombia, McGraw-Hill Interamericana, 1992, p. 376.

⁶⁰⁹ Cfr. *idem*.

PARTE TERCERA

PARTE TERCERA

DE LA CONSTRUCCIÓN POSTMODERNA DEL SUJETO A LA CONSTRUCCIÓN ACTUAL DEL SUJETO ADOLESCENTE

A estas alturas de nuestro trabajo podemos afirmar que, una vez hemos esbozado el marco conceptual general de la postmodernidad (Primera Parte) y nos hemos hecho con una panorámica de cómo han ido apareciendo y enriqueciéndose los conceptos de adolescencia e identidad en el transcurso de la historia occidental (Segunda Parte), estamos en condiciones de abordar la cuestión central de nuestra investigación e hipótesis de nuestro trabajo, a saber: *si la construcción postmoderna del sujeto está reflejada en la construcción actual del sujeto adolescente*. Dicho de otro modo, la actual construcción de la identidad en el sujeto adolescente se enmarca, como una pieza más, en el nuevo modo de vivir y entender la vida que caracteriza los tiempos en que nos hallamos. Para ello, en esta Tercera Parte, nos esforzaremos por exponer y analizar los elementos que nos permitan corroborar o no dicha hipótesis. Aportaremos, por tanto, información que pueda dilucidar de qué manera y en qué medida la construcción del sujeto en la postmodernidad afecta a la propia configuración del sujeto adolescente actual. De este esfuerzo se irá desprendiendo el carácter específico que define al sujeto adolescente de nuestros días.

Sin embargo, antes de empezar, podemos ya anticipar que todo indica que, en relación a los tiempos pasados y al concepto que se tenía en ellos de la edad de la adolescencia, el cambio más notable que ha sufrido la vida adolescente en nuestra actualidad postmoderna es, en primer lugar, que, *en las últimas décadas, la adolescencia ha llegado a adquirir tal valor que, de ser una mera etapa “de tránsito”, ha pasado a ser considerada como un estadio ideal en el que permanecer indefinidamente*. En segundo lugar, y como consecuencia de ello, tenemos que *la actual construcción de la identidad adulta en el sujeto adolescente se ve dificultada por este hecho, fomentando una inmadurez sin límites en el tiempo*.

Veremos además que en la actualidad estamos asistiendo a un cambio de

paradigma en la consideración de las edades de la vida; y al parecer no sólo en lo que atañe a la de la adolescencia, como intentaremos mostrar en lo que sigue.

Algunos de los asuntos que, al hilo de estos contenidos, vamos a desarrollar a lo largo de los siguientes apartados con la intención de perfilar al adolescente postmoderno, tienen que ver con cuestiones como: ¿qué significa ser adolescente en la actualidad?, ¿qué rasgos lo definen? ¿qué lugar ocupa en la sociedad?, ¿qué modelos ofrece la misma en los que pueda inspirarse? Otras cuestiones que también intentaremos contestar son las siguientes: ¿es la adolescencia un valor intrínseco a la posmodernidad? ¿es el adolescente un esclavo consumidor, objeto y producto a la vez, de un sistema mercantilista que ha visto en él a su mejor cliente? ¿se ha convertido la realidad virtual en un refugio que le permite escapar de una realidad que se ha vuelto demasiado inquietante y compleja? ¿favorece este mundo virtual, con ofertas como las redes sociales o los videojuegos, que el adolescente pueda inventar una nueva identidad –ilusoria y falta de contacto con la realidad en el sentido más amplio de la palabra– hecha a la medida de su propio narcisismo? ¿en qué medida el púber y la púber viven hacia adentro y cómo esto les supone una dificultad para hacerse adultos? ¿les resulta atractivo y deseable el compromiso que implica ser adulto? ¿se ha convertido el y la adolescente actual en un nuevo “Narciso” como proponen algunos estudiosos del tema en cuestión? ¿qué está ocurriendo en las relaciones familiares de hoy en día y cómo repercute esto en la configuración de la identidad del sujeto adolescente?

Vivimos una época llena de paradojas. Basta echar un vistazo a nuestro alrededor para darnos cuenta de ello y de que, ciertamente, estamos asistiendo a un cambio de paradigma en la consideración de las edades de la vida. Por una parte podemos ver como los niños y las niñas quieren ser cuanto antes adolescentes. Las últimas investigaciones parecen constatar que una cuestión de índole cultural, como en principio parece ésta, ya tiene su correlato biológico. Así, ha aparecido el término “pubertad exprés” para denominar el novedoso e inquietante fenómeno de una adolescencia que aparece ahora antes de los once años. Por otra parte, se observa como el adolescente no tiene demasiado interés en hacerse adulto, acomodado –en el mejor de los casos– a esta época en la que se goza de cierta independencia, así como de despreocupación por las responsabilidades propias de la adultez. Y, por último, podemos ver también como ha ido perfilándose en estas últimas dos o tres décadas aproximadamente, el que podríamos denominar “adulto

adolescentizado”, esa persona que cronológicamente está situada en la edad que corresponde a la adultez pero que se esfuerza, al menos en algunas facetas de su vida y de su personalidad, en aparentar y vivir como un adolescente.

El psicólogo y psicoterapeuta Ricardo Fandiño Pascual lo sintetiza muy bien en el siguiente párrafo:

“En los últimos años se observa una cada vez más fuerte idealización de la adolescencia como grupo social, al que los niños quieren pertenecer cuanto antes, y en el que los adultos querrían permanecer cuanto más tiempo mejor. El adolescente es el principal consumidor en una sociedad de consumo, y sus gustos e intereses determinan el interés colectivo. No hay más que pensar en las actuales preferencias estéticas y de ocio, dominantes en casi todos los rangos de edad”.⁶¹⁰

Y Luz Sánchez-Mellado, en un artículo de divulgación en prensa, dice en este mismo sentido:

“Los niños quieren dejar de serlo. Los adultos no se ven como tales. La infancia se acorta. La adolescencia se estira. La juventud se eterniza. Las fronteras entre edades se difuminan. Las nuevas tecnologías, la crisis económica, el aumento de la esperanza vital y el hedonista estilo de vida moderno redefinen las etapas de la existencia. Cada cual diseña su ciclo biográfico como quiere o como puede”.⁶¹¹

Pasemos a desarrollar todas estas ideas.

⁶¹⁰ Ricardo Fandiño Pascual, *op. cit.*, p. 14.

⁶¹¹ Luz Sánchez Mellado, “De los 10 a los 40. Retrato del eterno adolescente”, *El País Semanal*, 9/10/2011.

CAPÍTULO 1

Modelos culturales de construcción de individuos en la nueva cultura mediática

El recorrido que hemos hecho a lo largo de los distintos aspectos implicados en la construcción de la identidad nos ha preparado para ver la enorme importancia que tienen en dicho proceso los modelos culturales que la sociedad ofrece a los individuos para construirla. Es una característica de nuestros tiempos el incremento de modelos que tenemos a nuestra disposición con respecto a épocas pasadas, por lo que parece razonable deducir que más rica y compleja será la configuración de la identidad en la actualidad.

La sociedad “produce” los individuos que la componen mediante la socialización y dicho proceso se nutre de *modelos culturales de construcción de individuos*, necesarios para adquirir un sentido de identidad⁶¹². De este modo, la identidad se construye en un proceso ininterrumpido de socialización-individuación, de identificación-diferenciación, entre los diferentes actores que participan de la interacción social. Así, la identidad personal supondría un autorreconocimiento reflexivo en base a unos relatos de identidad, que se nutren de modelos culturales para acabar constituyendo la propia individualidad de cada cual como sujeto único, aunque también semejante a algunos y diferente de otros.

Y es que, como ya hemos dicho, la identidad es un concepto *relacional*, esto es, se gesta en la interrelación entre el individuo y la sociedad en la que está inmerso. Así, la identidad es también un proceso que da cuenta de cómo se constituyen y se relacionan las distintas concepciones del *yo* en un mismo sujeto: el *yo singular*, el *mi social* (Mead, 1934), el *nosotros* (Berger y Luckmann, 1986), que daría cuenta del colectivo social de referencia, aquel con el que el sujeto se identifica, y los *ellos* (Goffman, 1993), necesarios estos últimos para delimitar un referente identitario en función de la diferencia con otros colectivos⁶¹³.

⁶¹² Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 29.

⁶¹³ Renée de la Torre, “Crisis o revalorización de la identidad en la sociedad contemporánea”, *Nómadas* 16

El peso que lo social tiene en la configuración de la identidad nos lleva a preguntarnos de qué manera está influyendo la sociedad actual en el modo de constituir las identidades de los sujetos que forman parte de la misma y de qué manera los nuevos espacios –en tanto que nuevos marcos de referencia– y los nuevos modos en que nos relacionamos y comunicamos están contribuyendo también a la aparición de nuevas identidades⁶¹⁴. Esto es, con respecto a los modelos culturales en nuestra sociedad contemporánea no debemos pasar por alto la importancia que las nuevas tecnologías y los medios de comunicación de masas tienen en la configuración de nuevos patrones con los que identificarse. Por ello, para comprender los procesos mediante los cuales se construye actualmente la articulación de la identidad –o las identidades– debemos tener presentes los efectos que los medios de comunicación de masas tienen en la configuración de la misma. Es innegable el hecho de que tanto los medios de comunicación como las industrias de la cultura producen y distribuyen “productos culturales” que acaban constituyendo referentes de identificación –modelos de identidad– individual y grupal si son asumidos, o de desidentificación si se rechazan, pero modelos de referencia, identidades culturales⁶¹⁵, al fin y al cabo. La cultura mediática introduce un universo simbólico y cultural específico que posibilita la configuración de nuevas identidades sociales que van más allá del territorio y la sociedad en la que el individuo se halla inmerso⁶¹⁶.

La globalización y el uso de las nuevas tecnologías de comunicación tenderían a hacer más homogéneas las identidades en una sociedad de masas, al tiempo que la oferta diversificada y personalizada que ofrecen los medios de comunicación en nuestra sociedad de consumo podríamos pensar que contribuirían a la individualización de las identidades. El resultado podría ser una suerte de identidades híbridas producto de la compleja relación entre la globalización, los medios de comunicación de masas y los

(2002) 76-85. En la p. 77 se hace referencia a la siguiente bibliografía que yo cito en el cuerpo de este trabajo: Mead, George, *Mind, Self and Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1934; Berger, Peter / Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1986; Goffman, Erving, *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1993.

⁶¹⁴ *Ibidem*, p. 78.

⁶¹⁵ Miguel Rodrigo Alsina / Pilar Medina Bravo, *op. cit.*, p. 142.

⁶¹⁶ *Ibidem*, p. 79.

aspectos identitarios que tienen que ver con el territorio –nación–, etnia o religión, entre otros, que conforman el medio en que los individuos en cuestión se desarrollan.

Así mismo, estamos asistiendo a la aparición de nuevos grupos sociales –las denominadas nuevas tribus⁶¹⁷–, entre los que se cuentan, desde pequeñas comunidades que se agrupan por afinidad y por compartir un territorio común y rituales cotidianos, hasta entidades virtuales que conforman redes y comparten códigos y valores culturales comunes que los identifican como un “nosotros” –como es el caso, por ejemplo, de las ONGs. Un ejemplo de estas nuevas tribus lo constituirían las *identidades adolescentes*, que se conforman alrededor de consumos culturales concretos (vestimentas, gustos musicales, deportes, entretenimientos, etc.) y de rituales compartidos. Estas agrupaciones sociales acaban generando microculturas que crean pautas de comportamiento y de modelado, así como visiones del mundo y de la sociedad, que dejan una fuerte huella identitaria⁶¹⁸ incluso más allá de la juventud⁶¹⁹. Vemos pues como la compleja organización de nuestra cultura global y tecnológica hace más complejos también los procesos identitarios.

Otra cuestión a sopesar es el hecho de que la identidad del sujeto hoy en día está cada vez menos determinada por los estamentos socializadores de antaño –como la Iglesia, el estado, la escuela o la familia– y más comprometida con una sociedad de consumo y tecnológica, que nos vende la ilusión de que es posible construir una identidad hecha a la medida de los deseos y anhelos de cada cual, en función del estilo de vida elegido y que se oferta a través de artículos de consumo al conjunto de la sociedad. En mi opinión, la idea de que el individuo es cada vez más libre para constituir él mismo su identidad no deja de ser parte de la ilusión que se nos vende de que la vida –y uno mismo también– puede ser lo que uno desea que sea. Las últimas tecnologías, los avances de la ciencia y las nuevas ideologías místico-religiosas están puestas al servicio de tal

⁶¹⁷ *Ibidem*, p. 83. Fue el sociólogo francés Michel Maffesoli quien en su libro *Le temps des tribus* (1988) acuñó el término “tribus urbanas” para expresar uno de los cambios que, según él, ha traído consigo la sociedad postmoderna.

⁶¹⁸ *Idem*.

⁶¹⁹ Aspecto este interesante en lo que a nuestro trabajo se refiere, en el sentido de que esta huella identitaria anclada en la adolescencia pervive pasada esta etapa, subsistiendo, por tanto, actitudes, valores y comportamientos propios de esta edad y no de la supuesta adultez que al individuo en cuestión le corresponderían por edad.

simulacro. Ese es el gran negocio de nuestra época: pagar por la ilusión de que la vida no es lo que también es: deterioro y muerte, mientras los vendedores de ilusiones se llenan los bolsillos. Nos hacen creer que tenemos más libertad para ser mientras que lo único que ha ocurrido es que la oferta de maneras de someternos a la lógica del mercado es más amplia. El resultado es que el individuo contemporáneo, como plantea Baudrillard, al no estar ya sujeto a las tradiciones heredadas por la sociedad ni a los roles impuestos y transmitidos por los estamentos de socialización tradicionales, se expone a un *yo* fragmentado, al quedar a merced del simulacro de realidad que construyen los mensajes mediáticos. Se podría decir que tras el proceso de configuración de la identidad se encuentra funcionando la maquinaria del mercado. El consumo determina la trayectoria de la identidad hasta tal punto, que empieza a tomarse en cuenta la posibilidad de que la identidad vendría a sustituirse por un ejercicio permanente de identificación en base a la selección de consumos⁶²⁰, en donde tanto el individuo como la masa pasarían a ser las dos caras de la misma moneda.

Otro aspecto que por su relevancia en el proceso de socialización debemos tener también en cuenta en la construcción de la identidad de los individuos que componen una determinada sociedad es lo que dicha sociedad considera como normal, esto es, la *idea de normalidad* como aspiración y como pauta de comportamiento⁶²¹. La normalidad entendida como la suma de expectativas generales que se concretan mediante los valores, las percepciones y las representaciones colectivas que definen lo que se espera de cada individuo o colectivo, en nuestro caso, de los y las adolescentes⁶²². Así, lo normal representaría “el espacio de lo que es “habitual” (y en esa medida de lo esperado), a la vez que marca el límite a partir del cual se produce la exclusión del colectivo de referencia”⁶²³. Constituiría pues una muestra y también sería el reflejo de una adecuada integración y socialización al respecto de las expectativas generales de una determinada cultura o grupo social.

⁶²⁰ Renée de la Torre, *op. cit.*, p. 84.

⁶²¹ Elena Rodríguez San Julián, “Socialización y referentes socio-grupales en la construcción de la identidad juvenil”, *Educación y Futuro* 22 (2010), p. 65.

⁶²² *Ibidem*, p. 67.

⁶²³ *Ibidem*.

Podemos ver como la normalidad cumple una función importante en el desarrollo de los mecanismos tanto de integración como de exclusión social y grupal. Sabemos también que, en la etapa de la adolescencia, serán las expectativas compartidas por el grupo de iguales fundamentalmente las que delimiten el ámbito de lo que se considera como normal⁶²⁴, por lo que no cumplir con las expectativas de lo que es normal hacer como adolescente desde la propia mirada de los adolescentes, implicaría un riesgo de exclusión que vendría a explicar parte de la motivación en esta etapa por la asunción de comportamientos de riesgo, independientemente del nivel de consciencia acerca del daño que tal conducta pueda implicar, y también daría cuenta de que el mecanismo coercitivo de la “presión de grupo” está mucho más arraigado de lo que aparentemente pueda parecer, ya que nace de la asimilación de los modelos culturales de pertenencia grupal⁶²⁵.

⁶²⁴ *Idem.*

⁶²⁵ *Idem.*

CAPÍTULO 2

Identidad y construcción social de la infancia y la adolescencia

§1. La niñez en la actualidad. Una infancia cada vez más breve

La infancia es un constructo elaborado por las personas adultas. Su significado depende de cuestiones tales como el momento histórico, la sociedad concreta, la cultura o incluso el estrato social en el que el término cobre significado. Debemos tener en cuenta que nuestra actual consideración de la misma es el resultado de un desarrollo histórico-cultural determinado y de una conceptualización social que necesariamente la convierte en un estereotipo al adaptarla al modelo que imponen los círculos de poder y la clase social dominante⁶²⁶.

La atención que se le ha prestado a la cuestión de la infancia en los dos últimos siglos ha pasado por reconocerla primero como una etapa diferenciada, para tenerla después en tal consideración que llevase a elaborar en el año 1959 la Declaración de los Derechos del Niño en el tratado internacional de dicho año⁶²⁷, hasta la actual valoración de la misma. Esta apreciación de la infancia de hoy en día se nutre de diferentes ámbitos, desde la ideología dominante –en la que tanto las nuevas pedagogías como las diferentes corrientes psicológicas y médicas, entre otras disciplinas, tienen un peso elevado– hasta lo que aportan las propias relaciones sociales, familiares y escolares. Los medios de comunicación, como la publicidad, la televisión, el cine y los productos que se venden para niñas y niños, como la ropa o los juguetes, también desempeñan un papel decisivo, no sólo en cuanto a estereotipos de género, como hemos apuntado anteriormente, sino

⁶²⁶ Eduardo S. Vila Merino, “La educación del secreto: infancia, identidad y alteridad”, *Revista Iberoamericana de Educación*, vol. 47, 1 (2008), p. 5.

⁶²⁷ La consideración del niño como un sujeto con derechos era algo impensable en otros tiempos. El que las Ciencias Sociales realizaran en el siglo XX un esfuerzo por estudiar todo aquello que anteriormente era considerado como marginal, aquello que quedaba fuera de la categoría de “hombre” –el loco, la mujer, el niño, el adolescente, el preso...–, tiene que ver con el cambio de mentalidad que permitió concebir al infante como un ser digno de derechos.

también en la configuración de la idea actual de lo que es la niñez⁶²⁸.

Podemos, pues, entender la infancia como una etapa vital que, tal como proponen las psicologías evolutivas, está determinada por una evolución fisiológico-cognitiva, a la vez que sujeta a diversos condicionantes individuales y contextuales⁶²⁹. Pero también podemos concebirla, como acabamos de apuntar, como una *construcción cultural*, resultado de maneras de pensar estandarizadas culturalmente en la sociedad, muchas de las cuales se hayan vinculadas a intereses político-históricos que determinan y condicionan nuestra manera de percibir, conocer y comportarnos frente a los niños y niñas, lo que hace que se convierta la infancia, más que en una realidad social objetiva y universal, en el resultado de un constructo socio-cultural⁶³⁰.

Veremos más adelante que la consideración que en la actualidad se tiene de la adolescencia es algo también relativamente nuevo, y que de algún modo esta consideración atañe a otros periodos vitales. Y es que, en realidad, lo que sea una edad tiene que ver con lo que son igualmente las otras edades, tal como sucede en una estructura especular. De ahí que este reciente modo de concebir las etapas de la infancia y de la adolescencia por fuerza ha de condicionar la propia valoración y comportamiento que los adultos –situados en otra edad– mostramos hacia los niños y adolescentes. Y, a su vez, la valoración y comportamiento que los adultos tenemos con respecto a la edad de la infancia y de la adolescencia, condiciona la visión que los propios infantes y adolescentes tienen de sí mismos. Unos y otros somos lo que somos, nos vemos como nos vemos, y actuamos como actuamos, en función de cómo respectivamente vemos a los otros y de cómo son nuestras expectativas acerca de cómo ellos deberían comportarse y actuar.

Lo cierto es que si no fuera porque, en la actualidad, los adultos actúan con los niños y niñas de acuerdo a una nueva interpretación sobre la edad infantil, estos niños y niñas no tendrían de sí la imagen que tienen y, por tanto, tampoco estarían actuando como ahora hacen. A la vez, el nuevo concepto que los adultos tienen de la infancia es consecuencia de una nueva forma de interpretar la realidad y todos los elementos que la componen, entre los que se incluyen las propias personas. Sin duda estamos asistiendo a

⁶²⁸ Eduardo S. Vila Merino, *op. cit.*, p. 5.

⁶²⁹ *Ibidem*, p. 4.

⁶³⁰ *Idem*.

una redefinición de las edades de la vida, con repercusiones ciertamente notorias en la imagen que los individuos tienen de sí en cada una de las edades y, a la vez, en la idea que los demás tienen de las edades ajenas y en el comportamiento y trato que a éstas corresponde darles.

La infancia no es hoy lo que antes era. Y este hecho es el que va a determinar, en cierta medida, que la pubertad tampoco sea vivida ni sea vista ahora como antes era vivida por el propio individuo y cómo era vista desde los demás. La importancia de estos cambios es evidente si tenemos en cuenta que, aunque la adolescencia sea un periodo especialmente importante en la configuración de la identidad, esta identidad realmente empieza a constituirse durante la niñez. Por consiguiente, muchos de los cambios que afecten a la niñez tendrán como resultado, directo o indirecto, ciertas consecuencias en la adolescencia, en la medida que sea.

Profundizaremos en estas cuestiones más adelante cuando hablemos de la adolescencia. Sin embargo ahora, y aunque el tema nuclear de nuestra investigación sea el de la adolescencia, es preciso que nos hagamos con una panorámica sobre el tipo de cambios a los que estamos asistiendo con respecto a la infancia.

1. Intimidad y gestión de los espacios: lo público y lo privado en la infancia

Algunos aspectos que muestran que las cosas han cambiado tienen que ver con lo que respecta a la intimidad y a la gestión de los espacios, tanto en el mundo privado como en el público. Pensemos, por ejemplo, en el hecho de que ahora los niños tienen su propia habitación, una estancia separada para su uso individual. Antes no era así. Este novedoso “derecho a la intimidad” va en consonancia con la también novedosa consideración del niño y la niña como “individuos”⁶³¹, consideración relativamente reciente. Una de las consecuencias es que pueda disponer de un espacio para sí: su habitación, su cuarto de juegos, con todo el conjunto de sus objetos personales. Es decir, un mundo propio reconocido como tal.

⁶³¹ Cfr. Peter Brown *et al.* (eds.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1987. Cfr. Tomo 3. *Del Renacimiento a la Ilustración*, pp. 293ss y Tomo 4, *De la Revolución francesa a la primera Guerra Mundial*, pp. 150ss. En estas páginas se analiza la “Individualización del niño e interés por el niño, el comienzo del mundo moderno (Padres e hijos)” y “El niño como persona”.

2. Disolución del límite entre lo interno y lo externo, lo privado y lo público

Si bien es cierto que el nuevo infante ha ganado en intimidad en algunos ámbitos, también lo es que la está perdiendo en otros. El tipo de sociedad en que vivimos es el de una sociedad del espectáculo en la que el exhibicionismo mediático está a la orden del día y en la que los medios de comunicación condicionan, queramos o no, el “modelado” de niñas y niños. Nuestro mundo, como dice el filósofo Han Byung-Chul, es hoy “un *mercado* en el que se exponen, venden y consumen intimidades”⁶³². Este hecho dificulta una buena adquisición del sentido de límite entre lo externo y lo interno, lo propio y lo ajeno, de lo que corresponde a la esfera de lo íntimo y privado y a aquello que puede exhibirse y hacerse público, fronteras necesarias para una adecuada gestión entre el mundo interno de las personas y el contexto sociocultural donde se desarrollan. No sólo la capacidad de socialización, sino también la formación de la identidad, se ven comprometidas con este hecho.

Un factor muy indicativo de esta difuminación de los límites entre lo privado y lo público en la infancia es la consideración de lo que constituye un “secreto”⁶³³: en la actualidad, no está nada claro qué es aquello que habría que guardar en la intimidad del individuo y de su entorno familiar porque concierne a su mundo privado y, por el contrario, qué es lo susceptible de exponer a la mirada de otros y compartirlo con ellos. Esta debilitación e imprecisión de los espacios privado y público está repercutiendo en el desarrollo de las niñas y los niños de nuestra sociedad occidental de hoy⁶³⁴.

3. Acceso y uso de las nuevas tecnologías a edades cada vez más tempranas

El uso creciente de las nuevas tecnologías a las que se puede acceder a edades cada vez más tempranas parece agravar la dificultad de diferenciar entre lo público y lo

⁶³² Han Byung-Chul, *La sociedad de la transparencia*, Barcelona, Herder, 2013, p. 68.

⁶³³ Eduardo S. Vila Merino, *op. cit.*, pp. 7-9.

⁶³⁴ Ante un panorama de estas características se impone, tanto una reflexión por parte de los adultos acerca de la gravedad del asunto, como una educación que tenga en cuenta que el límite entre lo externo y lo interno, entre el otro y el yo, es determinante en lo que concierne a una construcción adecuada de la identidad. Porque como indican las siguientes palabras de María Zambrano: “Sólo al verme en el otro, me veo en realidad, sólo en el espejo de otra vida semejante a la mía adquiero certidumbre de mi realidad” (cit. en *ibidem*, p. 10) si las fronteras entre ambos –el otro y el yo– no están claras, la identidad se verá forzosamente comprometida. Además de considerar muy seriamente lo que supone exponer al infante a información que no favorece su desarrollo de un modo saludable. Y somos los adultos los que tenemos la responsabilidad, tanto de proteger, como de guiar a los más pequeños.

privado. Hoy en día, niños y niñas, desde edades muy tempranas, pueden acercarse en nuestras sociedades a cualquier tipo de información, estén o no preparados para comprenderla y asimilarla. No es infrecuente que nuestros menores dispongan de televisor en ese espacio privado que es su habitación o de teléfono móvil; en algunos casos, incluso de ordenador con acceso a Internet. Estos medios de comunicación los enfrenta a la crudeza y complejidad del mundo adulto sin filtros protectores y, dada su inexperiencia de vida y su falta de espíritu crítico, quedan expuestos a todo ello sin protección alguna⁶³⁵.

Es cada vez más frecuente que la familia proporcione este tipo de artilugios a edades muy tempranas. Y aunque el niño o la niña no disponga en principio de conexión a Internet por medio de un ordenador o no tenga en su habitación un televisor, sí tendrá un teléfono móvil con la posibilidad de conectarse a la red⁶³⁶. Muchos progenitores encuentran ventajas en el hecho de que los hijos tengan un móvil, para tenerlos localizados en todo momento y viceversa, para que se vayan familiarizando con tecnologías que hoy en día resultan imprescindibles, porque no saben ya que regalarles o ante la propia presión que hacen los propios niños para tener estos artefactos.

Una primera consecuencia es que el infante asume como normal el llevar consigo este aparato y mantenerse en contacto con los demás de forma permanente (grupo de amigos y amigas y familiares); pero hay también otra consecuencia quizás más sutil: el crecer tomando como normal, necesario e imprescindible el estar en permanente contacto con el otro. Y, en esta conexión con el mundo a la que la propia familia y sociedad invitan, se corre el riesgo de exponerse de un modo inadecuado, sin la posibilidad de valorar ni de responsabilizarse de lo que sus actos suponen, al no tener la madurez necesaria para discernir lo que concierne a su privacidad y lo debería preservar de la exposición pública. Así pues, las nuevas tecnologías favorecerían la debilitación e imprecisión de los espacios público y privado a las que hacíamos referencia en el apartado anterior.

⁶³⁵ David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 108.

⁶³⁶ De hecho parece que es uno de los regalos que más solicitan los niños: un teléfono móvil con la posibilidad de conectarse a internet.

4. El hijo-Narciso

Sin duda, el hecho de que haya descendido la natalidad ha convertido a los niños y niñas en un tesoro. Antes, cuando las familias eran numerosas, todos –pero nadie en particular– eran centro de atención del padre y de la madre y demás familiares. Hoy en día, las familias con uno o dos hijos se vuelcan en ellos, convirtiéndolos muchas veces en el centro sobre el que gira el resto de la familia. El infante ha pasado de hacerse visible a que el reconocimiento de su individualidad se haya convertido en una especie de culto, cobrando un excesivo protagonismo tanto dentro como fuera del ámbito familiar.

Aunque es natural que cuando un nuevo miembro llega a la familia ésta reorganice su actividad y prioridades para poder atender sus necesidades, otra distinta es que los progenitores se anulen a sí mismos para ponerse por entero a disposición del pequeño⁶³⁷. Desde la propia casa, que en algunos casos llega a adaptarse a las nuevas circunstancias convirtiéndose en una sala de juegos para niños, hasta el modo de organizar las comidas, dejando la decisión de cuándo y qué comer a la pequeña o al pequeño, porque imponerle una determinada dieta podría “traumatizarlo” son ejemplos reales que, aunque puedan parecer extremos, ilustran lo que está sucediendo hoy en día en lo que concierne a las relaciones entre padres e hijos. Del reconocimiento como individuo, como persona, se ha

⁶³⁷ En mi entorno, he conocido, por ejemplo, a una pareja que convirtió la casa en una especie de parque infantil para que su hijo pudiera jugar en cualquier momento y lugar. En el salón había un columpio, en el cuarto de estar una batería y otros instrumentos con un tamaño adaptado a los niños... Al hijo, de siete años en aquel momento, se le trataba, paradójicamente, como un adulto, en el sentido de participar de las decisiones de los padres con respecto a cualquier asunto que se tratara, en este caso los pormenores de una cena a la que habíamos acudido conocidos y amigos de la familia, si poner o no vino en la mesa, si echar más leña al fuego, etc. El niño interrumpía las conversaciones, gritaba y corría por la casa a su antojo, cantaba y aporreaba la guitarra exigiendo la atención de cualquier invitado, en fin, se comportaba como un maleducado insoportable bajo la mirada condescendiente y satisfecha de los padres, para mi sorpresa.

Otra familia redecoró el salón de su vivienda hasta convertirlo en una especie de alegre habitación infantil, con las paredes pintadas de modo muy colorista y objetos más propios de la infancia que de la adultez, cuando su bebé tenía tan sólo unos pocos meses. La finalidad, decían, era conseguir un ambiente adecuado para su hija. Entre todos los cambios hechos en el salón, quizás el más llamativo fue que suprimieron la actividad normal del televisor. Entendían que las noticias del telediario y las terribles imágenes que pueden acompañar esas noticias, al igual que la violencia de palabras e imágenes de las películas, así como los diálogos mantenidos entre adultos en cualquier programa televisivo, podrían dañar psicológicamente a su niña. Les pareció que lo mejor, por tanto, era evitar los canales normales, de adultos, mientras la niña estuviera despierta. En cambio, durante todas las horas en que la niña estaba despierta y por la casa, la televisión permanecía encendida emitiendo películas infantiles. También se podía escuchar música infantil sonando todo el día en el salón cuando no ponían las películas infantiles. El salón quedó convertido, así, en un espacio más de su hija. Ya no era ése el salón de los padres, de la familia al completo, en que también podía estar y jugar su hija, sino que, por la contra, el salón pasó a ser espacio para y de la hija en el que ellos también estaban pero siempre como participando en él como sus invitados y al arbitrio de lo que niña tuviera por antojo hacer en cada momento.

pasado a rendirle un culto excesivo y a que todo gire conforme a sus deseos y necesidades, como si esto debiera prevalecer sobre todo lo demás.

Probablemente este exceso de contemplación por contentar los deseos del niño o niña nazca de la buena intención por parte de los progenitores por proteger y respetar al máximo a su descendencia. El niño es una persona propia, con su forma de ser, sus deseos, sus apetencias propias y necesidades y, por supuesto, con sus derechos. Nuestras sociedades han ganado una importante batalla en cuestión de reconocimiento y protección de los derechos de la infancia. Pero una cosa es este reconocimiento y otra bien diferente la pérdida de nuestros deberes de adultos en favor de atender a lo que en muchos casos supone un mal entendimiento de “los derechos” de los hijos. Un niño no se encuentra en disposición de saber lo que más le conviene y es obligación de las madres y los padres educarlo en este sentido, por muy laborioso que pueda resultar para los progenitores y frustrante para el infante. Pero precisamente de eso se trata, de que aprenda a frustrarse y acepte que no todo es posible, que la carencia también forma parte de la vida y que el deseo debe estar regulado por un límite. Todo ello es parte inherente al aprendizaje de lo que supone vivir. No debemos olvidar que toda acción educativa, incluso la más amorosa y justa, implica una frustración, un dolor, necesarios para que la vida sea posible.

Sin embargo, parece que estamos asistiendo a una dejación de los “deberes” de los progenitores en atención a unos falsos “derechos” de los hijos e hijas. Sus derechos son de otra índole: derecho a ser cuidados en cuanto a alimentación, protección, vestido, educación, afecto, etc. Y, en esto, quienes saben y deben decidir, son el padre y la madre.

Una de las circunstancias que intervienen en el cambio que la sociedad está experimentando en lo que respecta al comportamiento de los progenitores con sus hijos e hijas de poca edad es la del trabajo. La jornada laboral puede ser larga y, en consecuencia, puede no disponerse de tiempo para estar con la prole. Sin embargo, el problema no es únicamente la falta de tiempo, pues si bien la cantidad de tiempo compartido y dedicado a los hijos es importante, lo que realmente importa no es tanto la cantidad como que éste sea un tiempo de calidad. Quizás el problema sea de otra índole: en muchos casos, cuando el padre o la madre, o ambos, no tienen mucho tiempo para dedicárselo a sus hijos, intentan compensar esta carencia —con la mala conciencia que ésta conlleva— consintiéndoles todo. También es una realidad que los progenitores vean más fácil adoptar una actitud permisiva y condescendiente con los hijos antes que una actitud firme en la

que el sentido del límite esté presente, ya que mantener dicha actitud siempre supone más esfuerzo en todos los sentidos. Es menos complicado hacer “la vista gorda” ante un comportamiento incorrecto que darse por enterado. Educar es más laborioso y requiere una inversión de tiempo y esfuerzo que muchos no están dispuestos a hacer.

El resultado del abandono de la función educativa es una pérdida de autoridad y una banalización de las figuras parentales, que, como consecuencia quedan infantilizadas, pues el adulto sólo funciona como tal para un niño si asume su función de autoridad. Así las cosas, la confusión está servida.

La situación anteriormente expuesta nos permite aludir a un perfil infantil que ha sido denominado como el “hijo-Narciso”, para describir a ese niño que “ha sometido el orden familiar a sus necesidades narcisistas, en vez de adaptarse a las leyes simbólicas y a los tiempos de la familia, el ídolo-niño que impone el amoldamiento de la familia en torno a la arbitraria ley de su capricho”⁶³⁸, un hijo que, en definitiva, ha ocupado el lugar de los padres, en un época, la nuestra, en la que la rígida jerarquía de antaño ha sido sustituida por una actividad educativa malentendida, que basándose en el respeto por los derechos universales del niño y olvidando en muchos casos los deberes que éste tiene, ha excluido la experiencia del límite y de la carencia en un intento de ahorrarle al infante el inevitable dolor y frustración que la existencia también conlleva. El nefasto resultado es la caída de la autoridad paterna y la proliferación de hijos-Narciso:

“La época de hijos Narciso es la época [...] en la que los adultos se han evaporado. La evaporación del padre, de hecho, conlleva la evaporación del peso simbólico de la diferencia generacional, es decir, de la diferencia entre padres e hijos y, en última instancia, la existencia misma de los adultos. El hijo-Narciso no sólo es entonces el hijo autorizado para alimentar el sueño de su propia realización y de su propia felicidad, sino que es también el hijo sin deseo, plastificado, apático, perdido en el mundo mágico de los objetos, intolerante ante cualquier frustración, el pequeño rey-vampiro insensible al cansancio del Otro y a su deuda simbólica”⁶³⁹.

Es así como hoy en día podemos ver perfiles infantiles que antes no existían. Éste es el caso del denominado *niño salvaje*. Se trata de una criatura bien cuidada, a juzgar por

⁶³⁸ Massimo Recalcati, *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*, Barcelona, Anagrama, 2014, p. 117.

⁶³⁹ *Ibidem*, p. 121.

su aspecto y atuendo, pero caprichosamente consentida, que se comporta como una maleducada de forma reiterada, que no sabe diferenciar el lugar que le corresponde ni al adulto ni a sí misma, mimada, antojadiza, sin la más mínima tolerancia a la frustración ni a la imposición de límites, por lo que llora y grita en cuanto se le contraría⁶⁴⁰. Tan pronto se observa a sus padres lo que se descubre en sus rostros y en sus comentarios es que es quien reina en la casa, o sea, el centro sobre el que gira todo. Dicho infante es reflejo de una sociedad en la que se han vuelto las tornas y, de ser mera mano de obra en un pasado no tan lejano, ha pasado a gozar de tantos privilegios que se ha convertido en un tirano consentido, manipulador y caprichoso. Un niño o una niña que suelen andar sobrados de todo lo material, pero faltos de lo que más necesitan: unas normas que les sitúen en el mundo bajo el principio de realidad y un padre y una madre que le dediquen un tiempo de calidad, tiempo que muchas veces no tienen o no están dispuestos a darle, por lo que las entidades que acaban haciéndose cargo de su educación son, una superada escuela, la cual no dispone de los recursos necesarios para realizar la labor educativa que le correspondería a la familia, y unos medios de comunicación de masas –televisión, internet, etc.– que los enfrenta a la crudeza y complejidad del mundo adulto sin filtros protectores, y ante los que, dada su inexperiencia de vida y su falta de espíritu crítico, quedan expuestos sin protección alguna⁶⁴¹.

Vemos, pues, que a la vez que se instituyen los derechos de la infancia, y se aumenta el grado de permisividad, paradójicamente niños y niñas, quedan, en cierto modo, más desprotegidos que antaño.

Otro aspecto que acompaña esta permisividad es que incluso les permitimos a nuestros niños y niñas que no hagan cosas a las que deberíamos ir acostumbrándolos como preparación para la vida, cosas relacionadas con su propia autonomía (ayudar en las tareas del hogar: poner la mesa, arreglar la habitación, ordenar sus juguetes, etc.), relacionadas con la vida social (saludar educadamente a la gente; dar las gracias, etc.), o relacionadas con sus deberes (obedecer, guardar respeto ante los progenitores y educadores, realizar sus tareas del colegio, etc.).

Podemos ver entonces como ha cambiado, con respecto a tiempos pasados, desde

⁶⁴⁰ David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 107.

⁶⁴¹ *Ibidem*, p. 108.

el modo en que nos dirigimos a los niños hasta lo que les pedimos que hagan o que no hagan –trabajar, ayudar en las tareas del hogar, obedecer, vestirse como correspondía antaño a su edad, etc.–; o el grado de permisividad que tenemos hacia ellos; e incluso, como veremos en el siguiente apartado, ha cambiado el concepto que se tiene de la propia infancia, viendo en la misma un filón de potenciales compradores al servicio del sistema consumista-capitalista. Adelantamos ya que estos cambios los observaremos también en la adolescencia de hoy en día cuando pasemos a analizarla. Transformaciones que veremos, suponen una continuidad con respecto a lo que ya estaba ocurriendo en la niñez.

5. El fenómeno de los *tweens*

Otro aspecto que pone en evidencia el cambio que se ha dado en la consideración de la infancia es que se ha pasado a ver en los niños y niñas un filón de potenciales compradores, al servicio de un sistema que gira en torno al mercado en el que lo único que importa es vender. Los vendedores necesitan que haya quien compre sus productos, para consumirlos y para deseárselos una y otra vez hasta alcanzar el grado de verdadera necesidad –gracias fundamentalmente a la publicidad y la moda. Podemos observar este fenómeno del consumo en los y las adolescentes de nuestras sociedades de hoy en día, como más adelante analizaremos, pero el consumismo en esta franja de edad no es más que la continuidad de un modo de vida que ya comienzan a experimentar en la etapa de la niñez.

En la actualidad, los niños y niñas no consumen únicamente productos materiales –ropa, calzado, juguetes, etc– sino también otro tipo de productos como viajes –por ejemplo al extranjero con el motivo de aprender un idioma o de conocer otras formas de vida o a parques de atracciones (Eurodisney, etc.)–, comidas o meriendas organizadas en cafeterías y restaurantes –muchas veces en McDonalds o establecimientos similares que disponen además de espacios para jugar con el motivo de su cumpleaños o para celebrar otros eventos.

La lista de ocasiones consumistas al alcance de estos nuevos consumidores es muy larga y pone de relieve otro aspecto muy característico de los niños y niñas de hoy: el hecho de que parece que quisieran dejar atrás cuanto antes la infancia. En el año 1984, Neil Postman, en su libro *El fin de la infancia*, preveía un acortamiento de la niñez con el cambio de siglo al ver el modo en el que la televisión influía en el consumo y en la

manera de vivir de los más pequeños. En la actualidad, el proceso del consumo por parte de niños y niñas se ha ido incrementando y ha ido derivando en nuevas formas. Como señala el antropólogo Carles Feixa, el impacto que ha tenido la revolución digital y la aparición de las nuevas tecnologías han facilitado mucho el proceso de semiemancipación infantil. Los publicistas ya han puesto un nombre a estos nuevos consumidores y consumidoras de entre 8 y 12 años, que saben lo que quieren y que consiguen que los progenitores se lo compren. Son los *tweens*⁶⁴².

6. Acortamiento de la infancia y semiemancipación acelerada

No sólo es que los niños y las niñas quieran dejar de serlo cuanto antes, sino que en algunos ámbitos como el de la publicidad el deseo de los adultos parece ser también ese mismo. En este sentido, resulta muy oportuno un hecho que no dejó indiferente a la opinión pública y que viene a confirmar esta realidad. Una realidad que, por lo que parece, es bidireccional: en diciembre de 2011 la revista *Vogue París Cadeaux* publicó un polémico reportaje en el que figuraban niñas de muy corta edad. Todas ellas contaban entre cinco y diez años. La revista las mostraba posando como provocativas y seductoras “lolitas”, es decir, vestidas, enojadas, peinadas y maquilladas como modelos adultas, rodeadas de lujo y glamour. El que unos adultos conviertan a unas niñas en pequeñas “mujeres-objeto” y las exhiban a modo de reclamo publicitario, es un hecho que resulta sumamente revelador del estado de cosas actual⁶⁴³.

⁶⁴² Luz Sánchez Mellado, *op. cit.*, p. 40.

⁶⁴³ Nos ha parecido interesante un artículo en el que se especula con los límites de la moda, publicado en la revista virtual Bekiamoda, escrito en 2011 por Laura Sande, por lo que transcribimos el siguiente fragmento: “La juventud es uno de los grandes estandartes de la moda, al que las grandes maniquís acceden cada vez más jóvenes. La polémica sobre la edad adecuada para que una menor entre en una sociedad tan exigente y altamente competitiva ha sido reabierto por la ABC, a causa de un reportaje de diciembre de Vogue Francia, revista que vuelve a cubrir de lujo y sensualidad a niñas que ni siquiera han entrado en la pubertad. Thylane Loubry Blondeau es una de las modelos más prometedoras del momento. Lleva más de la mitad de su vida trabajando en la industria de la moda, ha sido protagonista de decenas de reportajes fotográficos y hace cinco años se subió a la pasarela de Jean Paul Gaultier. [...] Sólo tiene 10 años. Sus atractivas facciones, que ya hacen intuir la preciosa mujer en que se convertirá, resultan magnéticas ante las cámaras, por lo que Vogue Francia no dudó el pasado diciembre en hacerla posar como una seductora diva. [...] Paul Miller, profesor de psicología en la Universidad de Arizona destaca a ABC la mala influencia que puede tener crear niñas objeto de tan corta edad: “Las investigaciones claramente muestran que la industria de la moda afecta a la autoestima e imagen de sí mismas que tiene mujeres y niñas. Incluso las más jóvenes son conscientes por las imágenes de los medios de lo que es bello y deseable. Cualquier pornógrafo infantil podría declarar su licencia artística”. Es preciso comentar al hilo de este artículo, que, si bien la explotación de la infancia no es algo nuevo ni siquiera desde la aparición de los derechos del niño, sí resulta llamativo, por no decir alarmante, el que

Pero hay más aspectos que confirman este nuevo concepto de la infancia. Desde los anuncios publicitarios hasta la oferta de productos para niños y niñas nos alerta del acortamiento de esta etapa vital⁶⁴⁴. Cada vez se les ofrecen más productos que imitan o reproducen artículos propios de los adolescentes o los adultos. Podemos verlo de una forma muy evidente sobre todo en el caso de las niñas. Es cada vez más habitual ver en las tiendas ropa, calzado, accesorios (bolsos, gafas de sol, sombreros, etc.), artículos de cosmética (pintalabios, esmaltes de uñas, colorete, etc.) que, a no ser por el tamaño, bien podrían ofertarse para mujeres de más edad. Ahora las niñas ya no necesitan jugar a ser mayores disfrazándose con las ropas de sus madres, sino que pueden vestirse como ellas siendo las vestimentas de su propiedad.

A la vez, paradójicamente podemos ver cómo también proliferan, dentro de la moda para adultos, productos infantilizados. Por ejemplo, todo tipo de prendas con formato animal, tales como gorros o zapatos con orejas de gato, dibujos animados de moda impresos en la ropa, etc., etc. Ver a una madre vestida de hija y a la hija vestida de madre es una estampa muy corriente hoy día.

Por otro lado, la moda actual juega con los roles. De hecho, el juego, actividad característica de la infancia, cada vez está impregnando más parcelas de la sociedad, como, por ejemplo, la del ámbito laboral. Dentro de éste, la actividad creadora y el juego como medio para activarla están muy a la orden del día en las empresas más punteras; por ejemplo, en aquellas que se dedican a las nuevas tecnologías.

Todo lo cual nos hace comprobar que características que antaño definían lo que significaba ser un niño o un adulto ahora ya no son exclusivas ni necesariamente definitorias de una u otra etapa vital. Lo que está en primer plano no es ya la diferencia generacional, sino la confusión entre generaciones.

Hay otro fenómeno que da cuenta de que la infancia se está acortando y que se

la franja de edad en la que los niños son sexualizados por los adultos y expuestos de manera legal, que no legítima, al público haya descendido de forma tan notable. Cfr. Laura Sande, “Porque ella lo vale. Irina Shayk luce la nueva colección de calzoncillos de Intimissimi”, *Bekiamoda*, 6/08/2011.

⁶⁴⁴ Un claro ejemplo podemos encontrarlo en unas muñecas de trapo que se han vuelto muy populares entre las niñas de todas las edades, con afamados diseños de una ilustradora escocesa –que las dibuja con sólo ojos en la cara. Revisando una agenda de dicha marca, en las pegatinas que trae con la finalidad de marcar diferentes usos y eventos del usuario, pueden leerse los siguientes: *fun; meeting; event; date; shopping; remember; celebrate; holiday; date* con un fondo de corazón dibujado, lo que hace pensar que dicha pegatina es para señalar una cita romántica. Podemos pensar que estas son las actividades que los fabricantes de dicho producto presuponen que forman parte de la vida de las niñas hoy en día.

puede observar sobre todo en las ciudades. Es el hecho de que los y las adolescentes de las ciudades y extrarradio parecen crecer más rápido y entrar antes en la “edad del pavo”, es decir, cuando se encuentran cursando 2º de ESO, mientras que en los centros de los pueblos y aldeas la infancia suele alargarse un poco más, observando ese típico comportamiento más bien cuando llegan a 3º de ESO. Fenómeno que he podido ir observando a lo largo de mis años de experiencia como profesora de Educación Secundaria⁶⁴⁵.

§2. La pubertad precoz

Como antes hemos indicado, niños y niñas parecen desear dejar atrás la infancia cuanto antes. Y, curiosamente, las últimas investigaciones empiezan a probar que dicho deseo, que en principio semeja ser una cuestión de índole cultural, ya tiene su correlato biológico, la denominada “pubertad exprés”.

Los expertos alertan de que las alteraciones hormonales propias de la adolescencia cada vez ocurren antes: nada menos que a los ocho o nueve años. En las niñas, la edad media de inicio de la *menarquia* se ha adelantado en los últimos quince años, y si bien no se saben exactamente las causas, pues son muchos los factores que pueden influir, todo apunta a que, aunque los genes son los mismos, se están dando determinadas circunstancias ambientales que hacen que se comporten de distinta manera.

La publicidad también se ha hecho eco de esta cuestión. Podemos ver anuncios destinados a quienes todavía, por su edad, son niños o niñas. Este tipo de anuncios publicitarios introducen actitudes y comportamientos propios de la adolescencia, como el ligar o una preocupación exagerada por la imagen⁶⁴⁶. Este hecho tiene una determinada repercusión sobre nuestros infantes, en cuanto destinatarios y destinatarias de dicha propaganda: promueve nuevas conductas, invitando a ellas. Un dato que apunta en esta misma dirección es la reciente decisión del Ministerio de Sanidad de prescribir la vacuna del virus del papiloma a niñas de catorce años. Este virus se transmite por vía sexual, lo

⁶⁴⁵ Al menos, es lo que yo he podido observar en los diferentes centros de Enseñanza Secundaria en los que he trabajado en Galicia durante todos estos años.

⁶⁴⁶ Como un anuncio que publicita unas galletas para que los niños las coman a modo de tentempié en el recreo, cuyo valor reside en ser la carta de presentación que garantiza el éxito para ligar con el compañero o compañera de turno, que a la sazón, representa no más de nueve o diez años, según mi parecer.

cual significa que se está presuponiendo que ésa es la edad tipo en la probablemente las niñas puedan iniciarse en las relaciones sexuales⁶⁴⁷.

Profundicemos más en el fenómeno de la pubertad precoz haciendo un breve repaso histórico. En términos generales se denomina de este modo a la aparición de la pubertad antes de los ocho años en las niñas y de los nueve en los niños. Pero este fenómeno se conoce desde la Antigüedad. Parece que algunos autores griegos y romanos ya daban cuenta de casos que en aquellos tiempos consideraban como inusuales. Más tarde, desde el siglo XVII al XIX las personas con pubertad precoz fueron explotadas y tratadas con crueldad, a juzgar por los testimonios de aquella época, y será a partir de la segunda mitad del siglo XIX que empiezan a aparecer estudios clínicos, hasta registrarse un siglo más tarde una recopilación de más de mil casos en la biografía médica del momento. En los últimos años del siglo XX, sobre todo desde finales de los noventa, la manera de ver la pubertad precoz ha cambiado, y sobre algunos aspectos existe gran controversia –especialmente en lo que concierne a la pubertad precoz en las niñas– desde la publicación del estudio PROS (*Pediatric Research in Office Settings*) en el año 1987. En este estudio y en otros realizados con posterioridad aparece con claridad la idea de que, en comparación con lo que sucedía hasta treinta o cuarenta años antes, las niñas maduran más tempranamente –si bien encuentran diferencias raciales en este proceso. Sobre los niños varones no se ha podido tener certeza de esta misma tendencia de crecimiento, pero esto puede ser debido a la escasez de investigaciones sobre el inicio de la pubertad en ellos⁶⁴⁸.

Una definición científica de la pubertad precoz la encontramos en el *Tratado de Endocrinología Pediátrica* de Manuel Pombo y colaboradores. En este Tratado se afirma lo siguiente⁶⁴⁹:

⁶⁴⁷ Luz Sánchez Mellado, *op. cit.*, p. 40.

⁶⁴⁸ Manuel Pombo, *op. cit.*, p. 505.

⁶⁴⁹ *Ibidem*, p. 514. Debemos señalar que, de los tres tipos de pubertad precoz que refieren los autores, la central y la periférica y la mixta –que definiremos posteriormente– nos quedaremos, a efectos de nuestro trabajo, con la primera, la PPC (pubertad precoz central), denominada también *Gonadotropin* dependiente o verdadera, por estar la otra, la denominada periférica, considerada como pseudopubertad precoz.

“Desde el punto de vista clínico, la PPC se caracteriza por la aparición de un desarrollo mamario progresivo en las niñas antes de los 8 años, con posterior aparición de vello pubiano y axilar seis meses más tarde del inicio de la telarquia⁶⁵⁰, todo ello unido a un avance de la edad ósea superior a 2 DE y a una velocidad de crecimiento mayor de 1 DE⁶⁵¹. [...] En los niños, lo que define la PPC es el aumento de volumen testicular, superior a 4 mL antes de los 9 años, acompañado del resto de las características que aparecen en el sexo femenino. Todo ello se debe a la activación prematura y secuencial del eje hipotálamo-hipofisario-gonadal”.⁶⁵²

“El proceso de la maduración sexual no es un acontecimiento aislado, sino que va acompañado de una serie de cambios físicos y psicológicos entre los que figuran los siguientes: aceleración del crecimiento longitudinal. Modificación de las relaciones segmentarias y de la composición de los tejidos. Crecimiento de las gónadas y genitales, con el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios. Cambios psicológicos y emocionales propios de los adolescentes.

Por tanto, todo proceso que altere la cronología o el mecanismo del desarrollo puberal, o ambos, podrá afectar a cualquiera de estos aspectos.

En el adelanto puberal existe una aceleración de la velocidad de crecimiento que, momentáneamente, sitúa al paciente en unos percentiles de talla por encima de su edad cronológica, pero la aceleración de la edad ósea es aún mayor, por lo que puede conducir a una progresiva modificación, en sentido negativo, del importante cociente edad talla/edad ósea y a una disminución de su talla adulta, sin que en ocasiones se pueda alcanzar el potencial de talla genético”.⁶⁵³

Más datos acerca de lo que la pubertad precoz supone los encontramos en las siguientes afirmaciones de Lidia Castro Feijoo y Manuel Pombo: “la aparición de signos puberales a una edad cronológica inferior a 2,5 desviaciones estándar por debajo de la media para una determinada población”⁶⁵⁴. “Además de un desarrollo sexual acelerado, se produce una maduración ósea y un crecimiento lineal muy rápidos, con un cierre precoz

⁶⁵⁰ Recordemos que la “telarquia” es el aumento mamario que se produce al inicio de la pubertad en las niñas.

⁶⁵¹ Es decir, la edad ósea sería mayor de lo que por edad cronológica sería oportuno, y la velocidad de crecimiento mayor de lo que tocaría.

⁶⁵² Manuel Pombo, *op. cit.*, p. 514.

⁶⁵³ *Idem.*

⁶⁵⁴ Cfr. Lidia Castro Feijoo / Manuel Pombo Arias, “Crecemento e desenvolvemento, puberdade temperá e tardía: repercusión biopsicosocial, alertas, estratexias de intervención”, *Revista Galega do Ensino* 40 (2003) 239-266.

de los cartílagos epifisiarios que conduce a una talla baja final”⁶⁵⁵.

Los estudios de investigación de estos autores refieren que es un fenómeno de presentación familiar, en ocasiones con antecedentes similares en un 1% para las niñas y un 5% para los niños, aunque de mayor incidencia en las primeras que en los segundos.

Se puede clasificar la pubertad precoz en tres grupos: la pubertad precoz central (PPC) (*Gonadotropin* dependiente o verdadera) cuando lo que se altera es el inicio puberal con una activación prematura y secuencial de todo el eje hipotálamo-hipofisario-gonadal; la periférica (PPP) (*Gonadotropin* independiente o pseudopubertad precoz), cuando existe una alteración en el mecanismo de desarrollo puberal independiente de dicho eje⁶⁵⁶; y la mixta o combinada⁶⁵⁷ (PPM), “cuando una PPP, mantenida mucho tiempo, es capaz de producir una impregnación esteroidea a nivel hipotalámico, poniendo en marcha el generador de pulsos de GnRH, el cual dará lugar a una PPC secundaria”⁶⁵⁸.

Estos estudios hacen referencia también a otras variaciones del desarrollo puberal, como la *telarquia prematura*, que haría referencia a un desarrollo mamario en las niñas anterior a los ocho años de edad; y la *adrenarquia prematura*, o aparición de vello púbico y en las axilas antes también de dicha edad⁶⁵⁹, aunque, a efectos de nuestro trabajo ya hemos comentado que la variación del desarrollo puberal que a nosotros nos interesa es la pubertad precoz central.

El desarrollo de la pubertad precoz puede tener serias consecuencias, a la luz de los diferentes estudios realizados, a nivel de adaptación psicosocial y afectiva. Los problemas asociados tendrían que ver con una imagen corporal negativa⁶⁶⁰, problemas conductuales y emocionales, siendo frecuente un aumento de la actividad y de la agresividad, así como de masturbaciones excesivas. El desarrollo psicosexual, sin embargo, se realiza conforme a su edad cronológica y su experiencia social, pero al semejar estos individuos mayores de lo que son, esto puede alterar las expectativas que

⁶⁵⁵ *Ibidem*, p. 252.

⁶⁵⁶ *Ibidem*, pp. 257-258.

⁶⁵⁷ Manuel Pombo, *op. cit.*, p. 507.

⁶⁵⁸ *Idem*.

⁶⁵⁹ Lidia Castro Feijoo / Manuel Pombo Arias, *op. cit.*, p. 258.

⁶⁶⁰ *Ibidem*, p. 257.

otras personas tengan de ellos⁶⁶¹.

También se debe distinguir entre pubertad precoz y pubertad adelantada. Se considera que la pubertad se ha adelantado cuando el inicio de los signos puberales tienen lugar entre los ocho y nueve años en las niñas y entre los nueve y diez en los varones. Esta situación no se considera patológica, pero, al igual que la pubertad precoz, puede producir problemas adaptativos y una menor talla final⁶⁶².

La pubertad precoz tiene tratamiento, y está encaminado a frenar esta maduración adelantada y acelerada hasta que la edad ósea, cronológica y la madurez psicológica son las adecuadas para instaurar la pubertad de nuevo. Es necesario implementar este tratamiento con un apoyo psicológico adecuado tanto para el paciente como para su familia⁶⁶³.

De los diferentes estudios que se han realizado en las últimas décadas, tanto en países como los EE.UU. o en otros de Europa como por ejemplo Francia, Italia, Grecia y también España, se concluye que “es evidente que estamos asistiendo a un adelanto en el inicio de la pubertad”, si bien no debe tenerse en cuenta exclusivamente el momento en que comienza sino como se va desarrollando⁶⁶⁴. Además, actualmente se mantiene la edad de 9 años como tope para considerar que la pubertad es precoz en el sexo masculino, al igual que hace más de tres décadas⁶⁶⁵.

Respecto a que factores pueden estar propiciando dicho adelanto, entre los que se barajan figuran los siguientes:

“1). Presencia de estrógenos en los productos cárnicos, causa no globalmente demostrada; 2). estrógenos en los productos cosméticos, hoy en día prácticamente desdeñable en productos manufacturados y

⁶⁶¹ *Ibidem*, p. 260.

⁶⁶² *Ibidem*, p. 257.

⁶⁶³ *Ibidem*, p. 262.

⁶⁶⁴ Manuel Pombo, *op. cit.*, p. 507. Como curiosidad, quisiera añadir unos datos que el autor presenta en relación a unas investigaciones con respecto a la aparición de la primera regla o menarquia. Sostiene que “un reciente análisis de NHANES en este sentido ha detectado una ligera disminución de la edad desde 1988 hasta 1994 (NHES), de 12.75 a los 12.54 años del periodo 1966-1970 (NHANES). Aunque esta diferencia es sólo de 2.5 meses en 20 años, si la tendencia continúa, al cabo de un siglo la edad de la menarquia habrá disminuido en un año”. Ver p. 506.

⁶⁶⁵ *Ibidem*, p. 507

controlados, aunque no en los de venta no controlada; 3). disruptores endocrinos medioambientales, especialmente en las pacientes inmigrantes adoptadas en países en vías de desarrollo que podrían haber estado expuestas a productos como los bifenilos policlorinados; 4). aumento secular de la obesidad, ya que es sabido que las niñas con sobrepeso tienden a madurar antes que las niñas con peso normal, y que las niñas delgadas maduran más tardíamente. [...] Las observaciones anteriores se refieren a pacientes del sexo femenino [...] Curiosamente, mientras que en las niñas la obesidad va acompañada de adelanto puberal, en los varones no sólo no es así, sino que en un 20% de los niños obesos la pubertad se retrasa. La razón de esta disomía sexual en los efectos del peso sobre el desarrollo puberal no está clara, pero podría deberse a que la leptina no actuase de manera similar en los dos sexos en cuanto a la progresión de la pubertad”.⁶⁶⁶

Otros estudios han dado cuenta de las implicaciones que algunos factores tienen en la incidencia, desarrollo o consecuencias de la pubertad precoz. Por ejemplo, en un estudio clínico comparativo llevado a cabo entre una muestra de la población de Barcelona anterior al año 1987 y otra del año 2004 en la misma ciudad, pudo observarse que “el brote de crecimiento puberal”⁶⁶⁷ se inició en este último año, tanto en la población masculina como femenina, un año antes, además de un incremento de la talla en ambos sexos y de peso en el masculino. La edad de aparición de la menarquia fue sin embargo similar a la de la población evaluada antes de 1987⁶⁶⁸.

En otro estudio realizado en la Unidad de Antropología de la Universidad Autónoma de Madrid por los investigadores Fernández Del Olmo y Prado Martínez, se ha encontrado que las nuevas condiciones socio-económicas en España están implicando modificaciones de aspectos biológicos tales como el tamaño o talla y un adelantamiento de la menarquia. En concreto, hallaron relación entre estos hechos y la nutrición y las condiciones de vida de dicha población⁶⁶⁹.

En otro estudio publicado en la Asociación Española de Pediatría realizado en el

⁶⁶⁶ *Ibidem*.

⁶⁶⁷ Alejandra Copil / Diego Yeste Fernández / Antonio Carrascosa Lezcano/ Miguel Gussinyé, “Aceleración secular del crecimiento, valores de peso, talla e índice de masa corporal en niños, adolescentes y adultos jóvenes de la población de Barcelona”, *Medicina clínica*, vol. 123, 12 (2004), p. 451.

⁶⁶⁸ Cfr. *ibidem*, pp. 445-451.

⁶⁶⁹ R. Fernández Del Olmo / C. Prado Martínez, “Cambio secular en crecimiento y ciclo reproductor femenino en la población madrileña en las últimas seis décadas”, *Antropo* 9 (2005) 77-88.

año 2008 sobre las variaciones fisiológicas normales del desarrollo puberal, los autores concluyeron que de las niñas observadas –todas sanas y de raza blanca– aquellas que maduraron de forma adelantada presentaron una talla menor tanto al inicio puberal, en la menarquia y dos años después de la misma con respecto a las otras niñas en los mismos acontecimientos puberales⁶⁷⁰.

Habrà que ver hasta qué punto otros factores de tipo ambiental, contextual y cultural no están influyendo también en el adelanto de la pubertad, como señalamos anteriormente.

⁶⁷⁰ Cfr. M. Marco Hernández / R. Benítez / I. Medranda / C. Pizarro / M. J. Méndez, “Variaciones fisiológicas normales del desarrollo puberal, edad del inicio puberal, edad de la menarquia y tall”, *Anales de Pediatría*, vol. 69, 2 (2008) 147-153.

CAPÍTULO 3

Nuevas consideraciones acerca de la adolescencia en la actualidad

En la actual consideración de la adolescencia han influido, sobre todo, dos cuestiones o causas que han provocado cambios en la manera de entender esta etapa vital. Por una parte, está la causa biológica –o anatómico-fisiológica– con respecto a los y las púberes, la denominada *pubertad precoz*, que ya hemos comentado; y por otro, una cuestión de índole cultural que tendría que ver con los cambios, tanto en la consideración, como en la valoración y comportamiento, que los adultos tenemos en relación a los y las adolescentes. Estas variaciones tienen que ver con el momento histórico y cultural actual. En este capítulo nos proponemos ver si estas novedades, fruto de la llamada postmodernidad, son también aplicables a la vida adolescente, y si es verdad que los y las adolescentes son postmodernos en función de su modo de pensar y de comportarse⁶⁷¹.

A su vez, el cambio llevado a cabo por parte de los adultos necesariamente provocará alteraciones en el modo de verse, valorarse y comportarse de los propios adolescentes. Así, sobre la cuestión de la adolescencia hoy en día podemos hablar de dos perspectivas diferenciadas: la del adulto y la del propio adolescente.

Es importante además tener en cuenta que la construcción de la identidad juvenil constituye un proceso de socialización, en el que, de un modo dinámico y constante, lo individual se acomoda a lo social. Así pues, la configuración de la identidad adolescente está necesariamente relacionada con los valores sociales en alza. El acuerdo sobre estos valores compartidos tanto por los y las adolescentes como por los adultos constituye el punto de partida desde el que se construye socialmente la idea de lo que supone ser adolescente hoy día, y dicha idea consolida lo que los propios adolescentes asumen que

⁶⁷¹ En principio podríamos pensar que si la vida de los adolescentes ha cambiado con respecto a épocas pasadas, debe haber cambiado también su forma de pensar, y si la vida, la cultura en la que están inmersos, de la que por tanto se nutren, es fruto de la Postmodernidad, ellos, parece razonable pensar que se comportarán como adolescentes postmodernos.

deben ser sus pautas de comportamiento por el mero hecho de estar en esta etapa de la vida⁶⁷². La importancia de los valores radica en que suponen la base sobre la que se fundamenta la socialización, al determinar que es lo que se considera normal y se espera de los miembros de dicha sociedad. La rapidez con la que se suceden los cambios en nuestra sociedad no facilita, ni la reflexión, ni la integración de tan veloces transformaciones sociales, y este hecho con seguridad tiene que estar repercutiendo en la transmisión de que es lo que esperamos de nuestros jóvenes y del lugar a ocupar en la sociedad. Por otro lado, debemos tener presente que los valores de los y las adolescentes son el fruto del contexto en que los adultos les hemos hecho crecer y, como veremos a continuación, a grandes rasgos los mismos valores que imperan en nuestra cultura.

En consonancia con los tiempos en que vivimos –cuestión que hemos analizado en la primera parte de nuestro trabajo– los valores que parecen ser dominantes en nuestra sociedad, tanto en adolescentes como en adultos –al menos a juzgar por los datos que aportan algunos estudios de hace unos pocos años⁶⁷³– tienen que ver con alcanzar un determinado nivel de bienestar individual que se centra sobre todo en lo material y lo económico. Con un presentismo hedonista marcado por la importancia dada al tiempo libre y al ocio, y por un interés tanto por la estética como por la sexualidad, siendo los la familia y las amistades los principales referentes afectivos. Los adolescentes también conceden elevada importancia a la salud, la vivienda, los estudios y la formación⁶⁷⁴. Por otra parte, valores que estarían en decadencia tendrían que ver con valores colectivos y de participación, así como referentes ideológicos y/o espirituales, como el altruismo, la solidaridad o la religión⁶⁷⁵ y la política⁶⁷⁶.

Estas coincidencias a grandes rasgos en valores entre adolescentes y adultos ponen de relieve varias cuestiones. Por un lado, la eficacia con que opera la socialización, así como el hecho de que es el conjunto de la sociedad el que perfila los valores relevantes

⁶⁷² Elena Rodríguez San Julián, *op. cit.*, pp. 55s.

⁶⁷³ *Ibidem*, p. 58. Como los de la Fundación de ayuda a la drogadicción (FAD) en el año 2010, o en las investigaciones anteriores de E. Megías y E. Rodríguez, en 2001, y de E. Megías y J. Elzo en 2009.

⁶⁷⁴ Pepa Cruz Cantero / Paloma Santiago Gordillo, *Juventud y entorno familiar*, Madrid, Instituto de la Juventud, 1999, p. 130.

⁶⁷⁵ Elena Rodríguez San Julián, *op. cit.*, p. 60.

⁶⁷⁶ Pepa Cruz Cantero / Paloma Santiago Gordillo, *op. cit.*, p. 130.

para la construcción vital y, por tanto, la identidad particular asociada a los mismos. Por otro, que las y los jóvenes parecen estar acomodados en un *modus vivendi* que no supone innovación alguna en lo que respecta a participación o reivindicación social⁶⁷⁷. Y finalmente, que la evolución de los valores en nuestra sociedad actual tiene mucho que ver con lo que tradicionalmente se ha considerado propio de los jóvenes y que ahora englobaría al resto de la colectividad social⁶⁷⁸. Podríamos pensar entonces que los valores preponderantes en nuestra cultura la han “adolescentizado”, lo que explicaría, al menos en parte, que la juventud no sintiera la necesidad de cambiar tal estado de cosas.

§1. La perspectiva del adulto

Esta nueva consideración y valoración de los adultos se refleja en un comportamiento inédito hacia los adolescentes. Algunos ejemplos podemos encontrarlos desde en el modo de dirigirse hacia ellos hasta en lo que ya no se les pide que hagan –trabajar, ayudar en las tareas de casa, obedecer, vestirse como niños y niñas...–; o en lo que se considera que sí pueden hacer, observándose una permisividad que antes no existía –por ejemplo, dejándoles salir hasta más tarde por la noche, o ir de viaje a otras ciudades o países, fumar, beber, etc.–; también en el uso que se hace de ellos para servir a los intereses del sistema –los adolescentes como potenciales consumidores– o servirse de su juventud como reclamo sexual, por ejemplo en los anuncios publicitarios.

Esta actual mirada del adulto sobre la adolescencia es la que construye al adolescente postmoderno, pero, ¿cómo lo hace? Para responder a esta pregunta necesitamos ver los cambios que se han operado en los tres ámbitos que conforman el ambiente en el que se desarrollan: el medio social, el doméstico y la escuela.

1. El contexto social

Con respecto al contexto social, son muchas las características que configuran nuestra sociedad postmoderna y que sin duda han supuesto grandes cambios y también dificultades en el transcurso de maduración de los jóvenes. El vivir en el aquí y ahora, el proceso de personalización –caracterizado por el individualismo y el hedonismo–, el

⁶⁷⁷ Tal vez habría que matizar esta idea teniendo en cuenta fenómenos tan recientes como el movimiento del 15-M o la Primavera árabe.

⁶⁷⁸ Pepa Cruz Cantero /Paloma Santiago Gordillo, *op. cit.*, p. 63.

consumo de masas, la influencia que los *mass media* ejercen sobre nosotros, con la publicidad y la moda marcando la dirección y el ritmo de dicho consumo, etc. No debemos olvidar el uso de las nuevas tecnologías, que tiene sus ventajas, pero también ciertos inconvenientes que entorpecen el proceso de desarrollo. Estrategias adaptativas como la indiferencia y el narcisismo, o procesos como la psicologización de la vida cotidiana, la importancia creciente del mundo de la imagen, del cuerpo y de la juventud entre otros, dificultan el contacto con la realidad, la maduración y operan también en detrimento de modelos más realistas, consistentes e ilustrados con respecto a lo que supone vivir.

Hemos cambiado la sociedad del conocimiento por la de la exposición, en la que es más importante el hecho de ser visto que de existir, en la que las personas y también las cosas, se revisten de un valor solamente cuando son vistas, esto es, han de *exponerse* para *ser*⁶⁷⁹. En palabras de Byung-Chul:

“En la sociedad expuesta, cada sujeto es su propio objeto de publicidad. Todo se mide en su valor de exposición. La sociedad expuesta es una sociedad pornográfica. Todo está vuelto hacia afuera, descubierto, despojado, desvestido y expuesto. El exceso de exposición hace de todo una mercancía, que “está entregado, desnudo, sin secreto, a la devoración inmediata”. La economía capitalista lo somete todo a la coacción de la exposición”.⁶⁸⁰

Esto quiere decir que ya no valemos por lo que sabemos —en el caso de los adultos, como depositarios de la experiencia y el conocimiento—, sino por lo que exhibimos, lo que tenemos y aparentamos. Este hecho dificulta la configuración de la identidad de los adolescentes, pues la reflexión y profundidad que se requiere para adquirir sabiduría, para saber, está siendo sustituida por el conocer, en esta sociedad de la hiperinformación e hipercomunicación, en la que la masa de datos e información crece hasta lo monstruoso⁶⁸¹. Cantidades enormes de información que acumulamos pero que difícilmente podemos digerir. Así las cosas, gestionar la vida de un modo adecuado,

⁶⁷⁹ Han Byung-Chul, *La sociedad de la transparencia*, pp. 25s.

⁶⁸⁰ *Ibidem*, p. 29. El párrafo entrecomillado dentro de la cita es, a su vez, una cita que hace el Byung-Chul al libro de Baudrillard, *Las estrategias fatales* (Barcelona, Anagrama, 1983, p. 58).

⁶⁸¹ *Ibidem*, p. 20.

reflexivo y ético, en definitiva, maduro, bajo estas condiciones es muy complicado, no sólo para los adolescentes, sino para toda la sociedad en general. Y es que el *ser* está siendo sustituido por el *tener* y por el *exhibir*, y esto inevitablemente acaba provocando una falta de sentido y una sensación de vacío interno.

Nuestra cultura hedonista, además, aviva el desarrollo de ambiciones desmesuradas, que al ser imposibles de realizar, provocan mucha ansiedad, incertidumbre, envidia e insatisfacción personal. Pues existe un contraste muy grande entre lo que nuestra sociedad postmoderna “promete” y las probabilidades reales de conseguir dichos logros. La sensación de vivir en un mundo lleno de aparentes posibilidades que parecen estar al alcance de cualquiera –que tenga dinero, por supuesto–, el hecho de formar parte de una cultura que legitima la afirmación de la identidad personal conforme a los valores de una sociedad personalizada en la que lo importante es “ser uno mismo”⁶⁸² y en la que todo el mundo tiene derecho a ser reconocido socialmente, sumado a que nuestra sociedad valora el éxito y la celebridad hasta el punto de existir una auténtica fascinación por el mundo de los famosos, que los medios de comunicación acaban convirtiendo inevitablemente en modelos sociales, todo ello fomenta, de modo encubierto, muchísima exigencia y frustración en los y las adolescentes, que aceptan peor la realidad, la intrascendencia y las exigencias propias de su vida cotidiana. Si a esto sumamos la educación permisiva característica de nuestros tiempos, que dificulta que el adolescente pueda interiorizar el concepto de autoridad asociado a la estructura familiar y a la figura del adulto, la consecuencia de todo este cúmulo de circunstancias es que éste, el adulto, deja de suponer un modelo social tan deseable y útil –en el sentido de adaptado a las exigencias y a los modelos sociales imperantes– como lo fue en otras épocas.

Podemos ver ciertos paralelismos entre lo que debió suponer la idea de la muerte de Dios introducida por Nietzsche para la sociedad de su época y la decadencia de la idea de la adultez en la actualidad. Remontémonos más atrás y pensemos, por ejemplo, en un individuo del medievo. El peso de la religión le harían verse como un pecador, como un ser lleno de defectos y carencias en relación al modelo, Dios. Lo deseable sería parecerse

⁶⁸² En la publicidad lo podemos ver muy bien. Recordemos el anuncio televisivo de una famosa marca de whisky, que intentaba acercar el producto al público joven sirviéndose de un eslogan en el que unían la marca de dicho producto a el lema “gente sin complejos”. O aquel otro en que una marca de cosméticos femeninos se publicita sirviéndose de un eslogan, repetido por diferentes modelos y actrices famosas, que dice “porque yo lo valgo”.

lo más posible a ese ideal. La filosofía de Nietzsche tuvo que suponer una gran perturbación en cuanto a la percepción que el sujeto tenía de sí mismo y del universo, el cambio fue radical. Los avances de la ciencia y la tecnología también supusieron una auténtica revolución en este mismo sentido. Al respecto de estos hechos resultan inspiradoras las siguientes palabras de Julian Barnes:

“Primero Nietzsche, después Nadar⁶⁸³. Dios ha muerto y ya no está para vernos. Así que tenemos que vernos nosotros y Nadar nos dio la distancia, la altura para hacerlo. Nos dio la distancia de Dios, la visión del ojo divino. Y la visión acabó (por el momento) con la salida de la tierra y esas fotografías tomadas desde la órbita lunar, en las que nuestro planeta parece más o menos como cualquier otro (excepto para un astrónomo): silencioso, rotatorio, hermoso, muerto, irrelevante. [...]

Cuando matamos –o exiliamos– a Dios, también nos dimos muerte. ¿Nos percatamos de ello suficientemente en su momento? Si no había Dios, no había vida de ultratumba”⁶⁸⁴.

La anterior reflexión nos lleva a pensar si dicha revolución intelectual y social, que conllevó el hecho de que Dios desapareciera de la vida de las personas, pues ya no servía ni como explicación ni como modelo, se reactualiza hoy en el hecho de que para el adolescente se está desdibujando la figura del adulto, pues no le sirve tampoco ni como explicación ni como modelo de vida. En vez de ser ahora un ideal al que aspirar, representa para él, bien un código de mandatos que no le interesa cumplir: esfuerzo, sacrificio, trabajo, posponer el placer inmediato, ahorro, responsabilidades, etc., bien una figura que ha sido despojada de autoridad y que lo deja solo en su trayectoria formativa. Y es que no sólo el adolescente percibe la confusión entre generaciones, es cada vez más

⁶⁸³ Nadar era el sobrenombre del famoso periodista, caricaturista, empresario, inventor, aeronauta y fotógrafo del siglo XIX Félix Tournachon. Retrató en sus fotografías a diferentes personalidades reseñables de la época –entre ellas estaban la famosa actriz Sarah Bernhardt, Charles Baudelaire, Victor Hugo o Julio Verne– también fue el primero que juntó la fotografía y la aeronáutica, lo que supuso la posibilidad de retratar el mundo desde una perspectiva totalmente novedosa. Esta nueva mirada sobre el mundo inevitablemente produjo cambios en la visión sobre nosotros mismos. Resulta interesante observar que, si la invención de fotografía supuso para el ser humano una auténtica revolución en cuanto a la posibilidad de retratar el mundo y a sí mismo desde un punto de vista espacio-temporal completamente nuevo, la fotografía de hoy, en la época de los *selfies*, de Facebook y del Photoshop, ha perdido gran parte de su antiguo valor, en el que el contenido temporal constituía una parte importante de su esencia, para convertirse ya no en un testimonio, sino en una mercancía cuyo valor es el de la exposición, el de la exhibición, como Byung-Chul refiere en su obra *La sociedad de la transparencia*.

⁶⁸⁴ Julián Barnes, *Niveles de vida*, Barcelona, Anagrama, 2014, pp. 105s.

habitual encontrar personas en la edad adulta que no quieren asumir, ni lo hacen, las responsabilidades propias de la adultez. Ellos también son, lo quieran o no, modelos para aquellos que tienen menos edad, modelos insuficientes que dan cuenta de un nuevo malestar en la juventud. Como podemos ver, el medio del que se nutren nuestros adolescentes no facilita el desarrollo a la edad adulta.

Pasemos ahora a analizar más detenidamente algunos aspectos ya comentados de la postmodernidad y veamos como afectan y determinan la configuración de la identidad, pues hemos de tener claro que no es el adolescente el que la construye activamente, si no que ésta se va constituyendo en el entorno en el que vive, con los elementos que se le ofrecen alrededor.

1. Consumo, moda y publicidad

El estilo de vida de nuestra sociedad consumista y capitalista gira en torno al dinero. Se trata de ganarlo para poder consumir y de consumir para hacérselo ganar a aquellos que ofrecen productos o servicios de consumo. Pero el comercio se ha pervertido y ese intercambio, antaño ventajoso para ambas partes de la transacción, hoy, quizás más que nunca, está regido por la codicia, la falta de ética y la irresponsabilidad. La gran aspiración del “marketing” consiste en “crear necesidades”, es decir, someter la demanda a la producción y no a la inversa. Para ello juegan un papel determinante tanto la publicidad como la moda.

A todos nos afecta esta cuestión en mayor o menor medida, pero los niños y los adolescentes son especialmente vulnerables. El tipo de moral centrada en el trabajo, la responsabilidad y el esfuerzo personal ha quedado empañada por el hedonismo extremo, la inmediatez y la insensatez. El adolescente postmoderno es especialmente incapaz de liberarse de las tiranías del consumo, víctima de la moda, las marcas, inmerso en una cultura del ocio, comprando compulsivamente entontecido por la publicidad. Posee los objetos pero estos de algún modo también lo poseen a él⁶⁸⁵,

“no es una identidad de sujeto que se enfrenta a los objetos apropiándose de ellos, es sólo un objeto más entre ellos y como no puede dominar ese proceso de insatisfacción permanente, su destino es

⁶⁸⁵ David P. Montesinos, *op. cit.*, pp. 71s.

quedar indefenso ante su futuro como trabajador”.⁶⁸⁶

La frágil identidad tanto del niño como del adolescente los convierte en los compradores más idóneos. Su influenciable autoestima, su impulso mimético y el miedo a quedar excluidos del grupo –sobre todo en el caso del adolescente– son causas psicológicas muy relacionadas con su necesidad de consumir⁶⁸⁷. Es razonable pensar que se haya visto en los y las jóvenes una fuente de dinero, ellos constituyen el cliente perfecto en esta fiebre mercantil que corroe a nuestra sociedad. No resulta extravagante pensar que es una posibilidad el que la cultura se haya *adolescentizado* con el fin de vender más. Es decir, si lo más importante para la sociedad actual es el dinero, el comercio, el hacer del sujeto un cliente y uno de los más sustanciosos es el adolescente, parece lógico pensar que esa sociedad que sólo vive para constituir clientes, también y como principales a los adolescentes, se *adolescentice* para poder hacerles más atractivo el producto. Así, resulta una hipótesis interesante el plantearse hasta qué punto el adolescente aparece en el siglo XX considerado como tal, si por un interés científico, filosófico, antropológico, como materia de estudio por el hecho de saber, o si el adolescente ha surgido como sujeto como consecuencia de su conversión en cliente. Es decir, ¿es una creación comercial o un objeto de estudio de los saberes?

Con respecto a la propaganda, se observará que, si bien ha funcionado desde que existe como forma de guerra ideológica, en la actualidad se utiliza –dado el poder que tiene de influir sobre las emociones– para introducir sibilinamente “ideologías del yo” que crean comportamientos y moldean la identidad. A través de los anuncios publicitarios, con recurrentes eslóganes televisivos⁶⁸⁸ como: “para gente como tú”, “tú, que eres exigente”, “tú, que sabes lo que te conviene”, “tú, que te cuidas”, “porque yo lo valgo”, o ese famosa marca asociada a la frase “yo no soy tonto”⁶⁸⁹, todos ellos utilizados por la

⁶⁸⁶ *Ibidem*, p. 72.

⁶⁸⁷ *Ibidem*, p. 70.

⁶⁸⁸ Que como apunta Paul Virilio, “la televisión se ha convertido en el medio publicitario por excelencia”. Paul Virilio, *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid, Editorial Cátedra, 1997, p. 49.

⁶⁸⁹ Resulta sorprendente comprobar cuan eficazmente se quedan grabados en la memoria tales eslóganes de modo casi subliminal. Eso me recuerda a las “himnopedias” con las que se condicionaba a los habitantes del mundo feliz que describía en su famosa novela Aldoux Huxley. Y resulta escalofriante la capacidad visionaria del autor para, ya en su tiempo, predecir hacia donde nos dirigíamos, al menos en algunos aspectos.

publicidad para vender sus productos mientras los asocian a valores como la eficacia, la inteligencia, la excelencia, la autonomía, la valía o la perspicacia necesaria para no dejarse engañar y manipular, cuando precisamente eso es lo que, evidentemente, hacen.

En relación a lo dicho anteriormente está la siguiente anécdota que contaremos a continuación. Tras observar varios escaparates de las tiendas de una determinada ciudad gallega, con mucha afluencia de turistas y gente joven⁶⁹⁰, pudimos observar los siguiente. Uno de dichos escaparates estaba plagado de objetos personalizados, es decir, en los que se podía poner la foto de uno mismo, de los hijos, la mascota o de la persona a quien se quisiera regalar. En el escaparate de otra tienda se exhibían figuritas en miniatura de personas reales, que tras escanear sus fotos en 3D se convertían en un pequeño muñeco de uno mismo. Eso sí que es postmoderno, las últimas o ya no tan últimas tecnologías, puestas al servicio del narcisismo más evidente.

Nos estamos convirtiendo en productos de consumo. No sólo hacemos propaganda de las marcas a las que enriquecemos, o de la ideología o estilo de vida que profesamos. No sólo somos “seres humanos-anuncio” hasta de nosotros mismos. Nos hemos convertido además en “sujetos-objeto”, en mercancía de y para nosotros mismos y para los demás. Si ya Carl Marx hablaba en el siglo XIX de que el ser humano se estaba reduciendo a mera fuerza de trabajo y esa fuerza en mercancía, y si eso lo consideraba alienante y desdeñable, el matiz ahora es que con gusto nos mostramos como un producto del mercado, nos gusta hacer publicidad de nosotros mismos. Y es que no se trata solamente de “tanto tienes, tanto vales”, en la actualidad el valor está en tener, o en su defecto, aparentar que se tiene, pero sobre todo en exhibir. Mostramos sin pudor, en escaparates como Facebook e incluso utilizándonos a nosotros mismos como escaparate, un narcisismo lleno de vacíos, basado fundamentalmente en la imagen y en la eterna juventud. Y cuando la lozanía pasa, lo que aparece es un decadente espectáculo de personas que semejan haber perdido su identidad, adquiriendo la apariencia de clones a imagen y semejanza de modelos instaurados por las modas de la cirugía plástica y de las celebridades de los *mass media*. Pero no se trata sólo de no aceptar el desgaste inherente a vivir, se trata también de que alguna parte de nosotros mismos no madure jamás ni acepte el destino de todo ser humano –cuestión que viene gestándose ya desde que en el siglo

⁶⁹⁰ Nos referimos a la entrada del casco viejo de Santiago de Compostela, zona especialmente transitada.

XIX las narrativas del progreso provocaran un cambio en la manera de entender el trascurso vital y la esperanza de la vida después de la muerte fuera reemplazada por la fe de que la muerte puede ser derrotada⁶⁹¹—, el destino, decíamos, de adaptarse a las exigencias de la vida, de madurar, que supone entender que, en la vida, para poder ganar hay que saber perder, y esto incluye el aceptar el paso del tiempo, esto es, envejecer y hasta la fecha, morir.

2. Nuevas tecnologías y sociedad virtual

Las nuevas tecnologías no son ajenas a esta situación, además tienen un papel fundamental en la constitución de la identidad de los y las adolescentes de hoy en día, que no pueden concebir como era el mundo antes de que se rigiera por el universo de la electrónica.

La sociedad evoluciona a una velocidad de vértigo y las nuevas tecnologías también. Han cambiado el mundo en que vivimos hasta unos límites difíciles de precisar. Los avances cibernéticos⁶⁹² han mudado los sistemas organizativos, las formas del trabajo, del ocio, los modos de relacionarnos, los hábitos de consumo, los modelos de comunicación, hasta el modo en que recibimos y procesamos la información. Su potencial transformador ha demostrado ser enorme⁶⁹³. Por poner un ejemplo, el imperio de las redes sociales, a través de sus múltiples extensiones: *hardware* (los móviles, tablets, ipods, portátiles, videoconsolas...) y *software* (Facebook, Tuenti, Orkut, Myspace, Twitter, blogs...), contaba en el año 2012 con 400 millones de usuarios en todo el planeta, cifra que suponemos habrá aumentado significativamente en los últimos años⁶⁹⁴.

En la actualidad cada vez se hacen más frecuentes escenas que reflejan la progresiva destrucción de las clásicas comunicaciones humanas y la mercantilización de

⁶⁹¹ Jill Lepore, “American Chronicles, Twilight, Growing Old and Even Older”, *The New Yorker*, 14/03/2011, p. 33.

⁶⁹² Paul Virilio, *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 34. El autor da una definición de la palabra “cibernética”, que procede del griego “kubernana”, significa dirigir y hace alusión a procesos de mando y comunicación entre los seres humanos y las máquinas.

⁶⁹³ David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 123.

⁶⁹⁴ Jorge García Marín, *Postmodernidade e novas redes sociais*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, 2012, p. 11.

los sentimientos y las emociones, tan importantes éstas además en la etapa de la adolescencia⁶⁹⁵. Resultan tan inquietantes como provocadoras las reflexiones que el pensador Paul Virilio hace sobre las modificaciones que las nuevas tecnologías han introducido en nuestras vidas. Sobre ellas dice que nos han proporcionado cualidades antes atribuidas a los dioses: la ubicuidad, la instantaneidad y la inmediatez. También la visión total y el poder absoluto, por lo que nos enfrentan al problema de una democracia que queda en entredicho⁶⁹⁶.

Acerca de como Internet⁶⁹⁷ y el mundo virtual pueden estar afectándonos, en especial a nuestros jóvenes, el autor refiere que lo que se cuestiona tras el problema del espacio virtual es la pérdida de la ciudad real, el lugar del cuerpo social –y, añadimos, el lugar del cuerpo a nivel individual también. Tanto las telecomunicaciones como Internet desarrollan un espejismo urbano virtual donde el espacio público ha cedido definitivamente el lugar a la imagen pública⁶⁹⁸,

“y la propaganda hecha en torno a Internet y las autopistas electrónicas tiende a urbanizar el tiempo real en el momento en que se desurbaniza el espacio real [...]

Vemos que la pérdida del cuerpo propio conlleva la pérdida del cuerpo del otro, en beneficio de un espectro del que está lejos, del que está en el espacio virtual de Internet o en el tragaluz que es la televisión⁶⁹⁹”.

En este fin de la presencia física y en esta falta del contacto epidémico, real, en beneficio de una presencia inmaterial, en esta pérdida del cuerpo propio –ese cuerpo situado en el espacio y el tiempo– se pierde también inevitablemente la mente⁷⁰⁰. Y el

⁶⁹⁵ *Ibidem*, p. 13.

⁶⁹⁶ Paul Virilio, *op. cit.*, pp. 19s. Al respecto resulta apabullante el éxito que han tenido programas como “Gran hermano”, *reality* televisivo en el que los participantes son filmados las veinticuatro horas del día en el recinto en el que están confinados mientras su convivencia es retransmitida en directo. Esta idea ya aparece en la literatura de ciencia ficción, por ejemplo en la novela de Philip K. Dick *Time Out of Joint* (1959), que inspiró, en el año 1998, la película *The Truman show*.

⁶⁹⁷ *Ibidem*, p. 38. Virilio hace hincapié en los orígenes militares de Internet. La militarización de la información junto con la de la ciencia las considera un fenómeno de totalitarismo sin precedentes hasta la fecha.

⁶⁹⁸ *Ibidem*, p. 48.

⁶⁹⁹ *Idem*.

⁷⁰⁰ Al respecto de esta cuestión resulta muy interesante la película de Spike Jonze titulada *Her*, estrenada en

espacio público queda reemplazado por la imagen pública. Paul Virilio se pregunta, y nosotros también, ¿es posible la ciudad virtual? ¿qué pasará si finalmente acabamos prefiriendo al “lejano”, a ese que no hace ruido, no huele, no exige, en definitiva, no molesta? Según Virilio, destruiremos la ciudad, el derecho a la misma⁷⁰¹.

“No podemos perder indefinidamente la relación con el cuerpo, es decir, la corporeidad física, por no decir la fisiológica, y no podemos permitirnos perder la relación del cuerpo con el mundo por culpa de la retransmisión. Creo que hemos llegado a un límite. Pienso que la puesta

el año 2013, en la que el director propone una situación que va más allá de lo que Virilio plantea, ya no sólo se trata de preferir al lejano, al que no podemos ver y que, a pesar de ser un ser humano real, la relación que se establece es virtual. En dicha película, ambientada en un futuro cercano, el protagonista, un hombre solitario, adquiere un sistema operativo informático diseñado para satisfacer todas las necesidades del usuario y, para su sorpresa, acaba enamorándose de Samantha, la voz femenina de tal sistema operativo. En relación a como las nuevas tecnologías y el tipo de sociedades que hemos creado condicionan, cambian nuestros modos de relación, podemos ver como incluso están cambiando por objetos a los sujetos con los que relacionarse. Recuerdo un impactante y sobrecogedor documental que se emitió en la TVE2 hace unos años en el que entrevistaban a peculiares hombres japoneses que preferían establecer “relaciones” con muñecas –cuyo tamaño y formato simulaba a una mujer real– que con mujeres. Uno de los entrevistados contaba como tenía varias, a las que compraba ropa y vestía para la ocasión. Algunas veces sacaba a cenar o de pic-nic a una y cuando se cansaba de ésta la cambiaba por otra. También tenían sexo con ellas, pues estaban preparadas para dicha función. A otro de los entrevistados, cuando le preguntaban por qué prefería a muñecas que a mujeres reales, decía que era mucho más fácil la convivencia con aquellas que con éstas, las mujeres de verdad. El futuro no tan lejano –en el que se contextualiza por ejemplo la historia de la película anteriormente citada– parece que en algunos lugares ya está aquí. *Lars and the real girl*, de Craig Gillespie, estrenada en el 2007 es otra película que habla de las cuestiones a las que estamos haciendo referencia, en concreto a el establecimiento de relaciones con muñecas sexuales. En relación con los dos ejemplos expuestos están los avances que se están dando en robótica. Un artículo publicado en el diario *La voz de Galicia* el 17 de junio de 2014 titulado “*El valle inquietante de los robots*” (p. 56) planteaba como la creciente semejanza entre seres humanos y andróides estaba empezando a plantear problemas éticos y morales. El desarrollo de los robots lo está cambiando todo y no estamos sino en los inicios de tal revolución.

Otro no menos sorprendente caso que los anteriormente expuestos podemos escucharlo en el programa de RNE.es A la carta, titulado: “InquietaMENTE –Eyeborg–” del 11/05/15, en el que el propio investigador y artista Neil Harbisson cuenta que lleva implantado un ojo artificial –un *eyeborg*– en su cráneo que, a su vez, está conectado a internet. Este ojo cibernético traduce los colores en tonos musicales, lo que le ha permitido superar su acromatopsia –la imposibilidad de distinguir colores– además de permitirle crear un tipo de arte, los conciertos “sonocromatopsicos”. Él dice que su cerebro ha creado un nuevo sentido. Ésta es otra noticia que pone de relieve como la unión entre humanos y tecnología ya no es ciencia ficción. Además, ha creado la fundación Cyborg, cuyos objetivos, según refiere, son: el ayudar a los humanos a crear nuevas percepciones y sentidos incorporando tecnología en el cuerpo; promover el cyborgismo como movimiento artístico; y defender los derechos de los cyborgs, pues la Bioética aún no acepta esta nueva situación. También dice que ser cyborg –recordemos que el término hace referencia a la unión entre la cibernética y un organismo– es una sensación, es, según apunta, sentirse tecnología.

Si toda esta reflexión surge a partir de la idea de Virilio de que en la pérdida del propio cuerpo se pierde también la mente, cabe preguntarse hasta que punto se pierde también la humanidad, aquello que nos hace animales humanos, y por tanto abre la incógnita de en qué nos estamos convirtiendo y cuál es nuestro destino como especie.

⁷⁰¹ Cfr. Paul Virilio, *op. cit.*, pp. 43-46.

en práctica de la velocidad absoluta nos encierra infinitamente en el mundo. El mundo se empequeñece y empieza a surgir una sensación de encarcelamiento que los jóvenes quizá no perciban todavía [...]. Cuando tengamos todas las interactividades que queramos [...] la sensación de estrechez del mundo se hará rápidamente insoportable. Habremos perdido la grandiosidad de la naturaleza. Al igual que existe una contaminación de la naturaleza existe una contaminación de las dimensiones reales [...]. La cuestión que se plantea es la de reencontrar el contacto [...]. Una vuelta a la física, a la materia”.

“Las autopistas, vías férreas, vías aéreas han colonizado, organizado el cuerpo territorial. Hoy en día, el amenazado por la colonización de las micromáquinas es el cuerpo animal”.

“Tras la globalización se prepara algo que Foucault analizó para el siglo XVIII: el gran confinamiento. La libertad de movimiento está amenazada por causa de la rapidez y la inanidad de todo movimiento [...]. Lo dramático de este confinamiento es que la juventud ya no puede conquistar el mundo. Ésta nacerá en un mundo encerrado que representa una amenaza inaudita”⁷⁰².

Para Virilio, estamos amenazados por la cibernética social, por las telecomunicaciones, Internet y por la automatización de la interactividad. La aceleración de las informaciones y la pérdida del espacio real –reflejada ya en la conquista del espacio exterior– requiere, según su visión, una política que regule esta contaminación de las distancias tan invisible como imperceptible⁷⁰³.

Si llevamos esta cuestión al ámbito de la conformación de la identidad, teniendo en cuenta que nuestro yo se conforma a partir de la adaptación al medio, debemos contemplar el hecho de que vivimos en una sociedad sin cuerpos que son las redes informáticas y esta situación ha favorecido la aparición de nuevas identidades, las virtuales, que se mueven en el campo de la subjetividad a partir de las tecnologías digitales de la información. No debemos olvidarnos de como además los avances tecnológicos están afectando y, cada vez lo harán más, a nuestras identidades biológicas⁷⁰⁴. Desde las prótesis de todo tipo y función al desarrollo de la nanotecnología, las transformaciones a las que nuestro cuerpo físico se verá sometido son inimaginables.

Entonces, ¿de qué manera la red ha ido formando parte de la vida de las personas?

⁷⁰² *Ibidem*, pp. 49-60.

⁷⁰³ *Ibidem*, p. 62.

⁷⁰⁴ David Rieff, *op. cit.*, 44.

¿hasta qué punto ha ido configurando parte de su identidad? Contemplando la identidad como “una construcción de identidades, donde múltiples factores (como actividades, experiencias, organizaciones sociales, representaciones culturales históricamente específicas) se combinan para que el individuo (o colectivos) le de sentido”⁷⁰⁵, podríamos considerar la identidad virtual como una de esas identidades que conforman al sujeto, a ese ser plural. Pero, ¿podemos considerar dicha identidad virtual como una identidad? Desde luego podemos establecer paralelismos entre la vida real y la virtual que implican modelos comunes de identidad en el individuo⁷⁰⁶ y la pertenencia a una red social virtual comparte ciertas similitudes con el hecho de pertenecer a una real. Desde el hecho de desempeñar un determinado rol, el reconocer unos determinados símbolos y códigos y compartirlos, el usar un lenguaje propio que hace que los usuarios puedan entenderse como iguales, hasta el sentirse parte de dicha red y desarrollar por tanto un sentido de lealtad a la misma, son factores que configuran la identidad y que comparten tanto las comunidades sociales como las virtuales. Así, del mismo modo que las relaciones sociales en el medio en el que vivimos configuran, tanto consciente como inconscientemente nuestra identidad, otro tanto podemos pensar que ocurre con las comunidades virtuales, y en este sentido, hablar de identidad virtual. Además, en ella convergen tanto fenómenos de identidad individual como de identidad colectiva, de semejanza con el grupo⁷⁰⁷.

En este sentido, debemos tener presente que la red es un espacio en el que la cercanía digital presenta al que participa tan sólo aquellas secciones del mundo que le gustan. Es un lugar donde podemos optar por encontrarnos sólo a nosotros mismos y a nuestros semejantes. Este *espacio cercano* “desintegra la esfera pública, la conciencia pública, *crítica*, y privatiza el mundo. La red se transforma en una esfera íntima, o en una zona de bienestar”⁷⁰⁸. Y, como dicen Eloy Portillo y Juan Hartza en relación a esa identidad individual virtual encontrada a través del ordenador personal,

⁷⁰⁵ Beatriz Muros, “El concepto de identidad en el mundo virtual: el yo online”, *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, vol.14, 2 (2011), p. 50.

⁷⁰⁶ *Ibidem*, p. 52.

⁷⁰⁷ Cfr. *ibidem*, pp. 51 y 53.

⁷⁰⁸ Han Byung-Chul, *La sociedad de la transparencia*, pp. 68s.

“hay quien encuentra su *partenaire* ideal en el ordenador: un *partenaire* sumiso, que siempre obedece y que no engaña. Se busca una identidad que no esconda nada, igual a sí misma”.⁷⁰⁹

Es decir, la red ofrece posibilidades a las y a los adolescentes que pueden suponer ventajas en lo que a adquisición de información, comunicación y ocio se refiere, pero también tiene inconvenientes y supone riesgos, tanto para su socialización como para la asunción de un buen principio de realidad y para la configuración de su identidad.

Cuando el ordenador se utiliza para comunicarse con otras personas, es decir, cuando se conecta a una red informática, en el otro lado hay un individuo que no se puede alcanzar y que puede asumir tantas identidades como su imaginación le permita. Así, a través de la red los sujetos pueden fácilmente inventar identidades⁷¹⁰. En este sentido, los y las adolescentes, a través de Internet y también de los videojuegos, tienen la posibilidad de jugar con la identidad, de experimentar con la misma. Esto tiene su parte positiva, pues les permite ejercitarse en la búsqueda de su propia identidad mediante estos juegos “camaleónicos” en los que asume identidades atractivas y se evade de sus propios complejos y esto puede resultar muy enriquecedor, pero también tiene sus riesgos, pues en personas no suficientemente bien socializadas y con una ideología del yo indeseada o en situación de vacío identitario, pueden acabar asumiendo “carcasas” prestadas, inventadas, de quien les gustaría ser y si no pueden serlo íntegramente, al menos parecerlo –siendo la apariencia además tan importante en la adolescencia–, pues “en la red no existe original y la copia es indistinguible”⁷¹¹. Es decir, el peligro es acabar instalándose, asumiendo como real, esa identidad virtual, constituida a la medida de los deseos de cada cual, a la vez que se carece de la capacidad de gestionar las limitaciones y frustraciones inherentes a la realidad. Y aún en el caso de que el sujeto sólo se apropie de identidades imaginarias por momentos, quizá no sean tan efímeras como podamos pensar y permanezcan durante más tiempo que el que el ordenador está encendido, pues, ¿hasta qué punto estos episodios de “ilusiones biográficas” no acaban formando parte de nuestra vida, de nuestra historia personal si se siente tal vida virtual como propia?

⁷⁰⁹ Eloy Portillo / Juan Hartza, “Los sujetos ante el mundo digital”, *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* 23 (1995), p. 21.

⁷¹⁰ *Idem.*

⁷¹¹ *Ibidem*, p. 25.

Alimentar la fantasía de ser aquello que no llegaremos a ser nunca implica el riesgo de eludir la frustración inherente a todo proceso de maduración personal y dificulta el hecho de tener que aceptar que hay límites, que no todo es posible, al menos en el mundo real, ese del que no podemos “desenchufarnos” a no ser a riesgo de alienarnos del entorno, y lo que es aún más peligroso, de nosotros mismos, que somos nuestra realidad más inmediata y constante. Un mal uso del mundo virtual entraña estos peligros en lo que a la construcción de la identidad se refiere, por lo que debemos tenerlo muy en cuenta a la hora de educar a los y las adolescentes en el manejo de dichas tecnologías, pues el riesgo en ellos es mayor que en el adulto.

Volviendo a la cuestión de la que partíamos cuando iniciamos esta disertación sobre la identidad virtual en esta sociedad sin cuerpos que suponen las redes informáticas es la cuestión del cuerpo, o más bien de la ausencia del mismo. Entendiendo la corporeidad como el lugar en donde se encarnan dejando su huella física las experiencias vitales que van conformando nuestra particular identidad, ¿qué ocurre cuando ese cuerpo desaparece o se convierte en un cuerpo virtual, hecho a la medida de los deseos y caprichos de cada cual pero en donde lo epidérmico, lo propiamente humano, falta? Porque si podemos considerar el cuerpo como “el corazón de la identidad”⁷¹², el lugar físico que proporciona un sentido de permanencia y estabilidad en el proceso siempre cambiante que supone la configuración de la identidad⁷¹³, el hecho de que el mundo virtual implique la pérdida del mismo tiene que afectar necesariamente a la conformación de la misma.

Otra de las consecuencias de esta “fractalidad” de identidades virtuales característica de la sociedad postindustrial es, en palabras de los autores Portillo y Hatzá, que

“lo que en un principio se nos presentaba como una aldea global se puede acabar convirtiendo en archipiélago con millones de islas. Se puede viajar, pero hay demasiadas islas y tan diferentes entre sí que es difícil juntar gente suficiente para cambiar algo de importancia”.⁷¹⁴

⁷¹² *Ibidem*, p. 54.

⁷¹³ *Idem*.

⁷¹⁴ *Ibidem*, pp. 22s.

Vemos como las consecuencias de la identidad virtual tienen un alcance individual pero también social, incluso político, por lo que la importancia del tema trasciende hasta cuestiones de índole sociológica.

Uno de los objetos tecnológicos que propicia todos estos procesos que estamos comentando y que se ha hecho un hueco en la vida de los y las adolescentes en muy pocos años, convirtiéndose en un elemento tan imprescindible como conformador de su identidad, expandiéndola y completándola, es el teléfono móvil.

El móvil se ha convertido en un objeto de mucho valor en nuestra sociedad. Sus muchas aplicaciones en desarrollo constante lo convierten en un objeto “multiusos” que permite casi “tener el mundo en la palma de la mano”, pues no sólo sirve para comunicarse con otras personas, sino para acceder a todo tipo de información o establecer redes sociales desde que han incorporado la conexión a internet. También se usan como cámara fotográfica, de video, como videojuego de bolsillo, etc. No es de extrañar que para los adolescentes, ávidos de relaciones sociales y vínculos emocionales con un grupo de iguales, sea un objeto de sumo valor e importancia para poder estar sintonizados y conectados con su entorno.

La autora Amparo Lasén Díaz considera los teléfonos móviles como parte de la red de materiales con los que interactuamos. Objetos que, junto con otros materiales, individuos, colectivos e instituciones, forman parte del entramado dentro del cual se configuran las subjetividades⁷¹⁵ e identificaciones sociales, procesos éstos en constante transformación e interrelación con el medio. También las tecnologías como la radio, la televisión, los *blogs*, la participación en *chats* y los correos electrónicos, por mencionar unas cuantas, al formar parte de esta red, estarían configurando también las subjetividades contemporáneas.

⁷¹⁵ Al hablar de subjetividades, la autora hace referencia al significado que da Foucault de *subjetivación*, entendida ésta como “la manera en que el ser humano se convierte a sí mismo en sujeto” (Foucault, 1980, 208); así, prosigue, “la subjetivación sería “el proceso de relacionarse con uno mismo y de darle forma al yo a través de prácticas sociales, disciplinas, intercambios, comunicaciones, relaciones interpersonales y relaciones de poder que involucran a individuos, grupos, instituciones y el medio material y mediático. (...) Así, el término “sujeto” tiene un doble significado: sujeto a otros por control o dependencia y sujeto en tanto que constreñido a la propia identidad, a la conciencia del propio autoconocimiento (Foucault, 1982). Ambos sentidos sugieren una forma de poder que subyuga y constituye al sujeto”. Citado en Amparo Lasén Díaz, “Tecnologías afectivas: de como los teléfonos móviles participan en la constitución de subjetividades e identidades”, en Gabriel Gatti Casal de Rey / Iñaki Martínez de Albéniz / Benjamín Tejerina, *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*, Leioa, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2009, p. 217.

Habla de ellos en términos de *tecnología afectiva*, esto es, “artefactos que mediatizan la expresión, la experiencia y comunicación de sentimientos y emociones”⁷¹⁶. Además, considera que dicho artefacto tecnológico contribuye a configurar la subjetividad e identidad de los que lo usan y poseen. Al mismo tiempo, las subjetividades e identidades de los que los usan contribuyen a constituir los particulares usos del móvil. Es un objeto que condiciona la constitución, duración y devenir de las relaciones, vínculos, prácticas, subjetividades e identidades de los adolescentes de hoy⁷¹⁷.

La autora considera importante tener en cuenta el modo en como los artefactos tecnológicos afectan a los cuerpos y y extienden su mundo. El cuerpo –al que le dedicaremos un apartado específico más adelante– es el modo en que aprendemos y somos sensibles a la materialidad del mundo, materialidad que abre, a su vez, nuevas perspectivas y posibilidades perceptivas. Los teléfonos móviles actúan como extensiones del cuerpo y crean además gestos, posturas y hábitos.

En el sentido de tecnología de los afectos, es un aparato que facilita el compartir una amplia gama de emociones –importantísimas, como ya hemos comentado, en la adolescencia– y esto es crucial para crear y mantener vínculos sociales. El hecho de que facilite también el estar accesible, conectado⁷¹⁸ a los demás, es una gran motivación para hacerse con uno. Su uso mueve emociones que van desde el deseo –de comunicarse con otros o por el propio objeto en cuestión–, necesidad –del artefacto para organizar el día a día–, ansiedad –ante la ausencia de llamadas y mensajes, por ejemplo. Los móviles permiten además expresar emociones y también controlarlas, pues nos dan la opción de elegir el canal de comunicación más adecuado a nuestras necesidades anímicas, pudiendo revelar o no las emociones que sentimos en función de si nos comunicamos por escrito u oralmente, por ejemplo⁷¹⁹. No es de extrañar que el teléfono móvil sea un artefacto que haya encajado tan bien en el mundo adolescente, siendo las emociones tan importantes durante este periodo vital.

⁷¹⁶ *Ibidem*, p. 219.

⁷¹⁷ *Ibidem*, p. 216.

⁷¹⁸ No en vano el eslogan de una famosa marca de teléfonos móviles es “*conecting people*”.

⁷¹⁹ Amparo Lasén Díaz, “Tecnologías afectivas: de como los teléfonos móviles participan en la constitución de subjetividades e identidades”, pp. 226s y 241s.

Vemos así como el móvil, denominado así por su movilidad, moviliza además cuerpos, emociones, afectos y crea ocasiones para el intercambio y el contacto entre las personas –aunque paradójicamente también las entorpece, al ofrecer al mismo tiempo la posibilidad de sustituir el contacto real por la interacción virtual–, pero también fomenta la vigilancia. El apego y la dependencia a este aparato tienen que ver con la posibilidad de contacto que ofrece, con los seres queridos y, en definitiva, con el mundo. Constituye también un almacén de recuerdos, en forma de fotos, vídeos, mensajes, etc., y materializa además la presencia virtual de amigos y seres queridos en nuestras vidas a través de Internet. Por todo ello constituye un objeto implicado en la formación de subjetividades⁷²⁰.

Con respecto al uso y abuso de las tecnologías por los adolescentes, a pesar de que los medios de comunicación en ocasiones den noticias al respecto que hagan saltar las alarmas, resultan interesantes los resultados que la investigadora Gloria Garrote, del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Burgos, defiende en su tesis doctoral. Según los mismos, son pocos los adolescentes que utilizan las tecnologías de un modo “adictivo”, y los que así lo hacen presentan unos rasgos de vulnerabilidad psicológica asociada a una alta impulsividad y desinhibición. Refiere que también es importante el contexto familiar, así, un exceso de crítica por parte de los padres y las quejas constantes promueven el uso abusivo de las tecnologías. Además, los jóvenes que abusan de los soportes tecnológicos, parece que también son más proclives a abusar de otras cosas, como el alcohol, según la tesis de esta autora. Es decir, presentarían un perfil “multiabuso”. Con respecto al rendimiento escolar, entre el 10 y el 20 por ciento de los participantes en el estudio comentaron que el uso de las nuevas tecnologías incidía negativamente en el mismo⁷²¹.

En relación a como los móviles han cambiado la forma de interactuar de los jóvenes y adolescentes de hoy en día y contradiciendo, al menos en apariencia, la información a la que acabamos de hacer referencia acerca del uso y abuso de estos

⁷²⁰ *Ibidem*, p. 243.

⁷²¹ Es una de las informaciones extraídas de la investigación doctoral de Gloria Garrote tal como se indica en el artículo de prensa que recoge los resultados de esta investigación: “La mayoría de los adolescentes no son adictos a las tecnologías”, *El Norte de Castilla.es*, 26/09/2013.

aparatos, resulta interesante un artículo publicado en XL Semanal ABC⁷²² en el que se dice que “los jóvenes viven en la Red. Si tienen entre 8 y 18 años, lo más probable es que pasen hasta siete horas conectados⁷²³”. Según afirman en dicho artículo, el móvil es el aparato tecnológico máspreciado por los y las adolescentes. Ni la televisión ni los ordenadores lo superan. Lo hacen todo a través del teléfono, desde chatear, fotografiarse, hacer amigos, ligar, hasta pornografía on-line⁷²⁴. Twitter, Instagram, Snapchat o WhatsApp –entre otras– son algunas de las aplicaciones que más usan, su territorio, en donde los padres no pueden entrar. Parece ser ésta la cultura de los más jóvenes hoy, hasta hay un término para denominar el “miedo a perderse algo” si se dejan el móvil en casa, es lo que los expertos han bautizado como FOMO (acrónimo de *fear of missing out*). La posibilidad de llevar un universo virtual guardado en el bolsillo ha dado lugar a muchos cambios, se ha perdido intimidad⁷²⁵, también libertad, pero resulta más fácil relacionarse, aunque la calidad de las relaciones se esté viendo afectada⁷²⁶.

El acceso a Internet y a las redes sociales también se ha hecho imprescindible en las vidas de los adolescentes. Además de servir a fines lúdicos facilitan las relaciones interpersonales, tan importantes en esta edad. Para Mariano Chóliz y Clara Marco las nuevas tecnologías cubren necesidades psicológicas básicas en los y las adolescentes, tales como la curiosidad, el escapar de situaciones desagradables, el hacerse visibles, el reafirmar su identidad, mostrar su conformidad o su estatus ante el grupo, divertirse y estar conectados –que no en contacto real– y comunicarse con los amigos⁷²⁷. Además, la

⁷²² Daniel Méndez, “Ligue, peligros & redes sociales”, *ABC Semanal*, 2/02/2014, pp. 16-23.

⁷²³ *Ibidem*, p.18.

⁷²⁴ Algunas de las aplicaciones que los adolescentes utilizan para enviar fotos comprometidas, ligar o con intención sexual son Snapchat, Chatroulette, Tinder, “Sexting” y Mylol.

⁷²⁵ La sensación engañosa de anonimato que dan las nuevas tecnologías y la impulsividad propia del adolescente son hechos que facilitan que se cuelguen cosas en la red que dejan una huella permanente y de las que muchas veces, después se arrepienten, lo que supone, no pocas veces, un serio problema.

⁷²⁶ Algunas de las consecuencias que empiezan a ponerse de manifiesto con esta nueva manera de relacionarse son la dificultad para establecer relaciones emocionalmente íntimas, la familiaridad con el porno duro y degradante a edades muy tempranas, el aceleramiento de las primeras relaciones sexuales, puesto que los preliminares ya ocurren a través de Internet. Éstas son algunas cuestiones que apuntan a que el mundo virtual está transformando tanto el modo como la intensidad, la calidad y también la velocidad –por comentar algunas características– en y a la que los jóvenes se relacionan.

⁷²⁷ Cfr. Mariano Chóliz / Clara Marco, *Adicción a Internet y redes sociales*, Madrid, Alianza, 2012, pp. 13

relación que favorecen por ejemplo los *chats* es más fluida y genera menos ansiedad que el cara a cara de la vida real, lo que ayuda a superar el miedo al ridículo y la vergüenza en los más tímidos⁷²⁸.

El uso de Internet afecta a los jóvenes tanto positivamente como negativamente. Es indudable que amplía su círculo de amistades y que potencia sus habilidades sociales y afectivas, pero el uso inapropiado y excesivo de la Red puede tener efectos nocivos. Desde provocarles problemas relacionados con un uso inadecuado de la misma –como por ejemplo aquellos que tienen que ver con respecto al manejo de la información que ofrecen acerca de su vida privada e íntima⁷²⁹–, también el alterar las relaciones sociales, en concreto las familiares, perturbar patrones de higiene y salud como el sueño y la alimentación, hasta disminuir el tiempo que se dedica a tareas igualmente importantes, como las escolares o el contacto necesario con el mundo que no es virtual⁷³⁰. Así, ha aparecido un nuevo tipo de adicción, la tecnológica, que afecta especialmente a los y las adolescentes, especialmente vulnerables a los trastornos adictivos⁷³¹ en esta etapa del desarrollo evolutivo y porque, a estas edades, existe un menor control paterno que durante la infancia, además de una menor exigencia laboral que durante la juventud o la adultez, cuestiones éstas últimas que fomentan el abuso⁷³².

El hecho de que las TIC se hayan convertido en un gran negocio en nuestro globalizado mundo y la adolescencia en una franja de edad que proporciona jugosos clientes, hace que la presión comercial y también social para su consumo agrave el problema de la dependencia a las mismas⁷³³. De una relación sujeto-objeto estamos pasando a un relación objeto-sujeto en la que es el aparato tecnológico el que domina la

y 31-33.

⁷²⁸ *Ibidem*, p. 13.

⁷²⁹ *Ibidem*, p. 171.

⁷³⁰ *Ibidem*, p. 74.

⁷³¹ *Ibidem*, pp. 199s. Dicha vulnerabilidad tendría que ver con factores tanto psicobiológicos –un cerebro en pleno proceso de cambio– como evolutivos –conductas transgresoras, de autoafirmación, gusto por el riesgo, búsqueda de sensaciones, impulsividad, sensibilidad a la recompensa inmediata, entre otros; en fin, rasgos típicos del y la adolescente que los hacen más vulnerables a las conductas adictivas.

⁷³² *Ibidem*, pp. 35-36.

⁷³³ *Ibidem*, pp. 97 y 100.

relación. Y es que nos hemos sometido a la tiranía de las nuevas tecnologías —ellas, creadas supuestamente para adquirir libertad, organizan nuestra vida y limitan nuestra dependencia— convirtiendo estas herramientas en objeto de culto. En este sentido resultan sorprendentes noticias como la de que el gigante Apple consiga que la gente duerma en la calle en colas interminables a la espera de que abran sus tiendas y poder adquirir el último artilugio que lanza al mercado, u otras tan impactantes y alarmantes como la de que un adolescente chino venda un riñón para comprar un Ipad2 o una chica china también ofrezca su virginidad a aquella persona que le compre un Iphone4, como apareció publicado en el año 2011 el diario *The Korea Herald*⁷³⁴.

Parece que las tres nuevas tecnologías de mayor riesgo son Internet, los móviles y los videojuegos⁷³⁵, por lo que la educación en el uso apropiado de las mismas es fundamental, puesto que, a diferencia de otras adicciones en las que se suprime la sustancia susceptible de enganche, en el caso de las nuevas tecnologías esto no parece posible, ya que nuestra sociedad es tecnológica y cada vez parece que lo será más⁷³⁶. Sin olvidar que, en el caso de los y las adolescentes, no utilizarlas, no pertenecer por ejemplo a Facebook o Twenti significa no pertenecer a las “identidades juveniles” y por lo tanto

⁷³⁴ Cfr. Jorge García Marín, *op. cit.*, pp. 14-16.

⁷³⁵ En relación a los peligros que tanto Internet como los videojuegos pueden entrañar para un adolescente hoy en día están esas noticias que por desgracia cada vez abundan más —en España hemos vivido un episodio sobrecogedor no hace mucho— sobre menores de edad que entran en sus centros escolares con armas, de fuego en aquellos países o estados donde no son ilegales, o de otro tipo, que a través de internet son mucho más fáciles de adquirir y descargan su frustración sobre compañeros y profesores con terroríficas consecuencias. Es inevitable preguntarse qué está pasando en la actualidad con nuestros jóvenes, y resulta sencillo y tranquilizador achacarlo a un problema de tipo psiquiátrico, pero la cuestión podría ser más compleja. La violencia ha existido siempre, quizá lo novedoso sea que mientras antes las consecuencias de los actos estaban delimitadas con contundencia por el peso de la ley —no sólo en la vida real sino también en toda la literatura universal— y los límites entre lo real y lo que no lo es estaban más claros se hayan visto difuminados, lo que favorece que no haya una verdadera reflexión de lo que supone el paso al acto de ciertas conductas y de las consecuencias que ello implica.

Hablábamos de que Internet favorece la posibilidad de familiarizarse y adquirir objetos, armas en este caso, que antes no se tenía. Los videojuegos ofrecen el experimentar situaciones violentas, virtuales, eso sí, en las que no aparece una figura de autoridad o una ley que introduzca el sentido de límite y el significado de lo que supone ser responsable de los actos propios, al fin y al cabo, dirán los creadores, se trata de un juego donde experimentar que todo es posible, hasta el asesinato y la violencia más deleznable. Si a esto sumamos la mayor intimidad que tanto los niños y niñas como los y las adolescentes tienen en la actualidad y el hecho de que muchas veces están solos, sin un adulto que los supervise y eduque en este tipo de entretenimientos, no resulta tan obvio, o al menos parece un poco simplista achacar el origen de este tipo de comportamientos a enfermos mentales. Lo que resulta además un agravio comparativo con respecto a todas las personas que padecen algún tipo de enfermedad mental y que nada tienen que ver con conductas desalmadas y crueles.

⁷³⁶ Mariano Chóliz / Clara Marco, *op. cit.*, pp. 97 y 100.

quedar excluidos, fuera de la nueva comunidad tecnológica⁷³⁷.

Hemos visto que las posibilidades que ofrece el mundo virtual son inmensas. Su competencia para la satisfacción inmediata de demandas de entretenimiento, de información y de comunicación o su capacidad para proporcionarnos una vida virtual en la que poder olvidar lo que somos sin apenas esfuerzo, lo convierten en una herramienta muy preciada. Pero las facilidades que ofrece no son inocuas. La adicción puede ser una de las fatales consecuencias. Además, la posibilidad que da de crear una vida paralela sin las desventajas, incomodidades, limitaciones, inseguridades, consecuencias y esfuerzo que supone vivir en el mundo real, esa vida hecha a la medida de nuestros deseos y anhelos más profundos donde no existe la frustración, tiene el inconveniente precisamente de no ser real y durar lo que dure el tiempo que estemos “conectados”. Este hecho está favoreciendo además que las personas narcisistas e inmaduras que se sienten frustradas por sus problemas de relación y falta de autoestima, tengan la posibilidad de inventarse una nueva identidad –eso sí, virtual– a la medida de su propio narcisismo. Así, ese mundo potencial acaba por convertirse en un simulacro de la propia vida, una manera de eludir el contacto con las cosas reales. Se trata de usar la tecnología como profilaxis ante la propia existencia.

Al respecto resulta muy sugerente la siguiente reflexión de Eduardo Punset:

“En realidad, nunca fue fácil disfrutar de ambas cosas: de lo virtual y lo real. La gente se siente sola pero teme a la intimidad. Esta paradoja está en pleno epicentro del sufrimiento humano. Tanto el amor, desde tiempos inmemoriales, como el ordenador o el robot hoy en día ofrecen una solución aparente a esta paradoja, porque con el ser amado, el ordenador o el robot, puedes estar solo, pero no sentirte solo.

Todo lo que antecede ¿es realmente distinto del mundo fabulado y del arte que constituyó la primera gran simulación de los humanos? La simulación digital en curso tendrá efectos distintos de los que tuvieron las pinturas rupestres de las cuevas de Altamira o los personajes inventados de Romeo y Julieta? De nuevo, tal vez, la diferencia sólo sea de grado.

Es cierto que para el acceso al mundo virtual ya no dependemos exclusivamente del amor romántico o de Fra Bartolomeo. La profundización del conocimiento aplicado, la tecnología, abre caminos paralelos, como robots programados para inspirar en la gente la idea de

⁷³⁷ Jorge García Marín, *op. cit.*, p. 18.

que es posible entablar una relación con las máquinas. Pero, con toda probabilidad, el amor, el miedo y la ansiedad, el desprecio, la alegría y la tristeza, seguirán invadiendo nuestras vidas como antaño, con el solo valor añadido, comparado con los chimpancés, de que a nosotros nos basta con imaginar aquellas emociones sin causa real que las suscite”.⁷³⁸

Vemos pues que este esfuerzo por crear realidades paralelas e ilusorias no es algo nuevo en el ser humano. En otras épocas las narrativas compensatorias para escapar de la realidad fueron las comentadas, como la literatura o la pintura, y también las religiones. La novedad ahora es que con la revolución del mundo virtual –con las máquinas puestas al servicio de semejante empresa, la de evadirse de la realidad– lo que se pretende es crear un mundo autónomo en el que se esté mejor porque no tiene los inconvenientes de la vida ni las limitaciones del mundo físico, de nosotros como animales de carne y hueso.

El reclamo publicitario de las tecnologías de la información se basa en la promesa de un mundo virtual sin fronteras, un universo de comunicación total sin las barreras del tiempo y el espacio. Las nuevas técnicas y artefactos prometen “mejorar”, “optimizar” lo que la naturaleza nos ha dado, aseguran hacernos, en algún sentido, mejores⁷³⁹. Afirman que hay una posibilidad de ir más allá de nuestros límites. En este sentido la publicidad, las nuevas tecnologías y la religión comparten puntos en común. “La retórica publicitaria de las tecnologías de la información recuerdan a la prédica religiosa”: la actualización de la tierra prometida o el paraíso prometido, esta vez en el ciberespacio⁷⁴⁰.

3. El mundo de la imagen

La importancia del mundo de la imagen puesta al servicio de la autoconciencia –

⁷³⁸ Eduardo Punset, *El viaje al amor. Las nuevas claves científicas*, Barcelona, Destino, 2007, p. 152.

⁷³⁹ Las máquinas por tanto como relatos para evadirse de la realidad y también como promesas de futuro. Al respecto, si nos fijamos en películas de reciente estreno, –y teniendo en cuenta que el cine, relato por excelencia de evasión de la realidad pero también modo de encontrarse con la misma, está siempre al tanto de las últimas tendencias ideológicas e inquietudes sociales– podemos observar como han proliferado *films*, por ejemplo los titulados *The machine* (2013) o *Transcendence* (2014), cuyas temáticas giran en torno a máquinas conscientes –es decir, con cualidades hasta ahora humanas– o a seres humanos que gracias a los avances de la ciencia y la nanotecnología se han convertido en criaturas híbridas a medio camino entre lo humano y el artefacto, en las cuales la máquina compensa las limitaciones del animal para dar lugar a un ser superior que trasciende al *homo sapiens sapiens* en la escala evolutiva. Nuevamente podemos ver como los avances tecnológicos y científicos se ponen al servicio del progreso como narrativa compensatoria para huir de la realidad.

⁷⁴⁰ Eloy Portillo / Juan Hartza, *op. cit.*, p. 22.

desde la aparición del retrato, pasando por la invención de la fotografía⁷⁴¹ y posteriormente el cine— también ha estado relacionada con este empeño de representar la realidad, no sólo para reconocerla y recordarla, sino también como un intento de poseerla, de controlarla. El mito de Narciso, o la famosa novela de Oscar Wilde titulada *El retrato de Dorian Gray* tratan sobre esta cuestión.

Pero la capacidad de los individuos de percibirse a sí mismos está íntimamente relacionada con la cuestión de la identidad y con el modo en que ésta se construye. Por eso las nuevas tecnologías cobran tanta importancia llegados a este punto. La influencia que las mismas tienen en el modo en que la y el adolescente actual constituyen su identidad es innegable. El exhibicionismo digital de hoy en día que los y las jóvenes manifiestan en ese fervor por fotografiar todos los acontecimientos de sus vidas, desde los más relevantes a los más triviales, o los constantes autorretratos fotográficos denominados “selfies”, los vídeos personales, etc., todo ello circulando después por la Red en un intercambio de instantes de sus vidas, no dejan de ser más que una proyección, una construcción de ellos mismos en la que, sin darse cuenta, se convierten en pura mercancía de una sociedad expuesta en la que cada sujeto es su propio objeto de publicidad⁷⁴². También el éxito de los videojuegos o de las redes sociales, en donde uno puede asumir la identidad que desee, ¿hasta qué punto todo ello favorece o entorpece el desarrollo de su identidad?

No queremos decir con esto que necesariamente el uso de estas tecnologías dificulte su maduración. Es sabido que los adolescentes necesitan relacionarse con el grupo de iguales y que las redes sociales son una manera de hacerlo —para algunos probablemente la más utilizada por exigencias de la vida que se ven obligados a llevar—, pero sí queremos poner sobre aviso acerca de los riesgos y repercusiones —aún por determinar— que el *cibermundo* comporta y fomenta. Desde la merma en la calidad de la experiencia vital, hasta el acomodarse en un *modus vivendi* “hacia dentro” que le suponga al púber una dificultad para hacerse adulto, en fin, una complicación en la tarea de

⁷⁴¹ Recordemos que la fotografía, si bien tiene una vertiente puesta al servicio de la ciencia —como reproductora de realidad— tiene otra puesta al servicio del arte, de la creación. Igual que el retrato en pintura, el fotográfico puede representar, no tanto la realidad, como una creación de la misma, mostrar sólo una parte de nosotros, o incluso sugerir lo que no somos, en este sentido, crea identidad.

⁷⁴² Han Byung-Chul, *La sociedad de la transparencia*, p. 29.

construir una identidad con capacidad para gestionar y adaptarse a una realidad que es muy compleja y que impone sus exigencias de un modo duro e implacable.

4. El lenguaje

Hemos visto en la segunda parte de nuestra investigación que el lenguaje es uno de los ingredientes fundamentales en la configuración de nuestra identidad. Es determinante no sólo porque sirve de vehículo de nuestras vivencias, tanto intrapsíquicas como corporales, sino porque a través del mismo heredamos huellas, impresiones, significantes, palabras que, procedentes del Otro, nos han formado y que se quedan en nuestra memoria. Pues no podemos hablar de nosotros sin hablar de aquellos que han determinado nuestra vida. Somos nuestra palabra, pero ésta no podría existir si no se hubiera formado a través de la palabra de otros que nos han hablado. Además, “la posibilidad de mi palabra viene dada por la presencia del lenguaje, que la trasciende y en el que ella debe poder inscribirse para existir en su singularidad”⁷⁴³.

Una característica de la adolescencia es la aparición de la narrativa de la propia vida, tal vez por primera vez. Los y las adolescentes desarrollan una capacidad de contar su vida que los niños no tienen. La narrativa, con su dimensión temporal, le da al adolescente una visión de sí, de su verdad desde su subjetividad, de su propia historia vital⁷⁴⁴. Vemos así como la memoria y el lenguaje junto con dicha capacidad narrativa de la propia vida dotan al sujeto adolescente de una “historia de vida”, la suya, que supondrá un tanto un anclaje identitario –al contestar en cierto modo a la pregunta ¿de dónde vengo?– y que supondrá también el punto de partida desde el que proyectarse hacia el futuro –facilitando así la reflexión de ¿hacia dónde voy?– de modo que el *yo* del adolescente, dividido entre pasado y futuro pueda tener dos puntos de referencia que le permitan ir dando forma a la cuestión ¿quién soy?, es decir, preguntarse sobre su identidad a medida que la va construyendo.

Es interesante ver como en la adolescencia el lenguaje –tanto corporal como la

⁷⁴³ Massimo Recalcati, *op. cit.*, pp. 134s.

⁷⁴⁴ Esta es una información ofrecida por Ricardo Fandiño Pascual, en su conferencia “Relación terapéutica con adolescentes: cartografía e navegación”, impartida en las *II Jornadas de Saúde Emocional na Infancia e a Adolescência. Adolescentes en conflito: un reto para os/as profesionais*, 27 de junio de 2015, Ourense.

palabra— cobra una especial importancia. Aparecen nuevos códigos, maneras de presentarse ante el otro, palabras, expresiones, un modo peculiar de hablar que muy probablemente tenga que ver con el intento de definir la singularidad de los individuos que forman parte de un determinado grupo que, a su vez, está integrado en una determinada generación. El uso de “tacos”, por ejemplo, tan frecuentes en los y las adolescentes, puede tener que ver con sentir que dejan atrás la infancia, por lo que pueden apropiarse de palabras reservadas al mundo adulto, y también puede tener que ver con el talante más provocador e irreverente que caracteriza a los individuos en esta etapa vital.

Debemos destacar también que el uso de las nuevas tecnologías suponen, no sólo nuevas formas de comunicarse, sino también la creación de nuevos lenguajes. La utilización de *emoticonos*, las abreviaturas de palabras o el prescindir de las tildes, por ejemplo, son usos cada vez más comunes cuando nos comunicamos a través de servicios como WhatsApp, Facebook o Twitter, tan difundidos entre los y las adolescentes.

Detengámonos en esta última cuestión, pues el hecho de que las nuevas tecnologías estén revolucionando tanto la forma en que nos comunicamos como la forma en que procesamos la información, tiene mucha importancia. Y es que las últimas investigaciones corroboran que nuestro cerebro, nuestra forma de percibir, pensar y actuar, no está totalmente determinado por nuestros genes ni por las experiencias de la infancia, sino que va variando en función del modo en que vivimos y a través de las herramientas que utilizamos. La tecnología influye poderosa y profundamente en nuestra biología, de tal modo que tanto la repetición de determinadas acciones físicas como nuestros patrones de pensamiento afectan a la anatomía de nuestro encéfalo.

Las herramientas que utilizamos para leer, escribir y manipular información trabajan nuestra mente tanto como nuestra mente trabaja con ellas, es decir, nuestras tecnologías intelectuales influyen poderosamente y de un modo duradero sobre qué y cómo pensamos. Y no debemos pasar por alto que son herramientas que utilizamos para expresarnos hasta lo más íntimo, las que usamos para dar forma a nuestra identidad personal y pública, para cultivar también nuestras relaciones con los demás.

En la actualidad nos encontramos entre dos mundos tecnológicos. La imprenta y sus productos están siendo desplazados del centro de nuestra vida intelectual. El cambio comenzó a gestarse en la segunda mitad del siglo XX, con la llegada de artilugios de entretenimiento eléctricos y electrónicos, como la radio, la televisión o el cine. Y aunque

todos podían desplazar al libro ninguno podía reemplazarlo. Hoy en día el ordenador e Internet no sólo han cambiado nuestra forma de experimentar la realidad, además se han convertido en el medio favorito para almacenar, procesar y compartir información en todas sus formas, incluida la textual. Así, nos encontramos en un momento histórico intelectual y cultural crucial, pues nuestro viejo proceso lineal de pensamiento, nuestra mente lineal, calmada, concentrada, sin distracciones, está siendo desplazada –y probablemente acabe siendo sustituida– por otra, que se está acostumbrando a recibir y diseminar la información en estallidos cortos, frecuentemente descoordinados, solapados y cuanto más rápidos mejor. Este nuevo proceso de pensamiento que podríamos denominar fragmentario, no sabemos que repercusiones tendrá en el modo de configurar las nuevas mentes. Las siguientes palabras, escritas por el investigador Nicholas Carr tras un experimento acerca de los efectos de las nuevas tecnologías, en concreto internet, sobre la mente resultan cuando menos inquietantes:

“El modo en que mi cerebro funcionaba parecía estar cambiando. Mi cerebro no sólo estaba disperso, estaba hambriento. Me había convertido en algo parecido a una máquina de procesamiento de datos de alta velocidad”.⁷⁴⁵

Todos los cambios en la forma del contenido inherentes al nuevo medio tecnológico que utilicemos modifican también el modo en que usamos, experimentamos e incluso comprendemos el contenido. Entonces, el tránsito del papel a la pantalla del ordenador influye también en el grado de atención que prestamos y en la profundidad de nuestra inmersión en él. Los *hipervínculos* de la pantalla están diseñados para captar nuestra atención, su valor como herramienta de navegación es inseparable de la distracción que provoca, así, inevitablemente, nuestro apego a cualquier texto se vuelve más débil, más provisional. La Red está diseñada para dispersar la atención de un modo tan exhaustivo que está provocando el tránsito a un “cerebro multitarea”.

“Cuando nos conectamos a la Red entramos en un entorno que fomenta la lectura somera, un pensamiento apresurado y distraído, un pensamiento superficial. Es posible pensar profundamente mientras se navega por la Red del mismo modo que hacerlo someramente mientras leemos un libro, pero no es éste el tipo de pensamiento que la tecnología

⁷⁴⁵ Nicholas Carr, *op. cit.*, p. 29.

promueve y recompensa”.⁷⁴⁶

Hemos podido ver que los medios de comunicación no son sólo canales de información, sino que proporcionan la materia del pensamiento y modelan el procesamiento de pensamiento también. Es por esto que debemos tener presente que, aunque todo avance tecnológico ofrece ventajas e introduce mejoras en nuestras vidas, conlleva igualmente inconvenientes y riesgos si su utilización no es la adecuada. Por ejemplo, entre los problemas derivados del uso continuado de la Red que algunos investigadores en diferentes áreas del estudio de la mente apuntan son: dificultades de concentración, de retención de la información, de entendimiento y comprensión, menor profundidad de pensamiento, déficit de atención y menor aprendizaje. Y es que la sobrecarga cognitiva que la red y su modo de interactividad produce, al dividir la atención constantemente, puede interferir en las actividades cognoscitivas de la lectura y la comprensión⁷⁴⁷.

Con respecto a como está afectando tanto al lenguaje como a la falta de comunicación el uso de los teléfonos móviles, un claro ejemplo lo tenemos en las relaciones personales cara a cara, pudiendo observar escenas tan sorprendentes pero cada vez más frecuentes de parejas, grupos de amigos o familiares, que se reúnen para acabar cada cual mirando a la pantalla de su teléfono mientras navegan por Internet, juegan a algún videojuego, se mandan mensajes, etc., o conversan no con quien tienen al lado, si no con alguien a través del aparato. Otro ejemplo podemos encontrarlo en escenas tan rocambolescas pero cada vez más comunes como ver a las personas asistir a la realidad a través de la pantalla del teléfono mientras graban o fotografían sin cesar, en vez de mirar directamente lo que está ocurriendo ante sus propios ojos. Estos tipos de relación con la realidad, o más bien de no-relación, son modos de conducta que antes no existían y que están afectando y cambiando nuestro modo de relacionarnos con el entorno y con nuestros semejantes.

Parece entonces que nos encontramos en un punto de inflexión de la historia, determinado por los nuevos avances tecnológicos y por como estos están rediseñando

⁷⁴⁶ *Ibidem*, p. 144.

⁷⁴⁷ *Ibidem*, p. 149.

nuestros cerebros. Cada vez es mayor el uso dado a las nuevas tecnologías y el tiempo que invertimos en ellas y más en la adolescencia. Así pues, es nuestra responsabilidad investigar en profundidad sus efectos para poder conocer el verdadero alcance de las mismas sobre nuestra configuración como seres humanos, para que el cambio al que inevitablemente estamos destinados signifique el adquirir una riqueza, un aporte que no nos reste, ni habilidades, ni aquellas capacidades que significan calidad de pensamiento, calidad en nuestras relaciones y, en última instancia, calidad de vida.

Al hilo de las cuestiones que estamos comentando resulta pertinente resaltar que en los últimos años puede observarse un desinterés progresivo y generalizado por parte de los adolescentes hacia la lectura de libros. Y, aunque desde los centros educativos se han emprendido iniciativas con este fin, el de fomentar este tipo de lectura, la fuerza con la que se impone el mundo digital resulta muy difícil de contrarrestar. Esto y el hecho de que los y las adolescentes utilicen las nuevas tecnologías casi como si fuesen apéndices de sí mismos y el que sus cerebros se encuentren en una etapa de transformación tan decisiva, los convierte en seres especialmente vulnerables. La enorme plasticidad del cerebro adolescente le permitirá desarrollar, tanto habilidades que faciliten la mejora intelectual, como su deterioro, dependerá de como “alimenten” a sus cerebros, por lo que debemos facilitarles, por un lado la información y, por otro, los medios necesarios para que puedan ejercer su capacidad mental del modo más inteligente y responsable posible.

Podemos concluir entonces que el lenguaje en la adolescencia es un factor de suma importancia en la configuración de la identidad. No sólo porque su uso particular constituye una seña identitaria de las personas que se encuentran en esta etapa vital, sino porque el hecho de que las nuevas tecnologías estén propiciando, tanto la creación de nuevos lenguajes, como nuevas formas de comunicación, y esto esté cambiando la morfología cerebral de quienes las usan, inevitablemente acabará afectando a la manera en como se aprehenda y comprenda el mundo, y esto supone una auténtica revolución de la que es difícil imaginar las consecuencias. Lo que sí parece claro es que el proceso de construcción de la identidad va a verse comprometido con este hecho.

5. Nuevas formas de narcisismo

Hemos visto al hablar de progreso tecnológico como éste también está relacionado con nuevas formas de narcisismo. Ya hemos comentado en la primera parte que algunos

pensadores y estudiosos de la postmodernidad proponían una reactualización del mito de Narciso al hablar del individuo fruto de esta época.

Detengámonos en este mito e intentemos ver de que modo puede estar explicando al individuo de nuestro tiempo. Para ello empecemos viendo la relación que hay entre el mito y el rito en términos generales, e intentemos clarificar si entre la falta de ritos de paso a la adultez institucionalizados, o entre los “pseudo-ritos” de tránsito a la adultez de hoy en día y el mito del *neonarciso* hay alguna relación que pueda aclarar la situación de la adolescencia en la actualidad con respecto a ambas cuestiones.

Es necesario comprender que supone el rito para poder entender que función desempeña el mito en la vida social del ser humano. Ya habíamos comentado en la segunda parte de nuestra investigación que el mito constituye el elemento épico de la primitiva vida religiosa, siendo el rito su elemento dramático. El concepto de mito reúne actividades tan dispares que, a primera vista, puede parecer incoherente aunar bajo una misma denominación fenómenos tan divergentes e incompatibles⁷⁴⁸, pero bajo todos ellos podemos encontrar un nexo, un común denominador: la intención de unidad de lo diverso, pues tanto la religión como el mito parten de la conciencia de la universalidad y la identidad fundamental de la vida. Los ritos satisfacen la humana y primitiva necesidad de identificarse con la vida de la comunidad –del grupo– y con la vida de la naturaleza. En el rito los individuos se disuelven en un todo indiferenciable⁷⁴⁹.

El ritual en la actualidad guarda semejanzas con el rito primitivo, ya que lleva dentro de sí la herencia de sus orígenes⁷⁵⁰. Y lo mismo podemos decir del mito contemporáneo, también guarda similitudes con el mito primitivo. Así, la reactualización del mito de Narciso supone tomar prestado un mito de la antigüedad para explicar un aspecto del presente, y en ese sentido ambos mitos, el clásico y el del *neonarciso* posmoderno, están relacionados.

Los mitos, al igual que los cuentos tradicionales populares, son literatura de transmisión oral en donde se expresan creencias y valores culturales. Así, además de

⁷⁴⁸ Pensemos, por ejemplo, en cuan diferentes resultan ritos como por ejemplo los cultos orgiásticos de las tribus salvajes, o la calma y la profundidad de pensamiento de los Upanishads, o la enajenada danza circular de los derviches, por poner algunos ejemplos contrastantes.

⁷⁴⁹ Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, pp. 37 y 48s.

⁷⁵⁰ *Ibidem*, pp. 50s.

enseñar lecciones que la sociedad quiere enseñar, también suponen una manera de entretener, de proporcionar esperanza, emociones y evasión. Además los mitos suelen incluir el propio relato de un pueblo sobre su creación, sobre el comienzo de su mundo y los hechos extraordinarios que acontecieron a sus antepasados⁷⁵¹. Debemos por tanto tener presente que, de algún modo, todo mito es una especie de rito iniciático, en el sentido de que los mitos suponen relatos de lo que en un principio fue ritual, e iniciáticos en el sentido de que fueron utilizados por la comunidad para preservar su identidad y para que los nuevos miembros de la misma entraran a formar parte de ella a través del conocimiento de esos relatos, que no eran más que cuentos que la comunidad se contaba a sí misma, una especie de religión sin sacerdotes y sin leyes, sin mandatos, que ejemplificaban modos de comportamiento, que, desde luego, implicaban unos juicios de valor de lo que ellos consideraban comportamientos válidos o censurables, indicaban una escala de valores en cuanto a comportamiento, pero no tenían un valor prescriptivo, en el sentido de un conjunto de leyes, sino formativo o ejemplificador. Suponía una guía de vida mediante relatos. Es el prestigio que ha llegado a adquirir la enfermedad mental y la aparición del psicoanálisis –mito de Edipo, de Electra, de Narciso– lo que hace del relato de Narciso un nuevo relato explicativo de un aspecto de la actualidad. Pero en ese sentido el mito queda limitado, transformado su significado con respecto a su sentido original, pues el mito pierde su valor en cuanto se intenta sacar una moraleja.

Debemos entender que la denominada reactualización del mito de *neonarciso* es un modo de tomar aspectos del mito originario porque resultan útiles para ilustrar aspectos del individuo en la posmodernidad, pero la función y el uso de lo que nosotros llamamos mito es bien diferente de lo poco que sabemos de la función y uso que los mitos, y éste en concreto, tenían para la sociedad de su época. Tendremos en consideración todas estas limitaciones cuando pasemos a perfilar a ese Narciso actual.

Podemos encontrar ya en el romántico del siglo XIX un precedente de este *neonarciso*. El romántico era un sujeto más orientado hacia sí, hacia dentro, que hacia el mundo externo, pues éste último no le resultaba satisfactorio. En esa ansia por llenar un deseo incolmable y por evadirse de una realidad que le resultaba insuficiente, utilizará el arte como una prótesis, como un modo de evasión. Pero el neonarcisismo, si bien es fruto

⁷⁵¹ Cfr. Cap. 6 de Conrad Phillip Kottak, *op. cit.*

de su pasado, se reactualiza en la postmodernidad en actitudes y rasgos en los individuos que tendrían que ver con un modo de adaptar el “yo” al mundo en el que viven, constituyendo la paradoja un habitual modo de existencia⁷⁵².

El triunfo del sistema consumista y de culto al dinero; el éxito de la cultura del espectáculo y de la publicidad, con la imagen, la moda, el cuerpo y la juventud como fetiches; el uso dado a los medios de comunicación, aturdiéndonos con un exceso de información, desde la más descarnada a la más insignificante y frívola; las nuevas tecnologías y sus novedosas posibilidades; el proceso de personalización al que hemos hecho alusión en la primera parte de nuestro trabajo, con el hedonismo y el individualismo como rasgos de dicho proceso que han provocado cambios tanto en el sistema de valores como en el modo de entender la vida en sociedad; la lógica terapéutica y psicológica, que han asumido funciones antes reservadas a instituciones sociales con gran poder tanto de movilización emocional como de dotar de identidad —el saber, el poder, el ejército, la familia, la Iglesia, los partidos políticos—; la seducción como proceso de domesticación social; la ética permisiva que implícitamente transmite la idea de un disfrute del aquí y el ahora; la velocidad vertiginosa que caracteriza a nuestros tiempos que apenas permite asimilar los cambios que se van produciendo... todos estos factores y otros que ya hemos ido comentando a lo largo de nuestra investigación, han fomentado la aparición de un nuevo individuo en la postmodernidad. Un ser que no puede delimitarse a sí mismo, que ha perdido perspectiva acerca de sí en el mundo al estar sumido en su *intimidad*⁷⁵³, ensimismado con su imagen, obsesionado con la belleza, la juventud y el culto al cuerpo, en cierto modo apático e indiferente, vaciado de identidad no por defecto, sino por un exceso de atención sobre sí mismo. Un sujeto en el que coexisten lógicas múltiples y tantas veces paradójicas. Cuya frágil personalidad tiene una consistencia y una coherencia que sólo son aparentes⁷⁵⁴.

¿No podrían servir estos rasgos para describir también al sujeto adolescente en la posmodernidad? Nosotros nos preguntamos si no sería razonable pensar también en la

⁷⁵² Su manifestación más extrema podemos observarla en un trastorno que ha sido bautizado en nuestros tiempos con el nombre de *Trastorno narcisista de la personalidad*.

⁷⁵³ Han Byung-Chul, *La sociedad de la transparencia*, p. 71.

⁷⁵⁴ De hecho, el aumento de las perturbaciones narcisistas y de los trastornos asociados al narcisismo son un síntoma del modo en que está organizada la sociedad actual.

adolescencia como otro mito de plena vigencia en la actualidad. Esta consideración de la adolescencia como un mito⁷⁵⁵ ¿no podría ser otro de los rasgos de la postmodernidad dada la enorme importancia que ha cobrado esta etapa de la vida y las características que la definen?

Veamos que rasgos del famoso mito relatado por Ovidio podemos utilizar para explicar al sujeto adolescente en la postmodernidad. Recordemos que Narciso, según se cuenta, era ese joven desdeñoso que sólo pudo enamorarse de su imagen cuando se vio reflejado en las aguas de una fuente. Leamos un fragmento:

“Porque de veintiún años su figura
parece de muchacho y de mancebo,
más fue su condición de piedra dura.
Mil mozos y doncellas que de nuevo
vieron su perfección y gallardía
deseaban gozar tan dulce cebo.
Más él con tan desdén los despedía
que aunque eran muy hermosas y hermosos,
tocarse de ninguno permitía [...]”⁷⁵⁶

En esta parte podemos leer que el joven en cuestión adolecía de la experiencia del contacto pues no dejaba que nadie le tocara, estaba, en ese sentido, aislado y ya sabemos la importancia que tiene el contacto con el otro para conocerse a uno mismo, no sólo porque somos mamíferos, sino también porque es *el otro* el que nos sirve de referencia de nosotros mismos en la medida en que es diferente. Podríamos decir que la capacidad de Narciso de autopercebirse estaba mermada porque, en cierto sentido, estaba alienado de la realidad, al ser impermeable a ella al mostrarse inaccesible a la relación con el otro. Sólo manifestó interés por sí mismo al enamorarse de su reflejo, pero la imagen devuelta no era él en realidad, sino una proyección. Por tanto, el conocimiento de sí mismo que le proporcionaba no era del todo verdadero, ya que éste —el conocimiento de uno mismo— pasa por la imagen, pero no se agota en la misma⁷⁵⁷. En este sentido resultan sumamente

⁷⁵⁵ Tomando el concepto de mito, no tanto en el sentido de ilusión, de algo no verdadero, si no sobre todo como una construcción, como una creación de la realidad, un modo de contarse las cosas, un relato sobre el que se vertebra y organiza una comunidad, teniendo en cuenta además, que los mitos como relatos no sólo se disfrutaban sino que también se creen.

⁷⁵⁶ Ovidio, *Las metamorfosis*, Barcelona, Editorial Planeta, 1990, p. 97.

⁷⁵⁷ Al respecto resulta interesante el tener en cuenta la función del espejo en lo que respecta al hecho de que el conocimiento de uno mismo pasa por la imagen, pero no se agota en la misma, puesto que la imagen devuelta no deja de ser una proyección. Aquí resulta inevitable aludir a la figura del espejo como

interesantes las observaciones que Clement Rosset hace sobre el narcisismo, pues si el término hace referencia a un modo de estar pendiente de uno mismo, de observarse en permanencia, aunque esto pudiera parecer un modo de conocimiento, una manera de saber acerca de uno, acaba, paradójicamente, resultando lo contrario, es decir, una huida de uno mismo, un modo de escapar del enfrentamiento con lo que uno es, con el dolor y con el paso del tiempo⁷⁵⁸.

El narcisismo implicaría, por tanto, un falso conocimiento del yo, basado, no en realidades, sino en proyecciones, idealizaciones, en constructos sobre uno mismo. La imagen comportaría una parte que supondría otro de los lastres de la época contemporánea, porque enfrentarse con la imagen no es necesariamente enfrentarse con uno mismo, sea lo que signifique “ser uno mismo”. Es éste el sentido de las siguientes palabras de Rosset:

“De ahí que la asunción jubilosa de uno mismo, la presencia verdadera de uno en uno mismo, implique necesariamente la renuncia al espectáculo de la propia imagen. Porque la imagen, aquí, mata al modelo. Este es en el fondo, el error mortal del narcisismo: no querer amarse uno mismo en exceso, sino todo lo contrario –cuando hay que escoger entre uno mismo y su doble–, dar preferencia a la imagen. El narcisista sufre por no amarse: sólo ama su propia representación. Amarse con verdadero amor implica mostrarse indiferente ante todas las copias de uno, tal como éstas puedan aparecer ante otro y, a través de otro. [...] Tal es el miserable secreto de Narciso: una atención exagerada al otro. De ahí, por otra parte, que sea incapaz de amar a nadie, ni al otro ni a sí mismo, dado que el amor es un asunto demasiado importante como para delegar en otro la tarea de debatirlo”⁷⁵⁹.

Estas otras palabras del mismo autor también resultan muy reveladoras al respecto del asunto que estamos tratando:

“El original debe prescindir de toda imagen: si no me encuentro en mí mismo, menos aún me encontraré en mi eco”⁷⁶⁰.

un otro. Como en el mito de Narciso, el espejo remite a la identificación y al reconocimiento, pero también a la sospecha, a la inquietud, a la duda, a la proyección, a la desazón y frustración provocada por el no reconocerse en el reflejo que nos devuelve el espejo, ya sea un espejo real o un reflejo que nos devuelve el otro.

⁷⁵⁸ Clément Rosset, *Lo real y su doble. Ensayo sobre la ilusión*, pp. 102s.

⁷⁵⁹ *Ibidem*, p. 102.

⁷⁶⁰ *Ibidem*, p. 111.

Vemos así como, tanto la visión como el sonido (ver y oír) son modos de conocer, de saber de la realidad, y por tanto también maneras de saber de uno mismo. Pero ambas percepciones son susceptibles de convertirse en ilusiones, ya sea a través de la imagen reflejada —en el caso de Narciso— como del sonido reverberado, en la repetición, sin la posibilidad de introducir algo nuevo, algo creativo, un aprendizaje —como en el caso del eco, como el nombre de la ninfa que se enamoró de Narciso y que no quedó de ella más que el sonido de su lamento en la repetición. En este sentido resulta inquietante como la presencia e importancia cada vez mayor del mundo adolescente para nuestra cultura problematiza el tránsito al mundo adulto al tener los jóvenes como modelo a otros jóvenes⁷⁶¹, que a su vez constituyen su identidad, en gran medida, a través de su propia imagen y de su propio narcisismo, como estamos viendo. El resultado sería algo así como un juego de espejos infinitos en donde todo acaba siendo más de lo mismo, todo idéntico a sí mismo, sin que algo del orden de la creatividad, de lo novedoso introduzca la posibilidad de aprender a ser uno mismo.

Así, la identidad constituiría en cierto modo un proyecto y un trayecto en constante creación, en un continuo ir y venir, en el que, tanto el reflejo como el eco de nosotros mismos que nos devuelven los demás, serían punto de partida y parte de dicho viaje. La parte restante estaría en continua construcción y retroalimentación entre lo que se ha sido y lo que se va siendo. El fin del camino lo constituiría esa cita con uno mismo en la muerte, que

“significa el fin de toda distancia posible, tanto espacial como temporal, de uno mismo con respecto a uno mismo”.⁷⁶²

Desde una perspectiva diferente, pero sumamente enriquecedora para lo que pretendemos ilustrar, piensa José Ángel Valente el mito de Narciso:

“Queda del mito una última sustancia inalterable, mientras varían las formas o los accidentes de la narración. En su deriva narrativa, puede

⁷⁶¹ Como afirma el psicólogo y terapeuta Ricardo Fandiño.

⁷⁶² Clément Rosset, *Lo real y su doble. Ensayo sobre la ilusión*, p. 92.

el residuo sustancial del mito quedar oculto o interferido por elementos que le son muy espurios. ¿Sería acaso el de Narciso, entre todos los mitos, el que más soterrado deja el residuo último de su significación?

El mito, antes de entrar en el orden sucesivo o argumental de la narración, es imagen que súbitamente se revela, es revelación, condensación o cristalización repentina del sentido, epifanía. Narciso: revelación en la imagen por la imagen; epifanía del otro en la imagen de sí.

Antecediendo a la narración misma y, por supuesto, a más tardíos elementos éticos o psicológicos ligados a la idea de autocontemplación, tan ajena –entendemos– a la raíz del mito, quedan solos Narciso y la fuente o el espejo, el elemento sacro que permite el deslizamiento o separación del uno hacia el otro de sí, sin que la unidad se rompa, pues la separación en la imagen sigue siendo unidad en la visión.

Narciso, antes de ver en la fuente, no veía. El no ver es acaso lo que la fábula quiere dar a entender al reducir el otro a lo otro, a un eco –Eco y Narciso– que se extingue. Ver para Narciso, es nacer, es salir del mundo de la extinción. La imagen que Narciso ve en la fuente no puede atenuarse ni extinguirse. Imagen, la que él ve, inextinguible e inextinta. Muerto, así lo narra Ovidio, ni siquiera en las aguas oscuras de la Estigia puede extinguirse su visión. La imagen que Narciso ve está más allá de la muerte. El mito de Narciso es pues un mito de amor, de supervivencia o de resurrección”.⁷⁶³

En esta mirada que el autor pone sobre el mito de Narciso, si bien considera la imagen como una revelación del sentido, una epifanía, del otro en la imagen de sí, y no como un falso conocimiento del yo, basado en proyecciones, idealizaciones, sobre uno mismo, a pesar de que su perspectiva aporte ese matiz de distinción, podemos encontrar en su reflexión sobre el original mito de Narciso rasgos y funciones que el *neonarcisismo* cumple en la sociedad actual. Por una parte, entendiendo esta pasión egocéntrica que el *neonarcisismo* supone como un mecanismo de supervivencia psíquica y adaptación al mundo en el que vivimos. Mundo en el que lo tecnológico –y, en concreto, el mundo de lo virtual– ha avanzado tan rápido, que lo corporal, el contacto, la voluntad de sentir y sentirse, aparece de manera compensatoria para restituir el equilibrio con nuestra naturaleza. Por otra, como un modo de búsqueda de la eterna juventud, mediante una renovación, una especie de “resurrección” constante, a través del cuerpo y de la imagen.

⁷⁶³ José Ángel Valente, “Pasma de Narciso”, en *Variaciones sobre el pájaro y la red precedido de La piedra y el centro*, Barcelona, Tusquets, 2000², pp. 22s.

Al comienzo de esta disertación acerca del narcisismo planteábamos la cuestión de si podríamos encontrar alguna relación entre la actual falta de ritos de paso a la adultez institucionalizados, o entre los “pseudo-ritos” que los adolescentes tienen para sentir que han dejado atrás la infancia –de los que hablaremos extensamente más adelante–, y el mito de un nuevo Narciso. Esta relación podría ayudarnos a entender la situación de la adolescencia en la actualidad con respecto a ambas cuestiones, mito y rito. Tanto el hecho de que el mito clásico se haya reactualizado así, como el hecho de que la adolescencia pueda pensarse hoy en día como otro mito más, darían sentido a la siguientes reflexiones.

Por una parte, en una sociedad en la que la figura del Narciso adolescente une dos mitos de plena vigencia cultural, no resulta extraño que no existan ritos de tránsito institucionalizados que favorezcan el paso a la adultez. Pues lo que la cultura valora es precisamente esa eterna juventud y la etapa de la adolescencia parece encarnarla a la perfección. Así, la falta de un rito –de ese elemento dramático que favoreciera el paso a la vida adulta– sería precisamente lo que ayudaría a perpetuar el mito en cuestión, el de una sempiterna adolescencia, ese estadio ideal en el que permanecer indefinidamente, conjurando así, al menos aparentemente, a la vejez y a la muerte, al tiempo que se alimenta a la maquinaria consumista capitalista para pueda seguir funcionando a pleno rendimiento. El mito actúa como motor del sistema y el sujeto adolescente, que encarna dicho mito a la perfección, se convierte en el cliente por definición.

Por otra parte, parece lógico preguntarse que si todo mito supone en cierto modo un rito iniciático, ¿habrá algún tipo de “pseudo-rito” que acompañe al mito de la adolescencia en la actualidad? Intentaremos sacar algunas conclusiones al respecto al final de nuestro trabajo.

En todo caso, desde algunas perspectivas filosóficas la falta de ritos se considera algo característico de nuestras sociedades, como veremos más adelante cuando hablemos del confuso tránsito hacia la adultez y abordemos más directamente la cuestión de la falta de ritos de paso institucionalizados. Por ejemplo, Byung-Chul refiere que en la *sociedad íntima y de la transparencia*, como define a la sociedad en que vivimos, en el sentido de un mundo que ha perdido la capacidad de representación para convertirse en un mercado donde se exponen, venden y consumen intimidades⁷⁶⁴, no pueden existir ni los rituales ni

⁷⁶⁴ Han Byung-Chul, *La sociedad de la transparencia*, p. 68.

las ceremonias, pues el ritual, por definición es

“una acción que consta de formas de expresión exteriorizadas, que actúan de modo desindividualizante, despersonalizante y despsicologizante. Los que participan allí “*son expresivos*”, sin tener que exhibirse a *sí mismos* o desnudarse. La sociedad íntima es una sociedad psicologizada, desritualizada. [...]

En el espacio ritual ceremonial circulan signos objetivos; no puede ocuparse de modo narcisista. Bajo cierto aspecto está *vacío y ausente*. El narcisismo es expresión de la *intimidad consigo* sin distancias, es decir, de la falta de distancia consigo. La sociedad íntima es habitada por narcisistas sujetos íntimos, a los que le falta por completo la capacidad de distancia escénica”.⁷⁶⁵

Con respecto a la vinculación entre el narcisismo y la adolescencia en la actualidad encontramos mucha relación entre todo lo anteriormente dicho y los modos, usos y funciones que los adolescentes dan a las nuevas tecnologías –como el uso de las redes sociales, los vídeos en los que se graban, los “selfies” que cuelgan a todas horas en Internet o que comparten a través de sus teléfonos móviles– así como las condiciones de falta de contacto real que imponen estos canales de comunicación, por lo que resulta inevitable preguntarse que impacto estará teniendo todo ello sobre la construcción de su identidad.

Así pues ¿qué hacer con este nuevo narciso creado a imagen y semejanza de una cultura tan inmadura como embelesada con la imagen como lo está el propio adolescente, cuyo narcisismo es fruto además de una adaptación al medio en el que vive? ¿Cómo facilitarle el camino a la madurez en una sociedad en la que escasean los modelos adultos y en la que la educación –en el sentido de transmisión de un saber sabio, valga la redundancia– por muy buenas intenciones pedagógicas que se pongan en ella, está siendo desplazada del modo más perverso por el individualismo hedonista, el gregarismo irreflexivo, el consumismo, la indiferencia, el narcisismo, el culto al cuerpo y por unos modelos sociales que tienen que ver más con el mundo de la imagen que se proyecta y del éxito económico que con la experiencia y la sabiduría? ¿Cómo conseguirlo en una sociedad que además hace mucho dinero convirtiendo al adolescente en un esclavo consumidor? El reto es enorme.

⁷⁶⁵ *Ibidem*, pp. 70s.

6. El nuevo cuerpo

La adolescencia comienza con la pubertad, con los cambios corporales, psíquicos, relacionales y con los deseos y miedos que conlleva salir de la infancia. El punto de partida son unos cambios corporales determinados por la maduración sexual, que provocan a su vez un cambio en la relación con el propio cuerpo, en el que el placer del contacto sensitivo y de la masturbación constituirán una de las grandes novedades. Pero la parte corporal animal en el humano sólo se ve completada con la parte relacional, en su sentido más social y cultural, resultando así un cuerpo no sólo biológico, sino también psíquico, relacional y cultural⁷⁶⁶. Aquí es donde cobran una importancia capital esos aspectos a los que hemos hecho alusión acerca de la imagen y el narcisismo en la postmodernidad en cuanto a su influencia en la constitución de un nuevo cuerpo en la adolescencia.

Con respecto al narcisismo y a la relevancia de la imagen podemos ver que si a lo largo de la historia el narcisismo estaba al alcance sobre todo de los ricos –esos privilegiados que podían pagarse el retrato en cuestión, el espejo o los accesorios embellecedores– y de los hermosos –que encontraban el reflejo de su belleza en el exterior, en los piropos y en el éxito que ésta les granjeaba– en la actualidad el narcisismo podemos decir que se ha democratizado, con la democratización de los accesorios de belleza o de aquellos objetos que permiten retratarse, y también con los arreglos y operaciones de cirugía estética que facilitan, desde pequeños retoques que “optimizan” el aspecto de cada cual, hasta la confección de un físico a golpe de bisturí.

La exigencia es brutal. Los cánones de belleza actuales exigen un cuerpo joven, bello, delgado, dinámico, saludable, en definitiva, una máquina perfecta, por lo que la inversión narcisista en el mismo también es colosal. En el mundo de la imagen el cuerpo constituye una señal de identidad. Y los modelos de referencia que la sociedad ofrece son, fundamentalmente, aquellos que aparecen en los medios de comunicación de masas. No en vano, desde hace unas décadas, además de pertenecer al selecto grupo de los elegidos

⁷⁶⁶ He conseguido esta información oralmente, del psicólogo y psicoterapeuta David García Díez en su conferencia “Adolescente en conflito co seu corpo e coa realidade ante si mesmo”, en las *II Xornadas de Saúde Emocional na Infancia e a Adolescencia. Adolescentes en conflito: un reto para os/as profesionais* organizadas por ASEIA (Asociación para a Saúde Emocional na Infancia e Adolescencia) ,l 27 de junio de 2015, en Ourense.

del *star system* aquellas personas que trabajan en el mundo del cine, de la música o del deporte –en especial del fútbol– se han unido también aquellos que se dedican a la moda. Los y, sobre todo, las modelos de alta costura se han convertido en “superestrellas”, y en los últimos años se le han sumado las denominadas *it girls*, mujeres bellas, delgadas⁷⁶⁷, jóvenes y exitosas cuya apariencia corporal, además de sus vestimentas y actitudes, marcan las tendencias del momento⁷⁶⁸.

Una reflexión muy adecuada y que resume muy bien lo dicho anteriormente la encontramos en las siguientes palabras de Margarita Rivière:

“La búsqueda de la belleza ha dejado de ser un placer, un juego, un sueño de los deseos y se ha hecho tiranía: la eterna juventud, un cuerpo programado como una máquina. Esto es el progreso: el cuerpo, la enorme pluralidad de los cuerpos sometidos a una belleza única decidida entre el laboratorio y el escenario mediático, precipitados a una utopía del delirio cosmético movida por lo mercantil”.⁷⁶⁹

Con el avance de la tecnología y los medios de comunicación hemos visto proliferar modelos de consumo y de vida que, si bien influyen a la sociedad en general, lo hacen de manera más especial en aquellas edades que, por sus características, tienen más necesidad de identificación y pertenencia, como en la adolescencia. El progreso de las diferentes ramas de la ciencia, desde la medicina, la dietética, la reproducción, las ciencias ambientales, etc., han tenido un enorme impacto en el mundo de la moda, de la cosmética y de la cirugía estética, y todo ello ha generado la idea de que un cuerpo “a la carta”, sano y joven es hoy una realidad al alcance de la mano⁷⁷⁰. Podríamos decir que la democratización de la cosmética y de la cirugía estética sustenta el fascismo de la utopía corporal⁷⁷¹.

La belleza perfecta es un espejismo inalcanzable –por mucho que la tecnología

⁷⁶⁷ A veces hasta la escualidez.

⁷⁶⁸ Amparo Almarcha y Luz Campello, “Lo que el feminismo no logró evitar: la anorexia como expresión de la deficiencia del cuerpo”, *op. cit.*, p. 72.

⁷⁶⁹ Margarita Rivière, *Crónicas virtuales*, cit. en David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 140.

⁷⁷⁰ Joana Alegret / M. Jesús Comellas / Pere Font / Jaume Funes, *Adolescentes, Relaciones con los padres, drogas, sexualidad y culto al cuerpo*, Barcelona, Editorial Graó, 2005, p. 130.

⁷⁷¹ David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 141.

prometa con sus avances la eliminación de cualquier atisbo de “defecto” físico—, tanto por su artificiosidad como por el hecho de que se trata de un ideal. La culpa, la frustración y el odio que dicho ideal inoculan en todos aquellos que basen su autoestima en el cuerpo y que no cumplan con tales expectativas, encuentran terreno abonado sobre todo en los y las más jóvenes. Enfermedades como la anorexia y la bulimia, que cada vez afectan a más personas de ambos sexos y de menos edad, tienen que ver —si bien son trastornos más complejos, como ya hemos comentado en la segunda parte de nuestro trabajo⁷⁷²— con esta distorsión cultural, que propone modelos tan inalcanzables como antinaturales. Éste es también el motivo de que nos encontremos con personalidades vacías que se aferran a un cuerpo que cumple con los actuales cánones de belleza y personalidades asombrosas que, estando atravesadas por un cuerpo que no se ajusta al ideal de perfección imperante, ven así mermada su identidad.

Por tanto, la configuración de la identidad, ya sea por identificación o por desidentificación, está atravesada por este hecho. Lo que supone una dificultad añadida de grandes proporciones, como el siguiente comentario de una adolescente (Emma Pedreira) atestigua:

“En Europa,
todas as nenas
levamos un 36 que nos manca
(dalgunha maneira)”⁷⁷³

Pero no sólo los modelos culturales son los que inoculan una determinada imagen corporal, un canon de belleza a imitar. Si la imagen corporal se convierte en algo tan importante en la adolescencia es también, como ya hemos comentado, por los profundos y cuantiosos cambios que transforman el cuerpo en un periodo de tiempo relativamente corto, haciendo que el mismo cobre un protagonismo ineludible. La siguiente reflexión de Virilio ilustra muy bien este hecho:

⁷⁷² Para un análisis más profundo de la cuestión sugerimos la consulta del artículo de Amparo Almarcha y Luz Campello, “Lo que el feminismo no logró evitar: la anorexia como expresión de la deficiencia del cuerpo”, *opus cit.*, 69-82.

⁷⁷³ Carlos Negro, *Penúltimas tendencias*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 2014, p. 9. El autor ofrece en su libro de poemas un retrato de la adolescencia femenina actual desde la desidentificación con los tiránicos cánones de belleza y con los estandarizados comportamientos que se ofrecen como modelos y se esperan de la femineidad en nuestra sociedad.

“Uno de los trastornos más comunes de la pubertad es el descubrimiento por el adolescente de su propio cuerpo como extraño y extranjero, descubrimiento experimentado como una mutilación, que no son más que esfuerzos de reconciliación consigo mismo. [...] Es también en adelante, la época de utilización desmesurada de prótesis técnicas de mediatización (radio, moto, foto, sonido..., etc.). [...] El hombre parece olvidar todo acerca del niño que fue”.⁷⁷⁴

Es razonable que los cambios corporales que se dan a lo largo de la etapa de la adolescencia –además de modo diferente en cada individuo– puedan provocar inseguridad, preocupación, inestabilidad emocional y muchas veces sean fuente de gran insatisfacción personal. Esto aumenta el riesgo de desencadenar en el y la adolescente comportamientos poco adecuados, entre ellos demandas de objetos y consumo, en un intento de controlar tanto la situación como las emociones que se desencadenan⁷⁷⁵. Esta vulnerabilidad emocional y esta inseguridad es compartida por el grupo de iguales, por lo que funciona como un elemento de cohesión grupal y favorece el uso de la moda como seña de identidad, personal pero también grupal. Y el sistema de mercado aprovecha muy bien esta coyuntura, sirviéndose además del hecho de que el sujeto adolescente es más vulnerable también a los estímulos publicitarios y que, a pesar de no tener poder adquisitivo, son agentes de presión en el medio familiar. Es así como el fenómeno de las marcas puede y llega a constituirse como un elemento de pertenencia o de exclusión al grupo, en función de participar o no de un mismo consumo, hecho que tiene un impacto sobre la propia imagen que el y la adolescente se hacen de sí mismos⁷⁷⁶, favoreciendo, o bien mermas en la autoimagen, o bien idealizaciones del *yo*. Es así como a través de la moda se provocan experiencias alienantes que impiden una vivencia plena de la vida y que privan de lo dinamizador que debe haber en una vida “viva”, donde lo importante no sea lo que se aparenta, sino lo que se comparte y lo que se experimenta.

Debemos hacer notar además que una de las emociones que surgen con fuerza en la adolescencia es la vergüenza y hasta el rechazo⁷⁷⁷ por el propio cuerpo. La cantidad de

⁷⁷⁴ Paul Virilio, *Estética de la desaparición*, Barcelona, Anagrama, 1988, pp. 19s.

⁷⁷⁵ Joana Alegret / M. Jesús Comellas / Pere Font / Jaume Funes, *op. cit.*, p. 134.

⁷⁷⁶ *Ibidem*, pp. 134s.

⁷⁷⁷ María Jesús Sánchez Hernández, “El proceso de *embodiment* y los casos de pacientes adolescentes con anorexia nerviosa”, en Luisa Abad González / Juan Antonio Flores Martos (eds.), *Emociones y*

cambios que lo transforman y la pérdida de control sobre el mismo pueden provocar inquietud. Además, a medida que éste se desarrolla y se vuelve adecuado para el sexo aparece el peligro de parecer obscenos ante la mirada ajena. Asimismo, empieza la división entre lo que supone la identidad pública por un lado y la intimidad sexual por otro⁷⁷⁸.

Debemos tener presente también que la parte de nuestra identidad relacionada con el cuerpo se nutre no sólo de lo que nosotros percibimos del mismo o de los modelos culturales. Lo que nuestros padres, familiares y amigos nos dicen, cómo nos ven, es información que acabamos incorporando a nuestra ideología del *yo*, y es importante tener en cuenta que esa manera en como nos ven los demás está mediatizada, no sólo por los modelos culturales, sino por los deseos, anhelos, proyecciones pero también desde las envidias, complejos y limitaciones que los demás ponen en su manera percibirnos y transmitírnoslo, y en esa medida, nuestra identidad está hecha por los demás. De ahí la importancia de “recuperar” nuestro cuerpo, reparar nuestra visión de nosotros mismos para dejar de sentirnos tan alienados a la mirada del otro, y reconocer que la hermosura o la valía de uno no tienen tanto que ver con una perfección corporal –que también– o con un ideal de belleza, sino con aquello que se irradia a través de la personalidad, de los gestos, del movimiento y también con nuestra manera de posicionarnos en el mundo y de relacionarnos. Es realmente ahí donde reside –o donde debería residir– el atractivo de las personas y que, en ese sentido, todos tenemos algo bello, o en todo caso todos podemos cultivarlo, y debemos darle todo el valor que merece o nos quedaremos atrapados para siempre a merced de la mirada del otro. Es muy importante transmitir este mensaje a los y las adolescentes, pues ya hemos visto cuan permeables y vulnerables son a los modelos impuestos por la cultura y cuanto sufrimiento les acarrea el no poder estar a la altura de estas absurdas y tiránicas exigencias, a veces hasta el punto de desarrollar auténticas patologías que truncan sus vidas y las de sus seres queridos⁷⁷⁹.

Por ello es de suma importancia educar para el consumo y para la interpretación

sentimientos. La construcción social del amor, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2010, pp. 131-133.

⁷⁷⁸ Alain de Botton, *Como pensar más en el sexo*, Barcelona, Ediciones B, 2012, p. 21.

⁷⁷⁹ Cfr. María Jesús Sánchez Hernández, *op. cit.*, *passim*.

de la publicidad ya desde la infancia, además de mostrar, desde los modelos adultos, una conducta coherente –esto es, reflexiva, sin dejarse arrastrar por los dictados de la moda y sin ceder a las presiones de la publicidad y de los menores– en lo que a esta cuestión se refiere, para así ofrecer modelos de vida menos vulnerables a la vez que más realistas y satisfactorios que aquellos con que los medios publicitarios nos bombardean.

En otro orden de cosas, una cuestión que no podemos pasar por alto es el hecho de como las nuevas tecnologías, tan importantes y presentes en la vida de los y las adolescentes, están afectando a la relación que tienen con su propio cuerpo y con el de los demás. El desarrollo del mundo virtual ha traído como consecuencia el que prestemos más atención a nuestro físico, al tiempo que ha reducido los contactos cuerpo a cuerpo. Todo ello alimenta aún más el narcisismo del que hemos hablado y está transformando las relaciones con los otros hasta extremos en los que resulta difícil calcular las consecuencias. ¿Qué pasará entonces, por ejemplo, con las relaciones sexuales y la calidad de las mismas? Pensemos en el *cibersexo*, en el que, aunque la fuente de estimulación sea un otro, por su carácter de “otro virtual”, obliga a tocarse uno a sí mismo convirtiendo el sexo con el otro en una experiencia autoerótica. Podemos preguntarnos en realidad qué pasará con todos los tipos de relaciones en los que se corra el riesgo de acabar prefiriendo a la persona virtual que a la real. Porque con el fin de la presencia física y la falta de contacto de piel a piel en beneficio de una presencia inmaterial corremos el riesgo no sólo de perder el cuerpo, sino también la propia mente, como ya Virilio⁷⁸⁰ advertía.

Hemos podido ver en este apartado la enorme importancia que cobra el cuerpo en la adolescencia. El y la adolescente deben asimilar y aceptar la pérdida de su cuerpo infantil, que ahora ocupa ese nuevo cuerpo, cambiado y cambiante, tan determinado por lo cultural. Para ello pondrá en marcha todo un proceso de simbolización que le permitirá abordar la tarea de significar y “hacer suyo”, “habitar”, ese nuevo cuerpo adolescente⁷⁸¹. Hemos visto también como la imagen del *sí mismo* se ve comprometida, tanto por los numerosos cambios que lo transforman como por la información recibida en la interacción con los demás. También como las emociones, los sentimientos y actitudes,

⁷⁸⁰ Paul Virilio, *El ciber mundo, la política de lo peor*, pp. 43-46.

⁷⁸¹ Idea recogida de Ricardo Fandiño Pascual en conferencia citada *in supra*.

más o menos contradictorios, con los que los jóvenes gestionan los cambios corporales de la adolescencia, serán factores que contribuyan a la construcción de su sentido de la identidad. Hemos visto además como los avances tecnológicos están cambiando la relación con el propio cuerpo y con el de los demás y como esto traerá consecuencias difíciles de precisar. Pasemos ahora a analizar otra cuestión, la de la autoestima, relacionada tanto con el cuerpo como con el sentido y significado de quienes somos.

7. La autoestima

En la adolescencia suele resentirse la autoestima. Las exigencias que los modelos culturales –asimilados en mayor o menor medida por la familia, el grupo de iguales y el propio sujeto adolescente– imponen, condicionan la imagen corporal de un cuerpo que en esta etapa se ve sumido en una incontrolable transformación. Si el resultado no cumple con las expectativas de los cánones de belleza, dicha transformación será vivida con más dificultad que si pudiera hacerse de un modo más natural.

Algunas de las enfermedades relacionadas con la alimentación que se han extendido en las últimas décadas, como la anorexia y la bulimia, si bien tienen raíces más profundas, mucho tienen que ver con fallas en la autoestima, exigencias que esclavizan el propio cuerpo y un profundo malestar por no encajar en los moldes que la cultura publicita, llegando, en los casos más dramáticos a constituir verdaderos trastornos psiquiátricos que pueden tener como fatal consecuencia hasta la muerte del individuo.

Pero la autoestima tiene que ver con la totalidad de la persona, siendo la imagen física sólo uno de los aspectos en los que se puede percibir que hay una falta de la misma. Como ya hemos visto, tener un nivel aceptable de autoestima es básico, pues la actitud y el comportamiento que el y la adolescente adopten ante la vida dependerán de como se sientan con respecto a sí mismos.

Siendo la adolescencia un periodo caracterizado por tantos cambios, es común que la inseguridad haga mella, por lo que la autoestima se verá, en el mejor de los casos, necesitada de refuerzo, si está bien instaurada, y en muchas ocasiones la necesidad será de construirla. Tanto el ámbito familiar como el escolar deberán facilitar el desarrollo de la misma, ofreciendo una atmósfera de conexión emocional y apoyo en la que el sujeto adolescente pueda expresar su propia individualidad⁷⁸². También deberán favorecer el

⁷⁸² Cfr. Anastasio Ovejero Bernal / María de la Villa Moral Jiménez / Juan Pastor Martín, *op. cit.*, p. 147.

recuerdo de hechos significativos a nivel afectivo, pues se sabe que la memoria actúa como moduladora de la autoestima⁷⁸³ y proporcionar una educación emocional que ayude a configurar una identidad positiva. Los padres tendrán más peso en cuestiones relacionadas con los planes de futuro y con los valores del individuo que se transmiten a través de la educación, tanto con la palabra como con el ejemplo, y una buena relación con sus hijos facilitará el desarrollo de la autonomía personal favoreciendo el logro de identidad⁷⁸⁴. El papel del profesorado tendrá más peso en la formación de la identidad escolar y será importante como modelo y también como figura de apoyo⁷⁸⁵. Con respecto al grupo de iguales, espejo en el que se miran los adolescentes, tendrán una importancia decisiva en esta etapa en lo que a autoestima se refiere, sobre todo en cuestiones relacionadas con las relaciones personales⁷⁸⁶ y la imagen propia, aunque una buena autoestima implica entender que es más importante *ser* que *pertenecer* al grupo, como ya hemos dicho en la segunda parte de nuestro trabajo.

Para concluir diremos que una autoestima adecuada favorecerá el paso de la adolescencia a la adultez, al proporcionar la confianza imprescindible para asumir los retos y responsabilidades que supone el nuevo estadio vital, además, será necesaria para poder desarrollar una identidad personal coherente y consistente que le permita al y a la adolescente vivir de un modo consciente y auténtico, aceptarse a sí mismo y tener una actitud activa y responsable ante la vida.

8. El género

La construcción del género es un proceso que afecta a la identidad personal. Impregna nuestra personalidad de una forma global, así como al ámbito afectivo en relación con los demás y con nosotros mismos. Tanto la autoestima como el modo en que nos relacionamos con el mundo son cuestiones que están inevitablemente relacionadas

⁷⁸³ Cfr. José T. Boyano, “Identidad y adolescencia: explorando nuestra vivencia grupal”, *Aosma. Asociación castellano-leonesa de psicología y pedagogía* 18 (2014) 1-6.

⁷⁸⁴ Cfr. Anastasio Ovejero Bernal / María de la Villa Moral Jiménez / Juan Pastor Martín, *op. cit.*, p. 147ss.

⁷⁸⁵ *Idem.*

⁷⁸⁶ *Idem.*

con la configuración de la identidad de género.

Las expectativas concretas para cada género se proyectan en variadas cuestiones cotidianas, como ya hemos visto con detalle en la anterior parte de nuestro trabajo. Lo que esperamos o no, lo que pedimos o no, lo que inculcamos o no, lo que damos o no...son cuestiones que difieren en función del género. Así, desde las expectativas que tenemos acerca de los demás hasta los espacios a ocupar, los objetos y vestimentas que utilizar, los comportamientos a esperar o las responsabilidades a atribuir, se ven determinados por el concepto de género.

La construcción del género debemos tener presente que es un proceso en gran medida inconsciente y por tanto muy eficaz, en el sentido de que no se cuestiona lo que se incorpora como rasgo de identidad, se acepta como “orden natural de las cosas”. Al mismo tiempo, las expectativas que se tienen de uno u otro género se hacen unas veces de forma explícita, pero la mayoría de ellas de modo subliminal, contribuyendo a dar un contenido a ese ideal del *yo* que todos nos formamos. De este modo es como se van interiorizando los estereotipos de género establecidos en la cultura en la que estamos inmersos. Dichos estereotipos se van transmitiendo tanto a través de la familia y su entorno más cercano, como a través de las amistades, de la escuela, de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías, sin desdeñar la influencia de la publicidad⁷⁸⁷.

Enseñar a los hijos e hijas a ser hombres y mujeres es un proceso en el que lo biológico y lo corporal se encuentran en sutil interrelación con la cultura en la que se está inmerso. Las categorías y los estereotipos además acaban por favorecer la aparición de roles, expectativas y atribuciones de género, seamos más o menos conscientes de dicho proceso.

La identidad de género empieza a gestarse en la infancia. De hecho, los dos aprendizajes más destacados en este periodo, concretamente a partir de los dos años de vida, son la edad y el género. Parece que entre los cuatro y los siete años somos ya capaces de definirnos a nosotros mismos como del género masculino o del femenino y es la familia la que facilita este aprendizaje, a través de herramientas como por ejemplo el lenguaje o los juegos, sirviéndose de la gran capacidad mimética de los niños y niñas. Además, el niño o la niña desearán ser lo que son, masculino o femenina, si los

⁷⁸⁷ M^a Pilar González García, *O proceso educativo: xénero e violencia*, Santiago de Compostela, Concellería da Muller do Concello de Santiago de Compostela, 2003, pp. 23-37.

progenitores los reconocen como valiosos en dichas identidades. Este sentimiento de identidad sexuada y personal continuará construyéndose a lo largo de toda la infancia y durante la adolescencia. En esta última etapa concretamente, debido a los grandes cambios que se operan a todos los niveles y suponiendo un periodo de tránsito a la adultez, podríamos decir que dos son los asuntos sobre los que se interroga el y la adolescente: una ¿quién soy? y otra ¿quién voy a ser? Los cambios sexuales y la aparición del deseo son factores que contribuyen a que la identidad de género se afirme o pueda verse cuestionada en este momento vital. La misma, al menos en la mayoría de los casos, parece consolidarse en la entrada de la madurez, justo en el umbral en el que el “joven ser” empieza a ser adulto y entra a formar parte del grupo llamado “adultos jóvenes”, esto es, en la actualidad, entre los 20 y los 30 años”⁷⁸⁸.

Veamos ahora que otros factores, además de los comentados, resultan de importancia en cuanto a la configuración de la identidad de género en lo que atañe al ámbito familiar. En el seno de la familia, el reparto y la participación de las tareas domésticas así como lo que se les permite, se les prohíbe y quien parece tener el dominio de las situaciones en el hogar, son aspectos que parecen tener un cierto peso en cuanto a la configuración de la identidad de género.

En cuanto a las personas con quienes se identifican más los chicos y las chicas, el uso del poder y de la influencia dentro de la familia son factores de importancia, como ponen de relieve investigaciones al respecto⁷⁸⁹, prefiriendo asemejarse a quien dispone de más recursos, al que lleva la razón, al que soluciona los problemas que van surgiendo, al encargado de distribuir los privilegios y a quien más se preocupa e interesa por ellos, es decir, al que más los apoya y protege cuando lo necesitan.

En definitiva, que las expectativas que los padres tienen de sus hijos e hijas y el modo en que las transmiten, consciente o inconscientemente, acaba convirtiéndose en lo que los propios hijos e hijas esperan de sí mismos. Dichas expectativas se aprenden desde muy pronto en el seno de las relaciones familiares y “el acuerdo entre lo que se habla, lo que se hace y lo que se les permite hacer es la base de este aprendizaje”⁷⁹⁰.

⁷⁸⁸ Rosa Abenoza Guardiola, *op. cit.*, p. 76.

⁷⁸⁹ Agustín Godás Otero, *op. cit.*, pp. 271s.

⁷⁹⁰ *Ibidem*, p. 272.

Pero los estereotipos de género no se aprenden sólo a través de la familia. La experiencia personal, la escuela y la relación con personas adultas, así como el dejarse llevar por lo que es más frecuente y, por tanto, considerado como normal o el propio uso mental de los estereotipos son otros modos de aprender el género, sin olvidar la influencia que ejercen las nuevas tecnologías, los medios de comunicación y la publicidad.

En lo que respecta a la escuela ésta ofrece nuevas situaciones y modelos de aprendizaje. Aparecen otros adultos significativos, el profesorado y nuevos compañeros y compañeras, convirtiendo el entorno escolar en una fuente de riqueza en lo que concierne a la construcción de la identidad en general y de género en particular⁷⁹¹.

Por otra parte debemos tener presente que los medios audiovisuales y tecnológicos se están convirtiendo en elementos constructores de la realidad social y, por lo tanto, de las identidades de las personas en las sociedades actuales. Pero estos medios de comunicación no son transmisores neutrales de información desde el punto de vista de la socialización humana, sino que suponen un poderoso mecanismo de transmisión y reproducción de estereotipos de género, desde una visión además androcéntrica de la realidad, con el riesgo que esto entraña respecto a mantener unas políticas que apuesten por la igualdad en las relaciones intergénero⁷⁹².

En lo que respecta a como las nuevas tecnologías y los medios de comunicación están influyendo en la configuración de la identidad de género decir que parece sensato afirmar que el consumo de oferta de ocio ofrecida por dichos medios deja su huella, bien reforzando o bien modificando los estereotipos y los roles de género que se van adquiriendo a través de otras vías de socialización.

Es cierto que los rasgos de las identidades de género se están transformando y los elementos masculinos y femeninos se entrelazan cada vez más⁷⁹³; la publicidad, por ejemplo, da buena cuenta de ello ofertando productos cosméticos o vinculados al mundo

⁷⁹¹ Cfr. Agustín Godás Otero, *op. cit.*, *passim*.

⁷⁹² Rita M^a Radl Philipp, “Identidades de género, medios y nuevos medios tecnológicos de la comunicación”, en Jorge García Marín (ed.), *Postmodernidade e novas redes sociais*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, 2012, pp. 26s.

⁷⁹³ Rita Rald Philipp / M^a Begoña Gómez Vázquez / Jorge García Marín, “Influencia mediática televisiva, dinámica familiar y roles de género: algunos datos empíricos sobre la situación de los adolescentes”, en Rita Radl Philipp (ed.), *Cuestiones actuales de sociología del género*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2001, p. 317.

de la moda de carácter *unisex* e incluso mostrando modelos de características andróginas para presentar sus propuestas⁷⁹⁴. Pero es igualmente cierto que conviven con estos cambios, modelos estereotipados en cuanto a roles de género se refiere, como podemos ver también, paradójicamente, dentro del mundo de la moda, ofreciendo modelos que determinan unos roles vinculados a las diferencias de género, ya que se potencian los estereotipos vinculados a la imagen de chica como objeto de deseo, y de chico, con una masculinidad vinculada a la fuerza física y al dominio del sexo opuesto⁷⁹⁵. Otros ejemplos podemos encontrarlos en la prensa femenina, que a pesar de algunos posicionamientos feministas, continúa transmitiendo imágenes de una feminidad que consiste en ser atractiva físicamente, una agradable compañía, ser dulce, estar pendiente de las necesidades de los demás y un modo de expresarlo es mostrándose sumisa, dependiente, moderadamente seductora y frágil. O como contrapartida utilizando el estereotipo masculino e incitando a adoptar comportamientos viriles⁷⁹⁶,

Así, el androcentrismo y el subprotagonismo femenino siguen siendo rasgos visibles en los medios de comunicación, que “contribuyen a la reproducción y producción ideológica de una realidad social que se asienta sobre elementos falsos y falsificados para con los roles de género”⁷⁹⁷. Valores como el poder –político, social y económico– siguen estando mayormente relacionados con personajes masculinos mientras que el valor de los personajes femeninos sigue relacionándose mayoritariamente con el disponer de atributos corporales atractivos para el sexo contrario, siendo por tanto la belleza lo que proporciona relevancia social⁷⁹⁸.

Con respecto a las nuevas tecnologías resaltar que parece evidenciarse que el uso tecnológico está ejerciendo un impacto determinante al reforzar y socializar unas

⁷⁹⁴ Como la modelo Andreja Pejć, nacida con el sexo masculino y de nombre Andrej Pejć, hoy mujer transgénero ante las leyes, con un peculiar rostro y físico que le ha permitido posar tanto con indumentaria masculina como femenina y jugar precisamente con su indefinición sexual como atractivo dentro del extravagante mundo de la moda.

⁷⁹⁵ Joana Alegret / M. Jesús Comellas / Pere Font / Jaume Funes, *op. cit.*, p. 129.

⁷⁹⁶ Marie-France Hirigoyen, *Mujeres maltratadas. Los mecanismos de la violencia en la pareja. El reto de las relaciones personales en el mundo de hoy*, Barcelona, Paidós, p. 63.

⁷⁹⁷ Rita Rald Philipp / M^a Begoña Gómez Vázquez / Jorge García Marín, *op. cit.*, p. 319.

⁷⁹⁸ *Ibidem*, pp. 335s.

características diferenciales que serán definitorias para las identidades de género⁷⁹⁹. Una de las cuestiones que se están poniendo de manifiesto es que la categoría del género actúa de forma más estereotipada en el mundo virtual que en la vida real⁸⁰⁰. Los perfiles tanto masculinos como femeninos que se ofrecen por ejemplo desde los videojuegos parecen ser claramente sexistas, existiendo una generalización de valores como los del honor, venganza, poder, fuerza, orgullo y desprecio por lo ajeno para el género masculino, quedando los personajes femeninos relegados a un segundo plano, como mero adorno del paisaje, como complemento del protagonista masculino o como víctimas de la violencia y sus cuerpos asociados generalmente a rasgos como vulnerabilidad, cobardía, conformismo o sumisión. Así lo atestiguan numerosos estudios que en los últimos tiempos analizan el fenómeno de la violencia y el sexismo en los videojuegos⁸⁰¹. Dentro de los nuevos modelos de protagonistas femeninas de este tipo de juegos podemos destacar el interesante personaje de Lara Croft –u otros modelos similares, más o menos musculados– esa heroína joven, atractiva, de cuerpo delgado, bien definido y torneado, intrépida, valiente, inteligente, sexy y elegante, esa “supermujer”, que si bien se aleja del estereotipo femenino al que hemos aludido anteriormente, recuerda sospechosamente a ese ideal femenino para el hombre de hoy que la propia mujer reproduce, del que hemos hablado en la segunda parte de nuestro trabajo al tratar la identidad de género.

En suma, parece que tanto los medios de comunicación de masas como las nuevas tecnologías están ejerciendo de manera globalizada una función ideológicamente regresiva con respecto al rol del género femenino al incidir y mantener unas estructuras de poder con rasgos androcéntricos⁸⁰².

Vemos pues como la identidad del y de la adolescente quedará forjada en función de las expectativas, normas y valores sociales transmitidos por la familia y por la sociedad, que atribuyen a cada género una serie de características y rasgos que tanto ellas como ellos asumirán como parte de un “yo ideal”⁸⁰³. Sigue educándose, en general, a las

⁷⁹⁹ Rita Radl Philipp, *op. cit.*, p. 22.

⁸⁰⁰ *Ibidem*, p. 24.

⁸⁰¹ *Ibidem*, p. 39.

⁸⁰² *Ibidem*, p. 32.

⁸⁰³ Marie-France Hirigoyen, *op. cit.*, pp. 63s.

niñas para que se ajusten a un patrón hecho por y para el hombre, desde los roles a desempeñar hasta su propio cuerpo. La dirección de los niños es diferente a la que siguen las niñas. El pertenecer al sexo masculino es un valor por definición y se les hace saber y sentir desde que nacen. La capacidad de imponerse, de defender los propios derechos y de ser fuerte y valeroso son rasgos generalmente atribuidos al género masculino. La sociedad prepara a los hombres para ejercer un rol dominante y esto se transmite al terreno del poder y se observa en actitudes y comportamientos de dominación, posesión y control⁸⁰⁴.

Al mismo tiempo, como una paradoja más de la posmodernidad, vivimos en una época en que la emancipación de la mujer y la igualdad entre hombres y mujeres en todos los ámbitos, incluidos el amor y la sexualidad, aunque no sea plena en la práctica, ha supuesto un cambio enorme en las relaciones entre ellos y esto ha producido una crisis de identidad en los hombres. Podemos ver como, frente al aumento de poder de las mujeres en la sociedad, algunos ofrecen resistencia o rechazan más o menos abiertamente esta nueva situación, pero probablemente todos experimenten, en mayor o menor grado, desconcierto e inseguridad –e incluso temor de perder una mal entendida masculinidad– ante una situación que exige una nueva redistribución de las funciones sociales, tanto en el ámbito público como en el privado y una búsqueda de la identidad, por tanto, desde nuevos lugares también.

Podemos decir entonces que en coexistencia con los tradicionales estereotipos de género se está dando una crisis de los estereotipos de la feminidad y la masculinidad. Y probablemente, esta crisis esté fomentando el anclaje en los estereotipos más tradicionales, al menos para un amplio sector de la población, que no encuentra el coraje necesario para hacer el esfuerzo de invertir de una forma creativa nuevos roles masculinos y femeninos y de resituarse en roles más igualitarios y respetuosos para ambos géneros, pues no olvidemos que una estructura social en la que impera un modelo tipo “opresor-oprimido” resulta denigrante para una y otra posición.

Al hilo de la cuestión destacaremos otro asunto de actualidad cada vez más alarmante, producto de las construcciones machistas en nuestros tiempos. Nos referimos al maltrato de género en adolescentes⁸⁰⁵. Y es que, aunque más sutil, el machismo sigue

⁸⁰⁴ *Ibidem*, p. 101.

⁸⁰⁵ Aunque la acepción “maltrato de pareja” resulte quizás más adecuada, dado que el maltrato también puede darse ente parejas homosexuales.

estando presente en nuestra sociedad, que le da un significado cultural, por lo que resulta más complicado que el adolescente que lo reproduce comprenda que el problema es su forma de comportarse. En el caso de las chicas, destacar que el machismo encubierto que recibe por parte de la sociedad de mujer hipersexualizada, más centrada en buscar la admiración y la complacencia del varón y más preocupada de su propia imagen que ocupada en desarrollar otros valores, tampoco se lo pone fácil para protegerse en lo que respecta a la violencia de género. Así, se tiene cada vez más constancia de relaciones de pareja adolescentes con el control⁸⁰⁶, la posesión y comportamientos potencialmente agresivos como ingredientes habituales de las mismas y como caldo de cultivo para el maltrato.

Dentro de las conductas violentas que tanto chicos como chicas reconocen haber llevado a cabo con más o menos frecuencia se encuentran: revisar el móvil de su pareja, decirle con quién puede hablar y dónde, controlar todo lo que hace, insultarla, controlar dónde está, impedir que vea a sus amistades, difundir SMS, imágenes, etc., sin su permiso, asustar, ofender, chantajear, etc., obligarle a hacer cosas que no quiere, insistir en tener relaciones sexuales, pegarle o decirle que si la deja le hará daño, decirle que no vale nada, hacerle sentir miedo o grabar o hacer fotos sin su permiso. Las nueve últimas conductas enunciadas prevalecen mayoritariamente en los chicos⁸⁰⁷.

Para terminar, podemos hacernos una idea de como los y las adolescentes de hoy en día construyen su identidad de género atendiendo a las cualidades que se atribuyen a sí mismos. La sensibilidad y la ternura, la preocupación por la imagen, la responsabilidad y la prudencia, la comprensión y la inteligencia, el ser trabajadora y estudiosa, son rasgos con los que se sienten más definidas las chicas, mientras que los chicos se sienten más identificados con características como el ser tranquilos, emprendedores, autónomos, superficiales, posesivos, celosos, independientes, dinámicos y activos⁸⁰⁸.

Lo expuesto hasta el momento, y también las conclusiones que hemos podido

⁸⁰⁶ Que las nuevas tecnologías, como el teléfono móvil, facilitan, permitiendo una localización y comunicación casi constante de los miembros de la pareja.

⁸⁰⁷ Información extraída de Elena Rodríguez San Julián / Ignacio Megías Quirós, ¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia, Madrid, Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, 2015.

⁸⁰⁸ *Idem.*

sacar a la luz de los resultados de un cuestionario que hemos pasado a adolescentes de nuestra comunidad, y que se exponen en los Anexos de nuestro trabajo de investigación, indican que hay mucho trabajo por hacer en lo que respecta a educar y transmitir unos estereotipos de género que trasciendan la rigidez, la desigualdad y las posiciones extremas en cuanto a identidad de género se refiere, que permitan a los individuos de nuestra sociedad expresar su individualidad a través de su identidad de género, en vez de sentirse encorsetados, encasillados y finalmente limitados en unos estereotipos tan injustos como trasnochados. En lo que respecta a la violencia de género, decir que si es posible es porque de algún modo la sociedad la acepta en silencio. Únicamente la lucha contras las mentalidades sexistas, la educación real en la igualdad y en el respeto y el liberar a ambos sexos de los estereotipos que se les atribuyen permitirán que dicha violencia –enorme lacra de nuestra sociedad que tanto sufrimiento y muerte comporta, sobre todo a las mujeres– cese a cualquier edad.

9. La hiperestimulación y el aburrimiento

Otro aspecto a mencionar y que estaría relacionado tanto con el uso de las nuevas tecnologías por parte de los jóvenes como con la importancia que ha adquirido la cultura –e industria– del ocio y también a causa del deseo de los padres de ofrecer a sus retoños el abanico más amplio de experiencias posibles⁸⁰⁹, es la cuestión del aburrimiento. Pensamos además que esa indiferencia postmoderna característica de nuestras sociedades está relacionada con dicho asunto.

Los adolescentes son muy susceptibles al hastío. Para Bertrand Russell ha constituido una de las fuerzas motrices durante toda la historia y en la actualidad más que nunca⁸¹⁰. Lo considera fundamentalmente como el deseo frustrado de que pase algo, no necesariamente agradable y su contrario sería la excitación⁸¹¹. Dice que aunque ahora nos aburrimos menos que en épocas pasadas, tenemos más miedo a hacerlo y esto es un problema, pues considera que cierto grado de tedio es necesario para la vida, puesto que

⁸⁰⁹ Con la intención, imaginamos, de enriquecer sus vidas con experiencias y diversiones que quizás ellos no tuvieron y anhelaron, eso sumado al hecho de que vivimos inmersos en una cultura consumista y hedonista que lo promueve y predica.

⁸¹⁰ Bertrand Russell, *La conquista de la felicidad*, p. 57.

⁸¹¹ *Idem.*

ningún logro de importancia, ningún propósito constructivo serio, es posible sin un trabajo persistente que no pocas veces incluye momentos de aburrimiento. Esta capacidad de soportar la monotonía debe adquirirse, mediante la educación, en la infancia. Los padres modernos suelen proporcionar a sus hijos muchos entretenimientos pasivos, placeres excitantes que no conllevan ningún esfuerzo físico, ni la puesta en práctica de la creatividad. La excitación funciona como una droga⁸¹², cada vez se necesita más, así, a medida que los niños van creciendo se van volviendo menos tolerantes a esa monotonía fructífera necesaria para alcanzar cualquier logro lejano que requiera inventiva, persistencia y esfuerzo⁸¹³. Russell considera que para llevar una vida satisfactoria resulta necesaria cierta tranquilidad y capacidad de soportar el aburrimiento, y ésta es una de las responsabilidades que el educador –ya sean los progenitores o los maestros– debería tener presente a la hora de ayudar al niño y al joven a construir su identidad⁸¹⁴.

Pero esta escasa tolerancia al hastío que tampoco permite un “aburrimiento profundo que sería de cierta importancia para un proceso creativo”⁸¹⁵ es una cuestión de índole cultural. El medio en el que vivimos está reemplazando progresivamente la atención profunda y contemplativa, necesaria para la existencia de logros culturales, por una forma de atención completamente distinta, la hiperatención. Este nuevo tipo de atención se caracteriza por un cambio acelerado de foco entre distintas fuentes de información, procesos y tareas, impidiendo que el aburrimiento profundo, lo que Walter Benjamin llamaba “el pájaro de sueño que incubaba el huevo de la experiencia”⁸¹⁶, pueda tener lugar.

Los adolescentes de hoy en día viven rodeados de estímulos. Internet, los teléfonos móviles, los videojuegos, la televisión...forman parte del medio en que se desenvuelven. Algunos de estos aparatos, como el móvil, hemos visto que han llegado

⁸¹² Y hablando de drogas, podemos pensar también que la especial vulnerabilidad que presentan los y las adolescentes al abuso de sustancias puede tener que ver –entre otros motivos, como por ejemplo la posibilidad de acceso a las mismas, la curiosidad, la presión de grupo, etc.– con el hecho de que constituyen un poderoso antídoto contra el aburrimiento, aunque con fatales consecuencias.

⁸¹³ Bertrand Russell, *La conquista de la felicidad*, p. 57.

⁸¹⁴ Cfr. *Ibidem*, pp. 61-65.

⁸¹⁵ Han Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, p. 35.

⁸¹⁶ *Idem*. El autor cita textualmente a Walter Benjamin, “El narrador”.

incluso a formar parte de su identidad. La necesidad generalizada de hiperatención y sobreexcitación es un hecho. Cada vez les resulta más difícil, por ejemplo, ver películas antiguas, con argumentos por lo general de más enjundia y en las que la acción discurre de un modo menos “excitante”, menos trepidante que la mayoría de los filmes comerciales actuales. Mi experiencia como profesora me permite además observar ciertas diferencias entre los adolescentes actuales y los adolescentes de mi generación en el modo de comportarse en el aula. Hoy tienen menos reparos en manifestar inquietud y aburrimiento si la clase no presenta cambios de actividad cada cierto tiempo y si es demasiado teórica⁸¹⁷.

Otro hecho constatado es que cada vez leen menos libros, probablemente tenga que ver con que el esfuerzo y constancia que por lo general requiere su lectura no pueden competir con la comodidad y el placer más inmediato de otro tipo de entretenimientos que ahora se les ofrecen. Los cambios que ha sufrido la vida laboral en estos momentos –la incorporación de la mujer al mundo del trabajo, por ejemplo, y los extensos horarios a los que se somete al trabajador– también han incrementado el nivel de excitación no sólo de los adultos, sino de los adolescentes. Muchos de ellos llenan sus tardes en diversas actividades extraescolares, en algunos casos porque sus padres no pueden o no quieren ocuparse de ellos cuando salen de la escuela, también debido al interés de la familia por ofrecer a sus hijos una gran cantidad de opciones, e incluso porque los propios adultos están “enganchados” al mismo nivel de sobreexcitación que inculcan a su descendencia.

Esta sobreestimulación acaba por provocar habituación. Si la cantidad de excitación sigue aumentando la tolerancia será cada vez mayor y una de las consecuencias será cierto grado de indiferencia, reñida ésta con cualquier tipo de ideal ético⁸¹⁸. Este exceso de estímulos tan característico de nuestra sociedad de consumo podemos observarlo tanto en el consumo de ocio –con las nuevas tecnologías a la vanguardia– como en los *mass media* o en la publicidad –todos medios a los que, recordémoslo, el adolescente se muestra especialmente vulnerable. El bombardeo sensorial acaba por provocar insensibilidad, se es capaz de recibir gran cantidad de información pero de un

⁸¹⁷ En esto seguro que también tiene que ver el hecho de que en la actualidad se muestre mayor permisividad ante comportamientos que antes no se consentían. Antes si te aburrías en clase, disimulabas, hoy no necesariamente.

⁸¹⁸ Fernando Savater, *Invitación a la ética*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 62.

modo superficial, a costa de que no se profundice emocionalmente demasiado.

En otro orden de cosas y retomando aspectos de la postmodernidad sobre los que ya hemos hecho hincapié, decir que nuestras sociedades desarrolladas y masificadas muestran una tendencia cada vez mayor a excluir a los más necesitados y al prójimo. Las teletecnologías y los cambios que éstas han provocado en nuestras costumbres de vida – como por ejemplo el trabajo y el amor a distancia– han empeorado esta situación. El acelerado ritmo de vida al que estamos sometidos es un elemento de desintegración y deconstrucción, como también lo son, bien las exigencias laborales, bien la imposibilidad de encontrar trabajo, ambos fenómenos característicos de nuestro tiempo.

Algunos de estos rasgos y elementos que configuran el panorama de la postmodernidad y que afectan directamente a nuestros jóvenes tienen que ver entonces con el paisaje económico cambiante al que empiezan a verse abocados. La precariedad, la complejidad, la inseguridad y la situación de paro actual pronostican un futuro poco halagüeño. Tampoco el avance de la *tecnociencia* es garantía de progreso. La incertidumbre resulta inevitable, no sólo es que los jóvenes no sepan que van a hacer con sus vidas, es que tampoco pueden saberlo⁸¹⁹. Sin un proyecto de identidad que contemple el aspecto laboral la proyección hacia la vida adulta se complica.

Un ejemplo claro podemos encontrarlo en la “generación nini”. La denominación *nini* hace referencia a una categoría social propia de estos tiempos y fruto de las circunstancias y características de nuestra sociedad, que propician que un determinado sector de la población, los adolescentes y los jóvenes, ni estudien ni trabajen. El abandono escolar, la falta de recursos económicos, el paro, la marginalidad, etc., serían algunos de los motivos que favorecerían esta preocupante situación de estancamiento vital que supone un auténtico lastre a la hora de emanciparse y construir la identidad adulta, en la que tanto lo estudios como el trabajo, el oficio a desempeñar en la adultez, ya sea el fruto de un largo camino académico o el resultado de un ingreso en el mundo laboral a edad más temprana, son factores determinantes en cuanto a la configuración de la identidad.

Como hemos podido comprobar, el entorno social en el que crecen nuestros adolescentes es muy complejo y adaptarse a él sin someterse al mismo no parece cosa fácil. La familia es la institución que algunos autores, como los ya comentados David P.

⁸¹⁹ David P. Montesinos, *op. cit.*, pp. 55-57.

Montesinos o Paul Virilio, entre otros, consideran uno de los pocos espacios en los que refugiarse de la soledad, el distanciamiento e inhumanidad que se respira en las grandes ciudades⁸²⁰, y uno de los pocos obstáculos con que oponerse a la frialdad del dinero⁸²¹ y a la superficialidad o, en todo caso, creciente dificultad de las relaciones en nuestras sociedades. Analicemos dicha institución más detenidamente.

2. El entorno doméstico

En las últimas décadas se han producido grandes transformaciones en el entorno doméstico. ¿A qué corresponden las nuevas formas de relación y filiación? Podemos pensar que los cambios sociales, culturales, económicos y demográficos que se han ido produciendo a lo largo de estos últimos años han sido factores que han influido en el actual concepto de lo que significa la familia. Los estilos educativos, las figuras paternas, los roles de género, las dinámicas familiares o la propia consideración de lo que significa ser niño o adolescente, están cambiando.

Uno de los aspectos más destacables en la familia actual es la erosión de la autoridad dentro de dicha institución, al menos si tomamos como referencia el modelo de familia que ha prevalecido como pilar fundamental de la estructura social: nos referimos a la familia nuclear y patriarcal, que hoy parece estar en declive. Dicha decadencia de la figura de autoridad no sería más que la consecuencia de un largo proceso de siglos de duración, que comenzaría a gestarse con el advenimiento de la Modernidad y la revolución ideológica que supusieron los avances científicos de la época, tirando por tierra el sistema teocrático o teocéntrico, que organizaba todas las estructuras de poder – ámbito religioso, político, social y moral.

El patriarcado se reflejaba a nivel macroscópico en la figura de Dios, en un nivel político con el monarca absoluto, y a nivel social y moral, en la constitución de las sociedades y en la familia como pilar de esa sociedad, con el padre como cabeza de familia. La crisis del patriarcado o crisis del “falocentrismo” tendría que ver con la emancipación de colectivos antes marginados y supeditados a la figura de la autoridad patriarcal, como la mujer, otras razas tenidas como inferiores, el niño, el adolescente o los

⁸²⁰ Paul Virilio, *El ciber mundo, la política de lo peor*, p. 63.

⁸²¹ David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 110.

animales. Dicha liberación, que empezó a llevarse a cabo, en términos generales, en el siglo XIX y prosiguió en el XX, sigue teniendo sus efectos en nuestros días.

Una de las consecuencias de mayor importancia a efectos de nuestro trabajo es la que afecta a la actual consideración de la figura infantil. Ya hemos comentado que en un determinado momento el niño deja de ser un objeto de posesión para convertirse en un sujeto de derecho. Esto tendrá una repercusión enorme en la vida del infante y del resto del entorno familiar. Efecto de esta transformación y de las mejoras en lo que concierne al consumo y al bienestar en las sociedades occidentales –que en España podríamos situar aproximadamente tras la caída del franquismo–, empieza a conformarse una nueva figura de transición entre el mundo de la infancia y el adulto: el adolescente⁸²². Para el sociólogo David P. Montesinos, lo que se está forjando con este cambio es un

“desplazamiento del centro de gravedad de la institución desde la figura del *pater familias* hacia la del hijo y, en consecuencia, hacia la madre. Si la cultura en Occidente se ha feminizado, es porque se ha maternalizado”.⁸²³

El movimiento de liberación de la mujer, sin duda, ha sido un factor decisivo en la configuración de la actual situación de la familia. Al hacerse independiente económicamente y tener la posibilidad de emanciparse del hombre, y de romper el vínculo de pareja cuando ya no le satisfaga –algo impensable en otros tiempos no demasiado lejanos–, ha provocado que la cuestión de la familia quede en una situación de incertidumbre, de confusión, respecto a las posibilidades que se abren en lo que concierne a la construcción familiar y a la relación con los hijos por parte de sus progenitores.

La familia única para toda la vida empieza a ser una excepción.

“La regla será un ir y venir entre diferentes familias temporales o bien entre formas de convivencia no familiares según las fases de la vida [...] Este pluralismo biográfico de las formas de vida [...] se está convirtiendo en la ‘norma’ (paradójica) del convivir y de la confrontación de hombres y mujeres bajo las condiciones de la individualización”.⁸²⁴

⁸²² *Ibidem*, p. 104.

⁸²³ *Idem*.

⁸²⁴ Pepa Cruz Cantero / Paloma Santiago Gordillo, *op. cit.*, p. 95.

Pensar hoy en lo que significa ser una familia supone un mosaico en el que cabe desde la familia monoparental, homoparental, reconstruida, con hijos biológicos, adoptados, concebidos por fecundación artificial...⁸²⁵. Una familia hecha a la medida de los deseos y posibilidades de cada cual, una familia, podríamos decir, característica de la postmodernidad. Para el anteriormente citado psicólogo y psicoterapeuta Ricardo Fandiño Pascual:

“Estamos viviendo un cambio a nivel social y familiar, pasando de las familias tradicionales a las familias posibles. La magnitud de los cambios sucedidos en el contexto familiar genera nuevas dinámicas en la vida familiar, en los roles, en las expectativas, etc., y en la aparición de nuevos modelos y vínculos familiares. Acompañando a los cambios sociales que se vienen dando en la configuración y funcionalidad de las familias, las figuras parentales están más difusas; su presencia en la vida del niño es menor. En este contexto las familias pueden encontrarse con menos recursos para contener el conflicto adolescente. La indefinición de los roles parentales, favorecidos en ocasiones por la ausencia, dispersión, inconsistencia o confusión de las figuras que los desarrollan, pueden contribuir de forma significativa a que la transición entre la infancia y la vida adulta resulte un proceso marcado por la desorientación”.⁸²⁶

Además, el desplazamiento hacia los hijos de la idea de un vínculo amoroso para toda la vida, el aumento del poder adquisitivo en la sociedad de consumo, la desaparición de la figura del ama de casa, la menor presencia de los progenitores en la vida de sus hijos, la relajación del modelo moral del ejemplo y la responsabilidad, el hecho de que la imposición disciplinaria haya sido sustituida por los consejos prácticos de la seducción, y la norma autoritaria por la norma indicativa, sugerente y flexible, así como la debilidad de los nuevos padres para asumir tareas que requieren paciencia, entereza y firmeza, o la confusión y el miedo a traumatizar al infante que la psicologización de la vida cotidiana ha introducido en el acervo cultural, son hechos que han contribuido también a que la educación de las nuevas generaciones sea más permisiva. Hecho este último que hemos podido constatar de forma directa, y que expondremos en las conclusiones derivadas del Planteamiento empírico que hemos incluido en los Anexos de nuestro trabajo de investigación. Esta educación laxa, falta de límites y de roles claros provoca que

⁸²⁵ *Ibidem*, pp. 104s.

⁸²⁶ Ricardo Fandiño Pascual, conferencia citada *in supra*.

interiorizar la autoridad familiar se convierta en una tarea complicada.

El resultado es que tanto los padres como los adolescentes se encuentran perdidos en lo que se refiere a la asunción de los roles dentro del entorno familiar y de las directrices a seguir en lo que respecta al proceso educativo. Así, las familias delegan la tarea de la socialización más básica y de la educación de sus hijos en instituciones que van desde la escuela, el Estado en los casos más trágicos –pensemos en los centros de menores, cada vez con más usuarios remitidos allí porque sus padres no pueden, no quieren o no saben como hacerse cargo de su propia progenie, que se ha convertido en el enemigo–, o los lugares donde se imparten las actividades extraescolares, también en los parques infantiles y en los *fast-foods* en el caso de los niños más pequeños, por no hablar de la televisión o Internet, tan nocivas como efectivas soluciones ante la falta de tiempo o el esfuerzo que suponen un hijo o una hija necesitados de diálogo⁸²⁷.

Aunque hay excepciones, el panorama esbozado, al que ya hemos hecho alusión en la segunda parte de nuestro trabajo al desarrollar el concepto del hijo-Narciso, forma parte de nuestra realidad actual y nos permite observar una transformación a nivel social en lo que a la relación entre padres e hijos se refiere desde principios del siglo pasado hasta la actualidad. Para ilustrarla nos serviremos de cuatro figuras que encarnan tantos tipos de relación paterno filial⁸²⁸. El hijo-Edipo, de una época que alcanzaría hasta finales de los años setenta, el hijo-Anti-Edipo, que sería una vicefigura del primero, el hijo-Narciso, ya comentado, que sintetizaría el periodo de las últimas décadas hasta la actual crisis económica acaecida en Occidente. Dicha crisis, junto con las transformaciones que

⁸²⁷ David P. Montesinos, *op. cit.*, pp. 108s.

⁸²⁸ Nos gustaría aclarar que hasta el momento hemos estado utilizando el concepto “padres” para referirnos de un modo genérico a esas figuras que ocupan el lugar de la madre y el padre en la configuración familiar. Nuestra intención al utilizar dicho concepto es buscar la simplicidad expositiva del discurso, sin olvidar que las nuevas constelaciones familiares de hoy en día trascienden dicha categorización y, aunque en determinados momentos hagamos alusión a “los padres y las madres”, en otros utilizamos sólo la noción “padres” por el motivo mencionado, pero sin perder de vista todas las precisiones que se deben tener en cuenta al interpretar dicho concepto, tanto en lo que concierne a la cuestión del género como a lo que tiene que ver con el tipo de familia del que estemos hablando.

Hecha esta precisión, nos gustaría ahora clarificar que en lo que sigue utilizaremos el concepto “paterno” para referirnos a las atribuciones que desde el psicoanálisis se le dan al concepto de “padre” en contraposición al de “madre”. Esto es, el padre como figura que encarna las nociones de límite, de ley, y que con su presencia permitirá el auténtico acceso al mundo simbólico a través de la palabra, pues debemos tener en cuenta, como indica Arnoldo Liberman, que nacer no supone sólo salir del vientre materno, la función del progenitor es mucho más que biológica, es humanizante. Cfr. Arnoldo Liberman, *La nostalgia del padre. Un ensayo sobre el derrumbe de la certeza paterna*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1984, p. 60.

han afectado a nuestra vida colectiva, impondrían una nueva figura, la del hijo-Telémaco⁸²⁹. Todas estas figuras nos servirán para dar cuenta de como los cambios sociales e ideológicos de los últimos cien años han ido perfilando nuevos abordajes relacionales y educativos por parte de los progenitores así como nuevas tipologías en la infancia y adolescencia.

El hijo-Edipo es aquel que proponía Freud al enunciar el complejo de Edipo basándose en el mito de Sófocles⁸³⁰, y que pone de manifiesto el choque que se da entre generaciones cuando la Ley y el deseo entran en conflicto. Recordemos de modo muy somero que el complejo de Edipo es aquel que tiene que superar el infante en la triangulación con sus progenitores, a saber, renunciar, llegado el momento, a la fusión con la madre, reprimir el deseo de que ésta sea sólo para él y aceptar que no puede ocupar un lugar que está reservado al padre. Es por tanto un hijo que vive la figura paterna como un obstáculo para el cumplimiento de su satisfacción. Esto es, la Ley del padre aparece como una barrera contra el deseo del hijo. La resolución del conflicto se da cuando este último asume la Ley del padre, que introduce la noción del límite, el hecho de que no todo es posible. Esto le impulsará hacia la autonomía, alimentará el deseo de hacer un camino propio, pero con las figuras paterna y materna como modelo y también como guía.

La figura del hijo Anti-Edipo está inspirada en el libro publicado en 1972 de Deleuze y Guattari titulado *El Anti-Edipo*⁸³¹ en el que los autores realizaban una crítica tanto práctica como teórica del psicoanálisis. No entraremos a detallar las cuestiones tratadas en este libro, baste decir que esta tipología de hijo estaría inspirada en el revolucionario que cuestiona el orden establecido, que no reconoce padre ni Dios, ni tampoco necesita del inconsciente como productor de sentido, así, el hijo Anti-Edipo haría referencia al sujeto que, en su voluntad de autoafirmación, quisiera verse libre de todo vínculo con el otro, que pretende no entrar en conflicto con el padre prescindiendo de su figura, por tanto también de la noción de límite y de los efectos de la Ley de padre. El riesgo es que esa falta de límite ante el deseo no acabe convirtiéndose en destrucción, en goce mortífero.

⁸²⁹ Cfr. Massimo Recalcati, *op. cit.*, pp. 106-131.

⁸³⁰ Sófocles, *Edipo rey*, Madrid, Cátedra, 2009.

⁸³¹ Gilles Deleuze / Félix Guattari, *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

El hijo-Narciso, como decíamos en la anterior parte de nuestro trabajo, es el desastroso resultado de la caída de la autoridad paterna, ese hijo que ha ocupado el lugar de los progenitores. No sólo porque ha sometido el orden familiar a sus necesidades narcisistas, porque en vez de adaptarse a las leyes simbólicas y a los tiempos de la familia impone que ésta tenga que amoldarse a su antojo, sino también porque en nuestra época se ha enfatizado hasta tal punto en los derechos del niño que cualquier actividad educativa que asuma una responsabilidad vertical de su formación se mira con recelo, olvidando que el infante necesita la acción del Otro para formarse como sujeto, una acción que incluya la experiencia del límite y de la carencia, para que el deseo pueda hacer acto de presencia y sea un estímulo ante la vida y también para que pueda aprender a integrar el dolor y frustración que la existencia inevitablemente conlleva.

Por último y como resultado de la situación anterior, el hijo-Telémaco encarnaría a ese hijo a la espera de un padre que ejerza como tal, esto es, un padre auténtico que cumpla su función de “iniciar en el conocimiento, germinar en la vida, educar y dirigir conductas de crecimiento autónomo, enseñar como actuar frente al infortunio”⁸³², y no un padre que esté instalado solamente en el autoritarismo, o en el *rol* que le otorga su privilegiado lugar en el engranaje familiar y social, o peor aún, que no ocupe ni siquiera el lugar del padre.

Por eso el deseo del hijo-Telémaco, como el del personaje mitológico, es el del regreso del padre: “Si a todo alcanzara el poder de los hombres mortales, yo primero eligiera el regreso del padre querido”⁸³³. La reactualización de este mito resulta muy útil para ejemplificar la situación de la adolescencia en la actualidad en lo que respecta a la caída de la autoridad paterna como fenómeno esencial de nuestra cultura, tanto en su sentido simbólico, como encarnación de la ley, como en la configuración de las relaciones familiares, pues, como ya hemos dicho, el padre ha pasado de ser esa figura autoritaria que lo caracterizaba en épocas pasadas a ocupar un rol de amigo y cómplice, debilitando así su figura y función, y dejando vacío el lugar de quien encarnaba el principio de autoridad que regía en la cultura.

La indolencia, la apatía, la desgana, la depresión, la insatisfacción constante, el

⁸³² Arnoldo Liberman, *op. cit.*, p. 47.

⁸³³ Homero, *Odisea*, canto XVI, Barcelona, Cátedra, 1973.

egocentrismo desorbitado, el desprestigio del trabajo, del esfuerzo y de la ética como maneras de conducirse por la vida, son algunos de los efectos provocados por esta situación que podemos observar, así como del nacimiento de un nuevo malestar en la cultura⁸³⁴.

3. El ámbito escolar

El entorno escolar también ha cambiado. Para hacernos una idea de la magnitud de dicha transformación, transcribimos a continuación unas palabras con las que el escritor Stefan Zweig relata algunos aspectos de lo que suponía la pedagogía del siglo XIX:

“Tenían que educarnos de tal manera que aprendiésemos a respetar lo establecido como algo perfecto e inamovible, infalible la opinión del maestro, indiscutible la palabra del padre, absolutas y eternamente válidas las instituciones del Estado. El segundo principio cardinal de aquella pedagogía, que también se aplicaba en el seno de la familia, establecía que los jóvenes no debían llevar una vida demasiado cómoda. Antes de poder beneficiarse de un derecho, debían tener asumido el principio del deber, sobre todo el de la obediencia total. Se nos inculcaba desde el primer momento que, como aún no habíamos hecho nada en la vida y, por lo tanto, no teníamos experiencia alguna, lejos de vernos en condiciones de pedir o exigir cosas, no podíamos sino estar agradecidos por lo que se nos concedía. En mi época, este estúpido método de intimidación se utilizaba desde la primera infancia. [...]

El que nos sintiésemos bien o mal en la escuela carecía de importancia. En concordancia con los tiempos, su verdadera misión consistía no tanto en hacernos avanzar como en frenarnos, no en formarnos interiormente sino en amoldarnos –con la resistencia mínima posible– a la estructura establecida”⁸³⁵.

El sistema educativo ha cambiado enormemente desde los tiempos en que Zweig era un niño. El siglo XX supuso una verdadera transformación en cuanto al modo de entender algunos aspectos fundamentales implicados en la educación, como la consideración de la infancia, de la mujer, de la sociedad y de la vida en general. Y si antes la estructura educativa –como buena institución del Estado– estaba bien instaurada, en

⁸³⁴ Cfr. Massimo Recalcati, *op. cit.*

⁸³⁵ Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Editorial Acantilado, 2001, pp. 58-60. Este tipo de educación decimonónica duró en España hasta bien entrados los años 50, como refieren múltiples adultos que en aquella época eran adolescentes, con los que he tenido ocasión de cambiar impresiones sobre esta cuestión.

perfecta armonía con los valores de estructura política y social a la cual representaba, durante el siglo XX, sobre todo en las cuatro últimas décadas, los cambios han sido tan numerosos como vertiginosos hasta toparnos con la situación actual. Muchos de los logros educativos conseguidos en el siglo pasado –fundamentalmente en la escuela pública– producto del paso a una sociedad democrática, vemos como empiezan a tambalearse. La enseñanza –y cada nueva ley educativa así lo pone de relieve– está cada vez menos orientada a ofrecer la vivencia de una experiencia personal enriquecedora. La educación es cada vez más materialista, como la propia cultura en la que estamos inmersos. Así, aprender consiste no tanto en adquirir la capacidad de analizar y entender el mundo en que vivimos como satisfacer las demandas laborales que la sociedad capitalista y consumista impone. Y si uno de los fines de la educación debe ser el fomentar el pensamiento crítico –y ello pasa por enseñarles a los y las alumnas a escuchar, pensar con hondura, razonar, criticar y debatir respetuosamente las ideas en un diálogo con los demás, aunque también con ellos mismos, y en última instancia, abandonar las creencias que se tengan si es para asumir otras mejores, pues es este el modo en el que el pensamiento, tanto a nivel individual como social, puede avanzar– otras instancias que también educan, lo queramos o no, como la televisión o Internet, lo que fomentan es precisamente lo contrario. Las consecuencias son graves, pues ponemos a los individuos adolescentes en riesgo de que acaben pensando lo que los *mass media*, con la propaganda a modo de “caballo de Troya”, imponen sibilinamente. No olvidemos que los medios de comunicación de masas –con Internet como medio más usado por los y las jóvenes– y la publicidad, con sus perversas estrategias a las que son especialmente vulnerables, están al servicio de una sociedad competitiva y despiadada que gira fundamentalmente en torno al dinero y al consumo y que, en general, sólo piensa en los ciudadanos en la medida en que puedan ser útiles a sus fines.

Otro objetivo de la educación debe ser fomentar la autonomía personal y la cooperación. Sin embargo, la competitividad sigue siendo un valor que soterradamente se inculca y que está, en última instancia, muy relacionado con el modelo capitalista-consumista de culto al dinero. Lo deseable sería que el esfuerzo exigido estimulase valores como la colaboración y la autosuperación, necesaria ésta última para dar lo mejor y para descubrirse a uno mismo –por tanto, condición indispensable a la hora de conformar la identidad. Así, quizás conviviesen de modo más armonioso en cada persona

su individualidad –ya no su individualismo– y también su sentimiento de pertenencia al grupo. Es decir, hacer entender al y a la adolescente que es necesario saber y sentir que uno es único, que una es única, –y darle el valor que merece– pero que además formamos parte de un entramado social que hay que respetar y cuidar.

Desde los ámbitos educativos se debería tener presente asimismo que el exceso de conocimientos con que bombardeamos en no pocas ocasiones al alumnado no hace más que reforzar el nefasto modelo de los medios de comunicación de masas, como la televisión o Internet. Se trata de adquirir conocimientos, pero también de saber y poder pensar sobre ellos.

Podemos decir entonces que la educación abarca diferentes aspectos: la instrucción básica y la preparación para el desempeño de tareas laborales en cualquier ámbito; el proceso que nos familiariza con la cultura desde sus diferentes campos de estudio: la geografía, la historia, la literatura, las artes plásticas, etc., ya que sin su desarrollo no es posible una verdadera formación humana integral; y consiste también en eso que Savater denomina educación *cívica*: “la preparación que faculta para vivir políticamente con los demás en la ciudad democrática, participando en la gestión paritaria de los asuntos públicos y con capacidad para distinguir entre lo justo y lo injusto”⁸³⁶. Pues ser un ciudadano pleno significa saber gestionar nuestra propia vida en interacción con lo que tenemos en común con nuestros iguales⁸³⁷. La educación es, por tanto, eso que nos permite llegar a ser lo que somos: seres de pensamiento, de palabra y de comunicación, así como disponer de los medios intelectuales para la libertad, derecho fundamental de todo ser humano⁸³⁸. Así, el objetivo final de la educación podríamos decir que es el enseñar a vivir –aprendizaje que necesitamos ejercer constantemente, que es necesario reaprender una y otra vez–, pero no de cualquier manera, sino de una que nos permita pensar y sentir la vida de modo que la consecuencia sea la construcción de una civilización más humana⁸³⁹.

⁸³⁶ Fernando Savater, *El valor de elegir*, pp. 142s.

⁸³⁷ *Ibidem*, p. 143.

⁸³⁸ *Ibidem*, p. 145.

⁸³⁹ Al decir “humana” nos referimos a más íntegra, ética, solidaria, bondadosa, generosa, compasiva, valiente, inteligente, hermosa y sensible, entre otros calificativos.

La cuestión es, ¿hasta qué punto se dedica la educación a estos asuntos? Y, ¿en qué medida las transformaciones sociales y los constantes cambios de planes educativos casi a cada renovación de gobierno en España han precipitado un deterioro del sistema educativo hasta encontrarnos en la situación actual?

Pasemos pues a comentar algunos aspectos del panorama actual en cuanto a educación se refiere que creemos afectan directamente al proceso de maduración de los y las adolescentes.

En primer lugar podríamos señalar el creciente menoscabo que se observa con respecto a la autoridad, no sólo por parte de las y los alumnos, si no también por parte de sus padres y familiares⁸⁴⁰. Ya hemos hablado de los motivos, tanto históricos como sociales, que han influido notablemente en este hecho que también se acusa en la escuela⁸⁴¹. Sumada a esta circunstancia y en íntima relación con la misma se encuentra la mayor permisividad que, tanto los padres como los y las docentes en general, manifestamos hacia el alumnado.

⁸⁴⁰ La siguiente noticia que pasamos a comentar confirma esta nueva consideración de la figura del profesor, está recogida del periódico *La voz de Galicia* 10/11/2014 y firmada por la Redacción. En la página 9 podemos encontrar un titular que dice “Yo creo que a quien se los tendrían que prohibir es a los profesores”. El artículo trata sobre el debate ante la prohibición o no de los móviles en el aula, puesto que interfiere en la atención del alumnado y entorpece el que la atmósfera sea la adecuada para el aprendizaje. Aunque algunos padres apoyan que se prohíba durante las clases defienden que los niños y las niñas puedan llevarlo para poder comunicarse con ellos. El comentario, que es también el titular del artículo, con el que se llama la atención sobre la noticia es formulado por una madre, que opina que a quien se lo tendrían que prohibir usar es a los profesores, pues al parecer según refiere, “muchos están con él durante la clase”. No vamos a entrar a cuestionar si el profesor hace un uso coherente y educativo del móvil en el lugar de trabajo, lo que nos interesa de la noticia es que pone de relieve el modo en que las familias consideran al docente. Ya no como una figura de autoridad, sino como un igual con respecto al alumnado en lo que concierne al manejo de su autonomía y responsabilidad. Debería partirse de la premisa de que el profesorado, como educador que es, ya “se ha ganado” el respeto y autoridad necesarios que hacen suponer que puede comportarse de un modo adulto, y por tanto responsable, sin que las mismas normas que rigen para los y las infantes y adolescentes deban regir también para él. Sin embargo ésta no parece la premisa de base de la que parten muchos padres. Me imagino que ellos en sus casa utilizarán, por ejemplo, cuchillos o beberán vino en las comidas, pero no se les ocurrirá proporcionarles dichos objetos y sustancias a sus hijos antes de una edad adecuada y después de haberles instruido en el manejo de tales utensilios y licores, y no optarán por dejar de utilizarlos o consumirlos con la intención de dar un buen ejemplo a sus hijos. La cuestión de la educación pasa precisamente por enseñar, sobre todo con el propio ejemplo, a manejar de forma responsable, tanto los conocimientos como los objetos que forman parte de nuestra vida cotidiana, y no el prohibirlos. Claro que tales comentarios por parte de algunos padres lo que en realidad ponen de relieve es el enorme grado de inmadurez que los mismos poseen, y ya, puestos a cuestionar, habría que ver si están capacitados, a la vista de razonamientos tan infantiles, para tener y educar hijos.

⁸⁴¹ Me gustaría señalar que, al menos desde mi experiencia, la figura de autoridad suele respetarse más en el ámbito rural que en el urbano, aunque poco a poco las cosas parece que estén cambiando también en este entorno.

Si bien es cierto que muchos de los comportamientos disruptivos que se observan en el aula se ven favorecidos por factores de tipo estructural –como el encerramiento durante un elevado número de horas y la pasividad a la que implícitamente obliga, o la ausencia de verdaderos aprendizajes significativos, que provoca, entre otros efectos, desinterés, aburrimiento y desmotivación por el acto de aprender–, el factor cultural tiene un peso nada desdeñable en este hecho. Por un lado nos encontramos con alumnos más díscolos, a los que les cuesta asumir la responsabilidad y consecuencias de sus actos. Pero el profesorado también se ha vuelto más permisivo que antaño –ya que conlleva menos esfuerzo adoptar esta actitud que poner los límites adecuados. Además, cada vez es más frecuente que, tanto los padres como los propios compañeros docentes, sean los que resten autoridad a la labor del profesor o profesora en cuestión. A esta situación podemos sumarle el bajo prestigio social que tiene en España la figura del profesor⁸⁴², sobre todo si nos comparamos con otros países como, por ejemplo, Finlandia.

Esta nueva y “relajada” modalidad educativa tiene que ver también con rasgos de la postmodernidad ya comentados. Por un lado el uso de un modo de relación basado en la seducción en vez de en la imposición coercitiva, y por otro, la psicologización de la vida cotidiana en su vertiente más paternalista⁸⁴³, que abarca también el contexto educativo. Así, no es infrecuente observar como tanto padres como educadores –en un intento de educar del modo “menos traumático”– y alumnos, se mueven en un terreno relacional confuso en el que los límites que el y la adolescente reclaman con su desafiante conducta y que necesitan aprender para ponerse en realidad y para establecer un sentido de la identidad diferenciado⁸⁴⁴, no son acotados con claridad y contundencia.

Una de las consecuencias más desagradables y preocupantes de estos hechos es que el miedo en las aulas ahora lo tienen también los educadores. La oficina del Defensor del Profesor –servicio gratuito y confidencial que pertenece al sindicato independiente de la enseñanza pública ANPE– registró el curso pasado 3.337 denuncias. El 12% de las

⁸⁴² Cuestión que se refleja tanto en los salarios como por el trato que se dispensa a los profesionales, como veremos más adelante, por lo menos a los que dan clase en estas edades.

⁸⁴³ Sentido que da cuenta del aspecto más inútil de los avances y conocimientos que sobre comportamiento y mente humanos se han desarrollado en el último siglo, y que desmerecen otras vertientes psicológicas y alternativas terapéuticas que lo que fomentan es precisamente lo contrario, la autonomía, el esfuerzo, la responsabilidad y el desarrollo personal.

⁸⁴⁴ Pat Odgen / Kekuni Minton / Clare Pain, *op. cit.*, p. 476.

mismas parece que correspondieron a amenazas o agresiones, un 27% a faltas de respeto y un 6% a grabaciones ofensivas o fotos escarnecedoras en Internet. Dicha oficina alerta también de que las denuncias por comportamientos agresivos en los padres están aumentando cada año, sobre todo en Primaria⁸⁴⁵. El resultado es que en algunas Comunidades Autónomas las y los docentes han sido reconocidos como “autoridad” a efectos legales, con esta “Ley de Autoridad del Profesor” el susodicho goza de la presunción de veracidad y el acoso se considera delito⁸⁴⁶. Además, cada vez en más centros educativos se están poniendo en marcha planes de convivencia y políticas de mediación en el aula. Cada vez es más común también activar programas ofertados desde diferentes estamentos, en cooperación con los padres del alumnado, que están teniendo muy buenos resultados⁸⁴⁷.

La cuestión que estamos planteando es de suma importancia, porque el profesor y la profesora son modelos de conducta y también de vida, por lo que es importante que el alumnado los perciba como tal, como modelos en positivo, de los que aprender que la autoridad es necesaria y que no está reñida con la confianza y el respeto. Punto de partida del aprendizaje y bases de cualquier relación, familiar, laboral y/o afectiva.

Otros factores que se observan en el ámbito educativo y que entorpecen la tan perseguida calidad de la educación tienen que ver con los *currículum* excesivos y/o mal enseñados –recordemos que en muchas ocasiones es profesorado de otra disciplina quien imparte una determinada materia, por ejemplo, Música, Informática, Geografía e Historia... Hay que señalar, además, que no todas las asignaturas tienen igual

⁸⁴⁵ Información extraída de Ana Sánchez Juárez, “Miedo en las aulas”, *El Mundo*, 18/10/2014.

⁸⁴⁶ *Idem*.

⁸⁴⁷ En Galicia, por ejemplo, la competente y pionera asociación ASEIA (*Asociación para a Saúde Emocional na Infancia e Adolescencia*), está especializada en la atención integral en salud emocional y mental comunitaria de niños y niñas, adolescentes y sus familias, desarrolla programas socio-comunitarios que también se llevan a las escuelas y a los institutos de Educación Secundaria de adolescencia positiva –en los que asesora y forma a las familias en temas como la influencia de las nuevas tecnologías en el desarrollo de la infancia y la adolescencia, la importancia de la educación afectivo sexual en el desarrollo de una identidad saludable, la prevención de drogodependencias, o la de la violencia y sus manifestaciones: Bullying, violencia de género y violencia filio-parental, entre otros– y también desarrolla un programa de atención de día para adolescentes en riesgo de exclusión social (ALENTO). Dicha asociación, que integra a profesionales de distintas disciplinas, nace con el afán de dar respuesta –favoreciendo la innovación asistencial y la difusión de su saber– a una necesidad social que nos da la medida del estado de cosas actual en relación a la cuestión que nos ocupa, a saber, la compleja realidad de la infancia y adolescencia en el momento en que vivimos.

consideración dentro del programa educativo. Al parecer algunas no son demasiado importantes para la vida, como la Filosofía, la Música, el Latín o la Educación Plástica y Visual. Reflejo de esto es el número de horas –cada vez son menos que se le dedican en el horario lectivo de todos los cursos en que se imparten.

Es posible que esta mala planificación de los proyectos educativos tenga que ver con el hecho de que la Educación es una cuestión que en política se considera susceptible de variaciones interminables, sin tener en cuenta que un proyecto se caracteriza precisamente por la necesidad de que se extienda en el tiempo lo suficiente como para dar resultados significativos, y que los que hacen las leyes tienen escaso o nulo conocimiento y relación con el día a día en las aulas. Además, el modelo capitalista aboga cada vez más por una educación privatizada, con lo que la gran perdedora es la Educación pública. Al respecto resultan sumamente apropiadas las siguientes reflexiones acerca del deterioro y descrédito de la función pública que pasamos a transcribir:

“Otro proceso que ha permanecido y permanece invisible, del que casi nadie se queja y al que nadie parece interesado en poner remedio: el descrédito y el deterioro de la función pública; el desguace de una administración colonizada por los partidos políticos y privada de una de sus facultades fundamentales, que es el control de oficio de la solvencia técnica y la legalidad de las actuaciones. [...]

Lo que nos hace falta es un vuelco al mismo tiempo administrativo y moral, un fortalecimiento de la función pública y un cambio de actitudes culturales muy arraigadas y muy dañinas, que empapan por igual casi todos los ámbitos de nuestra vida colectiva.

El vuelco administrativo implica poner fin al progresivo deterioro en la calidad de los servicios públicos, en los procesos de selección y en las condiciones de trabajo y en las garantías de integridad profesional de quienes los ejercen. Contra los manejos de un político corrupto o los desastres de uno incompetente la mejor defensa no son los jueces: son los empleados públicos que están capacitados para hacer bien su trabajo y disponen de los medios para llevarlo a cabo, que tienen garantizada su independencia y por tanto no han de someterse por conveniencia o por obligación a los designios del que manda. [...]

Construir una administración profesional, austera y eficiente es una tarea difícil, pero no imposible. Requiere cambios en las leyes y en los hábitos de la política y también otros más sutiles, que tienen que ver con profundas inercias de nuestra vida pública, con esas corruptelas o corrupciones veniales que casi todos, en grado variable, hemos aceptado o tolerado.

El cambio, el vuelco principal, es la exigencia y el reconocimiento del mérito. Una función pública de calidad es la que atrae a las personas más capacitadas con incentivos que nunca van a ser sobre todo económicos, pero que incluyen la certeza de una remuneración digna y de un espacio profesional favorable al desarrollo de las capacidades individuales y a su rendimiento social”.⁸⁴⁸

La Enseñanza pública es la única que garantiza un sistema social en el que sean los méritos, y no el dinero, los que proporcionen un lugar merecido en el mundo, por lo que el cuidado de su consideración social, calidad y buen funcionamiento de la misma es absolutamente imprescindible. Esto además afecta profundamente a la constitución de la identidad en las y los adolescentes, pues recordemos que, como ya decíamos en la segunda parte de nuestro trabajo, los marcos de las relaciones de poder y la posición social son factores decisivos con respecto a la configuración de la misma, ya que, a mayor igualdad de oportunidades más posibilidades de ser tendrá el individuo.

Otra cuestión de la que empiezan a alertar los expertos es de estamos infantilizando a los y las adolescentes⁸⁴⁹, infravalorando su responsabilidad, capacidad y talento. Especialistas en el tema como Robert Epstein –autor del libro *Teen 2.0*–, Bernard Stiegler, Mihály Csíkszentmihályi o William Damon –director del *Handbook of child Psychology*– lo afirman, reprochando que los hayamos empujado al consumismo feroz y alertando de que desde las instancias educativas se está despilfarrando su potencial, pues al rebajar nuestras expectativas hacia ellos los estamos condenando a la mediocridad⁸⁵⁰. Y es que hemos visto que las últimas investigaciones científicas dejan claro que la

⁸⁴⁸ Extraído de Antonio Muñoz Molina, “La corrupción y el mérito”, *El País*, 9/11/2014.

⁸⁴⁹ Con respecto a esta cuestión, apuntar que, según refieren compañeros y conocidos que trabajan en el ámbito universitario, cada vez se hace más notorio que los alumnos de primer curso parecen menos maduros que hace unos años. Dicen que a veces las clases parecen “más propias de un instituto que de la universidad”. Habrá que plantearse si los actuales planes educativos no están fomentando esto también.

En relación con esta misma cuestión, estoy recordando una conversación con una compañera del trabajo cuyo hijo está en primero de carrera universitaria. Comentaba que algunos profesores les recogen las libretas con los deberes diarios a los alumnos para ver si se han realizado las tareas, como se hace en el colegio o en los primeros cursos de la ESO, algo absolutamente impensable hace por lo menos dos décadas.

Por otro lado, debemos tener en cuenta, como comentaremos más adelante, que se produce el fenómeno contrario cuando, por ejemplo, empresas dedicadas a nuevas tecnologías reclutan “genios adolescentes” que son capaces de producir innovaciones y ocupar puestos para los que se requiere la madurez del adulto para hacer frente a otros aspectos del trabajo en cuestión.

⁸⁵⁰ Cfr. José Antonio Marina, “En defensa de los adolescentes”.

adolescencia es una de las etapas más sensibles en cuanto a aprendizaje y evolución cerebral se refiere.

Los nuevos métodos de pedagogía adolescente inciden en la necesidad de que se les deje tomar la iniciativa en lo que concierne a su propio aprendizaje, cosa que por otra parte nos piden constantemente con su comportamiento, y también de la importancia de hacerles conscientes, de informarles de sus potencialidades y posibilidades en esta época tan particular del desarrollo. Darles una visión positiva de la adolescencia para que les resulte más sencillo liberarse de limitaciones y miedos que no tienen justificación, y que están más anclados en sus propias inseguridades e incertidumbres –efecto de los cambios que están experimentando– que en su potencial.

Sabiendo que la educación de la adolescencia es la que asegura el progreso de la civilización, debiéramos tomarnos el asunto de un modo más responsable. Por tanto, consideramos que uno de los grandes retos que la educación tiene por delante es enseñar a las y los adolescentes a administrar sus emociones y conocimientos del modo más inteligente y cívico, para que puedan adaptarse –que no someterse– a un sistema social que es el que es. De este modo podrán adquirir la capacidad de gestionar su vida y encontrar su lugar en una sociedad que necesita de ellos para cambiar y evolucionar hacia un mundo que, aunque las perspectivas no parecen demasiado halagüeñas, sea mejor.

Con respecto a la escuela secundaria como lugar de construcción de la identidad adolescente, es evidente que la experiencia escolar les permite a las y los estudiantes mostrarse y construirse como jóvenes⁸⁵¹. Este espacio de vida e interacción constituye un lugar privilegiado y fértil en cuanto a la construcción y reconstrucción identitaria. No sólo porque es un lugar de saber y conocimiento⁸⁵² que establece unas condiciones institucionales y estructurales⁸⁵³, sino por los modelos de adultez que ofrecen tanto los propios docentes como el resto de personal de los centros educativos. La frescura y

⁸⁵¹ Alejandro Reyes Juárez, *op. cit.*, p. 147.

⁸⁵² Al hablar de la escuela como lugar donde se construye la identidad y también como lugar de conocimiento y saber, me gustaría hacer hincapié en la importancia de que al alumnado se le transmita eso, conocimiento, saber y se le proporcionen las herramientas necesarias para que pueda y sepa ser crítico y saque así sus propias conclusiones. En este sentido, el adoctrinamiento, el inculcar ideologías, no tendría cabida en el concepto de educación que planteamos. El famoso dicho de “no se trata de proporcionar los peces sino de enseñar a pescar” resume muy bien la idea que se pretende transmitir.

⁸⁵³ Alejandro Reyes Juárez, *op. cit.*, p. 153.

vitalidad de las expresiones y formas en que se manifiesta la condición adolescente, por su carácter heterogéneo, múltiple, diverso y cambiante⁸⁵⁴ constituyen una fuente de riqueza enorme también.

La variedad de sentidos y modos en que los y las adolescentes perciben su vivencia en las escuelas secundarias es muy amplio. Cabe desde una visión de la secundaria como un espacio afectivo y lúdico, o como un espacio de libertad y escape – sobre todo del ámbito familiar–, también como un espacio de control e injusticia donde el diálogo y la expresión son limitados, o como un espacio de desorden –en contraposición a la visión inmediatamente anterior–, hasta la idea de la escuela como un lugar educativo útil⁸⁵⁵. Al margen de como lo viva el propio alumnado, lo que es innegable es que constituye un escenario que proporciona elementos y oportunidades para la construcción y reconstrucción de la identidad en un momento en el que el sujeto está viviendo procesos de redefinición profundos, rápidos y constantes, quizás como en ninguna otra etapa de su vida⁸⁵⁶. Además, teniendo en cuenta que la escuela es la institución educativa que la sociedad ha designado para garantizar una adecuada integración en la misma de los educandos, constituye también un lugar propicio para la construcción de la identidad, ya no sólo en su aspecto individual, sino también social y cultural⁸⁵⁷.

Otro interesante aspecto a destacar sobre la escuela y su función social –en cuanto a formación de la identidad se refiere– tiene que ver con el hecho de que, si bien parece no haber en nuestra sociedad ritos de paso a la adultez institucionalizados con esa denominación, de algún modo podemos considerar las etapas educativas –de la educación secundaria sobre todo– y los exámenes de selectividad y más adelante la finalización de los estudios universitarios, como una especie de ritos de paso hacia la adultez, no sólo porque señalan cuándo pasar a formar parte del mundo adulto, sino también cómo. Bien ingresando en el mundo laboral al terminar la ESO, bien continuando con la formación académica para una futura incorporación. Y esto tendrá una importancia capital, pues el

⁸⁵⁴ *Ibidem*, p. 152.

⁸⁵⁵ *Ibidem*, pp. 154-156.

⁸⁵⁶ *Ibidem*, p. 158.

⁸⁵⁷ Alejandro McNeill Fernández / Rodrigo Malaver Rodríguez, “Lenguaje. Argumentación y construcción de identidad”, *Folios* 31 (2010), p. 129.

trabajo a desempeñar en la adultez –fruto de un largo camino académico o resultado de un ingreso en el mundo laboral a temprana edad– el oficio que uno desempeñe, será un factor determinante en cuanto a la configuración de la identidad. No en vano cuando nos preguntan quienes somos, además de dar nuestro nombre y decir nuestra edad, nos definimos en función del trabajo que desempeñamos: “yo soy médico”, “yo soy músico”, etc.

§2. La perspectiva del adolescente

Hemos podido ver en la anterior parte de nuestro trabajo que algunos de los rasgos de personalidad que caracterizan al individuo en la etapa de la adolescencia son el idealismo, el optimismo, la valentía, la impulsividad, la temeridad, el empuje, la vitalidad, la empatía, la sensibilidad, la emotividad, la lealtad, la flexibilidad, la curiosidad, la generosidad, la creatividad, la inseguridad, la volubilidad, la alegría, la gran capacidad de disfrute pero también de sufrimiento, la capacidad de pensamiento abstracto y profundo...Las y los propios adolescentes consideran que algunos de los rasgos que parecen caracterizar la *identidad juvenil* tienen que ver también con la autonomía, la responsabilidad, la madurez, la libertad, la preparación, la experimentación, la diversión y el desajuste⁸⁵⁸. Pero leamos dos testimonios, a modo de ilustración, de dos adolescentes en los que nos cuentan como se ven a sí mismos en la etapa vital en la que se encuentran, nos ayudarán a reflexionar y a enriquecer la perspectiva inicial:

“Me noto el pavo encima. Hay veces que me siento tonta. Me río sola.
Lloro.
Tengo la emoción a flor de piel.”

“Diversión, locura, libertad, amistad, dudas, *rayadas*, risas, lloreras
[...].”

“En el verano de primero a segundo de la ESO, a los doce o trece años
[...] sentía que ya no era una niña, que quería salir sola, que era yo
misma y no la hija de mis padres”⁸⁵⁹.

Esa es la adolescencia tal y como la relata una estudiante de Bachillerato de

⁸⁵⁸ *Ibidem*, p. 166.

⁸⁵⁹ Luz Sánchez Mellado, *op. cit.*, pp. 42s.

dieciséis años de edad. Dice además, que adora la independencia, que no podría vivir sin sus amigos –diez en su pandilla y más de mil en Tuenti–, que es coqueta, que adora la ropa –compra en franquicias juveniles como Bershka, Stradivarius, Blanco–, su posesión más preciada es su iPhone, documenta su vida con fotos de posados y “posturitas” y opina que a los veinticinco años es cuando se empieza a ser adulto. No tiene prisa por crecer y ya nota que su hermana de doce años va pisándole los talones. Al respecto refiere: “está cambiando mucho antes que yo [...], no veas como vienen los niños”⁸⁶⁰.

En otro testimonio podemos leer: “Cuando dejas primaria y empiezas la ESO, coges conciencia de que te haces mayor”⁸⁶¹.

Podemos ver a través de estas declaraciones que las y los adolescentes de hoy tienen una imagen de sí muy diferente a tiempos pasados, y ésta es, en gran parte, fruto del mundo que les ofrecemos y de la mirada que los adultos tenemos sobre ellos. El modo en como los vemos, valoramos y en como nos comportamos con ellos, así como las conductas que consideramos que entran dentro de la normalidad de lo que supone ser adolescente, comportamientos pues que les exigimos o permitimos, ha configurado la nueva imagen y valoración que tienen de sí.

Este conjunto de expectativas generales, definidas tanto por los valores como por las percepciones y representaciones colectivas, que constituyen la “normalidad” con respecto a lo que se supone que debe ser un o una adolescente, ha conformado la *autoimagen* o *autoconcepto* que tienen de sí mismos. Esto tiene como consecuencia que se comporten y relacionen con el medio de manera diferente y también que reclamen nuevas parcelas de poder antes reservadas a los adultos –por ejemplo, en lo que concierne a algunas actividades– y reclamen como legítimos espacios nuevos –una habitación en la casa familiar para ellos solos⁸⁶², discotecas para adolescentes, posesión y uso de las

⁸⁶⁰ *Ibidem*, pp. 40s.

⁸⁶¹ *Ibidem*, p. 38. Comentario hecho por uno de los chavales de entre 11 y 16 años del grupo de pinchadiscos Pioneer DJ Kids, del Instituto Secretari Coloma de Barcelona.

⁸⁶² Al respecto, resulta sumamente revelador un reciente anuncio publicitario de una marca de muebles que muestra en su spot a una niña de unos 11 o 12 años de edad sentada al lado de su padre, reflexionando ante la cámara sobre el motivo por el que le han adjudicado y decorado una habitación para ella sola en la casa. Lo que alega es que toda mujer necesita su propio espacio –esto lo dice mientras sus ademanes y sus palabras atestiguan que “ya es una mujer”–, a lo que el padre replica hacia la cámara, a modo de confidencia, que sí, pero que también porque tales muebles estaban de oferta. El anuncio termina con padre e hija diciendo al unísono una frase de moda entre los adolescentes: “qué fuerte”, el padre a modo de burla –como dando a entender que la jovencita aún sigue siendo adolescente– y la hija a modo de reproche hacia su padre –como dando a entender que no la toma en serio cuando ya es toda una mujer.

nuevas tecnologías, etc.

Vemos por tanto como los modelos de referencia colectivos, esos que establecen la normalidad del “deber ser adolescente”, tienen una influencia primordial en cuanto a la construcción que los adolescentes se hacen de sí mismos como grupo social. Por otro lado, sabemos también de la importancia que los medios de comunicación tienen en la elaboración de los discursos a partir de los que se construye la realidad:

“El reflejo de la realidad que aparece en los medios de comunicación contribuye de forma esencial a elaborar las imágenes sociales a partir de las cuales se manifiestan opiniones, análisis y juicios de valor, pero sobre todo a partir de la que se construye la realidad misma”.⁸⁶³

Los medios de comunicación de masas ofrecen una mirada sobre la realidad que acaba determinando la misma. Porque “marcan las líneas de interpretación, valoración y posicionamiento respecto a las realidades que presentan”⁸⁶⁴, porque el hecho de poner de relieve un determinado aspecto de la realidad le imprime un grado de relevancia colectiva, y con respecto a los adolescentes, porque cuando se sienten protagonistas de la atención de los medios, aceptan esa realidad, así como se presenta, como un espejo en el que reconocerse, asumiendo como propio lo que los medios de comunicación les atribuyen. Y el hecho es que, aunque pudieran sentir que el modo en el que se les representa es simplista, parcial y estereotipado, el efecto de profecía autocumplida no por ello deja de ejercer su efecto.

Como conclusión, si tanto la sociedad como los propios adolescentes asumen esas representaciones como una realidad de lo que son, están aceptando también lo que se espera que ellos sean, esto es, lo que constituye la estructura de la “normalidad” adolescente⁸⁶⁵. Así, no debemos desdeñar la importancia que los medios de comunicación tienen en este proceso de construcción de la realidad adolescente como un espejo en el

Nuevamente podemos ver como la publicidad –al tanto de todos los cambios que se van dando en la sociedad y también provocándolos– da cuenta del actual estado de cosas.

⁸⁶³ E. Rodríguez / I. Megías, *Jóvenes en los medios. La imagen mediática de la juventud desde su propia mirada*, cit. en Elena Rodríguez San Julián, *op. cit.*, p. 65.

⁸⁶⁴ Elena Rodríguez San Julián, *idem*.

⁸⁶⁵ *Ibidem*, p. 66.

que mirarse y del que nutrirse a la hora de construir su identidad.

Por otro lado, según el sociólogo David P. Montesinos, uno de los mayores problemas de nuestros niños y jóvenes, aquí en España, es que “atraviesan su tiempo de irresponsabilidad sin anticuerpos”⁸⁶⁶. Son hijos e hijas de la cultura de consumo y de los *cybermedios*, así que la mayoría no conocen las penalidades propias de otras épocas, como la de la posguerra en España. No han vivido con escasez de recursos, ni saben de los límites que separan al mundo adulto del suyo, por ejemplo en lo que concierne al acceso a información, antes privilegio de los mayores. Además, su condición de niños deseados, ultraprotegidos, sobreabastecidos y criados en un medio en el que la autoridad se ha visto mermada considerablemente, ha fomentado el que desarrollen una intolerancia extrema a la frustración, una exigencia despótica y una desobediencia que nace, no de un razonamiento crítico y moral alternativo, sino de la más pura irresponsabilidad⁸⁶⁷. Así, las y los adolescentes avanzan hacia la mayoría de edad sin el peso de la edad adulta y de la dura ley moral.

Con respecto al modelo que el propio adolescente tiene como referente masculino, aunque el patrón *metrosexual* está ahí, la masculinidad sigue entendiéndose a la manera que Montesinos propone. Los signos de virilidad que perfilan al galán adolescente son: el estar instalado en el peligro, la delincuencia, el ostentar un pasado doloroso y solitario, pertenecer a una familia presuntamente destruida y poseer un fascinante toque autodestructivo que parece requerir protección materna. Con respecto a los signos atribuidos por los adolescentes a la mujer, los valores del erotismo femenino siguen siendo: ser atractiva sexualmente, rebelde –¿sólo en apariencia?– y sexy⁸⁶⁸. Cabe preguntarse hasta que punto el mundo adulto sigue dando valor a dichos atributos femeninos.

Estas pseudoidentidades dan primacía a la estética sobre la ética⁸⁶⁹, al igual que otro de los rasgos que podemos observar como propio en la adolescencia, las conductas

⁸⁶⁶ David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 73.

⁸⁶⁷ *Ibidem*, pp. 74s. El autor matiza que, como toda generalización, sus afirmaciones deben tomarse con la cautela correspondiente.

⁸⁶⁸ Pensemos en la apariencia y la estética de algunas muñecas que están de moda: la imperecedera Barbie o las Bratzs, por ejemplo.

⁸⁶⁹ David P. Montesinos, *op. cit.*, pp. 78s.

gamberras, que

“más que a formas más o menos caóticas de protesta, responden a estrategias de seducción y liderazgo que tienen mucho que ver con la lógica del simulacro y la autoconstrucción de una imagen pública”.⁸⁷⁰

Además del gamberrismo, otros fenómenos como el marquismo, la neotribalización, o el uso de drogas constituyen para el autor conductas atribuibles a los jóvenes y que expresan una vitalidad que choca con un mundo adulto falto de referentes claros⁸⁷¹. Y aunque ya no se cuestionen ni el lugar que ocupan ellos ni el de sus mayores y, aunque en cierto modo nos hayan apartado de sus vidas, nos obligan a cumplir nuestro papel de adultos hoy más que nunca⁸⁷².

Con respecto al fenómeno de las marcas, decir que se trata de una conducta generalizada pero que ha prendido con más fuerza si cabe en el mundo adolescente⁸⁷³. Esta manifestación está relacionada con los efectos de la publicidad –que sabemos que genera pautas de comportamiento– y con la aceptación natural del modelo consumista. Las marcas suponen toda una declaración de intenciones, de lo que les gustaría ser y del grupo de iguales con el que se identifican. Vemos pues que, desde un punto de vista sociológico estaría relacionado con necesidades como la autoestima y la integración, y no sería sólo una simple respuesta pasiva al estímulo publicitario⁸⁷⁴. El marquismo tendría que ver entonces con modos de actuar y de relacionarse, y también con la identidad⁸⁷⁵. La siguiente reflexión lo ejemplifica muy bien:

“El adolescente, igual que el adulto, pero en mayor medida, utiliza las marcas para demostrar a los otros como es o, más exactamente, como le gustaría ser. El chico o chica que compra una chaqueta de pana y lana marrón Levi’s no ha escogido únicamente una pieza de ropa, sino todo

⁸⁷⁰ *Ibidem*, p. 78.

⁸⁷¹ Cfr. *ibidem*, pp. 90-95.

⁸⁷² *Ibidem*, p. 86.

⁸⁷³ Cfr. Naomi Klein, *op. cit.*, pp. 93-118.

⁸⁷⁴ David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 93.

⁸⁷⁵ Cfr. Naomi Klein, *op. cit.*, pp. 141-161.

un programa de actuación, relación e identidad”.⁸⁷⁶

El fenómeno de las marcas y la moda constituyen una orientación decisiva en la vida de los jóvenes pues, por un lado:

“Las prendas de vestir son la reafirmación de una serie de valores y actitudes éticas y psicológicas”.⁸⁷⁷

Y por otro:

“la moda ahorra el pensamiento, la elección y finalmente, aniquila la incómoda responsabilidad. Esto explicaría también la obsesión de la época por no aceptar la madurez y la instauración de una cultura altamente infantilizada, sólo pendiente del bienestar inmediato, el cual, a su vez parece decidido por la imagen personal y colectiva”.⁸⁷⁸

La estética se ha convertido en un conjunto de signos sin referentes reales que permite ser lo que se desee sin que suponga más que una simulación, un “look” creado por el modelo mercantil para una sociedad del espectáculo y que los adolescentes hacen suya hasta el punto de convertirla en seña de identidad⁸⁷⁹.

El fenómeno de la neotribalización tendría que ver con la reivindicación por parte de los adolescentes de la experiencia de grupo, una manera de constituir su identidad personal a través de la identificación social (con el grupo conformado por los miembros de su subcultura) y mediante la diferenciación con respecto a otros grupos, incluidos los de sus iguales (es decir, otros grupos de adolescentes pertenecientes a otras subculturas). En este sentido resulta pertinente hablar ya no de una genérica identidad adolescente, sino de *identidades juveniles*, en el sentido de construcciones de “umbrales simbólicos de adscripción o pertenencia”, donde se delimita quiénes pertenecen y quienes quedan excluidos de un determinado grupo juvenil⁸⁸⁰. La neotribalización sería también un modo

⁸⁷⁶ Josep Fernández Cavia, *El consumidor adolescent*, cit. en David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 93.

⁸⁷⁷ Alain de Botton, *Cómo pensar más en el sexo*, Barcelona, Ediciones B, 2012, p. 51.

⁸⁷⁸ Margarita Riviere, *Crónicas virtuales*, cit. en David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 94.

⁸⁷⁹ *Idem.*

⁸⁸⁰ Idea basada en la definición que Alejandro Reyes Juárez da en *op. cit.*, p. 149.

de sobreponerse y de sobrellevar la desaparición de los vínculos del individuo en la comunidad característica del modelo individualista propio de la postmodernidad y de la vida, sobre todo, en las grandes urbes.

Los tatuajes, los *piercings*⁸⁸¹, la ropa, el maquillaje, el peinado, la pose, el argot utilizado, la música, la literatura, los objetos –que llegan a adquirir valor de símbolo–, la organización del tiempo de ocio, las drogas, la ideología, el extracto social al que pertenecen, la actitud vital o los modelos culturales que toman como referencia, etc., forman parte del universo que delimita y define cada tribu urbana con la que los jóvenes se identifican. Punks, indies, skins, góticos, moteros, hiphoperos, frikis, neohippies, pijos, bakalas, heavys, pachangueros, cutrefamosos, cools o solidarios son algunos de los nombres con los que se autodenominan los adolescentes, en función de que pertenezcan, o consideren que otros forman parte, de una determinada subcultura. Las posibilidades son muchas, desde el solidario, que cree que otro mundo mejor es posible, el gótico, caracterizado por la oscuridad permanente, el friki, enganchado a la fantasía, los cutrefamosos, hijos de la telebasura, hasta los más nostálgicos mods, los violentos skins,

⁸⁸¹ Montesinos plantea si la atracción por el dolor que se observa en los adolescentes y que podemos observar en la moda de los tatuajes y *piercings*, no tendrá que ver con el hecho de que nos hemos instalado en una cultura indolora. Indolora y, nosotros añadimos, en la que la falta de contacto físico dificulta el contacto con lo real, el establecimiento de los límites entre uno mismo y lo que queda fuera. La consecuencia es que, por un lado, dicha falta de contacto provocaría confusión e inquietud y un vacío procedente de una carencia (recordemos lo ya dicho, que como mamíferos necesitamos el contacto físico) y por otro, la misma falta de contacto habría convertido al humano en un ser extremadamente sensible, de una “sensibilidad epidérmica”, como ya apuntaba Lipovetsky. Así, todos estos modos de prestar un mayor interés y dedicación al propio cuerpo, a través de conductas como el narcisismo, el autoerotismo, y también a través del dolor corporal, serían estrategias compensatorias en un esfuerzo adaptativo a las nuevas circunstancias. Cfr. David P. Montesinos, *op. cit.*, p. 83.

No parece casual que algunos de los trastornos psicológicos de nueva categorización, propios de la postmodernidad, como el denominado Trastorno Límite de la Personalidad (TLP), cuente entre sus manifestaciones las autolesiones, a través de cortes, por ejemplo, como una manera, al parecer, de sentirse, de gestionar esa sensación de dolor psicológico difusa, insoportable e incontinente a través del dolor físico, cuyo continente es el cuerpo, algo concreto. Parece que las autolesiones también tendrían que ver con un modo de gestionar la falta de límites entre uno y lo que queda fuera de uno. Al menos, así lo refieren algunos terapeutas del ámbito de la Psicología a los que he preguntado, en función de sus observaciones y conclusiones profesionales y a partir de lo que sus pacientes les cuentan.

Quizás los tatuajes y los *piercings* –y podríamos añadir también el consumo de drogas– tengan que ver además con el hecho de que nuestros jóvenes no disponen de rituales institucionalizados de tránsito a la adultez, así, puede que vayan más allá de la superficialidad de la moda y algo de lo ritual perviva en estos actos, en un intento de significar de algún modo el cambio que supone dejar atrás la infancia, aunque no sepan muy bien, o no quieran saber, lo que significa ser adulto. Soportar el dolor en todo caso siempre ha estado asociado, al menos en el mundo masculino, con hacerse un hombre. Antes era muy habitual escuchar a un padre decirle a su hijo si se caía y se lastimaba y empezaba a llorar: “¡no llores, que eso es cosa de niños!” (o de mujeres). Aunque en eso también se han producido cambios y conviven, con modelos masculinos varoniles, otros con rasgos que antes formaban parte de la femineidad o de la infancia, como el exteriorizar los sentimientos sin pudor.

los heavys o los eternos pijos, la variedad está servida. Pensar hoy en la adolescencia supone establecer unos rasgos comunes a este periodo de la vida, pero podemos ver que los adolescentes son un grupo tan heterogéneo como el fenómeno de la neotribalización pone de relieve.

En el otro lado, como ejemplo extremo de la ruptura del individuo –en este caso el adolescente– con todo vínculo, llegando a aislarse de su comunidad, podemos observar conductas como la denominada en Japón *Hikikomori*. Está tipificada clínicamente como una forma adolescente de agorafobia y, al parecer, está alcanzando categoría de epidemia. Los adolescentes que la sufren, preferentemente varones, comparten similares características. Entre ellas, el estar demasiado exigidos por sus familias, fobia por el entorno social –por lo que acaban dejando de ir a la escuela y reclusándose en sus habitaciones– y como único referente afectivo la figura materna. Su existencia se caracteriza además por el descuido de tareas como la higiene personal, por el mínimo contacto con el mundo real y la construcción de un mundo virtual sustitutorio⁸⁸².

Con respecto al consumo de drogas, muy extendido entre los adolescentes, cabe preguntarse, al igual que lo hace Montesinos, si el abuso de las mismas es expresión de una tensión entre generaciones. Una diversión mediante la que conseguir la máxima transgresión con el mínimo esfuerzo⁸⁸³.

Lo que sí sabemos es que los jóvenes consumen todo tipo de drogas, legales, ilegales, duras, blandas, sustancias que ya se consumían anteriormente y otras de nueva aparición⁸⁸⁴. La cuestión del consumo de sustancias ilegales probablemente tenga que ver con el hecho de transgredir, y sobre todo con la necesidad del adolescente de llevar a cabo

⁸⁸² Cfr. David P. Montesinos, *op. cit.*, pp. 87s. En cierto modo son como bebés gigantes, absolutamente dependientes de la madre, camino a la adultez y sin embargo, absolutamente inmaduros en muchos aspectos de su personalidad. La película japonesa de animación estrenada en el 2001 titulada “El viaje de Chihiro” ilustra muy bien, a través de la metáfora, esto que estamos comentando.

⁸⁸³ *Ibidem*, p. 91.

⁸⁸⁴ Una de las últimas, la “droga caníbal” –su nombre científico es metiendioxipirovalerona (MDPV)– tuvo un tratamiento relevante en los medios de comunicación por los peligrosos efectos que parece provocar: paranoia extrema, psicosis, reacciones violentas, tendencias suicidas y mordiscos, de ahí su denominación. El cine actual también ha puesto de manifiesto que las drogas de diseño siguen estando de moda. La última película de Luc Besson, *Lucy* –estrenada en el 2014 y protagonizada por la famosa actriz Scarlett Johansson, que, dicho sea de paso, cumple los cánones de belleza atribuidos por los adolescentes a la mujer: atractiva sexualmente, sexy y rebelde, en el sentido de que no se pliega a las normas de la sociedad ni a lo que parece su destino–, da cuenta de ello.

conductas adultas –consumo de drogas– pero diferenciándose de sus padres, por lo que, si los adultos consumen sustancias legales, los jóvenes, además de éstas, consumirán las ilegales.

Otros motivos por los que las consumen tienen que ver con el hecho de que forman parte de los artículos que se ofertan en el mercado –las drogas mueven cantidades enormes de dinero y el adolescente, por sus características, es un cliente fácil–, para escaparse de la realidad, porque está de moda, por la curiosidad de probar cosas nuevas, por la presión de grupo, para identificarse con los demás miembros de la subcultura a la que pertenecen o por el placer de experimentar con el riesgo y tantear sus propios límites. Los motivos son múltiples y diversos y los riesgos, importantes, dada la inmadurez de sus cerebros, aún en formación, las peculiares características de nuestra cultura y de las propias sustancias.

Con respecto a la concepción que tienen los adolescentes de sí mismos como lo que podríamos denominar un *nosotros* adolescente, dicho concepto parece ser el resultado de procesos de conflicto y negociación con las representaciones dominantes y con las que se conforman desde los propios adolescentes. Este *nosotros* se constituye por oposición a un *otros*, que corresponde al recién abandonado mundo de la infancia y al de los adultos y sus normas, del que procuran distanciarse⁸⁸⁵. Es en este sentido que el grupo de iguales cobra una importancia fundamental. Haciendo un breve paréntesis debemos recordar, con el afán de matizar la cuestión sobre la que estamos tratando, la importancia que la normalidad tiene como referente identitario, así como su función en el desarrollo de los mecanismos de integración y exclusión social, y también el hecho de que la idea de normalidad acerca de lo que supone “ser adolescente” parte de la concepción que la sociedad en la que los sujetos adolescentes se desarrollan tienen sobre dicha cuestión. Por lo que los modelos culturales de pertenencia al grupo tendrán un peso determinante en los procesos de conflicto y negociación que antes comentábamos que dan lugar a ese *nosotros* adolescente. Con respecto al riesgo de exclusión grupal, recordemos que el hecho de no cumplir con las expectativas compartidas por el grupo de iguales implicaría dicha amenaza de exclusión, cuestión que explicaría en parte el poder de la presión del grupo de iguales en esta etapa en la que dicho grupo es tan importante, y daría cuenta en

⁸⁸⁵ Alejandro Reyes Juárez, *op. cit.*, p. 161.

parte también del por qué de la asunción de conductas peligrosas en este periodo vital aún sabiendo de las dañinas consecuencias que pudieran tener⁸⁸⁶.

Retomando con la idea que veníamos desarrollando, decir que este *nosotros* adolescente se presenta frente a los *otros* como reflejo de una cohesión de grupo caracterizada por actitudes de tolerancia, camaradería, buena disposición. Aunque esta sociabilidad se diversifica en subgrupos mediante nuevos y complejos procesos de diferenciación e identificación –lo que da lugar a una fragmentación en este *nosotros* adolescente que lo subdivide, apareciendo también *otros* adolescentes, aquellos que no pertenecen al subgrupo en cuestión–, elementos como el género, las expectativas, intereses, el tipo de consumo cultural, los medios donde interaccionan –como la escuela, los lugares de ocio, las relaciones que se ven favorecidas a través de la familia y los conocidos etc.–, las condiciones económicas, la influencia de algunos adolescentes que ejercen un cierto liderazgo⁸⁸⁷, la proximidad, pero sobre todo lo emocional –el grado de afectividad percibido–, todos ellos son factores decisivos a la hora de producir un sentimiento de pertenencia y de favorecer los procesos de identificación y de diferenciación y de generar, por tanto, diferentes grupos que no son ni cerrados ni estables.

Debido al enorme peso que la *dimensión emocional* tiene en este periodo vital, como ya hemos visto en la anterior parte de nuestro trabajo y a lo largo de ésta que nos ocupa, la amistad cobra una gran importancia, ya que, además de proporcionar compañía, también ofrece comprensión, seguridad, ayuda, confianza, afecto, diversión, alegría, motivación, el compartir aprendizajes y experiencias⁸⁸⁸, lo que constituye un gran estímulo y apoyo en todos los sentidos. Pero además de la amistad, al interior de estos grupos se establecen también relaciones de poder, jerarquías y tensiones que modulan las interacciones entre sus integrantes⁸⁸⁹.

⁸⁸⁶ Elena Rodríguez San Julián, *op. cit.*, pp. 67s.

⁸⁸⁷ *Ibidem*, pp. 162-164.

⁸⁸⁸ *Ibidem*, p. 162.

⁸⁸⁹ *Ibidem*, p. 164.

§3. El confuso tránsito a la adultez

Es un hecho que la adolescencia es una etapa cada vez más larga y esto es debido a factores de diversa índole, si bien uno determinante es el aspecto sociocultural, de gran importancia tanto en lo que supone la interpretación de lo que la adolescencia es como, sobre todo, en lo que concierne a determinar su final, ya que dejar de ser adolescente depende también de consideraciones y condiciones culturales⁸⁹⁰. Se observa que en la actualidad la auténtica inserción del joven en el mundo adulto, asumiendo los nuevos roles que dicha adultez impone, es una tarea que se va ralentizando cada vez más, pues tanto la sociedad como sus circunstancias obstaculizan este acceso⁸⁹¹.

Podríamos decir que un hecho cultural como es el de haber ampliado la adolescencia para evitar que los niños se incorporaran al mundo laboral demasiado pronto y para que se beneficiasen de un periodo de educación más largo⁸⁹², está viéndose pervertido con el tipo de cultura que se les impone a los y las más jóvenes. No se les prepara para ser adultos, porque en nuestra cultura cada vez está quedando más difuminada la cuestión de qué significa ser adulto y por qué es necesario asumir tal rol llegado el momento. El resultado es un sujeto adolescente que no tiene demasiado interés en madurar en un medio que tampoco se lo pone fácil. Pues la adolescencia, a pesar de ser una etapa vital convulsa, goza en la actualidad de ciertas comodidades a las que el púber se niega a renunciar. Supone también un estatus que ampara de las responsabilidades, así como de la incertidumbre y la confusión que el mundo actual del adulto representa⁸⁹³.

⁸⁹⁰ Cfr. Anastasio Ovejero Bernal / María de la Villa Moral Jiménez / Juan Pastor Martín, *op. cit.*, pp. 152-154.

⁸⁹¹ De este modo, aunque la edad de dieciocho años sea la que por convenio se ha estipulado socialmente como límite para considerar al joven como adulto, adquiriendo por tanto nuevos derechos y obligaciones, las propias circunstancias de la sociedad actual —la dificultad para encontrar un trabajo, de independizarse económicamente de su familia, con la consecuente complicación para formar la suya propia, si ese fuera su deseo, el temor o la pereza que puede provocar emprender una vida autónoma en la que hay que asumir responsabilidades y quizás vivir más precariamente de lo que se vive si se depende de otros, el valor que socialmente se le da al hecho de ser joven y al estilo de vida que supone el serlo, etc.— son algunos de los factores que complican que ser adulto pueda ser, tanto un deseo como una realidad. Por otro lado, es reseñable el hecho de que en los pueblos la adolescencia se retrase, comenzando un poco más tarde que en las grandes urbes y también que finalice antes, casándose los jóvenes y teniendo hijos, por lo general antes que en la ciudad. Pareciera que la influencia de lo que se denomina la sociedad actual llega con cierto retraso a calar en las costumbres de los pueblos, al menos aquí en Galicia.

⁸⁹² Cfr. José Antonio Marina, *El laberinto sentimental*.

⁸⁹³ Bastante tienen ya con la propia incertidumbre y confusión intrínseca a la adolescencia como para

En épocas pasadas –no tan lejanas– asumir el compromiso de convertirse en adulto era algo natural e inevitable. Además, poseía el atractivo añadido de proporcionar una autonomía personal y unos privilegios y libertades de los que el niño y el adolescente no disponían. Los modelos que la sociedad ofrecía eran claros y la adultez era un valor en sí misma. En la actualidad todo esto ha cambiado. Ser adulto no supone ningún atractivo en una sociedad en la que la adolescencia se ha convertido en un valor intrínseco en sí mismo, en un modo de vida y en un estado ideal. La típica pregunta de “¿qué quieres ser de mayor?” ha quedado obsoleta y quizás desplazada por otra incógnita: “¿quieres hacerte mayor?”.

Hemos podido constatar muchas de las consecuencias de este cambio de paradigma, tanto en las mentes de los adultos como de los propios adolescentes. Como en el caso de insólitas actitudes en el modo en que los adultos se comportan y consideran a los y las adolescentes. Por ejemplo, abriéndoles espacios dentro del mundo adulto muy poco usuales años atrás. Así, medios como el académico o el científico se nutren de las ricas aportaciones que los nuevos “genios adolescentes” hacen con una naturalidad digna de su capacidad de adaptación⁸⁹⁴. Tanto los propios adultos, que aceptan que los jóvenes ocupen un espacio antes dedicado sólo a personas de más edad y experiencia, como los propios adolescentes, que sienten que pueden aportar cosas al mundo adulto, ponen en evidencia que la mentalidad de unos y otros ha cambiado radicalmente. Desde algunos ámbitos, como el tecnológico o el científico, se considera que algunas características propias de la adolescencia –como el ímpetu, la curiosidad, el optimismo, las ganas de

querer hacerse adultos, que lo único que parece añadir a esta situación es la asunción de responsabilidades.

⁸⁹⁴ Según Carlos Manuel Sánchez, en su artículo de prensa “Genios adolescentes. Cómo los nuevos métodos educativos y la tecnología potencian la excelencia”, *XL Semanal de El País*, 26/01/2014, los jóvenes de entre diez y dieciocho años comentan que no tienen complejos a la hora de exponer sus ideas sobre nuevos inventos o descubrimientos revolucionarios de su autoría a gente ya consagrada en las diferentes áreas de conocimiento en la que estos adolescentes trabajan. En este sugerente artículo informan de como los nuevos “genios adolescentes” son, además de personas de gran inteligencia, producto también de las nuevas formas de aprender, como el acceso a Internet, el desarrollo de la creatividad y el pensamiento lateral –la inteligencia lateral consistiría en un tipo de pensamiento que aborda los problemas “dando un rodeo” para establecer conexiones. Parece que éstas maneras de aprendizaje están jugando un papel fundamental en el despliegue del potencial de estos jóvenes. La cuestión es que además de presentar rasgos propios de la adolescencia, no tienen problemas a la hora de exponer sus ideas y descubrimientos a adultos muy reconocidos en diferentes disciplinas, que van desde la medicina, a la física nuclear, la bioquímica o la astronomía entre otras. Esto es indicativo de un cambio de mentalidad en la sociedad.

divertirse aprendiendo y también enseñando, la pasión, el idealismo, el altruismo, la emotividad, la generosidad, la creatividad o el ser soñadores y ocurrentes— tienen mucho que aportar al mundo adulto y en concreto, al desarrollo de dichas disciplinas⁸⁹⁵. El resultado es que las fronteras entre el mundo adolescente y el adulto parece que se difuminan.

Por otro lado, veremos en el apartado siguiente como no son sólo los y las adolescentes los que se han acomodado en esa etapa vital. Cada vez más personas en edad de la adultez están reivindicando su “derecho” a no hacerse mayores. El mito de Peter Pan está hoy en plena vigencia. Otro ejemplo de como ambos mundos, el adolescente y el adulto, se confunden.

Otra cuestión que parece estar relacionada con el difícil tránsito a la adultez es el hecho ya comentado de la falta de ritos de paso institucionalizados que favorezcan el cambio de etapa. Hemos visto como la sociedad en la que vivimos apenas ofrece procedimientos y técnicas para definir el papel del sujeto adolescente al no reconocer su cambio de estatus mediante un rito⁸⁹⁶. Al no haber un signo claro que señale que se ha alcanzado la edad adulta, el resultado es que el fin de la adolescencia queda difuminado.

Esta ausencia de ritos institucionalizados en lo que concierne a hacerse adulto indica que algo ha cambiado en nuestras sociedades. Algunos autores, como por ejemplo Byung-Chul, argumentan que en esta sociedad nuestra de la hiperactividad, la hiperproducción y la hipercomunicación, el modo de funcionar supone un exceso de aceleración que “elimina todos los rituales y ceremonias, en cuanto que estos no pueden hacerse operacionales, porque son un impedimento para la aceleración de los ciclos de información, la comunicación y la producción”⁸⁹⁷. Es decir, los rituales y las ceremonias suponen *sucesos narrativos* que no pueden tener lugar en la aceleración característica de

⁸⁹⁵ La película de David Finche titulada *La red social*, sobre Mark Zuckerberg, y la creación de Facebook muestran, en clave de ficción, lo que es una realidad.

⁸⁹⁶ Podríamos preguntarnos hasta que punto la superación del famoso “complejo de Edipo” de Freud supone en nuestras sociedades —o ya no— un rito de paso a la adultez. En todo caso, lo que sí parece claro es que algunas terapias psicológicas han asumido la tarea de facilitar la evolución, la maduración de la persona —el tránsito a la edad adulta— cuando otros estamentos de la sociedad que deberían facilitar dicha tarea, como por ejemplo la familia, fracasan en el empeño. Debemos recordar también que la escuela, sobre todo la superación de las etapas que corresponden a la educación secundaria y los estudios superiores, asumen de algún modo la función de ritos de paso a la adultez, al menos en lo que concierne en su vertiente de habilitación para pasar a formar parte al mundo laboral.

⁸⁹⁷ Han Byung-Chul, *La sociedad de la transparencia*, p. 60.

nuestra sociedad.

Por *suceso narrativo* se entiende un acontecimiento arraigado a un espacio y a un tiempo, es un suceso histórico que deja su huella en la memoria, cuya narrativa exige una selección, es decir, sólo admite determinados sucesos, a los cuales da un significado y su apariencia narrativa permite que pueda aparecer el final con un sentido de terminación, de consumación. De este modo, los sucesos narrativos no son vivencias, sino que suponen experiencias de las cuales surge la fuerza de la transformación. Así, la hiperaceleración característica de nuestras sociedades no permitirían la disposición del tiempo, del ritmo y tacto que todo ritual y ceremonia conllevan⁸⁹⁸.

Otro motivo que podría dar cuenta también, al menos en cierta medida, de esta ausencia de ritos de paso institucionalizados⁸⁹⁹, pudiera ser el hecho de que la adolescencia se haya revelado como una franja de edad tan lucrativa para los fines de nuestra sociedad capitalista y consumista, que tanto su existencia como su prolongación estén ligadas a dichos fines. Esto es, si el sujeto adolescente constituye un sustancioso cliente para los mercados capitalistas, y la etapa de la adolescencia supone una creación comercial de la que sacar enorme provecho, parece lógico suponer que la existencia de ritos de tránsito institucionalizados para dejar atrás la adolescencia no interesen demasiado.

La cuestión que ya planteábamos en la parte anterior de nuestra investigación y que retomamos aquí, es si el hecho de no reconocer mediante un ritual institucionalizado el tránsito de la infancia a la adultez dificulta aún más la evolución y el cambio de etapa, pues simple vista parece que, o bien no existen tales ritos –y si los hay, desde luego en ellos se prescinde de la figura del adulto– o estarían regulados por un mercado dirigido por adultos, que de manera velada y perversa ofrece a los adolescentes determinados productos cuyo uso supone todo un ritual de iniciación a la adultez, pero de un modo superficial y, nos atreveríamos a decir, con un cierto grado de inconsciencia por parte de los púberes. Superficial y en cierto modo inconsciente porque el uso de dichos productos

⁸⁹⁸ Cfr. *ibidem*, pp. 60-64.

⁸⁹⁹ Tal vez, en las sociedades contemporáneas no es que hayan desaparecido los ritos de iniciación, sino que ha perdido fuerza la función que siempre les ha caracterizado, que no es otra que delimitar grupos sociales. Cfr. Ana Martínez Barreiro, “Corpo, ciência e tecnologia”, en *A questão social no novo milénio. Livro de Atas de Conferência Internacional*, Coimbra, Faculdade de Economia da Universidade de Coimbra / Centro de Estudos Sociais, 2004, p. 4.

supone toda una declaración de intenciones de que ya se es adulto, al menos en apariencia, aunque no se sea en realidad a todos los efectos, como por ejemplo en lo que concierne a la asunción de las responsabilidades que conlleva crecer.

El fin de la adolescencia antaño venía determinado para los varones por el servicio militar lo que evidenciaba su tránsito a la adultez, así se hacían hombres. Para las mujeres es la maduración sexual la que proporciona un punto de inflexión al respecto con la aparición de la primera regla⁹⁰⁰. Pero en la actualidad, la “mili”, que antes suponía todo un ritual de paso institucionalizado, ya no es obligatoria, así pues, más allá de estas referencias, ¿cómo despedimos en la actualidad la infancia y damos la bienvenida al nuevo adulto en nuestra comunidad?

Ya hemos comentado que el tipo de cultura en que vivimos, que valora tanto la juventud, y el hecho de que la adolescencia sea un periodo cada vez más largo, no favorecen el tránsito a la adultez. Pero el no tener un rito institucionalizado en el que se celebre, se comparta y se simbolice el cambio de etapa dificulta aún más el establecer una frontera clara de lo que se supone que debe ser el convertirse en un adulto. Parece razonable suponer que esto provoca perplejidad tanto en los propios adolescentes como en las familias, pues, ¿cómo tratarles, cómo adultos o como niños?⁹⁰¹

Los seres humanos, en tanto que seres sociales, necesitamos simbolizar y significar colectivamente ciertas transiciones para saber como posicionarnos y comportarnos entre nuestros semejantes, si no quedaríamos demasiado a la deriva de comportamientos poco claros que generarían incertidumbre y desconcierto, así como confusión y desorden social. Por tanto, podemos concluir que, aunque en la actualidad no existan ritos de paso institucionalizados hacia la adultez, hay diferentes maneras de dar significado a dicho tránsito, tanto desde las propias costumbres sociales y familiares como desde las y los propios adolescentes, aunque sean difícilmente generalizables. Algunas de ellas, las que se ofrecen desde el mundo adulto, son, por ejemplo, el hecho de que se permita el voto al alcanzar la mayoría de edad legal, la superación de las etapas educativas, el acceso al trabajo, la obtención del permiso de conducir, el entrar en la universidad, el obtener permiso familiar para viajar y dormir fuera de casa sin ir

⁹⁰⁰ Joana Alegret / M. Jesús Comellas / Pere Font / Jaume Funes, *op. cit.*, p. 44.

⁹⁰¹ *Idem.*

acompañados de adultos, la suspensión de la paga, el permitir el consumo de alcohol o tabaco por parte de los padres, las fiestas de puesta de largo que se organizan en algunos lugares, etc. Parece que estas costumbres sociales y familiares entrañan para los y las jóvenes un sentido de pertenencia, y por tanto les permiten sentirse importantes, reconocidos para y por el mundo adulto, que los recibe como nuevos miembros, por lo que no parece un tema de poca importancia el asunto de hasta qué punto la falta de ritos institucionalizados pueda estar afectando al dificultoso tránsito hacia la adultez que parece estarse dando en la actualidad.

Veamos ahora que similitudes podemos encontrar entre los ritos de paso institucionalizados sobre los que hemos hablado en el capítulo anterior de nuestra investigación, y las actitudes que los propios adolescentes realizan y que podrían ser interpretadas como un modo de sentir que dejan atrás la infancia e inician una nueva etapa. Comprobemos también si estas similitudes nos permiten establecer un esquema común a los ritos de paso institucionalizados y a los ritos de paso que no lo están, como nos proponíamos dilucidar al hablar de los ritos de tránsito en la segunda parte de nuestro trabajo.

Si en los ritos de iniciación a la adultez institucionalizados veíamos que la *primera fase consiste en la separación del mundo infantil*, algunas actitudes que denotan el abandono de la infancia en nuestra sociedad actual son la separación del radio materno-paterno y la importancia que cobra el grupo de iguales. La identificación con una determinada “tribu” que constituye el grupo de iguales de referencia es muy habitual. Como por ejemplo los “emos”, los “heavys”, los “pijos”, etc. y tal identificación se realizará en función de los gustos, fundamentalmente musicales⁹⁰², pero también estéticos, ideológicos o de aficiones compartidas. Asimismo, el dejar de jugar con los juguetes de la infancia para pasar a consumir libros, películas, música, series... especialmente diseñados para adolescentes, así como el profesar una pasión y devoción extrema —el fenómeno *fan*— por los ídolos “fabricados” para esta etapa vital⁹⁰³ son conductas y actitudes que muestran que la infancia se ha dejado atrás, y el hecho de perder la identidad infantil fuerza al y la

⁹⁰² Cfr. Andrés Samper Arbeláez, “La apreciación musical en edades juveniles: territorios, identidad y sentido”, *Cuadernos de Música, Artes visuales y Artes escénicas*, vol. 5, 2/ (2010) 29-41.

⁹⁰³ Como, por ejemplo, los cantantes Justin Bieber, Avril Lavigne, Amy Lee, Ashley Tisdale, Miley Cyrus, entre otros, o la saga de películas “Crepúsculo”.

adolescente a forjar su nueva identidad.

La segunda fase de los ritos de paso es la de transición o marginalidad, con la característica de la agregación al mundo sexual. En esta fase se procede al aislamiento y a la muerte metafórica del niño o niña con la consiguiente pérdida de su personalidad infantil. Podríamos encontrar ciertas similitudes entre los propósitos de dicha fase con el hecho de que en nuestras sociedades es bastante común que el adolescente tenga su propia habitación, y el hecho también de que se respete más su intimidad y su privacidad que en la infancia, a propia petición del adolescente. Su habitación es su territorio, en el que no pocas veces cuenta con un ordenador con acceso a Internet que le permite conectarse con su grupo de iguales, o ser autónomo en cuanto a ocio se refiere⁹⁰⁴, y también un lugar donde recluirse y hacer de él su “mundo particular”, al margen del resto de la familia⁹⁰⁵.

Esta es la fase que en los ritos institucionalizados se denomina “liminar”, ese periodo intermedio, el limbo durante el cual las personas han abandonado un lugar o estado, pero todavía no han entrado o se han unido al siguiente. Algunas características de la *liminaridad* que comentábamos en la segunda parte de nuestro trabajo en el capítulo correspondiente a los ritos de paso, como la transición, el vestido uniforme –por ejemplo, el de la “tribu” con la que el individuo se identifique–, los acercamientos y prácticas sexuales –como el hecho de empezar a ligar y a tener relaciones sexuales con otras personas, o la ejecución de prácticas masturbatorias– la desatención al aspecto o higiene personal en muchas ocasiones, el desinterés tanto por el mundo de la infancia como por el mundo de lo adultos, el silencio con respecto a los mayores y quizás también la aceptación del dolor y el sufrimiento que el propio conflicto de la adolescencia provoca⁹⁰⁶, podrían ser características con ciertas similitudes a las enumeradas como propias de la *liminaridad*⁹⁰⁷.

⁹⁰⁴ El hecho de tener un teléfono móvil propio –cada vez lo tienen siendo más jóvenes– o un ordenador y acceso a internet sin vigilancia estricta son privilegios que denotan un cambio de estatus, de ya no ser considerados como niños.

⁹⁰⁵ Suele ser habitual escuchar comentarios de los padres en los que dicen que “ya no reconocen” a su hijo o hija, que se pasa el día metido en la habitación y que casi no se comunica con ellos, pues está todo el tiempo en el ordenador, o con el móvil o simplemente a sus cosas dentro de su habitación.

⁹⁰⁶ Son muy ilustrativas las palabras del escritor Julian Barnes sobre esta cuestión al afirmar que “nada es comparable a la soledad del alma en la adolescencia”. Julian Barnes, *Niveles de vida*, Barcelona, 2014, p. 135.

⁹⁰⁷ Podríamos ver en los hikikomori, esos adolescentes japoneses que han escogido un grado extremo de aislamiento y confinamiento con respecto a la vida social, alguna conexión con lo que sería llevar al

Decíamos también que las personas liminares ocupan posiciones sociales ambiguas, viviendo en un “tiempo fuera del tiempo” hasta el punto de que en algunas sociedades llega a convertirse en una característica duradera, inmutable, de algunos grupo particulares. Pues bien, si al sujeto adolescente no se le facilita el tránsito a una etapa evolutiva posterior, dándole la posibilidad de incorporarse a un nuevo tipo de vida –lo que en los ritos de paso institucionalizados supondrían la fase de agregación– sacando al individuo de la humanidad común e integrándolo simbólicamente al grupo de los adultos, se correrá el riesgo de que se instale a perpetuidad en la adolescencia, cuestión que, en mayor o menor grado, podemos observar que es lo que está ocurriendo en nuestras sociedades a día de hoy, además de que se produzca una confusión y ambigüedad entre la posición social que debe corresponder al adolescente y al que debe ocupar el adulto.

Los ritos iniciáticos institucionalizados hemos visto que tienen un marcado carácter sexual, esto es, la finalidad del rito y la función de la fase final, la de agregación, es la de introducir al individuo en una sociedad restringida constituida por hombres o mujeres. Cabe preguntarse qué ocurre en la actualidad, pues estas categorías, masculino y femenino, ya no están tan claras como antaño y las características que definen lo que significa ser hombre o mujer no están hoy en día tan delimitadas. De modo que queda planteada la incógnita ya no sólo de como se hacen adultos los y las adolescentes, sino como se hacen hombre y mujeres, o si acaso ambas categorías ya no son definitorias de la situación actual.

En otro orden de cosas, buscando más paralelismos entre los ritos de paso no institucionalizados de los y las adolescentes y los ritos de tránsito institucionalizados que hemos analizado en la segunda parte de nuestra investigación, decíamos al respecto de estos últimos que la dramatización estaba al servicio de educar, transmitiendo significados a través de un lenguaje simbólico y concienciando de la seriedad de lo que supone crecer. Observamos que los y las adolescentes hacen un uso de un lenguaje especial, un “argot” característico, utilizando frecuentemente tacos, y suelen adoptar no pocas veces una manera de estar en el mundo más chulesca, insolente y provocativa. Esta puesta en escena puede tomarse como un modo de transmitir, de concienciar a los adultos y concienciarse ellos mismos también, de que han dejado atrás la infancia.

extremo de lo patológico esta fase liminar no institucionalizada, que en vez de ser una fase, acaba siendo un estado, un callejón sin salida, un verdadero trastorno mental.

En la anterior parte de nuestro trabajo ya avanzábamos que los sujetos adolescentes actuales, si bien no siguen ritos institucionalizados de paso a la adultez, sí utilizan rasgos o actos propios del rito pero pulverizados, hechos “a medida”, privados por tanto de su función ritual y convertidos en modas. Veamos algunos de ellos.

Conductas en el ámbito de la estética como cortarse el pelo a la moda, teñírselo, hacerse tatuajes, *piercings* –muchas veces en los genitales y en el pecho–, maquillarse y vestirse con prendas de adulto⁹⁰⁸, o el uso de todos estos elementos con fines identitarios constituirían rasgos específicos del rito despojados de su función ritual. También el consumo de drogas⁹⁰⁹, darse nuevos nombres (rebautizarse mediante apodos o motes), hacer “botellón”, escupir públicamente (los hombres), empezar a fumar, usar la música y la danza como forma de catarsis, salir por la noche, o la experimentación sexual. Asimismo los ayunos anoréxicos, los vómitos bulímicos⁹¹⁰, o conductas de riesgo que pongan a prueba el valor e incluso tanteen los límites entre la vida y la muerte, como el uso de la moto y del coche a toda velocidad, el abuso de drogas ya comentado –y no pocas veces estas dos actividades, conducir y drogarse, simultáneamente–, meterse en peleas –sobre todo los chicos–, delinquir –robando algo valioso, por ejemplo, que demuestre ante la pandilla que no se es un cobarde⁹¹¹–, así como algunas actividades de ocio que se realizan arriesgadamente –la práctica de parkU, skate, entre otras.

Con respecto a la importancia e influencia del grupo de iguales en la adolescencia

⁹⁰⁸ Por ejemplo, el uso de tacones, de bolso, pintalabios, eye-liner, etc., aunque ya los hacen para niñas, como podemos ver en el estilismo de, por ejemplo, Suri Cruise, la hija del famoso actor Tom Cruise, que desde su más tierna infancia utiliza prendas propias de una mujer pero confeccionadas para ser utilizadas por las niñas.

⁹⁰⁹ Muchas de ellas llevan implícito un determinado ritual de preparación y consumo.

⁹¹⁰ Aunque los tabúes alimenticios en nuestra sociedad parece que están más relacionados con la negativa a hacerse adulto, a convertirse en mujeres y hombres, y más relacionados con alcanzar ese ideal estético que la moda y la publicidad propugnan de una sempiterna adolescencia.

⁹¹¹ Como podemos observar en la película de Clint Eastwood titulada *Gran Torino*. Este film de 2008 trata, entre otros temas, el paso a la adultez de un adolescente que, viviendo en un complicado y multicultural barrio de una ciudad en Estados Unidos, consigue “hacerse un hombre” gracias a su vecino, que le sirve de ejemplo y lo orienta en dicho camino. Entre los consejos que le da al joven figuran: “el aprender a hablar como los hombres” –usando tacos, la guasa pero con educación para conseguir crear un clima cómodo con el interlocutor–, “salir con una buena chica” y conseguir un trabajo. El apretón de manos también supone un gesto adulto que indica agradecimiento, confianza y sirve para sellar pactos, y, por supuesto, el hecho de que el adulto que ejerce la función paterna con el adolescente protagonista de la película le deje conducir su gran Torino, supone toda una declaración de intenciones de que ya ha dejado de considerarlo y, por tanto, de ser un chaval y se ha convertido en un hombre a ojos de otro adulto.

y su relación con los ritos de paso merece especial atención el *fenómeno de las pandillas o bandas*. La pertenencia a una pandilla es una de las características de la adolescencia y es importante señalar que en ellas no se puede madurar y pasar a ser adulto, porque forma parte de su funcionamiento lo que podríamos denominar “el efecto de disolución psicótica de la individualidad en el grupo”. La pandilla se impone y no quiere aceptar la ley ni la autoridad, y su presión es tal que resulta francamente difícil al individuo eludir su influjo⁹¹².

Para ir ya terminando con esta reflexión sobre el difícil tránsito a la adultez, decir que una *muestra de la consideración de que uno ya es adulto es* la demostración de respeto, tanto por el grupo de iguales como por parte de los adultos. El respeto de los demás por las decisiones que uno toma es una actitud que denota que ya se le toma por adulto y como tal, responsable de sus propias decisiones. Al niño no se le respeta en este sentido –aunque ahora más que antaño– y son los mayores los que toman las decisiones por él o ella, le guste o no. Así, el respeto por la autonomía personal y el ejercicio de la libertad responsable son señales de que se ha pasado a la adultez, como podremos confirmar con las conclusiones que hemos podido obtener, a la luz de los resultados obtenidos en nuestro Planteamiento empírico –y que, como ya hemos dicho *in supra*, se encuentra en los Anexos de nuestro trabajo de investigación.

Esta reflexión nos lleva a otra, si acaso los problemas de conducta que cada vez son más frecuentes entre los adolescentes –y podemos verlo por el eco que se hacen de ello los medios de comunicación– problemas que tienen que ver con la falta de respeto a las figuras de autoridad, hacia el más débil o el diferente, como en los casos de violencia filio-parental, de *bullying* o violencia de género, si acaso, decíamos, estos comportamientos aberrantes no tienen que ver también con la cuestión de que la figura del adulto, que es la que en última instancia ha de poner los límites al adolescente a la vez que ofrecer un camino por el que “hacer camino” hacia la adultez, se ha difuminado tanto que hemos dejado a la adolescencia en un estado de confusión cuyos síntomas adquieren también la forma de conflicto violento. Pues, como ya apuntábamos en la segunda parte de nuestra investigación, cuanto más estructurado está el camino a seguir por los jóvenes, cuando se les deja claro lo que se espera de ellos, menor es el desasosiego y la rebelión.

⁹¹² Podemos verlo también en esta misma película que hemos comentado.

Queda ahora por dilucidar la cuestión de cómo afecta al sujeto adolescente el hedonismo alienante que nuestra sociedad de consumo alimenta y como, si acaso es posible, se integran sus efectos con la tensión y conflicto provocado por esa falta de límites claros que hemos comentado. La convivencia de opuestos creando situaciones paradójicas es un rasgo de la postmodernidad, pero otra cosa es ver como el individuo, y en este caso el adolescente, lo integra o no en su personalidad y como la paradoja forma parte entonces de su identidad. Quizás esa figura de la que hemos hablado, ese nuevo Narciso postmoderno, aclare un poco dicha cuestión.

CAPÍTULO 4

La adolescencia eterna

En las dos o tres últimas décadas hemos podido ver como se ha ido perfilando lo que podríamos denominar el “adulto adolescentizado”. Ese individuo que cronológicamente se halla situado en la edad que corresponde a la etapa adulta pero que sin embargo se esfuerza, al menos en algunas facetas de su vida y de su personalidad, en aparentar y ser, y en vivir como, un adolescente.

Un “preadulto” o “*kidult*” es un miembro de la “nueva edad adulta” o *emerging adulthood*, como ha sido definida por el psicólogo estadounidense Jeffrey Jensen Arnett en la revista *American Psychologist* la nueva etapa vital que atraviesan numerosas personas de los denominados países desarrollados, con una edad comprendida entre los dieciocho y los cuarenta años. Las actuales condiciones sociales y económicas, tales como el aumento de la esperanza de vida, el vivir en una democracia⁹¹³, el que la etapa de estudiante se alargue, la dificultad para encontrar un empleo, la imposibilidad de ser autosuficiente económicamente o, precisamente, la posibilidad de no depender de otras personas –como en el caso de las mujeres, depender de un marido que las mantenga–, el hecho de vivir en una cultura hedonista, la proliferación y el acceso a las nuevas tecnologías, la posibilidad de posponer la maternidad, la aparición de nuevos estilos de vida aceptados socialmente –por ejemplo el quedarse soltero o no tener hijos por decisión propia, etc.– han propiciado un retraso en lo que antes suponía ingresar en la edad adulta.

Así, en este nuevo siglo resultan cada vez más frecuentes los casos de personas en edad adulta que se dedican a vivir como en la adolescencia y la primera juventud, ya sea en lo que concierne a las relaciones personales, al tiempo libre, al trabajo, a la propia imagen, a los gustos en moda y en el consumo en general. En definitiva, su modo de vida

⁹¹³ Democracia al menos aparente. Y esto me hace recordar un interesante y polémico documental titulado *Zeitgeist: Addendum*, dirigido en 2007 por Peter Joseph, en el que cuestiona el sistema político y económico actual.

y sus señas de identidad se asemejan a las de los adolescentes⁹¹⁴.

Comentarios o reflexiones como las siguientes, dichas por un adulto de treinta y un años de edad:

“Sé que ya soy mayorcito, pero no me veo como un adulto”;

“Relaciono la adultez con ser triste, tenerlo todo firmado, casarse, tener hijos, un chalé y un todoterreno, escribir listas y hacer la declaración de la renta. Así nos lo han vendido: saber lo que vas a hacer todos los días, una cárcel vital. No hay necesidad de entrar en eso. Prefiero no ser adulto nunca”.⁹¹⁵

O esta sorprendente reflexión:

“Hay que ser muy responsable para ser adolescente a los 36. Eso comporta riesgo y lo pago”.⁹¹⁶

O ésta otra:

“Llevo la misma vida que a los 16 años. Ha sido algo elegido pero no premeditado. Simplemente no me apetece madurar como se supone que debo hacerlo. ¿Síndrome de Peter Pan? Vale, tengo ese punto de no querer crecer, pero sin ser una patología ni un drama. Sólo un modo de vida”.⁹¹⁷

Son testimonios que implícitamente nos hablan de estos preadultos, adultos adolescentizados, *adultescentes*⁹¹⁸, o adultos con síndrome de *peterpanismo*, cuando menos reveladores de un nuevo estado de cosas y de que las mentalidades están

⁹¹⁴ Cfr. Luz Sánchez Mellado, *op. cit.*, p. 40.

⁹¹⁵ Reflexión hecha por Juan Ibañez, “Trancas”, del programa *El Hormiguero* y transcrita en Luz Sánchez Mellado, *op. cit.*, p.40.

⁹¹⁶ Palabras pronunciadas por Diana Aller, periodista y bloguera, de 36 años y con dos hijos, uno de 7 y otro de 5 años. Cit. en *ibidem*, pp. 40s.

⁹¹⁷ Palabras pronunciadas por “Jota”, diseñador gráfico y organizador de eventos, 40 años. Cit. en *ibidem*, p. 47.

⁹¹⁸ “Adultescente” es el nombre con el que Eduardo Verdú denominaba a esa primera generación nacida en democracia y que al llegar a la década de los veinte años se encontraron prisioneros de una adolescencia que ya no tocaba pero que las condiciones sociales –trabajo precario, dependencia de los padres, etc.– imponían. Cfr. *Adultescentes. Autorretrato de una juventud invisible*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

cambiando y mucho. El antropólogo de la Universidad de Lleida, Carles Feixa⁹¹⁹, habla de un cambio en el ciclo vital, de “edades yo-yo”: se va y se viene dependiendo de factores como la economía y la personalidad de cada cual. El paso de una edad a otra queda difuminado y los itinerarios son diversos. Cada persona diseña su biografía como quiere o puede. Ya no sólo se impone una conciliación entre géneros, si no también entre generaciones. Para Gabriel Alconchel, director del Instituto de la Juventud, de 33 años de edad, lo que caracteriza a los jóvenes en la actualidad es la pluralidad, considera un error etiquetarlos, pues, ni todos son eternos adolescentes, ni todos del 15-M, ni todos *ni-nis*⁹²⁰.

Los testimonios que hemos expuesto a modo de muestra del sentir y pensar de estos “nuevos adultos” perfilan algunas de las características que, al menos para ellos, significa, por un lado, ser joven y, por otro, ser adulto. La edad adulta queda asociada a rasgos como la planificación, la responsabilidad, las obligaciones, el matrimonio, los hijos, el aburrimiento, las preocupaciones, la tristeza e incluso llega a ser pensada como una cárcel vital. Mientras que la juventud encarnaría cualidades como el deseo de divertirse, la espontaneidad, la capacidad de improvisar, el riesgo, la vulnerabilidad, la libertad, la novedad, el estar abierto a nuevas experiencias, el hacer de cada día una aventura y el ocio como parte fundamental de la vida.

Y es que hacerse mayor es algo que nuestra cultura no valora y esto es algo relativamente nuevo. De hecho, durante el siglo XIX y parte del XX las cosas eran muy diferentes. El mundo, según nos cuenta el escritor Stefan Zweig –testigo de excepción de los cambios acontecidos en Europa durante el siglo pasado que relata desde una perspectiva autobiográfica– desconfiaba de los jóvenes. La sociedad burguesa valoraba el orden, la solidez, la experiencia, la moderación y la comodidad en todos los ámbitos de la vida. De hecho, se consideraban virtudes relacionadas con el “progreso”, del que dicha sociedad se sentía orgullosa⁹²¹. Los jóvenes eran considerados peligrosos precisamente por las cualidades inherentes a su edad y que ahora se consideran dones envidiables, como la frescura, la curiosidad, la temeridad, la alegría de vivir, su deseo de cambios

⁹¹⁹ Luz Sánchez mellado, *op. cit.*, p. 46.

⁹²⁰ *Idem.*

⁹²¹ Stefan Zweig, *op. cit.*, p. 56.

radicales y rápidos...⁹²². Esta desconfianza se convertía en un obstáculo para cualquier carrera y era la vejez lo que suponía una ventaja. Así, la diferencia de edad tenía un valor muy diferente al que tiene en la actualidad.

“Un bachiller de dieciocho años era tratado como un niño, se le castigaba cuando lo sorprendían fumando, tenía que levantar obedientemente la mano cuando quería abandonar su banco para ir a satisfacer sus necesidades; pero incluso al hombre de treinta años se le trataba como a un ser que todavía no era capaz de levantar el vuelo, y más aún, al de cuarenta no se le consideraba suficientemente maduro para ocupar un cargo de responsabilidad”.⁹²³

Así, en esta época de la seguridad, el que quería prosperar tenía que parecer mayor, por tanto, disimular su juventud con un atuendo que emulase al respetable adulto:

“Los periódicos recomendaban específicos que aceleraban el crecimiento de la barba, los médicos de veinticuatro o veinticinco años, que acababan de licenciarse, lucían barbas frondosas y se ponían gafas doradas, aunque su vista no lo necesitara en absoluto, y todo con el único propósito de causar en sus pacientes la impresión de la “experiencia”. La gente vestía levitas largas y caminaba con paso pausado, y, si era posible, adquiría un cierto *embonpoint*⁹²⁴ que encarnaba esa gravedad anhelada, y los ambiciosos se afanaban en anular, aunque sólo fuese exteriormente, su juventud, una edad sospechosa de poco sólida”.⁹²⁵

La madurez era un valor incuestionable y una de las técnicas empleadas para construir al sujeto, tanto en el entorno familiar como escolar, e incluso proclamado por el Estado, consistía en repetir incansablemente al joven que no estaba “maduro” todavía, por lo que no podía comprender nada, así que debía limitarse a escuchar y a obedecer. Intervenir en conversaciones de adultos era impensable, y menos aún para cuestionar o contradecir nada. Su deber era, sobre todo, el de la obediencia total⁹²⁶.

Las reflexiones que el filósofo Fernando Savater hace respecto a la consideración

⁹²² *Ibidem*, pp. 56 y 58.

⁹²³ *Ibidem*, pp. 56s.

⁹²⁴ *Embonpoint*, es decir, vigor.

⁹²⁵ Stefan Zweig, *op. cit.*, pp. 57s.

⁹²⁶ *Ibidem*, pp. 58s.

de la edad en otras épocas y sociedades en contraste con la nuestra resultan también interesantes⁹²⁷. Cuenta como los ancianos de todas las culturas han sido, durante siglos, los portadores del saber de la experiencia. Aún con la aparición de la escritura la experiencia de los mayores, su madurez y calma ante los diferentes avatares de la vida, hacía que sus conocimientos fuesen muy valorados en las comunidades. En este sentido se explica también la obligación de respetar al padre y a la madre y otros mayores en las diferentes culturas. Pero en nuestra época las cosas están cambiando. La experiencia ya no se considera un valor en muchos contextos, como por ejemplo el laboral, en el que incluso puede llegar a considerarse un obstáculo⁹²⁸. Savater cita textualmente las palabras del poeta y sacerdote Hugo Mujica, quien dice que

“nuestra cultura desprecia al anciano porque además desprecia la sabiduría; no es una cultura de vida, sino de funcionamiento. La sabiduría es el saber vivir, y el funcionar es técnico, y lo que se respetaba del anciano en la antigüedad era su memoria de sabiduría”.⁹²⁹

Y es que, como apunta Savater, estamos en riesgo de ir hacia una juvenilización permanente de la sociedad. En nuestra cultura no se consideran atributos ni la madurez⁹³⁰ ni la ancianidad, mientras que la juventud –con su fuerza, belleza, agilidad y espontaneidad– se ha convertido en un valor por sí mismo⁹³¹. No en vano la industria del ocio, de la cosmética, de la moda, de la música incluso, de la medicina dedicada a la estética, de la alimentación, del deporte, etc., nutren sus bolsillos de los anhelos de la gente de mantener lo máximo posible, o incluso recuperar, una juventud que ha quedado atrás.

⁹²⁷ Cfr. Fernando Savater, *Los diez mandamientos en el siglo XXI. Tradición y actualidad del legado de Moisés*, Barcelona, Debate, 2004, pp. 76-84.

⁹²⁸ Por ejemplo, en lo que concierne al manejo de máquinas recién inventadas o si de lo que se trata es de manipular mejor al trabajador en cuestión...cuanto menos experiencia en ambos casos, mejor.

⁹²⁹ Fernando Savater, *Los diez mandamientos en el siglo XXI. Tradición y actualidad del legado de Moisés*, p. 78.

⁹³⁰ Madurez que, a nuestro parecer, queda muy bien definida por el autor Nathaniel Branden al considerarla como “el tener una visión más amplia, una mayor consciencia y un conocimiento superior”. Nathaniel Branden, *Los seis pilares de la autoestima*, Barcelona, Paidós, 1995, p. 87

⁹³¹ Fernando Savater, *Los diez mandamientos en el siglo XXI. Tradición y actualidad del legado de Moisés*, p. 78.

Con respecto a como la publicidad se ha convertido en una poderosa arma de seducción de los jóvenes, las personas que ya tenemos una cierta edad hemos sido testigos de, como poco a poco, los anuncios están más encaminados a esta etapa de la vida. Ellos, o adultos rejuvenecidos, son muchas veces los protagonistas de los anuncios⁹³². Cada vez son más jóvenes las personas que tienen capacidad de gastar grandes cantidades de dinero. Las y los adolescentes, educados en el consumismo y más ingenuos que los adultos, son, por su vulnerabilidad, uno de los objetivos principales de los publicistas.

⁹³² Al respecto, el filósofo vasco comenta —en el mismo libro anteriormente citado— que parece que lo que la publicidad nos quiere decir es que hay que comportarse e incluso disfrazarse como un joven el mayor tiempo posible, es decir, la gente no debe vivir de acuerdo a la edad que tiene si esta edad sobrepasa la juventud. La publicidad impone el consumismo y el hedonismo a unos individuos que pretenden permanecer, si acaso no lo están, en la juventud. Sin embargo, reflexiona, en el siglo XVIII Voltaire daba precisamente el consejo contrario, “si uno no tiene las virtudes de su edad, seguro que tendrá todos los vicios”.

CAPÍTULO 5

De la construcción postmoderna del sujeto a la construcción actual del sujeto adolescente

Pareciera que el tipo de sociedad y cultura que se ha perfilado en la postmodernidad le viniera “como anillo al dedo” al adolescente, ese sujeto “en construcción” de su identidad. Es decir, parece que encajaran perfectamente algunas de las características de la postmodernidad con los rasgos que lo caracterizan, por lo que no resulta difícil entender algunos de los motivos de ese instalarse indefinidamente en este periodo de la vida denominado adolescencia y, en este mismo sentido, comprender por qué algunos adultos se han instalado en un *modus vivendi* adolescente. ¿Fomenta la postmodernidad un modo de vida inmaduro? ¿Es la adolescencia un constructo propio de la modernidad y de la postmodernidad, un nuevo mito creado en base a intereses comerciales, un objeto de estudio de los saberes, o todo ello a la vez?

Veamos que características de la postmodernidad podrían interpretarse también como rasgos de la adolescencia, ya sean como producto de la inmadurez propia de esta etapa de la vida, ya sean como resultado del ambiente en el que se educa y forma la personalidad del adolescente. Ambas, tanto la postmodernidad como la adolescencia, se entienden como grandes transformaciones resultado de una crisis⁹³³. Las dos son edades o épocas llenas de contradicciones y oposiciones, en las que el pasado y el futuro están en conflicto. Si la postmodernidad es fruto de un cambio de los órdenes cerrados, de la tradición, la norma y el principio de autoridad, lo que dará lugar a un sujeto de extrema individualidad, hedonista e inmerso en el presente, la adolescencia es una etapa de desafío a la autoridad, a las reglas que ésta impone y a las costumbres sociales y culturales.

El adolescente es también un sujeto individualista que buscará el placer inmediato y vivir en el “aquí y ahora”, el propio de su generación, y esto significará que compartirá

⁹³³ Crisis que ambos casos podríamos decir que provocan un repliegue del individuo –ya sea el postmoderno o el adolescente– sobre sí mismo.

con la mayoría de los integrantes de la misma unos hábitos, ideas, creencias, valores y modos de actuar, es decir, como decía Ortega y Gasset, vivirá desde la sensibilidad vital que le es propia, esto es, la de su generación, siendo ésta de suma importancia en la configuración de su identidad⁹³⁴.

Con respecto al *proceso de personalización* propio de la postmodernidad –del que ya hemos hablado en la primera parte de nuestro trabajo– caracterizado por un nuevo modo de gestionar los comportamientos: por el mínimo de coacciones y el máximo de elecciones privadas; con el mínimo de austeridad y el mayor deseo; con la menor represión y la mayor comprensión posibles; este proceso de personalización fomentado por la cultura en general y por los progenitores y educadores en particular, refuerza en el sujeto adolescente un *individualismo* y *hedonismo* inmediatos y personalizados, “hechos a medida”, que desembocan en un auténtico culto al *yo* hasta los extremos más narcisistas.

Relacionado con esto está el fenómeno tan postmoderno del *consumo de masas*, que ha dado lugar a la cultura hedonista en la que estamos inmersos. En ella, el *ocio*, el placer y todas las formas de consumo se han convertido en actividades centrales para la y el adolescente. La *moda*, las *nuevas tecnologías* –móviles, Internet, etc.–, que el consumo de masas promueven, con la publicidad como motor, desempeñan un papel fundamental en la voluntad del sujeto adolescente de expresar una identidad singular. Al mismo tiempo, el propio contexto celebra a nivel cultural la identidad personal y la aspiración a la búsqueda de la misma, mientras legitima el derecho de vivir libremente, para que cada individuo, sin aparente represión –pues en la postmodernidad ésta se ha sustituido en la medida de lo posible por la seducción– elija su modo de existencia.

Otro rasgo de la postmodernidad es la importancia que los *medios de comunicación de masas* y la *tecnología* tienen en nuestras vidas. Los *mass media*, canales tan propicios para la circulación de la información y para la publicidad, condicionan el modo en que pensamos, deseamos y consumimos, mientras que la tecnología determina el modo en como nos expresamos, comunicamos y relacionamos. Es decir, medios de comunicación y tecnología condicionan y mediatizan totalmente nuestro modo de vida y moldean nuestra identidad, desde la faceta más personal hasta la más pública de la misma.

⁹³⁴ Nos reconocemos en un otro al reconocernos como integrantes de una misma generación. Podemos ver como la publicidad se aprovecha de este hecho para conmovernos y emocionarnos cuando nos quiere vender un producto, identificándonos con el producto mediante la identificación con una determinada generación, aludiendo a recuerdos que son comunes y significativos para una determinada generación.

Esto afecta profundamente a los y las jóvenes. Internet o los teléfonos móviles, entre otros, se han convertido en productos de primera necesidad, en señas de identidad. La capacidad de estas tecnologías para la satisfacción inmediata de los placeres, para eliminar las barreras espacio-temporales, para hacer posible lo imposible sin apenas esfuerzo y para proporcionar experiencias virtuales, ilusorias, sucedáneos de experiencias emocionales, sin el esfuerzo y riesgo de lo “real”, suponen una enorme influencia en la configuración de las mentes y cuerpos adolescentes, con unas consecuencias que resultan difíciles de calibrar, dado que además, nuestros jóvenes no pueden entender el mundo sin la existencia de las nuevas tecnologías, en este sentido son absolutamente postmodernos.

Recordemos también que, como veíamos en la segunda parte de nuestro trabajo⁹³⁵, una de las dificultades a las que precisamente se enfrenta el sujeto adolescente en su proceso de maduración es la de conciliar lo ideal y lo real, proceso que se ve dificultado a mayores por los usos y abusos que las y los jóvenes hacen de las nuevas tecnologías. Tampoco ayuda la confusión en lo que respecta a figuras de autoridad contundentes, que aparezcan marcando con claridad unos límites que puedan favorecer la asunción del principio de realidad.

Con respecto a otro de los rasgos que parecen caracterizar la postmodernidad, el de la *indiferencia*, decir que, si bien es cierto que el sujeto postmoderno se encuentra sobreestimulado y esto veíamos que fomenta la indiferencia y la pérdida de interés, para el adolescente, el estar inmerso en un mundo lleno de múltiples elecciones y excesivo en estímulos necesariamente tiene que influirle, no sólo atrofiando la capacidad de atención, de concentración y hasta la de soportar el aburrimiento, sino también aumentando la indecisión ya de por sí característica de la adolescencia. Probablemente esta sobreestimulación le provoque también desinterés, aunque estos efectos pueden que se vean contrarrestados en cierto grado por la pasión y la curiosidad propias de este periodo de la vida.

Otro aspecto que señalábamos como característico del momento que estamos viviendo es la invasión de lo médico y lo psicológico en la vida cotidiana. Hecho íntimamente relacionado con la enorme importancia que han cobrado la salud y el bienestar y, hasta la felicidad en nuestros días, hasta el punto de ser considerados como

⁹³⁵ Juliette Favez-Boutonier, *L'adolescence et ses problèmes*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, p. 388.

estados naturales del ser humano. Esto supone, por una parte, un gran avance en lo que a consideración de la vida se refiere, pero conlleva también el inconveniente de hacer creer que el malestar y el sufrimiento son cosas que se pueden eliminar de la experiencia de la vida, como si no tuviesen sentido ni función.

Otro factor implicado en la “medicalización” de la vida con el fin de optimizarla tiene que ver con las presiones de la industria farmacéutica, que necesita de la enfermedad para vender sus productos. También el hecho de vivir en una sociedad tan competitiva, es decir, en una sociedad de rendimiento y actividad en la que el individuo debe estar siempre alerta y en forma si no quiere quedar excluido del ritmo vital que la sociedad impone y que el propio sujeto se exige⁹³⁶. Alcanzar tal nivel de rendimiento resulta agotador y pone al individuo en una situación en la que mantener todo bajo control resulta muy difícil. Esto fomenta que las personas se centren en objetivos, a su juicio, susceptibles de controlar, como por ejemplo, el cuerpo, por lo que se le presta una vigilancia constante a la salud. Hemos visto que este exceso de atención también está relacionada con la inversión narcisista en el organismo, de la que ya hemos hablado y sobre la que volveremos a incidir en breve.

Por otro lado, no debemos perder de vista, como ya hemos apuntado, que nuestra cultura alienta al consumismo y al individualismo hedonista, y esto tiene como consecuencia que seamos exigentes y con escasa paciencia y tolerancia a las frustraciones propias de la vida⁹³⁷. Sobre esta cuestión, el doctor en psiquiatría Allen Frances reflexiona lo siguiente:

“Si vivimos en una cultura que echa mano de las pastillas ante cualquier problema, se reducirá nuestra capacidad de afrontar el estrés y la seguridad en nosotros mismos. Si este comportamiento se generaliza, la sociedad entera se debilitará frente a la adversidad. Además, cuando tratamos un proceso banal como si fuera una enfermedad, disminuimos

⁹³⁶ Han Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, pp. 25 y 45.

⁹³⁷ Sobre los factores que han llevado a esta medicalización y psicologización de la vida cotidiana hacemos referencia al artículo publicado también en prensa el 28 de septiembre de 2014 por el periódico *El País*, firmado por Milagros Pérez Oliva y titulado “El estado de malestar. Colgados de los ansiolíticos”. Se reflexiona ahí sobre los motivos que han propiciado el espectacular salto hacia una psiquiatría denominada de la complacencia. Autores como Han Byung-Chul o Zygmunt Bauman son nombrados como referentes a la hora de reflexionar y entender este proceso desde los ámbitos de la filosofía y la sociología.

la dignidad de quienes verdaderamente la sufren”.⁹³⁸

Si la identidad es algo que se va construyendo en la interacción con el entorno, y el modo en como nos ven los demás influye en la imagen que nos hacemos de nosotros mismos, resulta inevitable deducir que una mirada “psicologizada” y “medicalizada” de la vida y de lo que vamos siendo acaba influyendo en como percibimos, sentimos y entendemos que la vida es, e influyendo también, por tanto, en lo que somos.

Además, éste estar pendiente de lo que a uno le ocurre, de como uno se siente, esta necesidad de aprender a manejarse y comprender unas emociones que sobrepasan la capacidad de autogestión, esta constante búsqueda de optimizar la calidad de vida, esta pasión por la personalidad, por el “yo”, en definitiva, esta inversión narcisista en el mundo de las emociones y de la mente, es tan propio del sujeto postmoderno como característico de la adolescencia, pues, como ya hemos visto en la segunda parte de nuestra investigación, es específico de esta etapa la intensidad, la inestabilidad y la inmadurez en el manejo del mundo emocional, aunque los adolescentes puedan parecer, en muchas ocasiones, adultos en su manera de proceder⁹³⁹.

La medicalización y psicologización de la vida son hechos que nos afectan a todos, y las y los adolescentes no son una excepción. Acudir a terapia o manifestar que se tienen problemas psicológicos, por ejemplo, ya no se consideran asuntos que haya que ocultar o mantener en la intimidad, pues puede resultar embarazoso porque se asocia a estar loco o a ser “defectuoso”. Solicitar ayuda profesional para sobreponerse al malestar existencial y emocional, y mostrar la parte más vulnerable públicamente, son cosas que se han naturalizado. Y, aunque aún existen ciertas reticencias, sobre todo en personas de más edad, el aumento de la sensibilidad terapéutica es un hecho en nuestros días. El propio lenguaje y el modo en que se conciben las conductas dan muestra de este hecho. Los y las adolescentes también han incorporado este rasgo en su modo de proceder⁹⁴⁰. Por otro lado, estamos asistiendo a la proliferación de nuevos trastornos, o nuevos modos de

⁹³⁸ Allen Frances, psiquiatra estadounidense de reconocido prestigio como profesional y por sus numerosas publicaciones sobre patologías mentales. Estas palabras están recogidas de una entrevista aparecida en prensa bajo el título “Convertimos problemas cotidianos en trastornos mentales”, *El País*, 26/09/2014.

⁹³⁹ Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *op. cit.*, p. 8.

⁹⁴⁰ Así, no es raro escucharles comentarios de uso coloquial como “estoy depre” o “ese tipo es un psicópata”, “tú eres una ninfómana”, “no te pongas neura”, “eres una histérica”, etc.

nombrar conductas que ya existían antes en los niños y adolescentes, pero que no se consideraban un problema de índole psicológica o psiquiátrica y ahora sí⁹⁴¹.

Esta nueva consideración del malestar tiene su parte positiva, pues permite curar enfermedades, paliar dolencias y solicitar ayuda ante problemas y dificultades que antes debían sobrellevarse en silencio y con enorme sufrimiento. Permite también comprender los motivos del malestar, lo que resta ansiedades e incertidumbres, y facilita su superación. La parte negativa es que algunas “etiquetas” médicas y psicológicas con las que se nombra el malestar, no pocas veces estigmatizan y fomentan una pasividad y un victimismo que despojan al sujeto del coraje, el esfuerzo y la capacidad de gestión necesarios para sobreponerse y para entender que el sufrimiento, al menos en cierto grado, forma parte inherente del proceso de la vida.

De este modo, en la actualidad, las disciplinas de la psicología y la psiquiatría han cobrado un papel de enorme protagonismo en lo que a la construcción de la identidad se refiere, asumiendo tareas que pasan por la contención emocional, por la orientación y por la reeducación en lo que a vivir se refiere. Dando respuesta a las crisis vitales, entre ellas

⁹⁴¹ Algunos trastornos de la infancia y de la adolescencia que podemos encontrar en cualquier tratado de psicología clínica son, por ejemplo: la ansiedad de separación, depresión, problemas de relaciones sociales en la infancia como mutismo infantil selectivo, inhibición conductual o baja autoestima, déficit de atención e hiperactividad, comportamiento disocial, autismo infantil, anorexia y bulimia nerviosa, síndrome de alienación parental, adicciones a las nuevas tecnologías... Como podemos ver, la lista es bastante extensa. Vemos, por ejemplo, que el niño que antes se consideraba muy inquieto en el aula y le costaba prestar atención, ahora es susceptible de sospecha de padecer un trastorno de hiperactividad y déficit de atención (TDAH), con las serias implicaciones –medicación, terapia, etc., por no hablar del estigma que tal etiqueta pueda suponer– que tal consideración conlleva. Además, cuando se trata un proceso banal como si fuera una enfermedad se está restando dignidad a quienes verdaderamente la sufren. Con esto no estamos negando que la sociedad actual haya fomentado la aparición de nuevos trastornos y enfermedades, pero parece evidente que la terminología psicológica con la que se denominan comportamientos y malestares actuales, así como la práctica terapéutica para paliarlos, es algo característico de nuestra cultura y un hecho sin precedentes hasta el momento.

Al respecto resulta muy interesante la entrevista al psiquiatra Allen Frances, ya mencionada *in supra*, y sobre la que ahora volvemos. El Dr. Allen Frances dirigió el equipo que redactó el DSM IV (Manual Diagnóstico y Estadístico de patologías mentales considerado como un referente dentro del mundo de la psiquiatría), al que siguió una quinta edición que amplió de forma considerable el número de entidades patológicas. En dicha entrevista, el doctor Frances habla de que el principal referente académico de la psiquiatría está colaborando en la creciente medicalización de la vida. De hecho, ha publicado un libro, *¿Somos todos enfermos mentales?* (Ariel, 2014), en el que hace autocritica y cuestiona las razones de este hecho, la inflación diagnóstica, que las casas farmacéuticas promueven para sacar beneficio económico, por lo que nos hacen creer que el trastorno psiquiátrico es muy común y de fácil resolución. Así, síndromes como la predemencia, o el del comedor compulsivo entre otras, hacen alusión a problemas de la vida cotidiana –olvidos frecuentes, comer mucho...– que han adquirido categoría de trastorno mental. En el caso de la psiquiatría infantil advierte que se ha perdido el control de la situación. Trastornos como el autismo y la hiperactividad se han disparado hasta cifras tan sorprendentes como preocupantes, con las serias implicaciones que ya hemos comentado esto implica. Cfr. Allen Frances, “Convertimos problemas cotidianos en trastornos mentales”, *El País*, 26/09/2014.

la de la adolescencia, y marcando un camino a seguir en aquellas personas cuyos vacíos existenciales y problemáticas no resueltas los mantienen “encallados” en funcionamientos inmaduros, que necesitan superar para poder alcanzar una adultez plena.

Y si, en cierto modo esta popularización, este entrometimiento de lo médico y lo psicológico en la vida cotidiana, constituye una forma de volcarse narcisísticamente en el mundo de las emociones y de la mente, la dedicación egocéntrica va mucho más allá, no sólo en el sujeto postmoderno, también en el adolescente. Estamos hablando ahora de otro rasgo de nuestra sociedad: la inversión narcisista en el cuerpo.

Decíamos en la segunda parte de nuestro trabajo que el propio cuerpo se ha convertido en nuestra identidad más honda. Como consecuencia, el cuidarlo, adornarlo, renovarlo, reciclarlo, en un intento de eterna juventud y de exaltación constante de la belleza se ha convertido en tarea principal, no sólo del sujeto postmoderno. El adolescente, de por sí fijado al cuerpo –ya que es en este periodo en el que sufre una notable transformación y cobra además gran importancia como reclamo sexual e identitario– suma a este interés el que la propia cultura añade. El resultado es la aparición de un nuevo narcisismo. Para el *neonarciso* la identidad pasa por un cuerpo a confeccionar y a conservar sin pausa. Ser “uno mismo”⁹⁴² significa ser joven, dinámico, saludable y bello. Así las cosas, ser adolescente es tener ya parte del trabajo hecho, es decir, el dinamismo y la salud son características, por lo general, intrínsecas a la juventud y ésta, inherente a la adolescencia. Envejecer aterriza al individuo postmoderno, por lo que se entiende que el adolescente, al menos en lo que atañe a lo corporal, no desee el paso del tiempo. El mundo de la estética, la cosmética, el deporte, la dietética, e incluso las operaciones quirúrgicas, esto es, todos los dispositivos que la cultura pone al servicio del cuidado y mantenimiento de nuestro organismo en la postmodernidad, atraen la atención tanto de los adolescentes como de aquellos que deberían ser –son– sus modelos identitarios, al menos como referente cultural del mundo adulto: personas que no quieren envejecer y que ponen todo su esfuerzo y empeño en retrasar lo inevitable, a veces, con grotescos resultados. Y si la principal preocupación durante el periodo de la adolescencia es la búsqueda de la identidad –cuestión que de un modo menos dramático continúa a lo largo de la edad adulta, pues es condición de la vida y del humano estar en constante

⁹⁴² Frase tan utilizada como reclamo publicitario.

cambio, y en este sentido nunca dejamos de estar “definitivamente hechos”–, lo novedoso en la postmodernidad es que el sujeto postmoderno está también en constante búsqueda, pero en su caso, de esa identidad juvenil –con un cuerpo en apariencia joven– que continuamente se le escapa entre los dedos con el inexorable paso del tiempo.

Esta fijación, esta pasión egocéntrica, autoerótica incluso, que el sujeto adolescente, y también el sujeto en la postmodernidad, tienen por el propio cuerpo es un síntoma del narcisismo que caracteriza a la cultura occidental de nuestro tiempo. Síntoma pero también mecanismo adaptativo para la supervivencia psíquica en un medio en el que lo tecnológico –y en concreto el mundo de lo virtual– ha avanzado a tal velocidad, que lo corporal, el contacto, la voluntad de sentir y sentirse, aparece de modo compensatorio para restablecer el equilibrio con nuestra naturaleza, pues no podemos olvidar que somos animales mamíferos, para los que el contacto físico desempeña una función vital, al menos por el momento.

Para concluir con esta reflexión sobre el narcisismo en la postmodernidad y también en la adolescencia, destacar que si el componente egocéntrico propio de los y las adolescentes se manifiesta, como ya hemos visto anteriormente, en hechos tales como la convicción de sentirse alguien especial, alguien que de alguna manera no está sujeto a las leyes naturales que gobiernan al resto de los mortales, por lo que asumir conductas de riesgo y autodestructivas sin ser consciente de sus consecuencias es algo característico de este periodo⁹⁴³, resulta interesante observar que lo mismo se puede decir de la época en que vivimos, en la que la denominada “civilización” –signifique lo que sea que eso signifique– es a precio de destruir el planeta en el que vivimos, sintiéndonos más especiales que el resto de habitantes del mismo –otras especies de animales, la vegetación– sin que parezca que importen las consecuencias que ello tendrá para las generaciones venideras. Una vez más se muestran, tanto el sujeto postmoderno como el adolescente, como seres paradójicos: ambos son capaces de destruir, en un acto de inmadurez que implica una falta de visión de futuro, aquello que más necesitan.

Una nueva dimensión que aparece con la postmodernidad y que afecta necesariamente al modo en como el sujeto adolescente construye su identidad sexual es la cuestión de la identidad de género. Masculino y femenino ya no son categorías fijas y

⁹⁴³ Diane E. Papalia / Sally W. Olds, *Desarrollo humano*, op. cit., p. 349.

monosémicas. Nuestra época se caracteriza por la coexistencia de la diversidad y la diferencia. Así, la actual multiplicidad de identidades sexuales unida al proceso de personalización –ya suficientemente comentado–, fomenta el abandono de roles e identidades establecidas en favor de un panorama diverso y abundante en singularidades complejas. Lo que esto pone de manifiesto es que las antiguas categorías masculino-femenino han quedado obsoletas como división natural entre los sexos ante la aparición de tipologías que no encajan en la clasificación tradicional. Desde el mundo de la moda hasta la observación de la gente de la calle dan cuenta de este hecho. Sobre todo en las grandes ciudades, lugares a la vanguardia de nuevas actitudes, formas de mostrarse y formas de pensar y vivir, pues el anonimato que se encuentra en ellas y la posibilidad que ofrecen de encontrar grupos más afines o tolerantes, favorece que la gente se exprese con más libertad. Modelos andróginos en las revistas, chicas vestidas al estilo *dandy*, hombres con las uñas y los ojos pintados, ropa, colonia, etc. de carácter *unisex*...todo tiene cabida en el modo en que se construyen los roles de género en la actualidad. Al mismo tiempo, como rasgo paradójico de los tiempos en que vivimos, junto con esta “flexibilización” en lo que respecta a la configuración de identidades de género, coexisten ideologías rígidas y trasnochadas que favorecen que el sistema patriarcal se perpetúe y que lacras sociales como la violencia de género, incluso entre adolescentes, sigan desgraciadamente a la orden del día.

Otro rasgo que tanto el sujeto posmoderno como el adolescente comparten es el de la originalidad, el afán por diferenciarse, por llamar la atención e inventarse a sí mismos⁹⁴⁴. Si bien la originalidad adolescente puede entenderse como un proceso que le permite al sujeto la toma de conciencia consigo mismo⁹⁴⁵, cabe preguntarse si acaso el individuo postmoderno, ante la necesidad de tomar conciencia de sí en un mundo en el que su individualidad se haya diluida en la masa, y su identidad comprometida y confundida ante la multiplicidad de opciones de modelaje que se le ofrecen, necesita de esta estrategia propia de la adolescencia para significarse.

Todas estas características que hemos comentado nos permitían, ya en la primera parte, perfilar a un nuevo sujeto fruto de los cambios acaecidos en la postmodernidad. A

⁹⁴⁴ Lucien Dinzer, *Le jeu d'adolescence*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, pp. 400-402.

⁹⁴⁵ M. Debesse, *La crisis d'originalité juvénile*, cit. en Joseph Leif / Paul Juif, *op. cit.*, pp. 396-399.

nuestro parecer, muchos de los rasgos con que lo esbozábamos en dicho capítulo, pueden servirnos asimismo para definir al sujeto adolescente postmoderno. Pues éste último es también un individuo que vive en el presente más inmediato, hedonista, narcisista, consumista y tecnológico. Es igualmente un individuo deseoso de novedad, que necesita sentirse diferente a través de una identidad propia, y, por tanto, ávido de identidad, para no quedar diluido y difuminado en la masa. Un sujeto necesitado de reconocimiento por parte de la sociedad, y en concreto por parte del grupo de iguales. Vulnerable y sensible, a la vez que, en cierto modo, indiferente debido al bombardeo de estímulos al que está sometido. Un ser que necesita expresarse y participar en la sociedad de la que forma parte. Preocupado *por* y ocupado *en* su cuerpo, de manera que la moda y la belleza ocupan un lugar central. Anhelante de nuevas sensaciones y emociones, experiencias éstas que vive y comparte esencialmente dentro de su mundo privado –el grupo de iguales–, y más informado con respecto al sexo –al menos en lo que concierne a la parte fisiológica del mismo. Un individuo más tolerante e indulgente pero también lleno de ansiedad e incertidumbre. Quizás por eso necesite desarrollar estrategias narcisistas de supervivencia y vivir en el presente –rasgo éste último propio de la inmadurez característica de la adolescencia– sin pensar en un futuro tan incierto como desafiante en los tiempos que corren.

El adolescente, de por sí paradójico, puesto que está en pleno proceso de construcción de su identidad, encaja muy bien en la descripción de ese sujeto que denominábamos *neonarciso* y con el que algunos autores definen el perfil del ser humano postmoderno: ese que responde a lógicas múltiples, a veces paradójicas, otras superpuestas, ya que todo puede convivir en una personalidad narcisista, dándole una aparente consistencia y coherencia a una personalidad sin que parezca que nada cuaje, en el caso del sujeto postmoderno, y que necesariamente aún no ha cuajado, en el caso del sujeto adolescente.

De todo lo expuesto hasta el momento podríamos concluir que el sujeto adolescente de hoy en día es el resultado adaptativo del medio característico en el que vive, desde las posibilidades que su proceso madurativo le permiten. Este medio, tan complejo, como confuso y abundante en paradojas, fruto de las grandes transformaciones que han caracterizado el último siglo y éste en el que nos encontramos, necesita de modelos adultos que faciliten a las y los adolescentes madurar, porque el mundo está

cambiando a una velocidad vertiginosa y requiere personas que puedan estar a la altura de los enormes retos que inevitablemente se les presentarán.

La adolescencia es una etapa llena de vida y posibilidades, marcada, al menos en nuestra cultura, por el conflicto. Y es responsabilidad de los adultos el enseñar a los adolescentes a hacer de ese conflicto un aprendizaje útil de vida. Así como guiar todo ese enorme potencial que poseen, todo ese ímpetu y energía creadora, con la finalidad de que puedan construir un mundo mejor. Por ello se impone que reflexionemos sobre el tipo de cultura que les estamos ofreciendo. Porque es innegable que nuestra civilización ha evolucionado con respecto a otras épocas, pero también resulta necesario preguntarse a qué precio, pues dicha evolución ha conllevado y conlleva mucha destrucción y mucha alienación. No podemos perder de vista que la codicia y la competitividad feroz siguen moviendo el mundo, y que la pobreza, las desigualdades sociales, los abusos de poder, las guerras, el hambre, la enfermedad, la explotación humana y de otros animales, de los recursos del planeta, entre otras manifestaciones de la peor parte de nuestra naturaleza, están a la orden del día. Queda mucho por hacer y también por conservar antes de perderlo irremediablemente. La historia nos ha enseñado que los logros y las conquistas que han hecho avanzar a la civilización son frágiles, y pueden perderse si no se protegen. Esa es nuestra responsabilidad como adultos y también la mejor herencia que podemos dejar a las futuras generaciones: ser un ejemplo a seguir.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

A lo largo de nuestro trabajo hemos procurado realizar un estudio, lo más completo posible, de todos aquellos factores que creemos pueden estar influyendo en el modo en que los sujetos adolescentes construyen su identidad en el momento actual. Para ello, en la PARTE PRIMERA de nuestra investigación, hemos intentado ofrecer una panorámica general del cambio que ha supuesto el paso a la postmodernidad en nuestras sociedades occidentales y cómo dicho cambio ha favorecido la aparición de un nuevo sujeto, el postmoderno, con unas características que son fruto de la sociedad en que se halla inmerso.

En la PARTE SEGUNDA se ha realizado una revisión, creemos que suficientemente fecunda, de los conceptos de adolescencia y de identidad. También de todos aquellos factores o, al menos de gran parte, que pensamos que están relacionados con ambas nociones.

Para ello, con respecto a la *adolescencia*, hemos hecho un recorrido por las diferentes consideraciones de las etapas de la vida en la historia occidental; hemos tenido en cuenta el concepto de “generación” a la hora de configurar las susodichas etapas vitales; además hemos analizado la adolescencia desde diferentes parámetros y perspectivas, atendiendo a sus características anatómico-fisiológicas, cognitivo-psíquicas y al lugar central que ocupa la sexualidad; asimismo hemos hecho especial hincapié en la importancia que las emociones tienen en dicho periodo y hemos visto también qué supone la denominada crisis de identidad propia de la adolescencia.

En lo que respecta a la *identidad*, hemos podido ver que se trata de un concepto y de un proceso en el que inciden múltiples factores. Entre ellos se han destacado la memoria, la capacidad creadora, el lenguaje, el cuerpo, la autoestima, el género y fenómenos como el de la igualación-diferenciación y el de la identificación-desidentificación, entre otros. También hemos investigado de qué forma puede incidir en su desarrollo la existencia o no de ritos de paso a la vida adulta.

Toda esta revisión realizada en las dos primeras partes de nuestra investigación, nos ha permitido plantearnos en la PARTE TERCERA la hipótesis de *si la construcción postmoderna del sujeto quedaría reflejada en la construcción actual del sujeto adolescente*, y de qué manera dicha construcción postmoderna del sujeto podría dar cuenta de la construcción del sujeto adolescente en la actualidad.

Para ello analizamos, no sólo la construcción de la identidad en el y la adolescente, sino que también, yendo un poco más allá, buscamos en la infancia la construcción social del que será después el sujeto adolescente. Como resultado, hemos podido comprobar que las nuevas consideraciones acerca de la adolescencia ya se han venido gestando en esta etapa vital anterior. Asimismo hemos podido ver que esta nueva consideración, tanto de la infancia como de la adolescencia, son fruto no sólo de una novedosa mirada del adulto sobre dichas etapas, tanto desde el ámbito doméstico como desde el escolar, sino que el propio contexto social es el que ha llevado a entender dichos momentos vitales de una forma distinta a épocas anteriores.

El consumo, la moda, la publicidad, la creación de nuevos lenguajes, posibilitados en gran medida por la aparición y desarrollo imparable de las nuevas tecnologías y del mundo virtual, la importancia dada a la imagen, la aparición de nuevas formas de narcisismo que llevan aparejadas entre otras consecuencias una nueva visión del propio cuerpo, etc., son tantos otros factores que dan cuenta de la perspectiva que las y los adolescentes tienen de sí hoy en día, y de cómo estas cuestiones afectan a aspectos que tienen una gran importancia en lo que respecta a la construcción de una identidad adulta, por ejemplo la autoestima o el género, entre otros.

Se ha tratado también de ver en qué medida todos estos factores pudieran estar dificultando el paso a la adultez. Entre ellos se ha hecho especial hincapié en la falta de ritos institucionalizados que den cuenta de dicho tránsito. Y como, finalmente, todos estos elementos favorecen el instalarse en una adolescencia sempiterna, tanto por parte de los propios sujetos adolescentes como de esos otros individuos –a los que hemos denominado “adultos adolescentizados”– que tienen una edad propia de la adultez pero cuyo posicionamiento ante la vida y comportamientos resultan más propios de la etapa adolescente.

Después de todo este pormenorizado trabajo de análisis podemos extraer las siguientes conclusiones:

A nuestro modo de ver, ha quedado suficientemente demostrado que *la construcción postmoderna del sujeto se manifiesta en la construcción actual del sujeto adolescente*. Ésta refleja el nuevo modo de vivir y de entender la vida que caracteriza a la postmodernidad. De hecho, la adolescencia puede entenderse como un nuevo mito de plena vigencia cultural.

La idealización de esta etapa de la vida y de este grupo social ha ido fortaleciéndose en los últimos años, hasta el punto de que *el periodo de la infancia cada vez es más corto*, no sólo porque el deseo de los niños y niñas sea el dejarla atrás cuanto antes, sino porque este hecho cultural tiene ya un correlato biológico, poniendo de relieve como lo biológico y lo contextual se condicionan mutuamente. También es un hecho que *la adolescencia se está alargando*, tanto que *el modus vivendi propio de la misma es el deseable y el adoptado por un número cada vez mayor de individuos en edad ya adulta*. El cambio de paradigma en la consideración de las edades de la vida es un hecho.

El adolescente encarna a la perfección el ideal de juventud, de dinamismo, de salud, de belleza, de esta cultura tecnológica, hedonista, individualista y del “aquí y ahora”. Cultura de consumo mediatizada por los medios de comunicación, la publicidad, la moda y obsesionada con la imagen y el culto al cuerpo. El resultado es que *los y las adolescentes lo tienen hoy más complicado que en otros momentos de la historia para convertirse en adultos*, por falta de modelos que asuman con coherencia y contundencia dicho rol, cosa que esta *sociedad “adolescentizada”* no pone nada fácil. En este sentido resulta inquietante ver cómo la presencia e importancia cada vez mayor del mundo adolescente en nuestra cultura supone un problema a la hora de constituir una identidad adulta. Los jóvenes tienen como modelo a otros jóvenes, por lo que constituyen su identidad en gran medida a través de su propia imagen y narcisismo. El resultado decíamos, sería como un juego de espejos infinito en donde todo resulta ser idéntico a sí mismo, no permitiendo que algo del orden de lo nuevo, de lo creativo, favorezca la posibilidad de aprender a ser adulto y sí el continuar en una sempiterna inmadurez.

Y si la cultura no lo pone nada fácil es también porque el adolescente se ha ido configurado como un cliente muy sustancioso para esta sociedad de consumo. Sus gustos e intereses se han convertido en los intereses de la colectividad. Hemos mostrado a lo largo de esta investigación que *el mito de la adolescencia funciona como motor del sistema consumista*, y el sujeto adolescente, o cualquiera que asuma tal condición, encarna dicho mito a la perfección, convirtiéndose en el consumidor por definición.

Otro de los rasgos de la postmodernidad que se ha destacado a lo largo de este trabajo es el narcisismo. Hasta el punto de que el antiguo mito de Ovidio se ha reactualizado en lo que algunos autores han denominado *neonarcisismo*, para definir al sujeto en la postmodernidad y que, de nuevo, parece adecuarse al adolescente, dificultando enormemente el paso a la adultez. Este culto al *yo*, esta atención excesiva en uno mismo basada en idealizaciones, en proyecciones, en constructos sobre uno mismo y no en realidades, que el mundo virtual –que de manera específica incide en el mundo adolescente– entre otros factores favorece, hemos visto que no sólo es una característica del sujeto en la postmodernidad. Se ha constituido como una estrategia adaptativa y de supervivencia psíquica, que deja de nuevo constancia de como el contexto configura tanto nuestros cuerpos como nuestras mentes.

Otra cuestión que abordamos tiene que ver con la *falta de ritos de paso a la adultez institucionalizados en nuestras sociedades*. Esta carencia estaría relacionada, por una parte, con la dificultad para la existencia de rituales en un mundo que se ha convertido en un mercado, en el que se exponen, venden y consumen intimidades. El resultado de esta “sociedad de la transparencia” ha sido la pérdida de la capacidad de representación. Por otra parte, porque la eterna juventud, concretada en la figura del adolescente, se ha convertido en un valor cultural de tales proporciones, que la falta de un rito que favorezca el paso a la vida adulta propicia precisamente perpetuar el mito en cuestión, es decir, el de *una adolescencia sin fin, como ese estadio ideal en el que permanecer indefinidamente*, conjurando así, al menos en apariencia, a la vejez y a la muerte, al tiempo que se alimenta a la maquinaria consumista capitalista para que pueda seguir funcionando a pleno rendimiento.

En todo caso, también hemos podido ver que algo del orden del rito, lo que podríamos denominar “pseudo-ritos” de tránsito subsisten, en una especie de atomización de rasgos que sí tienen que ver con dejar atrás la infancia, aunque no con la integración en el mundo adulto con todo lo que ello conlleva. Y aunque se ha podido comprobar que muchas de las actitudes que los y las adolescentes muestran podrían ser interpretadas como un modo de sentir que dejan atrás la infancia e inician una nueva etapa, *no hemos podido establecer un esquema común que subyazca, tanto a los ritos de paso institucionalizados como a estos “pseudo-ritos”*. Porque, si bien es cierto que la primera fase de los rituales institucionalizados –la de la separación infantil– es compartida, y que la segunda fase –la de transición y marginalidad, con la característica de la agregación al mundo sexual– también lo es, sin embargo, con respecto a la fase final –la de agregación, a saber, la que introduce al individuo en una sociedad restringida, la adulta, constituida por hombres y mujeres–, no la comparten.

Creemos que estas circunstancias han dado lugar a *un nuevo malestar en la cultura*. Malestar que hace referencia a la situación de la adolescencia en la actualidad y que hemos intentado ejemplificar con otro mito, el de Telémaco. Dicho mito nos ha permitido aludir a la cuestión de *la caída de la autoridad paterna* como fenómeno esencial de nuestra cultura; esto tanto en su sentido simbólico de encarnación de la ley como en cuanto a la configuración de las relaciones familiares. El resultado de esta dejación en el vacío de quien antaño encarnaba el principio de autoridad que regía en la cultura, ha provocado *confusión en lo que respecta a constituir una identidad adulta y ha dado lugar a la aparición en los adolescentes de nuevas formas de conducirse por la vida*. Podemos detectarlas en características y actitudes como *la indolencia, la indiferencia, la abulia, la depresión, la búsqueda incolmable de satisfacción, el narcisismo exacerbado o el desprestigio del trabajo, del esfuerzo y de la ética*; pero también, en un *anhelo de que algo del orden de lo adulto constituya un testimonio y una promesa de futuro*.

ANEXOS

ANEXO 1. Planteamiento empírico

1. Introducción

2. Método

2.1. Muestra y perfil de los sujetos

2.2. Análisis de los resultados de la encuesta

-Global

-Género

-Ámbito

-Edad

2.3. Conclusiones

1. Introducción

En el planteamiento teórico hemos intentado acercarnos a cuestiones tales como el vivir y crecer de los y las adolescentes de hoy en día, su lugar y función en el tejido social, su capacidad para absorber y asimilar las particularidades del sistema en el que se hallan inmersos, la influencia que dicho medio social tiene en la configuración de su identidad y de las dificultades que este mismo medio les impone para hacerse adultos. Hemos podido ver así mismo como los y las adolescentes actuales no son más que el reflejo de la propia sociedad en la que viven.

Somos, no obstante, conscientes de que son muchos los aspectos que quizás no hayan sido examinados suficientemente a tales efectos, aunque pensamos que nuestro trabajo de investigación puede aportar una visión enriquecedora de la situación en la que los y las adolescentes se encuentran a la hora de configurar su identidad. Así, en un afán de aportar datos reales con respecto a algunas de las cuestiones tratadas, en este caso el grado de permisividad que los padres tiene para con sus hijos y cuales son algunas de las influencias o vivencias que los propios adolescentes tienen en lo que concierne a la configuración de su identidad en el proceso de convertirse en adultos, hemos aprovechado la circunstancia de mi trabajo como profesora en el ámbito de la Educación Secundaria y les hemos preguntado de un modo directo. Para ello hemos confeccionado un cuestionario

sobre los asuntos mencionados y hemos sacado algunas conclusiones, que creemos que pueden suponer una aportación que enriquezca nuestro trabajo de investigación.

2. Método

2.1. Muestra y perfil de los sujetos

Con la finalidad de establecer la representatividad de la muestra proporcionamos los datos referentes al número de alumnos y alumnas de Educación Secundaria en Galicia durante el curso 2014/2015. La fuente de dichos datos es “Datos e cifras do Ensino non universitario, curso 2014-15. Xunta de Galicia, Consellería de Cultura, Educación e Ordenación Universitaria”. El número de alumnado en la etapa educativa de la E.S.O. ascendió a un total de 88.529 alumnos/as. En Bachillerato el número fue de 30.463 alumnos/as.

Con respecto a nuestro estudio, la *muestra global* se compone de 403 sujetos, alumnos y alumnas de educación secundaria, que cursan sus estudios en centros tanto de ámbito rural como urbano de Galicia, con edades comprendidas entre los 12 y los 18 años.

Por *género* la muestra es mayoritariamente de varones, 53,3%, mientras que un 46,7% corresponde al sexo femenino.

En función de su *lugar de residencia*, un 65,1% viven en el ámbito urbano frente a un 34,9% del rural.

Por *grupos de edad* resultaron representativos aquellos que tienen 14 años (29,9%), 13 años (24%), seguido por los que tienen 15 y 16 (con un 17%, respectivamente). El resto de los grupos, por su proporción dentro de la muestra no son significativos, al menos de forma agregada.

2.2. Análisis de los resultados de la encuesta

Con respecto al análisis de los resultados obtenidos en el cuestionario, se debe tener en cuenta que sólo se ha incluido un análisis de los mismos por *género*, *ámbito* – rural y urbano– o *grupo de edad* en el caso de que las respuestas hayan sido estadísticamente significativas. A continuación exponemos la información correspondiente a cada ítem.

Ítem 1. Días a la semana que les dejan salir con sus amistades

El 3,5% del alumnado entrevistado contestó que no les dejan salir ningún día de la semana. El 10,6% contestó que les permitían salir un día. El 36,3% dijo que dos días a la semana. El 18,3% tres días a la semana. El 1,0% cuatro días a la semana. El 1,2% cinco días a la semana. El 1% seis días a la semana. El 24% refirió que les permitían salir todos los días de la semana.

Con respecto al *género* decir que las diferencias son significativas estadísticamente entre hombres y mujeres con respecto a todos los días de la semana que les permiten salir. El 4,2% del alumnado de sexo masculino contestó que no les permiten salir ningún día mientras que la puntuación del alumnado de sexo femenino fue del 1,6%.

En general, los chicos gozan de más permisividad que las chicas y en lo que se refiere a salir los siete días de la semana, los valores correspondientes al género masculino fueron de 29,2% frente al 18,8% correspondiente al género femenino. No obstante, la proporción de chicas que pueden salir dos o tres días a la semana es superior a la de los chicos (39,8% y 22,6% frente al 33,0% y 13,1%, respectivamente).

Ítem2. Hora de llegada a casa

El 81% de las personas entrevistadas contestó que debía llegar a casa antes de las 22:00 horas, el 12,6% podía llegar entre las 22:00 horas y las 00:00 horas y un 6,4% después de las 00:00 horas.

En referencia a la *edad* se observaron diferencias significativas estadísticamente en las respuestas dadas en todos los rangos de edad. Entre los doce y los quince años casi el 90% tienen que regresar antes de las 22:00 horas. A partir de los diecisiete años se observan los porcentajes más altos de personas que pueden volver a casa después de las 00:00 horas, triplicando la proporción de chicos (9,1%) a la de chicas (3,5%). El porcentaje de chicas que deben estar en casa antes de las 22h (84,2%) es superior a la de chicos (78,3%).

Ítem 3. Salir de noche

El 55,8% de las personas entrevistadas afirmaron que les dejan salir de noche sin producirse diferencias significativas entre mujeres (57,5%) y hombres (55,7%).

Se observa que a mayor *edad* aumenta la permisividad con respecto a salir por la noche, pasando de una proporción del 0% de personas a las que, con doce años, no les dejan salir literalmente, al 100%, la totalidad, de los que tienen dieciocho, a los que sí les dejan salir. En un estadio intermedio, la permisividad pasa del 27,7% a los 13 años, 47,2% a los 14, 68,1% a los 15, 82,6% a los 16 y 87,5% a los 17 años.

Ítem 4. Grado de permisividad con respecto a beber y/o fumar

Un 55,8% del alumnado que respondió a la encuesta son reprendidos por sus padres o tutores legales si saben que beben o fuman, un 48% son castigados y a un 5,4% no les dicen nada.

Con respecto al *género* referir que existen diferencias significativas estadísticamente en las respuestas dadas en lo que concierne a ser castigados por los padres o tutores si se enteran de que han bebido y/o fumado, resultando un valor de 52,8% en el caso de los varones y de 43% en el caso de las mujeres.

Podemos observar como a mayor *edad* aumenta significativamente el grado de permisividad; es decir, aumenta el porcentaje de personas que contestan que “no les dicen nada” con respecto a poder fumar y/o beber, mostrándose un salto importante de los quince a los dieciséis años (del 2,9% al 13,0%), y algo menor, aunque también destacable, de los diecisiete a los dieciocho (del 15,0% al 33,3%).

Por ámbito de residencia, sin ser estadísticamente significativa, es mayor la proporción de adolescentes que son castigados en la zona urbana (55,1%) que en la rural (45,9%)

Ítem 5. Grado de control para saber si bebieron y/o fumaron

Un 13,8% del alumnado refirió que sus padres o tutores les revisan al volver a casa para saber si fumaron y/ bebieron, siendo ligeramente superior el control ejercido sobre las mujeres (15,1%) que sobre los hombres (13,2%).

Con respecto al *ámbito*, rural o urbano, en el que los y las adolescentes viven se observaron diferencias estadísticamente significativas en lo que respecta a si los padres les revisan para saber si bebieron o fumaron, con un mayor control (21,7%) en el ámbito rural que en el urbano (9,7%).

Ítem 6. Grado de control de los padres acerca de las compañías de sus hijos e hijas y de los lugares que frecuentan

Un 59% de los sujetos que contestaron a la encuesta afirmaron que le tienen que decir a sus padres o tutores con quien y donde estuvieron, siendo superior el control ejercido sobre las mujeres (62,9%) que sobre los hombres (55,2%).

En este ítem se observan diferencias estadísticamente significativas en las respuestas dadas en los diferentes rangos de *edad*. Los porcentajes se encuentran entre el 40% y el 67% para las edades comprendidas desde los doce a los diecisiete años. Así pues, el control parental en este aspecto es mayoritario a los 13 años (67,0%), 14 (63,8%) y 15 (50,7%), del 40% a los 12 y del 45,0% a los 17, mientras que a los 18 se observa un porcentaje nulo, del 0% con respecto al grado de control de los padres sobre sus hijos acerca de las compañías y lugares que frecuentan.

Ítem 7. Opinión de los padres sobre las compañías de sus hijos e hijas

El 51.6% del alumnado encuestado respondió que sus padres o tutores opinaban sobre si les gustaban o no sus amistades.

Con respecto al *género* decir que las diferencias son significativas estadísticamente en lo que concierne a la opinión de los padres o tutores acerca de si les gustan o no las compañías de sus hijos resultando un valor de 46,2% en el caso de los varones y de 58,6% en el caso de las mujeres.

Por *ámbitos* de residencia, este control es superior en el urbano (53,7%) que en el rural (49,3%).

Ítem 8. Prohibición de salir con amigos que los padres no aprueban

El 13,6% del alumnado que contestó a la encuesta dice que sus padres o tutores les prohíben salir con algún amigo o amiga que no les guste. Sin ser significativa, esta prohibición es mayor en el ámbito rural (15,9%) que en el urbano (12,5%). Por edades el control parental es superior en los tramos de edad más bajos (40% a los 12 años y 18,6% a los 13) frente al 0% entre los que tienen 18.

Ítem 9. Ir a discotecas de adolescentes

El 34,6% del alumnado contestó que sí les dejan ir a discotecas para adolescentes.

Las diferencias en las respuestas dadas a este ítem son estadísticamente significativas en función de la *edad*. A mayor edad se observa una mayor permisividad, pasando del 0% de las personas a las que les dejan ir a las discotecas para adolescentes con doce años y del 10,3% a los 13 años, a la proporción máxima (82.5%) a los diecisiete años, disminuyendo a un 66,7% cuando tienen 18 años.

Ítem 10. Prohibición acerca de que tipo de ropa vestir, teñirse el pelo, maquillarse, ponerse *piercings* y tatuajes.

El 13,8% de las alumnas y alumnos encuestados respondió que sus padres o tutores les prohíben vestir algún tipo de ropa, el 39,3% que les prohíben teñirse el pelo, el 12,8% que no les dejan maquillarse, el 52,8% que no les permiten ponerse *piercings* y el 57,3% que les prohíben hacerse tatuajes.

Con respecto al *género* destacar que las diferencias son significativas estadísticamente en lo que concierne a que los padres les prohíban maquillarse o hacerse tatuajes, resultando en el primer caso un valor de 0,9% en el caso de los varones y de 25.8% en el caso de las mujeres, y con respecto a los tatuajes un 51,4% en el caso de los varones y un 63,4% en el caso de las mujeres. En el caso de los *piercings*, sin ser estadísticamente significativa, la prohibición afecta más a las mujeres (57,0%) que a los hombres (49,1%).

Con respecto al *ámbito*, rural o urbano, en el que los y las adolescentes viven se observaron diferencias estadísticamente significativas en lo que respecta a si los padres les prohíben teñirse el pelo, con un resultado de 55.8% en el ámbito rural y de 30.4% en el urbano. En el resto de los aspectos evaluados los niveles de prohibición registrados en el ámbito rural superan al urbano.

Decir que las diferencias son estadísticamente significativas también en cuanto al rango de *edad*, tanto en lo que concierne al tipo de ropa, como al hecho de teñirse el pelo, maquillarse, ponerse *piercings* y hacerse tatuajes. Las prohibiciones que destacan por sus porcentajes son las de ponerse *piercings* y hacerse tatuajes a la edad de doce años, con un 80% respectivamente. En general, las prohibiciones que afectan a la indumentaria e imagen/apariencia disminuyen con la edad de los adolescentes.

Ítem 11. Grado de permisividad de hablar como quieran y de decir “tacos”

El 17,5% del alumnado contestó que los padres o tutores les permiten hablar como quieran y decir “tacos”. Sin relaciones de dependencia estadística, el ámbito urbano es más laxo en esta cuestión que el rural (19,5% frente al 15,2%) así como con los hijos de más edad (27,5%).

Ítem 12. Habitación propia

El 85,2% de las personas encuestadas contestó que tiene un cuarto para sí, una habitación propia, sin producirse diferencias significativas por géneros, ámbito de residencia y edad.

Ítem 13. Decoración personal del cuarto y orden en el mismo

El 78,8% del alumnado contestó que decoran personalmente su cuarto y el 85,2% que tienen que ordenarlo ellos.

Con respecto al *género* las diferencias resultaron significativas estadísticamente en lo que concierne a la decoración propia del cuarto, con un valor del 72,6% en el caso de los varones y de 86,6% en el de las mujeres.

Las diferencias resultaron estadísticamente significativas en lo que concierne a la decoración personal de la habitación en los diferentes rangos de *edad*, observándose una mayor libertad para hacerlo a medida que iban cumpliendo años, si bien se observa un descenso en los porcentajes al llegar a los dieciocho años, que parece que pueda tener más que ver con el reducido tamaño de la muestra que contestaron a este ítem en cuestión que con la realidad en sí.

Ítem 14. Televisión en la habitación

El 40% refirió que tienen TV en la habitación. Sin existir diferencias significativas, la proporción de hombres que manifestaron tener una televisión en su habitación (43,9%) supera a la de mujeres (35,5%).

En lo que concierne al *ámbito*, rural o urbano, en el que los y las adolescentes viven se observaron diferencias estadísticamente significativas en lo que respecta a si tienen televisión en su habitación, con un resultado de 47,8% en el ámbito rural y de 35,4% en el urbano.

Ítem 15. Internet en la habitación

El 80,7% contestó que disponen de internet en su cuarto, sin producirse diferencias significativas en función del género, ámbito de residencia y edad.

Ítem 16. Libertad para ver la TV y para disponer del ordenador por tiempo ilimitado

El 39,5% contestó que puede estar viendo la televisión o en el ordenador el tiempo que quiera. Sin existir diferencias significativas, la libertad de los hombres (42,0%) en este aspecto supera a la de las mujeres (37,1%).

En lo que concierne al *ámbito*, rural o urbano, en el que los y las adolescentes viven se observaron diferencias estadísticamente significativas en lo que respecta a si tienen libertad para ver la televisión o usar el ordenador por tiempo ilimitado, con un resultado de 33,3% en el ámbito rural y de 44% en el urbano.

Se observan diferencias estadísticamente significativas en la libertad para disponer de la TV y el ordenador por tiempo ilimitado a medida que van cumpliendo *años*, así, mientras a la edad de doce años no tiene ninguna libertad (0%) a los dieciocho los porcentajes alcanzan un 66%.

Ítem 17. Comer solos en su cuarto

El 1,5% contestó que comía sólo en su cuarto, independientemente del género, ámbito de residencia y edad.

Ítem 18. Comer con la familia

El 94,6% refirió comer con la familia, independientemente del género y edad. No obstante, con respecto al *ámbito*, rural o urbano, en el que los y las adolescentes viven se observaron diferencias estadísticamente significativas acerca de si comen en familia, con un resultado de 97,1% en el ámbito rural y de 93,8% en el urbano.

Ítem 19. Tener teléfono móvil

El 92,1% respondió que tiene teléfono móvil, independientemente del género y ámbito de residencia. Sin embargo, se observan diferencias estadísticamente significativas en cuanto a disponer de teléfono móvil con respecto a la *edad*. El 100% del alumnado de

doce años contestó que dispone de teléfono móvil, en las otras edades, los valores muestran diversas oscilaciones que no responden a un patrón definido de comportamiento.

Ítem 20. Disponer de conexión a internet en el móvil

El 81% contestó que tiene conexión a internet en el móvil, independientemente del género y edad de la persona entrevistada.

Ítem 21. Supervisión paterna de lo que ven en la TV o en internet

El 12,8% dijo que sus padres o tutores no supervisan lo que leen o ven en la televisión ni en el ordenador, presentando las mujeres una mayor supervisión (15,1%) que los hombres (10,8%).

En este ítem aparecen diferencias estadísticamente significativas en función de la *edad*, la mayor supervisión paterna se refleja a los trece años (23,7%) y es nula a los dieciocho años.

Ítem 22. Supervisión paterna de las tareas escolares

El 76,5% del alumnado encuestado contestó que sus padres o tutores están pendientes de que estudien y hagan las tareas escolares, independientemente de las variables género, ámbito de residencia y edad.

Ítem 23. Dormir fuera de casa

El 76,5% de los encuestados dijo que sus padres o tutores les permiten dormir fuera de casa.

Con respecto al *género* las diferencias resultaron significativas estadísticamente en lo que concierne a permitirles dormir fuera de casa, con un valor del 72,2% en el caso de los varones y de 82,3% en el de las mujeres.

Por ámbito de residencia, esta tolerancia es mayor en la urbana (78,6%) que en la rural (73,9%) y, por edades, mayor en los tramos de edad más alto (82,5% a los 17 años) que en los más bajos (40% a los 12 años).

Ítem 24. Paga

El 25,9% contestó que recibe una paga semanal y el 16,8% que la recibe mensualmente.

Con respecto al *género* las diferencias resultaron significativas estadísticamente en lo que concierne a recibir una paga semanal, con un valor del 29,2% en el caso de los varones y de 21% en el de las mujeres.

En lo que atañe al *ámbito*, rural o urbano, en el que los y las adolescentes viven se observaron diferencias estadísticamente significativas con respecto a recibir una paga mensual, con un resultado de 7,2% en el ámbito rural y de 22,2% en el urbano.

Ítem 25. Cantidad de paga

El 28,7% contestó que le dan de paga menos de 10 euros, el 53,9% entre 10 y 20 euros, el 13,8% entre 20 y 50 euros y el 3,6% más de 50 euros.

Con respecto al *género* las diferencias resultaron significativas estadísticamente en lo que concierne a la cantidad recibida de paga. Para una cantidad inferior a 10 euros los resultados fueron de un valor del 26,9% en el caso de los varones y de 29% en el de las mujeres. Para una cantidad entre 10 y 20 euros los resultados fueron de un valor del 55,9% en el caso de los varones y de 52,2% en el de las mujeres. Para una cantidad entre 20 y 50 euros los resultados fueron de un valor del 10,8% en el caso de los varones y de 18,8% en el de las mujeres. Y en lo que respecta a una paga superior a 50 euros el resultado para los varones fue de 6,4% y para las mujeres del 0%.

Ítem 26. Compras de lo que los hijos quieren

El 46,2% del alumnado que contestó al cuestionario dijo que sus padres o tutores, generalmente, les compran todo lo que quieren.

Con respecto al *género* las diferencias resultaron significativas estadísticamente en lo que concierne a que los padres les compren generalmente lo que los hijos e hijas quieren, con un valor del 37,7% en el caso de los varones y de 55,9% en el de las mujeres.

En general, sin un carácter significativo, la complacencia paterna a los deseos de consumo de los hijos es superior en la zona rural (52,2% frente al 44% de la urbana) así como en las edades más altas.

Ítem 27. Ayuda en las tareas de la casa

El 83,7% de los alumnos y alumnas contestaron que ayudan en las tareas del hogar sin diferencias significativas en función del género, ámbito de residencia y edad de la persona entrevistada.

Ítem 28. Ayuda a cuidar de los hermanos y hermanas

El 47,9 % de los alumnos y alumnas que contestaron a la encuesta refirieron ayudar a cuidar de sus hermanos y hermanas, independientemente de las variables género y edad. Sin ser estadísticamente significativa, la propensión al cuidado de los hermanos es mayor en el ámbito rural (53,6%) que en el urbano (44,7%).

Ítem 29. Modelos identitarios

Respondieron a la pregunta de “¿te gustaría parecerte a alguien?” 136 personas. Los modelos identitarios más significativos resultaron ser, como primera opción de respuesta: la cantante Selena Gómez fue elegida 6 veces; distintos jugadores de fútbol actuales, Messi fue elegido 6 veces y 26 veces fueron elegidos distintos jugadores de fútbol actuales, si los sumamos a todos en su conjunto; las bailarinas de Diversity fueron elegidas 4 veces, Beyoncé y Bill Gates 3 veces respectivamente, diversos familiares: padres y madres, hermanos y hermanas, abuelos y abuelas, tíos y tías o primos y primas, fueron elegidos 16 veces tomándolos a todos en su conjunto, aunque ninguno de ellos superó los 3 votos como elección particular); parecerse a una amiga fue elegida como respuesta 3 veces. La respuesta de “no me gustaría parecerme a nadie” o “me gusta como soy” fue dada en 9 ocasiones.

Ítem 30. El por qué de la elección de un determinado modelo con el que identificarse

A esta pregunta respondieron 277 personas. Los principales motivos por los que los que contestaron al ítem eligieron a un determinado modelo al que parecerse fueron: el hecho de desempeñar bien su trabajo (con 25 respuestas); la belleza y el físico (con 19 respuestas); la personalidad (con 35 respuestas); y 4 porque gana dinero. Un número de 140 contestan que les gusta ser ellos mismos.

Ítem 31. Sentirse un adulto

El 35,1% del alumnado dijo que se sentía adulto o adulta, mostrándose en mayor proporción, –sin existir una relación de dependencia estadística–, hombres (39,6%) que mujeres (30,1%).

Con respecto al *ámbito*, rural o urbano, en el que los y las adolescentes viven se observaron diferencias estadísticamente significativas con respecto al hecho de sentirse un adulto, con un resultado de 23,9% en el ámbito rural y de 42% en el urbano.

Se observan diferencias estadísticamente significativas en lo que concierne a sentirse adulto según la *edad*. Es a partir de los trece años cuando empiezan a manifestar sentirse adultos y a medida que van cumpliendo años este sentimiento crece progresivamente.

Ítem 32. Actividades y comportamientos que reflejan, según los propios adolescentes, que han dejado atrás la infancia

A esta pregunta respondieron 310 personas, de las que un número de 149 sujetos refirieron que los comportamientos que reflejan que han dejado atrás la infancia son “el ser responsable y maduro”. 120 contestaron que “nada”. 12 sujetos contestaron que “salir solos y con los amigos”. 10 contestaron que “ayudar en las tareas de casa”. 6 contestaron que “ser independiente”. 4 que “fumar y beber”. Otros 4 “salir hasta tarde”. 3 “tener relaciones sexuales”. Y un sujeto contestó que “ser yo mismo” y otro “ver porno”.

2.3. Conclusiones

El análisis de los resultados nos permite establecer las siguientes conclusiones:

En lo que respecta al *género* decir que se encuentran diferencias significativas en cuanto a la opinión de los padres acerca si son adecuadas o no las compañías de los hijos e hijas, sobre la prohibición de maquillarse o hacerse tatuajes o como a dormir fuera de casa, resultando los progenitores más permisivos con los chicos que con las chicas. No obstante, las chicas presentan mayor libertad en aspectos relacionados con la decoración a su gusto su propio cuarto y sufren menos castigo si detectan consumo de alcohol o tabaco. Paradójicamente no se producen diferencias entre géneros en aspectos como la prohibición de salir con alguna amistad que no les guste o la libertad para ir a discotecas para adolescentes. Sin llegar a ser estadísticamente significativa, es mayor la protección

que experimentan las chicas en aspectos como comunicar con quien se ha estado, la supervisión de los que se le o ve en la televisión/ordenador.

Con respecto al dinero y cantidad del mismo del que pueden disponer para sus propios gastos, se encontraron diferencias significativas en cuanto al género, resultando más favorecidos los chicos en lo que respecta a ambos aspectos. Sin embargo, sobre la cuestión de comprarles lo que desean, las diferencias son significativas pero saliendo favorecidas en dicha cuestión las chicas.

Estos resultados podemos interpretarlos como que, en general, existe una mayor permisividad con respecto a los chicos que a las chicas en cuanto a asumir ciertas conductas propias del mundo adulto. Se constata así que la desigualdad intergéneros es un hecho, al menos en lo que se refiere a la muestra examinada. Esta mayor permisividad puede ser la causa de que los chicos se sientan adultos en una proporción superior a las chicas.

En cuanto a la *edad* podemos concluir que a mayor edad mayor permisividad en lo que se refiere a los días a la semana que pueden salir con los amigos, la hora de llegada a casa; a la posibilidad de salir de noche; a poder beber y/o fumar sin ser reprendidos o castigados; y en cuanto al grado de control que los progenitores ejercen sobre las compañías de sus hijos e hijas así como sobre los lugares que frecuentan, como por ejemplo, las discotecas para adolescentes, control que disminuye a medida que aumenta la edad. Asimismo, también se observa una mayor permisividad conforme los y las adolescentes tienen más años en lo que se refiere a disponer de su propio cuerpo e imagen.

La libertad para disponer de su propia habitación como ellos y ellas deseen, por ejemplo en lo que concierne a la decoración de la misma; o la libertad para usar el teléfono móvil, la TV y el ordenador por un tiempo ilimitado, o sin la supervisión paterna, también crece a medida que la edad aumenta.

En cuanto a la edad a la que los y las adolescentes se sienten ya adultos, es a partir de los 13 años cuando comienzan a sentirse como tales, creciendo este sentimiento progresivamente a medida que van cumpliendo años.

Estos resultados permiten concluir que, a mayor edad, mayor permisividad y libertad por parte de los progenitores en los aspectos señalados, así como sentimiento de adultez por parte de los propios adolescentes.

Con respecto al *ámbito* en el que viven, se observa un mayor grado de control en el ámbito rural que en el urbano en lo que concierne a la limitación del horario de regreso a casa, al control y castigo de conductas como el beber o fumar y al control que los padres ejercen sobre la apariencia personal en conductas, por ejemplo, como teñirse el pelo.

En el medio rural se muestra una mayor permisividad en cuanto a disponer de televisión en el propio cuarto, pero un mayor grado de control que en el medio urbano en cuanto a la disposición de dicho aparato y también de Internet por un tiempo ilimitado.

Con respecto a hábitos y costumbres familiares, se observan también diferencias en función de dónde vivan los y las adolescentes. Mostrándose un mayor hábito de comer en familia, de ayudar en las tareas domésticas o de cuidar de los hermanos en el ámbito rural que en el urbano; y una menor costumbre de recibir una paga mensual en el primero que en el segundo. Igualmente, a diferencia del ámbito urbano, los jóvenes del ámbito rural mostraron una mayor aquiescencia paterna en relación a la satisfacción de sus deseos de consumo.

La percepción por parte de los y las adolescentes de ser un adulto es también diferente en el medio rural que en el urbano, presentando un sentimiento de adultez mayor en el ámbito urbano. Este dato permite corroborar las impresiones referidas en la tercera parte de nuestro trabajo, sobre el alumnado de Institutos de Educación Secundaria de las ciudades y de los pueblos, que mi propia experiencia como profesora me ha permitido observar, al referir que en el medio urbano los y las adolescentes parecen querer dejar atrás la infancia antes que en el medio rural.

En relación a los modelos con los que los y las adolescentes se identifican, reflejado en el ítem “¿Te gustaría parecerte a alguien?”, los más significativos resultaron ser *superstars* del mundo de los deportes –en concreto del fútbol–. Y del mundo del espectáculo –cantantes fundamentalmente. También fueron elegidos como modelos identitarios, aunque en menos ocasiones, familiares y personas pertenecientes al grupo de iguales. Entre los principales motivos para elegir a estos modelos están el tipo de personalidad que transmiten; el hecho de desempeñar bien su trabajo; la belleza y el físico; y también por el dinero que ganan, si bien esta última respuesta fue minoritaria.

Un número significativo de individuos respondieron les gusta ser ellos mismos. Esta respuesta estaría acorde con el valor que se da en la postmodernidad al hecho de ser uno mismo, fruto de los procesos de individualización y personalización propios de la

época en que vivimos y que podemos apreciar constantemente, por ejemplo, en los mensajes publicitarios. Eslogans como “sé tú mismo”, “porque tú lo vales”, “serás quien quieras ser” o tantos otros similares y tan frecuentes, transmiten y refuerzan dicha idea a través de “ideologías del yo” que crean comportamientos y moldean la identidad.

Por último, en lo que respecta a los comportamientos y actividades que les hacen sentir que han dejado atrás la infancia señalan algunas que reflejan una mayor asunción de responsabilidades adultas, un aumento de la autonomía personal y una mayor posibilidad de elegir los propios actos, que no implica necesariamente una mayor responsabilidad ante los mismos. También consideran que ser responsables y maduros son comportamientos que reflejan haber dejado atrás la niñez, aunque no especifican que entienden por tales conductas.

ANEXO 2. Ficha técnica. Cuestionario aplicado. Informe de resultados

1. Ficha técnica

-Ámbito: Enseñanza Secundaria de Galicia.

-Población: Alumnado gallego de ESO y Bachillerato del curso 2014/15.

-Muestra recogida: 403 cuestionarios.

-Error: 4,882%.

-Nivel de confianza: 95%.

-Datos fuente: El trabajo de campo se realizó entre el 30 de octubre del 2014 y el 10 de junio del 2015, teniendo por puntos de muestreo las aulas de los siguientes centros de Enseñanza Secundaria y de Bachillerato: Ies Antonio Fraguas Fraguas, Ies Maximino Romero de Lema, Ies Santa Irene e Ies Lamas de Castelo, mediante entrevista con cuestionario aplicado.

Los datos obtenidos han sido analizados con el programa estadístico SPSS 15.5 para Windows, que procesa de forma eficiente las respuestas de los/as alumnos/as en el cuestionario. La valoración del grado de significación estadística entre variables (género, ámbito de residencia y edad) se realizó a partir del análisis del coeficiente de correlación de Pearson.

2. Cuestionario aplicado

EDAD:	V	M
Encierra en un círculo las respuestas adecuadas cuando sea posible:		
1. ¿Cuántos días a la semana te dejan salir con los amigos/as?.....		
2. ¿A qué hora debes regresar?.....		
3. ¿Te dejan salir de noche?	SÍ	NO
4. Si se enteran tus padres de que bebes o fumas:		
Te riñen	SÍ	NO
Te castigan	SÍ	NO
No te dicen nada	SÍ	NO
5. ¿Cuándo regresas a casa tus padres te revisan para saber si has bebido o fumado?	SÍ	NO
6. ¿Tienes que decirles a tus padres con quién y dónde has estado?	SÍ	NO
7. ¿Tus padres opinan sobre si les gustan o no tus amigos/as?	SÍ	NO
8. ¿Te prohíben salir con algún amigo/a que no les gusta?	SÍ	NO
9. ¿Te dejan ir a discotecas para adolescentes?	SÍ	NO
10. ¿Tus padres te prohíben llevar algún tipo de ropa?	SÍ	NO
-Tinte en el pelo	SÍ	NO
-Maquillaje	SÍ	NO
-Piercing	SÍ	NO
-Tatuajes	SÍ	NO
11. ¿Te dejan hablar como quieras y decir “tacos”?	SÍ	NO
12. ¿Tienes una habitación para ti solo/a?	SÍ	NO
13. Tu habitación:		
¿la decoras tú?	SÍ	NO

¿la ordenas tú?	SÍ	NO
14. ¿Tienes TV en tu habitación?	SÍ	NO
15. ¿Tienes Internet en tu habitación?	SÍ	NO
16. ¿Puedes estar en la TV o en el ordenador el tiempo que quieras?	SÍ	NO
17. ¿Comes en tu habitación?	SÍ	NO
18. ¿Comes en familia?	SÍ	NO
19. ¿Tienes teléfono móvil?	SÍ	NO
20. ¿Tienes conexión a Internet en el móvil?	SÍ	NO
21. ¿Tus padres supervisan lo que lees o ves en la TV u ordenador?	SÍ	NO
22. ¿Tus padres están pendientes de que estudies y hagas los deberes?	SÍ	NO
23. ¿Te dejan dormir fuera de casa?	SÍ	NO
24. ¿Te dan paga?	SÍ	NO
-A la semana	SÍ	NO
-Al mes	SÍ	NO
25. ¿Cuánto dinero te dan de paga?.....		
26. Si no te dan paga ¿te compran lo que quieres?	SÍ	NO
27. ¿Ayudas en las tareas de casa?	SÍ	NO
28. Si tienes hermanos/as ¿ayudas a cuidarlos?	SÍ	NO
29. ¿Te gustaría parecerle a alguien? (Por ejemplo a un actor, una actriz, a un/una cantante, a un familiar). Indica a quien.....		
30. ¿Por qué?.....		
31. ¿Te sientes un/una adulto/a?	SÍ	NO
32. ¿Qué hacéis tus amigos/as y tú para demostrar que ya no sois unos niños/as?.....		

3. Informe de resultados

- 3.1 Perfil de los sujetos
- 3.2 Respuestas globales y por género
- 3.3 Respuestas globales y por ámbito de residencia
- 3.4 Respuestas por edades
- 3.5 Respuestas a los ítems 29, 30 y 32

3.1 Perfil de los sujetos

Género:

Hombres: 53,3%

Mujeres: 46,7%

Ámbito:

Rural: 34,9%

Urbano: 65,1%

	Global	Rural	Urbano
Hombre	53,3	55,1	52,2
Mujer	46,7	44,9	47,8

Edad:

	Global	Hombres	Mujeres	Rural	Urbano
12 años	1,2	2,4	0,0	3,6	0,0
13 años	24,0	22,2	25,8	19,6	26,1
14 años	29,9	25,5	34,4	26,8	31,1
15 años	17,0	21,2	12,9	24,6	12,8
16 años	17,0	17,5	16,7	14,5	19,1
17 años	9,0	9,9	10,2	10,9	9,7
18 años	0,7	1,4	0,0	0,0	1,2

3.2 Respuestas globales y por género

Ítem 1

	Global	Hombres	Mujeres
0	3,5	4,2	1,6
1	10,6	10,4	10,8
2	36,3	33,0	39,8
3	18,3	13,1	22,6
4	1,0	5,2	4,3
5	1,2	0,9	1,6
6	1,0	1,4	0,0
7	24,0	29,2	18,8

Ítem 2

	Global	Hombres	Mujeres
Antes de las 22h	81,0	78,3	84,2
22-0h	12,6	12,6	12,3
Después de las 0h	6,4	9,1	3,5

	Global	Hombres	Mujeres
Ítem 3	55,8	55,7	57,5
Ítem 4			
- Te riñen	55,8	53,3	59,1
- Te castigan	48,9	52,8	43,0
- No te dicen nada	5,4	6,6	4,3
Ítem 5	13,8	13,2	15,1
Ítem 6	59,0	55,2	62,9
Ítem 7	51,6	46,2	58,6
Ítem 8	13,6	14,6	12,9
Ítem 9	34,6	34,0	36,6
Ítem 10	13,8	13,7	14,5
- Tinte en el pelo	39,3	35,8	43,5
- Maquillaje	12,8	0,9	25,8
- Piercing	52,8	49,1	57,0
- Tatuajes	57,3	51,4	63,4
Ítem 11	17,5	17,9	17,2
Ítem 12	85,2	85,8	85,5
Ítem 13			
- ¿la decoras tú?	78,8	72,6	86,6
- ¿la ordenas tú?	85,2	82,1	88,7
Ítem 14	40,0	43,9	35,5
Ítem 15	80,7	81,6	80,1

Ítem 16	39,5	42,0	37,1
Ítem 17	1,5	0,9	2,2
Ítem 18	94,6	93,9	95,2
Ítem 19	92,1	92,5	91,4
Ítem 20	81,0	82,1	79,6
Ítem 21	12,8	10,8	15,1
Ítem 22	76,5	75,5	76,9
Ítem 23	76,5	72,2	82,3
Ítem 24			
- Semanal	25,9	29,2	21,0
- Mensual	16,8	16,0	17,7
Ítem 25			
- Menos de 10€	28,7	26,9	29,0
- 10-20€	53,9	55,9	52,2
- 20-50€	13,8	10,8	18,8
- Más de 50€	3,6	6,4	0,0
Ítem 26	46,2	37,7	55,9
Ítem 27	83,7	83,0	83,9
Ítem 28	47,9	49,5	45,7
Ítem 29			
Ítem 30			
Ítem 31	35,1	39,6	30,1
Ítem 32			

3.3 Respuestas globales y por ámbito de residencia

Ítem 1

	Global	Rural	Urbano
0	3,5	2,9	3,1
1	10,6	9,4	11,3
2	36,3	45,7	31,5
3	18,3	19,6	17,1
4	1,0	2,9	5,8
5	1,2	0,0	1,9
6	1,0	0,7	1,2
7	24,0	18,1	27,6

Ítem 2

	Global	Rural	Urbano
Antes de las 22h	81,0	85,7	78,3
22-0h	12,6	8,7	15,0
Después de las 0h	6,4	5,6	6,7

	Global	Rural	Urbano
Ítem 3	55,8	53,6	57,6
Ítem 4			
- Te riñen	55,8	55,1	56,4
- Te castigan	48,9	55,1	45,9
- No te dicen nada	5,4	4,3	5,8
Ítem 5	13,8	21,7	9,7
Ítem 6	59,0	59,4	59,5
Ítem 7	51,6	49,3	53,7
Ítem 8	13,6	15,9	12,5
Ítem 9	34,6	34,1	36,2
Ítem 10	13,8	13,8	13,2
- Tinte en el pelo	39,3	55,8	30,4
- Maquillaje	12,8	13,8	11,7
- Piercing	52,8	58,0	49,8
- Tatuajes	57,3	63,0	53,7
Ítem 11	17,5	15,2	19,5
Ítem 12	85,2	89,9	82,5
Ítem 13			
- ¿lo decoras tú?	78,8	81,9	77,8
- ¿lo ordenas tú?	85,2	84,8	85,2
Ítem 14	40,0	47,8	35,4

Ítem 15	80,7	79,7	81,7
Ítem 16	39,5	33,3	44,0
Ítem 17	1,5	0,0	2,3
Ítem 18	94,6	97,1	93,8
Ítem 19	92,1	94,9	91,1
Ítem 20	81,0	84,8	79,8
Ítem 21	12,8	12,3	13,6
Ítem 22	76,5	78,3	76,3
Ítem 23	76,5	73,9	78,6
Ítem 24			
- Semanal	25,9	26,1	25,3
- Mensual	16,8	7,2	22,2
Ítem 25			
- Menos de 10€	28,7	23,3	29,4
- 10-20€	53,9	60,5	52,9
- 20-50€	13,8	11,6	14,3
- Más de 50€	3,6	4,7	3,4
Ítem 26	46,2	52,2	44,0
Ítem 27	83,7	87,0	82,1
Ítem 28	47,9	53,6	44,7
Ítem 29			
Ítem 30			
Ítem 31	35,1	23,9	42,0
Ítem 32			

3.4 Respuestas por edades

Ítem 1

Edad	0	1	2	3	4	5	6	7
12	0,0	0,0	20,0	40,0	20,2	0,0	0,0	20,0
13	4,1	17,5	42,3	18,6	2,1	1,0	0,0	14,4
14	2,5	9,9	36,4	19,8	4,1	1,7	1,7	24,0
15	5,8	7,2	42,0	14,5	4,3	0,0	0,0	23,2
16	0,0	4,3	37,7	14,5	10,1	1,4	1,4	30,4
17	2,5	15,0	12,5	25,0	2,5	2,5	2,5	37,5
18	33,3	0,0	33,3	0,0	0,0	0,0	0,0	33,3

Ítem 2

Edad	Antes de las 22h	Entre 22-0h	Después de las 0h
12	100,0	0,0	0,0
13	95,3	3,5	1,2
14	91,2	7,1	1,8
15	88,9	9,5	1,6
16	61,8	27,9	10,3
17	43,6	25,6	30,8
18	0,0	50,0	50,0

Edad	3	4.1	4.2	4.3	5	6	7	8	9
12	0,0	40,0	40,0	0,0	40,0	40,0	40,0	40,0	0,0
13	27,7	56,7	58,8	1,0	13,4	67,0	48,5	18,6	10,3
14	47,1	55,4	51,2	2,5	13,3	61,2	47,9	13,2	18,2
15	68,1	62,3	46,4	2,9	10,1	50,7	44,9	13,0	36,2
16	82,6	50,7	44,9	13,0	15,9	63,8	65,2	8,7	69,6
17	87,5	52,5	32,5	15,0	17,5	45,0	60,0	10,0	82,5
18	100,0	66,7	0,0	33,3	0,0	0,0	66,7	0,0	66,7

Edad	10	10.1	10.2	10.3	10.4	11	12	13.1	13.2	14	15
12	40,0	60,0	0,0	80,0	80,0	20,0	80,0	40,0	60,0	20,0	100,0
13	22,7	46,4	16,5	55,7	57,7	15,5	84,5	74,2	89,7	37,1	70,1
14	10,7	47,1	19,0	65,3	69,4	17,4	82,6	76,9	87,6	39,7	81,8
15	10,1	40,6	10,1	59,4	55,1	17,4	92,8	81,2	84,1	36,2	87,0
16	8,7	29,0	4,3	37,7	50,7	15,9	84,1	82,6	75,4	47,8	85,5
17	10,0	12,5	5,0	22,5	32,5	27,5	87,5	92,5	87,5	37,5	85,0
18	66,7	0,0	0,0	0,0	33,3	0,0	33,3	33,3	100,0	100,0	66,7

Edad	16	17	18	19	20	21	22	23	24.1	24.2
12	0,0	0,0	100,0	100,0	80,0	0,0	100,0	40,0	60,0	0,0
13	27,8	1,0	91,8	85,6	77,3	23,7	84,5	73,2	24,7	18,6

14	33,9	2,5	95,0	94,2	80,2	9,9	76,0	76,0	17,4	15,7
15	42,0	2,9	94,2	89,9	84,1	8,7	69,6	76,8	24,6	11,6
16	55,1	0,0	98,6	97,1	82,6	11,6	76,8	81,2	36,2	21,7
17	57,5	0,0	95,0	97,5	87,5	7,5	70,0	82,5	35,0	17,5
18	66,7	0,0	66,7	66,7	66,7	0,0	33,3	66,7	0,0	33,3

Ítem 25

Edad	< 10€	10-20€	20-50€	>50
12	33,3	33,3	33,3	0,0
13	42,5	40,0	12,5	5,0
14	22,5	67,5	10,0	0,0
15	24,0	56,0	12,0	8,0
16	15,4	61,5	17,9	5,1
17	38,9	44,4	16,7	0,0
18	0,0	0,0	0,0	100,0

Edad	26	27	28	32
12	20,0	80,0	40,0	0,0
13	39,2	78,4	41,2	22,7
14	46,3	83,5	57,0	32,2
15	53,6	88,4	39,1	30,4
16	50,7	87,0	56,5	46,4
17	45,0	85,0	37,5	65,0
18	66,7	66,7	66,7	66,7

3.5 Respuestas a los ítems 29, 30 y 32

Ítem 29

Respondieron: 136

MODELO 1	FREQ
ABUELO	1
ABUELA	1
ADRIANA LIMA	1
AMADOR RIVAS	1
AMIGA	3
ANGELINA JOLIE	2
ANI DORAK	1
ARIDNA GRANDE	1
BAILARINAS DE DIVERSITY	1
BEYONCÉ	4
BILL GATES	3
BLANCA SUÁREZ	3
BRUNO MARS	1
CARLOS PÉREZ MARCO	1
CASEY STONES	1
CEBROU JAMES	1
CR7	1
CRIERMAN	1
CRISTIANO RONALDO	2
CHARLEI SHEEN	1
DAVID FINCHER	1
DAVID VILLA	1
DEMI LOVATO	1
DIAN FOSSEY	1
DIDIE DROGIA	1
EVON CRAFT	1
FABIAN ORELLANA	1
FRAN ROCHA	1
FRANK CUESTA	1
GEORGIE HENLEY	1
IKER CASILLAS	1
IRMA	2
IRMAN	1
ISCO	2
IVAN NIETO	1
JANELLE GINESTRA	1
JORDAN SÁNCHEZ	1
JOSÉ MANUEL BEIRAS	1
JUAN CARLOS NOVARRO	1
LANA DEL REY	1
LIAM PAYNE	1

LILYN COLLINS	1
MADRE	2
MARCO REUS	2
MARE MARQUEZ	1
MARÍA VALVERDE	1
MARIAM VOSS	1
MARTÍÑO RIVAS	1
MATT HEALY	1
ME GUSTA COMO SOY	1
MESSI	5
MICHAEL JACKSON	1
MICHAEL JORDAN	1
MICHAEL SCHON POULSEN	1
NADIE	2
NEIL PATRICK HARRIS	1
NEYMAR	3
NO	1
NO CONTESTA	1
NON	5
OCER Y RADE	1
OZIL	1
PABLO CÁMARA	1
PAI	3
PAIS	1
PAUL WALKER	1
PINAS	1
PIRLO	1
PRIMA	1
PRIMO	2
RAFA MORA	1
RAFA NADAL	1
RAMSEY	1
RICHARD KRUSPE	1
RIHANA	1
RONALDINHO	2
RONALDO	1
SARA CARBONERO	1
SELENA GÓMEZ	6
SERGIO RAMOS	1
SI	1
SKY FERRERIRA	1
STEVE MCGARRET	1
TATA MARTINO	1
TATO MARTINO	1
TERESA PORTELA	1
TÍA	2
TONI KROOS	1
TORRES	1
UNA PERSONA INTELIGENTE Y BELLA	1
UN ATLETA	1
UN FUTBOLISTA	1

VANESA ROMERO	1
VEGETTA 777	1
VIDETTA	1
VIN DIESEL	1
VOSETA	1
WHIZ KHALIFA	1
WILLREX	1
XABIER DÍAZ	1

MODELO 2	FREQ
ALEX SONG	1
BILL GATES	1
BOB MARLEY	1
CRISTIANO RONALDO	1
DEMI LOVATO	1
GABRIEL MEDINA	1
HARRY	1
ISCO HAZRD	1
JESUCRISTO	1
LAS CHICAS DE SWEET CALIFORNIA	1
MATT TUCK	1
MESSI	1
NEYMAR	1
OLIVER HELDENS	1
POLINA GAGARINA	1
RYAN GIGGS	1
SAUL CRAVIETTO	1
SHAKIRA	1
ZAYN MALIK	1

MODELO 3	FREQ
DANNY SAWCEDO	1
JAMES HAFFIELD	1
NIAL HORAN	1
PACO CUBELOS	1
ROMEO SANTOS	1
RPOONEY	1
SELENA GÓMEZ	1

MODELO 4	FREQ
RAMOS	1
ZAYN MALIC	1

Ítem 30

Respondieron: 277

MOTIVO	FREQ
A SÚA VIDA É MOI BOA	1
ADMIROA	1
AS SÚAS HABILIDADES NO CINE	1
CADA PERSOA É ÚNICA	1
CADA UN É DIFERENTE	1
CADA UN TEN A SÚA PERSONALIDADE	1
CADO UNO TIENE SU PERSONALIDAD	1
CANTA BEN, É GUAPO	1
É MOI AMABLE E AXUDA ÓS QUE O NECESITAN	1
É BO	1
É BO GUITARRISTA	1
É BO MOTORISTA	1
É BO TENISTA	1
É BO XOGADOR	1
É BOA , ESTUDIOSA E XENEROSA	1
É DELGADA E GUAPA	1
É GUAPA E TRABALLA BEN	1
É GUAPA , BOA PERSOA , ACTÚA BEN	1
É GUAPA , NATURAL, CON PERSONALIDADE	1
É GUAPA E BOA PERSOA	1
É GUAPA E CASOU CUN FUTBOLISTA	1
É GUAPA E TRABALLADORA	1
É GUAPA, TEN ESTILO, ACTÚA BEN	1
É INCRIBLE	2
É MOI GUAPA	1
É MOI GUAPA E MOI LISTA	1
É MOI GUAPO	1
É O MELLOR XOGADOR DO MUNDO	1
É O MEU ÍDOLO	2
É O MEU FAVORITO	1
É O MEU ÍDOLO	2
É O MEU XOGADOR FAVORITO	1
É RICO	1
É TALENTOSA E GUAPA	1
É UN CRACK	1
É UN EXEMPLO PARA MIN	1
É UN XOGADOR INCRIBLE	1
É UNHA CRACK	1
É BOÍSIMO XOGANDO, BOA PERSOA	1
ENCÁNTAME A SÚA PERSONALIDADE	1
ES BUENA ACTIZ	1
ES EL AMO	1
ES GUAPA, ME GUSTA SU PROFESION	1
ES LEGENDARIO	1

ES MI EJEMPLO	1
ES MI ÍDOLO	1
ES MUY LISTO Y VIAJA	1
ES MUY SEGURA Y CON PERSONALIDAD	1
ES UN SEX SIMBOL	1
ESTÁ CACHONDO	1
ESTUO BEN ASÍ	1
EU SON EU	1
EU SON EU	7
EU SON ÚNICA	1
FOILLE BEN NA VIDA E SOUBO AFRONTAR AS DIFICULTADE	1
GÓSTAME	1
GÓSTAME COMO SON	1
GÓSTAME SER EU	1
GOSTOME COMO SON	1
GÓTAME SER EU	1
GRAN CORREDORA Y GRAN PERSONA	1
GÚSTAM A SÚA MÚSICA	1
GÚSTAME A SÚA FORMA DE VIDA	1
GÚSTAME A SÚA MENTALIDADE FEMINISTA	1
GÚSTAME A SÚA PERSONALIDADE	1
GÚSTAME BAILAR	1
GÚSTAME COM SON	1
GÚSTAME COMO CANTA	1
GUSTAME COMO SON	1
GÚSTAME COMO SON	52
GÚSTAME COMO XOGA	4
GÚSTAME CORRER	1
GÚSTAME O BALONCESTO	1
GÚSTAME O FUTBOL	1
GÚSTAME O SEU XEITO DE PENSAR	1
GÚSTAME RES EU	1
GÚSTAME SER COMO SON	11
GUSTAME SER EU	1
GÚSTAME SER EU	19
GÚSTAME SER EU MESMA	2
GÚSTAME SER QUEN SON	2
GÚSTANE COMO SON	1
GUSTARÍAME CANTAR COMA EL E DEFENDER A LINGUA GALEGA	1
GUSTARIAME SER BOA ACTRIZ	1
GÚSTOME	1
GÚSTOME COMO SON	3
GÚTAME SER EU	1
HAI QUE TER PERSONALIDADE	1
LAS TIENE LOCAS	1
ME ENCANTA	1
ME GUSTA COMO SON Y COMO VISTEN	1
ME GUSTA COMO SOY	1
ME GUSTA SU ESTILO Y LO QUE TRANSMITE	1

MI PASIÓN ES BAILAR	1
NO CONTESTA	3
NO NECESITO PARECERME A NADIE	1
NON CONTESTA	1
NON SEI	1
NON CONTESTA	113
NON CONTETA	2
NON ME GUSTO FÍSICAMENTE	1
NON QUERO PARECERME A NINGUÉN	2
NON SEI	11
NON SON UNS PELELES	1
NON CONTESTA	1
PARA MIN É UN EXEMPLO	1
PARA PODER ESTUDAR O QUE QUIXERA	1
POLA SÚA PERSONALIDADE	1
POLO FÍSICO E A VOZ	1
POLO SEU ESPÍRITU DE SUPERACIÓN	1
POLO SEU XOGO	1
POR COMO XOGA Ó FUTBOL	1
PORQUE A QUERO	1
PORQUE CANTA, É GUAPA E LISTA	1
PORQUE É GUAPA	1
PORQUE É INFORMÁTICO	1
PORQUE É UN GRAN XOGADOR	1
PORQUE ES LA REINA	1
PORQUE ES UN VIVIDOR FOLLADOR	1
PORQUE NO	1
PORQUE NON	5
PORQUE O SIGO	1
PORQUE PODO	1
PORQUE SON GRANDES PIRAGÜISTAS	1
PORQUE SON GUAPOS	1
PORQUE XOGA BEN	1
PREFIRO SER EU	1
QUERERÍA A INTELIXENCIA DO MEU PAI E DE MESSI	1
QUERO SE EU	1
QUERO SER COMO SON	2
QUERO SER EU	8
QUERO SER EU MESMA	2
QUERO SER ÚNICA	1
SEMPRE FAN BEN AS COUSAS	1
SÍNTOME IDENTIFICADO	1
SON BOA XENTE	1
SON BOS XOGANDO	1
SON COMA SON	1
SON COMO SON	1
SON EU MESMA	1
SON MIS ÍDOLOS	1
SON MODELOS PARA MIN	1
SON O IDEAL DO QUE EU QUERO SER	1

SON OS MEUS ÍDOLOS	2
SON OS MEUS ÍDOLOS E EXMPLOS A SEGUIR	1
SON OS QUE MÁIS ME GUSTAN	1
SON UN BO EXEMPLO	1
SOY SELENATOR, ES LO QUE MÁS AMO	1
TEN DE TODO , OS PAIS ADÓRANO	1
TEN MOITA PASTA	1
TEN MOITO CARÁCTER	1
TEN O FÍSICO E A PERSONALIDADE FORTES	1
TEÑO A MIÑA PERSONALIDADE	1
TES QUE QUERERTE COMO ERES	1
TODOS SOMOS DIFERENTES	1
VAILLE MOI BEN NA VIDA	1
VALORO SER COMO SON	1
VIAJA MUCHO Y SABE DE ANIMALES	1
XOGA BEN	1
XOGA MOI BEN	1
XOGA NO COMPOS	1

Ítem 32

Respondieron: 351

Resposta	Frec	%
ACTUANDO CON CABEZA ANTE CERTAS CIRCUNSTANCIAS	1	0,2
ADQUIRIR MÁIS RESPONSABILIDADES	1	0,2
ANDAR NAS MOTOS, NON VER OS DEBUXOS DA TV	1	0,2
APOSTAS DEPORTIVAS	2	0,5
APROBAR	1	0,2
AXUDAR NA CASA	2	0,5
AXUDAR NA CASA, COIDAR DOS IRMÁNS	1	0,2
AXUDAR ÓS PAIS	1	0,2
BOTELLÓN	1	0,2
CAMBIAR OS GOSTOS	1	0,2
CANDO AXUDO NA CASA	1	0,2
CANDO É MADURA	1	0,2
CANDO ES RESPONSABLE	1	0,2
CANDO OS PAIS CONFÍAN EN TI	1	0,2
COLLER BORRACHEIRAS	1	0,2
COMPORTARNOS BEN	4	1,0
COMPORTARNOS COMA ADULTOS	2	0,5
COMPORTARNOS CON MADUREZ	3	0,7
COMPORTARNOS CON SENSATEZ	1	0,2
COMPORTARNOS CON SENTIDO	1	0,2
COMPORTARNOS MADURAMENTE	1	0,2
COMPORTARNOS RSEPONSABLEMENTE	1	0,2
COMPORTARSE COMA ADULTO	1	0,2
COMPORTARSE CON MADUREZ	1	0,2
COMPORTARSE CON RESPONSABILIDADE	1	0,2
COMPÓRTOME MADURAMENTE	1	0,2
COMPRTARNOS COMA ADULTOS	1	0,2
CONducir, BEBER ALCHOL	1	0,2
CUMPRIR AS MIÑAS RESPONSABILIDADES	1	0,2
DEIXAMOS OS XOGOS DE NENOS	1	0,2
DEMOSTRALO	1	0,2
DEMOSTRAR MADUREZ	2	0,5
DEMOSTRAR QUE PODEN CONFIAR EN TIE	1	0,2
DEMOSTRAR QUESEI FACER AS COUSAS SO	1	0,2
DEMOSTRO ÓS MEUS PAIS QUE PODEN CONFIAR EN MIN	1	0,2
DEMOSTRAR RESPONSABILIDADE	1	0,2
DICIR A VERDADE	1	0,2
DROGARNOS	1	0,2
EMBORRACHARNOS	1	0,2
EMPEZAN A INSULTAR	1	0,2

ESTAR CAPACITADO PARA NUEVAS SITUACIONES Y ENFRENT	1	0,2
ESTUDAR, SER RESPONSABLE	1	0,2
ESTUDIAR E COMPORTARME BEN	1	0,2
FACER AS COUSAS DA CASA	1	0,2
FACERNOS PALLAS	1	0,2
FACERNOS RESPONSABLES DOS NOSOS ACTOS	1	0,2
FALAMOS DE TEMAS DE ACTUALIDADE	1	0,2
FALAR CON MADUREZ	1	0,2
FALAR COS TEUS PAIS DE COUSAS DE ADULTOS	1	0,2
FALAR COUSA INTERESANTES, IR TOMAR ALGO	1	0,2
FALAR DE MOZAS, IR DE ESMORGA	1	0,2
FALAR EN VEZ DE XOGAR	1	0,2
FOLLAR	1	0,2
FUMAR E BEBER EN PÚBLICO	1	0,2
HACER COSAS DE MAYORES	1	0,2
INTENTAR MADURAR	1	0,2
IR A FESTAS, ARREGLARNOS	1	0,2
IR AL CINE, IR AL CENTRO COMERCIAL	1	0,2
IR DE FESTA	1	0,2
JUGAR A LA PLAY	1	0,2
MANTENER CONVERSACIONES ARGUMENTADAS	1	0,2
MANTER RELACIÓNS SEXUAIS	2	0,5
MAQUILLARME	1	0,2
MOSTRAR MADUREZ	3	0,7
NADA	116	28,6
NADA EN ESPECIAL	1	0,2
NANAI	1	0,2
NO TENEMOS QUE HACER NADA PARA DEMOSTRARLO	1	0,2
NO CONTESTA	1	0,2
NO METERME EN PROBLEMAS SIN NECESIDAD	1	0,2
NO PELEARNOS	1	0,2
NON SEI	1	0,2
NON CONTESTA	51	12,6
NON DEPENDER DOS PAIS	1	0,2
NON ENFADARSE POR PARVADAS	1	0,2
NON FACER TONTERIAS	1	0,2
NON FACER TONTERÍAS	1	0,2
NON O DEMOSTRAMOS	1	0,2
NON SABE	21	5,2
NON SER INFANTIL	1	0,2
NON XOGAR CON COUSAS DE NENOS PEQUENOS	1	0,2
NON XOGAR CON XOGUETES	1	0,2
NON XOGAR XOGOS DE NENOS	1	0,2
O QUE XURDA	1	0,2

OBEDECER NA CASA	1	0,2
POÑER NA 30 TATO MARTINO	1	0,2
PORTARNOS BEN	7	1,7
PORTARNOS COMA ADULTOS	1	0,2
RELACIÓNS SEXUAIS, A MIÑA ESTÉTICA	1	0,2
RESOLVER PROBLEMAS POLA MIÑA CONTA	1	0,2
RESOLVER PROBLEMAS SEN AXUDA	1	0,2
ROBAR UN COCHE	1	0,2
SAÍR ATA MÁIS TARDE	1	0,2
SAÍR ATA MOI TARDE	1	0,2
SAIR COS AMIGOS	1	0,2
SAIR DE FESTA	2	0,5
SAIR DE NOITE, SER RESPONSABLE	1	0,2
SAIR POLA NOITE	1	0,2
SAIR POLA RÚA	1	0,2
SAIR SO	1	0,2
SAIR SOS, TOMAR DECISIÓNS	1	0,2
SENDO MADURA	2	0,5
SENDO RESPONSABLE E DECIDINDO OS MEUS ACTOS	1	0,2
SER ALGO INDEPENDENTES	1	0,2
SER INDEPENDENTE	1	0,2
SER INDEPENDENTES	3	0,7
SER MADURO	4	1,0
SER MADUROS	6	1,5
SER MÁIS RESPONSABLES	2	0,5
SER MÁIS RESPONSABLES E MADURAS	1	0,2
SER NOS MESMOS	1	0,2
SER RESONSABLE	1	0,2
SER RESPONSABLE	23	5,7
SER RESPONSABLE Y EDUCADA	1	0,2
SER RESPONSABLE, RAZONABLE	1	0,2
SER RESPONSABLES	30	7,4
SER RESPONSABLES , RESPETUOSOS E AXUDAR	1	0,2
SER RESPONSABLES E RESPETUOSOS	1	0,2
SER RESPONSABLES, TOMAR DECISIÓNS E ASUMIR AS CONSECUCENCIAS	1	0,2
SER RESPONSABLES	1	0,2
SER RESPONSALES	1	0,2
TER PERSONALIDADE	1	0,2
TER RESPONSABILIDADES	1	0,2
TER SENTIDO	1	0,2
TOMAMOS AS COUSAS CON SERIEDADE	1	0,2
TONTEAR COS RAPACES, FUMAR, BEBER	1	0,2
TRABALLAR CO MEU PAI	1	0,2
TRABALLAR NA CASA	3	0,7
UN POUCO DE TODO	1	0,2
VER PELÍCULAS DE MAIORES	1	0,2
VER PORNO	1	0,2
XOGAR Ó FUTBOL	2	0,5

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

- ALEGRET, Joana / COMELLAS, M^a Jesús / FONT, Pere / FUNES, Jaume, *Adolescentes, Relaciones con los padres, drogas, sexualidad y culto al cuerpo*, Barcelona, Graó, 2005.
- ALMARCHA, Amparo / CAMPELO, Luz, “Lo que el feminismo no logró evitar: la anorexia como expresión de la deficiencia del cuerpo”, *Revista galego-portuguesa de Psicoloxía e Educación*, vol. 4, 3 (1999) 69-82.
- AMORÓS, Celia. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos, 1985.
- ARSUAGA, Juan Luis / MARTÍNEZ, Ignacio, *La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana*, Barcelona, Temas de hoy, 2000.
- AUGÉ, Marc, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- AZÚA, Félix DE, *El aprendizaje de la decepción*, Pamplona-Iruñea, Editorial Pamiela Argitaletxa, 1990².
- BARNES, Julian, *Niveles de vida*, Barcelona, Anagrama, 2014.
- BAUMAN, Zigmunt, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid, F.C.E., 2005.
- BAUMAN, Zigmunt, *La cultura como praxis*, Barcelona, Paidós, 2002.
- BAUMAN, Zigmunt, *La sociedad individualizada*, Madrid, Cátedra, 2001.
- BEAUVOIR, Simone de, *El segundo sexo*, Madrid, Aguilar, 1981.
- BOTEMPO E SILVA, Luitza / FLORES MACÍAS, Rosa del Carmen / RAMÍREZ RAMÍREZ, Leticia N., “La construcción de la identidad personal y el desarrollo de la auto-autoría”, *Revista El Ágora. USB*, vol.12, 2 (2013) 421-436.
- BOTTON, Alain DE, *Cómo pensar más en el sexo*, Barcelona, Ediciones B, 2012.
- BOURDIEU, Pierre, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.
- BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- BOYANO, José T., “Identidad y adolescencia: explorando nuestra vivencia grupal”, *Aosma. Asociación castellano-leonesa de psicología y pedagogía* 18 (2014), 1-6.

- BRANDEN, Nathaniel, *Cómo mejorar su autoestima*, Barcelona, Paidós, 2010.
- BRANDEN, Nathaniel, *El respeto hacia uno mismo*, Madrid, Paidós, 1990.
- BRANDEN, Nathaniel, *La psicología del amor romántico*, Barcelona, Paidós, 2009.
- BRANDEN, Nathaniel, *Los seis pilares de la autoestima*, Barcelona, Paidós, 1995.
- BREUER, Irene, “La constitución del sujeto de la experiencia afectiva. Descartes, Nietzsche, Heidegger”, *Investigaciones fenomenológicas*, vol. 9 (2012) 117-143.
- BROWN, Peter *et al.* (eds.), *Historia de la vida privada*, Tomo 3: *Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus, 1987.
- BROWN, Peter *et al.* (eds.), *Historia de la vida privada*, Tomo 4: *De la Revolución francesa a la primera Guerra Mundial* Madrid, Taurus, 1987.
- BUTHLER, Judith, *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós, 2006.
- BYUNG-CHUL, Han, *La sociedad de la transparencia*, Barcelona, Herder, 2013.
- BYUNG-CHUL, Han, *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012.
- CAMPS, Victoria, *El gobierno de las emociones*, Barcelona, Herder, 2011.
- CARR, Nicholas, *¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*, Madrid, Taurus, 2011.
- CARRERAS PORT, Anna / SUBIRATS, Marina / TOMÉ, Amparo, “La construcción de las identidades de género en la etapa 0-3. Primeras exploraciones”, en Jorge García Marín / M^a Begoña Gómez Vázquez (eds.), *Diálogos en la cultura de la paridad. Reflexiones sobre feminismo, socialización y poder*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, 2012, pp. 36-43.
- CASSIRER, Ernst, *Antropología filosófica*, México, F.C.E., 1990³.
- CASSIRER, Ernst, *El mito del Estado*, México, F.C.E., 1993⁹.
- CASTRO FEIJOO, Lidia / POMBO ARIAS, Manuel, “Crecemento e desenvolvemento, puberdade temperá e tardía: repercusión biopsicosocial, alertas, estratexias de intervención”, *Revista Galega do Ensino* 40 (2003) 239-266.
- CHANGNON, Napoleon, A., *Yanomano. La última gran tribu*, Barcelona, Alba, 2006.
- CHÓLIZ, Mariano / MARCO, Clara, *Adicción a Internet y redes sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

- CICERON, Marco Tulio, *Los deberes*, Barcelona, Vosgos, 1975².
- COLLIN, Françoise, “Do moderno ao postmoderno”, en Aula Castelao de Filosofía (ed.), *Filosofía e xénero*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1996.
- COBO BEDIA, Rosa, “Género”, en AA.VV., *10 palabras claves sobre mujer*, Estella, Verbo Divino, 1995, pp. 1-23.
- COPETA, Clara / LOIS, Rubén, *Geografía, paisaje e identidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- COPIL, Alejandra / YESTE FERNÁNDEZ, Diego / CARRASCOSA LEZCANO, Antonio / GUSSINYÉ, Miguel, “Aceleración secular del crecimiento, valores de peso, talla e índice de masa corporal en niños, adolescentes y adultos jóvenes de la población de Barcelona”, *Medicina clínica*, vol. 123, 12 (2004) 445-451.
- CORETH, Emerich, *¿Qué es el hombre?*, Barcelona, Herder, 1974.
- CORREA, Ramón I. / GUZMÁN, M^a Dolores / AGUADED, J. Ignacio, *La mujer invisible. Una lectura disidente de los mensajes publicitarios*, Huelva, Grupo Comunicar Ediciones, 2000.
- CRAGNOLINI, Mónica, “La constitución de la 'identidad' en el pensamiento nietzscheano: sí mismo y máscara. El 'caso Nietzsche' en los inicios del psicoanálisis”, *Revista de La Universidad de Morón*, vol. 5 (1999) 13-21.
- CRUZ CANTERO, Pepa / SANTIAGO CARRILLO, Paloma, *Juventud y entorno familiar*, Madrid, Instituto de la Juventud, 1999.
- CYRULNIK, Boris, *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*, Barcelona, Gedisa, 2010.
- DAMÁSIO, António, *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, Barcelona, Destino, 2011.
- DAMÁSIO, António, *Y el cerebro creó al hombre*, Barcelona, Destino, 2012.
- DANTZER, Robert, *Las emociones*, Barcelona, Paidós, 1989.
- DE LA TORRE, Renée, “Crisis o revalorización de la identidad en la sociedad contemporánea”, *Nómadas* 16 (2002) 76-85.
- DELEUZE, Gilles / GUATTARI, Félix, *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Buenos Aires, Paidós, 1985.
- DELEUZE, Gilles, *Spinoza. Filosofía práctica*, Barcelona, Tusquets, 2009.

- DÍAZ ÓRTIZ, Álvaro, "Teoría de las emociones", *Innovación y experiencias educativas* 29 (2010) 1-9.
- DUBY, Georges, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- DUMONTHEIL, Iroise, "Development of abstract thinking during childhood and adolescence: The role of rostrolateral prefrontal cortex", *Developmental Cognitive Neuroscience* 10 (2014) 57-76.
- ELIADE, Mircea, *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana*, Barcelona, Kairós, 2001.
- EMBREE, Lester, *Fenomenología continuada. Contribuciones al análisis reflexivo de la cultura*, Morelia, Jitanjáfora, 2007.
- ESCORIZA MATEU, Trinidad, "Desigualdad, diferencia e identidad. Reflexionando sobre algunos conceptos desde la arqueología prehistórica", en Pilar Rodríguez (de.), *Feminismos periféricos*, Salobreña, Alhulia, 2006.
- FANDIÑO PASCUAL, Ricardo, "Jóvenes frente a la crisis: el padre que no está y la adolescencia interminable", monográfico 4 de la Revista *Conferencias Blancas*, pp.12-16.
- FERNÁNDEZ DEL OLMO, R. / PRADO MARTÍNEZ, C., "Cambio secular en crecimiento y ciclo reproductor femenino en la población madrileña en las últimas seis décadas", *Antropo* 9, (2005) 77-88.
- FERNÁNDEZ FRAILE, M^a Eugenia, "Algunas reflexiones sobre los usos sociales de ciertas expresiones lingüísticas", en Ana M. Muñoz Muñoz / Carmen Gregorio Gil / Adelina Sánchez Espinosa, *Cuerpos de mujeres: miradas, representaciones e identidades*, Granada, Universidad de Granada, 2007, pp. 23-38.
- FERRATER MORA, José, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo*, Madrid, Alianza, 1992.
- FODOR, Jerry A., *The Language of the Thought*, New York, Harvester Press, 1974.
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 2000.
- FREUD, Sigmund, "Compendio del psicoanálisis", en *Obras Completas*, Tomos I-III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973³.
- FREUD, Sigmund, *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza, 1984.
- FREUD, Sigmund, "El porvenir de una ilusión", en *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza, 2000.

- FREUD, Sigmund, *El yo y el ello*, Madrid, Alianza, 1985⁸.
- FREUD, Sigmund, *Introducción al psicoanálisis*, Madrid, Alianza Editorial, 1987¹⁵.
- FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Tomos I-III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973³.
- FROMM, Erich, *El arte de amar*, Barcelona, Paidós, 2003.
- GARCÍA BALLESTEROS, Aurora, “¿Espacio masculino, espacio femenino? Notas para una aproximación geográfica al estudio del uso del espacio en la vida cotidiana”, en *Actas de las IVª Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid / Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 1994, pp. 9-27.
- GARCÍA FERRANDO, Manuel / MARTÍNEZ MORALES, Juan Ramón, *Ocio y deporte en España*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1996.
- GARCÍA MARÍN, Jorge, *Postmodernidade e novas redes sociais*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, 2012.
- GARCÍA TÓJAR, Luis, “La modernidad es dos”, *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* 53 (2002) 122-123.
- GODÁS OTERO, Agustín, “Orientación familiar nos estereotipos de xénero e nas expectativas de futuro de fillos e fillas”, en Elisa Jato Seijas / Lucía Iglesias da Cunha (Eds.), *Xénero e educación social*, Santiago de Compostela, Laiovento, 2003, pp. 263-275.
- GOLEMAN, Daniel, *Inteligencia emocional*, Barcelona, Salvat, 2005⁶⁰.
- GONZÁLEZ AGUADO, María, “Las caras ocultas de la anorexia: diferencias relacionales de lo bello, lo humano y lo blanco”, en Eulalia Pérez Sedeño / Esther Ortega Arjonilla (eds.), *Cartografías del cuerpo. Biopolíticas de la Ciencia y de la Tecnología*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 133-193.
- GONZÁLEZ BLASCO, Pedro, *Jóvenes españoles 2000*, Madrid, Editorial Acento, 2000.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Mª Pilar, *O proceso educativo: xénero e violencia*, Santiago de Compostela, Concellería da Muller do Concello de Santiago de Compostela, 2003.
- GUILERA I AGÜERA, Llorenç, *Más allá de la inteligencia emocional: las cinco dimensiones de la mente*, Madrid, Thomson, 2006.
- HALL, Stanley, *La psicología y la paidología*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

- HIRIGOYEN, Marie-France, *Las nuevas soledades. El reto de las relaciones personales en el mundo de hoy*, Barcelona, Paidós, 2013².
- HIRIGOYEN, Marie-France, *Mujeres maltratadas. Los mecanismos de la violencia en la pareja*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006.
- HOEBEL, E. Adamson, *Antropología: el estudio del hombre*, Barcelona, Ediciones Omega, 1973.
- HØJ, Cecilie Anvic, “Traballo para comer, como para traballar. Xénero, traballo e identidade”, en Enrique Alonso Población / Sharon R. Roseman (eds.), *Antropoloxía das mulleres galegas. As outras olladas*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco Edicións, 2012, pp. 117-136.
- HOMERO, *Odisea*, Barcelona, Juventud, 1973.
- HUSSERL, Edmund, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía trascendental* México/Buenos Aires, UNAM/F.C.E., 19622.
- HUSSERL, Edmund, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía trascendental*, Libro II, México, UNAM, 1997.
- INHELDER, Bärbel / PIAGET, Jean, *De la lógica del niño a la lógica del adolescente. Ensayo sobre la construcción de las estructuras operatorias formales*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- IZQUIERDO, M^a Jesús, “Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género”, en Vicenç Fisas, *El sexo y la violencia*, Barcelona, Icaria/Antrazyt, , 1998, pp. 61-91.
- JASPERS, Karl, *Psicopatología general*, México, F.C.E., 2006.
- KANT, Inmanuel, *Antropología práctica*, Madrid, Tecnos, 1990.
- KLEIN, Naomi, *El poder de las marcas*, Madrid, Booket, 2011.
- KOESTLER, Arthur, *Autobiografía*, Madrid, Alianza, 1973.
- KOCK, Andrew, *Knowledge and Social Construction*, Lanham-Maryland, Lexington Books, 2005.
- KOTTAK, Conrad Phillip, *Antropología cultural. Espejo para la humanidad*, Madrid, McGraw Hill, 1997.
- KLUCKHOHN, Clyde, *Antropología*, México, F.C.E., 1992¹².
- LASÉN DÍAZ, A., “Tecnologías afectivas: de como los teléfonos móviles participan en la constitución de subjetividades e identidades”, en Gabriel Gatti Casal de Rey /

- Iñaki Martínez de Albéniz / Benjamín Tejerina, *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*, Leioa, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2009, pp. 215-248.
- LEDOUX, Joseph, *El cerebro emocional*, Barcelona, Ariel/Planeta, 1999.
- LEIF, Joseph / JUIF, Paul, *Textos de psicología del niño y del adolescente*, Madrid, Narcea, 1975.
- LIBERMAN, Arnoldo, *La nostalgia del padre. Un ensayo sobre el derrumbe de la certeza paterna*, Madrid, Temas de Hoy, 1984.
- LINÁS, Rodolfo R., *El cerebro y el mito del yo. El papel de las neuronas en el pensamiento y el comportamiento humanos*, Barcelona, Belacqua, 2003.
- LIPOVETSKY, Gilles, *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- LIPOVETSKY, Gilles, *La tercera mujer*, Barcelona, Anagrama, 1999.
- LIPOVETSKY, Gilles, *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- LUTKEHAUS, Nancy C. / ROSCOE, Paul B., *Gender Rituals. Female Initiation in Melanesia*, New York, Routledge, 1995.
- MAGALLÓN PORTOLES, Carmen, “Sostener la vida, producir la muerte: estereotipos de género y violencia”, en Vicenç Fisas (ed.), *El sexo y la violencia*, Barcelona, Icaria/Antrazyt, 1998, pp. 93-116.
- MARAFIOTI, Roberto, “La argumentación en la época contemporánea”, en *Recorridos semiológicos: signos, enunciación y argumentación*, Buenos Aires, Eudeba, 2004².
- MARCO HERNÁNDEZ, M. / BENÍTEZ, R. / MEDRANDA, I. / PIZARRO, C. / MÉNDEZ, M. J., “Variaciones fisiológicas normales del desarrollo puberal, edad del inicio puberal, edad de la menarquía y talla”, *Anales de Pediatría: Publicación Oficial de la Asociación Española de Pediatría*, vol. 69, 2 (2008) 147-153.
- MARÍAS, Julián, *El método histórico de las generaciones*, Madrid, Revista de Occidente, 1967.
- MARINA, José Antonio, *El laberinto sentimental*, Barcelona, Anagrama, 1997.
- MARTÍ GUAL, Ana, “Entre la tradición, la gestión del tiempo y la innovación: discursos sobre la maternidad de las mujeres usuarias de reproducción asistida”, en Eulalia Pérez Sedeño / Esther Ortega Arjonilla (eds.), *Cartografías del cuerpo. Biopolíticas de la Ciencia y de la Tecnología*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 245-308.

- MARTÍNEZ BARREIRO, Ana, “Corpo, ciência e tecnologia”, en A questão social no novo milénio. Livro de Atas de Conferência Internacional, Coimbra, Faculdade de Economia da Universidade de Coimbra / Centro de Estudos Sociais, 2004, pp. 1-11.
- MARTÍNEZ BARREIRO, Ana, “La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas”, *Papers. Revista de sociología* 73 (2004) 127-152.
- MARTÍNEZ SAHUQUILLO, Irene, “La identidad como problema social y sociológico”, *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. 182, 722 (2006) 811-824.
- MARX, Karl / ENGELS, F., *La ideología alemana*, Montevideo/Barcelona, Ediciones Pueblos Unidos/Grijalbo, 1974.
- MCNEILL FERNÁNDEZ, Alejandro / MALAVER RODRIGUEZ, Rodrigo, “Lenguaje. Argumentación y construcción de identidad”, *Folios* 31 (2010) 123-132.
- MEAD, Margaret, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Laia, 1972.
- MÉNDEZ, Lourdes, *Antropología feminista*, Madrid, Síntesis, 2007.
- MENDOZA BERJANO, Ramón, *La adolescencia como fenómeno cultural*, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2008.
- MERLEAU-PONTY, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península, 1975.
- MERLEAU-PONTY, Maurice, *Filosofía y lenguaje*, Buenos Aires, Prometeo, 1969.
- MOLTÓ BROTONS, Javier, *Psicología de las emociones. Entre la biología y la cultura*, Valencia, Albatros, 1995.
- MONTAIGNE, Michel DE, *Ensayos*, Madrid, Cátedra, 1987.
- MONTESINOS, David P., *La juventud domesticada. Cómo la cultura juvenil se convirtió en simulacro*, Madrid, Editorial Popular, 2007.
- MUÑOZ MUÑOZ, Ana M^a / GREGORIO GIL, Carmen / SÁNCHEZ ESPINOSA, Adelina, *Cuerpos de mujeres: miradas, representaciones e identidades*, Granada, Universidad de Granada, 2007.
- MUROS, Beatriz, “El concepto de identidad en el mundo virtual: el yo online”, *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, vol.14, 2 (2011) 49-56. <http://www.aufop.com>
- NASH, Mary, “Desde la invisibilidad a la presencia de la mujer en la historia: Corrientes historiográficas y marcos conceptuales de la nueva historia de la mujer”, en

- Nuevas perspectivas sobre la mujer. Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinaria*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid/Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 1994, pp. 18-37.
- NIETZSCHE, Friedrich, *Fragmentos póstumos*, Madrid, Tecnos, 2006.
- NIETZSCHE, Friedrich, *La voluntad de poder*, Madrid, EDAF, 2000.
- NEGRO, Carlos, *Penúltimas tendencias*, Vigo, Editorial Xerais, 2014.
- LEIF, Joseph / JUIF, Paul, *Textos de psicología del niño y del adolescente*, Madrid, Narcea, 1975.
- ODGEN, Pat / MINTON, Kekuni / PAIN, Clare, *El trauma y el cuerpo. Un modelo sensoriomotriz de psicoterapia*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 2009.
- ORTEGA Y GASSET, José, *El hombre y la gente*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza editorial, 1981².
- ORTEGA Y GASSET, José, *En torno a Galileo*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1982.
- ORTEGA Y GASSET, José, “Prólogo para alemanes”, en *Obras Completas*, Tomo IX, Madrid, Revista de Occidente/Taurus, 2009.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Unas lecciones de metafísica*, Madrid, Alianza, 1986³.
- OVEJERO BERNAL, Anastasio / MORAL JIMÉNEZ, María de la Villa / PASTOR MARTÍN, Juan, “La construcción de la conexión entre percepción de la autoimagen física en adolescentes y la identidad psicosocial”, *Aula Abierta* 71 (1998) 145-172.
- OVIDIO, *Las metamorfosis*, Barcelona, Editorial Planeta, 1990.
- PAPALIA, Diane E. / OLDS, Sally W., *Desarrollo humano*, Colombia, McGraw-Hill Interamericana, 1992.
- PELEGRINA CENTRÁN, Héctor, *Fundamentos antropológicos de la Psicopatología*, Madrid, Polifemo, 2006.
- PIAGET, Jean, *Introducción a la epistemología genética*, Buenos Aires, Paidós, 1975.
- PIAGET, Jean, *Psicología de la inteligencia*, Buenos Aires, Psique, 1971.
- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz, “Corpo de muller, Ruptura e nova identidade”, en M^a Xosé Agra (ed.), *Corpo de muller. Discurso, poder, cultura*, Santiago de Compostela, Laiovento, 1997, pp. 13-57.

- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz, “Cuerpo de mujer y violencia simbólica: una realidad universal”, en Jacinto Rivera de Rosales / M^a del Carmen López Sáenz (eds.), *El cuerpo. Perspectivas filosóficas*, Madrid, UNED, 2002, pp. 291-315,
- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz, “De lo visible a lo invisible”, *Agora. Papeles de filosofía* 5 (1985) 101-112.
- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz, “Emociones. Empatía. Tolerancia. Análisis fenomenológico de la integración cuerpo-mente, naturaleza-cultura”, *Alfa. Revista de la Asociación Andaluza de Filosofía* 22/23 (2008) 115-132.
- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz, “Emociones y empatía, dimensiones primordiales de toda vida humana. Análisis fenomenológico”, en Javier San Martín / Tomás Domingo Moratalla (eds.), *Perspectivas sobre la vida humana. Cuerpo, mente, género y persona*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 131-138.
- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz, “Fenomenología de la corporeidad emotiva como condición de la alteridad”, *Investigaciones fenomenológicas*, vol. monográfico (2010) 142-168.
- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz, “Fenomenología del cuerpo como expresión e interpretación”, en Jorge V. Arregui / Juan A. García González (eds.), *Significados corporales*, vol. monográfico en Málaga, *Contrastes. Revista Interdisciplinar de Filosofía*, 2006, pp. 127-145.
- PINTOS PEÑARANDA, M^a Luz, “Fenomenología, género y paz”, en Irene Comins Mingol / Sonia París Albert (eds.), *Investigando para la paz. Estudios filosóficos*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 51-71.
- POMBO, Manuel, *Tratado de Endocrinología Pediátrica*, Madrid, Mc Graw Hill, Interamericana, 2009⁴.
- PORTILLO, Eloy / HARTZA, Juan, “Los sujetos ante el mundo digital”, *Archipiélago* 23 (1995) 21-26.
- PUNSET, Eduardo, *Cara a cara con la vida. Las nuevas claves científicas*, Barcelona, Destino, 2007.
- PUNSET, Eduardo, *El viaje al amor. Las nuevas claves científicas*, Barcelona, Ediciones Destino, 2007.
- RALD PHILIPP, Rita, “Identidades de género, medios y nuevos medios tecnológicos de la comunicación”, en Jorge García Marín (ed.), *Postmodernidade e novas redes sociais*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, 2012, pp. 21-34.

- RALD PHILIPP, Rita / GÓMEZ VÁZQUEZ, M^a Begoña / GARCÍA MARÍN, Jorge, "Influencia mediática televisiva, dinámica familiar y roles de género: algunos datos empíricos sobre la situación de los adolescentes", en Rita Radl Philipp (ed.), *Cuestiones actuales de sociología del género*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2001, pp. 297-319.
- RECALCATI, Massimo, *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*, Barcelona, Anagrama, 2014.
- REICH, Wilhelm, *Análisis del carácter*, Barcelona, Paidós, 2005.
- REICH, Wilhelm, *La función del orgasmo*, Buenos Aires, Paidós, 1972⁴.
- REICHHOLF, Josef H., *La aparición del hombre*, Barcelona, Crítica, 1994.
- RELLA, Franco, *Metamorfosis. Imágenes del pensamiento*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.
- REVILLA CASTRO, Juan Carlos, *La identidad personal de los jóvenes. Pluralidad y autenticidad*, Madrid, Entinema, 1998.
- REYES JUÁREZ, Alejandro, "La escuela secundaria como espacio de construcción de identidades juveniles", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 14, 40 (2009) 147-174.
- RIBA, Carles, "Prólogo" en R. Dantzer, *Las emociones*, Barcelona, Paidós, 1989.
- RICOEUR, Paul, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999.
- RIEFF, David, *Contra la memoria*, Barcelona, Debate, 2012.
- RIZO GARCÍA, Marta, "Me comunico, luego existo. El papel de la comunicación en la construcción de identidades", *Culturales*, vol. 1, 1 (2005) 124-142.
- RODRIGO ALSINA, Miguel / MEDINA BRAVO, Pilar, "Postmodernidad y crisis de identidad", *Revista Científica de Información y Comunicación* 3 (2006) 125-146.
- RODRÍGUEZ SAN JULIÁN, Elena / MEGÍAS QUIRÓS, Ignacio, *¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia*, Madrid, Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, 2015.
- RODRÍGUEZ SAN JULIÁN, Elena, "Socialización y referentes socio-grupales en la construcción de la identidad juvenil", *Educación y Futuro* 22 (2010) 55-69.
- ROMERO CUEVAS, José Manuel, "Nietzsche, el problema de la identidad y el espacio de la ética", *Thémata. Revista de Filosofía* 22 (1999) 249-252.

- ROSALES LÓPEZ, Carlos, “Actitudes de los alumnos/as adolescentes hacia la igualdad de género”, en Jorge García Marín / M^a Begoña Gómez Vázquez (eds.), *Diálogos en la cultura de la paridad. Reflexiones sobre feminismo, socialización y poder*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, 2012, pp. 57-80.
- ROSSET, Clément, *El objeto singular*, Madrid, Editorial Sexto Piso, 2007.
- ROSSET, Clément, *Lejos de mí. Estudio sobre la identidad*, Barcelona, Marbot Ediciones, 2007.
- ROSSET, Clément, *Lo real y su doble. Ensayo sobre la ilusión*, Barcelona, Tusquets Editores, 1993.
- RUSSELL, Bertrand, *El poder*, Barcelona, RBA, 2013.
- RUSSELL, Bertrand, *La conquista de la felicidad*, Barcelona, Debolsillo, 2009.
- SABORIT, Pere, “Del sujeto al individuo, o viaje alrededor de lo mismo”, *Archipiélago* 23 (1995) 28-33.
- SALINAS, Lola, “La construcción social del cuerpo”, *Revista española de investigaciones sociológicas* 68 (1994) 85-96.
- SALISBURY, John of, *Metalogicon*, Turnhout, Brepols, 1991.
- SAMPER ARBELAEZ, Andrés, “La apreciación musical en edades juveniles: territorios, identidad y sentido”, *Cuadernos de Música, Artes visuales y Artes escénicas*, vol. 5, 2 (2010) 29-41.
- SÁNCHEZ ESPINOSA, Adelina, “Escribir los cuerpos de las mujeres”, en Ana M. Muñoz Muñoz / Carmen Gregorio Gil / Adelina Sánchez Espinosa, *Cuerpos de mujeres: miradas, representaciones e identidades*, Granada, Universidad de Granada, 2007, pp. 19-22.
- SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, M^a Jesús, “El proceso de *embodiment* y los casos de pacientes adolescentes con anorexia nerviosa”, en Luisa Abad González / Juan Antonio Flores Martos (eds.), *Emociones y sentimientos. La construcción social del amor*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2010, pp. 125-142.
- SARTRE, Jean-Paul, *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Madrid, Alianza, 1971.
- SARTRE, Jean-Paul, *El ser y la nada*, Madrid, Losada/Alianza Editorial, 1989².
- SAVATER, Fernando, *El valor de elegir*, Barcelona, Ariel, 2015.

- SAVATER, Fernando, *Invitación a la ética*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- SAVATER, Fernando, *Los diez mandamientos en el siglo XXI. Tradición y actualidad del legado de Moisés*, Barcelona, Debate, 2004.
- SCHOPENHAUER, Arthur, *Parerga y paralipomena*, Tomo III, Málaga, Ágora, 1997.
- SCHUTZ, Alfred / LUCKMANN, Thomas, *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrutu, 1977.
- SEVILLA, Isidoro DE, *Etimologías*, Madrid, B. A. C., 1994.
- SIEGEL, Daniel J., *Tormenta cerebral. El poder y el propósito del cerebro adolescente*, Barcelona, Alba Editorial, 2015.
- SILVA, Ana Marcia, *Corpo, ciência e mercado. Reflexoes acerca da gestacao de um novo arquétipo da felicidade*, Florianópolis, UFSC/Autores Associados, 2001.
- SOFOCLES, *Edipo rey*, Madrid, Cátedra, 2009.
- STAROBINSKY, Jean, “Breve historia de la conciencia del cuerpo”, en *Razones del cuerpo*, Valladolid, Cuatroediciones, 1999, pp. 51-68.
- SUBIRATS, Marina, *Con diferencia. Las mujeres frente al reto de la autonomía*, Barcelona, Icaria Antrazit, 1998.
- THOMAS, Chantal, *Como soportar la libertad*, Barcelona, Tusquets, 1999.
- URRUZOLA ZABALZA, M^a José, “Una programación curricular de aula sobre las relaciones afectivas y sexuales”, en AA.VV., *Sexualidad, identidad y afectividad. Cómo tratarlas desde la escuela*, Barcelona, Editorial Graó, 2007, pp. 23-28.
- VALENTE, José Ángel, *Variaciones sobre el pájaro y la red precedido de La piedra y el centro*, Barcelona, Tusquets, 2000².
- VALVERDE PACHECO, José María, *Vida y muerte de las ideas. Pequeña historia del pensamiento occidental*, Barcelona, Ariel, 2008.
- VAN GENNEP, Arnold, *Los ritos de paso*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.
- VERDÚ, Eduardo, *Adultescentes. Autorretrato de una juventud invisible*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.
- VEYNE, Paul, “El imperio romano”, en Phillipe Ariès / George Duby (eds.), *Historia de la vida privada*, Tomo 1, Madrid, Taurus, 1991.

- VILA MERINO, Eduardo S., “La educación del secreto: infancia, identidad y alteridad”, *Revista Iberoamericana de Educación*, vol. 47, 1 (2008) 1-25.
- VIRILIO, Paul, *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid, Cátedra, 1997.
- VIRILIO, Paul, *Estética de la desaparición*, Barcelona, Anagrama, 1988.
- TORRE, Renée DE LA, “Crisis o revalorización de la identidad en la sociedad contemporánea”, *Nómaditas* 16 (2002) 76-85.
- WALDENFELS, Bernhard, *Exploraciones fenomenológicas acerca de lo extraño*, Barcelona, Siglo XXI/Anthropos, 2015.
- ZACARÉS GONZÁLEZ, Juan José / IBORRA CUÉLLAR, Alejandro / TOMÁS MIGUEL, José Manuel / SERRA DESFILIS, Emilia, “El desarrollo de la identidad en la adolescencia y adultez emergente: Una comparación de la identidad global frente a la identidad en dominios específicos”, *Anales de Psicología*, vol. 25, 2 (2009) 316-329.
- ZAMBRANO, María, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1987.
- ZAMBRANO, María, *Notas de un método*, Madrid, Tecnos, 2011.
- ZULAIKA, Joseba, *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación. Ensayo antropológico*, Donostia, La primitiva casa Baroja, 1889.
- ZWEIG, Stefan, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2001.

Artículos de Prensa:

- AMELA, Victor M., “Sin la insensatez adolescente nos habríamos extinguido”, *La Vanguardia*, 19/02/2014.
- FRANCES, Allen, “Convertimos problemas cotidianos en trastornos mentales”, entrevista realizada por Milagros Pérez Oliva, *El País*, 26/09/2014.
- GARROTE, Laura, “La mayoría de los adolescentes no son adictos a las tecnologías”, *El Norte de Castilla.es*, 26/09/2013.
- LEPORE, Jill, “American Chronicles, Twilight, Growing Old and Even Older”, *The New Yorker*, March 14, 2011.
- MARINA, José Antonio, “En defensa de los adolescentes”, *El Mundo*, 21/10/2014.
- MÉNDEZ, Daniel, “Ligues, peligros & redes sociales”, *ABC Semanal*, 2/02/2014.

MORANDÉ, Gonzalo, “La inquietante pubertad exprés”, *XLSemanal de El País*, 20/05/2012.

MUÑOZ MOLINA, Antonio, “La corrupción y el mérito”, *El País*, 9/11/2014.

PÉREZ OLIVA, Milagros, “El estado de malestar. Colgados de los ansiolíticos”, *El País*, 28/IX/2014.

SÁNCHEZ, Carlos Manuel, “Genios adolescentes. Cómo los nuevos métodos educativos y la tecnología potencian la excelencia”, *XLSemanal de El País*, 26/01/2014

SÁNCHEZ JUÁREZ, Ana, “Miedo en las aulas”, *El Mundo*, 18/10/2014.

SÁNCHEZ MELLADO, Luz, “De los 10 a los 40. Retrato del eterno adolescente”, *El País Semanal*, 9/10/2011.

SANDE, Laura, “Porque ella lo vale. Irina Shayk luce la nueva colección de calzoncillos de Intimissimi”, *Bekiamoda*, 6/08/2011.

